Prismas

Revista de historia intelectual

26 2022 Artículos, lecturas y reseñas. Argumentos: La vida intelectual de las clases trabajadoras británicas, por Jonathan Rose. Dossier: Roger Chartier y las migraciones históricas de la cultura escrita.

Universidad Nacional de Quilmes

Prismas

Revista de historia intelectual

26

2022

Anuario del grupo Prismas
Centro de Historia Intelectual
Departamento de Ciencias Sociales
Universidad Nacional de Quilmes

Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 26 / 2022

Universidad Nacional de Quilmes
Rector: Mg. Alfredo Alfonso
Vicerrectora: Dra. María Alejandra Zinni

Departamento de Ciencias Sociales
Director: Mg. Néstor Daniel González
Vicedirectora: Lic. Cecilia Elizondo

Centro de Historia Intelectual
Director: Elías Palti

Prismas
Revista de historia intelectual
Buenos Aires, año 26, número 26, 2022

Consejo de dirección
Carlos Altamirano, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Anahi Ballent, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Martín Bergel, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Alejandro Blanco, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Laura Ehrlich, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Gabriel Entin, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Flavia Fiorucci, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Adrián Gorelik, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Ricardo Martínez Mazzola, Universidad Nacional de San Martín / Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Jorge Myers, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Elías Palti, Universidad Nacional de Quilmes / Universidad de Buenos Aires / CONICET
Oscar Terán (1938-2008)

Editor: Gabriel Entin
Secretaría de redacción: Anahi Ballent, Laura Ehrlich y Flavia Fiorucci
Editores de Reseñas y Fichas: Ximena Espeche y Martina Garategaray
Corresponsalías de Reseñas: Pablo Blitstein

Comité Asesor
Peter Burke, University of Cambridge
José Emilio Burucúa, Universidad Nacional de San Martín
Lila Caimari, Universidad de San Andrés / CONICET
Roger Chartier, Collège de France
Stefan Collini, University of Cambridge
Fernando Devoto, Universidad Nacional de San Martín
François-Xavier Guerra (1942-2002)
Charles Hale (1930-2008)
Iván Jaksic, Stanford University
Tulio Halperin Donghi (1926-2014)
Martin Jay, University of California at Berkeley
Claudio Lomnitz, University of Columbia
Sergio Miceli, Universidade de São Paulo
José Murilo de Carvalho, Universidade Federal do Rio de Janeiro
Adolfo Prieto (1928-2016)
Maria Alice Rezende de Carvalho, Pontificia Universidade Católica de Río de Janeiro
Pierre Rosanvallon, Collège de France
José Sazbón (1937-2008)
Lilia Moritz Schwarcz, Universidade de São Paulo / Princeton University
Gregorio Weinberg (1919-2006)

Prismas se publica en versión electrónica en el portal de revistas de la UNQ: <https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas>. Forma parte del Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas desde 2010, año desde el cual es publicada en el portal Scielo: <www.scielo.org>. Además, está indexada en Latindex catálogo 2.0, Redalyc, el Hispanic American Periodical Index (HAPI) y el Directorio de Revistas en Acceso Abierto (DOAJ). E integra los siguientes portales y bases de datos: Dialnet, Amelica, la Biblioteca Saavedra Fajardo y Foro Ibero-ideas. En 2004 *Prismas* obtuvo una Mención en el Concurso "Revistas de investigación en Historia y Ciencias Sociales", Ford Foundation y Fundación Compromiso.

Maqueta original: Pablo Barragán
Diseño de interiores y tapa: Silvana Ferraro
Corrección de originales: María Nochteff
Administración de OJS: Ana M. Viñas

La revista *Prismas* recibe propuestas de artículos en: <https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas>.
Roque Sáenz Peña 352 (B1876BXD) Bernal, provincia de Buenos Aires. Tel.: (01) 4365 7100 int. 5737.
Correo electrónico: <prismas@unq.edu.ar> / página web del Centro de Historia Intelectual: <www.historiaintelectual.com.ar>.
Sobre las características que deben reunir los artículos, véase la última página y las "Instrucciones para autores/as" en la página editorial de *Prismas* en el portal web.

Índice

Artículos

11 *La concepción de la nación española en la Ilustración: comunidad, tiempo, (im)política*, Pablo Sánchez León

31 *La Gran Guerra y la unidad latinoamericana en tiempos de la Revolución (México, 1914-1916)*, David Antonio Pulido García

49 *Una arqueología hiperbólica para el americanismo. Reflexiones a partir del vínculo entre Arthur Posnansky y Ernesto Quesada*, Alejandra Mailhe

69 *En la capital del país de las vacas. Desplazamientos materiales y simbólicos de la vida animal en la Buenos Aires de entresiglos (1871-1910)*, Leandro Ezequiel Simari

91 *La profesionalización de los estudios filosóficos en Tucumán durante el primer peronismo: un análisis de la revista* Notas y Estudios de Filosofía, Paula Jimena Sosa

111 *Un análisis económico del peronismo. Los dirigentes e intelectuales del Partido Socialista frente a las políticas económicas en la Argentina de posguerra*, Claudio Belini

Argumentos

133 *La vida intelectual de las clases trabajadoras británicas,* Jonathan Rose

Dossier

Roger Chartier y las migraciones históricas de la cultura escrita

149 *Introducción. Por una historia social e intelectual de los historiadores*, Andrés G. Freijomil

155 *Roger Chartier y la historia de la cultura popular*, Peter Burke

165 *Chartier y el relato. Esbozo de un itinerario*, Philippe Carrard

173 *Viajes de la representación*, Lila Caimari

181 *Caminos de palabras*, Dinah Ribard

187 *Llevar el mundo de los libros al* grand public. *Roger Chartier y el arte de la reseña*, Geoffrey Turnovsky

197 *Del orden de los libros a los regímenes documentales. Una propuesta de trabajo*, Bertrand Müller
207 *Materialidad e identidad textual en la obra de Roger Chartier*, Perla Chinchilla Pawling
215 *Cardenio* à la *Chartier. Permanencia de la obra, pluralidad de sus textos*, Anaclet Pons
223 *De la figura de autor a la movilidad de textos. La contribución de Roger Chartier a la sociología y a la historia de la literatura*, Gisèle Sapiro
235 *Al pie del acantilado*, Christian Jouhaud
241 *El joven Chartier, investigador y mediador*, Stéphane Van Damme
251 *Las metamorfosis de las* Cartas de un granjero americano *de Crèvecœur*, Robert Darnton
257 *Bibliografía de la obra de Roger Chartier,* por Andrés G. Freijomil

Lecturas

265 *La historización del historicismo*, Elías J. Palti (a propósito de Javier Fernández Sebastián, *Historia conceptual en el Atlántico Ibérico. Lenguajes, tiempos, revoluciones*)

Reseñas

273 Andrés G. Freijomil, *Arts de braconner. Une histoire matérielle de la lecture chez Michel de Certeau*, por Lila Caimari
276 Reinhart Koselleck, *El concepto de Estado y otros ensayos*, por Héctor Andrés Echevarría Cázares
279 Carlo Ginzburg, *Aún aprendo. Cuatro experimentos de filología retrospectiva*, por José Emilio Burucúa
283 Nicolás Kwiatkowski, *Bárbara y guerrera. La historia de Tomiris, reina de los Masagetas*, por Rafael Gaune Corradi
285 Lewis Pyenson, *The Shock of Recognition. Motifs of Modern Art and Science*, por José Emilio Burucúa
287 Quentin Deluermoz, *Commune(s) 1870-1871. Une traversée des mondes au XIX^e siècle*, por Jorge Myers
291 Pierre Rosanvallon, *El siglo del populismo. Historia, teoría y crítica,* por Ana Lucía Magrini
294 Marcela Ternavasio, *Los juegos de la política. Las independencias hispanoamericanas frente a la contrarrevolución*, por Gabriel Entin
297 Carlos Altamirano, *La invención de Nuestra América. Obsesiones, narrativas y debates sobre la identidad de América Latina*, por Rafael Rojas
300 Rafael Rojas, *El árbol de las revoluciones. Ideas y poder en América Latina*, por Martín Ribadero
303 Pablo Palomino, *La invención de la música latinoamericana*, por Martín Liut
307 Graciela Silvestri, *Las tierras desubicadas. Paisajes y culturas en la Sudamérica fluvial*, por Rodrigo Booth

311 Sebastián Rivera Mir, *Edición y comunismo. Cultura impresa, educación militante y prácticas políticas (México, 1930-1940)*, por Mariano Zarowsky
314 Tanya Harmer, *Beatriz Allende: A Revolutionary Life in Cold War Latin America*, por Vania Markarian
318 Noemí Goldman (ed.), *Lenguaje y política. Conceptos claves en el Río de la Plata II (1780-1870)*, por Mariana Rosetti
321 Magdalena Candioti, *Una historia de la emancipación negra. Esclavitud y abolición en la Argentina*, por María Camila Díaz Casas
324 Pablo Martínez Gramuglia, *La forja de una opinión pública. Leer y escribir en Buenos Aires, 1800-1810*, por Adriana Milano
327 Inés Yujnovsky, *Viajeros a la sombra de Darwin. Fotografías de la Patagonia a fines del siglo XIX*, por Rafael Sagredo Baeza
330 Leonardo David Hirsch, *La consagración de los partidos. Política y representación en la provincia de Buenos Aires, 1870-1900*, por Joaquín Sanguinetti
333 Martín Albornoz, *Cuando el anarquismo causaba sensación. La sociedad argentina, entre el miedo y la fascinación por los ideales libertarios*, por María Migueláñez Martínez
337 Pablo García Martínez, *Un largo puente de papel. Cultura impresa y humanismo antifascista en el exilio de Luís Seoane (1936-1959)*, por Diego García
340 Diego Giller, *Espectros dependentistas. Variaciones la "teoría de la dependencia" y los marxismos latinoamericanos*, por Matías Farías
343 Daniel Lvovich y Alberto Pérez (orgs.), *José Sazbón. Una antología comentada de su obra*, por Paula Zubillaga
347 José Luis de Diego, *Los escritores y sus representaciones. Formación, campo literario, escritura, lector, crìtica, canon, mercado editorial, libros*, por Alejandra Laera
350 Sofía Mercader, *'Punto de vista' and the Argentine Intellectual Left*, por Luis Ignacio García
353 Sebastián Carassai, *Lo que no sabemos de Malvinas. Las islas, su gente y nosotros antes de la guerra*, por Hugo Vezzetti
357 Esteban Buch y Abel Gilbert (comps.), *Escuchar Malvinas. Músicas y sonidos de la guerra*, por Ana Sánchez Trolliet
360 Ariana Reano y Martina Garategaray, *La transición democrática como contexto intelectual. Debates políticos en la Argentina de los años ochenta*, por Soledad Lastra
362 Ezequiel Saferstein, *¿Cómo se fabrica un* best seller *político? La trastienda de los éxitos editoriales y su capacidad de intervenir en la agenda pública*, por Ezequiel Grisendi

Otras voces, otros ámbitos

Presentación, por Pablo Blitstein
367 Qin Hui, *Zouchu dizhi: Cong wan-Qing dao Minguo de lishi huiwang* [*Dejando atrás el sistema imperial: Revisando la historia de China desde los Qing tardíos hasta la República*], por David Ownby

369 Sherif Younis, *Al-Zahf al-Muqaddas: Muzaharat al-Tanahhi wa-Tashakkul 'Ibadat Nasir* [*La Marcha Sagrada: las manifestaciones contra la dimisión de Nasser y la formación de su culto*], por Benjamin Geer

Fichas

373 Libros fichados: Ingrid Simson y Guillermo Zermeño Padilla (eds.), *La historiografía en tiempos globales* / Diego Alejandro Zuluaga Quintero y Luis Fernando Quiroz Jiménez (eds.), *Ensayos de historia intelectual. Incursiones metodológicas* / Axel Honneth, *Reconocimiento. Una historia de las ideas europea* / Bård Borch Michalsen, *Signos de civilización. Cómo la puntuación cambió la historia* / Claudio Benzecry, *The perfect Fit. Creative Work in the Global Shoe Industry* / M.ª Carmen Villarino Pardo, Iolanda Galanes Santos y Ana Laura Alonso (eds.), *Promoción cultural y Traducción. Ferias internacionales del libro e invitados de honor* / Nicola Miller, *Republics of Knowledge. Nations of the Future in Latin America* / Andrea Rodríguez Tapia, *Realistas contra insurgentes. La construcción de un consenso historiográfico en el México independiente (1810-1852)* / Maximiliano Fuentes Codera, Patrizia Dogliani (eds.), *La patria hispana, la raza latina. Política y cultura entre España, Italia y Argentina (1914-1945)* / Rodrigo Viqueira, *Negrismo, vanguardia y folklore. Representación de los afrodescendientes en la obra de Ildefonso Pereda Valdés (1925-1935)* / Adrián Cammarota, *Malas maestras Educación, género y conflicto en el sistema escolar argentino* / Carlos Astrada, *Textos de juventud. De la revolución universitaria a la vanguardia filosófica* / Ana Lucía Magrini (coord.), *Descentrando el populismo. Peronismo en Argentina, populismo en Colombia y lo perdurable de sus identidades políticas* / Martín Prieto, *Saer en la literatura argentina*

Obituarios

383 Horacio González (1944-2021), Sebastián Carassai

Artículos

Prismas
Revista de historia intelectual
Nº 26 / 2022

*La concepción de la nación española en la Ilustración: comunidad, tiempo, (im)política**

Pablo Sánchez León**

Universidade Nova de Lisboa

Introducción: la comunidad en el tiempo y la modernidad

"*Communitas non moritur*". No por conocida esta sentencia deja de resultar extraña, casi críptica. Lo convencional es identificar la categoría de comunidad con el espacio, en sentido geográfico o de una vinculación entre sujetos e instituciones; en cambio, la cultura moderna vuelve más difícil imaginar comunidades perdurables en el tiempo.[1]

La afirmación de que "la comunidad no muere" expresa una de las concepciones del tiempo de acuñación medieval, el *aevum*. Definido en contraste tanto con el tiempo finito y perecedero de los seres creados cuanto con la eternidad situada fuera del tiempo –atributo exclusivo de la divinidad–, el *aevum* ocupaba un rango intermedio, de manera que, una vez establecido, adquiría según los teólogos y canonistas "una suerte de infinitud" y "sempiternidad".[2] Esta concepción de un tiempo con principio pero sin final alumbró una creativa imaginación política que está en la base del diseño de instituciones jurídicas y sociales de larga duración por todo el Antiguo Régimen.

Desde esta reflexión, el caso de España resulta particular, de hecho, completamente excepcional. Pues lo que desde el siglo XVIII se llamó España, y sus naturales, los españoles,

* Este texto se enmarca en los resultados del proyecto de investigación, "La nación traducida. Ecologías de la traducción, 1668-1830", Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades (PGC2018-095007-B-I00). Una primera versión de este texto fue presentada al IV Congreso de Historia Intelectual de América Latina: "Historia intelectual: ideas, conceptos y comunidades", Santiago de Chile, 21-23 de noviembre de 2018.
** psleon@fcsh.unl.pt. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-0038-0413>.
[1] La relación entre comunidad y espacialidad es manifiesta en varias generaciones de teóricos sociales, desde Georg Simmel ("The Metropolis and Mental Life", en George Simmel, *The Sociology of Georg Simmel*, Nueva York, The Free Press, 1950 [1903], pp. 409-424) a Charles Taylor ("El yo en el espacio moral", en C. Taylor, *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Barcelona, Paidós, 2006 [1996], pp. 49-86). En contraste, un muestreo de casi novecientos estudios arrojó el resultado de que apenas un 10% abordaba de manera significativa la relación entre comunidad y tiempo. Michelle Bastian, "Time and Community: A Scoping Study", *Time and Society*, vol. 23, nº 2, 2014, pp. 137-166. Disponible en: <https://journals.sagepub.com/doi/10.1177/0961463X14527999>. Acerca de la contingente temporalidad inherente a toda comunidad moderna y a los sujetos que la componen, Richard Rorty, *Contingencia, ironía y solidaridad*, Barcelona, Paidós, 1991, pp. 43-90.
[2] Ernst Kantorowicz, *The King's Two Bodies: A Study in Medieval Political Theology*, Princeton, Princeton University Press, 1997 [1957], p. 279. Véanse, sobre la expresión, pp. 302-313.

arrancan su devenir histórico a partir de una singular experiencia colectiva marcada por la sensación de amenaza de desaparición como comunidad.

Este artículo vuelve sobre el viejo tema de la decadencia del Imperio hispánico. Fijar la atención en esa experiencia histórica colectiva es un medio para reflexionar acerca de la temporalidad como dimensión comunitaria constitutiva. A partir del tiempo social y culturalmente instituido y de la temporalidad como experiencia colectiva se puede dar cuenta de la comunidad en el espacio y en relación con la política, dos dimensiones que configuran las relaciones entre sus miembros y las instituciones, y entre el individuo y el colectivo. La interacción entre espacio y política delinea la esfera de "lo político", entendido como todo lo que es susceptible de ser sometido a polémica y puede quedar sujeto a deliberación colectiva.[3] Aunque potencialmente ilimitada, la reflexividad que pone en acción "lo político" encuentra normalmente límites; no obstante, esbozando el campo de "lo impolítico", es decir, de todo aquello que no es sometido a polémica y deliberación colectiva sino que es dado por descontado, bien al ser admitido por convención –como las costumbres comunitarias–, o debido a que –como en el caso de las religiones y escatologías– se considera algo intocable, por sagrado o ajeno al control de los humanos.[4]

En el paso a la modernidad, lo político, lo impolítico y la comunidad cristalizan en una forma histórica muy concreta, la nación. Las teorías sobre el origen de la nación siempre incluyen dimensiones impolíticas, como la etnia o la lengua;[5] no obstante, la forja de las naciones es también a menudo vinculada a la definición de derechos civiles y de representación y participación ciudadana.[6] Ahora bien, los estudios dan prioridad a enfoques espaciales, cifrando la cristalización de comunidades nacionales en el desarrollo institucional y territorial del Estado, y vinculándola a transformaciones profundas en las estructuras políticas, sociales y culturales.[7] En relación con el tiempo, en cambio, las interpretaciones normalmente todo lo más resaltan la proyección retrospectiva de la comunidad política en la historia,[8] pero no suelen relacionar la conformación de naciones con cambios en la concepción del tiempo.

La historia conceptual ofrece un punto de partida a estos efectos. La dimensión tiempo en el paso a la modernidad es uno de los ejes fundacionales de la semántica histórica propuesta

[3] Chantal Mouffe, *El retorno de lo político, Comunidad, ciudadanía, pluralismo y democracia radical*, Barcelona, Paidós, 1999.

[4] Sobre la capacidad reflexiva de la política y sus límites, Alessandro Pizzorno, *Política absoluta, política sin límites*, L. A. Moscoso (ed.), Madrid, Postmetropolis, 2015, disponible en: <https://postmetropolis.com/582/>, y Roberto Esposito, *Confines de lo político: nueve pensamientos sobre política*, Madrid, Trotta, 1993. Sobre el concepto de impolítico, Roberto Esposito, *Categorías de lo impolítico*, Buenos Aires, Katz, 2006 [1988]; véase también Julien Freund, *Politique et impolitique*, París, Sirey, 1987.

[5] Anthony Smith, *Nacionalismo: teoría, ideología, historia*, Madrid, Alianza, 2004.

[6] Reinhard Bendix, *Nation-Building and Citizenship: Studies of Our Changing Social Order*, Berkeley, The University of California Press, 1964; más recientemente, Rogers Brubaker, *Citizenship and Nationhood in France and Germany*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.

[7] Theda Skocpol, *Los Estados y las revoluciones sociales. Un análisis comparado de Francia, Rusia y China*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984; Eugene Weber, *Peasants into Frenchmen. The Modernization of Rural France 1870-1914*, Stanford, Stanford University Press, 1976. Un enfoque que combina rasgos políticos e impolíticos, en Andreas Wimmer, *Nation Building: Why some Countries Come Together While Others Fall Apart*, Princeton, Princeton University Press, 2018.

[8] Eric Hobsbawm y Terence Ranger, *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2012; Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

por Reinhart Koselleck, que ha dado pie a toda una boyante literatura sobre temporalidad, y con aplicaciones al mundo hispánico.[9] Koselleck situó en la Ilustración una alteración en las estructuras del tiempo a favor del estatus del futuro, así como también ubicó en el siglo XVIII el origen de la crítica moderna como signo y factor del surgimiento de sujetos políticos autorreflexivos.[10] Por su parte, la prehistoria de la historia conceptual giró en torno del concepto de comunidad, en la obra de Otto von Gierke.[11]

Sobre estos apoyos, el caso hispano permite desarrollar una contextualización histórica de la fórmula genérica "la comunidad no muere". El paso de una concepción de la comunidad como entidad imperial de ambición universal a otra de dimensión nacional tuvo su aldabonazo en el siglo XVIII, un proceso que puede servir para evaluar la relación entre los cambios en la concepción de la temporalidad y las dimensiones política e impolítica de la comunidad. La tesis que se defiende en estas páginas es que, en la formación política heredera de los Austrias, la conciencia de haber superado su inminente desaparición favoreció una redefinición de la comunidad como nación dotada de un elevado grado de homogeneización institucional y cultural a escala territorial, pero sin promover un sujeto político con capacidad de reflexividad política.

La primera parte del texto aborda el viejo tema de la decadencia del Imperio Habsburgo en torno de sus efectos morales compartidos, centrados en la amenaza de desnaturalización comunitaria; en la segunda, se aborda la concepción de la nación española bajo los Borbones como parte un proceso de reconceptualización presidido por el lenguaje del comercio, que permitió elaborar un discurso superador de la sensación de decadencia; finalmente, una vez despejada la cuestión de la continuidad de la comunidad en el tiempo, el imaginario de nación resultante –de una elevada homogeneización– se ejemplifica analizando un texto representativo del proyectismo de las Luces.

La temporalidad del imperio en la Edad Moderna y la amenaza de desnaturalización

Es sabido que la época final de la dinastía de los Habsburgo –en la segunda mitad del siglo XVII– estuvo presidida por la crisis económica y la creciente dificultad de movilizar recursos para mantener su posición hegemónica en el marco europeo.[12] La decadencia se manifestó en toda una serie de efectos observables de carácter económico, social, político y cultural. No obstante, desde la cultura de la época, lo que estaba en juego no era la simple desaceleración de los intercambios, el descenso en los niveles de vida, la derrota militar o la consiguiente pérdida de estatus en las relaciones interestatales, según han estudiado varias generaciones de

[9] Reinhart Koselleck, *The Practice of Conceptual History. Timing History, Spacing Concepts*, Stanford (CA), Stanford University Press, 2002 [2000]. François Hartog, *Regímenes de historicidad: presentismo y experiencias del tiempo*, México, Universidad Iberoamericana, 2007. Un panorama de aplicaciones a la modernidad hispanoamericana en Fabio Wasserman (ed.), *Tiempos críticos. Historia, revolución y temporalidad en el mundo iberoamericano (siglos XVIII y XIX)*, Buenos Aires, Prometeo, 2020.

[10] Reinhart Koselleck, *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*, Madrid, Trotta, 2007 [1959].

[11] Antony Black, "Editor´s Introduction", en O. von Gierke, *Community in Historical Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. XIV-XXIX.

[12] Pablo Fernández Albaladejo, *La crisis de la monarquía*, Madrid, Crítica/Marcial Pons, 2009, pp. 395-478.

historiadores.[13] Los tratadistas de la época identificaban el decaimiento específicamente con una semántica: la desnaturalización.

Desnaturalización era algo que en el siglo XVII por encima de todo se predicaba de los *naturales*, los súbditos de la monarquía y miembros de las diversas comunidades territoriales que la componían, a los cuales se consideraba constituidos por una serie de atributos físicos y morales compartidos.[14] A su vez, la imaginación política corporativa –derivada del concepto de *aevum*– vinculaba entre sí la experiencia moral individual y la representación colectiva en el Cuerpo Político, fijando para el orden entero un destino común. En una cultura en que la noción de naturaleza implicaba lo genérico, lo dado y lo heredado, así como lo genuino y propio de todo ente, siendo entendida como un atributo definicional, esencial e inmutable,[15] la idea de desnaturalización transmite no solo la pérdida completa de referentes que conforman la identidad, sino también la descomposición de la naturaleza misma de todos y cada uno de los sujetos miembros de la colectividad y su desaparición.

La clave que da cuenta de cómo y por qué bajo los Austrias la comunidad llegó a ser vista como al borde de la desaparición se encuentra a su vez en el hecho de que la Monarquía llamada católica había encarnado una experiencia del tiempo bastante singular en su trayectoria histórica previa.

Los especialistas han venido identificando en la cultura occidental premoderna dos configuraciones convencionales del tiempo: una, heredada de la Antigüedad, era de formato circular y servía de base para la ordenación de las formas políticas en un esquema cíclico –la anaciclosis o *anakuklosys politeion*–; y otra, de origen cristiano, era de tipo lineal y expresaba la posibilidad de la salvación colectiva e individual tras el Juicio Final.[16] Pese a sus enormes diferencias, estas dos estructuraciones del tiempo, inmanente y trascendente respectivamente, asumían no obstante ambas que la comunidad permanecía esencialmente idéntica a sí misma. En el primer caso, la comunidad se veía expuesta de manera recurrente a la corrupción, pero

[13] Ejemplos españoles son Antonio Domínguez Ortiz, *Crisis y decadencia de la España de los Austrias*, Barcelona, Ariel, 1973; y Ángel García Sanz, "Auge y decadencia en España en los siglos XVI y XVII: economía y sociedad en Castilla", *Revista de Historia Económica*, vol. 3, nº 1, marzo de 1985, pp. 11-27. Disponible en: <https://www.cambridge.org/core/journals/revista-de-historia-economica-journal-of-iberian-and-latin-american-economic-history/article/abs/auge-y-decadencia-en-espana-en-los-siglos-xvi-y-xvii-economia-y-sociedad-en-castilla/F6D9E082C650DE726C269DAA9E6B8152>. Con el tiempo, algunas de las afirmaciones e interpretaciones han sido matizadas, Bartolomé Yun Casalilla, "Del centro a la periferia: la economía española bajo Carlos II", *Studia Historica. Historia Moderna*, vol. 20, 1999, pp. 45-75, disponible en <https://revistas.usal.es/index.php/Studia_Historica/article/view/4818> y John H. Elliott, "La crisis general en retrospectiva: un debate interminable", en J. H. Elliott, *España, Europa y el mundo de ultramar, 1500-1800*, Madrid, Santillana, 2010, pp. 29-54.

[14] Antonio Feros, *Antes de España. Nación y raza en el mundo hispánico, 1450-1820*, Madrid, Marcial Pons, 2019, pp. 59-119; en general, también Justin E. H. Smith, *Nature, Human Nature, and Human Difference. Race in Early Modern Philosophy*, Princeton, Princeton University Press, 2015.

[15] En general, Donald R. Kelley, "'Second Nature': The Idea of Custom in European Law, Society, and Culture", en A. Grafton y A. Blair (eds.), *The Transmission of Culture in Early Modern Europe*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1990, pp. 131-162. Sobre el caso de España en particular, en relación con la lengua, Pablo Sánchez León, "El traductor de economía política y filosofía moral como autoridad en la definición de la nación española, 1660-1830", en J. M. Iñurritegui y J. Pardos Martínez (eds.), *Traducción como ecología en un largo siglo XVIII, Madrid*, Marcial Pons, 2022 (en prensa).

[16] John G. A. Pocock, *The Machiavellian Moment. Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*, Princenton, N. J., Princenton University Press, 1975, pp. 31-48. Véase también Edmund Leach, "Cronus and Chronos", en S. Hugh-Jones y J. Laidlaw (eds.), *The Essential Edmund Leach: 1. Anthropology and Society*, New Haven (CT), Yale University Press, 2001 [1961], pp. 174-181.

no hasta el punto de la desnaturalización, pues tras una forma política viciosa –la tiranía, la oligarquía o la demagogia– volvía a establecerse una forma política virtuosa, fuera la monarquía, la aristocracia o la democracia. Por su parte, la teleología inscrita en el formato lineal del cristianismo presuponía una comunidad en lo esencial idéntica a sí misma en el tiempo –sin la cual habría sido imposible la retórica de los pueblos elegidos–, o al menos implicaba que una parte de ella permanecía en esencia idéntica a sí misma –sin lo cual no habría sido posible imaginar la salvación de los moralmente rectos tras el Juicio Final–.

En principio, por tanto, en esa doble tradición no había lugar para la desnaturalización como desenlace comunitario. La experiencia de la monarquía católica remite, sin embargo, a otra estructuración del tiempo diversa y singular en el panorama de los principados de la Europa posmedieval, en la cual era posible –incluso ineludible– anticipar la desnaturalización: el auge y la caída de los imperios.[17] En efecto, la monarquía Habsburgo atravesó la temprana Edad Moderna siendo definida y definiéndose a sí misma como una legitimidad imperial, y por ende se hallaba expuesta a experimentar primero un ascenso lineal, y a continuación un descenso en forma de decadencia.[18]

Lo esperable como desenlace final de ese ciclo era la desnaturalización. Según la tradición clásica, sobre todo a partir del ejemplo del Imperio romano, la legitimidad imperial había podido experimentar diversas *traslationes* en el espacio y el tiempo, pero para la comunidad de ciudadanos romanos de la Antigüedad no había habido un tiempo posterior al del poder imperial.[19] En el caso concreto de los habitantes de la Italia peninsular, su condición de ciudadanos solo podría ser restablecida partiendo de reconocer una discontinuidad con la experiencia del mundo antiguo; de ahí que las comunas autogobernadas itálicas lo que podían experimentar fuera ya si acaso un renacimiento.[20]

Ciertamente, la temporalidad imperial hispánica no era igual a la del mundo antiguo, ya que coexistía con la estructuración lineal del tiempo genuina de las comunidades confesionales cristianas, reforzada en este caso además por la aspiración a extender la religión católica por todo el orbe. De hecho, el discurso imperial de la Monarquía hispánica trató de exorcizar por este medio el posible desenlace de decadencia, exacerbando su autopercepción como un poder que era legítimo debido a que su cometido aparecía como ilimitado en el espacio: la conversión al catolicismo de toda la humanidad era una tarea que proyectaba la perduración de su poderío imperial. Aun así, conforme el formato expansivo de esa ambición de dominación confesional universalista entró en crisis, los súbditos de la Monarquía hispánica quedaron expuestos a una encrucijada sin precedentes y extrema: al auge imperial parecía finalmente seguir una imparable decadencia que les condenaría a la perdición.

[17] Un tratamiento pionero de esta cuestión, y que arranca además su narrativa con la Monarquía hispánica, es el de Paul Kennedy, *Auge y caída de los imperios*, Barcelona, Debolsillo, 1987, pp. 69-132. De modo más específico, William S. Maltby, *Auge y caída del imperio español*, Madrid, Marcial Pons, 2011.

[18] Portugal comparte parte de esta experiencia, pero quedó integrado en los dominios de la Monarquía hispánica en plena fase ascendente de la hegemonía de esta, y solo al recuperar su condición de reino independiente, se libró en parte de la sensación colectiva de decadencia. Sobre este proceso histórico y su contexto, Pedro Cardim, *Portugal y la monarquía hispánica (ca. 1550-ca. 1750)*, Madrid, Marcial Pons, 2017.

[19] David Weir, *Decadence. A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2018, p. 1.

[20] El ejemplo señero aquí es la hermenéutica crítica que el humanista Lorenzo Valla aplicó a mediados del siglo xv a la "Donación de Constantino". Valla evidenció que el documento era una falsificación medieval al demostrar que estaba escrito en un lenguaje impropio del mundo antiguo. Carlo Ginzburg, "Lorenzo Valla on 'The Donation of Constantine'", en *History, Rhetoric, and Proof*, Hanover y Londres, University Press of New England, 1999, pp. 54-70.

Lo interesante de esta experiencia es que, por el contexto local y más amplio en que tuvo lugar, propició una crisis cultural de alcance epistémico. Pues el hecho es que el repertorio cultural clásico no aportaba un marco narrativo acerca del proceso de desnaturalización: la desaparición como destino de una comunidad tras decaer su poderío imperial era algo que, pese a ser afirmado desde la Antigüedad, no había dado pie a una tradición de relatos, menos aún a reflexiones filosófico-morales específicas. Esta situación no era excepcional, sino algo muy extendido en esa época en otros campos del saber: constatar realidades que no habían sido atestiguadas por los antiguos, o sobre las que sus autoridades no habían dejado discurso, fue de hecho una principal precondición para su tratamiento como fenómenos necesitados de una episteme alternativa, la de la ciencia.[21]

En suma, los publicistas hispanos de la segunda mitad del siglo XVII se encontraron ante la ausencia de referentes de autoridad en relación con un asunto tan crucial. En un contexto así, y aprovechando innovadores desarrollos en el terreno de la filosofía moral, desde finales del siglo XVII la esfera pública española pudo acelerar su emancipación respecto de la episteme tradicional en el estudio de los fundamentos de la acción humana.[22] Los acontecimientos dinásticos y políticos desempeñaron un papel también clarificador. Con el paso de una nueva dinastía a la sensación de decaimiento le siguió con el tiempo una igual marcada conciencia colectiva de tener al alcance de la mano la supervivencia como comunidad.[23] Con la llegada de los Borbones, la amenaza de decadencia seguía ahí, pero la desnaturalización efectiva de los súbditos de la Monarquía hispánica no había terminado de producirse. Vista desde la conciencia histórica previa, esto convierte esa experiencia cultural colectiva en excepcional, además de pionera de otros imperios posteriores ya en la modernidad.

La continuidad de la comunidad por el comercio y la forja de la nación española

El contexto arriba sintetizado urgió ofrecer, desde los emergentes parámetros de la ciencia, reflexiones acerca del origen y alcance de la desnaturalización que aportasen soluciones para asegurar la supervivencia de la comunidad. En ese mismo escenario de cambio de dinastía, el comercio estaba comenzando a ser identificado como una emergente magnitud con enorme capacidad de influencia sobre las relaciones de competencia entre Estados. A diferencia de la tierra o la mano de obra, la actividad comercial aparecía como un recurso que no era apropiable *manu militari* y que, en cambio, dependía de una orientación de los súbditos hacia la producción y el consumo, una constatación que traía aparejadas nuevas percepciones del sujeto centradas en el individuo con capacidad de discernimiento de su interés particular.[24]

[21] David Wootton, *La invención de la ciencia: una nueva historia de la revolución científica*, Barcelona, Planeta, 2015.
[22] Jesús Pérez Magallón, *Construyendo la modernidad: la cultura española en el tiempo de los novatores (1675-1725)*, Madrid, CSIC, 2002.
[23] Los especialistas han acudido recientemente a un préstamo procedente de la física de materiales, y hablan de *resiliencia* para definir el paso del siglo XVII al XVIII en las jurisdicciones peninsulares de la Monarquía hispánica. Véase Fernández Albaladejo, *La crisis*, pp. XVII-XXII; también Christopher Storrs, *The Resilience of the Spanish Monarchy, 1665-1700*, Oxford, Oxford University Press, 2006.
[24] Istvan Hont, "Jealousy of Trade: An Introduction", en Istvan Hont, *Jealousy of Trade: International Competition and the Nation-State in Historical Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, pp. 1-156.

El contexto transnacional facilitó así que la encrucijada hispana se integrase con decisión en esta emergente episteme: en adelante, la llamada "ciencia del comercio" –la futura economía política– proporcionaría el marco referencial para la reflexión hispana acerca de la decadencia y su posible superación.[25] Ahora bien, por sí sola, esta adopción del lenguaje del comercio no homologaba la cultura borbónica a la de su entorno; al contrario, en principio más bien contribuía a identificar su singular estructuración en lo tocante a imaginarios morales.

En otras latitudes, el auge de la antropología individualista se abría paso en competencia con un sustrato discursivo previo –el llamado republicanismo clásico– que venía reclamando fomentar en los sujetos el interés colectivo por encima del particular, para garantizar el autogobierno comunitario.[26] Frente a este sustrato, la reflexión acerca del comercio, al presentarse este como estadio superior de la civilización, vendría a afirmar sobre nuevas bases la percepción lineal del tiempo, eventualmente dando pie a una estructuración de la temporalidad tanto o más teleológica que la del cristianismo, pero ahora en relación con los asuntos mundanos. A su vez, la economía política, al contrastar críticamente esta percepción lineal con la imagen cíclica aplicada al devenir de las formas políticas, señalaba la posibilidad de eludir el destino "natural" de corrupción en las instituciones heredado de la tradición clásica.[27] Estas tendencias culturales favorecían una nueva concepción de comunidad –la nación imbricada en un Estado–, la cual, a partir de un origen mítico, era imaginada proyectándose hacia un futuro de progreso, azaroso aunque alcanzable, que terminaría instituyendo una concepción del sujeto entendido como un individuo capaz de reflexividad instrumental para la acción colectiva y el autogobierno soberano.[28]

En el caso de España, en cambio, los tratadistas protoilustrados heredaban una larga tradición en la que al cultivo de la virtud política entre los miembros de la comunidad se anteponían otros fines colectivos de corte confesional trascendentalista y naturaleza impolítica, considerados constitutivos de la comunidad.[29] Sobre esta base, la temporalidad comunitaria instituida en la Ilustración española sería muy diferente, al venir además marcada por el sello de la decadencia. Como vía para asegurarse un estatus dentro de la emergente comunidad de Estados surgida del Tratado de Utrecht de 1714, los tratadistas españoles centraron su esfuerzo discursivo en un expreso anhelo de restauración de las glorias pasadas. De esta manera, mientras en todas partes se abría paso una representación del tiempo volcada hacia el futuro, en la cultura de la España

[25] Un panorama sobre la economía política en la España del siglo XVIII, en Pablo Cervera Ferri, "Ciencia del comercio, economía política y economía civil en la Ilustración española (1714-1808)", *Cuadernos Dieciochistas*, vol. 20, 2019, pp. 97-158, disponible en: <https://revistas.usal.es/index.php/1576-7914/article/view/cuadieci20192097158>; la irrupción del lenguaje del comercio en España es ampliamente comprobable en Pedro Álvarez de Miranda, *Palabras e ideas: el léxico de la Ilustración temprana en España (1680-1760)*, Madrid, Real Academia Española, 1992. Sobre el surgimiento de la economía política en general, véase Terence Hutchison, *Before Adam Smith: The Emergence of Political Economy, 1662-1776*, Londres, Blackwell, 1988.

[26] J. G. A. Pocock, *The Maquiavellian Moment*, pp. 462-505.

[27] El resultado de esta recombinación de estructuraciones del tiempo sería la acuñación del concepto moderno de revolución. Véase Reinhart Koselleck, "Criterios históricos del concepto moderno de revolución", en R. Koselleck, *Futuro pasado*, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 67-86.

[28] Carol Blum, *Rousseau and the Republic of Virtue. The Language of Politics in the French Revolution*, Ithaca, Cornell University Press, 1986.

[29] Véase Pablo Fernández Albaladejo, "Católicos antes que ciudadanos: gestación de una 'política española' en los comienzos de la Edad Moderna", en José Ignacio Fortea (ed.), *Imágenes de la diversidad. El mundo urbano en la Corona de Castilla (siglos XVI-XVIII)*, Santander, Universidad de Cantabria, 1997, pp. 103-127.

borbónica se consideraba que el estándar futuro de la comunidad estaba prefigurado en el pasado, cuando la monarquía católica había alcanzado su máximo esplendor.[30]

Esta concepción de la temporalidad –orientada hacia un futuro que se consideraba ya experimentado en el pasado– se apoyó en una original periodización, con la construcción del mito del Siglo de Oro como memoria cultural de la nueva comunidad nacional.[31] Pero, sobre todo, el empeño en dar por superada la decadencia situó el discurso del comercio como puente semántico entre la experiencia comunitaria antigua y la moderna: los tratadistas afirmaban que España había sido ya una nación comerciante, solo que, como el resto de sus atributos colectivos, ese comercio había decaído con el tiempo hasta quedar en el estado decrépito que padecía en el presente.[32]

Aunque esta interpretación no resolvía por sí sola la encrucijada histórica de la comunidad, al identificar la decadencia de la nación con la de su comercio, la cuestión entera de la amenaza de desnaturalización adquirió una concreción de la que antes carecía, permitiendo atisbar soluciones institucionales viables y con visos de efectividad. Pues en la medida en que el estado del comercio condenaba a España a la postración ante otras naciones comerciantes –cuya religión predominante u oficial era además en ocasiones la protestante (o la musulmana, como en el caso del Imperio otomano)–, podía diagnosticarse que era en el comercio donde se estaba expresando la desnaturalización de España y los españoles.[33]

En suma, lo que había en juego al poner en el centro de los problemas de la Monarquía el comercio no era solo una cuestión de poder geopolítico relativo ni de aumento de recaudación fiscal o de pujanza económica, sino que afectaba directamente a la identidad comunitaria. De ahí que una de las prioridades de las primeras reformas borbónicas fuera el empeño en erradicar de la península y las colonias a las comunidades de comerciantes de otras naciones que habían ido instalándose a lo largo del siglo anterior, y cuyos privilegios reconocidos –algunos de ellos derivados de la doble nacionalidad de sus miembros– aparecían ahora como un importante agente activo de desnaturalización comunitaria de los españoles.[34]

En un sentido más amplio, era obligado aumentar el conocimiento acerca del funcionamiento del comercio para darle la vuelta a su signo negativo. A esos efectos, los primeros economistas políticos borbónicos se enfocaron con bastante éxito en fijar la distinción entre comercio activo y pasivo.[35] Merced a aportaciones como esta, en las décadas iniciales del siglo XVIII la

[30] Pablo Sánchez León, "Orígenes modernos. El progreso como restauración en la forja de una nación española, siglo XVIII", en Á. Díaz de Rada (ed.), *Las formas del origen. Una puerta sin retorno al laberinto de las génesis*, Madrid, Trotta, 2021, pp. 321-348.

[31] Pablo Fernández Albaladejo, "La 'nación' de los 'modernos': incertidumbres de nación en la España de Felipe V", en P. Fernández Abaladejo, *Materia de España*, Madrid, Marcial Pons, pp. 177-196.

[32] Un tropo que resonaba con claridad a la altura de mediados del siglo era rotundo en ese sentido: "Todos confiesan que fue España feliz cuando fue comerciante". Juan Enrique de Graef, *Discursos mercuriales económico-políticos (1752-1756)*, Sevilla, Fundación El Monte, 1996, p. 180. Sobre este asunto, Pablo Sánchez León, "La representación del comercio en España en la primera mitad del siglo XVIII: cambio cultural, agencia y efectos institucionales", en P. Sánchez León, C. Vieira y N. Vieira (eds.), *Espelhos de Mercúrio: A representaçâo do comercio nas monarquías ibéricas, 1500-1800*, Évora, CIDEUS, 2022 (en prensa).

[33] Sánchez León, "El traductor de economía política y filosofía moral".

[34] Guillermo Pérez Sarrión, *La península comercial. Mercado, redes sociales y Estado en España en el siglo XVIII*, Madrid, Marcial Pons, 2012, pp. 121-174.

[35] Establecida ya en el siglo XVII, la distinción entre comercio activo y pasivo es el eje sobre el que Gerónimo de Uztáriz elaboró su reputada *Theorica y práctica de comercio y de marina*, publicada en 1724 y de nuevo en 1742, con ediciones en inglés y francés. Sobre este autor, Reyes Fernández Durán, *Gerónimo de Uztáriz (1670-1732): una*

actividad comercial pasó con rapidez de ser considerada expresión final de la desnaturalización comunitaria, a aparecer como un mecanismo imprescindible para salir de la situación de postración y, eludiendo el ominoso destino colectivo de la decadencia, recuperar el esplendor imperial perdido o al menos resituar el comercio en el estadio marcado por las nuevas potencias.

No obstante, desde temprano las polémicas debieron incluir en la reflexión las costumbres colectivas, que pasaron a ser crecientemente vistas como a la vez causa y efecto de la falta de impulso comercial entre los españoles. En este terreno existían límites de partida que la cultura hispana posbarroca se imponía a sí misma. Promover la reforma de las costumbres implicaba el riesgo de llegar a afectar la integridad religiosa de la comunidad, provocando el efecto más contrario al buscado –la desnaturalización de los rasgos confesionales que se consideraban inherentes a los españoles–. De cara a dejar atrás del todo la amenaza de decadencia, dentro de la esfera de lo impolítico en la monarquía católica solo eran asumibles cambios en relación con atributos infrapolíticos o étnico-culturales, no los metapolíticos o religiosos. Pero, además, la dignificación de los súbditos como dotados de interés debía hacerse sin cruzar tampoco la línea que podía habilitarlos como sujetos políticos con capacidad reflexiva para el autogobierno.

En consecuencia, en la pugna por el estatus en el orden interestatal europeo bajo la monarquía de Felipe V, el imaginario de nación que se iba abriendo paso podía tener por sujeto natural a un individuo interesado, según prescribían la filosofía moral y la economía política, pero manteniendo intocable su condición de creyente en una fe que le negaba la capacidad de autodeterminación moral; a su vez, de este sujeto individual se esperaba que conociera su interés particular para implicarse en la consecución del progreso comunitario derivado del comercio, pero sin invocar derechos ni capacidades de participación política.

En última instancia, el éxito de esa reorientación dependía del reconocimiento que la España borbónica lograse recibir por parte de una emergente comunidad de Estados europeos cuyas relaciones no estaban ya presididas por conflictos religiosos sino cada vez más por estereotipos acerca de las costumbres de las otras naciones. Aquí el asunto se complicaba de nuevo, pues los súbditos españoles partían de verse acusados por los publicistas europeos de encarnar una degradación moral que los incapacitaba para el correcto gobierno y la compostura cortesana y, en suma, negando a la nación española avales suficientes para figurar como miembro natural de la nueva escena interestatal bajo hegemonía francesa.[36] Lo interesante de esta literatura –que está en el origen de una suerte de "segunda leyenda negra"–[37] es que fue asumida por el discurso borbónico en materia de filosofía moral y economía política, cuyos cultivadores, en su autocrítica de una nación que no parecía lograr librarse de la decadencia, adoptaron la retó-

---

política económica para Felipe V, Madrid, Minerva, 1999. Una perspectiva sobre el pensamiento económico hispano hasta las puertas del siglo XVIII, en Massimo Perrotta, "Early Spanish Merchantilism: The First Analysis of Underdevelopment", en L. Magnusson (ed.), *Merchantilist Economics*, Nueva York, Springer, 1993, pp. 17-58.

[36] Llegó incluso a ser reclamada para ellos, como planteó Montesquieu, una tutela como si se tratara de menores o enfermos dependientes. Pablo Fernández Albaladejo, "Entre la 'gravedad' y la 'religión'. Montesquieu y la 'tutela' de la monarquía católica en el primer setecientos", en P. F. Albaladejo, *Materia de España*, pp. 149-176.

[37] La distinción entre una primera leyenda negra, centrada en el ejercicio de la violencia por los españoles en América, y una segunda, centrada en las carencias de los españoles en el terreno cultural no aparece en los tratamientos habituales sobre el tema. Véase Ricardo García Cárcel, *La leyenda negra. Historia y opinión*, Madrid, Alianza, 1998, pp. 139-188, y la más reciente aportación de María J. Villaverde y Francisco Castilla Urbano, "La leyenda negra: existencia, origen, recepción y reacciones", en M. J. Villaverde y F. Castilla Urbano (dirs.), *La sombra de la leyenda negra*, Madrid, Tecnos, 2016, pp. 1-98.

rica que presentaba a España como una nación bárbara debido a su desidia ante la actividad comercial.[38]

Esta referencia a la barbarie contenía una cierta dimensión de temporalidad; no obstante, sin la disponibilidad de una teoría evolutiva de la humanidad –que en ese contexto apenas comenzaba a ser esbozada en otras latitudes–,[39] lo que la dicotomía bárbaro/civilizado subrayaba en ese contexto era el desnivel cultural e institucional entre naciones. De hecho, dentro de este discurso se perfiló una metáfora que hizo época y que identificaba a los habitantes de la metrópoli España con los de sus propias colonias, cuyo epítome sería la famosa expresión del erudito Benito Feijoo que presentaba a los españoles como los "indios" de Europa.[40]

El problema de este tropo es que no desentrañaba por qué los españoles herederos de los conquistadores, en su día capaces de construir un imperio que descollaba en armas y letras pero asimismo en comercio, habían terminado emulando los nefastos hábitos mercantiles de los indígenas por ellos conquistados. La reflexión complementaria necesaria para dar cuenta del mecanismo moral subyacente llegó finalmente de la mano de Pedro Rodríguez de Campomanes justo al mediar el siglo. Sintetizando los avances en la ciencia del comercio, Campomanes partió de la distinción entre comercio activo y pasivo, pero la refinó con una innovadora reflexión socio-geográfica y filosófico-moral, desarrollando una clasificatoria de las naciones aquejadas por el comercio pasivo en función de sus recursos naturales, costumbres colectivas y organización institucional.

Distinguió así entre naciones "miserables", "bárbaras" y "perezosas". Las primeras serían aquellas carentes de dotaciones naturales y culturales para la aplicación al trabajo, a las que "ni la industria ni el país" favorecen en recursos, de manera que a sus naturales les traía más a cuenta "trabajar en el campo o labrar chocolate" que desarrollar una industria o un comercio que no les garantizaba "con menos sudor más fruto".[41] Por su parte, las naciones bárbaras serían aquellas que "dan sus preciosos frutos a trueque de chucherías, las cuales con el uso se acaban".[42] Entre estas segundas, Campomanes incluyó las naciones "de las ambas Indias", pero no así a España, pese a su notorio comercio pasivo. Para caracterizar a los españoles, Campomanes acuñó una tercera categoría distintiva de las naciones, las perezosas.

[38] Se hablaba así de que el "abandono" –entendido como "la ninguna aplicación de sus hijos" o "una torpe radicada oposición al trabajo"–, ocupaba en España "bárbaros dominios", manifestándose en un "vivir como bruto" que hacía al español "merecedor de no ser tratado como hombre". José del Campillo y Cossío, *Lo que hay de menos y lo que hay de más en España* [1742], s.l., Hércules-Astur de ediciones, 1992, pp. 212, 216 y 232, respectivamente.

[39] Ronald L. Meek, *Los orígenes de la ciencia social: el desarrollo de la teoría de lo cuatro estadios*, Madrid, Siglo XXI, 1998.

[40] El tropo había sido empleado para distintos propósitos por autores a lo largo de la segunda mitad del siglo XVII, desde Gracián a Cabriada. La expresión fue reacuñada por Benito Feijóo en la "Fábula de las Batuecas, y Países imaginarios", *Teatro Crítico Universal*, IV, Discurso 10, Madrid, Imprenta de Blas Morán, 1775 [1730], pp. 261-292. Un panorama sobre la ciencia española en el siglo XVIII a partir de esta imagen, en Juan Pimentel, "The Indians of Europe: The Role of Spain´s Enlightenment in the Making of a Global Science", en J. Astigarraga (ed.), *The Spanish Enlightenment Revisited*, Oxford, The Voltaire Foundation/Oxford University Press, 2015, pp. 83-104.

[41] Pedro Rodríguez de Campomanes, *Bosquejo de política económica española delineado sobre el estado presente de sus intereses*, Madrid, Editora Nacional, 1984, p. 141. El texto manuscrito fue originariamente redactado en 1752 y, aunque no llegó a publicarse, es sin duda el texto más emblemático, por sintético, de la producción ilustrada de la primera mitad del siglo XVIII.

[42] *Ibid.*, p. 140. Su contrapuesto eran "las naciones cultas", las cuales "reciben estas preciosas simples, las ponen en obras, dan de comer a sus propios artífices y hacen un segundo comercio aún más ventajoso que el primero", es decir, las que practicaban el comercio activo.

Según planteaba, estas "convienen con los indios" en algunos rasgos básicos, pues "teniendo países fértiles recogen sus frutos o metales en bruto" y "los venden, sin hacer otro uso de ellos, a un vil precio"; ahora bien, "tienen también las diferencias de ser naciones civilizadas que viven en cuerpo de sociedad", y por tanto "no ignoran el uso que pueden tener sus simples puestos en obra".[43]

El diagnóstico no resultaba menos duro hacia sus connaturales españoles: estos, pese a contar con una muy desarrollada organización social, "quieren más holgar que su ganancia", llevando incluso a gala entregar "todos sus frutos y toda su moneda", de manera que "en esto último son más ignorantes que los indios".[44] Ahora bien, pese a la crítica, con esta clasificatoria el estigma de barbarie desaparecía del discurso. Y lo que es más importante, el discurso de Campomanes señalaba explícitamente que, después de la decadencia, no había marcha atrás ni declive futuro para la nación española. Por haber sido una metrópoli imperial, España era ya una comunidad civilizada: la civilización imprimía carácter y no podía perderse una vez adquirida; la desnaturalización postimperial no era ya un futuro posible.

El discurso de Campomanes seguía la estela de buena parte de la ya larga tradición arbitrista que venía cifrando el atraso hispano en la falta de aplicación al trabajo.[45] Con todo, las innovaciones eran notables. Para empezar, abordaba el mal de la desidia colectiva de los españoles sin recurrir a referentes tomados de los saberes teológico-morales tradicionales:[46] entendía que los problemas morales de los españoles eran mucho más mundanos y reclamaban un tratamiento desde la filosofía moral de ambición científica.

En este decisivo terreno, planteó un enfoque sobre la ociosidad distinto del habitual entre los publicistas hispanos, que la hacían derivar de atributos morales como el orgullo estamental o la gravedad: según Campomanes, la ociosidad de los españoles no era un rasgo natural e indeleble, sino que derivaba de no tener al alcance de la mano la incitación a la ganancia individual. Por medio de dicha incitación, el cambio en las costumbres nacionales podía lograrse, y además sin incurrir en externalidades políticas peligrosas: bastaba con exponer a los españoles al comercio, favoreciendo así la "afición insensible a nuevas costumbres" promotoras del interés particular y las relaciones de mercado.[47]

Campomanes daba por descontado que el catolicismo bastaba para contener a los hombres "en lo justo", así como para que los súbditos se comprometieran a "respetar al soberano", de manera que las reformas no afectasen a las divisorias estamentales propias de toda monarquía; paradójicamente, sin embargo, estaba acogiendo una proyección antropológica de estos

[43] Y a la inversa, las naciones bárbaras, que también denomina "idiotas", son aquellas que "no están reducidas a una justa sociedad disciplinada, ignoran el comercio [activo] y las artes de manufacturas y solo comercian para satisfacer a sus menesteres o a su fantasía" (*ibid*).
[44] *Ibid*.
[45] Bartolomé Yun Casalilla, "Arbitristas, Projectors, Eccentrics and Political Thinkers. Contextualizing and 'Translating' a European Phenomenon", en S. Rauschenbach y C. Windler (eds.), *Reforming Early Modern Monarchies: The Castilian Arbitristas in Comparative European Perspectives*, Wiesbaden, Harrassowitz Verlag, 2016, pp. 101-122.
[46] Y ello a pesar de que abría su ensayo con una enésima declaración de que la fe católica "es el primero y principal punto de este Estado" (Campomanes, *Bosquejo*, p. 39).
[47] La idea de que el cambio en las costumbres podía lograrse sin imposiciones, casi de modo imperceptible, derivaba de la imagen del comercio como portador de atributos civilizadores extendida en toda Europa en la época; Albert O. Hirschman, *Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos en favor del capitalismo antes de su triunfo*, Madrid, Capitán Swing, 2014 [1978]. La cita en Campomanes, *Bosquejo*, p. 39.

como comerciantes.[48] Anticipaba así una nueva etapa en la forja de la nación, una vez resuelta la encrucijada ya centenaria de la continuidad en el tiempo de la comunidad.

Prueba de ello es que, a comienzos de la década de 1760, el discurso de España como una nación civilizada quedó plenamente incorporado en la esfera pública peninsular.[49] Ahora bien, dicho discurso prescribía que la amenaza de decadencia solo quedaría disipada del todo si se emprendían con resolución reformas centradas en la promoción del comercio. La llegada de un nuevo monarca, Carlos III, abrió la puerta a un decidido esfuerzo institucional en esa dirección. En plena línea con el imaginario de un pasado comercial glorioso antes de la decadencia, su reinado comenzó con la restauración de los llamados "Cuerpos del Comercio" de Barcelona y Valencia, que habían quedado desmantelados con los Decretos de Nueva Planta en 1716; pero el empeño no se detuvo ahí, y adquirió tintes mucho más ambiciosos y experimentales, aunque por ello mismo más contingentes e imprevisibles.

En 1765 la corte coordinada por el marqués de Esquilache puso en marcha una arriesgada política de liberalización del abastecimiento de las ciudades, permitiendo oscilaciones de precio en los productos de primera necesidad, una apuesta que fue avalada por el propio Campomanes en su calidad de fiscal del Consejo de Castilla.[50] Sin embargo, el paquete de reformas de Esquilache se topó inesperadamente con una reacción popular desbordante. En la primavera de 1766, la población de Madrid y de otras ciudades y villas del reino se levantó en contra de las políticas del pan de la corte, que venían además acompañadas de otras medidas que afectaban las costumbres de los españoles. Tanto o más emblemático fue el hecho de que el discurso de los insurrectos combinó retóricas tradicionalistas con un imaginario "nacionista", pero asimismo dio cabida a tropos de la tradición republicana.[51]

Finalmente, un sujeto político empoderado –el efecto colateral más temido por los proyectistas borbónicos en su impulso por alejar el fantasma de la desnaturalización– hacía aparición en escena. La protesta fue aplacada, pero funcionó como un parteaguas en la relación entre el pensamiento ilustrado y las políticas reformistas del reinado de Carlos III, afectando la apuesta entera por una "nación comerciante". La utopía capitalista de una comunidad volcada al esfuerzo colectivo de recuperar su grandeza por medio de una integración radical en relaciones de mercado tuvo que ser postergada en nombre del primordial mantenimiento del orden establecido.

[48] Este arquetipo del comerciante había ido urdiéndose a lo largo de la primera mitad de siglo, Sánchez León, "La representación del comercio".

[49] José Escobar, "'Civilizar', 'civilizado' y 'civilización': una polémica de 1763", en *Actas del séptimo Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* (celebrado en Venecia del 25 al 30 de agosto de 1980), Roma, Bulzoni, 1982, pp. 419-427. Disponible en: <http://data.cervantesvirtual.com/manifestation/737215>.

[50] Para esto y lo que sigue, Pablo Sánchez León, "Ordenar la civilización: semántica de la noción de Policía en los orígenes de la Ilustración española", *Política y Sociedad*, vol. 42, n° 3, 2005, pp. 139-156. Disponible en: <https://revistas.ucm.es/index.php/POSO/article/view/POSO0505330139A>.

[51] La interpretación del motín de Esquilache, en Pablo Sánchez León, "Conceiving the Multitude: Eighteenth-Century Popular Riots and the Modern Language of Social Disorder", *International Review of Social History*, vol. 53, nº 3, agosto de 2011, pp. 511-533, disponible en: <https://www.cambridge.org/core/journals/international-review-of-social-history/article/conceiving-the-multitude-eighteenthcentury-popular-riots-and-the-modern-language-of-social-disorder/2D8BEA588E0207236960E7A602EFB383>; y Pablo Sánchez León, *De plebe a pueblo. La participación política popular y el imaginario de la democracia en España, 1766-1868*, Manresa, Bellaterra, 2022, pp. 49-59. Acerca de la categoría de "nacionismo" para dar sentido a las identidades de tipo nacional antes del surgimiento del nacionalismo moderno, Pablo Fernández Albaladejo, "Fénix de España: decadencia e identidad en la transición al siglo XVII", en P. Fernández Albaladejo, *Materia de España*, pp. 125-147.

En consecuencia, las reformas carolinas contra la ociosidad de las décadas de 1770 y 1780 pasaron a centrarse en los "vagos y maleantes", súbditos que se consideraba que carecían de la posibilidad de desarrollar el interés particular y que debían ser reintegrados en los gremios y corporaciones tradicionales. Esta novedosa política social, de profundo carácter biopolítico, implicaba una reorientación del universalismo confesional de época imperial hacia dentro de la comunidad, ya no desde referentes católicos sino desde el lenguaje del comercio y la economía política.[52]

Un proyecto radical de nación comerciante: el "Sistema Universal de Gobierno" del abate Gándara

La protesta colectiva de 1766 alteró el programa de la corte borbónica, de manera que no es posible conocer cómo se hubiese desarrollado la definición de la nación de haberse mantenido el rumbo de las reformas de Esquilache según el esquema originariamente diseñado. No obstante, hay una manera indirecta de abordar esta cuestión, y es analizando un proyecto de reformas esbozado en ese contexto.

Su autor, el jesuita Miguel Antonio de la Gándara (1719-1783), era un resuelto regalista que bajo el reinado de Fernando VI llegó a representar a la monarquía ante la sede papal durante la negociación del Concordato de 1753. Estudioso de las tendencias en economía política y conocedor del funcionamiento de la administración bajo los Borbones, a su llegada a España el rey Carlos III le encargó la elaboración de la que sería su obra más renombrada, *Apuntes sobre el bien y el mal de España*, publicada en 1762 y dedicada "A la nación española".[53] No obstante, parece que Gándara se distanció de la corte bajo el marqués de Esquilache, a tal punto que supuestamente se implicó en la elaboración y difusión de parte del discurso de los amotinados en 1766. Con la represión desatada en la estela de este, muy centrada en el entorno de la Compañía de Jesús, Gándara fue detenido y encarcelado en Pamplona hasta su muerte. La implicación de Gándara en el motín popular no debe confundirse con un rechazo de las reformas carolinas, y menos desde una perspectiva prorrepublicana: como buen jesuita y acérrimo regalista, reivindicaba el tiranicidio, pero no la ciudadanía.

Estando en prisión redactó en 1777 un "Plan de los artículos que forman el 'Sistema Universal de Gobierno'", que llegó a manos de Pedro Rodríguez de Campomanes.[54] La obra ofrece una alternativa extrema y radical dentro del proyectismo iluminista de la época.[55] Con-

[52] Francisco Vázquez, *La invención del racismo. Nacimiento de la biopolítica en España*, Madrid, Akal, 2009. En su estela se acuñó además el concepto moderno de "plebe", que venía a escindir en dos la categoría de pueblo, degradando los atributos que legítimamente poseía como sujeto político colectivo. Sánchez León, *De plebe a pueblo*, pp. 59-73.

[53] Miguel Antonio de la Gándara, *Apuntes sobre el bien y el mal de España*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1988.

[54] Se conserva una copia, que es la que empleo, en el archivo de Pedro Rodríguez de Campomanes custodiado en la Fundación Universitaria Española, con la signatura 51-2, sin paginación.

[55] La referencia clásica es aquí Franco Venturi, *Utopía y reforma en la Ilustración*, Madrid, Siglo XXI, 2014 [1970]. Tratamientos más recientes, en Nicole Pohl, "The Quest for Utopia in the Eighteenth Century", *Literature Compass*, vol. 5, n° 4, julio de 2008, pp. 685-706, disponible en: <https://compass.onlinelibrary.wiley.com/doi/abs/10.1111/j.1741-4113.2008.00556.x>; y Jean-Michel Racault, *L'Utopie narrative en France et en Angleterre 1675-1761*, Oxford, The Voltaire Foundation, 1991.

tiene, por tanto, todos los ingredientes del imaginario de nación de la Ilustración española, de manera que permite mostrar cómo solo una vez resuelto el problema de la temporalidad de la comunidad fue posible desarrollar una concepción de nación moderna que podía plasmarse en el espacio.[56]

Como su nombre indica, el texto es un "plan" para una futura publicación, que estaría compuesta de un listado de ochenta "lemas" o artículos numerados, seguidos de un resumen y una glosa; solo se conservan los títulos de esos artículos. Los primeros artículos del texto dibujan un ambicioso programa de puesta en valor de los recursos naturales y humanos de la nación con apoyo en la tecnología;[57] esta última es, a su vez, canalizada por medio de un énfasis en la conectividad espacial que presupone la total homogeneización jurisdiccional sobre el territorio.[58] En suma, hasta aquí estamos ante una plasmación institucional de la nación comerciante.

Sin embargo, el texto incluye objetivos homogeneizadores que van más allá de la economía, afectando a cuestiones de identidad cultural de primera magnitud, como la lengua.[59] Al igual que sucede con las relaciones entre los territorios de la Monarquía, es el comercio el nexo que vincula todas las actividades institucionales y culturales, y aspira a fomentar la actividad de comercio en "todo vasallo", independientemente de su profesión, rango y condición.[60] La lógica del comercio se impone no solo en la proyección internacional de la comunidad, incluido el ejército, sino en la concepción de la propia justicia, fundamento de la legitimidad del orden institucional entero.[61]

En suma, el comercio vincula y da unidad a las dimensiones interior y exterior de la Monarquía. Cuando Gándara proyecta la "extracción abierta" sin obstáculos "de todos los frutos y efectos sobrantes del Reyno" (art. 13) podría parecer que simplemente sigue las máximas del mercantilismo, pero la postura tan radical que ofrece en contra del consumo de productos extranjeros revela el temor a la desnaturalización, instando a su vez al establecimiento de políticas que preserven valores culturales de naturaleza impolítica, como la vestimenta y otras mercancías que afectan a las costumbres. No solo propone aplicar un sistema de "puerta cerrada [y mejor, tapiada] a todos los géneros extranjeros que no sean indispensablemente

[56] El hecho de que se trate de un proyecto subraya otro de los atributos del imaginario de nación moderna, el de la abstracción. Véase Paul James, *Nation Formation. Towards a Theory of Abstract Community*, Londres, Sage, 1996.
[57] Propone así una política de extensión de la agricultura (art. 5), de creación de pósitos "en todos los pueblos que se necesita" (art. 8), de fábricas "de todos los géneros" de materias primas según los "productos naturales de cada provincia o pueblo" y "proporcionadas a los consumos nuestros y de nuestras Indias" (art. 6).
[58] Plantea así "caminos de traviesa, puentes y postas en todo el ámbito de la península" (art. 3) y "ríos navegables" (art. 4).
[59] Además de reclamar "un peso, una medida, una vara, una moneda, una ley (bien ajustada a la ley eterna)" para "toda la extensión del Imperio español", propone que se imponga "un idioma mismo (el castellano)" (art. 15), cuyo uso "puro y neto, exacto y claro en toda España" se haga extensible a todos los "procesos, alegatos, decisiones, sentencias y ejecutorias" (art. 35).
[60] "Circulación interior libre, tráfico y comercio franco de unas provincias con otras dentro de la Monarquía" (art. 12); "Libertad de tráfico, comercio y navegación a todo vasallo en todo lo posible, útil y conducente a la causa pública, bien de la sociedad, mejoras del Estado y alivio de los súbditos" (art. 31). Considera que conservar las aduanas interiores es un "barbarismo" (art. 54): "Bien gobernadas nuestras aduanas podrán vender nuestros fabricantes más barato que los extranjeros" (art. 56).
[61] Propone así que los consulados de comercio "armen en guerra libremente" (art. 51). En la administración de justicia resuena con claridad el eco del *ius mercatorum*: "Brevedad y sencillez con integridad en los procesos, juicios y administración de la justicia criminal, civil y canónica" (art. 34). Véase, sobre esto, Carlos Petit, *Historia del derecho mercantil*, Madrid, Marcial Pons, 2016, pp. 117-144.

precisos" (art. 14), sino que aboga por la "prohibición absoluta para que nadie vista, ni use" ningún tipo de textiles ni menajes "que no sean de las fábricas y manifacturas [sic] regnícolas establecidas y estabiliendas [sic]" (art. 11).[62]

Sin embargo, esto no convierte el suyo en un discurso conservador del *statu quo* puramente volcado a salvaguardar esencias patrias. Al contrario, el fundamento de sus propuestas es la crítica al entramado institucional heredado, por cuya reforma radical aboga.[63] Este cuestionamiento se manifiesta aún más transgresor en las propuestas de homogeneización social de los súbditos por encima de las diferencias ante el fisco o la administración de justicia.[64] Más que una lucha contra el privilegio, esta postura radicalmente ecualizadora debe ser entendida como parte de un diseño más amplio que solo adquiere su razón plena de ser en el relanzamiento de las señas de identidad abiertamente confesionales de la Monarquía: así, Gándara propone entre sus reformas la "creación de una Secretaría de Estado y del Despacho universal eclesiástico secular y regular de España y de las Indias e islas adyacentes" (art. 42), reforma institucional que de cara a las relaciones internacionales se enmarca bajo el lema: "Nunca otra política que la política del Evangelio" (art. 73).[65] Ahora bien, como buen regalista, Gándara no pone esta pionera imaginación nacional-católica *avant la lettre* al servicio de una hegemonía de la administración eclesiástica sobre la civil.[66]

De hecho, este proyecto de reformas institucionales no va dirigido a las autoridades, sino a todos los miembros de la comunidad, a quienes insta a guiarse por el "Amor a la Patria, con preferencia al interés personal" (art. 76). Mas a pesar de la invocación al patriotismo, su plan para la nación española no da por supuesto ni instituye sujetos autorreflexivos. El recetario de Gándara deja de manera explícita toda la dimensión moral fuera de las medidas institucionales, asumiéndolas como una precondición de estas: el artículo 1 del plan insta lacónicamente a la "virtud y buenas costumbres", pero mantiene en total opacidad su contenido o su vinculación con la capacidad de autodeterminación de los sujetos.[67] Tampoco de los magistrados se predica la virtud política, sino un elenco de valores morales tradicionales.[68] En suma, ninguna condición de ciudadano se diseña para la nación española proyectada; la política no se concibe como

[62] Y remata: "Nada a la extranjera, nada absolutamente de ninguna especie: todo nacional, y todo a la española, comenzando desde la Sagrada persona del Rey, exceptuando únicamente lo inevitable, que no es mucho y que en corto tiempo puede reducirse a menos, o a casi nada" (art. 10).

[63] "Simplificación perfecta y bien entendida en todas las partes, ramos y materias de la administración pública" (art. 16), sobre el principio general de "simplicidad, sencillez y naturalidad en todas las cosas de cual se fuere especie" (art. 21) y "moderación, frugalidad, sobriedad y economía en todo y por todas partes" (art. 22).

[64] "Rebaja y equidad natural en todos los impuestos […] y demás sobrecargas establecidas […] desde que cesó la celebración de Cortes generales del Reyno hasta hoy" (art. 24); "Justicia distributivas con relación y proporción al mérito personal de cada vasallo y sin acepción de personas, clases, rangos ni condiciones" (art. 25).

[65] "Siempre buena armonía con el vicario de Cristo, Padre universal de los creyentes" (art. 72); "Nunca las materias eclesiásticas tratadas por tribunales ni manos laicas" (art. 41); "Disciplina eclesiástica secular y regular, conforme al Santo Concilio tridentino" (art. 71).

[66] Así, en "todos y en cada uno" de los "consejos, chancillerías y audiencias" plantea "suprimir una cuarta parte, a lo menos, de ministros, sacerdotes, ungidos y consagrados a Dios por oficio" (art. 38).

[67] "Fomentar siempre por siempre todo lo que sólida y macizamente conduce al pueblo a la virtud y buenas costumbres" y evitar y prevenir "muy de antemano en todas las maneras imaginables todo aquello que insensible y sordamente llama y lleva las gentes al vicio […] y a la molicie, impiedad, licenciosidad, corrupción, relajación, depravación, incredulidad y desolación general del libertinaje" (art. 77).

[68] "Jamás consultar para nada con hombres que no sean eminentes en virtud calificada […], superiores en talento, grandes en la instrucción y sumos en la doctrina universal y conocimiento del corazón humano" (art. 70); y en general "constancia, fortaleza y entereza con templanza, en todas las empresas justas, dignas del Cetro" del poder (art. 75).

una dimensión de toma de decisiones colectiva para el autogobierno, y el poder reflexivo de la política carece de sujeto comunitario.

En conjunto, el "Plan" de Gándara exacerba los dispositivos de integración comunitaria, arrasando con los cuerpos intermedios heredados, sean de tipo jurisdiccional o estamental o institucional (salvo los que separan a la Iglesia del Estado). Ahora bien, lo hace manteniendo la percepción holística y orgánica del orden corporativo, solo que ahora aplicada a la nación como unidad: de lo que se trata es de llegar hasta el último de los vasallos para incorporarlo plenamente al todo comunitario, que adquiere así las trazas de una entidad nacional omnicomprensiva cuya racionalidad remite en última instancia a la promoción del comercio.

Así imaginada, la nación española queda constituida, hacia fuera, de modo excluyente por su intolerancia religiosa y, hacia dentro, como una suerte de *dominación universal territorializada* sobre el conjunto de la población. La utopía de Gándara es altamente radical en su fundamentación en la ciencia de la economía política, pero se mantiene anclada en un imaginario católico ajeno a cualquier autonomía de la política respecto de los fines trascendentes. Y aunque no hay en él referencias al tiempo, es justamente el pasado restaurable de gloria imperial e integrismo universalista la precondición que unifica y da sentido a todo el discurso de nación.

La España ilustrada, una impolítica comunidad nacional moderna

"La comunidad no muere"… ¿o sí lo hizo? A tenor de lo aquí planteado, en términos de la estructuración del tiempo, la comunidad política instituida bajo los Borbones se hallaba en clara discontinuidad con la del contexto histórico anterior, una vez atravesada la decadencia. En ese paso de ser un imperio amenazado de desnaturalización a ser imaginada como una nación comerciante, la España de los Borbones quedó constituida como una comunidad moderna, pero bloqueando por medio de tropos impolíticos la definición de un sujeto con capacidad y conciencia para el autogobierno.

No venir acompañada de una dimensión de ciudadanía no la convierte en un caso raro en el contexto de la Europa ilustrada; lo que en cambio resulta singular es la temprana reacción popular que en la monarquía borbónica desencadenaron las reformas que buscaban afianzar a España como nación. En cualquier caso, la política "desde abajo" muestra ser un rasgo inherente a la nación moderna, que no es siempre tenido en la consideración debida: en el caso español, abunda en la interpretación que identifica la forja decisiva de la nación con la crisis de 1808, en cuya estela se definió un sujeto político con capacidad constituyente.[69] Desde esta perspectiva, la nación comerciante de la Ilustración no está en continuidad con la nación instituida por el liberalismo.

En este artículo he tratado de señalar que la nación española del siglo XVIII surgió en un excepcional contexto de *posdecadencia*, en el que la sensación colectiva de haber superado el destino que parecía aguardar al imperio hispánico trajo consigo toda una serie de transformaciones en relación con el tiempo y la política. El esfuerzo intergeneracional de los publicistas hispanos por ofrecer alternativas discursivas para superar la decadencia desembocó en un programa

[69] José M. Portillo, *Revolución de nación. Orígenes de la cultura constitucional en España, 1780-1812*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2000.

de reformas guiadas por el doble –y contradictorio– objetivo de restaurar la grandeza comunitaria pasada y proyectar la nación hacia un futuro de regeneración como "sociedad comercial".

La gestión biopolítica de la población peninsular que estas reformas propiciaron implicaba tratar a los súbditos metropolitanos como sujetos coloniales de un viejo imperio universalista y evangelizador, solo que ahora con la tecnología discursiva e institucional que el pensamiento científico habilitaba. Es esta una manera *sui generis* de establecer la modernidad, que remite a la especificidad de una doble experiencia comunitaria de decadencia imperial sobrevivida y de continuidad en la identidad confesional excluyente. □

Bibliografía

Álvarez de Miranda, Pedro, *Palabras e ideas: el léxico de la Ilustración temprana en España (1680-1760)*, Madrid, Real Academia Española, 1992.

Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Bastian, Michelle, "Time and Community: A Scoping Study", *Time and Society*, vol. 23, nº 2, 2014, pp. 137-166. Disponible en: <https://journals.sagepub.com/doi/10.1177/0961463X14527999>.

Bendix, Reinhard, *Nation-Building and Citizenship: Studies of Our Changing Social Order*, Berkeley, The University of California Press, 1964.

Black, Antony, "Editor´s Introduction", en O. von Gierke, *Community in Historical Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. xiv-xxix.

Blum, Carol, *Rousseau and the Republic of Virtue. The Language of Politics in the French Revolution*, Ithaca, Cornell University Press, 1986.

Brubaker, Rogers, *Citizenship and Nationhood in France and Germany*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.

Campillo y Cossío, José del, *Lo que hay de menos y lo que hay de más en España* [1742], s. l., Hércules-Astur de ediciones, 1992.

Cardim, Pedro, *Portugal y la monarquía hispánica (ca. 1550-ca. 1750)*, Madrid, Marcial Pons, 2017.

Cervera Ferri, Pablo, "Ciencia del comercio, economía política y economía civil en la Ilustración española (1714-1808)", *Cuadernos Dieciochistas*, n° 20, 2019, pp. 97-158. Disponible en: <https://revistas.usal.es/index.php/1576-7914/article/view/cuadieci20192097158>.

Domínguez Ortiz, Antonio, *Crisis y decadencia de la España de los Austrias*, Barcelona, Ariel, 1973.

Elliott, John H., "La crisis general en retrospectiva: un debate interminable", en J. H. Elliott, *España, Europa y el mundo de ultramar, 1500-1800*, Madrid, Santillana, 2010, pp. 29-54.

Escobar, José, "'Civilizar', 'civilizado' y 'civilización': una polémica de 1763", *Actas del séptimo Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Roma, Bulzoni, 1982, pp. 419-427. Disponible en: <http://data.cervantesvirtual.com/manifestation/737215>.

Esposito, Roberto, *Confines de lo político: nueve pensamientos sobre política*, Madrid Trotta, 1993.

——, *Categorías de lo impolítico*, Buenos Aires, Katz, 2006 [1988].

Feijóo, Benito, *Teatro Crítico Universal*, Madrid, Imprenta de Blas Morán, IV, 1775 [1730].

Fernández Albaladejo, Pablo, "Católicos antes que ciudadanos: gestación de una 'política española' en los comienzos de la Edad Moderna", en J. I. Fortea (ed.), *Imágenes de la diversidad. El mundo urbano en la Corona de Castilla (siglos XVI-XVIII)*, Santander, Universidad de Cantabria, 1997, pp. 103-127.

——, *Materia de España. Cultura política e identidad en la Edad Moderna*, Madrid, Marcial Pons, 2007.

——, *La crisis de la monarquía*, Madrid, Crítica/Marcial Pons, 2009.

Fernández Durán, Reyes, *Gerónimo de Uztáriz (1670-1732): una política económica para Felipe V*, Madrid, Minerva, 1999.

Feros, Antonio, *Antes de España. Nación y raza en el mundo hispánico, 1450-1820*, Madrid, Marcial Pons, 2019.

Freund, Julien, *Politique et impolitique,* París, Sirey, 1987.

Gándara, Miguel Antonio de la, *Apuntes sobre el bien y el mal de España*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1988.

García Cárcel, Ricardo, *La leyenda negra. Historia y opinión*, Madrid, Alianza, 1998.

García Sanz, Ángel, "Auge y decadencia en España en los siglos XVI y XVII: Economía y sociedad en Castilla", *Revista de Historia Económica*, vol. 3, nº 1, marzo de 1985, pp. 11-27. Disponible en: <https://www.cambridge.org/core/journals/revista-de-historia-economica-journal-of-iberian-and-latin-american-economic-history/article/abs/auge-y-decadencia-en-espana-en-los-siglos-xvi-y-xvii-economia-y-sociedad-en-castilla/F6D9E082C650DE726C269DAA9E6B8152>.

Ginzburg, Carlo,"Lorenzo Valla on 'The Donation of Constantine'", en C. Ginzburg, *History, Rhetoric, and Proof*, Hanover y Londres, University Press of New England, 1999, pp. 54-70.

Graef, Enrique de, *Discursos mercuriales económico-políticos (1752-1756)*, Sevilla, Fundación El Monte, 1996.

Hartog, François, *Regímenes de historicidad: presentismo y experiencias del tiempo*, México, Universidad Iberoamericana, 2007.

Hirschman, Albert O., *Las pasiones y los intereses*. *Argumentos políticos en favor del capitalismo antes de su triunfo*, Madrid, Capitán Swing, 2014 [1978].

Hobsbawm, Eric y Terence Ranger, *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2012.

Hont, Istvan, *Jealousy of Trade: International Competition and the Nation-State in Historical Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.

Hutchison, Terence, *Before Adam Smith: The Emergence of Political Economy*, *1662-1776*, Londres, Blackwell, 1988.

James, Paul, *Nation Formation. Towards a Theory of Abstract Community*, Londres, Sage, 1996.

Kelley, Donald R., "'Second Nature': The Idea of Custom in European Law, Society, and Culture", en A. Grafton y A. Blair (eds.), *The Transmission of Culture in Early Modern Europe*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1990, pp. 131-162.

Kantorowicz, Ernest, *The King's Two Bodies: A Study in Medieval Political Theology*, Princeton, Princeton University Press, 1997 [1957].

Kennedy, Paul, *Auge y caída de los imperios*, Barcelona, Debolsillo, 1987.

Koselleck, Reinhart, *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*, Madrid, Trotta, 2007 [1959].

——, *The Practice of Conceptual History. Timing History, Spacing Concepts*, Stanford (Ca.), Stanford University Press, 2002 [2000].

Leach, Edmund, "Cronus and Chronos", en S. Hugh-Jones y J. Laidlaw (eds.), *The Essential Edmund Leach: 1. Anthropology and Society*, New Haven (CT), Yale University Press, 2001 [1961], pp. 174-181.

Maltby, William S., *Auge y caída del imperio español*, Madrid, Marcial Pons, 2011.

Meek, Ronald L., *Los orígenes de la ciencia social: el desarrollo de la teoría de los cuatro estadios*, Madrid, Siglo XXI, 1998.

Mouffe, Chantal, *El retorno de lo político, Comunidad, ciudadanía, pluralismo y democracia radical*, Barcelona, Paidós, 1999.

Pérez Magallón, Jesús, *Construyendo la modernidad: la cultura española en el tiempo de los novatores (1675-1725)*, Madrid, CSIC, 2002.

Pérez Sarrión, Guillermo, *La península comercial. Mercado, redes sociales y Estado en España en el siglo XVIII*, Madrid, Marcial Pons, 2012.

Perrotta, Massimo, "Early Spanish Merchantilism: The First Analysis of Underdevelopment", en L. Magnusson (ed.), *Merchantilist Economics*, Nueva York, Springer, 1993, pp. 17-58.

Petit, Carlos, *Historia del derecho mercantil*, Madrid, Marcial Pons, 2016.

Pimentel**,** Juan, **"**The Indians of Europe: The Role of Spain´s Enlightenment in the Making of a Global Science", en J. Astigarraga (ed.), *The Spanish Enlightenment Revisited*, Oxford, The Voltaire Foundation/Oxford University Press, 2015, pp. 83-104.

Pizzorno, Alessandro, *Política absoluta, política sin límites*, edición de Leopoldo A. Moscoso, Madrid, Postmetropolis Editorial, 2015. Disponible en: <https://postmetropolis.com/582/>.

Pocock, John G. A., *The Machiavellian Moment. Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*, Princenton, Princenton University Press, 1975.

Pohl, Nicole, "The Quest for Utopia in the Eighteenth Century", *Literature Compass*, vol. 5, n° 4, 2008, pp. 685-706. Disponible en: <https://compass.onlinelibrary.wiley.com/doi/abs/10.1111/j.1741-4113.2008.00556.x>.

Portillo, José M., *Revolución de nación. Orígenes de la cultura constitucional en España, 1780-1812*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2000.

Racault, Jean-Michel, *L'Utopie narrative en France et en Angleterre 1675-1761*, Oxford, The Voltaire Foundation, 1991.

Rodríguez de Campomanes, Pedro, *Bosquejo de política económica española delineado sobre el estado presente de sus intereses*, Madrid, Editora Nacional, 1984.

Rorty, Richard, *Contingencia, ironía y solidaridad*, Barcelona, Paidós, 1991.

Sánchez León, Pablo, "Ordenar la civilización: semántica de la noción de Policía en los orígenes de la Ilustración española", *Política y Sociedad*, vol. 42, n° 3, 2005, pp. 139-156. Disponible en: <https://revistas.ucm.es/index.php/POSO/article/view/POSO0505330139A>.

——, Pablo, "Conceiving the Multitude: Eighteenth-Century Popular Riots and the Modern Language of Social Disorder", *International Review of Social History*, vol. 53, nº 3, 2011, pp. 511-533. Disponible en: <https://www.cambridge.org/core/journals/international-review-of-social-history/article/conceiving-the-multitude-eighteenthcentury-popular-riots-and-the-modern-language-of-social-disorder/2D8BEA588E0207236960E7A602EFB383>.

——, "Orígenes modernos. El progreso como restauración en la forja de una nación española, siglo XVIII", en Á. Díaz de Rada (ed.), *Las formas del origen. Una puerta sin retorno al laberinto de las génesis*, Madrid, Trotta, 2021, pp. 321-348.

——, *De plebe a pueblo. La participación política popular y el imaginario de la democracia en España, 1766-1868*, Manresa, Bellaterra, 2022.

——, "El traductor de economía política y filosofía moral como autoridad en la definición de la nación española, 1660-1830", en J. M. Iñurritegui y J. Pardos Martínez (eds.), *Traducción como ecología en un largo siglo XVIII*, Madrid, Marcial Pons, 2022 (en prensa).

——, "La representación del comercio en España en la primera mitad del siglo XVIII: cambio cultural, agencia y efectos institucionales", en P. Sánchez León, C. Vieira y N. Vieira (eds.), *Espelhos de Mercúrio: A representaçâo do comercio nas monarquías ibéricas, 1500-1800*, Évora, CIDEUS, 2022 (en prensa).

Simmel, Georg, *The Sociology of Georg Simmel*, Nueva York, The Free Press, 1950 [1903].

Skocpol, Theda, *Los Estados y las revoluciones sociales. Un análisis comparado de Francia, Rusia y China*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

Smith, Anthony, *Nacionalismo: teoría, ideología, Historia*, Madrid, Alianza, 2004.

Smith, Justin E. H., *Nature, Human Nature, and Human Difference: Race in Early Modern Philosophy*, Princeton, Princeton University Press, 2015.

Storrs, Christopher, *The Resilience of the Spanish Monarchy, 1665-1700*, Oxford, Oxford University Press, 2006.

Taylor, Charles, *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Barcelona, Paidós, 2006 [1996].

Vázquez, Francisco, *La invención del racismo. Nacimiento de la biopolítica en España*, Madrid, Akal, 2009.

Venturi, Franco, *Utopía y reforma en la Ilustración*, Madrid, Siglo XXI, 2014 [1970].

Villaverde, María J. y Francisco Castilla Urbano, "La leyenda negra: existencia, origen, recepción y reacciones", en M. J. Villaverde y F. Castilla Urbano (dirs.), *La sombra de la leyenda negra*, Madrid, Tecnos, 2016, pp. 1-98.

Wasserman, Fabio (ed.), *Tiempos críticos. Historia, revolución y temporalidad en el mundo iberoamericano (siglos XVIII y XIX)*, Buenos Aires, Prometeo, 2020.

Weber, Eugene, *Peasants* into *Frenchmen*. *The Modernization of Rural France 1870-1914*, Stanford, Stanford University Press, 1976.

Weir, David, *Decadence. A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2018.

Wimmer, Andreas, *Nation Building: Why some Countries Come Together While Others Fall Apart*, Princeton, Princeton University Press, 2018.

Wootton, David, *La invención de la ciencia: una nueva historia de le revolución científica*, Barcelona, Planeta, 2015.

Yun Casalilla, Bartolomé, "Del centro a la periferia: la economía española bajo Carlos II", *Studia Historica. Historia Moderna*, vol. 20, 1999, pp. 45-75. Disponible en: <https://revistas.usal.es/index.php/Studia_Historica/article/view/4818>.

——, "Arbitristas, Projectors, Eccentrics and Political Thinkers. Contextualizing and 'Translating' a European Phenomenon", en S. Rauschenbach y C. Windler (eds.), *Reforming Early Modern Monarchies: The Castilian Arbitristas in Comparative European Prespectives,* Wiesbaden, Harrassowitz Verlag, 2016, pp. 101-122.

Resumen / Abstract

La concepción de la nación española en la Ilustración: comunidad, tiempo, (im)política

Este artículo aborda la configuración histórica de la nación española desde la perspectiva de la continuidad en el tiempo que el Antiguo Régimen presuponía a las comunidades políticas. Partiendo de la temporalidad de la Monarquía hispánica propia de un imperio expuesto a declive, se argumenta que su singular experiencia de tiempo consistió en la superación de la decadencia, si bien la amenaza de esta siguió marcando la cultura hispana en el paso al siglo XVIII. En ese contexto, el discurso adoptó el lenguaje del comercio y la ciencia de la economía política, permitiendo eventualmente ofrecer un diagnóstico de los males morales de los españoles que alejaba la posibilidad de una desnaturalización sin poner en riesgo la ortodoxia católica legitimadora de la Monarquía hispánica y sin habilitar un sujeto con capacidad política. El texto permite así reflexionar sobre la dimensión tiempo inherente a toda definición de comunidad, así como sobre los rasgos distintivos de la nación española alumbrada por los proyectistas y reformadores ilustrados, marcada por el peso de rasgos impolíticos.

Palabras clave: Comunidad – Tiempo – Política – Auge y decadencia imperial – Siglo XVIII español

The conception of the Spanish nation during the Enlightenment: Community, time, and the (im) political

This article deals with the historical configuration of the Spanish nation from the perspective of the continuity in time the Ancien Régime attributed to political communities. Starting from the singular temporality of the Hispanic Monarchy as an empire exposed to decline, it is argued that its singular experience of time consisted in the overcoming of decadence, though its hazard continued to influence discourse in the passage to the 18th century. In that context, discourse adopted the language of commerce and the science of political economy, making it eventually feasible to offer a diagnosis of the moral ills of the Spaniards that avoided the possibility of a denaturalization without jeopardizing the Catholic orthodoxy that legitimized the Hispanic monarchy and without empowering a subject with political capacity. The text thus allows reflection on the time dimension inherent to any definition of community, as well as on the distinctive features of the Spanish nation built by the Enlightenment planners and reformers, marked by the weight of impolitic features.

Keywords: Community – Time – Political – Rise and decline of empires –18th Century Spain

Fecha de presentación del manuscrito: 4/03/2022
Fecha de aceptación del manuscrito: 31/05/2022

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1279>

La Gran Guerra y la unidad latinoamericana en tiempos de la Revolución

(México, 1914-1916)

David Antonio Pulido García*

Universidad Nacional Autónoma de México

Introducción

Como señala Jean Meyer, la mayoría de los investigadores que se encargan de estudiar la relación entre la Revolución mexicana y la Gran Guerra coinciden en señalar que a partir de la Expedición Punitiva, iniciada en marzo de 1916, la prensa local experimentó una clara polarización relacionada con los afectos hacia alguno de los dos bandos en contienda desde 1914.[1] Al respecto, Friedrich Katz ha señalado que dicha polarización, tramada bajo la anuencia de Venustiano Carranza, fue producto de la incidencia directa de la legación alemana en la línea editorial del diario constitucionalista *El Demócrata,* dirigido por Rafael Martínez, y de la aparición, el 1.° de octubre de 1916, del diario proaliado *El Universal*, bajo la dirección del también constitucionalista Félix Palavicini.[2] Estos dos diarios protagonizaron desde entonces intensas contiendas periodísticas que han sido ampliamente estudiadas.[3]

En contraste, son pocos los estudios que indagan acerca del interés que causó la guerra europea en la prensa mexicana durante los dos primeros años del conflicto, lo que se hace extensivo al estudio de la posición que sobre el mismo asunto tenían los intelectuales que se expresaban en sus páginas.

Así pues, el objetivo del presente artículo es demostrar cómo, durante este período, la Gran Guerra representó un insumo fundamental para la estructura ideológica del constitucio-

* <dapulidoga@yahoo.com.co>. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7338-0081>.

[1] Jean Meyer, "¿Fue México germanófilo de 1914 a 1918?", en O. Compagnon, C. Foulard, G. Martin, M. I. Tato (coords.), *La Gran Guerra en América Latina. Una Historia conectada*, México, CEMC-IHEAL-CEDA, 2018. Se conoce como Expedición Punitiva a la fracasada avanzada militar estadounidense que se adentró en territorio mexicano desde marzo de 1916 hasta febrero de 1917 con el fin de dar con la captura de Francisco Villa, quien el 9 de marzo de 1916 había atacado el poblado fronterizo de Columbus, Nuevo México. Véanse: Friedrich Katz, "Pancho Villa and the Attack on Columbus, New Mexico", *The American Historical Review*, vol. 83, n° 1, 1978; Joseph Allen Stout, *Border conflict: Villistas, Carrancistas, and the Punitive Expedition, 1915-1920*, Fort Worth, Texas Christian University Press, 1999.

[2] Friedrich Katz, *La guerra secreta en México*, México, Era, 1998, pp. 439-574.

[3] Yolanda de la Parra, "La Primera Guerra Mundial y la prensa mexicana", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, n° 10, 1986, pp. 155-176; Adriana Ortega Orozco, "La intelectualidad mexicana proaliada en la Primera Guerra Mundial: ¿una opinión "universal"?, en Compagnon *et al*. (coords.), *La Gran Guerra*, pp. 337-361.

DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1248

nalismo y para la enunciación de un tipo específico de latinoamericanismo revolucionario.[4] Las principales líneas doctrinales de ese latinoamericanismo estuvieron trazadas por los textos periodísticos y folletos políticos del pintor e intelectual socialista Gerardo Murillo (Dr. Atl), quien llegó a acuñar el término de América Indo-latina para referirse a la región; centrándose en estos aportes de Murillo, este texto también muestra que dicha concepción latinoamericanista tuvo en el movimiento estudiantil a su más ferviente receptor y propagandista.[5]

Leer la Guerra en clave constitucionalista

Pocos días separan el inicio de la Gran Guerra y la entrada triunfal del ejército constitucionalista a la Ciudad de México. Por aquel entonces, nadie podía adivinar la importancia que el desarrollo y la relación entre estos dos hechos tan disímiles traería para el futuro de México y del continente americano.[6] Ni siquiera Venustiano Carranza, quien, consciente de la frágil unidad militar del ejército que comandaba, se impuso como una de sus principales tareas la cohesión ideológica de la opinión pública en torno del nuevo régimen, a través de una agresiva política periodística en la que participaron los más importantes intelectuales de la hora.[7] La estrategia era simple y contundente: "unificar la orientación política de la prensa revolucionaria dentro de los ideales sustentados por el constitucionalismo, ya que este, por necesidades del momento y por circunstancias especiales de la situación, tiene que controlar […] a los diarios de información recientemente fundados en esta capital".[8]

Los dos diarios de mayor importancia eran *El Demócrata* y *El Pueblo*, fundados el 15 de septiembre y el 1.° de octubre de 1914 respectivamente. Ellos apuntalaron la orientación ideológica del régimen en un momento político signado por la ruptura de la unidad constitucionalista en dos bandos, liderados por Venustiano Carranza, el primero, y por Francisco Villa y

[4] Se conoce como "constitucionalismo" al movimiento armado liderado por Venustiano Carranza, que se opuso al gobierno golpista de Victoriano Huerta desde febrero de 1913. Una vez alcanzada la victoria sobre Huerta, en agosto de 1914, el constitucionalismo se convirtió en la fuerza política que dirigió México hasta mayo de 1920.

[5] Los estudios culturales sobre la Gran Guerra conforman un campo de estudio de reciente aparición en la historiografía mundial. A principios del siglo XXI, la feliz conjunción entre el *giro global*, el *giro cultural*, el *giro decolonial* y el entusiasmo que generó entre los historiadores la conmemoración de los primeros cien años del inicio y final de los combates detonaron un interés general por deslindar el análisis histórico del conflicto del ámbito militar y diplomático estrictamente europeo. Producto de esta renovación, América Latina, junto con otros escenarios anteriormente concebidos como periféricos por la historiografía de la Gran Guerra, emergió como un escenario de prometedoras perspectivas para la puesta en escena de la "deseuropeización" de la primera debacle bélica mundial del siglo XX. Fue así como, a mediados de la segunda década de este siglo, vieron la luz dos importantes trabajos de Olivier Compagnon y Stefan Rinke respectivamente (véase la bibliografía), que abordaron la región como conjunto –aunque en el trabajo de Compagnon se haga un especial énfasis en la comparación entre Argentina y Brasil–, los cuales fueron contemporáneos o precedieron a una amplia producción de estudios sobre países específicos en los que el tema de la Gran Guerra no había sido trabajado antes.

[6] Sobre la relación de estos dos fenómenos, véanse: Javier Garciadiego (coord.), *El mundo hispanoamericano y la Gran Guerra*, México, El Colegio de México, 2017; Stefan Rinke y Karina Kriegesmann, "Globalizing Violence: The Mexican Revolution and the First World War", *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas/Anuario de Historia de América Latina*, n° 54, 2017, pp. 39-60.

[7] María Teresa Camarillo, "La prensa revolucionaria durante la etapa constitucionalista", en Laura Navarrete Maya y Blanca Aguilar Plata, *La prensa en México 1810-1915*, México, Addison, 1998; Javier Garciadiego, *Autores, editoriales, instituciones y libros: estudios de historia intelectual*, México, El Colegio de México, 2015, pp. 91-121.

[8] "Carta de Alfredo Breceda a Gersayn Ugarte", *El Liberal. Diario de la Mañana*, 6 de octubre de 1914, p. 1.

Emiliano Zapata, el segundo, cuyo corolario fue el fracaso de la Convención de Aguascalientes celebrada a partir del 1.° de octubre de 1914. Este suceso dio inicio a una desigual guerra de facciones en la que el poderío militar de las fuerzas conjuntas de Villa y Zapata encontró su contrapeso en la política de hegemonía ideológica de Carranza a través de la prensa. Así, pues, tanto *El Demócrata* como *El Pueblo* se dieron desde su fundación la tarea de legitimar las acciones de Carranza en su lucha contra la facción disidente.

En lo internacional, ambas publicaciones constitucionalistas prestaron atención al inicio de la guerra en Europa y al febril desarrollo de sus primeros meses, destinando desde el primer número una página específica para publicar las últimas noticias del conflicto; en el caso de *El Demócrata*, la sección se tituló "La conflagración europea", mientras que en el de *El Pueblo*, "Cables de la Guerra". En un principio se transcribieron los cables provenientes de las naciones aliadas, pero en pocos días comenzaron a publicarse artículos de opinión de escritores y periodistas extranjeros, en su mayoría españoles que, si bien compartían la denuncia de la "monstruosa máquina de guerra alemana" como la responsable de las "escenas de barbarie científicamente intensificadas" que se presenciaban, tomaron acentos diferentes según el diario en el que se publicaron.[9] De allí que en *El Demócrata* predominaron las opiniones de corte neutralista, mientras que en *El Pueblo* se priorizó a las abiertamente aliadófilas, las cuales tuvieron su propio espacio con la publicación dominical de un suplemento, titulado "el suplemento de la guerra", que cumplía la doble función de difusor aliadófilo y de revista cultural europea.[10]

No pasó mucho tiempo para que ese contraste de posiciones propiciara una lectura cruzada en las páginas de la prensa mexicana. Para el constitucionalismo era imperativo legitimar su lugar, ya no solo como fuerza gobernante sino también, y luego de la escisión con Villa y Zapata, como la facción que encarnaba el verdadero sentido de la Revolución. Este imperativo inclinó a Carranza y a los intelectuales constitucionalistas a construir un relato de corte civilista en el que la obra del gobierno se asociaba a los principios "de una sana renovación social" que no solo respondía "al clamor de una necesidad pública" del pueblo mexicano, sino que además cumplía "su papel de civilizadora ante el mundo".[11] Pero ya a los pocos meses de su triunfo, el constitucionalismo comprendió que, al igual que todo su proyecto político de nación, el discurso civilista a través del cual pretendía legitimarse ante la opinión pública debía incluir la problemática revolucionaria en contextos internacionales más amplios que lo dotaran de un sentido trascendente del que hasta el momento carecía el discurso revolucionario de sus contendores, restringido a reivindicaciones mucho más regionales. En este sentido, la guerra europea representó una oportunidad que los intelectuales constitucionalistas supieron aprovechar.

El primer paso, si atendemos a un editorial de *El Pueblo*, consistió en "limpiar [a la Revolución Constitucionalista] de las negruras que sobre ella acumulan sus enemigos, atribuyéndole un desbordamiento de inequidades jamás ocurrido en la historia humana". La Gran Guerra ofrecía para ello un ejemplo de barbarie aún peor que la mexicana, pues allí "las ciudades

[9] Las citas provienen de "Organización secreta de espías en Alemania", *El Demócrata* [en adelante *ED*], 14 de octubre de 1914, p. 2, y "El crimen de la guerra", *El Pueblo* [en adelante *EP*], 2 de octubre de 1914, p. 2. Algunos de los firmantes de los artículos fueron Eduardo Navarro Salvador, Manuel María Guerra y Olivan, Andrés González-Blanco, Augusto Martínez Olmedilla, Emilio Carrere y Rafael Conte.
[10] Como ejemplo de lo primero, véase El buen Gaufrido, "Desde España. La neutralidad armada", *ED*, 3 de octubre de 1914, p. 2; en el segundo caso, véase "El conflicto europeo", *EP*, 25 de octubre de 1914, p. 11.
[11] "La revolución va cristalizando los anhelos del pueblo", *ED*, 21 de septiembre de 1914, p. 1.

más florecientes de Bélgica, Lovaina y Amberes, han caído arrasadas […] con exceso de impiedad y olvido de las máximas de misericordia", que en nada podía compararse con "el primer empuje de las fuerzas constitucionalistas" que si bien habían "causado estragos", estos estaban "plenamente justificados" por "la perversidad de sus enemigos" y por el fin último de "volver a la sociedad a sus quicios". Bajo esta lógica, el triunfo del "Primer Jefe del Ejército Constitucionalista" y su llamado a la "Convención que […] se celebra en Aguascalientes" no podían más que representar, "una vez terminada la obra de la fuerza, el principio de la obra regeneradora de las ideas".[12]

El Demócrata, a través de un artículo titulado "La guerra de Europa y nuestra revolución", dio un paso más allá. Argumentaba, de manera irónica aunque desde la explícita neutralidad, que en América las guerras no eran "tan espantosamente civilizadas" como en el viejo continente, debido a que "por razón de nuestro adelanto, el militarismo no ha[bía] tenido tiempo de apertrecharse a la moderna". Un atraso material que le confería a los pueblos latinoamericanos una suerte de altura moral sobre los "millones de humanos inconscientes, ignorantes y también pasionales" que combatían en los campos europeos e incluso sobre la misma civilización europea: "Consolémonos, pues, de nuestra incultura militar, que nos destroza menos, y lamentemos que la civilizada Europa nos dé ahora, tan lamentablemente, una prueba de inferioridad tan manifiesta como fatal".[13]

El interés por incluir en el discurso constitucionalista la suerte de Latinoamérica durante el conflicto europeo se vio reforzado a través de la publicación sabatina, en el mismo diario, de una columna titulada "Vida Latino-americana" en la cual se recogían "las consecuencias económico-financieras de la guerra en el mundo y [las] medidas adoptadas en algunos países sudamericanos para contrarrestarlas", así como de una serie de artículos que ponían sobre la mesa el tema de las diferencias entre la política estadounidense y la política española hacia Latinoamérica en tiempos de la Gran Guerra.[14]

En noviembre de 1914, las consecuencias del fracaso de la Convención de Aguascalientes empujaron a Carranza a trasladar la capital del gobierno al puerto de Veracruz, recientemente abandonado por las tropas estadounidenses tras siete meses de ocupación.[15] Este hecho no implicó un cese en la política propagandística del constitucionalismo, sino todo lo contrario: con el fin de darle continuidad se creó, por iniciativa del pintor Gerardo Murillo (Dr. Atl), por aquel entonces jefe de propaganda para la Ciudad de México, y del general Álvaro Obregón, la Confederación Revolucionaria, la cual se propuso "unificar el criterio de los revolucionarios" a través de conferencias sobre temas de importancia para la agenda constitucionalista, de la que hacía parte el posicionamiento de la Revolución mexicana en el nuevo escenario mundial propiciado por la Gran Guerra.[16] El encargado de llevar a cabo este análisis fue Gerardo

[12] "Sembrar para después recoger", *EP*, 11 de octubre de 1914, p. 3.
[13] "La guerra de Europa y nuestra revolución", *ED*, 25 de septiembre de 1914, p. 2.
[14] Véase Eduardo A. de Quiñonez, "Hispano-americanismo", *ED*, 11 de noviembre de 1914, p. 3. La cita entrecomillada, de "Vida Latino-americana", *ED*, 10 de noviembre de 1914, p. 3.
[15] Berta Ulloa, *México y el mundo. Historia de sus relaciones exteriores. La lucha revolucionaria*, México, Colegio de México, 2010, pp. 211-251; Pablo Yankelevich, *La diplomacia imaginaria. Argentina y la Revolución Mexicana 1910-1916*, México, SRE, 1994, pp. 89-113.
[16] La cita entrecomillada en: "Trátase de unificar el criterio de los revolucionarios", *EP*, 4 de diciembre de 1914, p. 1. Sobre la Confederación Revolucionaria, véase Linda B. Hall, "Álvaro Obregón y el Partido Único Mexicano", en *Historia Mexicana*, vol. 29, n° 4, 1980, pp. 603-604.

Murillo, un viejo conocido de las luchas propagandísticas europeas del constitucionalismo, quien tituló su intervención "La importancia mundial de la Revolución mexicana".[17]

Para Murillo "la Revolución mexicana [representaba] la manifestación más trascendental del conflicto mundial", en tanto que en ella se condensaban, y ya se empezaba a avizorar la solución, los tres lastres que habían empujado a Europa a la guerra.[18]

> Nuestra Revolución es una revolución social, la revolución social más grande de nuestros tiempos. Nosotros luchamos dentro de una misma raza por destruir las causas primordiales que han originado el conflicto europeo: por el aniquilamiento del régimen capitalista, clerical y militarista.[19]

Como representante del sector más radical dentro del constitucionalismo, Murillo leía el conflicto europeo y su relación con la Revolución mexicana en clave estrictamente socialista. En consecuencia, identificaba el capitalismo, el militarismo y el clericalismo alemán como la triada ante la cual debía levantarse "airada y justiciera la conciencia activa de la humanidad nueva".[20] De tal suerte que no le era difícil señalar a cuál de los dos bandos en contienda debían apoyar los constitucionalistas, no solo por la antipatía ideológica hacia Alemania, sino también por la afinidad que sobre lo francés circulaba en el entorno artístico mexicano, en el que Francia aparecía asociada "desde la grande revolución, a la libertad […], la claridad de espíritu [y] a todos los principios de progreso".[21]

Murillo interpretaba que la lejanía geográfica del conflicto europeo representaba una oportunidad inigualable para la cristalización nacional de los objetivos de la Revolución. Por ende, instaba a sus interlocutores:

> Dejemos nosotros que el juego de ajedrez se desarrolle casi científicamente en Europa y aprovechemos este instante en que la atención de los pueblos se encuentra completamente absorbida en la jugada final: "¡jaque al rey!" y realicemos en este país […] la obra que le dará en la vida del trabajo, la libertad y el bienestar.[22]

Además, afirmaba que "la revolución mexicana [podía] hacer avanzar centenares de años el progreso social humano" en la medida en que se identificara con "los anhelos de los otros pueblos", ya que en su lógica "si nuestra revolución no ha triunfado, es porque hasta hoy ha querido mantenerse dentro de los límites de la nación, sin comprender que su acción efectiva es internacional, porque los derechos que proclama no son los derechos de un pueblo, son los derechos de la humanidad".[23]

[17] Sobre Murillo, véase Olga Sáenz, *El símbolo y la acción: vida y obra de Gerardo Murillo, Dr. Atl*, México, El Colegio Nacional, 2005.
[18] "La última conferencia de la serie", *EP*, 13 de diciembre de 1914, p. 4.
[19] Citado en Sáenz, *El símbolo y la acción*, p. 589.
[20] Entre agosto y noviembre de 1914 Ricardo Flores Magón publicó una serie de artículos en *Regeneración* acerca de la Gran Guerra. Aunque coincidía en términos generales con la lectura de Murillo, proponía soluciones y escenarios mucho más radicales que en nada compartían el enfoque civilista del constitucionalismo.
[21] Sáenz, *El símbolo y la acción*, p. 594.
[22] *Ibid.*, p. 596.
[23] *Ibid.*, p. 597.

Finalmente, Murillo, quien hasta el momento se había referido a la Revolución como una obra moral, humanitaria y colectiva en la que intervenían desde los "labradores armados hasta los estudiantes", hizo un llamado a cerrar filas en torno a la figura de Carranza, identificándolo como "el hombre que ha de llevar fatalmente a cabo la renovación soñada".[24] Esta identificación, si bien política, se jugaba y legitimaba en el terreno de lo moral y fue tan importante que signó las representaciones de Carranza en la propaganda internacional constitucionalista, especialmente en la que se proyectaba hacía Latinoamérica.[25]

Latinoamérica en disputa

El 2 de junio de 1915, Woodrow Wilson dirigió una nota a los líderes de las facciones en contienda en México, en la cual los instaba a negociar el fin de la confrontación armada, so pena de una intervención discrecional de su gobierno para, según él, "ayudar a México a salvarse a sí mismo".[26] La pluma de Murillo, patrocinada por la Confederación Revolucionaria a través de un folleto de cuarenta y cinco páginas que circuló en Orizaba, encontró en dicha nota una nueva oportunidad para marcar distancias ideológicas con sus adversarios nacionales y para consolidar el posicionamiento político de la Revolución Constitucionalista en lo internacional, en especial en lo que se refiere a la Gran Guerra.

Explícitamente escrito "a propósito de las declaraciones del presidente Wilson" para analizar el fenómeno revolucionario "en sus consecuencias y relaciones con la política mundial", el documento iniciaba ubicando a la Revolución mexicana a la misma altura e importancia histórica que la Revolución francesa, con la particularidad de que, según Murillo, esta se había verificado "durante un corto período de años", mientras que la mexicana había tenido "su primer germen […] con los hombres que se levantaron contra la opresión española" y desde entonces había experimentado "tres potentes manifestaciones: la reforma, la revolución de Madero y el movimiento constitucionalista".[27] No obstante, ubicar las vicisitudes de la Revolución Constitucionalista en el panorama mundial, para legitimar así su papel histórico, demandaba traducir la experiencia mexicana a los códigos de la política internacional del momento. Así pues, las facciones en las cuales se había escindido el constitucionalismo encontraron en el discurso de Murillo su correspondencia en los bandos contendores de Europa, lo que implicaba una identificación, antagónica e irreconciliable, entre dos sistemas de valores universales que, extrapolados por el discurso francófilo, se reducían a la lucha entre la civilización y la barbarie.

> En esta época de lucha a mano armada y sin misericordia, el hombre primitivo aparece lo mismo bajo el casco prusiano que bajo el sombrero ancho y raído de un zapatista o bajo el sombrero tejano de un soldado de la división del norte".[28]

[24] *Ibid.*, p. 598.
[25] *Ibid.*, p. 600.
[26] Robert E. Quirk, *La Revolución Mexicana, 1914-1915. La convención de Aguascalientes*, México, Azteca, 1962, p. 278.
[27] Gerardo Murillo, *Palabras de un hombre al pueblo americano (a propósito de las declaraciones del Pdte. Wilson el 2 de junio de 1915)*, México, Confederación Revolucionaria, 1915, pp. 1-5. "Los hombres de la actual revolución son el *portato social* de las grandes luchas de las generaciones pasadas", *ibid.*, p. 16. Cursivas del texto.
[28] *Ibid.*, p. 19.

Precisamente la forma en la que derivó para el constitucionalismo la Convención de Aguascalientes dejó en evidencia que el contendor más importante a la hegemonía política de Venustiano Carranza no era tanto Emiliano Zapata, como sí Francisco Villa. Por ende, todos los esfuerzos de Murillo se enfocaron en demostrar una identidad entre este último y el emperador alemán, no solo en el aspecto político, como representantes y crueles defensores de los intereses de la sociedad burguesa, del clero y del militarismo,[29] sino también en lo psicológico y moral.[30] Esto con el único fin de endilgarle al gobierno constitucionalista, desde una clara matriz francófila, "por sus ideales y por sus métodos, una indiscutible superioridad moral y una grande tendencia civilizadora".[31]

Así, el constitucionalismo sacó partido de la contienda mundial, entendida no como un conflicto externo, esencialmente económico y político, sino como un enfrentamiento universal del orden social y moral en el que la Revolución estaba llamada a representar la vanguardia civilizatoria del continente americano.

> La revolución mexicana no es una lucha civil: es una actividad nacida de profundas necesidades humanas extendidas sobre toda la tierra, y sus violentas manifestaciones no han hecho más que adelantarse a los futuros movimientos que se verificarán en un futuro próximo en otras regiones y *principalmente en el continente americano*.[32]

Se hace evidente entonces que el cariz conminatorio de la nota de Wilson posibilitó que el discurso constitucionalista vislumbrara la posibilidad real de empezar a disputarle a los Estados Unidos el papel rector en la política continental, no desde una superioridad material y militar, sino desde una legitimidad de orden moral. Una ambición que había estado presente en todos los discursos unionistas finiseculares del continente y que solo pudo aquilatar el constitucionalismo a la luz de la Gran Guerra.

> Profundamente convencido de que un grande espíritu de solidaridad debe reinar entre todos los pueblos americanos, que agrupados formarán la vanguardia de la civilización y el principio de la unión universal, aseguro al pueblo de los Estados Unidos que la revolución mexicana puede ser, por sus principios fundamentales, por sus modos de acción y por la trascendencia que de ambas cosas deriva, el principio de esta unión. El triunfo integral de la revolución mexicana es la llave de las libertades americanas.[33]

El retorno victorioso del constitucionalismo desde Veracruz hasta la Ciudad de México, registrado a finales de 1915, renovó el entusiasmo de sus intelectuales y los alentó a continuar con su labor doctrinal, especialmente a través de la prensa. Junto a *El Demócrata* y *El Pueblo* se

[29] "Francisco Villa se ha aliado también al clero, ha aceptado la cooperación de los capitalistas basando exclusivamente su programa en una acción militar y ha asolado las regiones por donde pasó en idéntica forma a la que han usado los ejércitos teutones enviados por el Kaiser en nombre de su autoridad divina", *ibid.*, p. 21.
[30] "En estos dos hombres hay el mismo desequilibrio nervioso: ambos son dos epilépticos perfectamente caracterizados, el uno ignorante, el otro cultivado, pero los dos llevan el mismo desprecio de los derechos humanos, y en los dos se ha manifestado la barbarie ancestral con igual violencia", *ibid.*, p. 22.
[31] *Ibid.*, p. 25.
[32] *Ibid.*, p. 41. Cursivas fuera de texto.
[33] *Ibid.*, p. 45.

fundaron dos diarios ilustrados, *El Mexicano* y *La Discusión*, y un nuevo periódico vespertino, que además tenía su correspondiente semanario ilustrado, llamado *Acción Mundial*, el cual se publicó bajo la dirección de Gerardo Murillo, antiguo director de *La Vanguardia*, un diario que, pese a ser considerado un "parteaguas en la historia del periodismo mexicano",[34] ha recibido poca atención en lo que se refiere a su continuidad ideológica o programática dentro del constitucionalismo.[35]

El primer número de *Acción Mundial* salió a la venta el 8 de febrero de 1916; sin embargo, un mes antes, la primera plana de *El Pueblo* fue ocupada por un artículo de Gerardo Murillo titulado "La entente de América". En él, el pintor jalisciense relacionaba el contenido de los últimos discursos de tinte latinoamericanista de Carranza con la propuesta hecha por Woodrow Wilson, en el marco del Segundo Congreso Científico Panamericano, de formar una "entente de América" que tuviera como fin mantener la paz entre las naciones americanas y de paso asegurarse su acción conjunta con respecto al conflicto europeo.[36] Para Murillo, la iniciativa unionista de Wilson no era nada más que "la consecuencia lógica […] de la labor militar, política y social que ha desarrollado el pueblo mexicano en el espacio de cinco años" y que con el triunfo del constitucionalismo había adquirido un trascendencia universal.[37] Bajo estas premisas aseguraba que "el Primer Jefe de la Revolución había ya proclamado desde su estancia en Veracruz la necesidad de esta unión", de tal suerte que era a México, y no a Estados Unidos, al que le correspondía el papel de liderazgo en cualquier iniciativa unionista, en el entendido de que "sin [el] movimiento revolucionario, cualquiera proposición en cualquiera forma que hubiese sido formulada y de cualquier gobierno que hubiese emanado, no podría tener ni garantía, ni apoyo moral, como no la ha tenido hasta el presente".[38] El latinoamericanismo se presentaba así como un campo de disputa ideológico entre el constitucionalismo y el panamericanismo en tiempos de la Gran Guerra.[39]

En otras palabras, el latinoamericanismo constitucionalista, hundiendo sus raíces en las condiciones de posibilidad que generó el conflicto europeo, se perfiló en sus orígenes no solo

[34] Garciadiego, *Autores*, p. 109.

[35] *La Vanguardia* fue un importante, aunque efímero, proyecto periodístico del sector más radical del constitucionalismo, que apareció en la ciudad de Orizaba desde el 21 de abril hasta el 31 de julio de 1915. Jaime Eduardo Figueroa, "La vanguardia. El diario que pretendió 'construir revolución'", *Perspectivas de la comunicación*, vol. 5, n° 2, 2012, pp. 37-53.

[36] "El presidente Woodrow Wilson ha propuesto en Washington la unión de los países del nuevo continente", *ED*, 6 de enero de 1916, p. 1. Sobre el Congreso, véase Ernesto Quesada, *El nuevo panamericanismo y el congreso científico de Washington*, Buenos Aires, Talleres gráficos del Ministerio de Agricultura de la Nación, 1916.

[37] "Señores: Nosotros representamos la legalidad durante la lucha armada, y actualmente somos los revolucionarios, no solo de la Nación Mexicana, sino los revolucionarios de la América Latina, los revolucionarios del Universo". Discurso pronunciado por el C. Venustiano Carranza en San Luis Potosí, el 26 de diciembre de 1915. Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución mexicana: la formación del nuevo régimen*, México, Era, 1979, p. 498.

[38] Gerardo Murillo, "La entente de América", *EP*, México, 7 de enero de 1916, p. 1.

[39] El debate entre latinoamericanismo y panamericanismo en el cual se inserta el constitucionalismo durante la Primera Guerra Mundial es un debate de larga data que remite a la segunda mitad del siglo XIX en la región. Según Arturo Ardao, la idea de una "unión latinoamericana", promovida en aquel entonces por el colombiano José María Torres Caicedo, entró rápidamente en conflicto con las pretensiones de expansión territorial de los Estados Unidos sobre México, cristalizadas en el Tratado de Guadalupe Hidalgo, en mayo de 1846. Desde entonces, la idea de una alianza de los pueblos americanos de origen español estaba estrechamente ligada a la idea de resistir al influjo político de la potencia del norte que, en cabeza del entonces secretario de Estado James G. Blaine, había ya perfilado una política de hegemonía regional denominada panamericanismo. Véase Arturo Ardao, *América Latina y la latinidad*, México, UNAM, 1993, pp. 75-94.

como una estrategia defensiva para alcanzar la legitimidad internacional bajo la anuencia de sus pares continentales, sino que también se desplegó como un escenario ventajoso en el cual el constitucionalismo pudo disputarle la hegemonía política de la región a los Estados Unidos, en un contexto de tensa neutralidad ante el conflicto europeo que limitaba las posibilidades de una disputa hegemónica por las vías militares. Entendido en estos términos, *Acción Mundial* vio la luz como la tribuna de una particular concepción y uso político del latinoamericanismo.

La América Indo-latina

Generalmente, se presenta al latinoamericanismo constitucionalista, exacerbado por la Expedición Punitiva, como una suerte de fuerza telúrica que se imbricó de manera "natural" en su concepción de nacionalismo revolucionario, gracias a la yancofobia compartida por los países de la región, sin que mediara, en apariencia, ninguna construcción ideológica en su interior.[40] Por el contrario, hemos visto hasta aquí que el latinoamericanismo constitucionalista tuvo su origen en las condiciones de emergencia posibilitadas por la Primera Guerra Mundial. En este sentido, resulta altamente sugerente la presencia en el discurso del constitucionalismo de construcciones conceptuales como la "América Indo-latina" para referirse a las naciones al sur del rio Bravo, justo en el momento de más tensión con los Estados Unidos.

La primera referencia a la América Indo-latina aparece ligada a Gerardo Murillo, quien la proponía como la forma más apropiada de llamar a las repúblicas latinoamericanas, en razón de su comunión racial y cultural.[41] Dicha mención no resulta casual o desarticulada de la presencia casi simultánea, en las páginas de *Acción Mundial*, de un extenso artículo del antropólogo, arqueólogo e indigenista Manuel Gamio, en el que se interrogaba sobre el valor absoluto o relativo que pudiera atribuírsele a términos como cultura, civilización o progreso.[42] Gamio partía de la premisa de que "la guerra europea ha[bía] 'modernizado' el concepto cultural dándole mayor elasticidad", por lo tanto, su definición ya no podía restringirse a las que pudieran encontrarse en referencias españolas o, más aún, europeas,[43] máxime cuando, a su entender, la cultura era una construcción inherente a la "naturaleza étnico-social y a las condiciones físicas y biológicas del suelo que se habita". En correspondencia, la raíz indígena, "que representa mucho más de la mitad de la población" de las naciones latinoamericanas, debía comprenderse como parte fundamental de su identidad, sin gradaciones de ningún tipo respecto de cualquier otra "cultura invasora".[44]

Además de esta ampliación del concepto de cultura, lo que va a emparentar definitivamente las reflexiones de Gamio con la propuesta de Murillo es la concepción de que el refinamiento de las expresiones culturales de un pueblo no corresponde necesariamente con su elevación moral. Para el antropólogo mexicano, "el pronunciado desarrollo de la riqueza de un pueblo viene generalmente aparejado de su florecimiento artístico y [de] una notable decaden-

[40] Javier Garciadiego, *Rudos contra científicos: la Universidad Nacional durante la Revolución mexicana*, México, El Colegio de México, UNAM, 1996, pp. 330-331.
[41] Gerardo Murillo, "La protesta latino-americana", *Acción Mundial* [en adelante *AM*], 19 de mayo de 1916, p. 1.
[42] Manuel Gamio, "El concepto cultural", *AM*, 12 de mayo de 1916, p. 4.
[43] *Ibid.*, p. 4.
[44] *Ibid.*, p. 4.

cia o relajamiento del orden moral", mientras que, en oposición, "la vida verdaderamente democrática de un pueblo favorece el desarrollo de las ideas éticas". Pruebas de ello, afirmaba, eran la conflagración mundial, el intervencionismo estadounidense en la región y el papel providencial de la cultura mexicana en tiempos en los cuales se ponía en tela de juicio la existencia de algo denominado "progreso de la humanidad".[45] Estas opiniones coincidían completamente con el significado que Murillo le había querido imprimir al latinoamericanismo constitucionalista desde sus primeras conferencias, al mismo tiempo que fortalecían su base doctrinal y le otorgaban la posibilidad de generar un concepto unionista propio, que se expresó en la denominación "América Indo-latina".

Como se verá más adelante, la continuidad de esta denominación en el discurso estudiantil, así como la integración del concepto en el artículo 30 de la Constitución y su presencia en las plumas de otras intelectuales como Hermila Galindo –quien en 1919 publicaría un libro titulado *La doctrina Carranza y el acercamiento Indo-latino*– son indicativos de una clara intención programática para hacer circular el nuevo concepto en oposición a otros de similar catadura.[46] En este sentido, sin pretender establecer genealogías de ningún tipo, el concepto de "América Indo-latina" se presenta muy cercano al de "Indoamérica", acuñado años más tarde en el sur del continente.

En primer lugar, en ambos casos la presencia de la raíz "indo", como generalización de lo americano, si bien está "anclada en lo fundamental sobre la noción geográfica y etnográfica de 'raza' emanada del positivismo", se presenta en contraposición a este, en el sentido de que dicha raíz semántica, en cuanto identidad continental, no era leída como fatalidad sino como posibilidad.[47] En segundo lugar, tanto Indoamérica como la América Indo-latina se configuran en oposición a dos denominaciones anteriores, como lo son "Hispanoamérica" y "Latinoamérica", las cuales "no pueden comprenderse sino a partir de la continuidad temporal entre el pasado y el presente que abiertamente denuncian", y a una denominación contemporánea de pretensiones imperialistas, que igualmente remite a la decadencia occidental, como lo era el "panamericanismo", lo que hizo que ambas perspectivas identitarias, tanto "Indoamérica" como "América Indo-latina", surgiesen como "conceptos sobredeterminados" por valores prospectivos y emancipadores.[48]

La diferencia entre los dos conceptos radica en su historicidad, ya que, si bien ambos tienen "un origen inscrito efectualmente dentro de las especificaciones discursivas del *tiempo de la revolución*", como lo sugiere Torres Rojo para el caso específico del concepto Indoamérica,[49] también están inscritas, cada una de ellas, en un momento diferente con respecto a la guerra europea. De tal suerte que el concepto de Indoamérica, al inscribir su surgimiento en

[45] *Ibid.*, p. 4.
[46] Hermila Galindo, *La doctrina Carranza y el acercamiento Indo-latino*, México, s.e., 1919. El artículo 30 de la Constitución señalaba que "son mexicanos por naturalización […] los indolatinos que avecinen en la República y manifiesten su deseo de adquirir la nacionalidad mexicana"; fue suprimido mediante decreto del 18 de enero de 1934.
[47] La frase entrecomillada corresponde a Luis Arturo Torres Rojo, "La semántica política de Indoamérica, 1918-1941", en A. Granados García y C. Marichal (eds.), *Construcción de las identidades latinoamericanas, ensayos de historia intelectual, siglos XIX y XX*, México, El Colegio de México, 2004, p. 208. Torres Rojo hace estas consideraciones exclusivamente sobre la noción de Indoamérica; aquí las hacemos extensivas al concepto de América Indo-latina por considerarlas de similar aplicación. Véase también Manuel Gamio, *Forjando Patria*, México, Editorial Porrúa, 2017 [1916].
[48] Torres Rojo, "La semántica política de Indoamérica", p. 209.
[49] *Ibid.*, p. 208. Cursivas del texto.

la inmediata posguerra, ató sus significaciones al triunfo de la Revolución rusa, a la posrevolución mexicana y al movimiento de Reforma Universitaria,[50] mientras que el concepto de América Indo-latina, acuñado por el constitucionalismo, debió referir su significación a los códigos disponibles durante el período más álgido de la Gran Guerra. De allí, la recuperación ineludible que debió hacer del ancestro "latino" como oposición al extranjero, fuese este teutón o anglosajón, así como la identificación de la Revolución mexicana con la Revolución francesa, e incluso, la forma en que se equiparó la figura de Carranza a la de Napoleón, en cuanto defensores de "la esencia de un gran movimiento de rehabilitación universal".[51]

Finalmente, una de las características más sobresalientes que identificaron al concepto de la América Indo-latina fue el papel directriz que en él se le atribuyó a México, el cual partía de la certeza de que ninguna otra iniciativa similar había podido contrarrestar el influjo del panamericanismo en la región. Planteada así, la unión de la América Indo-latina se proyectaba no como una estrategia continental defensiva sino como una política de disputa ideológica abanderada por el constitucionalismo. En palabras de Gerardo Murillo, "nosotros afirmamos hoy, como ayer, que el pivote de un gran movimiento interamericano no debe ser Washington, debe ser México".[52]

Acción Mundial y las iniciativas latinoamericanistas

La propuesta de Woodrow Wilson en el Segundo Congreso Científico Panamericano había suscitado importantes reflexiones entre los intelectuales de la región acerca del talante que debería asumir un proyecto unionista americano en tiempos de la Gran Guerra. La desconfianza a que dicha unificación se diera bajo las condiciones y liderazgo de los Estados Unidos, aunque no era unánime, sí era evidente, ya que muchos de los asistentes veían en ella nada más que una reactualización, solapadamente benévola, de la odiosa doctrina Monroe.[53] En México uno de los principales analistas de este asunto fue el reconocido docente y geógrafo germano-mexicano, Miguel Schulz, a la sazón director de la Escuela Nacional de Altos Estudios.

Las reflexiones de Schulz en torno a los resultados del Congreso fueron ampliamente citadas en un artículo del estudiante de Derecho Jorge Prieto Laurens, titulado "El panamericanismo mexicano y la América Latina", el cual fue publicado en *Acción Mundial*. En dicho documento, Prieto Laurens presentó las reflexiones de su maestro –él mismo era estudiante de la Escuela de Altos Estudios– como la versión académica de un interés político previamente proclamado por "la voz autorizada del ciudadano que gobierna actualmente la República", quien públicamente había planteado la cuestión de si México debía apoyar el unionismo americano "por medio del panamericanismo tal y como él ha mostrádose [sic]", o si por el contrario le convendría abanderar un proyecto de unificación "mediante la formación de una alianza poderosa de los pueblos latino-americanos", que los emancipara conjuntamente del tutelaje estadounidense.[54]

[50] *Ibid.*, pp. 212-213.
[51] "Las dos grandes revoluciones de los tiempos modernos", *AM*, 14 de julio de 1916, p. 1.
[52] "Panamericanismo o panlatinismo", *AM*, 30 de mayo de 1916, p. 1.
[53] Ernesto Quesada, *El nuevo panamericanismo*, pp. 88-158.
[54] Jorge Prieto Laurens, "El panamericanismo mexicano y la América Latina", *AM*, 18 de abril de 1916, p. 2.

El artículo de Prieto Laurens estaba lejos de ser una simple reseña del trabajo de Schulz; por el contrario, tenía la intención de proponer dos iniciativas estudiantiles que, por estar en completa sintonía con la línea ideológica de Gerardo Murillo, fueron ampliamente secundadas, moral y materialmente, por *Acción Mundial*. La primera de ellas, de talante académico, tomó el nombre de Academia de Estudios Sociales, Jurídicos y Políticos, mientras que la segunda, de corte político, se denominó Asociación Internacional Americanista.

La iniciativa académica, que tuvo como "núcleo central la Escuela de Altos Estudios", fue convocada y secundada logísticamente por Murillo, quien puso a disposición las instalaciones del edificio y las páginas de *Acción Mundial*. Al hacerlo, proyectaba una identidad de objetivos entre la empresa estudiantil y los intereses doctrinales del periódico, en especial en lo referente a sus pretensiones de influir en la política internacional del gobierno.[55]

En este orden de ideas, los objetivos trazados por la Academia pueden ser catalogados como el germen directo de la manera en que el estudiantado mexicano se integró en la política internacional del constitucionalismo. El primero de ellos era el "análisis minucioso y atento de las instituciones, leyes, etc., de los países extranjeros; especialmente de los pueblos americanos, en general y en particular de los sudamericanos", seguido de "la iniciación de relaciones intelectuales y afectivas con los estudiantes universitarios, academias y sociedades científicas en general, de otras naciones, principalmente con aquellas que sean de carácter similar al de la agrupación".[56] Objetivos que, si bien hacían parte del arsenal de buenas intenciones de casi todas las iniciativas estudiantiles continentales de la época, solo pudieron consolidarse y hacerse efectivos gracias al soporte material e ideológico prestado a los estudiantes por parte del constitucionalismo. Prueba de ello es que, en adelante, dos de los signatarios de la convocatoria, Jorge Prieto Laurens y Miguel Torner, ambos estudiantes de la Escuela Nacional de Jurisprudencia y muy cercanos al constitucionalismo y a Gerardo Murillo, encabezarían no solo el proceso de organización estudiantil a nivel nacional, sino también las primeras propuestas de intercambio a nivel latinoamericano.

La segunda iniciativa, es decir la de carácter abiertamente político, aparece aún más emparentada con *Acción Mundial*. A principios de mayo de 1916, en un contexto signado por la casi inminente entrada de los Estados Unidos a la guerra europea, lo que se tradujo en una serie de artículos de Murillo en los que se interrogaba acerca del papel que tendría que desempeñar América Latina en el conflicto,[57] el periódico vespertino convocó a la instalación en México de un "Comité Interamericano". La invitación se extendía "a todos los americanos residentes en la República de México" y tenía como fin "promover el verdadero acercamiento de […] todas las colonias americanas" con miras a efectuar en el futuro un intercambio internacional.[58]

La iniciativa no tuvo la recepción esperada entre los migrantes americanos en Ciudad de México; por esta razón, la idea del Comité Interamericano fue acogida por el sector estudiantil organizado en la Asociación Internacional Americanista. Dicha Asociación tuvo su origen en la Academia de Historia Moderna de América, creada por "la eficaz cooperación de varios distinguidos profesores y alumnos de la Universidad Nacional", encabezados por el geógrafo

[55] "Se convoca a los Estudiantes de Derecho, de ambas escuelas, oficial y libre en 'Acción Mundial' el viernes 28 a las 6 p. m. en punto", *AM*, 27 de abril de 1916, p. 2.
[56] *Ibid.*, p. 2. Cursivas del texto.
[57] "La situación internacional, la ruptura entre Estados Unidos y Alemania", *AM*, 21 de abril de 1916, p. 1.
[58] "Comité Inter-americano, su instalación en México", *AM*, 3 de mayo de 1916, p. 1.

Enrique Schulz y el joven Jorge Prieto Laurens, y fue ella la que "estableció las bases orgánicas y los estatutos para [su] organización y funcionamiento", estableciéndose como su principal razón de ser la acción abiertamente política, en pro de "definir el papel que […] debían desempeñar *las clases intelectuales*" en la realización del "ideal pan-latino".[59]

Así, el papel directriz del componente estudiantil en la iniciativa latinoamericanista de *Acción Mundial* es importante para comprender la forma en que Murillo y Prieto Laurens intervinieron en la conformación de la primera organización estudiantil de la capital mexicana, como se verá a continuación.

Indo-latinos y francófilos: *Acción Mundial* y el movimiento estudiantil

A principios del mes de marzo un grupo de alumnas de la Escuela Normal de Maestras, a través de su directora, la líder feminista María Arias Bernal, hicieron extensiva a toda la República la idea de organizar una gran suscripción nacional por parte de los estudiantes para ayudar a solventar la deuda interior contraída por este durante los años de lucha armada.[60]

La amplia recepción de la propuesta por parte del estudiantado de todo el país, en su mayoría masculino, opacó el papel de las normalistas a tal punto que la prensa empezó a reseñar que la propuesta estaba siendo liderada por los estudiantes del Internado Nacional, es decir, el equivalente masculino de la Normal de Maestras.[61] *Acción Mundial* no fue ajeno a la confusión, reseñando la visita a sus oficinas de un grupo de estudiantes del Internado, liderados por el joven tabasqueño Gregorio Cristiani –supuesto "autor de la iniciativa"–, quienes se habían acercado a ese diario con el fin de publicitar la reunión estudiantil que propendía por ultimar los detalles para el inicio de la suscripción nacional.[62]

La visita de los estudiantes a *Acción Mundial* surgió del interés del diario en participar de la dirección de la iniciativa estudiantil. Para ese fin convocó a los "directores de colegios y escuelas oficiales y particulares del Distrito Federal a una reunión preparatoria, que se verificará en los salones de *Acción Mundial* […] con el objetivo de cruzar ideas y acordar el programa de la sesión inaugural de la Confederación de Estudiantes, que trabajará en pro de la gran suscripción nacional".[63] La reunión tuvo lugar la noche anterior al encuentro estudiantil y al parecer logró ejercer la influencia deseada, ya que días después, el diario reseñó que Jorge Prieto Laurens –hasta el momento sin ninguna relación con el asunto de la suscripción– había resultado electo presidente de la mesa directiva que adelantaría la colecta nacional.[64]

Bajo la presidencia de Prieto Laurens, el proyecto de suscripción se centralizó en la capital y dio origen a una nueva organización denominada Congreso Local Estudiantil del Distrito Federal (CLEDF). La composición directiva de dicha organización delata el ascendente de Prieto Laurens sobre el movimiento, ya que él mismo fungió como su presidente; en la vicepresiden-

[59] Jorge Prieto Laurens, "La nueva idea de unión entre los pueblos americanos en general", *AM*, 10 de mayo de 1916, p. 2. Cursivas del texto.
[60] "Con entusiasmo fue aceptada una iniciativa", *ED*, 27 de marzo de 1916, p. 1.
[61] "A la intelectualidad nacional", *EP*, 22 de abril de 1916, p. 4; "Los trabajos del elemento estudiantil en pro de la gran suscripción nacional", *ibid.*, p. 4.
[62] "Los estudiantes y la deuda revolucionaria", *AM*, 28 de abril de 1916, p. 2.
[63] *Ibid.*, p. 2.
[64] "Se verificó anteayer la Junta General de Estudiantes", *AM*, 2 de mayo de 1916, p. 2.

cia se eligió a Adelaida Argüelles, joven estudiante de la Escuela Normal de Maestras y vinculada familiarmente a Prieto Laurens –era su cuñada–, mientras que en los cargos de primer y segundo secretario fueron nombrados Feliciano Escudero, su amigo personal, y Miguel Torner, quien junto con él firmaba como miembro fundador de la Academia de Estudios Sociales, Jurídicos y Políticos, y como integrante de la Asociación Internacional Americanista.

Fue así como el 15 de junio de 1916 el CLEDF, sin perder de vista la suscripción nacional, inició las labores de organización y convocatoria al Segundo Congreso Nacional de Estudiantes, que se reconoció heredero del Primer Congreso, celebrado en septiembre de 1910. Dicho congreso se propuso intervenir no solo "en los destinos de la Patria, sino también en los del Continente Americano", definiendo "la actitud que asumirán los latino-americanos ante el coloso del Norte" a quien, entre otros atentados en contra de la humanidad, se le endilgaba el de seguir "proporcionando armas a los pueblos europeos, para que acabasen de destrozarse en esa espantosa contienda que pareciera hija de un sueño rojo y sombrío".[65] En correspondencia, el CLEDF estableció relaciones inmediatas con la Confederación Internacional de Estudiantes Latinoamericanos con sede en Montevideo, exhortando al urgente establecimiento de la solidaridad continental estudiantil.[66]

El ánimo anfictiónico de los estudiantes mexicanos nunca perdió de vista el contexto político mundial en el cual se enmarcaba la agenda constitucionalista. En este sentido, sus líderes comprendían que la idea de una "Confederación Interamericana" se presentaba como "una necesidad y una enorme conveniencia", en el momento en "que Europa se debatía en medio del delirio guerrero más salvaje que han presenciado los siglos". Dicha premisa los alentó a presentar ante el "C. Secretario de Relaciones Exteriores, un proyecto sobre la propaganda pro México en Estados Unidos, Centro y Sudamérica" que, pese a no realizarse inmediatamente, se delata como el antecedente de las comisiones estudiantiles mexicanas que recorrieron Sudamérica entre octubre de 1917 y enero de 1918, la primera, y entre finales de 1918 y principios de 1920, la siguiente.[67]

Con el mismo espíritu, los principales líderes estudiantiles, ahora como dirigentes del CLEDF, intervinieron en ocasión de las efemérides independentistas de Argentina y Venezuela, celebradas en mayo y julio de aquel 1916. La primera en pronunciarse fue la Asociación Internacional Americanista, a través de la preparación de un extenso programa sobre temas relacionados con la geografía, la economía y la historia de la República Argentina.[68] Acto seguido, Jorge Prieto Laurens, en representación de los estudiantes, pero además hablando en representación de *Acción Mundial*, publicó un elocuente artículo, plagado de mayúsculas sostenidas, signos de admiración y adjetivaciones grandilocuentes, en el que se hermanaban históricamente las luchas independentistas de Argentina y México, pero en el que sobre todo se resaltaba el papel de Venustiano Carranza como el impulsor de un "programa altamente patriótico" en pro de la defensa de "las libertades y derechos de toda la *América Indo-latina*".[69] Un pro-

[65] Gabino A. Palma, "A todos los estudiantes de la República ¡salud!", *EP*, 21 de junio de 1916, p. 2.
[66] "Los estudiantes sudamericanos trabajarán en pro de la solidaridad continental", *ED*, 27 de junio de 1916, p. 4.
[67] "El despertar estudiantil y la Confederación Interamericana", *AM*, 27 de julio de 1916, p. 1.
[68] "Conferencias", *AM*, 23 de mayo de 1916, p. 2.
[69] Jorge Prieto Laurens, "El CXVI aniversario de la independencia argentina", *AM*, 25 de mayo de 1916, pp. 1-2. Cursivas fuera de texto.

grama que se vio sustentado mediante el acto legislativo que declaraba la fiesta de independencia de la Argentina como día nacional en México.[70]

Lo propio sucedió un mes después a propósito del aniversario de la independencia de Venezuela.[71] En este caso, se registró además una marcha desde el hemiciclo de Juárez hasta las oficinas de *Acción Mundial*, conformada por "estudiantes, obreros y particulares convocados por el Congreso Local Estudiantil", a cuyo término se dejó escuchar nuevamente la voz de Prieto Laurens, quien hizo "hincapié en la labor que *Acción Mundial* ha[bía] llevado a cabo para lograr la unión, no solo de los estudiantes, sino de todos los pueblos *indo-latinos*".[72] Esta intervención pública pone en evidencia, una vez más, la relación preponderantemente ideológica del diario y su director con el surgimiento del movimiento estudiantil.

Pocos días después *Acción Mundial* publicó un artículo que por su tono podría adjudicársele a Prieto Laurens, en el que se da cuenta de que, junto con el latinoamericanismo, el tema de la Gran Guerra resultaba fundamental para la unidad ideológica a futuro del movimiento estudiantil.[73] El texto daba por superada la etapa de concebir la unión latinoamericana solamente como una necesaria alianza defensiva de oposición ante el imperialismo de los Estados Unidos, remarcando que dicha alianza poseía la cualidad, entre otras, de visibilizar ante el mundo la vigencia del ideal anfictiónico bolivariano, en tiempos signados por el choque bélico de estructuras supranacionales que dividían al mundo en tres razas: la raza teutona y la sajona, ambas opuestas pero igualmente expansionistas, y la raza latina, garante histórica de la libertad. En estos términos Prieto Laurens avizoraba, en lo local, una tempestad en la que se verían involucrados todos los países de la región pocos meses después, empujados al dilema de elegir un bando al que apoyar en la contienda europea, un dilema que a su entender era el fondo verdadero del problema sobre el cual debía discutirse en el ámbito estudiantil la integración de la América Indo-latina y que para México, en cuanto centinela avanzado de los países latinos del continente americano, solo tenía una resolución lógica: apoyar a Francia.

> Hasta hoy, en conferencias, discursos, folletos y periódicos se ha venido hablando mucho de la unión latino-americana, […] el Congreso Local Estudiantil y el Comité Panamericanista se han ocupado del asunto, y hay que hacer constar que se ha hecho mucho en pro del acercamiento de los países latinos del continente. Lo anterior […] es un gran paso: pero el problema tiene raíces más hondas […], lo que se impone no es solo la unión de las repúblicas latino-americanas contra el yanqui, sino la unión de toda la raza latina contra las razas sajona y teutona. […]. Nosotros no podemos ser neutrales ante el conflicto europeo, como no pueden serlo todos los que se precien de amar a su raza […]. Nosotros nos hemos sostenido en nuestra creencia: el triunfo de Francia es necesario para la conservación de la raza latina […]. Nosotros no sostenemos solo la bandera de nuestra patria, pues para ello ya luchamos por unir a las repúblicas hermanas. Sostenemos el pabellón mundial de la raza latina. Por eso anunciamos el triunfo de Francia y por eso no somos germanófilos.[74]

[70] "Cantemos como nuestras las glorias de la América Latina", *EP*, 8 de junio de 1916, p. 2.
[71] "Confraternidad americana, los festejos de mañana", *AM*, 8 de julio de 1916, p. 1.
[72] "La cuestión del día", *AM*, 10 de julio de 1916, p. 1. Cursivas fuera de texto.
[73] La tendencia francófila de Prieto Laurens podría explicarse, en parte, por la nacionalidad de su abuelo Guillaume Laurens.
[74] "La unión de toda la raza latina es una ingente necesidad mundial", *AM*, 21 de julio de 1916, p. 1.

En adelante, el discurso estudiantil recogido en las páginas de *Acción Mundial* evidenció un marcado acento francófilo en el uso de la raíz "latino" en conceptos unionistas como Latinoamérica y América Indo-latina. La ausencia de esta particularidad en los demás diarios del constitucionalismo puede explicarse por el progresivo alejamiento entre la posición socialista radical de Murillo y la cada vez más conservadora de Venustiano Carranza y sus colaboradores cercanos, entre los que se contaban los directores y articulistas de *El Pueblo* y *El Demócrata*, a quienes desde principios de mayo Murillo venía instigando con calificativos altisonantes que ponían en tela de juicio su compromiso con la Revolución.[75] Las críticas se hicieron extensivas a la persona misma de Venustiano Carranza, a quien le recriminaba el haberse rodeado de elementos reaccionarios en detrimento de los verdaderos revolucionarios y, sobre todo, el haber favorecido las intrigas civilistas sobre el respaldo al ejército revolucionario.[76] Dicho alejamiento es la explicación más plausible del cese de *Acción Mundial* y de su semanario a finales de julio de 1916.

Otra de las razones que explica la poca difusión y apoyo que se le dio al entusiasmo francófilo del estudiantado mexicano en la segunda mitad de 1916 fue el hecho de que el gobierno constitucionalista comprendía que Alemania jugaba un papel muy importante para mantener el precario equilibrio que conjuraba una guerra con el vecino del norte, sobre todo después de la batalla de El Carrizal, cuando "parecía inminente una guerra a gran escala entre México y Estados Unidos".[77] De tal suerte que evitar cualquier muestra extraordinaria de simpatía aliada que pudiese indisponer contra el gobierno a los agentes alemanes, de tiempo atrás presentes en México, representaba una estrategia política local que redundaba en beneficio de la política internacional del constitucionalismo.

Sin una tribuna desde donde expresarse libremente y supeditados a los dictados estratégicos del gobierno, que ya los había reconocido como parte importante del proyecto constitucionalista, los jóvenes francófilos debieron, sin mucha resistencia al parecer, mesurar sus intervenciones y demostrar su lealtad a Carranza.[78] Así se infiere con claridad de la celebración del día del estudiante, la cual se publicitó, literalmente, como un homenaje al Primer Jefe Venustiano Carranza.[79] Sin embargo, esto no indica que en términos generales el discurso latinoamericanista de los estudiantes tuviera una trascendental reformulación doctrinal; todo lo contrario: los debates desatados al año siguiente en relación con la neutralidad de México en la guerra europea dan muestras de que el estudiantado mexicano tan solo atemperó el componente francófilo de su discurso, ya que no el latinoamericanista, para hacerlo funcional a la política de neutralidad absoluta del constitucionalismo durante la Gran Guerra.[80]

[75] "Las polémicas periodísticas", *AM*, 9 de mayo de 1916, p. 1; "La prensa llamada 'revolucionaria'", *AM*, 16 de mayo de 1916, p. 1; "Contestaciones a 'El Pueblo' y 'El Demócrata", *AM*, 17 de mayo de 1916, p. 1; "La polémica periodística surgida de nuestras apreciaciones", *AM*, 18 de mayo de 1916, p. 1; "Amicus Plato, sed magis amica veritas", *ibid.*, p. 1.

[76] Carta de Gerardo Murillo (Dr. Atl) a Venustiano Carranza, Ciudad de México, 31 de marzo de 1917, transcrita en Charles E. Cumberland, "Documents, 'Dr Atl' and Venustiano Carranza", *The Americas*, Cambridge University Press, vol. 13, n° 3, 1957, pp. 287-296.

[77] Friedrich Katz, *La guerra*, p. 354.

[78] "Frente a frente", *EP*, 7 de julio de 1916, p. 1.

[79] "La 'fiesta del estudiante' en Honor del C. Primer Jefe, su significación y trascendencia", *EP*, 3 de septiembre de 1916, p. 3.

[80] Romain Robinet, "Sympathy for the Kaiser: Students Facing the Great War in Revolutionary Mexico", *Journal of Iberian and Latin American Research*, vol. 23, n° 2, mayo de 2017, pp. 143-158.

Conclusiones

A lo largo de este artículo se ha logrado demostrar que el latinoamericanismo revolucionario del constitucionalismo surgió como una estrategia ideológica para disputarle la hegemonía política de la región a los Estados Unidos en términos morales, ya que no militares ni materiales. Su emergencia fue posibilitada por una particular lectura de la Gran Guerra, en la que la Revolución mexicana, liderada por el constitucionalismo, se proyectó como la vanguardia civilizatoria del continente americano en medio de la peor debacle bélica de Occidente. En otras palabras, el latinoamericanismo revolucionario surgió de la fecunda intersección entre el campo de experiencia generado por la Revolución mexicana y el horizonte de expectativa propiciado por la Gran Guerra. En ese sentido, se demostró que más allá de formularse como una coyuntural estrategia defensiva ante el avance imperialista estadounidense en la región, el llamado a la unificación de los pueblos latinos del continente, hecho por los intelectuales constitucionalistas –el principal de ellos, el pintor Gerardo Murillo–, tenía profundas raíces doctrinales que guardaban estrecha relación con los códigos ideológicos puestos en circulación con razón del estallido de la Primera Guerra Mundial.

La relación entre el artista jalisciense y la creación del Congreso Local Estudiantil del Distrito Federal en tiempos de la Gran Guerra –una relación no analizada hasta ahora en la historiografía– demuestra cómo la movilización estudiantil tuvo en el latinoamericanismo revolucionario su primera base doctrinal y política. De allí que Jorge Prieto Laurens, su principal líder, y tras de él un significativo número de sus correligionarios estuviesen involucrados en todas y cada una de las iniciativas que en Ciudad de México se adelantaron en pro de la unidad latinoamericana. No obstante, aunque en un principio el latinoamericanismo revolucionario de los estudiantes se mostró abiertamente francófilo, el estrecho control que Venustiano Carranza ejerció sobre el movimiento estudiantil –control que sus líderes toleraban con beneplácito– hizo que dicha postura se atemperara para servir mejor a la política internacional del gobierno, que propugnaba por una férrea neutralidad de México, y por ende de la región, ante la guerra europea. □

Bibliografía

Ardao, Arturo, *América Latina y la latinidad*, México, UNAM, 1993.

Camarillo, María Teresa, "La prensa revolucionaria durante la etapa constitucionalista", en Laura Navarrete Maya y Blanca Aguilar Plata, *La prensa en México 1810-1915*, México, Addison, 1998.

Compagnon, Olivier, *América Latina y la Gran Guerra. El adiós a Europa (Argentina y Brasil 1914-1939)*, Buenos Aires, Crítica, 2014.

Córdova, Arnaldo, *La ideología de la Revolución mexicana: la formación del nuevo régimen*, México, Era, 1979.

De la Parra, Yolanda, "La Primera Guerra Mundial y la prensa mexicana", *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, n° 10, 1986, pp. 155-176.

Figueroa, Jaime Eduardo, "La vanguardia. El diario que pretendió 'construir revolución'", *Perspectivas de la comunicación*, vol. 5, n° 2, 2012, pp. 37-53.

Garciadiego, Javier (coord.), *El mundo hispanoamericano y la Gran Guerra*, México, El Colegio de México, 2017.

——, *Autores, editoriales, instituciones y libros: estudios de historia intelectual*, México, El Colegio de México, 2015.

——, *Rudos contra científicos: la Universidad Nacional durante la revolución mexicana*, El Colegio de México, UNAM, 1996.

Hall, Linda B., "Álvaro Obregón y el Partido Único Mexicano", *Historia Mexicana*, vol. 29, n° 4, 1980, pp. 603-604.

Katz, Friedrich, *La guerra secreta en México*, México, Era, 1998.

——, "Pancho Villa and the Attack on Columbus, New Mexico", *The American Historical Review*, vol. 83, n° 1, 1978, pp. 101-130.

Meyer, Jean, "¿Fue México germanófilo de 1914 a 1918?, en Olivier Compagnon, Camille Foulard, Guillemette Martin, María Inés Tato (coords.), *La Gran Guerra en América Latina. Una Historia conectada*, México, CEMC-IHEAL-CEDA, 2018, pp. 71-84.

Ortega Orozco, Adriana, "La intelectualidad mexicana proaliada en la Primera Guerra Mundial: ¿una opinión "universal"?, en Olivier Compagnon, Camille Foulard, Guillemette Martin, María Inés Tato (coords.), *La Gran Guerra en América Latina. Una Historia conectada*, México, CEMC-IHEAL-CEDA, 2018, pp. 337-361.

Quirk, Robert E., *La Revolución Mexicana, 1914-1915. La convención de Aguascalientes*, México, Azteca, 1962.

Rinke, Stefan y Karina Kriegesmann, "Globalizing Violence: The Mexican Revolution and the First World War", *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas/Anuario de Historia de América Latina*, n° 54, 2017, pp. 39-60.

Rinke, Stefan, *América Latina y la Primera Guerra Mundial. Una historia global*, México, Fondo de Cultura Económica, 2019.

Robinet, Romain, "Sympathy for the Kaiser: Students Facing the Great War in Revolutionary Mexico", *Journal of Iberian and Latin American Research*, n° 23, 2017, pp. 143-158.

Sáenz, Olga, *El símbolo y la acción: vida y obra de Gerardo Murillo, Dr. Atl*, México, El Colegio Nacional, 2005.

Stout, Joseph Allen, *Border conflict: Villistas, Carrancistas, and the Punitive Expedition, 1915-1920*, Fort Worth, Texas Christian University Press, 1999.

Torres Rojo, Luis Arturo, "La semántica política de Indoamérica, 1918-1941", en Aimer Granados García y Carlos Marichal (eds.), *Construcción de las identidades latinoamericanas, ensayos de historia intelectual, siglos XIX y XX*, México, El Colegio de México, 2004, pp. 207-240.

Ulloa, Berta, *México y el mundo. Historia de sus relaciones exteriores. La lucha revolucionaria*, México, El Colegio de México, 2010.

Yankelevich, Pablo, *La diplomacia imaginaria. Argentina y la Revolución mexicana 1910-1916*, México, SRE, 1994.

Resumen / Abstract

La Gran Guerra y la unidad latinoamericana en tiempos de la Revolución (México, 1914-1916)
A través del análisis de fuentes primarias hasta ahora poco abordadas para el período y el tema que se aborda, este artículo da cuenta de cómo la Gran Guerra desempeñó un papel de primer orden en la estructuración del discurso latinoamericanista en tiempos de Venustiano Carranza; a su vez, se argumenta que ese discurso representó la principal influencia ideológica y política en la formación del movimiento estudiantil mexicano.

Palabras clave: México – Unidad latinoamericana – Antimperialismo – Primera Guerra Mundial – Movimiento estudiantil.

The Great War and Latin American unity in times of Revolution (Mexico, 1914-1916)
Through the analysis of primary sources so far little approached for the period and the subject under discussion, this article shows how the Great War played a major role in the structuring of the Latin Americanist discourse in the times of Venustiano Carranza. In turn, it is argued that this discourse represented the main ideological and political influence in the formation of the Mexican student movement.

Keywords: Mexico – Latin American Unity – Anti-imperialism – World War I – student movement.

Fecha de recepción del original: 15/09/21
Fecha de aceptación del original: 28/01/22

DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1248

Una arqueología hiperbólica para el americanismo

Reflexiones a partir del vínculo entre Arthur Posnansky y Ernesto Quesada

Alejandra Mailhe*

Universidad Nacional de La Plata / CONICET

¿Qué significa ser "americanista" en torno a los años veinte? ¿En qué medida convive el americanismo *stricto sensu*, vinculado originariamente a la arqueología precolombina (y luego a la historia colonial) con el "americanismo" más amplio que aspira a forjar una unidad (social, cultural y política) continental, bajo el impulso de la Revolución mexicana y de la Reforma Universitaria?[1] ¿Y qué lazos de solidaridad intelectual se establecen entre figuras de proveniencias disciplinares y de contextos nacionales diversos, para impulsar en conjunto una reivindicación simbólica del continente? Me propongo indagar aquí en torno a estos interrogantes generales, a partir del análisis de un caso específico: la relación de colaboración intelectual que se establece entre el arqueólogo austríaco Arthur Posnansky y el sociólogo argentino Ernesto Quesada. Ambos mantienen una fluida correspondencia en los años veinte, la cual deja entrever la centralidad de la arqueología precolombina en la consolidación del americanismo de esa etapa, y la importancia de los lazos de solidaridad transnacional por medio de los cuales el americanismo pugna por la valoración simbólica del continente, en un frente común –aun con diferencias ideológicas internas– que contrasta con los embates de la antropología "científica" encarnada por José Imbelloni. Indirectamente, la consideración tanto de ese vínculo de sociabilidad como de los puntos de convergencia entre las obras de ambos autores permitirá dimensionar mejor la fuerza creciente del americanismo como proyecto de legitimación continental, que impulsa a estos –y otros– intelectuales a trascender las fronteras nacionales y disciplinares, y a unificar la recepción de modelos teóricos centrales, a fin de reforzar la potencialidad utópica del continente.

Una arqueología hiperbólica para Tiahuanaco

Al recorrer el itinerario biográfico de Posnansky, queda claro en qué medida su consagración como *el* arqueólogo de Tiahuanaco, en las primeras décadas del siglo XX, es resultado de una

* <alejandramailhe@gmail.com>.

[1] Cabe recordar que el término "americanismo" se acuña al fundarse en Francia la Société des Américanistes, a fines del siglo XIX, para referirse exclusivamente al estudio de la América precolombina. Poco después se amplía su sentido para incluir también el proceso histórico posterior a la Conquista. Sobre este tema véase Christine Laurière, "La Société des Américanistes de Paris", *Journal de la Société des américanistes*, vol. 95, n° 2, 2009.

DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1197

serie de variables vinculadas a su propia legitimación y a la legitimación nacionalista de Bolivia.[2] Nacido en Viena en 1873, Posnansky estudia en la Academia Imperial y Real de Pola, donde se gradúa de ingeniero naval con una tesis que revela su interés temprano por Tiahuanaco.[3] Luego de desempeñarse como capitán teniente en la armada austro-húngara, llega al Amazonas en 1897, en la época de la fiebre del caucho, para comprar esta materia prima en el Acre boliviano y transportarla a Manaos. En su exploración topográfica, organiza el plano del río Acre y recolecta datos etnológicos sobre los indígenas de la región. En 1899, al estallar el conflicto entre Brasil y Bolivia por las tierras del Acre –área gomera privilegiada–, Posnansky toma partido en favor de Bolivia, poniendo su barco al servicio del traslado de tropas. Esa experiencia queda plasmada en su libro *Campaña del Acre, la lancha "Iris": aventuras y peregrinaciones*, publicado en 1904 en La Paz.

Tras varios viajes entre América y Europa –y habiendo perdido su barco en manos del gobierno de Brasil–, Posnansky se instala desde 1904 en La Paz. Gozando del prestigio de ser un "benemérito de la patria", se consagra desde entonces a la arqueología. En 1911 vuelve a Europa para participar en el Congreso Internacional de Americanistas como delegado oficial, y se instala en Berlín hasta el inicio de la Primera Guerra Mundial, para estudiar Antropología con Rudolf Virchow y Félix von Luschan (con quien converge en su adhesión a la antropología física). A partir de entonces construye una teoría plagada de afirmaciones taxativas sobre el desarrollo civilizatorio precolombino.

En efecto, a partir de la década de 1910 Posnansky inicia una serie ininterrumpida de publicaciones –incluida una notable producción fotográfica–, que reedita sucesivamente, citándose con frecuencia a sí mismo, para sostener –entre otras hipótesis– que en el pasado remoto existió en torno al lago Titicaca una población autóctona americana, en una región de clima semitropical con excelentes condiciones para la vida (el lago habría tenido un nivel mayor que el actual, y un enorme tamaño que cubría gran parte del altiplano, llegando hasta Tiahuanaco). Estas condiciones del medio, sumadas a las cualidades raciales propias de la población indígena allí afincada, permitieron el desarrollo de una civilización superior, que operó como cuna del mundo inca y del resto de las culturas prestigiosas del continente.

En gran medida, la perspectiva de Posnansky vuelve sobre una representación hiperbólica de Tiahuanaco que lo precede. Solo por citar un ejemplo, en 1879 –cuando se cierra oficialmente la llamada "Campaña al Desierto"–, el argentino Bartolomé Mitre edita *Las ruinas de Tiahuanaco*, texto en el que se explaya sobre las antiguas civilizaciones del mundo andino y sobre las poblaciones indígenas contemporáneas.[4] Allí Mitre repite varios tópicos heredados de las elucubraciones coloniales y románticas previas sobre Tiahuanaco. Así, por ejemplo, elogia la monumentalidad y la riqueza de las imágenes grabadas en las ruinas, comparándolas con los bajorrelieves griegos y egipcios; se deja fascinar por sus murallas ciclópeas y sus estatuas colosales, así como también por la complejidad de sus símbolos, aún mal descifrados;[5] considera que esa civilización es previa y superior respecto de la incaica; especula acerca de su

[2] Véase Daniel Schávelzon, "La arqueología como ciencia o como ficción: Arthur Posnansky en Tiahuanaco", *Todo es historia*, n° 309, abril de 1993.
[3] En efecto, en su trabajo de graduación como ingeniero naval (*Die Osterinsel und ihre prähistoriche Monumente*) ya aborda la relación entre la escultura de la isla de Pascua y la de Tiahuanaco.
[4] Bartolomé Mitre, *Las ruinas de Tiahuanaco*, Buenos Aires, Hachette, 1954 [1879].
[5] A la vez, Mitre apela explícitamente a fuentes previas de Pedro Cieza de León, Alcide D'Orbigny y Ephraim Squier.

posible organización teocrática; advierte que, para cuando arribaron los conquistadores, en la región solo quedaban semicivilizaciones en decadencia, contrastantes con respecto al esplendor de Tiahuanaco, y traza una visión muy negativa acerca de los pueblos indígenas del área en el presente. Además, en sintonía con varios discursos previos, invisibiliza las experiencias brutales de la Conquista y de la explotación colonial, advirtiendo –como luego lo hará Posnansky– un retroceso civilizatorio por "cataclismos sociales" (como la invasión de otros grupos indígenas a su criterio menos cultos) y/o por "causas ingénitas" como las propias cualidades biológicas de los pueblos americanos que dificultan el progreso.[6]

Amparado en ese linaje discursivo, Posnansky se esfuerza por demostrar el enorme desarrollo civilizatorio de Tiahuanaco, que incluso habría alcanzado una "ideografía" próxima a la escritura. Y para defender su mayor antigüedad, se centra en el estudio del Kalasasaya (el edificio que considera más importante de Tiahuanaco) deduciendo, con base en el estudio de su orientación con respecto a los puntos cardinales, que tiene alrededor de 10.000 años.[7]

Un texto clave en la consolidación de estas hipótesis es *Una metrópoli prehistórica en la América del Sud* (1914): ese enorme y lujoso volumen bilingüe (en español y en alemán), con planos y dibujos ilustrativos, y escrito en un lenguaje claro y ameno, permite la consagración de Posnansky, especialmente entre el lectorado no especializado en temas de arqueología científica, tanto dentro como fuera de Bolivia, convirtiéndose por décadas en *la* verdad respecto del pasado de Tiahuanaco.[8]

Regresado a Bolivia al inicio de la Primera Guerra Mundial, Posnansky se aboca a defender desde allí su teoría, repitiéndola por décadas en numerosas publicaciones, con nuevos detalles y variaciones. Además, planea y ejecuta algunas filmaciones arqueológicas; promueve la visita a Tiahuanaco de figuras de diversos países, como el propio Quesada; organiza una misión alemana de astrónomos; participa en numerosos congresos internacionales, y construye su propia casa-museo y un templo en la plaza del *Stadium* de La Paz, para exhibir allí las mejores esculturas arqueológicas de Tiahuanaco.[9] La legitimación arqueológica implícita en sus obras impacta en numerosos proyectos culturales que, en el campo de las artes plásticas y de la arquitectura "neotiahuanacotas", vuelven sobre ese sustrato precolombino, rápidamente consagrado como base "genuina" de la identidad nacional.[10]

[6] *Ibid*., p. 194. Mitre coincide con perspectivas previas como la del alemán Karl von Martius: en su clásico ensayo *Como se debe escrever a história do Brasil* (1844), von Martius subraya la decadencia de las tribus existentes en Brasil, especulando con grandes civilizaciones antiguas aún no descubiertas, de las que descenderían los grupos que en ese momento encuentra degradados.

[7] En varias publicaciones Posnansky argumenta que, como el Kalsasaya presenta un ligero desvío en su orientación hacia los puntos cardinales –y como los tiahuanacotas no podían cometer errores de cálculo–, debe haber habido un cambio en la eclíptica, comprobando así la enorme antigüedad de esta cultura.

[8] El libro fue editado en Berlín (Reimer), en 1914. Allí, partiendo de consideraciones paleoantropológicas sobre su idea del desarrollo de la humanidad, Posnansky despliega su versión sobre los cambios climáticos y geológicos del área, y explica su periodización en cinco etapas, así como también los rasgos estético-arquitectónicos de cada una, incluido un estudio de los edificios más significativos.

[9] A inicios de los años treinta Posnansky ordena la construcción de un moderno templo semisubterráneo en La Paz, frente al *Stadium* (en la llamada desde entonces "Plaza del Hombre Americano"), y traslada allí esculturas de las ruinas de Tiahuanaco, para darle mayor difusión a ese legado arqueológico. Su casa-museo es el actual Museo Nacional e Instituto de Antropología, construida en La Paz en torno a 1916 como residencia personal y museo, conocido en la época como Palacio Posnansky.

[10] Por ejemplo, en una dirección próxima a la de Posnansky, el arquitecto Gustavo Sanjinés y el pintor Cecilio Guzmán de Rojas diseñan un edificio en forma de templo tiahuanacota, para el Pabellón de Bolivia en la Exposición Iberoame-

Al mismo tiempo, Posnansky despliega una perspectiva racialista y eugenésica que no hace sino complejizar las modulaciones y los efectos –a menudo paradójicos– del indigenismo de esta etapa, en general afín a la ideología hegemónica de los sectores oligárquicos. Esa perspectiva, presente en sus textos desde la década del diez –tanto en sus trabajos arqueológicos como en sus tangenciales incursiones en la criminología–, se mantiene incólume incluso durante el auge del nazismo, cuando otros intelectuales latinoamericanos vinculados a la antropología –como el cubano Fernando Ortiz o el brasileño Arthur Ramos– abandonan sus adhesiones previas al racialismo –ya residuales–, para embarcarse en verdaderas campañas antirracistas.[11] En contraste flagrante con respecto a estas figuras, Posnansky insiste en explicar la historia del área andina sobre la base de la existencia de dos razas jerárquicamente divergentes: los aruwakes (antiguos migrantes de la selva tropical, inferiores) y los kollas (que se habrían impuesto sobre los aruwakes gracias a su mayor capacidad intelectual, dando lugar a la creación de Tiahuanaco y de otras civilizaciones andinas, derivadas de la primera). Aun distanciándose respecto de la confianza del nazismo en la existencia de una raza aria unificada y superior –según las tesis difundidas por el antropólogo nazi Hans F. R. Günther–, Posnansky mantiene el núcleo de su argumentación racialista y eugenésica, interviniendo incluso –tal vez provocativamente– en medios hostiles al racialismo. Así, por ejemplo, en 1943 publica un artículo en *América Indígena* (la revista del Instituto Indigenista Interamericano de México, bajo la dirección del antropólogo Manuel Gamio), insistiendo en que, en Bolivia, habitan dos tipos raciales bien contrastantes en lo somático y en lo psicológico, y que esas diferencias (observables incluso por profanos de la antropología física) deben ser consideradas desde el punto de vista pedagógico, evitando la aplicación de un único método de escolarización, a fin de que el Estado boliviano optimice las capacidades diferentes de ambos grupos.[12] Si bien es cierto que el racialismo y las teorías eugenésicas no suponen por entonces necesariamente una adhesión al nazismo (dada su extensión en los estudios antropológicos en general), resulta especialmente provocador el hecho de que, en pleno contexto de la Segunda Guerra Mundial y en la revista a cargo de Gamio (discípulo de Franz Boas y militante del antirracialismo), Posnansky apele no solo a la eugenesia sino también al uso insistente y acrítico del término "Führer" para referirse elogiosamente a la superioridad "natural" del kolla, por su mayor iniciativa y productividad respecto del aruwake.[13]

Si bien *América Indígena* edita ese artículo, el comité de redacción agrega una nota al pie, manifestando su total desacuerdo con ese enfoque que contradice el criterio científico moderno.[14] Esa estrategia crítica (que acaso incluya hasta la propia edición del artículo de Posnansky,

---

ricana de Sevilla de 1929. El motivo central de la fachada es una réplica de la Puerta del Sol, coronada por un friso con la imagen de Viracocha y cuatro torres en forma de cabezas de monolitos. Aunque finalmente Bolivia no ejecuta ese proyecto, este pone en evidencia la centralidad de esa estética consagrada como eje vertebrador de la identidad nacional.

[11] Sus incursiones marginales en la criminología revelan la misma inclinación por el determinismo biológico, como se ve en *Impulsos atávicos: el caso de Polonia Méndez* (La Paz, Imprenta Velarde, 1923), donde Posnansky busca demostrar que, en ese crimen que sacude la opinión pública de La Paz, la asesina presenta una degeneración racial hereditaria, dados los rasgos de "raza inferior" visibles en su rostro y en su complexión física.

[12] En efecto, en "Los dos tipos indígenas de Bolivia y su educación" (en *América indígena*, México, Instituto Indigenista Interamericano, vol. III, n° 1, 1943), Posnansky advierte que el kolla habría ejercido el liderazgo para la creación de las grandes civilizaciones tiahuanacota e inca; además, tiene buena capacidad mental y se "civiliza" con facilidad, mientras que el aruwake "es mentalmente retardado" (Posnansky, "Los dos tipos", p. 57).

[13] Véase Posnansky, "Los dos tipos", p. 57. Además, allí reclama el estudio de las diferencias jerárquicas entre grupos indígenas de otros países como México y EE. UU.

[14] *Ibid*., p. 57.

como puesta en evidencia de su posición reaccionaria) se reafirma con dos intervenciones del antropólogo español –exiliado en México– Juan Comas. Primero, en la sección "Reseñas" del mismo volumen, Comas juzga duramente dos libros recientes de Posnansky (*Antropología y sociología de las razas interandinas y de las regiones adyacentes* –1938– y *El pasado prehistórico del Gran Perú* –1940–), refutando cada punto de su argumentación racialista e insistiendo en que ese paradigma ya se encuentra plenamente descartado por la ciencia contemporánea.[15] Luego Comas remata su ataque editando, en los siguientes dos números de la misma revista, dos artículos destinados a desarticular perspectivas políticamente peligrosas como la de Posnansky y la del brasileño Oliveira Vianna, convertidos ambos en modelos del pensamiento fascista en América.[16]

En varias publicaciones Posnansky insiste en defender ese racialismo eugenésico, al augurar un futuro renacimiento indígena fundado en el despertar del liderazgo kolla, ya que este grupo "tuvo una cultura propia y en no muy lejanos tiempos la volverá a tener".[17] Sugiere así la emergencia de un nuevo ciclo cultural indígena, gracias a la reactivación de ese sustrato "superior", aunque lo hace de manera críptica, sin explicitar las condiciones ni el alcance práctico de ese renacimiento, que en ningún momento implica una puesta en crisis de la cultura occidental y/o de la hegemonía oligárquica. Posnansky parece incluso aprovechar la fuerza emocional implícita en esa utopía popular, para garantizar un mejor ejercicio del control social, al depositar en los kollas la representación del poder oligárquico, convirtiéndolos apenas en mediadores privilegiados en la explotación del resto de las masas indígenas. Además, esa utopía podría implicar una amalgama entre la temporalidad mítica común al pensamiento andino (a menudo inclinado a concebir el "renacimiento" como retorno mesiánico de la libertad prehispánica),[18] y la temporalidad propia de algunas filosofías de la historia contemporáneas (y de matriz occidental) que, aproximándose a las primeras, piensan una teleología con base en ciclos.[19]

[15] Allí Comas pone el acento en hipótesis ya insostenibles sobre el origen autóctono de la población americana, y sobre las capacidades físicas e intelectuales divergentes de kollas y aruwakes, que solo dependen de las condiciones desiguales de explotación.

[16] En efecto, en "La discriminación racial en América" (artículo editado en *América indígena* en dos partes, el n° 1 de enero de 1945, y el n° 2 de abril del mismo año), Comas ataca esas dos perspectivas peligrosas "por su orientación francamente racista" (Comas, "La discriminación racial", p. 73). Comas dice asumir su crítica a Posnanky "ante el silencio de nuestro distinguido colega y amigo el Maestro Imbelloni" (Comas, *ibid.*, p. 75), aludiendo así irónica e indirectamente a la adhesión al racialismo por parte de Imbelloni.

[17] Posnansky, *El pasado prehistórico*, p. 47.

[18] Por ejemplo, sobre la base del mesianismo que, desde el siglo XVI, impulsa la resistencia contra el cristianismo occidental como Taki Onqoy, implicando la promesa de una inminente alianza de las deidades andinas para derrotar al dios cristiano y exterminar a los colonizadores. Poco después, en *Nueva crónica y buen gobierno* (1615), Felipe Guamán Poma de Ayala da forma escrita al mito del Inkarri, que profetiza el pronto renacimiento del Inca Rey descuartizado o "Inkarri" (en alusión al suplicio de Atahualpa o de Tupac Amaru I), cuyas partes se irían juntando bajo la tierra para permitirle resucitar, en convergencia con el retorno de los dioses precolombinos y con la recuperación de las tierras americanas por parte de los pueblos aborígenes. Ese tipo de mitos (que al mismo tiempo exhiben el lazo con el mesianismo católico) se extienden desde entonces hasta el presente inclusive, en diversas comunidades andinas, bajo la forma de movimientos mesiánicos político-religiosos. Al respecto véase, por ejemplo, Alberto Flores Galindo, *Buscando un Inca*, Lima, Horizonte, 1988; y Guillermo Fernández Pozo, "Formas de resistencia indígena en el mundo andino: el mito del 'Inkarri', el mesianismo andino en las rebeliones del siglo XVIII y su proyección al siglo XX", *Naveg@mérica*, Asociación Española de Americanistas, n° 16, 2016.

[19] En este sentido, recordemos por ejemplo que, al interpretar la hipótesis de los ciclos culturales en *La decadencia de Occidente* de Spengler, Quesada advierte –en su curso universitario de 1921– que "la civilización marcha invariablemente de este a oeste, pues de China pasa a Babilonia, de allí a Egipto, de allí a Grecia y Roma, de esta a Europa occidental, y ahora de Europa lógicamente pasará a América, *y más adelante posiblemente volverá a repetirse el*

Posnansky parece aunar ambas vías, para reforzar así el potencial impacto masivo de su discurso "mesiánico".

Vale la pena recordar que la idea de un adormecimiento indígena, al que sucedería un nuevo despertar, descansa en un hegelianismo difuso muy extendido en la época, también presente en otros textos claves del indigenismo latinoamericano, contemporáneos a los primeros trabajos arqueológicos de Posnansky (y previos por ende a la edición de *La decadencia de Occidente*).[20] Así, por ejemplo, en plena efervescencia revolucionaria –y desde su adhesión al zapatismo–, Manuel Gamio postula en *Forjando patria* (1916) que el pueblo indígena debe despertar de su letargo de siglos, aunque no pueda hacerlo por sí mismo y requiera de "corazones amigos" (intelectuales indigenistas en general, y antropólogos en particular) que, conociendo el "alma indígena", laboren más eficazmente por su "redención".[21] A pesar del evolucionismo todavía implícito en su argumentación (que aspira a lograr una mejor desindigenización de México y del continente, a largo plazo), Gamio contrasta con Posnansky en su abandono de la matriz racialista, manifestándose en favor del relativismo cultural, en sintonía con la perspectiva de su maestro Franz Boas. En este sentido, el mismo "ideologema"[22] vinculado al "renacimiento indígena" constituye un punto de convergencia fuerte entre los americanistas de la época, aunque concita el despliegue de perspectivas ideológicamente divergentes, en el marco del mismo paternalismo letrado.

Mediante varios argumentos y a lo largo de toda su trayectoria, Posnansky defiende el mayor desarrollo de Tiahuanaco y su prioridad cronológica como "cuna" de las demás civilizaciones precolombinas. El celo "nacionalista" implícito en esas hipótesis forma parte de una lucha más amplia por la mayor legitimidad del acervo arqueológico propio, regional y/o nacional, frente a los otros. Esa pugna debilita internamente el americanismo como discurso de legitimación continental, permitiendo explicar –al menos en parte– polémicas como la mantenida con Max Uhle (para quien, contra las hipótesis de Posnansky, la cultura mesoamericana se habría expandido sobre el resto de América).[23]

Además, desde sus primeros trabajos Posnansky postula el origen autóctono del hombre americano, contradiciendo las diversas teorías centradas en la migración, sostenidas tanto por los americanistas de fines del siglo XIX –obsesionados con la Atlántida o con un origen protoindoeuropeo– como por las perspectivas posteriores que defienden el poblamiento por la vía del estrecho de Bering.[24]

---

anillo de corsi e ricorsi de Vico" (Ernesto Quesada, *La sociología relativista spengleriana*, Buenos Aires, Coni, 1921, p. 24; bastardilla nuestra).

[20] Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente*, Madrid, Espasa-Calpe, 1946.

[21] Manuel Gamio, *Forjando patria*, México, Porrúa, 1960 [1916], p. 20.

[22] Marc Angenot (en *El discurso social*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010) define *ideologema* como un punto nodal en el que convergen diversos discursos sociales contemporáneos, estableciendo una lucha por imponer un sentido hegemónico.

[23] Entre otros ataques a Uhle, en *El pasado prehistórico del Gran Perú,* Posnansky señala: "Me abstengo de criticar los absurdos prenunciados por Max Uhle en el Congreso de Americanistas de Lima, porque el público que le escuchó dio ya su veredicto, traducido en la sonrisa disimulada con que oía las raras explicaciones de aquel señor, indiscutiblemente respaldadas en el prestigio de sus canas y de su decrepitud. Lo que Max Uhle inspiró en el auditorio, no fue más que una benévola paciencia para escucharle" (Arthur Posnansky, *El pasado prehistórico del Gran Perú*, disponible en: <http://www.comunidadandina.org/BDA/enlaces_bibliotecas.htm>, s/d, p. 30 [Primera edición, La Paz, Instituto Tihuanacu de Antropología, Etnografía y Prehistoria, 1940]).

[24] Por ejemplo, Posnansky señala que el número elevado de la población indígena en América no puede explicarse con base en migraciones aisladas de pequeños grupos. Además, advierte que el alto nivel cultural alcanzado por

Para Posnansky, la presencia de símbolos comunes a todas las culturas precolombinas –un tema central de discusión en el americanismo de esa etapa– obedece al origen tiahuanacota de estas, ya que Tiahuanaco es la "Völkerheimat" de todas las culturas indígenas del continente.[25] Así, por ejemplo, el símbolo escalonado –presente desde Tierra del Fuego hasta Alaska, como expresión de la conexión entre el cielo y la Tierra– evidencia el "ligamen prehistórico de todos los pueblos culturales de las Américas", convirtiéndose en "una prueba evidente e irrefutable de que existía un substratum tihuanacu en el culto del antiguo México y de Yucatán.[26] Por tanto, puede presumirse que la metrópoli americana de Tihuanacu ha sido el legendario Aztlán de los mexicanos".[27]

Tal como han advertido varios críticos –como Pablo Stefanoni y Cecilia Wahren–, esta arqueología "hiperbólica" resulta especialmente funcional para la consolidación identitaria del nacionalismo boliviano, a inicios del siglo XX.[28] Posnansky mismo es consciente del modo en que su teoría puede ser refutada precisamente como una versión sesgada y funcional para con el nacionalismo, ya que "con cierto orgullo patriótico –si patriotismo puede haber en ello–, cada uno de los investigadores arqueológicos pretende dar al lugar de sus investigaciones la ejecutoria de ser el sitio originario de la cultura de las Américas".[29] Esta declaración evidencia en qué medida Posnansky construye para sí mismo un distanciamiento pretendidamente objetivo, buscando encubrir el nacionalismo implícito en una argumentación que, en definitiva, prolonga en el campo de la arqueología su autoconsagración previa como "benemérito de la patria", gracias a su vieja intervención "heroica" en el conflicto militar con Brasil.

Una arqueología hecha de ensayos y de cartas

El docente e investigador Ernesto Quesada manifiesta un gran interés por las culturas precolombinas, dedicándole al tema todo el curso universitario de 1917, en el que formula, en términos generales, hipótesis afines a las de Posnansky.[30] Su valoración de la arqueología como pilar

---

Tiahuanaco pone en duda el origen asiático de los kollas, pues "si los primeros pobladores de América vinieron del Asia, Australia, Polinesia o Melanesia, debieron haber traído consigo una cultura que se asemejaría a la de Tihuanacu […]. *Eo ipso*, hubieran sido hombres de gran capacidad y no unos infelices negros australianos o de Melanesia, o unos desgraciados esquimales del Ártico" (Posnansky, *El pasado prehistórico*, p. 52).

[25] Posnansky refuerza esa hipótesis acumulando numerosas afirmaciones contundentes a partir de detalles, como cuando, en la ilustración 17 (que reproduce una imagen del dios mexicano del comercio) advierte que el mismo "ostenta sobre su 'escudo-emblema' el *genuino signo escalonado de Tihuanacu"* (Posnansky, *El pasado prehistórico*, p. 60; bastardilla nuestra).

[26] Posnansky, *ibid.*, p. 63.

[27] *Ibid*., p. 56. Según varias fuentes coloniales, el término náhuatl "Aztlan" remite a una isla mítica de la que provendrían los aztecas.

[28] Véanse Pablo Stefanoni, *Los inconformistas del Centenario*, La Paz, Plural, 2015, y Cecilia Wahren, *Encarnaciones de lo autóctono*, Buenos Aires, Teseo, 2017.

[29] Posnansky, *El pasado prehistórico*, p. 56.

[30] Veáse Ernesto Quesada, *El desenvolvimiento social hispanoamericano: el período precolombino*, Buenos Aires, Revista de Filosofía, 1917. Si bien Quesada despliega sus actividades como historiador, sociólogo, profesor universitario, abogado, juez y germanista, se ve a sí mismo sobre todo como un hombre de ciencia, consagrado a la vida académica, lo que supone un importante esfuerzo por implantar la profesionalización de la investigación y la docencia universitaria, con el consecuente abandono de las funciones públicas tradicionales de la élite. Hijo de Vicente Quesada, un importante diplomático y abogado, Ernesto Quesada es educado en su primera infancia en diferentes países (Bolivia, Brasil, EE. UU., México, España, Alemania y el Vaticano, entre otros), siguiendo los cargos diplo-

de la sociología americanista se consolida a partir de la lectura de las obras de Posnansky, poco antes de elaborar una recepción crítica de *La decadencia de Occidente* de Spengler.

Siguiendo a Posnansky y a Gamio, tanto en su curso universitario de 1917 como en su recepción crítica de la obra de Spengler, Quesada reivindica la grandeza prehispánica como parte de una más amplia legitimación del continente pues, desde su punto de vista, la arqueología juega un papel simbólico clave al demostrar el desarrollo de las grandes civilizaciones precolombinas, permitiendo por ende imaginar un futuro renacimiento indígena acorde con ese pasado. Diferenciándose implícitamente con respecto al racialismo de Posnansky (y aproximándose en cambio al culturalismo de Gamio), Quesada se limita a desplegar un punto de vista reformista, atento a la inclusión aculturadora del campesinado indígena. De todos modos, tal como he señalado previamente, su idea de un renacimiento descansa en la valoración negativa de estos grupos en el presente, en contraste radical con el pasado glorioso de las antiguas civilizaciones americanas, y en este punto –afín al reformismo que manifiesta frente a otros problemas sociales– se acerca a la perspectiva de Posnansky.[31] Esgrimiendo un razonamiento paradójico, Quesada busca apoyarse en el sustrato indígena, pero para convertirlo en una mera inflexión de la matriz occidental, en una simple marca de particularidad local, en un resguardo "arielista" de los valores espirituales contra el avance del materialismo moderno. En este sentido, es claro que no espera recrear el mundo precolombino, sino revivificar Occidente gracias a la incorporación material y simbólica de los indígenas, hasta ahora excluidos por las minorías blancas que importan mano de obra europea. Tal como se percibe en la conferencia dada en La Paz en 1926 (ante un auditorio marcado por la gravitación del reformismo universitario y el indigenismo), Quesada dibuja un movimiento contradictorio que incluye la erección de la pureza indígena, ajena a la decadencia, como garantía de un nuevo ciclo (en competencia con la incontaminación respecto de la decadencia occidental, que Spengler percibe en el campesinado soviético, activado negativamente durante la Revolución rusa) y, al mismo tiempo, impulsa ese nuevo ciclo a través de la occidentalización de los indígenas.[32]

Tal como demostré en un trabajo previo, en varios textos Quesada revisa el argumento de Spengler, adhiriendo a su concepción de los ciclos culturales, pero cuestionándolo desde un punto de vista americanista, al exigirle tener en cuenta la arqueología del mundo precolombino, para equiparar ese legado al de otras "grandes civilizaciones" del pasado, a fin de demostrar con mayor rigor su hipótesis sobre el carácter monádico de las culturas, y para corregir la predicción del alemán sobre el nuevo ciclo cultural, que para Quesada no será eslavo –como supone Spengler, a la luz de la Revolución rusa– sino americano, y especialmente indígena.[33] Es posible pensar que tanto esa lectura de la obra de Spengler en clave americanista, como así también la

---

máticos de su padre. Luego estudia en las universidades de París, Dresde, Leipzig y Berlín, y egresa de la Facultad de Derecho de la UBA en 1882. Por otro lado, Quesada inicia tarde su breve carrera docente, en 1905, a los 50 años, como primer profesor titular de la cátedra de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, la primera cátedra de Sociología del país. En 1907 lo nombran además profesor a cargo de Economía Política en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la UNLP, y se retira de la docencia en 1923.

[31] Véase Alejandra Mailhe, "El impacto de *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler en los indigenismos latinoamericanos: el caso de Ernesto Quesada", en Lena Dávila y Patricia Arenas (eds.), *El americanismo germano en la antropología argentina*, Buenos Aires, CICCUS/CLACSO, 2020.

[32] Ernesto Quesada, "Spengler en el movimiento intelectual contemporáneo" (folleto), en *Humanidades*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1926.

[33] Véase Mailhe, "El impacto".

hipótesis previa de Posnansky sobre la decadencia indígena y el potencial renacimiento kolla, descansan en una suerte de sentido común filosófico de matriz hegeliana, que postula el desenvolvimiento del espíritu y su decadencia posterior, bajo la resignificación que formula el decadentismo en esta etapa, incluso antes de iniciarse la Primera Guerra Mundial.[34]

La correspondencia mantenida entre Quesada y Posnansky entre 1923 y 1926, hasta ahora no considerada por la crítica, evidencia el establecimiento de un lazo de solidaridad intelectual que apunta, en definitiva, a legitimar el americanismo arqueológico en ambos contextos nacionales.[35] Ese epistolario abre con una carta de Posnansky del 26 de septiembre de 1923, en la que el austríaco invita a Quesada a reanudar "las relaciones científicas que anteriormente habíamos tenido, cuando estuve de delegado de este país en el Congreso de Americanistas en 1910, del que conservo gratos recuerdos".[36] El 23 de noviembre de ese año Quesada le responde, confirmando complacido el restablecimiento de "la relación personal". A partir de entonces, el vínculo de colaboración se despliega con base en un fluido intercambio de cartas, libros e ideas.

Un tópico central de ese diálogo gira en torno de la colaboración recíproca para la circulación de publicaciones vinculadas al americanismo, entre Bolivia y Argentina, sorteando diversas dificultades. Por ejemplo, ese mismo 23 de noviembre Quesada le envía su volumen de *La sociología relativista spengleriana* y le insiste a Posnansky que, a cambio, necesita recibir la colección completa del *Boletín de la Sociedad Geográfica de Bolivia*, para integrar su "Biblioteca Americana", rogándole además que le mande sus publicaciones "y lo que hubiere sobre cultura precolombina", dada la enorme necesidad de acceder a publicaciones bolivianas sobre ese tema, que –según dice– son "*rara avis*" en la Argentina. Luego de encontrarse ambos en Múnich en junio de 1925,[37] el 22 de octubre de ese año Quesada vuelve a pedirle libros y a ofrecerle las obras propias que le faltan, enviándole el opúsculo *El ciclo cultural de la colonia*. Además, Quesada le agradece los libros que le ha dado en Europa, y que su esposa –la periodista alemana Leonor Deiters– ha leído en el viaje de regreso; según advierte Quesada, gracias a esas lecturas ella escribió ocho cartas para el *Kölnische Zeitung*, con el título de "Neue Wege und alte Kulturen", abordando –entre otros temas– la exploración de Posnansky en Tiahuanaco.

Las referencias a las publicaciones intercambiadas no cesan, e incluso se convierten en un núcleo central en el epistolario, poniendo en evidencia el esfuerzo conjunto de estas figuras, en un contexto marcado por la ausencia de un mercado editorial fluido entre ambos países.[38]

[34] Sobre el decadentismo en los campos de la filosofía y la literatura europeas de entresiglos, véase Jean Pierrot, *L'imaginaire décadent (1880-1900)*, París, Presses Universitaires de France, 1977.

[35] El trabajo con la correspondencia entre Quesada y Posnansky (Legado Quesada, Berlín, Instituto Iberoamericano de Berlín; material inédito, 1923/1926) fue posible gracias a una estadía de investigación en enero de 2020, en el marco del programa de investigación internacional MECILA. Es probable que el intercambio de cartas entre Quesada y Posnansky se haya mantenido por más tiempo, pero no se conserva registro, pues parte del legado personal de Quesada se perdió durante la Segunda Guerra Mundial.

[36] En las *Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas* se edita un breve resumen de la exposición de Posnansky, condensando sus hipótesis sobre la benignidad del clima de Tiahuanaco en el pasado, la sucesión de cinco épocas de cultura en el altiplano andino y la edad de Tiahuanaco según cálculos astronómicos de la elíptica. Véase Arthur Posnansky, "Tihuanacu y las razas y monumentos prehistóricos del altiplano andino, con proyecciones luminosas", en *Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas*, Buenos Aires, Coni, 1912.

[37] Posnansky viaja a Europa en 1924 para participar en el Congreso de Americanistas en Gotemburgo.

[38] La batalla por la circulación de los libros se extiende hasta el final del epistolario conservado. Así, por ejemplo, finalizado el viaje arqueológico a Tiahuanaco y a Cuzco, Quesada le escribe a Posnansky el 3 de marzo de 1926 para

Las cartas también dan cuenta del malestar compartido ante el provincianismo que tiende a ahogar la vida intelectual –sobre todo en el caso de Bolivia–,[39] y del desconocimiento de cada autor respecto del campo intelectual del otro. El intercambio entre ellos es constante y beneficia a ambas partes, al tiempo que define una zona común de intereses vinculada sobre todo a la arqueología precolombina, y en menor medida a la recepción de la obra de Spengler.

En torno a esos núcleos temáticos, si Quesada se mueve con la voracidad de un coleccionista, ávido de americanismo arqueológico, sobre el telón de fondo de su fastuosa biblioteca (la cual gravita en el epistolario como un centro emblemático del americanismo),[40] Posnansky parece interesado –entre otros temas– en las posibilidades que abre la recepción de la obra de Spengler por parte de Quesada, tan compatible con sus propias hipótesis sobre un futuro renacimiento kolla.

Dada la centralidad de la arqueología precolombina como norte de esos intercambios, Quesada y su esposa tienden a asumir el papel de "discípulos" de Posnansky en la difusión de las investigaciones del austríaco,[41] o de mediadores entre él y otros arqueólogos del continente como Luis Valcárcel,[42] colaborando así, desde Buenos Aires, en la tarea americanista de difundir la importancia del legado arqueológico precolombino más allá del acotado círculo de los especialistas locales.

Como ya he señalado, Quesada aspira a que Spengler se sume a la causa americanista, corrigiendo su pronóstico acerca del nuevo ciclo cultural, pues espera que el alemán reconozca el impresionante legado precolombino, para admitir la inminencia del renacimiento americano. Además, siguiendo la orientación americanista impartida por Quesada, también Valcárcel anhela que su propia obra arqueológica ayude a modificar el pronóstico de Spengler en favor de un nuevo ciclo americano.[43] Ahora bien; tal como lo demuestra una carta del 6 de octubre de 1926

---

comentarle que no ha recibido los 59 libros que compró en La Paz (incluyendo obras del propio Posnansky y de Alcides Arguedas) para incorporar a su biblioteca americanista.

[39] Por ejemplo, el 14 de junio de 1926, Quesada le confiesa a Posnansky su malestar ante algunos intelectuales bolivianos, a quienes les envió una publicación de su autoría, sin obtener respuesta. Esa carta, como otras, deja entrever además la poca –o nula– gravitación de las principales publicaciones bolivianas en la Argentina.

[40] Por ejemplo, el 7 de diciembre de 1925, Quesada le envía a Posnansky una carta y seis cajas con publicaciones suyas (incluido un artículo con ilustraciones de la propia biblioteca de Quesada, para que Posnansky recuerde el encuentro de ambos en Buenos Aires, "en medio de los 60.000 volúmenes que atesora").

[41] Por ejemplo, luego del viaje de Quesada y Deiters a Bolivia y Perú, realizado en 1926, Quesada le envía a Posnansky un telegrama –el 26 de marzo de ese año– solicitándole fotografías nítidas de Tiahuanaco, para ilustrar los artículos de su esposa sobre temática arqueológica, escritos a partir de la experiencia del viaje. Deiters se convierte en una difusora de la obra de Posnansky en varias publicaciones periódicas en lengua alemana. Su figura gravita en este epistolario a través de las referencias dadas por Quesada.

[42] Por ejemplo, el 17 de agosto de 1926, Posnansky le agradece a Quesada el envío del dibujo de un poncho de Pisagua (Chile), que al austríaco le parece importante para confirmar una hipótesis central de su investigación: "que la cultura de Tiahuanacu radió por todas partes de las Américas, habiendo sido […] el foco político-religioso más grande por largo tiempo, cuya cultura se siguió generando después de su destrucción". Esa imagen del poncho proviene de una fotografía tomada por Valcárcel y enviada a Quesada ese año, y permite dimensionar indirectamente en qué medida Quesada opera como mediador en el seno de ese americanismo arqueológico.

[43] Citando extensamente la conferencia dada por Quesada en La Paz (en el marco de un viaje que, además, incluye el paso por Cuzco, bajo su propia guía arqueológica), en *Tempestad en los Andes*, Valcárcel reitera varios argumentos del argentino (por ejemplo, se refiere al surgimiento de "un nuevo ciclo de cultura andina" –Valcárcel, *Tempestad en los Andes*, Lima, Propulibros peruanos, 1970 [1927], p. 134–, gracias a la incontaminación de los indígenas en barbecho). En la carta que Valcárcel le envía a Mariátegui el 21 de septiembre de 1925, el primero confiesa que se esfuerza por editar lo antes posible sus libros para responder urgentemente "a la ignorancia de Spengler acerca de los Inkas" (Mariátegui, *Mariátegui total*, Lima, Amauta, 1994, vol. I, p. 753). Esta confesión confirma que la mediación

(en la que Posnansky le pide a Quesada la dirección de Spengler –considerado con complicidad como "el Wirakjocha"– para enviarle una de sus obras en alemán sobre Tiahuanaco),[44] también el austríaco espera despertar el interés del filósofo alemán por el legado prehispánico, para colaborar en definitiva con el objetivo de Quesada.

A la luz de sus intercambios con estos arqueólogos, Quesada se presenta como una figura que se esfuerza, desde Buenos Aires y por fuera –y acaso también por encima– de la disciplina arqueológica, por orientar el sentido último de la arqueología americana, poniéndola al servicio de legitimar al continente en términos simbólicos, desde una perspectiva americanista más amplia.

Las cartas también permiten reconstruir el modo en que se organiza el viaje iniciático en la arqueología precolombina, por parte del matrimonio Quesada y Deiters, bajo la guía especializada de Posnansky, y en el marco del cual Quesada difunde en Bolivia su recepción crítica de *La decadencia de Occidente*. Ese viaje se despliega entre enero y marzo de 1926, e incluye también –como se dijo antes– una estadía en Cuzco, gracias al recibimiento por parte de Valcárcel, quien le ofrece al matrimonio una "iniciación" arqueológica semejante a la brindada por el austríaco en Bolivia.[45]

Quesada deja la programación del viaje a Bolivia en manos de Posnansky, pero insiste en limitarlo exclusivamente a un doble objetivo: intelectual –de formación arqueológica– y turístico. Así, por ejemplo, el 24 de diciembre de 1925 le recuerda a Posnansky que "todo debe subordinarse al objetivo principal: visitar las ruinas de Tiahuanaco, cruzada del Titicaca y viaje a Cuzco". En cambio, Posnansky insiste en que Quesada incluya algunas intervenciones académicas,[46] y le aconseja además que se sume a las actividades políticas de Bolivia,[47] desatendiendo el pedido de su colega de preservar su autonomía. Quesada entonces le responde que

> […] como nuestro propósito es hacer un viaje de estudio y no de vida social y deliberadamente sin el menor carácter oficial –y sin ninguna obligación conexa, por lo tanto–, […] huiremos como de la peste, de todo lo que pueda equivaler a compromisos sociales. Eso es, para nosotros, simple pérdida de tiempo […]. Yendo, como turistas, a conocer el país, y como estudiosos, a visitar las ruinas precolombinas, a esto deberemos subordinar todo. La misma conferencia en la Universidad ha sido quizá una debilidad mía, porque un turista debe cuidar de la absoluta libertad de su movimiento, y aquel compromiso implica una ligadura.[48]

---

ejercida por Quesada ayuda tanto a la difusión de la teoría del alemán como a la difusión de las críticas de Quesada a Spengler, y que estos elementos inciden en los tiempos de trabajo y en las expectativas intelectuales de Valcárcel.

[44] Pues "quisiera mandar a Spengler, si a Ud. le parece, mi trabajo *Die erotischen Keramiken der Mochicas und deren Beziehungen zu Occipital deformierten Schädeln*, para lo cual le rogaría me enviara la dirección de este Wirakjocha".

[45] Revisado todo el acervo personal de Quesada en el Instituto Iberoamericano de Berlín, no pude identificar correspondencia de este con Valcárcel, probablemente perdida durante la Segunda Guerra Mundial.

[46] Posnansky le avisa que está en contacto con el rector de la Universidad de La Paz para organizar las conferencias (en plural) que dará en su visita. En carta del 22 de diciembre de 1925, le comenta además que "aquí ya se ha hecho la propaganda necesaria para que se haga un recibimiento digno de un hombre de positivos méritos, cuyo nombre está sólidamente asentado en la ciencia". Y agrega a la carta un ejemplar de *La República*, en el que se ha publicado un artículo que difunde la importancia de Quesada como docente e investigador.

[47] En efecto, para que participe de la vida política boliviana, le sugiere que "traiga Ud. una misión cualquiera *ad honorem*, de su gobierno, para la transmisión del mando, que se llevará a cabo acá el día 10 de enero próximo", en referencia a la asunción de la presidencia nacional por parte del abogado republicano Hernando Siles Reyes.

[48] Carta de Quesada a Posnansky, 24 de diciembre de 1925.

Sin embargo, la voluntad de darle publicidad académica –y en parte también política– al viaje parece finalmente imponerse, dada la organización de una conferencia en la Universidad de La Paz, ante una audiencia plagada de autoridades de gobierno, amén de la celebración de un banquete de honor,[49] entre otros eventos públicos por medio de los cuales Quesada –casi contra su propia voluntad– se consolida en Bolivia como "Maestro del reformismo universitario".[50]

La carta enviada por Quesada el 24 de diciembre de ese año resulta central para medir el sentido que da este autor a sus posibles conferencias en Bolivia, pues antepone una y otra vez el objetivo arqueológico del viaje, e incluso sugiere la posibilidad de prescindir de toda actividad académica, amparado en la mayor atención que suscitará el cambio de gobierno pues

> […] dada la coincidencia de la transmisión del mando e inauguración del nuevo gobierno, no habrá mucho lugar para la conferencia sobre Spengler que Ud. proponía […]. No había pensado, por eso, preparar nada, pero a pesar de que los días de Navidad y Año Nuevo no son propicios para ello, trataré de llevar preparada una conferencia pero no más; y *si es posible eliminarla allí tanto mejor, pues nos ahorrará una gran pérdida de tiempo*.[51]

Esa carta pone en evidencia que la conferencia que causa gran impacto entre los intelectuales vinculados al indigenismo en Bolivia y en Perú no es valorada por Quesada –inicialmente al menos– más que como un mero compromiso político-académico, confirmado además a último momento.[52]

Si bien la relación entre Quesada y Posnansky no está exenta de algunas asimetrías solapadas (pues ya en el final de su consagración académica, Quesada asume una posición discipular frente al arqueólogo "maestro", reclamándole a menudo mayor atención),[53] las cartas de Posnansky también permiten intuir que, al invitarlo a disertar y a conocer de cerca la exploración de Tiahuanaco, el austríaco busca consolidar su propia hegemonía en el incipiente campo intelectual local y en otros campos nacionales, no solo por el prestigio académico del argentino como visitante ilustre a su cargo (convertido además en un fiel difusor de su obra), sino también porque la hipótesis de Quesada, sobre un nuevo ciclo cultural de base indígena, le da impulso a sus propias tesis previas sobre un inminente renacimiento kolla, a pesar de las diferencias de matiz entre ambos con respecto a la gravitación de lo racial. A la vez, Posnansky juega un papel clave en favor de Quesada, al difundir la obra del argentino sobre Spengler en

[49] Posnansky le ofrece a Quesada un banquete de honor en las ruinas de Tiahuanaco, convidando a diversas personalidades científicas e intelectuales, antes del discurso del argentino en la Universidad.
[50] Confirmando el cariz reformista con el cual es recepcionado Quesada en Bolivia, luego de celebrada la conferencia, la misma Universidad organiza un coloquio entre Quesada y los estudiantes, para discutir la obra de Spengler, y le rinde homenaje a Quesada en un acto presidido por el rector de la Universidad, en donde se reconoce a Quesada como "Maestro de la Juventud".
[51] Carta de Quesada a Posnansky, 24 de diciembre de 1925, p. 4; subrayado en el original; bastardilla nuestra.
[52] El 27 de diciembre de 1925 Quesada le dice a Posnansky que aún no tiene respuesta sobre si dará o no la conferencia sobre Spengler, pero que, por las dudas que la conferencia se concrete, le envía una caja con publicaciones suyas, como atención para con la Biblioteca de la Universidad de La Paz.
[53] Por ejemplo, concluido el viaje, el 3 de marzo de 1926 Quesada le escribe a Posnansky desde Buenos Aires para agradecerle profundamente "el viaje soberbio realizado", pero también para decirle –con cierto tono de queja– que no ha recibido correspondencia suya en esas semanas, aunque él le ha seguido escribiendo desde Cuzco. Confirmando cierta asimetría, Posnansky responde con una carta del 29 de marzo, en la que se disculpa por la demora en responder, amparándose en la importancia de su "lucha científica", pues "he estado en este último tiempo en viajes de investigación y de estudio, con resultados que me han proporcionado grandes satisfacciones científicas".

el campo intelectual boliviano, gestionando en ese país no solo los eventos académicos y sociales incluidos en el viaje, sino también la edición de textos de Quesada en Bolivia (como la conferencia dada en La Paz, publicada en *La República* y *El Diario* en 1926), amén de impulsar la circulación local de otros textos de Quesada sobre ese tema.[54]

Fidelidad, mediación y conflicto

A su regreso a Buenos Aires, la mediación ejercida por Quesada en el campo intelectual argentino suscita una suerte de "intercambio de dones" con Posnansky, pues la guía del austríaco por Tiahuanaco y sus gestiones intelectuales se ven compensadas cuando Quesada, además de planificar el viaje –finalmente frustrado– de su colega a la Argentina (para difundir un film sobre la exploración arqueológica de Tiahuanaco),[55] orienta a Posnansky para que intervenga públicamente, defendiendo su obra frente a los ataques que esta recibe por parte del antropólogo José Imbelloni, ya en proceso ascendente de consagración intelectual como docente e investigador en el campo de la antropología.

Tal como consideré en un trabajo previo, Imbelloni se empeña en la tarea de profesionalizar la disciplina antropológica en el país, en un período en que crece la especialización, como superación progresiva del viejo autodidactismo.[56] Frente a Posnansky –y frente a otras figuras

[54] La carta del 5 de abril de 1926 deja entrever, además, los diversos mecanismos de autolegitimación intelectual puestos en marcha por Quesada, que envía a la revista *Humanidades* no solo la conferencia dada en La Paz, para su edición, sino también los diarios paceños que abordaron ese evento, para que se difunda tanto el texto suyo como sus repercusiones. Editada la conferencia, en carta del 26 de junio de 1926 Quesada le avisa a Posnansky que le ha enviado treinta ejemplares de ese texto para que los distribuya entre los americanistas locales, y agrega que esos ejemplares "darán para todo", evidenciando lo reducido del campo intelectual boliviano.

[55] Por ejemplo, la carta de Quesada del 5 de abril de 1926 da cuenta de las negociaciones llevadas a cabo por Quesada, para proyectar en Buenos Aires una obra de la productora cinematográfica de Posnansky (Kondor Mayku), sobre sus exploraciones en Tiahuanaco. Se trata del film *Tiahuanaco, el ocaso de una civilización*, que ambos pretenden exhibir en el Colón, el Scotto o el Coliseo, con acompañamiento de música incaica. Frustrado su intento de mostrarle fotos del film a empresarios, Quesada le aconseja a Posnansky que viaje personalmente con la película, para promocionarla en lugares prestigiosos de Buenos Aires, pero el 12 de octubre Posnansky le dice que no tiene tiempo para viajar y le envía una copia del film por medio de un colega. No hay más referencias a ese proyecto en el epistolario.

[56] Véase Alejandra Mailhe, "La colección 'Humanior' y la formación de un lectorado americanista", en *Prismas*, n° 22, 2018. Nacido en Italia en 1885, Imbelloni estudia Medicina en la Facultad de Perugia. En su juventud, permanece en la Argentina algunos años, como corresponsal de un diario italiano. En esta etapa produce algunos trabajos de corte netamente positivista y a favor de la guerra, inspirados en el neodarwinismo social, en los cuales la guerra se justifica como parte de la lucha por la vida. Imbelloni regresa a Italia para alistarse como voluntario en la Primera Guerra Mundial, y en pleno auge de las doctrinas racialistas (y en los albores del ascenso del fascismo) emprende estudios en Ciencias Naturales y en Antropología en la Universidad de Padua, doctorándose en 1920 con la tesis *Introduzioni a nuovi studi di cranitrigonometria*. En 1921 retorna a la Argentina, en donde gana por concurso el puesto de profesor suplente de Antropología en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), además de vincularse al Museo Etnográfico desde 1922, como encargado de investigaciones antropológicas. Entre 1921 y 1930 se desempeña como profesor de Historia antigua en la Universidad de Paraná. Desde 1939 es Profesor Titular en la cátedra de Antropología, en la UBA. En 1946, con el advenimiento del peronismo, ocupa el puesto de director en el Museo Etnográfico, cuando Francisco de Aparicio es exonerado de ese cargo. Además, en 1947 el Gobierno nacional lo nombra director del recientemente creado Instituto de Antropología, también dependiente de la Facultad de Filosofía y Letras. Los documentos de Imbelloni conservados en el Museo Etnográfico dejan entrever la sólida red de vínculos institucionales que confirman la centralidad nacional del director de la biblioteca Humanior. Con el golpe de 1955 y la consecuente intervención de las universidades, Imbelloni es apartado de sus cargos, como parte del proceso de desperonización, y cumple sus últimos años de docencia en la Universidad del Salvador. Sobre la profesionalización

del campo arqueológico en formación–, Imbelloni apela a la confrontación como la principal forma de autolegitimación intelectual, en el marco de la candente discusión epistemológica e ideológica que, en los años veinte, atraviesa la definición del americanismo y de la antropología como disciplina "científica".

Cabe aclarar que, desde el punto de vista ideológico, las perspectivas que vinculan el americanismo –en sus diversos alcances disciplinares– con experiencias de religación social, cultural y política más amplias a nivel continental, en la estela del reformismo universitario (como en el caso de Quesada), contrastan con el americanismo "moderno" que impulsa Imbelloni (explícito en el título de su "Biblioteca Humanior del americanista moderno", iniciada en 1936), al apelar a los principios evolucionistas y a la antropología física, para confirmar las jerarquías raciales y las concepciones de "lucha por la vida", incluso en pleno contexto del nazismo. Desde este punto de vista, si bien Posnansky e Imbelloni confrontan con respecto a la interpretación de Tiahuanaco y disputan la legitimación de la tarea propia como la verdaderamente "científica", ese conflicto se despliega al interior del mismo americanismo arqueológico, en el marco de posiciones políticas de derecha relativamente próximas, y apelando ambos a la antropología física y al racialismo, incluso durante la Segunda Guerra Mundial.

Con respecto a la legitimación de la autoridad científica propia, vale la pena recordar que por entonces las categorías de *amateur* y de "científico" son lábiles, tal como se percibe en las impugnaciones cruzadas entre diversos autores vinculados a la emergente disciplina antropológica. Así, por ejemplo, Imbelloni apela obsesivamente a la noción de *amateur* para descalificar las intervenciones del americanismo "romántico" y "fabuloso" que se extiende desde *Les races aryennes du Pérou* (1871) de Vicente Fidel López en adelante, al tiempo que recrea las jerarquías para pensar, por ejemplo, el folclore como disciplina científica.[57] En este sentido, el ataque de Imbelloni a las imprecisiones geológicas, climáticas, astronómicas y de hermenéutica cultural, implícitas en la obra de Posnansky, debe inscribirse en un contexto más amplio de autoconsagración intelectual, con base en la insistente desautorización "científica" de sus antagonistas.

En particular, Imbelloni cuestiona el mito "romántico" de los autores *amateurs* como Posnansky que, sin una formación científica sólida, imaginan una remota antigüedad para Tiahuanaco, una originalidad absoluta y un pasado glorioso en términos de desarrollo civilizatorio. Imbelloni también desautoriza la hipótesis "inverosímil" de Posnansky respecto de un "cataclismo cósmico", en el pasaje de un pasado vergel exuberante a un escenario estéril. En "Tiahuanaco. Crítica de la cronología hiperbólica", Imbelloni es particularmente irónico, pues advierte que,

> […] en cuanto a Posnansky, este observador tiene el mérito de haber estudiado […] las ruinas y toda la región del lago, aprovechando la facilidad que le brinda su residencia en la ciudad

---

de la antropología en la Argentina, véase Leonardo Fígali, "Origen y desarrollo de la antropología en la Argentina", *Anuario de estudios de antropología social*, Buenos Aires, IDES, 2004. Sobre el itinerario y la obra de Imbelloni en particular, véase Sergio Carrizo, "José Imbelloni, entre la antropología y la historia", tesina de grado, Facultad de Filosofía y Letras, UNT, 2000.

[57] Por ejemplo, en *Concepto y praxis del folklore como ciencia* (Buenos Aires, Humanior, 1943) propone un esquema jerárquico de colaboraciones, entre los *amateurs* del interior y los expertos de la élite profesional (el único grupo autorizado para interpretar los elementos recogidos por los primeros eslabones de esa cadena).

> de La Paz. Y efectivamente, nadie quiere negarle que sus publicaciones, y especialmente las fotografías y plantas topográficas que las adornan, han tenido el efecto de popularizar los monumentos de Tiahuanaco en todo el mundo. No puede serle el americanismo igualmente grato por las interpretaciones y doctrinas explicativas de que ha sembrado sus escritos, las que han dejado en las personas avezadas un sentimiento de incredulidad y de desconfianza, pero en los semidoctos han causado verdaderos estragos. [58]

A lo largo de 1926 Imbrelloni publica en *La Prensa* varias notas sobre Tiahuanaco, con este tipo de críticas, refutando incluso detalles científicos "menores" en la argumentación de Posnansky (como el cálculo de la orientación del Templo de Kalasasaya con respecto al sol), e integra luego esos textos en su ensayo *La esfinge indiana*.[59] En un apéndice de ese libro ("Sobre la cronología hiperbólica de Tiahuanaco y el caso Posnansky"), Imbelloni busca apoyo científico entre colegas universitarios para demostrar que el cálculo imaginado por Posnansky para medir la antigüedad de Tiahuanaco se basa en interpretaciones erróneas sobre la geología, la geografía astronómica y los monumentos en general.[60]Además, niega los cataclismos sufridos por Tiahuanaco en el final de su apogeo, advirtiendo que sí es posible que en un tiempo histórico reciente –poco antes de la Conquista– el lago Titicaca haya llegado hasta la orilla de Tiahuanaco, que la altura de la altiplanicie no ha variado después del Terciario, e incluso que la región de Titicaca no es sumamente fría ni árida en el presente (como cree Posnansky cuando vincula la supuesta hostilidad del clima con la caída de esa civilización).

En esa refutación "científica", Imbelloni apela constantemente a la ironía, señalando, por ejemplo, que las tesis de este autor buscan aislar a Tiahuanaco "con la finalidad de ubicar en él una actividad humana hiperbólicamente excelsa y remota", y que por ende son como "esos espejitos que emplean los cazadores para encandilar a las alondras con los rayos del sol".[61] Además, Imbelloni reconoce con preocupación que "para ciertos temperamentos, nuestra *mise au point* representa un delito contra la belleza", propio de un ataque "a la geología emocional" de Posnansky, afín en definitiva a las elucubraciones de la teosofía y de "las novelas científico-fantásticas".[62] Consciente sin embargo del éxito de su contrincante entre los lectores masificados, advierte que

> […] la ola de afectividad suscitada por la atrevida afirmación de Posnansky ha sacudido hondamente a las masas y también a las personas cultas, de tal modo que los trece milenarios de Tiahuanaco constituyen hoy para el público un artículo de fe, y hasta –lo que es peor– un hecho que se supone comprobado "mediante exactas indagaciones astronómicas".[63]

[58] José Imbelloni, "Tiahuanaco. Crítica de la cronología hiperbólica", *La Prensa*, 7 de marzo de 1926, p. 7
[59] José Imbelloni, *La esfinge indiana*, Buenos Aires, El Ateneo, 1926. Las críticas sobre la orientación del templo las publicó en "Orientación del Palacio de Justicia (Kalasasaya)", *La Prensa*, 11 de abril de 1926.
[60] En este texto, Imbelloni acumula argumentos contra Posnansky, formulados por especialistas de la Universidad Nacional del Litoral, a la cual el propio Imbelloni se halla vinculado. Por ejemplo, para refutar la idea del mar en Titicaca, y de los cataclismos que interrumpen la cultura de Tiahuanaco, se apoya en los análisis del geógrafo físico y paleontólogo Joaquín Frenguelli, y del geólogo Franz Kühn, ambos profesores de la misma institución. Otro docente de la UNL, el Dr. Pinsdorf (astrónomo con experiencia previa en los observatorios de Boon y de Gotinga), le permite poner en evidencia la falsedad de los cálculos astronómicos de Posnansky.
[61] Imbelloni, *La esfinge indiana*, pp. 58 y 45 respectivamente.
[62] *Ibid.*, pp. 51 y 71, respectivamente.
[63] *Ibid*., p. 59.

Sumido en una cruzada de largo aliento, Imbelloni no se cansa de advertir que tanto las cronologías hiperbólicas como las analogías con otras grandes civilizaciones abundan todavía, lamentablemente, entre "el público de los *dilettanti* y semidoctos, los que forman la casi totalidad" del lectorado, e identifica la perspectiva de Posnansky como representativa de las elucubraciones fabulosas que abundan "en la enmarañada floresta del americanismo". [64]

Además, en contraste con la espera de un renacimiento kolla, esbozado por Posnansky, Imbelloni diagnostica reiteradamente el carácter residual de toda la población indígena, condenada a la extinción. Así, por ejemplo, en "La formación racial argentina", cuando responde a una consulta explícita de parte del gobierno nacional, sobre la delicada cuestión del poblamiento del país, además de aconsejar que solo se promueva la inmigración europea de latinos católicos (para no poner en riesgo la identidad nacional), descalifica a los indígenas como fuerza de trabajo en el presente (ya que los araucanos son "fragmentos dispersos y profundamente degenerados por amixia de un viejo núcleo central, de los que ya no es posible esperar nada, y los coyas del Noroeste [son] algo menos ralos pero igualmente envejecidos como raza y cultura").[65]

Revisando la correspondencia entre Posnansky y Quesada a la luz de esta polémica, se hace evidente que, por un lado, el austríaco tiene dificultades para medir el prestigio simbólico ascendente de Imbelloni en el campo intelectual argentino. Así, por ejemplo, el 29 de marzo de 1926, Posnansky le advierte a Quesada que acaba de leer una nota muy mala "de un señor Imbelloni" publicada recientemente en *La Prensa* de Buenos Aires, en la cual se hacen "apreciaciones erróneas sobre el clima de Tiahuanaco y otros aspectos de este mismo asunto";[66] Posnansky cree que "aun cuando era mi intención contestar de inmediato, he comprendido que no valía la pena", derivando esa misión en un discípulo suyo.

Esa carta dispara inmediatamente la preocupación de Quesada, que advierte la dificultad de Posnansky para evaluar con justeza, desde Bolivia, la importancia de Imbelloni. Es probable que en esa preocupación también esté en juego la necesidad de Quesada de defender su propio prestigio simbólico, dada su difusión de la obra de Posnansky a través tanto de sus clases universitarias y conferencias como de los artículos periodísticos de su esposa. Además, como vimos, al convite personal de Posnansky (consagrado por la conferencia dada en La Paz y su edición en la Argentina) se suma la cercanía velada entre el pronóstico "spengleriano" de Quesada sobre un nuevo ciclo cultural de base indígena, y el anuncio "prespengleriano" de Posnansky sobre el renacimiento kolla.

En la carta del 5 de abril de 1926, el argentino le recuerda a Posnansky que Imbelloni, "a pesar de ser el director de sección en el Museo de esta capital [se refiere al Museo Etnográfico de Buenos Aires], es evidente que escribe sin haber estado *in situ*, de modo que resulta un galimatías" que requiere una intervención seria y en primera persona. El tema reaparece en la carta del 21 de abril de ese año, cuando Quesada le subraya que Imbelloni es una figura importante en la Argentina, por lo que "no conviene quizá dejar sin rectificar sus aseveraciones", incluso porque Imbelloni desacredita a Posnansky ya no solo en la prensa de masas sino tam-

[64] *Ibid.*, pp. 221 y 163, respectivamente.
[65] José Imbelloni, "La formación racial argentina", en AA.VV., *Argentina en marcha*, Buenos Aires, Comisión Nacional de Cooperación Intelectual, 1947, p. 288.
[66] Puede referirse a "Cinco misterios convencionales de Tiahuanaco", publicado en *La Prensa* el 11 de febrero de 1926, o a "Tiahuanaco. Crítica de la cronología hiperbólica", en el mismo diario el 7 de marzo de 1926.

bién en las "publicaciones savantes" (según la expresión entrecomillada con ironía por el propio Quesada). De hecho, le advierte que "sé muy bien que Ud. no se preocupa mayormente por afirmaciones que considera ser diletantismo de simples aficionados, pero en este caso, la posición del autor en el Museo y el carácter que, por ello, revisten sus publicaciones en el mundo intelectual, quizá lo induzcan a Ud. a no dejar pasar en silencio aquellas críticas".

A partir de allí, ambos traman una estrategia editorial para desarticular el ataque de Imbelloni. El 29 de abril de ese año, Posnansky le manda un telegrama urgente a Quesada, pidiéndole que gestione un espacio editorial en *La Nación* del domingo; el 3 de mayo siguiente Quesada le responde, explicándole que sus gestiones frente a *La Nación* aun no dieron resultado (lo que interpreta como falta de buena voluntad por parte del diario), pero que dispone de un espacio dominical en *La Prensa*, para refutarlo en el mismo medio en el que se inició la polémica. Posnansky publica entonces allí su respuesta en dos partes, el 13 y el 20 de junio, recibiendo el elogio de parte de Quesada por el contenido y el tono de esa intervención, ya que "lo cortés no quita lo valiente" (según declara en una carta del 14 de junio de ese año). El 26 de junio Quesada le avisa a Posnansky que Imbelloni le ha respondido el viernes anterior, con un artículo en *La Nación* que no es más que "una simple carta con chistes". Y el 9 de agosto Quesada le insiste a Posnansky que intervenga replicándole rápido, dada la atención pública volcada sobre Imbelloni a partir de la reciente edición de *La esfinge indiana*. Posnansky responde el 13 de agosto comentándole que para refutar a Imbelloni está preparando un "librito" que planea titular *Y así habla la esfinge indiana o Los secretos de Tiahuanacu.* Como parte de esa respuesta polémica, Posnansky edita en *La República* de La Paz, el 12 de septiembre, el artículo "José Imbelloni a través de su *La esfinge indiana*". Allí, invirtiendo la dirección de la crítica de Imbelloni al carácter *amateur* de Posnansky, argumenta que *La esfinge indiana* impacta pero está "inflado", y "demuestra con cierta atrevida arrogancia que [Imbelloni] es lingüista, astrónomo, geólogo, paleontólogo, arqueólogo, antropólogo, zoólogo, filólogo y especialista en las demás ciencias conquistadas por la humanidad". Según consta en la carta del 21 de septiembre, Posnansky le envía a Quesada seis ejemplares de ese artículo para que sean distribuidos "entre americanistas notables argentinos", a fin de debilitar a Imbelloni en su propio medio. Pero entonces la respuesta de Quesada no se hace esperar, incluyendo una seria amonestación por el tono virulento de ese contraataque. En efecto, el 23 de septiembre Quesada le dice que leyó el artículo sobre Imbelloni editado en *La República*, y que "es muy fuerte". Y agrega: "Dígame: ¿cree Ud. necesario emplear esa violencia de lenguaje para convencer? No se olvide del dicho clásico: *suaviter in modo, fortiter in re.* Lo cortés no quita lo valiente".[67] Poco después, el 6 de octubre, Posnansky le responde a Quesada que no ha podido ser "*suaviter* […] en lo que se relaciona a *la paliza fuerte* a Imbelloni" (cursivas mías), porque se merece que le paguen con la misma moneda.

[67] En carta del 5 de octubre Quesada le dice a Posnansky que decidió enviarle los seis folletos, con la respuesta pública a Imbelloni, a las siguientes figuras: Arturo Capdevila (a quien le envía el ejemplar dedicado por Posnansky), Martín Doello Jurado (por entonces, director del Museo de Historia Natural de Buenos Aires), Clemente Ricci (decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA), Luis Mitre (director de *La Nación*), José de Eizaguirre (director de *La Prensa*) y Ángel Sojo (director de *La Razón*). Además, le avisa que no ha podido mandarles ejemplares a Salvador Debenedetti (director del Museo Etnográfico), porque ha viajado al Congreso de Americanistas de Roma, ni a Rómulo Carbia (director de la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA) ni a Ricardo Rojas (rector de la UBA), a quienes aconseja mandar ejemplares con dedicatoria personal.

Algunas consideraciones finales

El impacto de las publicaciones de Posnansky se vuelve palpable en el modo en que sus obras gravitan en las aulas universitarias y en los ensayos de Quesada, así como también en el establecimiento de un sólido vínculo intelectual entre ambos. También la virulencia del combate público con Imbelloni da cuenta, indirectamente, del éxito de las hipótesis osadas de Posnansky en el lectorado masivo.

La revisión de la correspondencia entre Quesada y Posnansky deja entrever cómo algunos arqueólogos latinoamericanos imaginan formar parte de una amplia red de colaboraciones e influencias cruzadas, en la cual su *métier* resulta clave para llenar vacíos de conocimiento y corregir pronósticos formulados por teóricos centrales.

Al desplazarse desde la sociología hacia la arqueología, para incorporar a esta última bajo el ala de la primera en el marco de una definición amplia del americanismo, Quesada se pliega a la legitimidad ya consolidada de Posnansky, e incluso asume una posición discipular (como recién venido al mundo de la arqueología), a pesar del prestigio intelectual que emana de su larga trayectoria académica. Aunque *a priori* la tendencia a la formulación de una arqueología "hiperbólica" parece contradecir la expectativa de especialización defendida por Quesada para esa sociología americanista, su lazo intelectual con Posnansky le permite al argentino consolidarse como mediador frente a Spengler, ganando fuerza en su cruzada para que el alemán modifique su pronóstico sobre el nuevo ciclo cultural. Es probable que el argentino haya encontrado una compatibilidad de fondo entre las hipótesis previas de Posnansky (sobre el letargo y el potencial renacimiento kolla), y las posteriores de Spengler sobre los ciclos culturales, para impulsar así indirectamente un americanismo que excede los límites del campo arqueológico, plegándose a la legitimación del continente heredada del reformismo universitario. Además, para Quesada la obra de Posnansky parece ser fundamental para impulsar un americanismo sensible al sustrato indígena, lo cual resulta clave en un contexto como el argentino, indiferente –o incluso hostil– con respecto al indigenismo. El reformismo social de Quesada y la ausencia de componentes racialistas en su discurso evidencian que la alianza estratégica con Posnansky implica el ejercicio de una tracción en favor de un americanismo no solo más amplio que el arqueológico, sino también más progresista.

Por su parte, Imbelloni acusa a Posnansky de ser incapaz de producir un conocimiento basado en análisis empíricos, y esa desmitificación "cientificista" también alcanza indirectamente a los discursos de americanistas como Quesada, que se pliegan al potencial legitimador de esa arqueología "mítica".

Si desde el punto de vista epistemológico tanto Posnansky como Imbelloni se inscriben en el marco de un difusionismo compartido por la antropología de la época, en términos ideológicos ambos adscriben a posiciones políticas de derecha, aunque contrastan en el pronóstico de un renacimiento indígena, impensable desde la perspectiva de Imbelloni (y que Posnansky parece concebir al integrar el mesianismo andino con la noción de "ciclos culturales", difundida en parte de la filosofía de la historia europea, desde Vico hasta Spengler).

A pesar de estas diferencias, que dibujan alianzas y confrontaciones dinámicas, para los tres autores aquí considerados la reivindicación de lo indígena se limita al legado arqueológico y/o a un eventual renacimiento futuro, sin implicar el reconocimiento de la vitalidad social, cultural o política de los sujetos indígenas en el presente. Aun con diferencias, estos autores convergen en legitimar solo el prestigio prehispánico de lo indígena (y solo del mundo andino,

en desmedro de otras áreas culturales como la Patagonia o el Gran Chaco), devolviendo así, por contraste o por omisión, una imagen degradada de las culturas indígenas contemporáneas.

Por último, contemplado el problema aquí estudiado desde una perspectiva más amplia, el estudio del vínculo entre Quesada y Posnansky deja entrever la importancia de las alianzas estratégicas para consolidar el americanismo como proyecto de legitimación continental, y vuelve palpables las dificultades con las que se topa ese proyecto en contextos como el argentino, reacios al reconocimiento del sustrato indígena –y de la dimensión americanista– como constitutivos de la identidad nacional.

En última instancia, desde el punto de vista teórico-metodológico, la recreación –aun en fragmentos– de este juego de voces y de ideas vuelve evidente la importancia de considerar tanto los vínculos de sociabilidad como los discursos de las figuras estudiadas, cruzando constantemente ambas dimensiones, para repensar con mayor precisión los debates identitarios de los años veinte y, en términos más amplios, toda la compleja historia intelectual del siglo XX en América Latina. □

Bibliografía

Angenot, Marc, *El discurso social*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.

Carrizo, Sergio, "José Imbelloni, entre la antropología y la historia", tesina de grado, Facultad de Filosofía y Letras, UNT, 2000.

Fernández Pozo, Guillermo, "Formas de resistencia indígena en el mundo andino: el mito del 'Inkarri', el mesianismo andino en las rebeliones del siglo XVIII y su proyección al siglo XX", *Naveg@mérica*, Asociación Española de Americanistas, n° 16, 2016, pp. 2-27.

Fígali, Leonardo, "Origen y desarrollo de la antropología en la Argentina", *Anuario de estudios de antropología social*, Buenos Aires, IDES, 2004, pp. 67-83.

Flores Galindo, Alberto, *Buscando un Inca*, Lima, Horizonte, 1988.

Laurière, Christine, "La Société des Américanistes de Paris", *Journal de la Société des américanistes*, vol. 95, n° 2, 2009, pp. 93-115.

Mailhe, Alejandra, "El impacto de *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler en los indigenismos latinoamericanos: el caso de Ernesto Quesada", en Lena Dávila y Patricia Arenas (eds.), *El americanismo germano en la antropología argentina*, Buenos Aires, CICCUS/CLACSO, 2020, pp. 390-425.

——, "La colección 'Humanior' y la formación de un lectorado americanista", *Prismas*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, n° 22, 2018, pp. 73-93.

Pierrot, Jean, *L'imaginaire décadent (1880-1900)*, París, Presses universitaires de France, 1977.

Schávelzon, Daniel, "La arqueología como ciencia o como ficción: Arthur Posnansky en Tiahuanaco", en *Todo es historia*, n° 309, abril de 1993, pp.32-49.

Stefanoni, Pablo, *Los inconformistas del Centenario*, La Paz, Plural, 2015.

Wahren, Cecilia, *Encarnaciones de lo autóctono*, Buenos Aires, Teseo, 2017.

Resumen / Abstract

Una arqueología hiperbólica para el americanismo. Reflexiones a partir del vínculo entre Arthur Posnansky y Ernesto Quesada

Este trabajo analiza la relación de colaboración intelectual que se establece entre el arqueólogo Arthur Posnansky –abocado a la interpretación del legado arqueológico de Tiahuanaco– y el sociólogo argentino Ernesto Quesada. Ambos mantienen una fluida correspondencia en los años veinte, la cual deja entrever la centralidad de la arqueología precolombina –y la importancia de los lazos de solidaridad transnacional– para la consolidación del americanismo. En particular, me interesa indagar en torno a las consecuencias que entraña la difusión en Argentina de las hipótesis osadas de Posnansky, duramente combatidas por la arqueología "científica" de José Imbelloni. Para ello, quisiera explorar el papel que juega Posnansky en la recepción crítica de *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler por parte de Quesada. En última instancia, me interesa iluminar las intersecciones entre el "americanismo" *stricto sensu* (centrado en la arqueología) y otros discursos sociales (como los ensayos de interpretación) que se perciben como parte de un "americanismo" de más largo alcance, inspirado en la búsqueda de una unidad identitaria continental.

Palabras clave: Arthur Posnansky – Ernesto Quesada – Americanismo – América Latina

A Hyperbolic Archaeology for Americanism. Reflections upon the link between Arthur Posnansky and Ernesto Quesada

This paper analyzes the relationship of intellectual collaboration established between the archaeologist Arthur Posnansky –who was focused on the interpretation of the archaeological legacy of Tiahuanaco– and the Argentine sociologist Ernesto Quesada. In the 1920s, both engaged in a fluid correspondence that hints at the centrality of pre-Columbian archaeology –and the importance of transnational solidarity ties– for the consolidation of Americanism. In particular, I am interested in investigating the consequences of the dissemination in Argentina of Posnansky's daring hypotheses, which were harshly opposed by the "scientific" archaeology of José Imbelloni. To this end, I would like to explore the role played by Posnansky in Quesada's critical reception of Oswald Spengler's *The Decline of the West*. Ultimately, I am interested in illuminating the intersections between "Americanism" *stricto sensu* (centered on archaeology) and other social discourses (such as interpretive essays) that are perceived as part of a more far-reaching "Americanism" inspired by the search for a unified continental identity.

Keywords: Arthur Posnansky – Ernesto Quesada – Americanism – Latin America

Fecha de recepción del original: 25/8/2021
Fecha de aceptación del original: 6/11/2021

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1197>

En la capital del país de las vacas

Desplazamientos materiales y simbólicos de la vida animal en la Buenos Aires de entresiglos (1871-1910)

Leandro Ezequiel Simari*

Universidad de Buenos Aires / CONICET

Existe en los estudios sobre la historia política, social y cultural de Buenos Aires un consenso generalizado que sitúa entre las décadas finales del siglo XIX y el comienzo del siglo XX una serie amplia y diversa de transformaciones vitales para su consolidación como metrópoli moderna. En gran parte orientada por la doctrina del higienismo, toda una veta dentro de ese proceso condensó estrategias para desactivar el ciclo epidémico que la ciudad venía conociendo desde mediados de siglo y, a la vez, ofrecer respuestas integrales a otros desafíos importados al Río de la Plata con el acelerado crecimiento demográfico y la complejización de la trama social.[1] En ese sentido, la renovación de la infraestructura de la ciudad, la expansión y modernización de su red de transportes y servicios y la disposición de una batería de nuevas instituciones y políticas centradas en normativizar y supervisar la higiene pública y privada constituyeron inicialmente mecanismos pergeñados para evitar que Buenos Aires se convirtiera en una ciudad insalubre e inhabitable. Alcanzado su objetivo primordial, sin embargo, algunos de esos mismos medios habilitarían la vigilancia y el disciplinamiento sobre los estratos populares,[2] la imposición de normas físicas y morales para los obreros, que debían aportar su fuerza de trabajo a un aparato productivo en vías de desarrollo,[3] y un modo de atacar aquello que Gabriela Nouzeilles resumió como "el problema de cómo fabricar ciudadanos" a partir de una masa humana desde todo punto de vista heterogénea.[4] Dentro del mismo período, la federalización de Buenos Aires, en 1880, delinearía los primeros trazos de otro parteaguas histórico, que se completaría con la anexión, en 1887, de Flores y Belgrano, hasta entonces en la órbita administrativa del estado provincial.[5] Así,

* <simarileandro@gmail.com>. <https://orcid.org/0000-0002-2987-2043>.

[1] Véase Diego Armus, "El descubrimiento de la enfermedad como problema social", en M. Lobato (dir.), *Nueva historia argentina. Tomo V: El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000; y Maximiliano Fiquepron, *Morir en las grandes pestes: Las epidemias de cólera y fiebre amarilla en la Buenos Aires del siglo XIX*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2020.

[2] Véase Juan Suriano, "Introducción: una aproximación a la definición de la cuestión social en Argentina", en J. Suriano (comp.), *La cuestión social en Argentina 1870-1943*, Buenos Aires, La Colmena, 2000.

[3] Hugo Vezzetti, *La locura en Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 1985, p. 12.

[4] Gabriela Nouzeilles, *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2000, p. 12.

[5] A propósito de esta materia, véase Hilda Sabato, *Buenos Aires en Armas. La revolución de 1880*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

Prismas, Revista de historia intelectual, Nº 26, 2022, pp. 69-89
DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1256

la ciudad transitaba una redefinición política, geográfica y jurisdiccional perdurable y decisiva, primer eslabón en la cadena de transformaciones relativas a la organización territorial, la cultura urbana, la sociabilidad popular y las políticas públicas que signarían "la emergencia de un espacio público metropolitano" en suelo porteño.[6] De hecho, en un sentido amplio, los modos de idear, utilizar y decodificar el espacio urbano estuvieron en el centro de los programas y debates que impulsarían el salto hacia la modernidad que Buenos Aires emprendió en los años de entresiglos. Monumentos, pulmones verdes, exposiciones, circuitos recreativos entrelazarían una funcionalidad higiénica, pedagógica y estética con la aspiración programática de convertirse en sí mismos en significantes materiales del progreso, indicios concretos de la exitosa marcha de Buenos Aires hacia su ansiada condición de metrópoli moderna.[7] De este modo, la ciudad inauguraba escenarios donde los ciudadanos podían mirar y ser mirados, donde se asentaban y ejercitaban los nuevos valores urbanos y donde, de manera solapada, los cuerpos y las conductas se adaptaban a nuevos modos de estar y transcurrir por el terreno de lo público incluso en los momentos de ocio.

Si atravesar el umbral de la modernidad significó para Buenos Aires ingresar en una transición vertiginosa y despareja que diluiría la impronta y las prácticas culturales asociadas a su condición de gran aldea hasta alumbrar un artefacto urbano análogo en experiencias, paisajes y servicios a las grandes metrópolis de Europa y los Estados Unidos, hay todavía otro elemento que anexar y estudiar en el marco de las transformaciones de orden diverso ya mencionadas: la reformulación de los lugares que los animales ocuparían, de ahí en más, en la geografía de la ciudad, en su praxis cotidiana, en su cultura, en la vida de sus habitantes. Hasta el último cuarto del siglo XIX, las calles de Buenos Aires habían sido recorridas a diario por una multiplicidad de vivientes subsumidos en la categoría de *animal doméstico*, integrados en una fauna urbana de la que formaban parte, sin mayores fronteras interiores –simbólicas, ontológicas o geográficas–, vacas, bueyes, caballos, ovejas, cerdos, mulas, perros y gatos, y en la que se entremezclaban –con valoraciones contrapuestas por parte de la población humana– pájaros y alimañas. Antes de 1871, los esporádicos intentos de ejercer, en nombre de la higiene y la organización espacial de la ciudad, una regulación estricta sobre esa masa biológica dispar obtuvieron resultados magros y fracasos repetidos. Pero, a partir del umbral histórico que significó la epidemia de fiebre amarilla, un conjunto de políticas públicas moldeó nuevas lógicas espaciales, mecanismos institucionales y matrices discursivas que asumieron la presencia de los animales como un obstáculo para el progreso material de la ciudad y una amenaza para la salud de sus habitantes. En su avance y paulatina consolidación, se comenzaría a discernir en la fauna urbana subconjuntos claramente diferenciados, sometiéndola, así, a una descomposición gradual, que se fue volviendo más nítida con el correr de las décadas y que ya no se detendría.

Del mismo modo que, de acuerdo con Chris Philo, venía ocurriendo en Londres y otras grandes metrópolis de Europa y los Estados Unidos, Buenos Aires activó hacia el último cuarto del siglo XIX un proceso que acabaría por distribuir lo que hasta entonces constituía un bloque relativamente indiferenciado de vivientes en un "contínuum de inclusión y exclusión", sobre

[6] Adrián Gorelik, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2016, p. 14.
[7] Véase Beatriz González Stephan y Jens Andermann (eds.), *Galerías del progreso. Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2006.

cuya definición no solo incidirían criterios higiénicos.[8] Mientras que, por un lado, perros y gatos serían identificados como mascotas y, en consecuencia, valorados como "un elemento del mundo urbano", por otro, los animales de producción empezarían a ser asociados con el "mundo rural" y, por lo tanto, a ser considerados cada vez más como un componente ajeno a las lógicas, costumbres y estéticas propias de la ciudad.[9] No obstante, si la suerte de los dos conjuntos de vivientes que emergían del resquebrajamiento interno de la fauna urbana porteña se bifurcaba, sus respectivos caminos eran paralelos y confluían en un destino final común, coincidente con lo que John Berger distingue como otro atributo propio de las metrópolis modernas: la "marginación física" de los animales del espacio urbano, su gradual y definitivo desvanecimiento en el paisaje público de la ciudad y en las experiencias cotidianas de sus habitantes. Por un lado, la tipificación de los perros y gatos como animales urbanos quedaría asociada a criterios decorativos, a una progresiva sentimentalización en la relación con sus dueños y a un repliegue correlativo hacia lo íntimo, lo privado, donde su naturaleza animal comenzaría a distorsionarse, atrapada en las redes de la dominación, la dependencia, el afecto.[10] Por otro lado, a través de la incipiente industrialización y tecnificación de la vida urbana que la modernidad traía consigo, Buenos Aires alimentaba las expectativas de concretar su ideal higiénico: sustituir con tecnología la dependencia de la fuerza animal, compartimentar la explotación económica de los animales de producción, invisibilizar sus efectos sobre las condiciones del escenario urbano o, en el mejor de los casos, desplazarlos hacia los límites de la ciudad e incluso más allá. El lazo entre el ser vivo que estaba en el inicio de la cadena y el producto elaborado que se obtenía de ella quedaba entonces diluido; alejado del contacto cotidiano con los habitantes de la ciudad, el ganado pasaba a ser procesado en recintos industriales cerrados "como cualquier otro producto manufacturado".[11]

Lejos de ser constante y lineal, el proceso de marginación de los animales compartió los contratiempos y sinuosidades característicos del resto de las transformaciones modernizadoras con las que se anudó estrechamente. Así las cosas, cada familia animal que integraba la fauna urbana transitó ese paulatino retroceso de su presencia en la ciudad a partir de temporalidades y experiencias diferenciales. A contramano de las advertencias higienistas, de las innovaciones tecnológicas ya concretadas y de las imaginaciones técnicas disparadas por otras incipientes, la presencia equina en Buenos Aires, por ejemplo, perduró hasta mucho después de la Gran Guerra, y solo entró en franco retroceso a partir del segundo cuarto del siglo, con la masificación de los automóviles.[12] La vida canina, por su parte, precipitaría una compartimentación según los criterios superpuestos del afecto, el valor simbólico y la higiene, consolidando las dos modalidades de existencia –tolerada o prescripta– del perro como animal urbano: por un lado, la existencia precaria, pero protegida, como mascota, recluida en la esfera privada; por el

[8] "It might be appropriate here to think of a continuum between inclusion and exclusión", Chris Philo, "Animals, Geography, and the City: Notes on Inclusions and Exclusions", en *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 13, 1995, p. 677.
[9] "Some animals (cats and dogs) have been turned into pets valued as an element of the urban world whereas other animals (cows, sheep, and pigs) have become matter that should be expelled to the rural world", *ibid.*, p. 666.
[10] A propósito de los procesos que consolidaron la noción de *mascota*, aderezándola con sentimentalismo y circunscribiéndola al ámbito privado, véase Yi-Fu Tuan, *Dominance and Affection. The Making of Pets*, Nueva York, Yale University Press, 2004.
[11] John Berger, "¿Por qué miramos a los animales?", en J. Berger, *Mirar*, Barcelona, Gustavo Gili, 2013, p. 18.
[12] Roy Hora constata esos datos en su *Historia del turf argentino*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.

otro, la existencia como plaga, pura vida nociva y descartable, menos homologable a la de sus congéneres domésticos que a la de ratones y ratas. Sin embargo, en la coyuntura trazada, probablemente ningún otro animal haya sido objeto de proyectos, prácticas y representaciones de orden tan diverso como lo fue la vaca. En torno a su cuerpo, su carne y su figura, los derroteros productivos de una Argentina en pleno proceso de inserción en el sistema económico mundial y la renovación estructural del régimen urbano porteño superpondrían un entramado de valores y apropiaciones que alternarían entre la complementariedad, la paradoja y la franca tensión.

De la sobreabundancia de su faceta como bien exportable en el mercado internacional a la carestía y la dudosa calidad de sus productos derivados en el mercado interno; de las expectativas de modernidad, prosperidad, desarrollo industrial a los escenarios de insalubridad, atraso, barbarie que se levantaron a su alrededor: durante las décadas de entresiglos, a través de un dilatado despliegue de temas y tonos, la figura de la vaca se vio reposicionada en imágenes, documentos oficiales y páginas de la prensa periódica precisamente cuando su presencia material en el paisaje y la vida cotidiana de Buenos Aires comenzaba a retraerse.

Primera paradoja en la capital del país de las vacas: la industria láctea se expande, el animal desaparece

Para el cambio de centuria, según una mirada generalizada que el semanario más popular de su capital se encargaría de sintetizar, la Argentina se había convertido en "el país de las vacas".[13] Si bien la mansa presencia bovina había abundado históricamente en la campaña circundante a la ciudad, la rotundidad de tal afirmación establecía un correlato directo con los rumbos que la economía venía adoptando desde hacía veinte años atrás. De acuerdo con Roberto Cortés Conde, el decenio de 1880 estuvo signado por "el fuerte aumento de las existencias vacunas"[14] en contraste con el lento declive de las ovinas, un fenómeno de alcance nacional traccionado por la expansión de la red ferroviaria y la disponibilidad de nuevas tierras generada por la Conquista del Desierto. Veinte años más tarde, la escena portuaria de Buenos Aires se animaba por el incremento en la exportación de ganado en pie, la industria láctea superaba su etapa embrionaria de tecnificación y la pronta expansión del frigorífico en la margen opuesta del Riachuelo sumaba la carne congelada, especialmente la vacuna, como otro de los valores a posicionar en el mercado internacional. La vaca, que había nutrido y visto palidecer expectativas de prosperidad con la exportación del cuero y la salazón de carne, experimentaba un reposicionamiento como fuente primordial de la riqueza argentina. Las mejores opciones de inserción económica en el mundo parecían cifrarse, de nuevo, en el mismo cuerpo animal que proveía la base de la dieta de los porteños.

Evidentemente indisociable del capital económico que se acopiaba en su circulación como mercancía y su explotación como materia prima, la sentencia que enunciaba *Caras y Caretas* se correspondía también con una veta cada vez más asidua en torno a los modos de explotación y los medios de circulación de la vaca en cuanto signo animal. A través de diversas

[13] "La cuestión de la carne. Entre matarifes y carniceros, en *Caras y Caretas*, n° 129, 23 de marzo de 1901, p. 29.
[14] Roberto Cortés Conde, "Tierras, Agricultura y Ganadería", en G. Ferrari y E. Gallo (eds.), *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980, p. 379.

matrices textuales y soportes visuales, la cultura porteña se empeñaba en afianzar una relación figurativa estrecha que conectaba *vaca* y *país*, *vaca* y *nación*, diseñando a partir del cuerpo animal lo que, en términos de Nicole Shukin, podría denominarse un "signo fetichizado de la nación".[15] La categorización de la Argentina como *país de las vacas* ilustraba una intercepción entre los movimientos de la economía y las inscripciones culturales correlativas, un punto de confluencia en el que el ganado bovino devenía, a la vez, recurso material y simbólico, una forma de vida animal en la que los sentidos literales se entrelazaban con los figurativos y las "lógicas culturales" se superponían con "logísticas materiales", haciendo de ella –en cuanto viviente, cuerpo, ícono, signo– una "forma del capital"[16] de doble extracción: capital económico que tributaba sus beneficios al país, capital simbólico, que lo aludía, distinguía, identificaba.[17] En ese sentido, si para Shukin la noción de "capital animal"[18] permite decodificar significaciones entramadas en los recorridos simultáneos que trazan la circulación semiótica del *signo animal* y el tráfico carnal de la *sustancia animal*, los desplazamientos de la vaca por la geografía y la cultura de la Buenos Aires de entresiglos pueden pensarse, a través de esa categoría, como parte de un mismo derrotero, en el cual se integraron, contrapusieron y mixturaron elementos pertenecientes a dos órdenes de realidad heterogéneos –el de lo simbólico y el de lo material– y a dos economías de sentido diferentes –la de lo figurado y la de lo literal–.[19]

Que la entonación del epíteto en cuestión sea en el artículo de *Caras y Caretas* nítidamente paradojal ya insinúa un síntoma de los avatares tortuosos que, a pesar de todo, podía afrontar el capital animal bovino en su período de doble expansión. El tema del texto en cuestión son los conflictos entre matarifes y carniceros; su incrédula constatación, la carestía de la carne vacuna en la capital y principal puerto exportador de una nación signada económica y culturalmente por la sobreabundancia de esa clase de ganado. No obstante, el reparto desigual no mermaba ni restringía su potencial simbólico, como tampoco lo hacía el hecho de que en Buenos Aires, epicentro de las prácticas discursivas y figurativas que harían de la vaca el "animal fetiche de la nación",[20] todo el intricado proceso sumara una nota adicional de complejidad por su convivencia con las políticas municipales de inspiración higienista que pretendían limitar la presencia de materia orgánica de origen animal dentro del trazado urbano. Ni su densidad simbólica ni el auge de su explotación productiva ponían a los bovinos al margen de la mirada inquisidora que detectaba en el cuerpo animal una amenaza para la higiene y la salubridad.

Luego de 1871, con los saladeros expulsados del ámbito de la ciudad, la diagnosis higienista que había penetrado en la administración municipal localizaría la peligrosidad de los usos productivos de la vaca en dos escenarios principales: el tambo y el matadero público. Ambos establecimientos se aunaban bajo la condena compartida de ser focos generadores de olores desagradables, indicios de una acumulación infecciosa de materia animal. A la vez, se diferen-

[15] Nicole Shukin, "A fetishized sign of the nation", en N. Shukin, *Animal Capital. Rendering Life in Bipolitical Times*, Mineápolis, University of Minnesota Press, 2009, p. 3.
[16] "I seek to historicize the specific cultural logics and material logistics that have produced animals as ´forms of capital˜", *ibid*., p. 7.
[17] Como la misma Shukin (*ibid.*, p. 7) explicita, su conceptualización es deudora de las teorías que Pierre Bourdieu expone en el capítulo "Las formas del capital", en *Poder, derecho y clases sociales*. Véase Pierre Bourdieu, "Las formas del capital", en *Poder, derecho y clases sociales*, Bilbao, Desclée De Brouwer, 2001, pp. 131-164.
[18] Shukin, *Animal Capital*, p. 16.
[19] *Ibid.,* p. 15.
[20] "The nation's animal fetish", en *ibid*., p. 5.

ciaban por su distribución desigual en el plano urbano, por el impacto –más o menos contundente o errático– que los avances de la técnica obtenían en sus respectivos ámbitos productivos y por los alcances que en unos y otros registraban las acciones regulatorias y los proyectos de reforma estatales.

Históricamente, la ubicación de los mataderos públicos fue apuntada como uno de los mayores puntos ciegos de la ciudad en materia de higiene. Al momento de estallar la epidemia de fiebre amarilla de 1871, a pesar de las severas invectivas de las que solían ser objeto, dos de los cuatro que había sabido tener Buenos Aires funcionaban todavía en su emplazamiento tradicional: el del norte, que sería clausurado definitivamente en 1872, y el del sur, que venía postergando su relocalización desde la década anterior. Para la ciudad moderna y habitable que comenzaría a moldearse bajo las premisas higienistas, concretar ese proyecto aplazado significaba distanciar los corrales de la franja territorial más densamente poblada, reposicionándolos en los límites provisorios de una Buenos Aires en crecimiento, aspirando a cumplir, así, la función que, según Giorgi, los define como institución pública: "poner a distancia lo animal de lo humano y la vida de la muerte: […] aislar la vida eliminable, consumible, de la vida protegida".[21] Entre 1873 y el cambio de siglo, las nuevas instalaciones se asentaron en el barrio de San Cristóbal, pero su vida útil fue breve. En 1900, la expansión demográfica volvería a exigir una nueva mudanza; el destino sería ahora Liniers, donde un edifico más amplio y sólido renovaría expectativas que no tardarían en palidecer.

A diferencia de los mataderos y el resto de los rubros productivos incluidos en la nómina de actividades insalubres, los tambos tenían una buena razón para permanecer en las inmediaciones del núcleo urbano: proveían a Buenos Aires de una sustancia alimenticia primordial, "sin cuyo auxilio no puede pasar la población, especialmente los niños y enfermos",[22] pero que no resistía el traslado desde grandes o medianas distancias por falta de procesos químicos y medios técnicos de refrigeración que garantizaran su conservación óptima. Nada de lo cual atemperaba, de todos modos, el disgusto de las autoridades sanitarias y los vecinos de la ciudad por las emanaciones pestilentes y los desechos abundantes que circundaban a este tipo de locales. Ante la imposibilidad de tomar medidas más drásticas, la respuesta oficial adoptó la forma de una vigilancia constante, tan estricta como lo permitía la necesidad primordial de no entorpecer el abasto de leche. De ahí que, en 1883, los tambos se convirtieran en destinatarios exclusivos de un estricto reglamento que procuraba suplir su exclusión imposible de la franja territorial más densamente poblada con una serie de condicionamientos para regular los terrenos en que debían situarse y la infraestructura que debían respetar.[23]

Aunque informes municipales posteriores insistirían en que el cumplimiento de las disposiciones reglamentarias era más bien parcial, la frecuente clausura de tambos insalubres registrada por esos mismos documentos sugiere que las autoridades no claudicaron del todo ante la difícil tarea de hacer equilibrio entre la obligación de proteger la higiene y las exigencias del consumo interno de leche. Por otra parte, la inspección del producto que se obtenía en los tambos ubicados dentro de la ciudad o en sus terrenos inmediatamente aledaños no solo parece haber sido estricta y sostenida, sino además haberse intensificado con el correr de los años.

[21] Gabriel Giorgi, *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2014, p. 131.
[22] *Memoria de la Intendencia Municipal de la Ciudad de Buenos Aires (1883)*, Buenos Aires, Imprenta de M. Biedma, 1884, p. 416.
[23] *Ibid*, p. 27.

Según se desprende de un somero cotejo entre los dos artículos que *Caras y Caretas* dedica al tema, los agentes de la Oficina Química pasaron de ejercer sus controles sobre los lecheros y sus medios de transporte tres veces por semana y de manera aleatoria en 1899[24] a dos veces al día, por la mañana y la tarde, en 1908.[25] Pero si, para ese entonces, los controles de higiene y calidad se podían permitir un mayor rigor era, principalmente, porque la industria láctea ya se había afianzado en un nuevo estadio de su evolución que hacía a la provisión de leche reclamada por la población porteña menos dependiente de los pequeños tambos y más de las nuevas compañías que conducían al rubro hacia un salto innovador.

De acuerdo con Fernando Gómez e Ignacio Zubizarreta,[26] luego de entrar en contacto con "los sistemas y las maquinarias más modernas y sofisticadas para la producción lechera" durante sus viajes por Europa y los Estados Unidos, Vicente L. Casares convirtió una estancia familiar de 8000 hectáreas, situada en Cañuelas, en La Martona, primera empresa láctea del país en replicar los adelantos que su fundador había conocido en otras latitudes. A partir de entonces, la elaboración de la leche ingresaría en una nueva etapa, signada por la tecnificación del procesamiento y la autorregulación empresarial sobre los estándares higiénicos de sus prácticas y empleados, pero también por la posibilidad de abastecer al mercado porteño a distancia, sin las ataduras que obligaban a emplazar los tambos en torno al corazón de la ciudad. Hasta los límites de la planta de procesamiento de La Martona llegaba una línea ferroviaria dotada de vagones frigoríficos que conducían la leche en perfectas condiciones hacia Constitución y, desde allí, a los despachos de venta.[27] La máquina, las técnicas industriales modernas y las innovaciones en los medios de transporte se aliaban con el anhelo higienista de extirpar de Buenos Aires los focos de insalubridad asociados con la explotación económica del animal. Una transformación tecnológica y procesual tan radical hacía que el destino de las vacas empleadas en la producción de la leche fuera cosa juzgada, incluso cuando algunos de los emprendimientos más eminentes del sector se resistieran a recluirse definitivamente en el ámbito rural. La Vascongada, por ejemplo, operó desde 1902 en el Bajo porteño, reordenando los elementos que distinguían a La Martona en un sistema de producción alternativo: según un extenso artículo que *Caras y Caretas* le dedicó en 1908, como no contaba con vacas propias dentro de las instalaciones de la planta, recibía a diario, a través del Ferrocarril del Oeste, treinta vagones refrigerados que traían la leche de tambos emplazados en "diferentes puntos de la provincia de Buenos Aires".[28]

Independientemente de si las vías ferroviarias conducían leche cruda hacia la empresa o, por el contrario, procesada hacia la ciudad, la dirección en la que apuntaba el desarrollo de la industria láctea era indubitable, y culminaba necesariamente en un modelo productivo de reclusión en establecimientos cerrados y de exclusión del animal del ámbito urbano. De manera contundente, las escenas capturadas por las fotografías que acompañan el artículo de *Caras y Caretas* dicen tanto de ese borramiento físico, material, de la vaca como de los méritos de la

[24] "La inspección de la leche", *Caras y Caretas*, n° 64, 23 de diciembre de 1899, pp. 21-22.
[25] "La inspección de la leche", *Caras y Caretas*, n° 522, 3 de octubre de 1908, pp. 74-75.
[26] Fernando Gómez e Ignacio Zubizarreta, "Vicente L. Casares y el nacimiento de la industria láctea: el caso La Martona", *Revista de Instituciones, Ideas y Mercados*, n° 58, mayo de 2013, p. 32.
[27] Fernando Gómez e Ignacio Zubizarreta, *Una historia de la lechería argentina. Desde la colonia hasta nuestros días*, Vicente López, Infocampo, 2013, p. 108.
[28] "La inspección de la leche", 1908, p. 4.

industria a la que pretendían celebrar. Un tren deteniéndose en el andén del depósito, los flamantes equipos de pasteurización, la sala de máquinas, el lavadero de tarros colmado de vapor, el laboratorio interno de la compañía, la sección de higienización de la leche: el conjunto proyecta una imagen de pulcritud casi impoluta, de producción mecanizada, de esforzada higiene y, tal y como pretende el texto al que ilustran, de modernidad industrial. En el cuadro general, la proximidad y el tacto con el animal, el ordeñe, el momento primordial de extraer de un cuerpo vivo la secreción destinada a atravesar una concatenación de postas de purificación cada vez más filtradas por la química, la tecnología y la higiene quedan desplazados. La industrialización pronta y eficiente del sector lácteo complementaba, así, los esfuerzos que la administración sanitaria de la capital venía desplegando para mitigar los efectos nocivos y desagradables que la producción y comercialización de leche desperdigaba por el plano de la ciudad. Pero, además, del mismo modo que para *Caras y Caretas* las nuevas técnicas y tecnologías que implementaba La Vascongada representaban "modernos adelantos indispensables",[29] la mirada oficial decodificaba en la desaparición de las vacas del espacio urbano mucho más que un mecanismo de defensa de la salubridad y la higiene: se trataba, por añadidura, de un paso hacia la configuración de un paisaje urbano moderno, despojado del "aspecto de aldea que ofrece nuestra metrópoli con las vacas y terneros por las calles".[30]

He aquí una primera torsión paradójica en la capital del país de las vacas: el despegue productivo y los primeros pasos hacia la modernidad industrial en uno de los rubros que usufructuaba el potencial económico acumulado en el ganado bovino no solo contribuían al propósito higienista de excluir la explotación del animal de las prácticas y escenarios urbanos, sino que también iban acompañados de reconstrucciones textuales y visuales que distorsionaban el lugar de las vacas en el nuevo modelo. Si las innovadoras compañías lácteas revalorizaban a las vacas como capital económico, su contribución simbólica a la configuración de una impronta de modernidad para Buenos Aires redundaba en el culto epocal de la tecnología y la ciencia aplicada como gestoras excluyentes de la prosperidad y el progreso, desligándose del signo animal del mismo modo que sus métodos posibilitaban a la ciudad desligarse de su presencia física.

Segunda paradoja en la capital del país de las vacas: modernidad y atraso, civilización y barbarie se interceptan en la carne vacuna

Bosquejada en trazos gruesos, la historia de los mataderos durante el último cuarto del siglo XIX y la primera década del XX podría reconstruirse en términos diametralmente opuestos al desarrollo lineal de la industria lechera.[31] Si, en pleno brote de fiebre amarilla, la prensa periódica porteña fustigaba a los antiguos corrales de abasto como uno de los mayores focos de infección de la ciudad, contrarios a "lo que la higiene, la civilización y la decencia pública"[32]

[29] "La Vascongada", C*aras y Caretas*, n° 526, 31 de octubre de 1908, p. 14.
[30] *Memoria de la Intendencia (1890-1892)*, p. 224.
[31] A propósito del devenir histórico que siguieron los corrales de abasto porteños, véase Fernando Aliata y Graciela Silvestri, "Continuidades y rupturas en la ciudad del Ochocientos. El caso de los mataderos porteños (1820-1900)", *Anales del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas Mario J. Buschiazzo*, n° 26, 1988, pp. 27-51.
[32] "Mataderos", *La Nación*, 15 de marzo de 1871.

reclamaban, apenas inaugurada la nueva sede de San Cristóbal, serían los propios informes municipales los que transferirían a ella una carga similar de descripciones repulsivas y diagnósticos alarmantes: "El sitio donde se verifica la matanza […] es generalmente un inmenso depósito de materias orgánicas en putrefacción y descomposición".[33] Ante el umbral del siglo XX, los corrales de abasto de Liniers reiterarían con la misma celeridad el salto del optimismo a la decepción. En 1900, la segunda mudanza en menos de treinta años prometía sustituir "el viejo y nauseabundo teatro de las cruentas matanzas" de San Cristóbal por "uno de los detalles más ostensibles de la cultura y el progreso de nuestra gran metrópoli".[34] Cinco años después, en cambio, las memorias municipales no dudarían en sostener que, en torno a los corrales de abasto, todo había cambiado para que nada cambiara: "los Nuevos Mataderos no han servido para modificar absolutamente nada de lo que interesa positivamente a la comunidad".[35]

Si los mataderos porteños, presos en una sucesión espiralada de transformaciones que, con progresos mínimos y opacos, giraba de manera concéntrica sobre problemáticas nunca resueltas, revelaban algo a propósito del país de las vacas era, sin dudas, su revés pesadillesco: el desaseo, la insalubridad, la violencia más o menos caótica o más o menos sistemática que se empleaba para producir carne y entregarla al consumo. Nada acentuaría de manera más contundente esta circunstancia que el hecho de que también en 1871, pocos meses después de aplacada la epidemia de fiebre amarilla, la *Revista del Río de la Plata* diera a conocer "El matadero", el inédito de Esteban Echeverría que Juan María Gutiérrez, a dos décadas de la muerte de su autor, rescataba del ostracismo del archivo póstumo. Una vez que la consagración dentro del canon literario nacional postergó los condicionamientos que a su circulación inicial impuso la doble caracterización adosada por Gutiérrez (como un "boceto"[36] destinado a refundirse en textos mayores y como un "precioso testimonio" capaz de reavivar "páginas hasta ahora pálidas de nuestra historia"),[37] el escenario que le da título al texto de Echeverría pasaría a integrar los repertorios de la cultura local, gracias a una escena que, aunque fuera "para vista no para escrita",[38] acabaría por transformarse en objeto de permanentes relecturas y resignificaciones en clave estética, crítica y política:

> El matadero de la Convalecencia o del Alto, sito en las quintas al Sud de la ciudad, es una gran playa en forma rectangular colocada al extremo de dos calles, una de las cuales allí se termina y la otra se prolonga hacia el Este. Esta playa con declive al Sud, está cortada por un zanjón labrado por la corriente de las aguas pluviales, en cuyos bordes laterales se muestran innumerables cuevas de ratones y cuyo cauce, recoge en tiempo de lluvia, toda la sangrasa seca o reciente del matadero.[39]

[33] *Memoria de la Intendencia Municipal de la ciudad de Buenos Aires (1873)*, Buenos Aires, Imprenta de Jorge E. Cook, 1874, p. 429.
[34] Martín García, "Inauguración de los nuevos mataderos", *Caras y Caretas*, n° 78, 31 de marzo de 1900, p. 19.
[35] *Memoria de la Intendencia Municipal de la ciudad de Buenos Aires (1905)*, Buenos Aires, Imprenta de M. Biedma, 1906, p. 32.
[36] Juan María Gutiérrez, "Nota crítica", en E. Echeverría, *La cautiva / El matadero*, Buenos Aires, Colihue, 2006, p. 100.
[37] *Ibid*., 97.
[38] Esteban Echeverría, "El matadero", en E. Echeverría, *La cautiva / El matadero*, Buenos Aires, Colihue, 2006, p. 110.
[39] *Ibid.,* pp. 106-107.

Desagregado de la coyuntura política con la que originalmente pretendía dialogar, y desprovisto aún de la valoración como pieza crucial de un texto pionero en la ficción narrativa del Río de la Plata, el cuadro que se inmortalizaba con la publicación de "El matadero" no acarreaba ni novedades ni disonancias a las páginas de la prensa porteña de 1871. Para ese entonces, antiguas inquietudes sobre los efectos nocivos que los corrales de abasto deparaban a la ciudad y sus habitantes recrudecían al calor de la crisis sanitaria reciente, y eran recogidas por diarios y revistas. Así, aunque entre el momento estimado de su escritura y la fecha cierta de su publicación mediaran más de tres décadas, y a pesar de que su horizonte histórico no fuera la mayor epidemia padecida por Buenos Aires durante el siglo XIX, sino las convulsiones políticas y sociales que se agitaron bajo el régimen de Rosas, la impronta de los corrales de abasto ofrecida por "El matadero" apenas se demarcaba de, por caso, la que los lectores de *La Nación* habían encontrado poco tiempo atrás en "Mataderos", un artículo publicado mientras arreciaba la fiebre amarilla:

> Restos de carne, entrañas diseminadas, derramando sus líquidos corrompidos, fetos mórbidos que se liquidan a su turno, se hallan esparcidos en una vasta extensión de terreno, cubiertos de insectos asquerosos que se alimentan de ellos y forman una ola viviente. […] Es la putrefacción animal genuina, sin mezcla, en todo a su insoportable intensidad.[40]

Tanto la prosa de Echeverría como la del cronista anónimo de *La Nación* recrean a través de la densidad acumulativa de sus descripciones una atmósfera y una topografía afines en tonos, relieve, olores y componentes orgánicos. Incluso la vocación antirrosista de "El matadero", anacrónica al momento de su publicación, propicia, al explicitarse, una nueva intersección entre ambos textos. Porque si para Echeverría el matadero se había revelado en su día como baluarte de la barbarie federal, ejemplo a escala "del modo bárbaro con que se ventilan en nuestro país las cuestiones y los derechos individuales y sociales",[41] en 1871, desde una óptica marcada por el higienismo, la mecánica insalubre que dominaba sus actividades cotidianas ameritaba calificativos similares: "Es cosa singular que Buenos Aires, una de las ciudades más adelantadas de sud américa (sic), la más adelantada moral y materialmente, conserve ciertos puntos donde está impreso el sello primitivo de la barbarie".[42]

De *foco de la Federación* a *foco de infección*: a partir de ese desplazamiento, subrayado por el medio y el contexto en que finalmente se lo dio a conocer, Jorge Salessi propone leer en "El matadero" un punto de articulación para los "dos grandes paradigmas de análisis de la cultura argentina de la segunda mitad del siglo XIX: civilización/barbarie y salubre/insalubre".[43] Al ser publicado en 1871, el texto de Echeverría expandía los alcances de una serie heterogénea que, a partir de entonces, ya fuera pensando en la década de 1830 o en las últimas décadas del siglo, condenaría al matadero por ser un espacio donde se concentraban y desde el cual se esparcían los males que amenazaban a la ciudad y sus anhelos de progreso: en tiempos de Rosas, la barbarie, como una contagiosa enfermedad política y cultural; en 1871, la insalubridad, como emergente fatal de un modelo productivo perimido y bárbaro.

[40] "Mataderos".
[41] Echeverría, "El matadero", p. 110.
[42] "Mataderos".
[43] Jorge Salessi, *Médicos, maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación Argentina (Buenos Aires: 1871-1914)*, Rosario, Beatriz Viterbo, 1995, p. 56.

Sin embargo, la marcada sintonía entre los escenarios descriptos en "Mataderos" y "El matadero" induce todavía a otra conclusión, reforzada por el hecho de que entre la escritura y la publicación de uno y otro texto hayan mediado, respectivamente, varias décadas y pocos meses: la impronta que en la cultura local fijó la institución pública encargada de producir carne para Buenos Aires parece haber registrado variantes mínimas a lo largo del siglo XIX. Luego de 1871, sucesivos registros textuales y visuales aportarían flagrantes evidencias para corroborar que muchas de las problemáticas que habían atravesado a los corrales de abasto en lo que iba del siglo seguían en plena vigencia. La acusación de emplazar un "foco de donde se desprenden miasmas" que, apenas inaugurada, pesó sobre la sede de San Cristóbal fue adjudicada a la persistencia de uno de los factores de contaminación que ya había apuntado Echeverría: las "materias orgánicas […] arrastradas por las lluvias".[44] En 1887, un año antes de que la municipalidad se resignara a preparar una nueva mudanza, su panorama característico aún sería el de "ese aspecto asqueroso e inmundo que presentan durante las horas de la matanza", definido por "hileras de animales mal desangrados que se revuelcan en la sangre y en el barro".[45] Ya en el nuevo siglo, y mudados a una nueva sede, tanto recordaban el funcionamiento y aspecto cotidianos del edificio de Liniers al matadero de "El matadero" que las autoridades no solo dictaminaron, por medio de una ordenanza, la quema obligatoria de las vísceras desechadas, para ponerle un alto a su habitual acumulación en el suelo, sino que también debieron prohibir por escrito el ingreso a los corrales de abasto de uno de sus más antiguos y asiduos visitantes, actores de reparto en el relato de Echeverría: los perros callejeros.[46]

Sobre todo a partir del año crucial de 1871, el potencial simbólico entramado en el uso económico que el matadero ejercitaba sobre el ganado bovino tomaba un posicionamiento predominantemente adversativo de cara a la orientación que el entresiglos le confería a la vaca como capital animal. La tropa confusa entrando en los corrales, el degüello entre sangre, barro y bosta, el hedor a muerte, el desollamiento, las lonjas de carne desprendiéndose de lo que antes había formado un cuerpo vivo no tributaban a la codificación cultural del progreso, la prosperidad, la abundancia y el diálogo mercantil con el mundo; hablaban, por el contrario, del costado primitivo de una economía atada al sector primario, de la actualización de escenas asociadas a un pasado de atraso en un presente que se quería moderno, de la penetración de prácticas asociadas a lo rural en una ciudad que se esmeraba por alcanzar los cánones de urbanidad que distinguían a las grandes metrópolis de su tiempo, del trasfondo de barbarie que, reforzado por la ominosa similitud entre la ejecución del ganado y los avatares de la violencia política autóctona, parecía enquistarse en ciertos recodos de la geografía y la rutina diaria de Buenos Aires aun sobre el cambio del siglo, empañando los logros de la civilización.

Segunda torsión paradójica, entonces, en la capital del país de las vacas: aunque la carne vacuna componía la base de la dieta de los porteños y se perfilaba como una carta de presentación para comunicar al mundo la nobleza de recursos que prometía la Argentina, sus tradicionales medios de producción, irremediablemente asociados a experiencias sensoriales repulsivas y prácticas nocivas y antihigiénicas, pero también a apropiaciones y reinterpretaciones en clave simbólica, estética y política, resultaban imposible de conciliar con la construcción ma-

[44] *Memoria de la Intendencia (1873)*, p. 429.
[45] *Memoria de la Intendencia Municipal de la ciudad de Buenos Aires (1887)*, Buenos Aires, Imprenta La Universidad, 1888, p. 479.
[46] *Memoria de la Intendencia (1905)*, p. 85.

terial y cultural de una impronta de metrópoli moderna para Buenos Aires. Un papel al que, por el contrario, sí se ajustaban sin disonancias los dos grandes pilares sobre los que se erigió el auge económico del ganado vacuno entre fines del siglo XIX y comienzos del XX. Pero si la exportación de ganado en pie y la producción de carne congelada en los frigoríficos sintonizaron mejor que el matadero con las expectativas de modernidad que dominaban en el contexto porteño fue, de hecho, porque se desentendían material o simbólicamente de esa instancia crucial y controvertida en la que el cuerpo animal se deshacía en carne. Ya fuera reduciendo al país al rol de proveedor de materias primas o reformulando el anhelo de industrialización primaria que habían sabido despertar los saladeros y curtiembres varias décadas atrás, una y otra exhibían exclusivamente el antes o el después de la brutal operación que ya había sido retratada con asiduidad en las playas de matanza de los corrales de abasto.

Valioso, patriótico, aristocrático: el ganado bovino del fin de siglo al Centenario

Contrastada con la venta de carne salada, la exportación de ganado vivo asomaba como una forma "más racional, más provechosa en todo sentido, más civilizada"[47] de poner en valor al ganado vacuno argentino dentro del mercado internacional: capturaba a los animales en un mecanismo que aprovechaba la potencia de la máquina para transportarlos desde el campo hasta el puerto a través del ferrocarril, sin mayores repercusiones para la higiene urbana, y desde allí hacia el exterior por medio de buques de vapor, alimentando así el imaginario de que las riquezas naturales argentinas satisfacían "las apocalípticas hambres del otro mundo".[48] Los frigoríficos, por su parte, restringían al máximo la visibilidad pública del procesamiento del cuerpo animal, con un perfil industrial y moderno que los corrales de abasto porteños nunca habían logrado consolidar. El contrapunto entre unos y otros era tan frecuente como inevitable, y traducía, en su claro desbalance en beneficio de los establecimientos más novedosos, un inminente cambio de época pronto a imponerse también en los métodos de producción y hábitos de consumo del mercado interno: "los frigoríficos más inmediatos a la capital presentan el artículo en el mercado de consumo con las ventajas que resultan de sus mejores instalaciones, para la condición y precio de la carne".[49] En consonancia con el mayor grado de reclusión en que se desenvolvían sus prácticas, la imagen que sus instalaciones proyectaban hacia Buenos Aires prescindía de exhibir su propia versión de escenas cruentas como las que ya se habían fijado en torno a los mataderos para, en cambio, concentrarse en reproducir una imagen que destacara su valor diferencial: la prolija fila de medias reses colgantes en la cámara frigorífica, ya pura carne despojada de toda forma viviente reconocible. Como en la evolución contemporánea de la producción de leche, una vez más el salto hacia la industrialización en un rubro dedicado a la explotación del capital económico que concentraba el cuerpo de la vaca venía acompañado de un doble borramiento del animal: en primer lugar, borramiento del espacio urbano porteño, supresión como componente biótico que completaba el paisaje y adensaba la experiencia sensorial de estar, habitar, circular por la ciudad; en segundo lugar, borramiento dentro de la cadena produc-

[47] Figarillo, "Exportación de ganado en pie", *Caras y Caretas*, n° 67, 13 de enero de 1900, p. 20.
[48] *Ibid*., p. 21.
[49] *Memoria de la Intendencia Municipal de la ciudad de Buenos Aires (1908)*, Buenos Aires, Imprenta Kraft, 1908, p. 286.

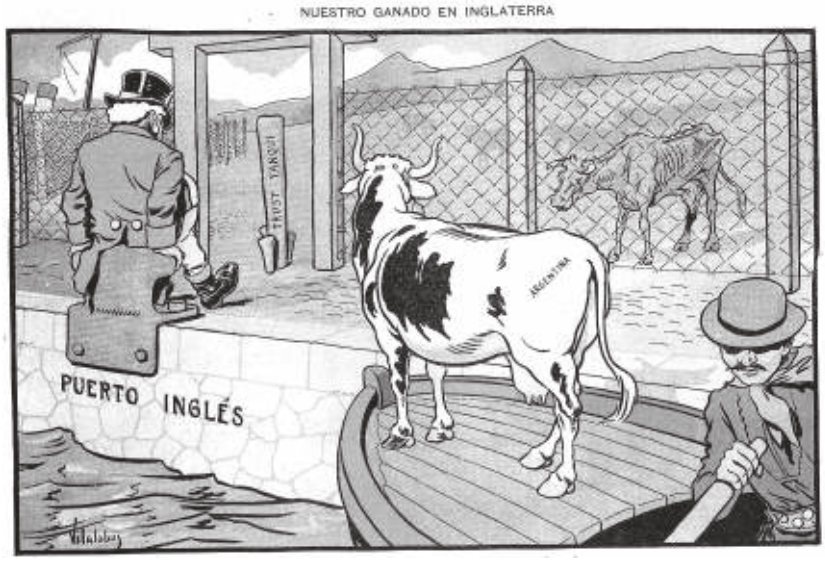
tiva, invisibilización de su sometimiento, equiparación tácita con cualquier otro material o recurso natural explotado para la satisfacción de necesidades humanas.

Hasta aquí, por lo tanto, durante las décadas en que puso a prueba sus aspiraciones de modernidad, los aportes de Buenos Aires a la configuración de la vaca como animal fetiche de la nación parecen haber recalcado el peso de su capital económico por encima del simbólico. En nombre de nuevas normas de urbanidad, en defensa de la higiene pública y con el auxilio de las innovaciones técnicas aplicadas al transporte, la producción industrial y la colocación de bienes en el mercado internacional, la ciudad optaba por restringir los itinerarios del ganado bovino y compartimentar el ejercicio de su explotación, diluyendo su presencia en el espacio abierto de la ciudad, pero también en los relatos, imágenes e imaginaciones que acompañaban ese tráfico carnal de la vaca. Sin embargo, la ciudad moderna que se despojaba gradualmente de animales y recluía su explotación en ámbitos cerrados o territorios marginales no renunciaba a su estatuto de capital del país de las vacas. Como tal, no solo vio colmarse su escena cultural de discursos verbales y visuales que enaltecieron el potencial económico acumulado en el ganado bovino, mientras borraban su efectiva explotación: también fue epicentro de dos usos del cuerpo de la vaca, uno plenamente figurativo y otro apoyado sobre su materialidad, que hizo de su valor simbólico como signo animal un correlato –desplazado, pero indisociable– para la constante reivindicación como capital económico.

El primero de esos usos, la inclusión de alguna clase de ejemplar bovino dentro de composiciones ilustradas que aspiraban a componer una iconografía de lo nacional, quizá pueda pensarse, por su rudimentaria pretensión alegórica, como la transposición visual perfecta del imaginario que movía a catalogar a la Argentina como el país de las vacas. En 1902, al incorporar una figura bovina en una ilustración sobre el auge del comercio exterior con Inglaterra, Cándido Villalobos, uno de los tradicionales dibujantes de *Caras y Caretas*, daría un primer paso hacia la utilización simbólica de la vaca como animal fetiche de la nación. Bajo el título de "Nuestro ganado en Inglaterra", la imagen presentaba a un robusto ejemplar Holando, con el rótulo "Argentina" impreso en la grupa, viajando erguido en la proa de una embarcación que un gaucho conducía a remo hacia puerto inglés, donde aguardaban un estereotipado lord de frac rojo y sombrero de copa alta y, más allá de un alambrado, una esquelética res que llevaba impresa en sus carnes magras la inscripción "Norteamérica".[50] El público lector porteño, que había pasado de las páginas pioneras de *El Mosquito* al contenido más diverso y abarcador de *Caras y Caretas*, estaba entrenado en la decodificación de ese tipo de representaciones gráficas en las cuales, como explica Claudia Román, "los vínculos 'didácticos' entre discurso verbal y visual" se manifestaban bajo la forma de *etiquetas* superpuestas sobre la imagen para "evitar cualquier vacilación en la lectura".[51] En ese sentido, a través de mecanismos de representación aceitados y accesibles, la caricatura de Villalobos resumía, a tono con los diagnósticos auspiciosos que la propia prensa local difundía al respecto, una versión del estado contemporáneo del mercado internacional: el puerto comercial a conquistar, Inglaterra; el valor principal a ofrecer, el ganado vacuno; el mayor competidor a superar, los Estados Unidos. No obstante, la imagen también se abría a una lectura de segundo grado, en la que se dejaban entrever los re-

[50] Cándido Villalobos, "Nuestro ganado en Inglaterra", *Caras y Caretas*, n° 205, 6 de septiembre de 1902, p. 39.
[51] Claudia Román, *Prensa, política y cultura visual.* El Mosquito. *Buenos Aires, 1863-1893*, Buenos Aires, Ampersand, 2017, p. 71.

sortes simbólicos que impulsaban a la vaca como signo animal identificatorio de lo nacional. La inscripción "Argentina" en el porte de la Holando y su antítesis complementaria, la etiqueta "Norteamérica" sobre un animal enclenque, habilitaban una línea interpretativa de más amplio espectro, que hacía de la rivalidad comercial solo una de las arenas de combate en las cuales las expectativas autóctonas de progreso y bienestar aspiraban a superar a los Estados Unidos, y, al mismo tiempo, de la majestuosidad de la vaca argentina (la vaca "Argentina"), una alegoría zoológica del sino próspero que aguardaba al país.



Cándido Villalobos, "Nuestro ganado en Inglaterra", *Caras y Caretas,* n° 205.

Más allá del carácter eminentemente coyuntural de su temática, la caricatura ilustra, en ambos sentidos del término, el doble proceso de fetichización (de resonancias, a la vez, marxianas y psicoanalíticas) al cual, según Shukin,[52] suele predisponerse el signo animal: por un lado, la imagen exhibe a la vaca como un producto natural, una mercancía obtenida del conjunto de riquezas ofrecidas de manera espontánea por el próspero suelo argentino y distribuida oportunamente a los socios comerciales que el país cosechaba en el resto del mundo; por otro lado, la imagen convierte a la vaca en un mecanismo visual sustitutivo de un sentido de totalidad originaria –lo argentino, lo nacional– que no existía como tal, salvo de manera fantasmática. Así, como anticipando insospechadamente una serie a la que tributarían los principales dibujantes de la revista, Villalobos prefiguraba un conjunto de ilustraciones que *Caras y Caretas* distribuiría en los años subsiguientes, cuyo común denominador consistiría, precisamente, en la reitera utilización de la figura de la vaca como signo animal representativo de "una unidad nacional orgánica que en realidad no existe".[53] El 3 de enero de 1903, la vaca sería una de las

[52] Shukin, *Animal Capital*, p. 3.
[53] *Ibid*., p. 3.

dos figuras elegidas por Manuel Mayol para la portada del número almanaque correspondiente a ese año; la otra, una mujer ataviada con una túnica y el cabello ceñido por una corona de laureles que sostenía al animal con una soga mientras cruzaba el brazo restante por encima de su lomo. Si la convencional imagen femenina proponía una asociación directa con la representación alegórica de la república, la ilustración a página completa que Aurelio Giménez compondría, dos años después, para el número alusivo al 25 de mayo, dejaría todavía menos margen a la interpretación. Bajo el título "Alegoría", recortados sobre un paisaje rural que aglutinaba elementos predominantemente simbólicos (un gigantesco sol naciente) con representaciones icónicas de los progresos materiales consumados por el país (el ferrocarril aproximándose desde el horizonte, un campo cultivado del color del trigo, una por entonces novísima cosechadora a vapor), dominaban la escena un joven, semicubierto por una túnica blanca y con una rama de laurel u olivo en una mano, y su montura, un imponente bovino negro, probablemente un toro semental, coronado con una escarapela celeste y blanca en la frente. Finalmente, un epígrafe contundente remataba la composición: "¡Al gran pueblo argentino, salud!".[54]

Aurelio Giménez, "¡Al gran pueblo argentino, salud!",
Caras y Caretas, n° 347.

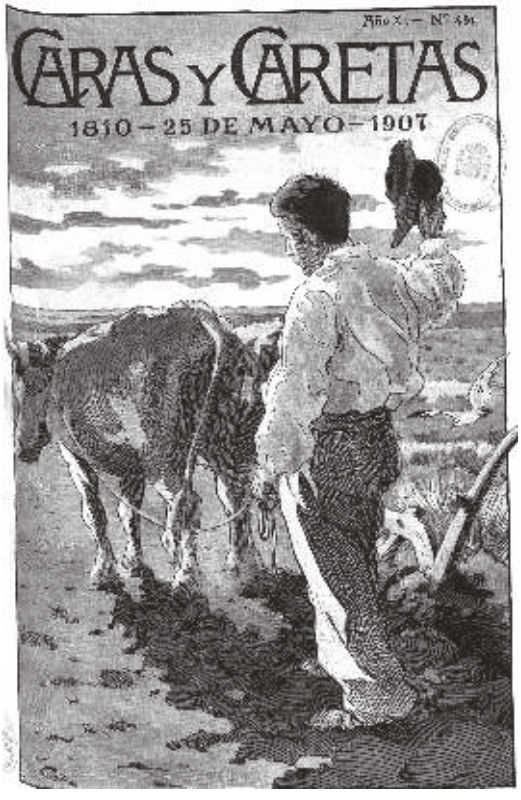
[54] Aurelio Giménez, "¡Al gran pueblo argentino, salud!", *Caras y Caretas*, n° 347, 27 de mayo de 1905.

Poco menos de una década después, tanto la pregnancia de ese imaginario en construcción como su capacidad para atravesar modos de significación y medios de circulación quedarían de manifiesto en una estrofa del "Canto a la Argentina" compuesto por Rubén Darío. En ella, un repertorio de elementos, una solemnidad de tono y una idealización del cruce armónico entre riqueza natural y progreso técnico afines a la caricatura de Giménez permiten figurarse a esta última como ilustración anticipatoria del poema, o, en todo caso, al texto poético como perfecto epígrafe expandido para la imagen:

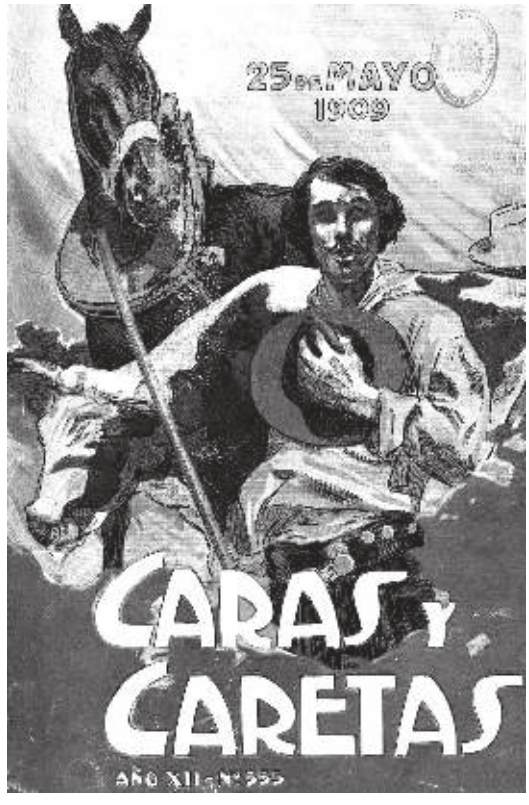
> Os espera el reino oloroso
> al trébol que pisa el ganado,
> océano de tierra sagrado
> al agricultor laborioso
> que rige el timón del *arado*.
> ¡La pampa! La estepa sin nieve,
> el desierto sin sed cruenta,
> en donde benéfico llueve
> riego fecundador que aumenta
> las *demetéricas savias*.
> Bella de honda poesía,
> suave de inmensidad serena,
> de extensa melancolía
> y de grave silencio plena;
> o bajo el escudo del *sol*
> y la gracia matutina,
> sonora de la pastoral
> diana de cuerno, caracol
> y tuba de la *vacada*;
> o del grito de la triunfal
> *máquina de la ferro-vía*;
> o del volar del automóvil
> que pasa quemando leguas,
> o de las voces del gauchaje,
> o del resonar salvaje
> del tropel de potros y yeguas.[55]

Dos veces más antes del final de la década, el semanario volvería a ilustrar sus números especiales por el aniversario de la Revolución de Mayo con figuras bovinas en lugares de preponderancia. Con la firma de José María Cao, la portada de 1907 presentó una escena rural en la que un paisano y su vaca contemplaban un horizonte iluminado por un sol naciente.[56] Dos años después, una portada sin firma mostraría otra cara de la misma imagen: esta vez en primer

[55] Rubén Darío, *Canto a la Argentina y otros poemas*, Madrid, Imprenta Clásica Española, pp. 27-28. El subrayado me pertenece.
[56] José María Cao, *Caras y Caretas*, n° 451, 25 de mayo de 1907.



José María Cao, *Caras y Caretas,* n° 451.



Caras y caretas, n° 555.

plano, con el agregado de un caballo complementando el repertorio de vínculos entre el hombre de campo y el animal, la vaca y el gaucho miraban de frente al lector porteño.[57] Aun despojadas de las entonaciones abiertamente alegóricas que habían predominado en 1903 y 1905, una y otra se inclinaban por revalidar la representatividad del ganado bovino dentro de una iconografía de lo nacional a la que ya se acoplaban también el gaucho y su montura.

Mientras el avance de los criterios higiénicos, la urbanización y los nuevos modelos productivos sustraían a la vaca, como a la mayoría de los animales útiles, de las experiencias cotidianas que ofrecía Buenos Aires, su imagen se replicaba en soportes visuales de amplia circulación, que apelaban a ella para figurar las esperanzas de prosperidad y desarrollo depositadas en la explotación del ganado bovino, completar versiones alegóricas de *lo argentino* o diseñar un entretejido de significaciones que oscilaran entre esas dos tendencias. De este modo, la cultura porteña contribuía a convertir a la vaca en el animal fetiche de la nación, al tiempo que la ciudad veía acelerarse los procesos que impulsaban su desvanecimiento material; o, en otras palabras, la circulación de la vaca como signo animal se adensaba en estricta contemporaneidad con los procesos que borraban de la vida urbana la presencia constante de la vaca como

[57] *Caras y caretas*, n° 555, 22 de mayo de 1909.

animal de carne y hueso. Si esa contraposición entre modalidades de relación con el animal en dos órdenes de realidad diversos parecía propiciar una disociación entre la *vaca simbólica*, cada vez más presente, y la *vaca carnal*, excluida de la ciudad y recluida en establecimientos productivos cerrados, los propios discursos textuales y visuales de la cultura porteña acentuaban tal disociación. Baste considerar al respecto que, con pocos años de diferencia, la misma *Caras y Caretas* que fetichizaba a la vaca simbólica en sus alegorías de la argentinidad, al ocuparse de las prácticas materiales que explotaban económicamente a la vaca carnal, no solo había alertado sobre los peligros para la higiene y la salubridad públicas que acarreaban los métodos tradicionales de producción de carne y leche, sino que también había borrado al ganado bovino de la cadena productiva del frigorífico y las compañías lácteas en sus crónicas celebratorias de las nuevas maquinarias y técnicas industriales que llegaban a Buenos Aires con la modernidad y el progreso.

Así y todo, la regla que marcaba la desaparición material de la vaca del espacio y las experiencias propias de la ciudad conocería, por aquellas mismas décadas, una notable y, *a posteriori*, longeva excepción. En 1875, la Sociedad Rural Argentina, a punto de cumplir sus diez años de existencia, comenzó a delimitar el espacio en el que llevaría a cabo sus hoy tradicionales muestras agropecuarias anuales. En ese marco, algunas décadas después, la relevancia del ganado vacuno acompañaría las técnicas de cría y selección de especies con pedigrí, primero para la producción de carne y más tarde para la de leche, hasta llegar a convertirse en el principal atractivo del evento. El ceremonial que rodeaba a la exposición y premiación de las estirpes bovinas de competencia dialogaba de manera directa con su potencial productivo: del mismo modo que las décadas previas habían marcado un salto cuantitativo en la existencia de ganado vacuno, en la inmediatez del cambio de siglo la gran transformación llegaba, según Cortés Conde,[58] de la mano de la importación de reproductores británicos, la selección artificial y el mestizaje, asociados con un incremento en la calidad del animal como materia prima y, en consecuencia, también en su valor.

No obstante, contrastadas con la constelación de aproximaciones discursivas y representaciones visuales que giraban en torno a la vaca y las prácticas dispares de su explotación productiva, las exposiciones ganaderas adquirían todavía otro espesor simbólico: eran, siguiendo a Verónica Tell, una instancia en la que elementos tradicionalmente ligados con "viejos modos de lo rural" se resignificaban para dar cuenta de "los progresos en el sector agropecuario y su productividad".[59] A contramano de las versiones textuales y los registros fotográficos de los mataderos porteños, decodificados como la avanzada atrasada y bárbara del campo sobre la ciudad, esos muestrarios calculados y parciales de la prosperidad rural, una vez que resultaban capturados por relatos y retratos construidos desde la cultura urbana, constituían una variante alternativa de "introducción de lo urbano en lo rural".[60]

El alcance más o menos reducido que entre el público porteño podía cosechar, año tras año, la muestra de la Sociedad Rural resulta, no obstante, incomparable con la convocatoria e interés masivos que acarrearía la exposición ganadera que formó parte de las celebraciones del Centenario de la Revolución de Mayo. Alojado en el propio Predio Ferial de Palermo que la

[58] Cortés Conde, "Tierra, agricultura, ganadería", p. 399.
[59] Verónica Tell, *El lado visible. Fotografía y progreso en la Argentina a fines del siglo XIX*, San Martín, UNSAM Edita, 2017, p. 107.
[60] *Ibid.*, p. 108.

Sociedad Rural venía construyendo desde 1906, el Pabellón de Agricultura y Ganadería de la Exposición del Centenario fue la primera muestra en inaugurarse y la que despertó mayor admiración en los visitantes nativos y, sobre todo, extranjeros. Como Tell en las exhibiciones de la Sociedad Rural, Álvaro Fernández Bravo detecta en ella "un símbolo pleno de prosperidad instalado en la urbe".[61] Sin embargo, esta vez esa carga simbólica no apuntaba principalmente a interpelar a los hijos del país de las vacas, sino, por el contrario, a ser esgrimida como evidencia del capital natural que la Argentina tenía para ofrecer al resto de las naciones que dirigían su mirada hacia Buenos Aires en aquella efeméride singular. Por eso, como también recuerda Fernández Bravo, la preeminencia del ganado entre los atractivos de la muestra tendría su correlato perdurable en "un lugar destacado en el *Álbum del Centenario*",[62] especie de catálogo monumental de la historia, la cultura y los progresos materiales alcanzados por la Argentina en sus primeros cien años de historia, en cuyas páginas se buscaba inmortalizar la imagen de país que trataban de proyectar los pabellones de la exposición. En el *Álbum*, una vez más, el rol preponderante de la especie bovina reforzaría la construcción de la vaca como animal fetiche de la nación: cinco de las siete breves reseñas que dedica a estancias y cabañas de cría de ganado son ilustradas principalmente por fotografías de toros y reses; en esas mismas páginas, dieciocho de veintinueve fotografías abocadas a retratar animales se concentran en vacas y sementales de pedigrí o en tropas de ganado vacuno. Incluso la poesía, convocada a las altisonancias del nacionalismo por el clima de época, exaltaría la importancia que amasar un linaje bovino excelso guardaba en la concreción del sino próspero del país: publicada en 1910, la oda "A los ganados y las mieses" de Lugones otorgaría un lugar de privilegio a las figuras del toro "semental" y la vaca "fértil", cuyo acoplamiento "siembra el amor" pero, a la vez, "cimenta la riqueza creadora".[63]

Pero si las fiestas del Centenario legaron una imagen representativa del capital simbólico que se acumulaba en la vaca como signo animal de la nación, esa es la fotografía que un autor anónimo tomó a la Infanta Isabel de Borbón, la máxima celebridad internacional que circuló por suelo local durante los festejos, junto a un colosal toro Shorthorn. Ante la imposibilidad de que viajara el rey Alfonso XIII, la Infanta había sido enviada en nombre de la corona española para corresponder a la invitación de honor librada por el gobierno argentino. Además de recorrer los pabellones de la muestra oficial y participar de otras actividades protocolares, como la colocación de la piedra fundamental del llamado "Monumento de los españoles", Isabel también animó veladas y paseos que las élites locales organizaron para amenizar su visita. La estancia "San Juan", de los Pereyra Iraola, fue uno de los primeros lugares a los que asistió para ser agasajada. Allí, quizá de manera azarosa, pero no por eso menos significativa, tendría lugar la reunión de dos cuerpos marcados por la densidad simbólica anexada, en sus respectivas culturas de origen, a su presencia, sangre y estirpe: en ausencia de su rey, una hembra de la nobleza humana española posaba, como ícono nacional, junto al macho bovino de la nobleza animal que tanto los métodos de cría y selección artificial como los discursos verbales y visuales que los circundaban aspiraban a erigir en la Argentina. El rango aristocrático de los prota-

[61] Álvaro Fernández Bravo, "Celebraciones centenarias: nacionalismo y cosmopolitismo en las conmemoraciones de la Independencia (Buenos Aires, 1910 - Río de Janeiro, 1922)", en B. González Stephan y J. Andermann (eds.), *Galerías del progreso. Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*, p. 344.
[62] *Ibid.*, p. 344.
[63] Leopoldo Lugones, *Odas seculares*, Buenos Aires, Moen y Hno. Editores, 1910, pp. 38-39.

gonistas de la imagen, no obstante, no era equivalente. Después de todo, las restricciones arcaicas que solían predominar en las líneas sucesorias de las monarquías europeas habían privado a Isabel de la corona desde el momento en que nació su hermano varón. En cambio, el linaje del espléndido Shorthorn, primera raza de pedigrí introducida en la Argentina, estaba destinado, por derecho de nacimiento, a consolidar con su carne consumible y exportable y su circulación proliferante como signo animal un reinado duradero sobre el país de las vacas. □

Bibliografía

Aliata, Fernando y Graciela Silvestri, "Continuidades y rupturas en la ciudad del Ochocientos. El caso de los mataderos porteños (1820-1900)", *Anales del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas Mario J. Buschiazzo*, n° 26, 1988, pp. 27-51.

Armus, Diego, "El descubrimiento de la enfermedad como problema social", en M. Lobato (dir.), *Nueva historia argentina. Tomo v: El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000.

Berger, John, "¿Por qué miramos a los animales?", en J. Berger, *Mirar*, Barcelona, Gustavo Gil, 2013.

Cortés Conde, Roberto, "Tierras, Agricultura y Ganadería", en G. Ferrari y E. Gallo (eds.), *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980.

Darío, Rubén, *Canto a la Argentina y otros poemas*, Madrid, Imprenta Clásica Española.

Echeverría, Esteban, "El matadero", en *La cautiva / El matadero*, Buenos Aires, Colihue, 2006.

Fernández Bravo, Álvaro, "Celebraciones centenarias: nacionalismo y cosmopolitismo en las conmemoraciones de la Independencia (Buenos Aires, 1910 - Río de Janeiro, 1922)", en B. González Stephan y J. Andermann (eds.), *Galerías del progreso. Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2006.

Fiquepron, Maximiliano, *Morir en las grandes pestes: Las epidemias de cólera y fiebre amarilla en la Buenos Aires del siglo xix*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2020.

Giorgi, Gabriel, *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2014.

Gómez, Fernando e Ignacio Zubizarreta, "Vicente L. Casares y el nacimiento de la industria láctea: el caso La Martona", *Revista de Instituciones, Ideas y Mercados*, n° 58, mayo de 2013.

——, *Una historia de la lechería argentina. Desde la colonia hasta nuestros días*, Vicente López, Infocampo, 2013.

Gorelik, Adrián, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2016.

Gutiérrez, Juan María, "Nota crítica", en Esteban Echeverría, *La cautiva / El matadero*, Buenos Aires, Colihue, 2006.

Hora, Roy, *Historia del turf argentino*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.

Lugones, Leopoldo, *Odas seculares*, Buenos Aires, Moen y Hno. Editores, 1910.

Nouzeilles, Gabriela, *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2000.

Philo, Chris, "Animals, Geography, and the City. Notes on Inclusions and Exclusions", *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 13, 1995.

Román, Claudia, *Prensa, política y cultura visual.* El Mosquito. *Buenos Aires, 1863-1893*, Buenos Aires, Ampersand, 2017.

Sabato, Hilda, *Buenos Aires en Armas. La revolución de 1880*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

Salessi, Jorge, *Médicos, maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación Argentina (Buenos Aires: 1871-1914),* Rosario, Beatriz Viterbo, 1995.

Shukin, Nicole, *Animal Capital. Rendering Life in Bipolitical Times*, Mineápolis, University of Minnesota Press, 2009.

Stephan, Beatriz González y Jens Andermann (eds.), *Galerías del progreso: Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2006.

Suriano, Juan, "Introducción: una aproximación a la definición de la *cuestión social* en Argentina", en J. Suriano (comp.), *La cuestión social en Argentina 1870-1943*, Buenos Aires, La Colmena, 2000.

Tell, Verónica, *El lado visible. Fotografía y progreso en la Argentina a fines del siglo XIX*, San Martín, UNSAM Edita, 2017.

Vezzetti, Hugo, *La locura en Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 1985.

Tuan, Yi-Fu, *Dominance and Affection. The Making of Pets*, Nueva York, Yale University Press, 2004.

Resumen / Abstract

En la capital del país de las vacas. Desplazamientos materiales y simbólicos de la vida animal en la Buenos Aires de entresiglos (1871-1910)

El artículo se propone analizar el entramado de procesos materiales, representaciones y usos simbólicos que, entre 1871 y el Centenario de la Revolución de Mayo, acompañaron desde Buenos Aires la consagración de la vaca como aquello que Nicole Shukin denomina "capital animal". En esa coyuntura, oscilando entre la complementariedad y la tensión, los avatares históricos que acrecentaron el valor del ganado bovino como capital económico y los textos e imágenes de la cultura porteña que usufructuaron el capital simbólico sedimentado en la figura de la vaca, ícono o alegoría de lo nacional, se interceptaron sobre un telón de fondo compartido: las transformaciones materiales y culturales que movilizaban un lento retroceso de la presencia animal en el espacio y la praxis cotidiana de la ciudad.

Palabras clave: Vaca – Capital animal – Higienismo – Industria – Prensa periódica

In the capital of the country of cows. Material and symbolic displacements of animal life in Buenos Aires at the turn of the Century (1871-1910)

This article aims to analyze the network of material processes, representations and symbolic uses that, between 1871 and the Centennial of the May Revolution, accompanied –centered in Buenos Aires– the consecration of the cow as what Nicole Shukin calls "animal capital". In this context, oscillating between complementarity and tension, the historical vicissitudes that increased the value of bovine cattle as economic capital and the texts and images present in the "porteño" culture of Buenos Aires that used the symbolic capital sedimented in the figure of the cow –icon or allegory of the national–, were intercepted against a shared backdrop: the material and cultural transformations that mobilized a slow retreat of the animal presence in the space and the daily praxis of the city.

Keywords: Cow – Animal Capital – Hygienism – Industry – Periodical Press

Fecha de recepción del original: 27/10/ 2021
Fecha de aceptación del original: 18/1/2022

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1256>

La profesionalización de los estudios filosóficos en Tucumán durante el primer peronismo

Un análisis de la revista Notas y Estudios de Filosofía

Paula Jimena Sosa*

Universidad Nacional de La Plata / CONICET

Introducción

El escenario intelectual argentino durante el primer peronismo ha sido abordado por varios autores y desde diferentes perspectivas. Por ejemplo, Federico Neiburg, Silvia Sigal, Oscar Terán, Flavia Fiorucci y Carlos Altamirano atienden a los lugares ocupados por los principales agentes, desde distintas posiciones políticas, centrándose en la organización de los espacios de socialización intelectual, las redes editoriales, la construcción del pasado nacional y las inclinaciones en torno a la política internacional, para dar cuenta –en definitiva– de un campo fuertemente polarizado.[1]

Fiorucci, Sigal y Verón y Terán arrojan luz en torno al lugar que ocupan las publicaciones periódicas en ese contexto, enfatizando las estrategias de los intelectuales antiperonistas que intentan resistir en espacios de producción externos a los académicos.[2] De allí que los estudios se centren en revistas de la élite intelectual y de la juventud de izquierda. Aunque existen trabajos que, al analizar esta etapa, subrayan la existencia de casos en los que es posible percibir una mayor complejidad en las posiciones ocupadas por los agentes, en el cruce de las variables políticas y académicas (como los de Pablo Buchbinder, Germán Soprano y Sabina Frederic, y Clara Ruvituso)[3] todavía no se cuenta con suficientes estudios que agreguen matices por fuera del binomio peronismo-antiperonismo en la consideración del campo intelectual, sobre todo por fuera del ámbito de Buenos Aires.

* <jsosa@fahce.unlp.edu.ar>.

[1] Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza, 1998; Silvia Sigal, "Intelectuales y peronismo", en J. C. Torre (dir.), *Los años peronistas (1943-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002, pp. 481-522; Oscar Terán, *Historia de las ideas en la Argentina: diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, pp. 257-304; Flavia Fiorucci, *Intelectuales y peronismo, 1945-1955*, Buenos Aires, Biblos, 2011; Carlos Altamirano, *Bajo el signo de las masas, 1943-1973*, Buenos Aires, Ariel, 2001.

[2] Fiorucci, *Intelectuales*; Silvia Sigal y Eliseo Verón, *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Legasa, 1986; Oscar Terán, *Historia*.

[3] Pablo Buchbinder, *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005; German Soprano y Sabina Frederic (comps.), *Política y variaciones de escalas en el análisis de la Argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2009; Clara Ruvituso, *Diálogos existenciales. La filosofía alemana en la Argentina peronista (1946-1955)*, Madrid, Iberoamericana, 2015.

Prismas, Revista de historia intelectual, Nº 26, 2022, pp. 91-109
DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1120

Para contribuir con esta área de vacancia, nos proponemos ampliar el estudio hacia una importante revista académica de filosofía, producida en el interior: *Notas y Estudios de Filosofía*,[4] editada en Tucumán entre 1949 y 1954 por profesores que se desempeñan en universidades nacionales durante el primer peronismo. Este análisis puede permitirnos reconsiderar, al menos en parte, las lecturas que enfatizan la interpretación de esta etapa como de ruptura total con respecto al reformismo universitario,[5] y que tienden a acentuar la idea de una decadencia académica. En esta dirección, proyectamos analizar *NEF* en una doble dimensión: por un lado, atendiendo a los condicionamientos materiales y sociales que posibilitan su emergencia; por otro, considerando la recepción de ideas que la revista despliega, en el marco de su propia construcción de un canon filosófico. En este último sentido, nos detendremos en la gravitación de las filosofías de la existencia que, en la revista, se alejan de la matriz heideggeriana–sartreana que domina el debate de la época, abriéndose en cambio hacia otros autores como Karl Jaspers, Simone Weil y Gabriel Marcel.

Notas y Estudios de Filosofía en el campo intelectual argentino

Durante el primer peronismo, el lugar de las revistas editadas es comprendido, en general, como un espacio polarizado entre intelectuales nacionalistas, predominantemente provenientes del espectro católico, que apoyan al gobierno –y cuyas instancias de edición corresponden a las revistas *Hechos e Ideas*, *Sexto Continente* o *Mundo Peronista*–, e intelectuales liberales y cosmopolitas, cuyos órganos de expresión son publicaciones periódicas tales como *Sur*, *Ver y Estimar* y *Liberalis*, entre otras.[6]

En torno a la disciplina filosófica, los proyectos editoriales pueden dividirse en revistas académicas laicas[7] (como *Cuadernos de Filosofía* –primera época, entre 1948 y 1955–, editada en la UBA bajo la dirección de Carlos Astrada) y otras en las que conviven intelectuales laicos y católicos (como *Philosophia*, publicada entre 1944 y 1955, en la UNCuyo, a cargo de Juan Ramón Sepich; *Arqué. Revista de metafísica*, editada entre 1952 y 1956, y *Diálogo*, que sale entre 1954 y 1955, ambas de la UNC, y dirigidas por Nimio de Anquín y Julio Meinvielle respectivamente). A su vez, entre las publicaciones periódicas católicas se encuentran aquellas impulsadas por instituciones privadas como *Sapientia,* impresa desde 1946 por la Sociedad Tomista Argentina, bajo la dirección de Octavio Nicolás Derisi. En paralelo, se encuentran las revistas culturales publicadas por fuera de las universidades (como *Cursos y Conferencias*, que sale entre 1931 y 1952, impulsada por los integrantes del Colegio Libre de Estudios Superiores; *Realidad,* editada entre 1947 y 1949, dirigida por Francisco Romero, e *Imago Mundi*, publicada entre 1953 y 1956, a cargo de José Luis Romero).

[4] En adelante nos referiremos a *Notas y Estudios de Filosofía* con la sigla *NEF*.
[5] En esta línea se encuentran las siguientes contribuciones: Tulio Halperin Donghi, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, 1962; Carlos Mangone y Jorge Warley, *Universidad y peronismo*, Buenos Aires, CEAL, 1984; Marcela Alejandra Pronko, *El peronismo en la Universidad*, Buenos Aires, Eudeba, 2000 y otros.
[6] Véase Fiorucci, *Intelectuales*.
[7] En adelante, la Universidad de Buenos Aires será referenciada con la sigla UBA, la Universidad Nacional de la Plata con la sigla UNLP, la de Tucumán con la sigla UNT, la de Córdoba con la sigla UNC, y la de Cuyo con la sigla UNCuyo.

En Tucumán, la primera revista especializada en filosofía es *NEF*.[8] Si bien diez años antes se crea *Sustancia* (impresa entre 1939 y 1943, a cargo de Alfredo Coviello,[9] como primer intento, por parte de la élite económica provincial, de difundir ideas filosóficas), recién con *NEF* se concreta el proyecto de profesionalizar la filosofía. Además, en esta etapa, en la Universidad de Tucumán se crean *Humanitas* (1954), dirigida por Diego Pró, e *Historia de las ideas* (1950),[10] bajo la dirección de Roger Labrousse, así como también, por fuera de la universidad, se publica *Norte*, entre 1951 y 1955, impulsada por la Comisión Provincial de Bellas Artes.[11]

Aunque *NEF* se presenta de forma independiente con respecto a la UNT (pues, según Vázquez,[12] se encuentra atravesada por la tensión que impone el gobierno peronista), parte de su correspondencia demuestra que esta revista cuenta con el apoyo de los colegas del Instituto de Filosofía de la Universidad.[13] Además, el proyecto de crear esta publicación especializada tiene lugar en un marco favorable para este fin, pues bajo el rectorado de Horacio Descole, entre 1946 y 1951, esa casa de altos estudios se encuentra en un proceso de expansión extraordinario, ya que percibe un aumento descomunal de inscriptos, y diversifica su oferta educativa, abriendo nuevas facultades, institutos y escuelas, y creando la ciudad universitaria. Este modelo genera el ambiente propicio para la educación personalizada y para la investigación, pensadas ambas como paradigmas de la excelencia académica.[14] Además, en 1949 se disuelve el profesorado en Filosofía y Letras –creado en 1939, junto con la Facultad de Filosofía y Letras–, y en su lugar se crea la Licenciatura en Filosofía, logrando con ello una relativa autonomía disciplinar.[15]

Si bien varias contribuciones conceptualizan el campo intelectual durante el primer peronismo como sesgado por la vulneración de los principios del reformismo universitario, y definen el mundo impreso como un espacio de resistencia de los intelectuales antiperonistas,[16] en Tucumán, Vázquez, el director de *NEF*, es una de las figuras vinculadas a Francisco Romero que no es cesanteada, manteniendo la cátedra de Metafísica y Gnoseología en la UNT. Tampoco la agrupación de la revista –formada por Elisabeth Goguel, Roger Labrousse, Rodolfo Mondolfo y María Eugenia Valentié– es expulsada de la Universidad por falta de lealtad al gobierno, incluso cuando muchos de ellos escriben para la "Página Literaria" del diario opositor *La Gaceta*.

[8] Véase Paula Jimena Sosa, "El debate intelectual en los años de fundación de la Facultad de Filosofía y Letras (UNT). Una aproximación a los momentos filosóficos a través del análisis de las revistas y publicaciones de la época", Tesis doctoral, Universidad Nacional de Tucumán, 2019.

[9] Véase Soledad Martínez Zuccardi, *En busca de un campo cultural propio: literatura, vida intelectual y revistas culturales en Tucumán (1904-1944)*, Buenos Aires, Corregidor, 2012.

[10] Solo hemos encontrado datos de un número de la revista *Historia de las Ideas,* correspondiente a 1950.

[11] *Norte* cuenta con algunos profesores de la carrera de Filosofía, como Manuel Gonzalo Casas, Diego Pró, Luis Farré y otros.

[12] Véase Graciela Corbalán, "Entrevista con Juan Adolfo Vázquez", en J. Schobinger (comp.), *Humanismo del siglo XX*, San Juan, Universidad de San Juan, 1995, pp. 17-30.

[13] Parte de la correspondencia sobre el período de publicación de *NEF* se encuentra en el archivo privado de María Eugenia Valentié.

[14] Véase María Celia Bravo, "El proyecto universitario de Descole y el desarrollo regional, 1946-1951", en F. Gutiérrez y G. Rubinstein (comps.), *El primer peronismo en Tucumán. Avances y nuevas perspectivas*, Tucumán, EDUNT, 2012, pp. 217-247.

[15] El otro título que la universidad otorga es el de profesor/a en Filosofía y Pedagogía. Véase Hilda Naessens y Atilio Santillán, *Testimonios de vida universitaria en el 60 aniversario de la creación de la Facultad en Filosofía y Letras de la UNT*, Tucumán, UNT, 1999.

[16] Véase Fiorucci, *Intelectuales.*

Como la mayoría de los intelectuales que lo rodean, Vázquez se autodefine antiperonista, y defiende el modelo de cultura que caracteriza al grupo *Sur* y a los intelectuales asociados a *Realidad*, ambas publicaciones enfocadas en los paradigmas epistemológicos y estéticos europeos.[17] En este sentido, *NEF* no se presenta como competidora con respecto a las revistas liberales del período –*Realidad*, *Sur*, *Liberalis* y otras–, sino que, al contrario, comparte la impronta cosmopolita y liberal que domina esas publicaciones porteñas. De hecho, a través de este órgano de difusión, Vázquez intenta conservar los vínculos con estas revistas de Buenos Aires, para sostener un proyecto con ideales compartidos en el interior del país. Este apoyo –buscado en publicaciones del mismo estilo– se confirma a lo largo de la edición de *NEF*, en la que, por ejemplo, se publicita *Sur*,[18] amén de que un gran número de redactores participan tanto de la revista tucumana como de *Realidad*.[19]

No obstante, *NEF* se diferencia de estas dos publicaciones en la distribución de los géneros que aborda. Mientras que en los espacios de difusión rioplatenses la impronta filosófica de algunas intervenciones es simultánea con respecto a los estudios literarios y artísticos, la revista dirigida por Vázquez se propone un tratamiento estrictamente filosófico; es una publicación para especialistas de filosofía con rasgos marcadamente académicos. Estos dos aspectos –especificidad filosófica y academicismo– diferencian a *NEF* de los espacios de edición antes mencionados, y la acercan a otras publicaciones universitarias del período, como *Cuadernos de Filosofía,* editada por profesores de la UBA, cuyo objetivo es fortalecer la profesionalización de la filosofía en la universidad desde una perspectiva laica, aunque *NEF* y *Cuadernos de Filosofía* no establecen vasos comunicantes entre sí, excepto en escasas ocasiones.[20]

NEF comienza a editarse en enero de 1949 y continúa hasta marzo de 1954. Su periodicidad es trimestral y cuenta con un total de diecisiete números. Al igual que otras publicaciones especializadas de esta etapa (como *Philosophia* y la *Revista de la Facultad de Filosofía y Humanidades*), presenta en cada número un índice de contenidos en la portada.[21] Allí, bajo el título de "Sumario", incluye los artículos principales, y en la sección de "Bibliografía",[22] las reseñas de libros, las novedades sobre encuentros científicos, un índice de revistas, y "necrológicas". La homogeneidad en el diseño y su carácter sobrio refuerzan su identidad académica, convocando a lectores capaces de reconocer el valor de sus contenidos.

Para diagramar la estética de *NEF*, la agrupación toma como referencia publicaciones tales como *Realidad* y la *Revista de Occidente*.[23] Pero la publicación tucumana no cuenta inicialmente con los recursos necesarios para igualarse con respecto a los espacios de edición que tiene como modelo. De hecho, en un trabajo más "artesanal", el director recorre varias casas de libros en Córdoba y en Buenos Aires ofreciendo los números, y apela a sus vínculos acadé-

[17] Véase Sérgio Miceli, *Sueños de la periferia. Intelectualidad argentina y mecenazgo privado*, Buenos Aires, Prometeo, 2017.
[18] *Sur*, editada desde 1931 por Victoria Ocampo, se publicita en *NEF* en los números 14, 15 y 16.
[19] Por ejemplo, José Ferrater Mora, Luis Farré, Enrique Anderson Imbert, Francisco Ayala y otros.
[20] Véase Luis Farré, "Introducción a cincuenta años de filosofía en Argentina", *Cuadernos de Filosofía,* vol. 5/6, n° 10-11-12, 1953, pp. 19-26; y Horacio Pintos, "Rodolfo Mondolfo: 'El infinito en el pensamiento de la antigüedad clásica'", *Cuadernos de Filosofía,* vol. 5/6, n° 10/11/12, 1953, pp. 77-81.
[21] En la tapa, el título se encuentra impreso en rojo con letras grandes, y las secciones "Sumario" y "Bibliografía" se anuncian en negro y con letra más pequeña.
[22] A partir del número 5 la sección "Bibliografía" crece, y desde el número 9 se dividen las secciones "Noticias" y "Bibliografía".
[23] Véase Vázquez a Valentié, 22 de enero de 1951, Santa Catalina, Córdoba (Archivo Valentié).

micos nacionales e internacionales para la producción de contribuciones editables, así como también acude a lazos personales para que colaboren en su impresión.[24]

Los números 3/4 se publican de forma conjunta y con una tinta azul que los diferencia de los números anteriores. Esto deja entrever las dificultades que atraviesa *NEF*, que se edita apenas con el sustento de sus suscriptores. Por ello, el grupo editor cree conveniente iniciar este número con observaciones sobre la calidad material de la revista: "Finalmente, no fue posible obtener el mismo papel y la misma tinta que se utilizaron en la preparación de los dos primeros números […]. Somos los primeros en deplorarlo y rogamos a los lectores disculpar la molestia que ha de producirles este contratiempo".[25] Es probable que esta intervención tenga un buen resultado, considerando que en el número 5 la publicación viene acompañada de un cambio sustancial en la impresión, pues mientras hasta los números 3/4 la tipografía es rústica, propia de trabajos mimeografiados, los siguientes son el resultado de un proceso de edición más industrializado. También ocurren otros cambios materiales: mientras los primeros cuatro números presentan un formato grande –29 cm x 22 cm–, los siguientes miden 16,5 cm x 24 cm, asemejándose más a la mayoría de las publicaciones académicas de esta etapa.

El rol de Vázquez y el de la agrupación de *Notas y Estudios de Filosofía*

A continuación apelamos a algunas herramientas teóricas provenientes de la sociología de los intelectuales, para profundizar en el análisis de las condiciones sociales y materiales que posibilitan la producción discursiva de *NEF*, considerando las posiciones tomadas por los miembros de la revista para su autolegitimación en el campo intelectual, el nivel de autonomía y las formas de refracción respecto de las demandas externas, entre otros elementos.

Vázquez proviene de una familia de inmigrantes irlandeses y españoles. Durante su formación, asiste primero al Colegio Nacional de La Plata y luego se inscribe en el Profesorado de Filosofía de la UNLP. En este período, se vincula de manera fructífera con Francisco Romero.[26] Gracias a este último, Vázquez socializa con el grupo de intelectuales vinculados a Korn, a tal punto que su paso por esta agrupación se convierte en una experiencia central en su iniciación en el campo intelectual.[27]

El grupo de Korn estimula las inquietudes políticas de Vázquez, quien, en esta etapa, se relaciona con los miembros del diario socialista *La Vanguardia*, aunque su simpatía por el Partido Socialista no se transforma en militancia, sino que más bien le permite reforzar los vínculos con figuras notables del campo intelectual.[28] Además, si bien no logra trabajar regularmente como periodista, cuenta con el apoyo de profesores como Eugenio Pucciarelli y Aníbal Sánchez Reulet, quienes lo alientan a finalizar su formación superior, con la seguridad de que su titulación le permitirá ejercer la docencia en la UNT, lo que deja entrever que, por entonces, Vázquez

[24] La correspondencia con Valentié evidencia el importante rol que ejerce el padre de Vázquez desde Buenos Aires para apoyar la edición de *NEF*.
[25] "Nota de la redacción", *NEF*, vol. 1, n° 3/4, julio-diciembre de 1949, p. 1.
[26] Corbalán, "Entrevista", p. 20.
[27] *Ibid.*
[28] Véase Juan Adolfo Vázquez, "Memorias de un editor de revistas: un diálogo con Juan Adolfo Vázquez", *Hispanic Journal,* vol. 6, n° 1, 1984, pp. 177-188.

es percibido por ellos como un cuadro que puede prolongar, en el interior, la profesionalización de la filosofía, una disciplina ya más consolidada en el eje de Buenos Aires y La Plata.[29]

Ni bien se traslada a Tucumán, Vázquez comienza a construir un espacio de sociabilidad nuevo, asumiendo como proyecto propio colaborar en la profesionalización de los estudios filosóficos, probablemente siguiendo el mandato recibido durante su formación en La Plata.[30] La distancia respecto de Buenos Aires le brinda la posibilidad de autolegitimarse como un agente clave en ese campo intelectual en construcción, relacionándose con profesores europeos exiliados residentes en Tucumán, que contribuyen a la consolidación de sus iniciativas editoriales.

En cuanto a los roles cumplidos por los miembros del *staff*, *NEF* menciona el de Vázquez como director y el de María Eugenia Valentié como secretaria. Si bien no presenta un comité de redacción en sus páginas ni jerarquiza a sus colaboradores de forma explícita, es posible pensar (debido a la cantidad de colaboraciones y a su permanencia) que la revista tiene como agentes claves a la pareja francesa formada por Roger Labrousse y Elisabeth Goguel, y a Rodolfo Mondolfo. Estos profesores constituyen el núcleo estable que permite que este medio adquiera un nivel destacado entre las publicaciones de su tiempo.

El matrimonio de Labrousse y Goguel ingresa a la docencia en las universidades regionales argentinas a fines de la década de 1930. Ambos provienen de familias de la burguesía protestante parisina, habiendo completado su formación en la Sorbona. Si bien ninguno de los dos ostenta un título especializado en Filosofía (Labrousse es licenciado en Letras y doctor en Derecho, mientras que Goguel es licenciada en Letras), en la familia de Goguel hay antecedentes académicos, pues Maurice Goguel, su padre, es profesor de la Sorbona y especialista en cristianismo primitivo,[31] lo cual le permite a su hija tener un contacto temprano y muy fluido con renombradas figuras del campo intelectual parisino, como Etienne Gilson y Émile Bréhier.[32]

Ambos se relacionan –directa o indirectamente– con la revista parisina *Esprit*, desde su propia formación: mientras Labrousse envía a ese medio artículos históricos y crónicas de política exterior, Goguel conoce a este grupo gracias a su hermano, François Goguel.[33] Al igual que los miembros de *Esprit,* la asociación Labrousse-Goguel comparte una ideología de izquierda que busca diferenciarse respecto del perfil de las figuras vinculadas a publicaciones políticamente más contestatarias, aunque sin renunciar al compromiso de denunciar los excesos del capitalismo.

Ese matrimonio resulta ser entonces una asociación amorosa y de trabajo que, al menos *a priori*, les asegura a ambos condiciones privilegiadas para desempeñarse en el ambiente intelectual francés. Pero al estallar la Segunda Guerra Mundial, se ven obligados a reorientar su trayectoria, y se instalan en la Argentina con su único hijo.[34] Aquí, Labrousse inicialmente da clases en el Instituto Argentino de Filosofía Jurídica y Social, dependiente de la Universidad del Litoral, y luego se incorpora al plantel docente de la UNC, mientras que Goguel se desem-

[29] *Ibid.*
[30] Probablemente el viaje a Tucumán sea el resultado de la sugerencia de Pucciarelli y Sánchez Reulet.
[31] Esto puede haber reforzado el interés de Goguel por una perspectiva política, sociohistórica y religiosa.
[32] Véase Juan Adolfo Vázquez, "Recuerdos de Elisabeth", *Humanitas*, vol. 22, n° 29, 1999, pp. 31-36.
[33] Véase Anna Boschetti, *Sartre y 'Les Temps Modernes'. Una empresa intelectual*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1990.
[34] No hemos encontrado fuentes que expliciten las razones por las cuales Labrousse y Goguel eligen trasladarse a la Argentina, pero algunos estudios vinculan su exilio al estallido de la Segunda Guerra Mundial. Véase Liliana Vanella, "El exilio europeo en la Universidad Nacional de Tucumán en las décadas de 1930 y 1940", tesis doctoral, Universidad de Córdoba, 2008.

peña como profesora visitante. Luego, gracias a la mediación de Silvio Frondizi (que por entonces se encuentra Tucumán), ambos son contratados por la UNT.

Aunque Labrousse y Goguel no presentan exactamente los mismos rasgos que los miembros de la primera generación de *Esprit* –una publicación periódica vinculada a la burguesía católica del interior de Francia–, ejercitan en *NEF* parte de los valores presentes en esta agrupación: compromiso, competencia, rigurosidad ascética y meritocrática, austeridad y rigor moral. Asimismo, la pareja manifiesta un costado elitista, también presente en la revista francesa, que se evidencia en algunos de sus gustos (como la adquisición de documentos originales y el manejo de lenguas clásicas y modernas) o en su estilo de vida (que incluye la realización de extensos viajes y de reuniones con figuras tales como los agregados culturales de la embajada norteamericana, y con figuras del British Council o de la Alianza Francesa).

También la dimensión política de *Esprit* –entendida como "tercera fuerza" que acompaña críticamente al Partido Comunista, sin renunciar a un sistema jerárquico, y cuestiona el capitalismo liberal– se traduce en el pensamiento de esta alianza conyugal, llevando a considerar al peronismo como un hecho paradójico: por un lado, ambos reconocen algunos aspectos democratizadores (pues tal como señala Goguel, "la universidad de Perón significó una democracia cultural enorme"),[35] y por otro, señalan algunos componentes ridículos, "como ese colega que había dicho 'ese bruto de Perón', y le arrestaron durante cuatro horas".[36] En cualquier caso, las valoraciones y las actitudes tomadas por la pareja francesa se diferencian respecto de las posiciones de los intelectuales antiperonistas, que en general consideran a ese gobierno como un régimen análogo a los totalitarismos europeos.

Al *staff* de *NEF* se incorpora Rodolfo Mondolfo, quien proviene de una familia italiana de origen hebreo. Su formación en la Universidad de Florencia –donde obtiene su Doctorado en Filosofía– le permite desempeñarse como profesor en las universidades de Padua, Torino y Bolonia. Asimismo, participa de la revista socialista *Critica Sociale*, editada entre 1891 y 1926, y dirigida por Filippo Turati.[37] En 1939, a los 62 años, se exilia en la Argentina junto con su mujer y dos de sus tres hijos, debido a las persecuciones raciales. En esta etapa, el intelectual italiano ya es una figura prestigiosa, portadora de un pensamiento maduro, visible en su agudo análisis del mundo antiguo, y con un fuerte compromiso político para con el Partido Socialista Italiano. Como sostiene Oviedo, "Mondolfo no fue solo un profesor investigador, sino un intelectual marxista obsesionado por la relación entre la teoría y una práctica revolucionaria de intención demorradical y nacionalista".[38] En la Argentina da clases en la UNC y la UNT. Entre los colaboradores de *NEF* es un autor de referencia, con un enorme capital simbólico, que compromete sus vínculos intelectuales para que envíen contribuciones a la revista desde el exterior. Según alumnos y colegas, Mondolfo resulta un humanista serio y erudito[39] que, durante su estancia en Tucumán, alienta a los profesores a permanecer en la Universidad.[40]

[35] Ofelia Wyngaard, "Conversación con Elisabeth Goguel de Labrousse", *Humanitas*, vol. 22, n° 29, 1999, p. 38.
[36] *Ibid.,* p. 41.
[37] Véase Guillermina Garmendia, "Rodolfo Mondolfo. Un filósofo entre dos mundos", *Humanitas,* vol. 22, n° 29, 1999, pp. 61-76.
[38] Gerardo Oviedo, "Rodolfo Mondolfo, humanista de izquierda", *Cuyo. Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, nº 23, 2006, p. 157.
[39] Véase María Eugenia Valentié, "Recuerdos de mis maestros", *Humanitas,* vol. 22, n° 29, 1999, pp. 88-89.
[40] Algunos docentes universitarios logran mantener sus cargos apelando al principio de autonomía universitaria ante el Ministerio de Educación. Véase María Eugenia Valentié, "Recuerdos".

Por su parte, María Eugenia Valentié es una de las primeras egresadas de la carrera de Filosofía de la UNT. Nacida en esta provincia, la joven profesora pertenece a una familia burguesa descendiente de franceses, de modo que, al finalizar la carrera de Filosofía y Pedagogía en 1942, ya conoce la lengua francesa, hecho que le permite realizar traducciones para *NEF*. Como docente se incorpora a la cátedra de Metafísica y Gnoseología, cuyo titular es Vázquez. Aunque al momento de contribuir en la revista Valentié es una joven graduada, también se gana rápidamente el respeto de Labrousse, de Goguel y de Vázquez, quienes alientan sus observaciones críticas y valoran su ritmo de trabajo.

Durante el primer peronismo, los hacedores de *NEF* asumen una posición compleja en el campo intelectual, que vuelve particularmente interesante esta publicación periódica: por un lado, la revista conserva su vínculo con intelectuales opositores al gobierno, como los nucleados en *Sur*; por otro, expresa algunos matices respecto de esta intelectualidad antiperonista, visibles en su valoración del período y en su accionar, ya que sus miembros en general permanecen en la Universidad (e instan a sus alumnos a permanecer en ella); participan del Primer Congreso Nacional de Filosofía de 1949, avalado por el gobierno;[41] crean nuevas publicaciones periódicas; equipan las bibliotecas con colecciones costosas, e impulsan nuevos proyectos educativos de formación superior. Además, siguiendo el ideario de orden y jerarquía propio de *Esprit*, la agrupación de *NEF* mantiene vínculos con la élite azucarera, que aprueba especialmente el hecho de que la Universidad cuente con figuras extranjeras, porque su gravitación en el medio local promete reforzar sus gustos e intereses de clase, de tal modo que, en definitiva, la revista parece ser concebida, por la clase dirigente local y provincial, como parte de su propia ala cultural.[42]

Pero durante el segundo gobierno de Perón, se producen transformaciones en el *staff* que modifican las condiciones que habían permitido la creación de la revista: Goguel obtiene una beca de investigación en Europa; Labrousse y Vázquez son separados de sus cargos, y Mondolfo abandona la provincia debido al repentino fallecimiento de su mujer. Aunque *NEF* continúa editándose hasta 1954, la correspondencia del grupo muestra, desde 1952, el gran esfuerzo por dar continuidad a una publicación que ya se sostiene con grandes dificultades debido a la desarticulación del equipo.[43]

Como advierte Anna Boschetti, generalmente las revistas culturales buscan un reconocimiento que no se mide por su éxito comercial, pero que, a la vez, necesitan recursos económicos para sostenerse.[44] Detengámonos en indagar entonces en torno a los vínculos con diferentes espacios de comercialización de libros y de editoriales, para descifrar las estrategias de supervivencia de *NEF*, y consideremos el intercambio con revistas de otros países, para definir el alcance de su circulación.

Según Vázquez, la publicación pretende vehiculizar las investigaciones en torno a la disciplina filosófica, y manifiesta la voluntad de abordar las historias de la filosofía en distintos puntos del mundo, al declarar que "aseguramos a nuestros lectores que nuestra intención primordial es publicar las mejores colaboraciones que podamos obtener, e informar sobre todo lo que tenga interés para la vida de la filosofía, sin otro interés que el de la filosofía misma".[45] El

[41] Véase Ruvituso, *Diálogos*.
[42] Véase Eduardo Rosenzvaig, *Historia crítica de la cultura de Tucumán. Amantes y locos*, Tucumán, UNT, 2010.
[43] Véase Goguel a Valentié, 29 de noviembre de 1952, París (Archivo Valentié).
[44] Véase Boschetti, *Sartre*.
[45] "Nota de la redacción", *NEF*, vol. 1, n° 2, abril-junio de 1949, p. 1.

hecho de que sus hacedores manifiesten un propósito "estrictamente filosófico" puede funcionar como mensaje para los colaboradores locales, ya que se posiciona como un órgano de difusión que exige en su medio local una producción intelectual rigurosa –incluso, podría decirse, con visibilidad internacional– y puede ser una estrategia para mostrarse como una publicación profesional hacia el exterior (interpelando a los autores consagrados pertenecientes a los centros culturales), capaz de superar la condición periférica del campo intelectual argentino, y de asumir "seriamente" la tarea de difusión de ideas. Desde su perspectiva, el campo intelectual en el cual se edita la revista no condiciona la publicación, como tampoco las decisiones políticas de sus agentes. De allí que Vázquez sostenga que "cuando edité la revista *NEF* de 1949 a 1954, mi propósito fundamental no era difundir mis ideas o las de un determinado grupo intelectual sino informar al público lector de la Argentina y, en general, de habla española, acerca del pensamiento filosófico contemporáneo, principalmente el de Europa, pero también el de las Américas".[46] Aunque en ese pasaje solo queda expresada la intención de profesionalizar los estudios filosóficos, puede pensarse que, indirectamente, esa tendencia a la profesionalización también le permite a la revista evadir la dimensión política, tan compleja por entonces para un grupo como el de *NEF*.

Para reforzar este carácter de profesional apolítico, Vázquez hace alusión a destinatarios que se encuentran interesados en la disciplina filosófica europea y americana, probablemente remitiendo al lectorado académico y, en parte, al público de la oligarquía local, interesada en la revista como marca de distinción (en el sentido de Pierre Bourdieu).[47] Además, llamar la atención sobre una cierta pureza "cultural", a su vez anclada en la tradición filosófica de los centros culturales del mundo, contribuye a fortalecer los lazos con la intelectualidad extranjera, visibles en la creciente participación de agentes europeos y norteamericanos en *NEF*.[48] La importancia del internacionalismo buscado por la redacción puede deberse, por un lado, al hecho de que la revista cuenta con agentes que participan en publicaciones con este perfil (como la propia *Esprit*, cuyo subtítulo, Revue internationale, colaboró en su éxito),[49] y por otro lado, al contacto con revistas con esta impronta.[50]

De cara a los posibles lectores locales, Vázquez parece prometer la profesionalización del campo a través de un índice con trabajos de actualidad. Si bien este interés por la especialización del campo filosófico se presenta desde la primera página, el proyecto adquiere mayor apoyo desde los números 7/8, publicados entre julio y diciembre de 1951, cuando la revista empieza a imprimir publicidades comerciales de editoriales como Losada (1938), Sudamericana (1939) e Imán (1934), difundiendo libros de filosofía.[51] Otros avisos remiten a librerías e

[46] Corbalán, "Entrevista", p. 24.
[47] Véase Pierre Bourdieu, *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1988.
[48] En *NEF* se observa un importante número de artículos, noticias y reseñas de libros y revistas.
[49] Véase Jacqueline Pluet-Despatin, "Contribución a la historia de los intelectuales. Las revistas", *Américalee*, 2017, p. 6. Disponible en: <https://americalee.cedinci.org/wp-content/uploads/2017/11/Pluet-Despatin_Contribucion-a-la-historia.pdf>.
[50] Por ejemplo, la revista *Philosophy and Phenomenological Research*, cuyo subtítulo evidencia la aspiración internacional: "An international quarterly edited by Marvin Farber". Esta última se posiciona como independiente de toda escuela filosófica específica, y alienta el envío de artículos de distintos países. Véase anuncio en *NEF*, vol. 2, n° 7/8, julio-diciembre de 1951, p. 248.
[51] Los anuncios de Losada, Sudamericana e Imán ocupan página completa (lo que hace suponer el pago de tarifas elevadas).

imprentas.[52] Estos anuncios dejan entrever que *NEF* conserva el vínculo con importantes figuras rioplatenses, como Francisco Romero, quien está a cargo de la Biblioteca Filosófica de Losada y alienta a Vázquez cuando este asume la dirección de la Biblioteca Filosófica de Sudamericana.[53] Estas publicidades suponen una contribución a la solidez material y simbólica de la revista, ya que presentan, en tipografía de gran tamaño, los nombres de los autores de las obras y traducciones realizadas por el *staff* de *NEF*.

Desde los números 7/8, se promocionan revistas de filosofías europeas y norteamericanas,[54] y de filosofía y cultura.[55] El hecho de que algunas de estas publicaciones periódicas se encuentren en lenguas extranjeras (en inglés, italiano y alemán) enfatiza el sentido profesional de la revista filosófica, y al mismo tiempo subraya la exclusividad (la distinción) de esa reflexión internacional.

En un gesto sintomático de establecimiento de alianzas con la élite económica local, más allá de la publicidad cultural, *NEF* cuenta con anuncios de la compañía azucarera San Antonio, que apoya la publicación quizá gracias a la mediación de Valentié, cuyo padre ejerce un rol significativo como gerente de ese ingenio. También, aunque en menor medida, se encuentran otros avisos comerciales, entre los pocos que promocionan bienes de consumo cotidiano.[56] Finalmente, se publicitan servicios en Buenos Aires, La Plata y Tucumán, probablemente por ser contactos de Vázquez en la provincia y en la capital.[57]

La gran mayoría de las publicidades cuentan con textos dispuestos de forma armónica, donde se despliega información detallada sobre el mundo impreso, poniendo énfasis en las áreas de humanidades y ciencias sociales. Estos elementos confirman la interpelación a un público culto, interesado en el cultivo de cultura europea, como las élites oligárquicas locales comprometidas en el proyecto fundacional de la UNT, y sus continuadores reformistas, a saber, las clases medias emergentes, y las élites de Buenos Aires y de los centros culturales del mundo.

Desde el punto de vista económico, inicialmente la suscripción a la revista cuesta 20 pesos argentinos (o 5 dólares), y paulatinamente aumenta a 50 pesos, manteniéndose el precio en dólares.[58] El hecho de que los valores se encuentren en moneda local y extranjera permite inferir que la publicación cuenta (o al menos aspira a contar) con un lectorado tanto dentro como fuera del país. Además, la comercialización de números individuales coincide con la mejora en la calidad de la edición, lo cual puede indicar un relativo éxito comercial. En relación con las revistas de la época, *NEF* tiene un costo superior al de algunos espacios vinculados a la izquierda, como las revistas *Centro* y *Contorno*,[59] acercándose al de algunos medios liberales, como *Realidad* o *Liberalis*.[60] Esta comparación, sumada a las consideraciones previas, re-

[52] Entre las librerías se publicita Harrods –único anuncio que presenta ilustración, impreso a página completa–, y entre las imprentas se promocionan "López" y "Miguel Violeto".
[53] Véase Gregorio Weinberg, "Recordando a Francisco Romero", en José Luis Speroni, *El pensamiento de Francisco Romero*, Buenos Aires, Edivern, 2001.
[54] Por ejemplo, *The Philosopher*, editada en Londres desde 1923, a cargo Ada Sheridan.
[55] Por ejemplo, *Aut Aut, Rivista di filosofia e di cultura*, publicada en Milán desde 1951, a cargo de Enzo Paci.
[56] Por ejemplo, la casa de modas Anita y el Vivero Doña Ana.
[57] En especial, abogados, contadores y procuradores.
[58] Los pagos de la suscripción deben realizarse por adelantado y los números atrasados valen más.
[59] *Contorno* tiene inicialmente un valor de 2 pesos por ejemplar y crece paulatinamente hasta los números 5/6, cuando la revista comienza a publicar números dobles.
[60] *Realidad* tiene un costo anual de 18 pesos y el número suelto vale 3,50 (en moneda extranjera: 5 dólares la suscripción y 1 dólar el ejemplar).

fuerza la idea de que *NEF* apunta a un lectorado similar al de los espacios de difusión cosmopolitas de Buenos Aires (las élites regionales y porteñas, además de los contactos extranjeros), y no al público de masas.

La sección "Índice de revistas" resulta central para ahondar en la trama de vínculos que traza la publicación, aunque no hemos encontrado fuentes que permitan determinar si las publicaciones reseñadas en *NEF* provienen de instancias de donación, de canje o eventualmente de compra. Allí la revista tucumana comenta "publicaciones recibidas" que evidencian un diálogo textualizado con diferentes interlocutores que, si los ordenamos de mayor a menor, según la cantidad de ejemplares reseñados, pueden dividirse en tres grupos: las publicaciones argentinas, las revistas de centros culturales, y las de países latinoamericanos.

En principio, esta circulación de revistas supone una estrategia de legitimación basada en un juego de cooperación y rivalidad[61] que refuerza los apoyos con los que cuenta la revista, dentro y fuera de la provincia, y que le permiten consolidar su lugar en el campo nacional y el internacional.

La construcción de un canon en *Notas y Estudios de Filosofía*

Para los editores de *NEF*, la revista resulta un espacio privilegiado para diagramar un núcleo de figuras, textos y temas claves en la formación filosófica académica. Además, a nivel local, como los estudios filosóficos en Tucumán se encuentran en formación, las investigaciones sobre este tema permiten debatir los contenidos curriculares de la carrera recientemente creada.

NEF cuenta con dos tipos de trabajos sobre filosofía antigua: los orientados a considerar autores clásicos,[62] y las contribuciones que abordan tópicos relativos al mundo antiguo. Aunque el lugar de Platón y Aristóteles en el canon de la Antigüedad es hoy indiscutido –en esta etapa, ya están canonizados en los programas de filosofía clásica–, el análisis filosófico presente en la publicación tucumana no gira en torno de estos autores, sino con relación al pensamiento presocrático, al neoplatónico y al de las escuelas helenísticas. Posiblemente la cristalización de ciertas figuras hegemónicas en el canon del mundo antiguo habilita un espacio para el abordaje de temas menos recurrentes, como la religiosidad, la subjetividad o la metodología de análisis, privilegiando la inclusión de trabajos novedosos que permitan la exploración y la crítica.

Entre los especialistas en torno al mundo antiguo, *NEF* cuenta con Mondolfo, cuyas tesis sobre la subjetividad, en esa etapa de la historiografía filosófica, generan polémicas en el ambiente académico italiano[63] que, enraizado en el neoclasicismo,[64] subraya los ideales de armonía, medida y proporción como dominantes en el espíritu griego, invisibilizando la dimensión irracional y religiosa de la Antigüedad.[65] Por la mediación de Nietzsche –quien evidencia los

[61] *NEF* reseña y promociona revistas argentinas oficiales, laicas y católicas, cuyas figuras centrales hegemonizan el campo filosófico en universidades nacionales, a cambio de publicidad de obras del propio grupo. Por ejemplo, *NEF* reseña *Sapientia*, a cambio de la publicidad en esta de *La razón y la fe,* de Labrousse.
[62] Véase "Sobre una interpretación reciente de Anaxágoras y los eleatas", de Mondolfo; "La significación real del mundo inteligible de Plotino", de Arthur Hilary Armstron y otros.
[63] Por ejemplo, con Zeller. Véase Rodolfo Mondolfo, "Eduardo Zeller y la historia de la filosofía", *NEF*, vol. 3, n° 12, octubre-diciembre de 1952, pp. 369-380.
[64] Los principales representantes son Lessing, Winckelmann, Goethe y Schiller, entre otros.
[65] Véase Garmendia, "Rodolfo Mondolfo".

antagonismos entre las tensiones apolíneas y dionisíacas en el pensamiento griego–, Mondolfo aborda el tema de "infinitud subjetiva"[66] en el pensamiento antiguo.[67] Esta concepción de infinito[68] le permite sostener la tesis de una "continuidad histórica", recuperada en el Renacimiento y en la modernidad europea.[69] Es probable que, como sostienen algunos intérpretes, este cuestionamiento al clasicismo tenga el sello de la lectura crítica de Hegel.[70] Para Mondolfo, el "espíritu objetivo" (el lenguaje, la religión, el arte y la ciencia) mantiene siempre una relación "con el espíritu subjetivo del que procede, ejerciendo, a su vez, sobre este un acción formativa y modeladora".[71] Además, es posible pensar que en *NEF*, esta perspectiva no se limita solo a Mondolfo, sino que es compartida por algunos interlocutores[72] que coinciden en la recuperación de la dimensión irracional, religiosa y subjetiva del mundo antiguo, y por los estudiantes[73] que envían contribuciones en la misma línea interpretativa.

Si bien la revista cuenta con trabajos en torno al período medieval, no llega a plantear un debate significativo sobre esta etapa de la historia de la filosofía, como el que se sí se presenta en *Sapientia, Arqué* y *Diálogos*. La heterogeneidad de temas y autores medievales, en *NEF*, permite pensar que la publicación no está interesada en construir un debate con las figuras del espectro católico en la Argentina, cuya reflexión gira en torno al pensamiento de Tomás de Aquino.[74] Pero las reseñas bibliográficas contienen algunas referencias a figuras que sí entran en contacto con dicha intelectualidad (como Manuel Gonzalo Casas, Arturo García Estrada y Diego Pró). Estas figuras tienen cargos docentes en la UNT, y su hegemonía crece durante el segundo gobierno peronista, amén de estar nucleados en torno a la revista *Norte*, solventada por la Comisión Provincial de Bellas Artes, donde la gravitación de Perón es explícita.

La correspondencia indica que los hacedores de *NEF* y de *Norte* son adversarios entre sí. Los antagonismos entre ambos grupos se observan en los juicios con respecto al gobierno peronista, el tipo de instituciones en las que socializan, la relación con intelectuales católicos de la capital del país (y con las instituciones religiosas locales), e incluso en el canon filosófico que forjan ambas revistas.

Un punto central en la oposición de estas agrupaciones es la concepción del fenómeno religioso; mientras que en *NEF* este aspecto es estudiado desde una perspectiva filosófica, histórica y social, los miembros de *Norte* comprenden la religión desde la perspectiva del creyente que –alejado de una comprensión filosófica o racional del fenómeno religioso– se enfoca en el acrecentamiento de la cultura católica en la provincia. Así, desde Córdoba, Vázquez expresa a

[66] Véase Rodolfo Mondolfo, "Lo humano y lo subjetivo en el pensamiento griego", *NEF*, vol. 2, n° 6, abril-junio de 1951, pp. 111-122.
[67] Roberto Rojo, "Rodolfo Mondolfo: un investigador del pensamiento clásico en Tucumán", *Humanitas*, vol. 22, n° 29, p. 82.
[68] Según Mondolfo, las tesis sobre el infinito en la Antigüedad se observan por ejemplo en los números irracionales.
[69] Mondolfo indaga los puntos de contacto entre el mundo antiguo y el pensamiento de Ficino, Campanella, Bruno y otros.
[70] Véase Garmendia, "Rodolfo Mondolfo".
[71] *Ibid*, p. 70.
[72] Véase Werner Jaeger, "El estudio de la filosofía griega", *NEF*, vol. 3, n° 9, enero-marzo de 1952, pp. 1-23; Benjamin Farrington, "La amistad epicúrea", *NEF*, vol. 3, n° 10, abril-junio de 1951, pp. 105-113.
[73] Véase Giuseppino Pernice, "Cuestiones morales y religiosas en Eurípides", *NEF*, vol. 1, n° 3/4, octubre-diciembre de 1949, pp. 269-275; y Guillermina Garmendia, "El infinito en el pensamiento antiguo", *NEF*, vol. 3, n° 12, octubre-diciembre de 1952, pp. 391-395.
[74] En 1948 se funda la Sociedad Tomista, en Buenos Aires, y el Instituto Tomás de Aquino, en Tucumán.

Valentié la posición del grupo frente a este tema, partiendo de un artículo de esta última para la página del diario *La Gaceta*, que aborda los estudios sobre demonología:

> Pero vuelvo sobre "El príncipe de este mundo" *et ses retentissements sociologiques* [y sus repercusiones sociológicas]. Si Tucumán no es enteramente paquidérmica, ese estímulo es suficiente y sobra para que te anatematicen definitivamente ¿qué dijo la gente del instituto Santo Tomás de Aquino? Y habrá que seguir, porque eso no puede quedar solo. Cuenta conmigo. Seremos francotiradores. No podemos ser otra cosa. No debemos ser otra cosa.[75]

Sin embargo, durante la edición de ambas publicaciones, la tensión no es total, quizá como estrategia de supervivencia en un medio cultural todavía reducido, que puja en conjunto por la profesionalización filosófica. De hecho, existe un número limitado de contribuciones de Valentié en *Norte*, y de Pró, Casas y García Estrada en *NEF*, probablemente como prueba de la cooperación entre las dos revistas, en favor de la consolidación disciplinar, junto con (y más allá de) la confrontación política.

Además, *NEF* también edita trabajos sobre filosofía moderna. Como recuerda Dotti (1992), entre los autores modernos más leídos en la Argentina, Kant tiene un rol importante como sintetizador del idealismo de Descartes, Spinoza y Leibniz, y el empirismo de Locke, Berkeley y Hume.[76] Pero la gravitación de la filosofía kantiana es mayor en las universidades rioplatenses, donde la filosofía germana tiene más impacto que en otras regiones del país.[77] En *NEF* la alusión más importante a Kant es una traducción de Hernán Zucchi titulada "¿Qué significa orientarse en materia de pensamiento?". El hecho de que el traductor proviniera de la UNLP explica su interés por el filósofo de Königsberg, pero no hay constancia de un debate sobre su lugar en el canon de la modernidad. Además, en el círculo de intelectuales que participan en la revista, se encuentran dos figuras francesas como Goguel y Labrousse, probablemente formadas en una concepción de la historia de la filosofía en la que Kant no es una figura central. En este sentido, Manzo (2017) afirma que

> […] el canon que impera en el mundo anglosajón y alemán, y es acogido en nuestro país, se estructura en base a la tríada racionalismo, empirismo y criticismo, integrada respectivamente por los "siete grandes": Descartes, Spinoza y Leibniz; Locke, Berkeley y Hume; Kant. Si bien este esquema ha adquirido gran predominio global, en el mundo francófono manifiesta ciertas variaciones significativas.[78]

Por otra parte, el abordaje de autores de la modernidad no se restringe tampoco a las dimensiones gnoseológicas, que en gran medida llevan a las lecturas que coronan la filosofía kantiana como resultado de la síntesis entre racionalismo y empirismo, tal como se presenta en impor-

[75] Vázquez a Valentié, 1° de octubre de 1957, Santa Catalina, Córdoba (Archivo Valentié).
[76] Véase Jorge Dotti, *La letra gótica: recepción de Kant en Argentina, desde el romanticismo hasta el treinta*, Buenos Aires, UBA, 1992.
[77] Véase Ruvituso, *Diálogos.*
[78] Silvia Manzo, "Piezas de un modelo para armar, desarmar y rearmar: autores, textos y temas en la construcción de los cánones filosóficos", en S. Maidana y M. M. Risco (comps.), *La Modernidad ayer y hoy*, Tucumán, UNT, 2017, p. 117.

tantes historias de la filosofía, como las de Víctor Cousin y Wilhelm Windelband.[79] En cambio, aparecen otros estudios que contemplan la dimensión política de los filósofos modernos,[80] trabajos destinados al análisis del elemento religioso en algunas filosofías modernas[81] y traducciones sobre temas afines.[82] La importancia que toma la dimensión religiosa en los análisis de la modernidad europea puede estar relacionada con la formación de base de la pareja y con la sociabilidad intelectual en París antes mencionada. Pero este reconocimiento de la cuestión religiosa alarma a Vázquez, quien expresa cierto temor a que dicho aspecto tome una envergadura excesiva. De allí que le advierta a Valentié que "tendremos que tener cuidado de no convertir *NEF* en una revista teológica".[83]

En cuanto a la filosofía contemporánea, la publicación recepciona corrientes como las filosofías de la existencia. Ruvituso señala la importancia de Heidegger en la intelectualidad argentina en esta etapa, y su gravitación especialmente en el Primer Congreso Nacional de Filosofía, en donde el pensamiento heideggeriano se convierte en hegemónico, dividiendo el campo de recepciones en dos claves, laicas (liberales e izquierdistas) y católicas.[84] Estas lecturas también gravitan en revistas académicas como *Cuadernos de Filosofía* y *Revista de Filosofía,* en las que se renueva el esfuerzo por introducir en la agenda filosófica a figuras consagradas del pensamiento filosófico europeo. Además, en ese Congreso, aunque en menor medida, se presenta una línea de lectores de Sartre, que encuentra espacio en medios como *Realidad*, *Centro* y *Contorno*.[85]

Entre los trabajos sobre filosofías de la existencia editados en *NEF*, cabe mencionar el artículo de Heidegger titulado "La voz del camino", traducido por Zucchi y publicado en 1951. Es probable que la agrupación no desconozca la importancia de Heidegger, sobre todo si se considera tanto su proximidad con respecto a *Sur*, que edita una serie de artículos en torno a este pensador alemán, como el lugar central de su filosofía en el mencionado congreso de 1949, en donde se despliegan diferentes lecturas de su obra, amén de difundirse la reciente traducción al español de su obra *Sein und Zeit*. Además, la publicación cuenta con algunos colaboradores alemanes que median para que se incluya, en la revista, el texto de Heidegger antes mencionado.

Ahora bien, resulta sorprendente que este trabajo de Heidegger sea incorporado en *NEF* sin la interpretación de algunos miembros del *staff*. Tampoco el intercambio epistolar entre Valentié y Vázquez da cuenta de la polémica que supone la inclusión de un texto de Heidegger. Quizás esta ausencia de preámbulos se debe a una actitud prudente por parte de los hacedores, pues se trata de una figura disputada por diferentes sectores de la intelectualidad argentina y la europea, dadas las controversias que giran en torno al autor en los procesos de desnazificación.[86] Sin embargo, el debate por la apropiación entre sectores políticamente confrontados en la Argentina permite pensar que el filósofo constituye una "figura conceptual"[87] –por medio de

[79] Véase Knud Haakonssen, "The idea of early modern philosophy", en J. Schneewind (comp.), *Teaching New Histories of Philosophy*, Princeton, University Center for Human Values, 2004, pp. 99-121.
[80] Por ejemplo, "Nota sobre el concepto de voluntad general en Rousseau", de Labrousse.
[81] Por ejemplo, "Sobre el 'misticismo' de Leibniz", de Valentié.
[82] Por ejemplo, "Notas contra el programa filosófico de Regius", de Descartes, traducida por Goguel.
[83] Vázquez a Valentié, 18 de enero de 1951, Santa Catalina, Córdoba (Archivo Valentié).
[84] Véase Ruvituso, *Diálogos.*
[85] Véase Oscar Terán, "La cultura en el primer peronismo", *La Nación*, 19 de septiembre de 2004.
[86] Véase Ruvituso, *Diálogos.*
[87] *Ibid.*, p. 37.

la cual buscan legitimarse algunos intelectuales afines al sector peronista–, mientras que sus opositores de izquierda y de derecha apelan a la figura de Sartre.[88] Para estos últimos, el filósofo francés es pensado como una herramienta que permite edificar un existencialismo al margen (e incluso en contra) del peronismo.

Por otro lado, los hacedores de *NEF* comparten cierto rechazo por la figura de Sartre, visible sobre todo en las posiciones de Labrousse y Goguel, en lo que podría considerarse como una suerte de prolongación local de la oposición –clave en el campo intelectual francés– de *Esprit* con respecto a la revista *Les Temps Modernes*, editada por la formación intelectual nucleada en torno a Sartre.[89] La afinidad con *Esprit* (revista que defiende una serie de valores morales –como la prudencia, la competencia y la disciplina– y una serie de valores políticos –como la aspiración al orden, el respeto por las jerarquías, o la crítica moderada a la anarquía del capitalismo liberal y al parlamentarismo corrupto) quizás ayude a explicar por qué la pareja rechaza al filósofo francés. De hecho, la pareja de Goguel y Labrousse, además, adhiere a una perspectiva política de corte socialista demoliberal (como sostiene Babot, "un régimen liberal con las rectificaciones sociales de la democracia, donde pueden convivir la libertad con la justicia").[90] De allí que Goguel en 1957 le exprese a Valentié, desde París, que

> […] esta mañana al salir para comprar pan y leche hice dos encuentros: 1° una rata enorme (eran las 11 de la mañana, pero este es un barrio viejísimo)... 2° Jean Paul Sartre (que vive en la esquina y reconocí por las fotos) tiene el pelo más tirando al rubio de lo que me imaginaba, es tuerto espantosamente, estaba honradamente despeinado y vestido con negligencia, y tenía un áurea cansada y preocupada: un *parisien.* Pienso si no debería avisar a l'*Humanité* (el diario comunista) de mis encuentros sucesivos, sin duda llenos de significados simbólicos.[91]

Sartre es un agente central en la posguerra, mientras Goguel, por el contrario, retorna por entonces a su país sin ninguna garantía de visibilización en ese campo intelectual, con su padre y su marido fallecidos durante su exilio en la Argentina, y adhiriendo a los valores de una agrupación como *Esprit,* desplazada por la hegemonía de Sartre, todos elementos que permiten explicar el rechazo que le produce ese encuentro.[92]

Aunque Goguel y Labrousse son los que despliegan con mayor énfasis sus críticas hacia Sartre, también Vázquez parece hacerse eco de este rechazo*,* cuestionando a los intelectuales franceses que desacreditan a los autores que tienen alguna adhesión cristiana. En la correspondencia, el director le dice a Valentié que "parece que últimamente en Francia hay una ola de marxismo en filosofía que decreta tabú cualquier examen benévolo o siquiera imparcial de los autores cristianos".[93]

[88] Véase Alan Savignano, "La recepción del pensamiento de Jean-Paul Sartre en Argentina: la generación existencialista del 25 y la nueva izquierda de 'Contorno'", *Ideas*, nº 4, 2016, pp. 34-61.
[89] Para la confrontación entre ambas publicaciones periódicas véase Boschetti, *Sartre*.
[90] Judith Babot, "Un precursor de una innovadora historia de las ideas en Tucumán. Democracia, ciudadanía y totalitarismo en la producción historiográfica de Roger Labrousse", en M. C. Vera de Flachs y F. Borja (comps.), *Reformas universitarias y movimientos estudiantiles en América y Europa*, Córdoba, Báez, 2006, p. 20.
[91] Goguel a Valentié, 5 de marzo de 1957, París (Archivo Valentié).
[92] Maurice Goguel muere en 1955, y Labrousse fallece en Santa Catalina, en 1956, de un ataque cerebral.
[93] Vázquez a Valentié, 10 de febrero de 1948, Santa Catalina, Córdoba (Archivo Valentié).

Por otra parte, si bien el campo filosófico argentino se encuentra dividido entre sartreanos y heideggerianos –y la revista dirigida por Vázquez incluye un texto de Heidegger–, no es posible concluir que los intelectuales de *NEF* se inscriban en la línea de los heideggerianos. Más bien, sus miembros principales se aproximan al pensamiento de figuras vinculadas al denominado "existencialismo cristiano", como Kierkegaard, Weil y Marcel. Así, Vázquez sostiene que

> […] otro rasgo decisivo de la ontología actual se desprende del planteamiento existencialista cuando destaca la índole peculiarísima del modo del ser humano como situación radical del ser. Este requerimiento del existencialismo no contradice los rasgos esenciales de las corrientes antes mencionadas si se considera no ya la posición de Heidegger (aún incompleta) ni la de Sartre (aparentemente cerrada) sino la del espiritualismo francés contemporáneo. Como lo señalan los filósofos rusos orientados en la línea del espiritualismo cristiano, el conocimiento del ser supone no solo una gnoseología en el sentido tradicional, sino una analítica de la existencia humana en un sentido más amplio, porque el ser no es conocido por un sujeto humano abstracto, sino por un sujeto que no es un ente cualquiera, uno más en el mundo, sino un ente espiritual capaz de infinitas posibilidades en su acto de trascendencia.[94]

Vázquez apela a las filosofías de la existencia para retornar a un modelo antropológico presente en el espiritualismo francés previo a la Segunda Guerra Mundial, cuyo principal representante es Bergson. Este retorno al bergsonismo –mediado por las lecturas de filósofos rusos cristianos– le permite organizar una concepción del "hombre" que reflexiona sobre la existencia humana y busca conectarse con un principio trascendente. La recuperación del pensamiento bergsoniano le da la posibilidad de conciliar la crítica al positivismo (a la que alude con la expresión "desborda la formulación científica naturalista",[95] clave en la formación del propio Vázquez)[96] con el debate más actual en torno al problema de la existencia, aunque sin renunciar al tratamiento de la experiencia religiosa.

Las marcas de las lecturas del existencialismo cristiano son compartidas por Labrousse, Goguel y Valentié. Tanto en las publicaciones individuales[97] –que resultan de las clases brindadas en la Universidad– como en los artículos y en las reseñas de *NEF*, se observa la gravitación del existencialismo cristiano de Kierkegaard, Marcel, Weil y Jaspers, poniendo evidencia en qué medida la recepción de estos filósofos es compartida, convirtiéndose en una vía superadora de las limitaciones presentes en el existencialismo heideggeriano/sartreano, que se articula con los valores de la agrupación.

Consideraciones finales

Si bien los hacedores de *NEF* se presentan como antiperonistas, en la práctica desarrollan una serie de actividades que parecen contradecir la idea de que el campo académico se ve arrasado

[94] Juan Adolfo Vázquez, *Ensayos Metafísicos*, Tucumán, UNT, 1951, pp. 17-18.
[95] *Ibid.*, p. 21
[96] Vázquez se forma en la UNLP con docentes que asocian el nacimiento de la filosofía argentina con la refutación del positivismo. Véase Ruvituso, *Diálogos*.
[97] Véase Elisabeth Goguel, *El mal*, Buenos Aires, Raigal, 1956; Roger Labrousse, *Del mago al burócrata*, Buenos Aires, Raigal, 1955.

por agentes cuyos principios se oponen al reformismo universitario, mostrando en cambio que existen grupos que pugnan por la profesionalización de la disciplina, por fuera del núcleo católico, y que se sostienen en la Universidad.

Desde la sociología de los intelectuales, analizamos la agrupación que edita *NEF*, teniendo en cuenta sus condicionamientos sociales y materiales en el marco de un proceso de circulación intelectual complejo a nivel nacional e internacional; además, mostramos que la agrupación cuenta con un escenario favorable, gracias no solo a los recursos destinados al área educativa, para mejorar tanto la docencia como la investigación, sino también al apoyo de sectores antiperonistas en la provincia (como algunas figuras de la élite local), y fuera de ella (tal como ocurre con los apoyos de Sudamericana, Losada y *Sur*). El plantel docente europeo, heterogéneo, le permite a la revista contar con contribuciones de distintas partes del mundo, sin depender exclusivamente de la mediación de las universidades rioplatenses. Estos elementos se articulan con la consigna romeriana –apropiada por Vázquez– de "normalizar" la disciplina filosófica, incluyendo la reivindicación de la "seriedad" y de la "disciplina", presentes entre los valores de *Esprit*, con los cuales se identifican Labrousse y Goguel. Estos elementos convergen en un exitoso despliegue hacia la profesionalización del campo filosófico local.

Aunque no sea el foco de este trabajo, el apoyo de la élite regional a semejante proyecto de profesionalización intelectual, entrevisto a partir de la publicidad que promociona la revista, permite preguntarnos hasta dónde llega el vínculo entre clases dirigentes y élites intelectuales del interior, qué elementos vuelven divergentes sus intereses y los "usos" de los posibles apoyos recíprocos, probablemente coyunturales.

Con respecto al contenido filosófico difundido por *NEF*, abordamos la recepción de algunos modelos centrales, en el marco de la propia construcción de un canon filosófico. *NEF* recupera el debate en torno a la filosofía contemporánea –al igual que *Cuadernos de Filosofía*–, relegando a un segundo plano las polémicas sobre filosofía antigua, medieval (presentes en publicaciones como *Arqué*, *Sapientia* y *Diálogos*, dirigidas por intelectuales católicos) y moderna. En especial, observamos el rol de las filosofías de la existencia en el debate internacional, y su repercusión en los principales miembros de la revista, quienes intentan superar el antagonismo entre heideggerianos –como los editores de *Cuadernos de Filosofía*– y sartreanos –como los hacedores de *Centro* y *Contorno*– valiéndose del denominado "existencialismo cristiano", que posibilita la reunión del "hombre" con un principio trascendente y organiza un retorno al período previo a la guerra en Europa. Esta vuelta al pasado supone un esfuerzo por recuperar estilos de vida y formas de sociabilidad de la preguerra, para restituir el orden perdido, algo que también buscan los integrantes de *Esprit*, bajo la figura de un principio trascendente que restablece jerarquías y evoca esa "tercera fuerza" moderada, alejada de los radicalismos políticos y filosóficos, y que *NEF* parece adaptar como alternativa ante un contexto argentino tan polarizado. □

Bibliografía

Altamirano, Carlos, *Bajo el signo de las masas, 1943-1973*, Buenos Aires, Ariel, 2001.

Babot, Judith, "Un precursor de una innovadora historia de las ideas en Tucumán. Democracia, ciudadanía y totalitarismo en la producción historiográfica de Roger Labrousse", en C. Vera de Flachs y F. Borja (comps.), *Reformas universitarias y movimientos estudiantiles en América y Europa*, Córdoba, Báez, 2006.

Boschetti, Anna, *Sartre y "Les Temps Modernes". Una empresa intelectual*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1990.

Bourdieu, Pierre, *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1988.

Bravo, María Celia, "El proyecto universitario de Descole y el desarrollo regional, 1946-1951", en F. Gutiérrez y G. Rubinstein (comps.), *El primer peronismo en Tucumán. Avances y nuevas perspectivas*, Tucumán, EDUNT, 2012, pp. 217-247.

Buchbinder, Pablo, *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.

Corbalán, Graciela, "Entrevista con Juan Adolfo Vázquez", en J. Schobinger (comp.), *Humanismo del siglo XX*, San Juan, Universidad de San Juan, 1995, pp. 17-30.

Dotti, Jorge, *La letra gótica: recepción de Kant en Argentina, desde el romanticismo hasta el treinta*, Buenos Aires, UBA, 1992.

Fiorucci, Flavia, *Intelectuales y peronismo, 1945-1955*, Buenos Aires, Biblos, 2011.

Garmendia, Guillermina, "Rodolfo Mondolfo. Un filósofo entre dos mundos", *Humanitas*, vol. 22, n° 29, 1999, pp. 61-76.

Goguel, Elisabeth, *El mal*, Buenos Aires, Raigal, 1956.

Haakonssen, Knud, "The idea of early modern philosophy", en J. Schneewind (comp.), *Teaching New Histories of Philosophy*, Princeton, University Center for Human Values, 2004, pp. 99-121.

Halperin Donghi, Tulio, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, 1962.

Labrousse, Roger, *Del mago al burócrata*, Buenos Aires, Raigal, 1955.

Mangone, Carlos y Jorge Warley, *Universidad y peronismo*, Buenos Aires, CEAL, 1984.

Manzo, Silvia, "Piezas de un modelo para armar, desarmar y rearmar: autores, textos y temas en la construcción de los cánones filosóficos", en S. Maidana y M. M. Risco (comps.), *La Modernidad ayer y hoy*, Tucumán, UNT, 2017, pp. 117-146.

Martínez Zuccardi, Soledad, *En busca de un campo cultural propio: literatura, vida intelectual y revistas culturales en Tucumán (1904-1944)*, Buenos Aires, Corregidor, 2012.

Miceli, Sergio, *Sueños de la periferia. Intelectualidad argentina y mecenazgo privado*, Buenos Aires, Prometeo, 2017.

Naessens, Hilda y Atilio Santillán, *Testimonios de vida universitaria en el 60 aniversario de la creación de la Facultad en Filosofía y Letras de la UNT*, Tucumán, UNT, 1999.

Neiburg, Federico, *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza, 1998.

Oviedo, Gerardo, "Rodolfo Mondolfo, humanista de izquierda", *Cuyo. Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, nº 23, 2006, pp. 155-192.

Pluet-Despatin, Jaqueline, "Contribución a la historia de los intelectuales. Las revistas", *Américalee*, 2017, pp. 1-10. Disponible en: <https://americalee.cedinci.org/wp-content/uploads/2017/11/Pluet-Despatin_Contribucion-a-la-historia.pdf>.

Pronko, Marcela Alejandra, *El peronismo en la Universidad*, Buenos Aires, Eudeba, 2000.

Rosenzvaig, Eduardo, *Historia crítica de la cultura de Tucumán. Amantes y locos*, Tucumán, UNT, 2010.

Ruvituso, Clara, *Diálogos existenciales. La filosofía alemana en la Argentina peronista (1946-1955)*, Madrid, Iberoamericana, 2015.

Savignano, Alan, "La recepción del pensamiento de Jean-Paul Sartre en Argentina: la generación existencialista del 25 y la nueva izquierda de 'Contorno'", *Ideas*, nº 4, 2016, pp. 34-61.

Sigal, Silvia y Eliseo Verón, *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Legasa, 1986.

Soprano, Germán y Sabina Frederic (comps.), *Política y variaciones de escalas en el análisis de la Argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.

Sosa, Paula Jimena, "El debate intelectual en los años de fundación de la Facultad de Filosofía y Letras (UNT). Una aproximación a los momentos filosóficos a través del análisis de las revistas y publicaciones de la época", Tesis doctoral, Universidad Nacional de Tucumán, 2019.

Terán, Oscar, *Historia de las ideas en la Argentina: diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

——, "La cultura en el primer peronismo", *La Nación*, 19 de septiembre de 2004.

Valentié, María Eugenia, "Recuerdos de mis maestros", *Humanitas*, vol. 22, n° 29, 1999, pp. 95-100.

Vanella, Liliana, "El exilio europeo en la Universidad Nacional de Tucumán en las décadas de 1930 y 1940", Tesis doctoral, Universidad de Córdoba, 2008.

Vázquez, Juan Adolfo, *Ensayos metafísicos*, Tucumán, UNT, 1951.

——, "Memorias de un editor de revistas: un diálogo con Juan Adolfo Vázquez", *Hispanic Journal*, vol. 6, n° 1, 1984, pp. 177-188.

——, "Recuerdos de Elisabeth en Argentina", *Humanitas*, vol. 22, n° 29, 1999, pp. 31-36.

Weinberg, Gregorio, "Recordando a Francisco Romero", en J. L. Speroni (comp.), *El pensamiento de Francisco Romero*, Buenos Aires, Edivern, 2001.

Wingaard, Ofelia, "Conversación con Elisabeth Goguel-Labrousse", *Humanitas*, vol. 22, n° 29, 1999, pp. 35-60.

Resumen / Abstract

La profesionalización de los estudios filosóficos en Tucumán durante el primer peronismo: un análisis de la revista *Notas y Estudios de Filosofía*
En general las lecturas del campo intelectual argentino, durante el primer peronismo, enfatizan la idea de una ruptura respecto de los principios del reformismo universitario. El presente trabajo intenta matizar dichas perspectivas, tomando el caso de la extraordinaria empresa de profesionalización de la disciplina filosófica desplegada en la revista *Notas y Estudios de Filosofía* (editada en Tucumán entre 1949 y 1954). Para tal fin, se analizan las condiciones sociales y materiales que posibilitan su consolidación en el campo intelectual y las recepciones de ideas filosóficas desplegadas en la revista. En especial, nos detenemos en las lecturas de las filosofías de la existencia que, alejadas de la matriz sartreano-heideggeriana, dominante en el debate de la época, parecen estructurar una elección moderada en un campo fuertemente politizado.

Palabras clave: Revista – Intelectuales – Profesionalización – Canon filosófico

The professionalization of philosophical studies in Tucumán during the first Peronism: an analysis of the journal *Notas y Estudios de Filosofía*
In general, the readings of the Argentine intellectual field, during the first period of Peronism (1945-1955), emphasize the idea of a rupture with respect to the principles of the University Reform Movement. The present work attempts to qualify these perspectives, analyzing the extraordinary enterprise of professionalization of the philosophical discipline exhibited in the *Notas y Estudios de filosofía* journal (published between 1949 and 1954 in Tucumán). To this end, the social and material conditions that enabled its consolidation in the intellectual field and the reception of the philosophical ideas presented in the journal are analyzed. In particular, we will focus on the readings of the philosophies of Existence that, far removed from the Sartrean-Heideggerian matrix, dominant in the debate of the period, seem to structure a moderate choice within a strongly politicized field.

Keywords: Journal – Intellectuals – Professionalization – Philosophical canon

Fecha de recepción del original: 30 /6/2020
Fecha de aceptación del original: 27/8/2020

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1120>

Un análisis económico del peronismo

Los dirigentes e intelectuales del Partido Socialista frente a las políticas económicas en la Argentina de posguerra

Claudio Belini*

Universidad de Buenos Aires / CONICET

En una serie de informes escritos en el verano de 1949 y de circulación restringida entre los integrantes del gabinete nacional, Juan Domingo Perón identificó a los partidos Socialista y Comunista como los principales opositores a su gobierno. A diferencia de la Unión Cívica Radical y las fuerzas conservadoras, el Partido Socialista era considerado como una verdadera oposición ideológica que debía ser combatida.[1] Si bien el presidente sostenía que el socialismo había perdido su caudal electoral en manos del peronismo y señalaba que habían surgido grupos disidentes que rechazaban la estrategia de la conducción partidaria, la debilidad ideológica del peronismo y de algunos de sus dirigentes exigía una acción contundente para neutralizar su influencia en la sociedad civil y, especialmente, en el movimiento obrero.[2] Los informes recogían los argumentos económicos que los socialistas difundían en contra del gobierno en una coyuntura especialmente compleja signada por la reforma constitucional y la crisis del sector externo.[3] El análisis del presidente sostenía que, pese a la pérdida de representación parlamentaria nacional, la intervención del Partido Socialista continuaba teniendo un impacto importante en la escena política.[4]

* <claudiobelini@conicet.gov.ar>. <https://orcid.org/0000-0002-2335-937X>. Agradezco los comentarios y sugerencias de los evaluadores anónimos y los que Carlos Herrera, Osvaldo Graciano y Oscar Videla hicieron a versiones anteriores de este trabajo.

[1] Presidencia de la Nación, *Plan de Acción* nº 1, "Apreciaciones y resoluciones especiales", pp. 56-59. Hoover Institution Archives, Juan A. Bramuglia Papers, Box 7, Folder 7. Estos documentos no estaban firmados, pero el lenguaje militar empleado para analizar la política sugiere la autoría o al menos la intervención de Perón. En el archivo de Bramuglia, ministro de Relaciones Exteriores entre 1946 y 1949, se conserva la copia n° 4.
El papel de oposición ideológica fue resaltado por Carlos Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011, pp. 20-21.

[2] Presidencia de la Nación, "Situaciones especiales", *Plan de Acción* nº 1, pp. 14-17. Hoover Institution Archives, Juan A. Bramuglia Papers, Box 7, Folder 8.

[3] A principios de 1949, comenzó a sesionar la Convención Constituyente elegida a fines de 1948, que tenía como propósito la reforma de la Constitución de 1853. La nueva Constitución introdujo los derechos sociales, consagró la propiedad nacional de las fuentes de energía, los servicios públicos y el comercio exterior, y estableció la posibilidad de la reelección presidencial, entre otras modificaciones. En ese contexto, la economía argentina enfrentó la primera crisis de balanza de pagos, que inauguró un período de más de diez años de crisis crónica del sector externo, originada en el lento incremento de las exportaciones y el aumento de la demanda de divisas generada por la industrialización.

[4] Según el informe oficial, el socialismo "resulta en este momento el partido que se destaca por su mayor labor combativa, en todos sus aspectos, a lo que sea 'peronismo'. Cuenta para la lucha con un Comité Ejecutivo formado

En este artículo nos proponemos indagar las intervenciones de Rómulo Bogliolo, Américo Ghioldi, Nicolás Repetto y Alfredo Palacios en torno a las políticas económicas peronistas, sus objetivos y resultados. Se trata de un grupo de dirigentes que se identificaban como los intelectuales del socialismo local y pretendieron ser reconocidos como voces autorizadas en los saberes relacionados con la economía política y las políticas económicas y sociales.[5] De este grupo de dirigentes y exparlamentarios socialistas, se destacó la figura de Bogliolo como economista y director de la *Revista Socialista* (1930-1947), órgano partidario de difusión de los debates ideológicos del socialismo internacional.[6] En la década de 1930, el Partido Socialista avanzó en una renovación de sus ideas económicas en el contexto de la crisis capitalista más profunda hasta entonces. En esta coyuntura de crisis de las corrientes dominantes en economía, la renovación ideológica encabezada por un grupo de intelectuales y dirigentes socialistas condujo al Partido a integrar nuevos problemas y proponer otras políticas que fueron incorporadas al programa partidario en 1938.[7] Entre ellas, se encontraban la planificación económica, la creación de sociedades mixtas y el aliento al crecimiento industrial. En cambio, los socialistas mantuvieron sus prevenciones frente al proteccionismo industrial y ratificaron su

---

por hombres de larga experiencia política y una agrupación perfectamente organizada". Si bien la prensa partidaria sufría la persecución oficial, *La Prensa* y *La Nación* daban amplia información sobre la actividad del socialismo. Presidencia de la Nación, "Situaciones especiales", *Plan de Acción* nº 1, p. 43. Hoover Institution Archives, Juan A. Bramuglia Papers, Box 7, Folder 8.

[5] Con respecto a su actuación política, estos dirigentes ocuparon posiciones centrales en el Comité Ejecutivo del Partido, la dirección de su periódico *La Vanguardia* y la administración de la Cooperativa El Hogar Obrero. Nicolás Repetto (1871-1965) fue elegido diputado nacional por ocho mandatos a partir de 1913. Discípulo de Juan B. Justo, fundador del Partido, se convirtió en el líder partidario tras la muerte de este en 1928. Repetto fundó El Hogar Obrero en 1905 y dirigió *La Vanguardia*, entre 1912 y 1913 y de 1919 a 1923. Alfredo Palacios (1878-1965) fue el primer dirigente partidario que logró ser elegido diputado nacional en 1904. Tras ser expulsado del Partido en 1915, retornó a sus filas en 1930 para ser electo senador nacional entre 1932 y 1943. Américo Ghioldi (1899-1984) y Rómulo Bogliolo (1894-1969) pertenecieron a una segunda generación de dirigentes. Ghioldi fue diputado nacional entre 1932 y 1943 y director de *La Vanguardia*. Bogliolo también fue electo diputado nacional en dos períodos (1932-1936 y 1942-1943). Además, tuvo una notable producción de libros y folletos sobre temas económicos y en la dirección de publicaciones partidarias.

En relación con su formación académica, estos dirigentes habían obtenido títulos universitarios (excepto Ghioldi, que era profesor normal), aunque solo Bogliolo egresó de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires; Repetto era médico y Palacios, abogado. Todos ellos fueron profesores universitarios; Palacios y Bogliolo, en la Facultad de Ciencias Económicas. Además, Palacios, Repetto y Ghioldi fueron incorporados a la Academia Nacional de Ciencias Económicas en 1925, 1956 y 1966, respectivamente. Por su parte, Bogliolo fue designado director del Banco Central en representación de las cooperativas en 1956.

[6] Bogliolo tuvo una fecunda labor en el Partido que no se limitó a su papel como diputado. Además de la dirección de la *Revista Socialista*, órgano ideológico del Partido, dirigió el periódico *La Vanguardia* (1932-1933; 1936-1939 y 1940), la revista *Temas Elegidos* (1940-1947) y el *Anuario Socialista* (1928-1952), entre otras. Asimismo, por sus saberes en temas económicos, fue presidente del Hogar Obrero y administrador de la Editorial La Vanguardia, entre 1929 y 1949. Horacio Tarcus, *Diccionario Biográfico de la Izquierda Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2007, pp. 76-77.

[7] María Cristina Tortti, "El Partido Socialista ante la crisis de los años treinta. La estrategia de la 'Revolución Constructiva'", *Cuadernos del CISH*, n° 5, 1999, pp. 217-227. Juan Carlos Portantiero, "El debate en la socialdemocracia europea y el Partido Socialista en la década de 1930", en H. Camarero y C. Herrera (comps.), *El Partido Socialista en la Argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2005. Osvaldo Graciano, "Hombres de izquierda, producción y conocimiento social en la Argentina" en Sabina Frederic, Osvaldo Graciano y Germán Soprano (coords.), *El Estado argentino y las profesiones, liberales, académicas y armadas*, Rosario, Prohistoria, 2010, pp. 81-112. Osvaldo Graciano, "Las izquierdas y la crítica de la economía peronista. Producción de saber social y práctica política", en O. Graciano y G. Olivera (comps.), *Agro y política en la Argentina. Actores sociales, partidos políticos e intervención estatal durante el peronismo, 1943-1955*, Buenos Aires, Ciccus, 2015, pp. 93-114. Carlos Herrera, *¿Adiós al proletariado? El Partido Socialista bajo el peronismo (1945-1955)*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2016.

ortodoxia monetaria. En la segunda posguerra, los socialistas debieron posicionarse frente a las reformas económicas peronistas y los nuevos fenómenos que, como la industrialización, la crisis del sector externo y la inflación, ponían de manifiesto las transformaciones estructurales de la economía local.

A partir de una exploración de la prensa partidaria, libros y folletos editados por el Partido y dirigentes mencionados, analizamos los cambios en las concepciones socialistas, sus fuentes intelectuales y las interpretaciones sobre las coyunturas que atravesó la economía durante el primer peronismo. Específicamente, estudiamos el problema de la planificación y el intervencionismo estatal, las políticas monetarias y crediticias, y las medidas asociadas con la redistribución del ingreso y el incremento de los salarios reales. Estas problemáticas recibieron la mayor atención por parte de los socialistas, lo que pone de manifiesto los cambios y continuidades en el pensamiento económico del Partido. Las posturas de los dirigentes e intelectuales revelaron las tensiones entre sus posiciones en el Partido, los saberes adquiridos en torno a las cuestiones económicas en diálogo con los cambios en el movimiento socialista europeo, y los debates sobre el papel del Estado, la planificación, las políticas económicas y de ingresos durante la década peronista.

En la última década, la historiografía sobre el Partido Socialista ha sufrido una intensa renovación, avanzando en el análisis de las complejas relaciones entre esa fuerza política y el peronismo. De esta forma, los estudiosos han abordado cuestiones como el papel de los dirigentes socialistas en el movimiento obrero, las conflictivas relaciones entre la dirigencia socialista y la élite peronista, y las tensiones internas que produjo la pérdida de la representación parlamentaria nacional.[8] En el plano de las ideas, Osvaldo Graciano realizó los primeros análisis sobre las posturas de los socialistas frente a la economía peronista.[9] El autor sostiene que el estudio de los problemas económicos del país conformaba una tarea de larga raigambre y una práctica sistemática en el campo de las izquierdas. Además, Graciano afirma que esta prolífica producción intelectual constituyó a los partidos de izquierda en "lugares de producción de un conocimiento económico que resultó constitutivo de sus prácticas y tácticas políticas".[10] De esta manera, interpreta que el análisis económico del peronismo fue particularmente relevante a la hora de la definición de la estrategia partidaria socialista.

En este artículo pretendemos revisitar el tema con el propósito de analizar las posturas socialistas en el marco de las controversias económicas de las décadas de 1940 y 1950. La crítica socialista al peronismo apuntó a cuestionar el impacto de las políticas de ingresos y a disputar, en el plano de las ideas, las políticas intervencionistas y planificadoras. La labor intelectual de los dirigentes socialistas cuestionó así los principios económicos sobre los cuales el peronismo quería consolidar su legitimidad en la lucha política, en un momento en que la ideología peronista estaba en un proceso temprano de consolidación.[11]

Este artículo se organiza en dos apartados. El primero presenta brevemente las posturas del Partido Socialista frente al golpe militar de 1943 y el nacimiento del peronismo, así como sus estrategias durante el primer gobierno de Perón (1946-1952). El segundo tiene como objetivo analizar las ideas económicas partidarias entre las décadas de 1930 y 1950; ante todo,

[8] El estudio más integral del Partido Socialista durante el peronismo es el de Herrera, *¿Adiós al proletariado?*
[9] Graciano, "Hombres de izquierda, producción" y "Las izquierdas y la crítica de la economía peronista".
[10] Graciano, "Las izquierdas y la crítica de la economía peronista", p. 97
[11] Carlos Altamirano, *Bajo el signo de las masas, 1943-1973*, Buenos Aires, Ariel, 2001, pp. 33-38.

abordamos la renovación de las ideas económicas del socialismo en la década de 1930 y seguidamente analizamos las críticas de los dirigentes e intelectuales del Partido a las políticas peronistas. Allí estudiamos los análisis de los socialistas sobre la planificación peronista, las políticas monetarias y fiscales, y el problema de la redistribución del ingreso. Finalmente, presentamos algunas consideraciones sobre el lugar del análisis económico en la estrategia del Partido frente al peronismo.

El Partido Socialista frente al golpe militar y el peronismo

En junio de 1943, un golpe militar organizado por una logia de coroneles derrocó al gobierno de Ramón Castillo y puso fin al régimen neoconservador instaurado en 1932. La caída de este régimen, basado en la manipulación del sufragio, fue recibida con expectativa por parte de las fuerzas políticas opositoras. La Unión Cívica Radical y el Partido Socialista, entre otros, tuvieron inicialmente posiciones de cautela frente al derrocamiento del presidente Castillo, al que acusaban de restaurar el fraude electoral y mantener una posición neutralista frente a la Segunda Guerra Mundial que apenas ocultaba su simpatía con las potencias del Eje. Sin embargo, la esperanza de que la intervención militar diera lugar a la reimplantación del sufragio libre y un acercamiento a los Estados Unidos y los aliados se disipó muy pronto. La lucha interna entre facciones militares y la confusión inicial sobre la orientación del nuevo gobierno militar dieron paso a posturas más definidas, de clara matriz autoritaria, social-católica y neutralista. A fines de 1943, la prohibición de la actividad de los partidos políticos, la censura impuesta a las radios y la prensa, y la implantación de la enseñanza religiosa en la escuela pública culminó un proceso de definiciones políticas. Meses antes, la represión del comunismo y de un sector del movimiento obrero había atizado el enfrentamiento entre las fuerzas de izquierda y el gobierno del general Pedro Ramírez.

En ese contexto, el Partido Socialista construyó una caracterización del gobierno militar como una prolongación de los regímenes fascistas europeos. Esta identificación se proyectó luego a la caracterización del peronismo. De esta manera, en 1946, Américo Ghioldi sostuvo "la Argentina parece ser la cabeza de futuras operaciones de nuevos planes internacionales de las fuerzas derrotadas en la Guerra […] Al defender la causa de la libertad para nosotros promovemos también la defensa de la libertad en el continente en los años venideros".[12]

Para Ghioldi el fascismo debía ser interpretado como una aceleración de la fuerza animal, de lo irracional, la manifestación de una enfermedad del cuerpo social. El exdiputado y otros dirigentes como Repetto sostuvieron que el peronismo era una mezcla de formas y modelos extranjeros, los totalitarismos europeos, con la reaparición de las corrientes nacionalistas locales, que reivindicaban la figura del gobernador bonaerense Juan Manuel de Rosas como un caudillo nacionalista y autoritario que había combatido a los grupos unitarios y liberales entre 1829 y 1852. Esta interpretación conducía a Ghioldi a definir la coyuntura de 1946 como un momento de "restauración rositotalitaria".[13]

[12] Américo Ghioldi, *Alpargatas y libros en la historia argentina*, Buenos Aires, 1946, p. 136.
[13] *Ibid*., p. 143.

En su análisis del Partido, Carlos Herrera ha mostrado que las posturas del socialismo frente al peronismo fueron modificándose no solo como consecuencia de sus conflictivas relaciones con el gobierno de Perón, sino también por las controversias que se registraban en el interior partidario. Los primeros tiempos estuvieron marcados por la derrota socialista en las elecciones de 1946 y la pérdida de representación parlamentaria. Además, el gobierno adoptó una política muy dura frente al Partido Socialista. Si bien el proceso distó de ser lineal, la limitación de las libertades públicas y la censura impuesta a los medios opositores impactaron fuertemente sobre el Partido que había concentrado su actividad en la movilización y la discusión en la esfera pública. La represión policial de los actos partidarios y la clausura de La Vanguardia (1947) conformaron momentos decisivos. Como ha mostrado Herrera, hacia 1950 se consolidó en el Partido la "hipótesis de Ghioldi": la caracterización del peronismo como fascismo e incluso como totalitarismo. Esta interpretación se basaba en factores psicológicos antes que en un análisis histórico de la experiencia peronista. Es por ello que Herrera sostiene que la caracterización del peronismo como fascismo o totalitarismo conformaba un uso polémico antes que analítico de esas categorías. La interpretación totalitaria del peronismo se convirtió en la base de la estrategia de la dirección partidaria.[14] Para 1951, cuando Perón logró la reelección presidencial, el socialismo, con la excepción de los pequeños grupos liderados por Enrique Dickmann y Dardo Cúneo, que serían expulsados de sus filas en esos años, se involucró en las conspiraciones militares que se propusieron derrocarlo.[15]

Las posturas económicas del Partido Socialista

De la Gran Depresión a la Guerra

Las relaciones entre los partidos socialistas y los Estados nacionales habían sido (y continuarían siendo) complejas, contradictorias y en permanente reconfiguración tanto en el plano del debate teórico como en lo concerniente a las políticas públicas. La Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión inauguraron una nueva etapa en las concepciones sobre el papel del Estado en la economía en el movimiento socialista europeo; el Estado no debía ser concebido como instrumento de dominación de la burguesía sino que constituía un complejo de instituciones, agencias e instrumentos que permitían avanzar en reformas estructurales con la participación de la clase trabajadora, los sindicatos y los sectores medios.[16] La emergencia de economistas y expertos de la planificación se acentuó con los efectos de la crisis. Especialmente relevante fue la influencia

[14] Herrera, *¿Adiós al proletariado?*, pp. 29-32. Véase, por ejemplo, Américo Ghioldi, *Los Trabajadores, el señor Perón y el Partido Socialista. ¿Perón es progresista o retrógrado?*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1951, pp. 22-24.
[15] Enrique Dickmann (1877-1955) fue un dirigente de larga actuación como miembro del Comité Ejecutivo y diputado nacional (1914-1928, 1932-1940 y 1942-1943). En 1952, se entrevistó con Perón para solicitar el levantamiento de la clausura de La Vanguardia y la liberación de dirigentes arrestados, lo que le valió la expulsión. Poco después, organizó el Partido Socialista de la Revolución Nacional, que apoyó al peronismo. El caso de Cúneo (1914-2011) fue diferente. Periodista y ensayista, se destacó como dirigente de la Juventud Socialista (1938-1941) y llegó a integrar el Comité Ejecutivo. A comienzos de la década de 1950, cuestionó la estrategia partidaria, por entender que no explicaba la adhesión de la clase trabajadora al peronismo. Expulsado del partido, en 1952, fundó Acción Socialista, grupo que mantuvo su oposición a Perón.
[16] Sobre el tema, véanse los estudios compilados por Mathieu Fulla y Marc Lazar (eds.), *European Socialists and the State in the Twentieth and Twenty-First Centuries*, Londres, Palgrave, 2020.

del belga Henri De Man,[17] quien formuló junto con un equipo de expertos un Plan du Travail que se propuso la creación de una economía mixta y planificada como un sendero para estabilizar la democracia y alentar la transición al socialismo.[18] Aunque finalmente el Plan fue aplicado parcialmente, en parte por la desconfianza que algunas de sus propuestas despertaban en el líder del Partido Obrero Belga, Emile Vandervelde, su propuesta, junto con las de otros economistas alemanes y británicos, tuvieron una gran influencia en el movimiento socialista internacional.

El Partido Socialista en la Argentina no escapó a la reformulación del papel del Estado. En el plano de las concepciones económicas, si bien pueden encontrarse antecedentes en la primera posguerra, los cambios más apreciables se produjeron luego de la crisis mundial. Entonces, un pequeño grupo de intelectuales entre los que se destacaron Bogliolo y José Luis Pena, propiciaron una renovación ideológica apoyados en las nuevas corrientes favorables a la planificación y la intervención del Estado en la economía.[19] En este sentido, una intervención clave de esta corriente fue la publicación de *La economía colectiva* en 1932. En ese libro, Bogliolo sostuvo que, en el contexto de la crisis capitalista, "las conquistas de la democracia van llegando a su máximo dentro de la organización social actual".[20] Los grandes adelantos tecnológicos, la alta desocupación en las economías industrializadas y la pobreza predominante en buena parte de la población del mundo establecían las condiciones para iniciar las transformaciones en el orden social. En consecuencia, el Partido debía acelerar su marcha. La democracia socialista requería "crear los órganos capaces de liquidar los restos de la vieja sociedad y para dar el paso a la nueva sociedad socialista".[21] Para ello, era imprescindible preparar a las clases trabajadoras y los recursos técnicos para una nueva etapa: la democracia socialista. Frente a la racionalización capitalista, resultaba imprescindible la planificación. Inspirado en las ideas de De Man y de economistas socialdemócratas alemanes y laboristas británicos, Bogliolo proponía la planificación de la economía mediante la creación de una Comisión de Planes Económicos que, integrada por representantes del Estado, los consumidores, los sindicatos y las universidades, elaborara planes de expansión y racionalización de la producción y el comercio, y de incremento de la capacidad de consumo de las masas. Considerando las particularidades de la economía

[17] Político y economista (1885-1953) que se incorporó al Partido Obrero Belga en 1902. Luego de residir en Alemania entre 1922 y 1933, donde enseñó en la Universidad de Frankfurt, De Man se convirtió en vicepresidente del Partido. Su plan económico fue adoptado por el partido en diciembre de 1933 y su autor fue nombrado ministro de Obras Públicas y, años más tarde, de Finanzas. En 1938, tras la muerte de Vandervelde, De Man se convirtió en líder partidario. Luego de la invasión alemana, colaboró con los nazis y disolvió el Partido Obrero Belga. En 1941, se exilió en Francia y más tarde en Suiza.

[18] El plan imponía el control estatal del sector bancario y financiero, la nacionalización de algunas grandes empresas, la creación de un consejo económico y de consejos consultivos que, integrados por expertos, asesorarían al Parlamento e implementarían las políticas. De Man propuso una reforma política favorable a la concentración del poder en detrimento del Parlamento que fue rechazada por el Partido Socialista Belga y fue una de las razones de la suspensión de la aplicación. Véase Erik Hansen, "Depression Decade Crisis: Social Democracy and Planisme in Belgium and the Netherlands,1929-1939", *Journal of Contemporary History*, vol. 16, n° 2, 1981, pp. 293-322; y Tommaso Milani, "The Planist Temptation: Belgian Social Democracy and the State during the Great Depression, c. 1929-c. 1936", en M. Fulla y M. Lazar (eds.), *European Socialists and the State*, pp. 76-96.

[19] José Luis Pena (1892-1978) fue periodista y diputado nacional (1924-1928 y 1934-1936), miembro del Comité Ejecutivo y presidente de El Hogar Obrero. Sobre esta corriente renovadora, véase Juan Carlos Portantiero, "Imágenes de la crisis: el socialismo argentino en la década de 1930", *Prismas*, vol. 6, n° 2, 2002, pp. 231-241. Tortti, "El Partido Socialista". Portantiero, "El debate en la socialdemocracia europea y el Partido Socialista en la década de 1930", pp. 311-320. Herrera, *¿Adiós al proletariado?*, pp. 77-80.

[20] Rómulo Bogliolo, *La economía colectiva*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1932, p. 25.

[21] *Ibid*., p. 27.

argentina en la que el sector agrario exportador continuaba teniendo una importancia crucial en la generación del ingreso, las propuestas de Bogliolo ponían el acento en una planificación del comercio exterior, que debía ser fomentado mediante convenios comerciales y la eliminación de las políticas que lo dificultaban, especialmente el proteccionismo. En cambio, consideraba impensable cerrar la economía, ya que un mercado interno de solo once millones de habitantes no podía consumir lo que el país producía.[22] Siguiendo las propuestas de la Internacional Socialista, proponía la reducción de la jornada laboral, el seguro contra la desocupación, las vacaciones pagas y la regulación del mercado de trabajo. Esta planificación socialista era pensada como parte de una planificación mundial, imprescindible para salir de la crisis del capitalismo.

En esee texto, pero también en intervenciones de otros dirigentes como Alfredo Palacios, Julio Víctor González y Emilio Dickmann, la crítica al capital extranjero y al accionar de los monopolios en el campo y las ciudades se convirtió en un problema clave para los socialistas.[23] Al final de la década, estas propuestas se incorporaron al programa del Partido. En efecto, el 24° Congreso Socialista de 1938 propondría, junto con el mantenimiento de la ortodoxia monetaria y la reforma agraria, la planificación económica, la nacionalización de las grandes empresas de servicios públicos controladas por el capital extranjero y la explotación fiscal del petróleo.[24]

La historiografía ha discutido hasta qué punto esta corriente favorable a la planificación e intervención estatal influyó sobre la dirigencia partidaria, y cómo durante la Segunda Guerra la estrategia del Partido se reorientó a la defensa de la democracia, la lucha contra los fascismos y la apelación a la ciudadanía antes que a la clase trabajadora.[25] Ambos programas no eran incompatibles ya que la planificación servía también para movilizar el apoyo de amplios sectores sociales, pero el predominio de la defensa de la democracia y las libertades públicas colocó las nuevas propuestas económicas en un segundo plano.

En cualquier caso, las cuestiones económicas continuaron concitando la atención de los socialistas. Así, por ejemplo, el inicio de la Segunda Guerra enfrentó a la economía argentina a una compleja coyuntura, con las dificultades para la exportación de cereales y la amenaza del impacto recesivo del cierre de los mercados externos. En noviembre de 1940, el gobierno a cargo del vicepresidente Castillo respondió con el Plan de Reactivación Económica, elaborado por Federico Pinedo y Raúl Prébisch.[26] La coyuntura se presentaba como grave pero el Plan no

[22] *Ibid*., pp. 62-64. Según Bogliolo el contraste con la experiencia soviética era claro. La economía argentina era muy pequeña para aspirar a una industrialización autárquica. Además, solo consumía una décima parte de los productos agropecuarios que producía.

[23] Véase, por ejemplo, Julio V. González, *La invasión invisible. El petróleo argentino en peligro*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1940; Emilio Dickmann, *Nacionalización de los ferrocarriles*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1946. Alfredo Palacios, *Socialización de industrias. Monopolios, latifundios y privilegios del capital extranjero*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1946. Julio V. González (1899-1955) se destacó como dirigente estudiantil durante la Reforma Universitaria de 1918. Abogado y profesor de la Universidad Nacional de La Plata, fue diputado nacional entre 1940 y 1943. Emilio Dickmann (1905-1985), hijo del dirigente socialista Enrique, se recibió de ingeniero civil en 1928. Profesor universitario, publicó artículos y libros sobre la organización científica del trabajo, la planificación y la cuestión ferroviaria. Tarcus, *Diccionario*, pp. 273-275 y 188-190.

[24] Portantiero, "El debate en la socialdemocracia europea", pp. 319-320; Herrera, *¿Adiós al proletariado?*, p. 79.

[25] *Ibid*, p. 320. Ricardo Martínez Mazzola, "El Partido Socialista en los años treinta", en L. Losada (comp.), *Política y vida pública. Argentina (1930-1943)*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2017, pp. 100-105.

[26] El Plan proponía un programa masivo de adquisición estatal de las cosechas, la construcción de viviendas populares para combatir la desocupación y la creación de un régimen de crédito industrial. Juan Llach, "El Plan Pinedo de 1940, su significado histórico y los orígenes de la economía política peronista", *Desarrollo Económico*, vol. 23, n° 92, enero-marzo de 1984, pp. 515-558.

fracasó por sus contenidos, que fueron discutidos en el Parlamento, sino por la crisis política desatada por la restauración del fraude electoral. No obstante, el Plan de Reactivación Económica recibió la crítica del Partido. El Grupo Parlamentario Socialista rechazó el programa de financiamiento por el otorgamiento de poderes especiales al Poder Ejecutivo y el peligro de una excesiva emisión monetaria que se traduciría en inflación. También censuró las reformas previstas en el Banco Central. Por el contrario, reclamó la reducción del déficit fiscal, el financiamiento de la adquisición de cosechas por medio del margen de cambios, la colocación de un empréstito y el uso de los fondos destinados al pago de la deuda externa. Al mismo tiempo, relanzó sus propuestas de incremento de los impuestos a la renta, una ley de salario mínimo, la rebaja de los arrendamientos rurales y la aplicación de la ley de colonización.[27]

En el aspecto industrial, el Partido mantuvo su oposición al proteccionismo y rechazó la propuesta de crear un sistema crediticio para la industria. Consideró que la Guerra crearía las condiciones para el surgimiento de la "industria sana" sin recurrir al emisionismo, y reclamó la intensificación del comercio exterior "entorpecido por los espurios intereses proteccionistas".[28] No obstante, el senador Palacios propuso la elevación de aranceles para brindar seguridad a la industria en la posguerra. De esta manera, recogía la crítica que Pena había realizado a la postura librecambista en su libro *¿Patrón oro y librecambio?*, publicado en 1936.[29]

En realidad, los socialistas habían comenzado a sostener posturas algo matizadas en torno a la cuestión industrial en la década de 1930. El proceso de sustitución de importaciones liderado por ramas de mano de obra intensivas había conducido a revaluar el papel de la industria. Si bien el Partido no abandonó el ideal librecambista, la dirigencia analizó los problemas del empleo industrial y la distribución del ingreso. Así, por ejemplo, frente a la primera crisis textil de 1938, Repetto sostuvo en el Parlamento que las causas residían en la sobreproducción local de "industriales improvisados", pero también de maniobras de *dumping* de países como Japón e Italia, y de la reducida capacidad de consumo de la clase trabajadora.[30]

A pesar de estos matices, la perduración de esta postura contraria al cierre de la economía se expresó en un nuevo ensayo de Bogliolo sobre la planificación; en 1945 afirmó que el proteccionismo era nocivo para el futuro de las exportaciones tradicionales y que, al mismo tiempo, implicaba fomentar la industria por medio de "la eterna explotación de la interna capacidad adquisitiva de las masas".[31]

Otras problemáticas que recibieron la atención de los socialistas durante esos años fueron las cuestiones monetarias y fiscales. En 1942, frente a una iniciativa del gobierno de Castillo de creación de nuevos impuestos, entre los que se destacaba un tributo móvil a las exportaciones, los socialistas reclamaron la eliminación de los gastos fiscales excesivos, la introducción de los impuestos directos y el rechazo a la ampliación de facultades monetarias del Banco Central, que consideraban como resultado de las "corrientes papelistas imperantes en los ambientes políticos del país".[32]

[27] *Hechos e Ideas*, año XIV, n° 38-39, enero de 1941, pp. 297-298.
[28] *Ibid*.
[29] *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores de la Nación*, Tomo II, 1940, p. 482. Portantiero, "Imágenes de la crisis", p. 239.
[30] *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación,* 1938, p. 1950.
[31] Rómulo Bogliolo, *Hacia una economía socialista*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1945, p. 188.
[32] Américo Ghioldi y Rómulo Bogliolo, *Los socialistas, los gastos públicos, las cuestiones impositivas*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1942, pp. 12 y 147-158.

En 1945, Bogliolo retomó sus propuestas de 1932 y propuso un amplio programa de intervención estatal:

> un Consejo Económico Nacional daría las directivas generales así como los elementos indispensables de cada región y del país. Un instituto central de crédito pondría al servicio de la magna empresa las sumas requeridas. Una Junta del Comercio Exterior sabría adoptar las medidas para la colocación de nuestros productos y la adquisición de los extranjeros. El organismo nacional de seguros permitiría manejar ese ramo de la economía. Y, controles adecuados para el comercio interior y los servicios públicos darían la posibilidad de mantener el abastecimiento de productos y servicios a precios y condiciones satisfactorias.[33]

El examen de la economía peronista

Los proyectos de Bogliolo parecían anticipar las iniciativas que tomaría el gobierno de Perón con la nacionalización del Banco Central y los depósitos, la creación del Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI), la nacionalización de empresas de servicios públicos y la constitución del Instituto Mixto Argentino de Reaseguros (IMAR). Sin embargo, la distancia entre las propuestas de Bogliolo y las del nuevo gobierno era considerable. Si bien el clima de ideas mundial era favorable a la planificación estatal para garantizar el pleno empleo y el crecimiento económico, se trataba de la confluencia de dos tradiciones ideológicas con fundamentos diferentes. La planificación del gobierno de Perón articulaba contenidos del corporativismo, el pensamiento social católico y los economistas keynesianos. En contraste, los socialistas retomaban el ideario de los economistas socialdemócratas. En especial, las políticas del gobierno laborista de Clement Attlee fueron observadas con gran expectativa en el movimiento socialista internacional. El avance de las nacionalizaciones en diversos sectores e industrias, los problemas de organización bajo control estatal y de representantes obreros, y las dificultades de la planificación laborista conformaron una experiencia fundamental.[34] En 1951, la Internacional Socialista reunida en Frankfurt sostuvo la lucha por la democracia política y económica, la planificación, la elevación del nivel de vida de la población, la reforma agraria, la industrialización y el control público o por medio de cooperativas de grandes empresas como paso para la creación de un nuevo orden social.[35] Si bien ratificó la crítica al capitalismo y caracterizó al comunismo como nuevo imperialismo, el encuentro marcó la evolución de los partidos socialistas y socialdemócratas de occidente hacia el neorrevisionismo y el "atlantismo".[36]

[33] Rómulo Bogliolo, *Hacia una economía socialista*, pp. 190-191.
[34] En la historiografía no existe acuerdo sobre el peso de los factores que limitaron estas políticas, entre los cuales se mencionan la ausencia de un programa definido, la inconsistencia de la planificación, la presión de los sindicatos y los desequilibrios de la economía británica. Stephen Brooke, "Problems of 'Socialist Planning': Evan Durbin and the Labour Government of 1945", *The Historical Journal*, vol. 34, n° 3, 1991, pp. 687-702; Jim Tomlinson, *Democratic Socialism and Economic Policy: the Attlee Years, 1945-1951*, Nueva York, Cambridge University Press, 2002; Donald Sassoon, *One Hundred Years of Socialism*, Londres, Tauris, 2014, pp. 150-157.
[35] Véase la declaración de Frankfurt reproducida en Massimo Salvadori (ed.), *Modern Socialism. Select documents*, Londres, Palgrave, 1968, pp. 280-287.
[36] Según Sassoon, lo que los socialistas atlantistas se proponían era combinar una economía mixta con el Estado de bienestar; Sassoon, *One Hundred*, pp. 209-273.

A partir de la asunción de Perón a la presidencia, en junio de 1946, el socialismo inició una etapa de intensa labor intelectual destinada a estudiar las políticas económicas del primer peronismo, sus fundamentos teóricos y sus resultados. No era esta una tarea nueva para un partido que había hecho del análisis crítico de la economía una práctica central de su labor.[37]

Las primeras medidas económicas tomadas incluso antes de la asunción de Perón brindaron una ocasión para reforzar la tesis del peronismo como fascismo y la política de nacionalizaciones como el avance de un modelo de capitalismo de Estado. En ocasión de decretarse la creación del IAPI, la nacionalización del Banco Central y de los depósitos bancarios, *La Vanguardia* sostuvo que "los socialistas jamás hemos creído que bastaba poner en manos del Estado la propiedad de los medios de producción para considerar cumplido su ideal. Al contrario, saben que si ese Estado no es fruto de la evolución democrática sino de la creación de una camarilla inescrupulosa, el resultado será la dictadura, un régimen totalitario".[38] Frente a la política de estatizaciones, los socialistas propusieron la socialización, a través del cooperativismo que hacía "posible la socialización indefinida de las empresas económicas sin comprometer las libertades públicas".[39] Estas concepciones –tributarias de la influencia de los socialismos belga y francés– constituían el sendero para eludir los riesgos del control estatal de las empresas.[40] Por cierto, la discusión sobre cómo organizar los servicios e industrias no estaba del todo saldada, incluso en aquellos gobiernos que el Partido Socialista observaba como modelos de "planificación democrática": la experiencia laborista británica.[41]

La instauración por decreto 15349/46 de un régimen de sociedades mixtas tampoco recibió el apoyo del Partido. Los socialistas habían sido pioneros en el intento de sancionar una ley que posibilitara la creación de este tipo de sociedades. En efecto, en 1932, el diputado Américo Ghioldi había presentado un proyecto de creación de un régimen legal específico con el propósito de favorecer su aplicación en el sector de las empresas de servicios públicos "ya que parece ser que es la forma que entre nosotros la economía pública penetrará a la economía privada".[42] Según los representantes socialistas, las sociedades de economía mixta conformaban una forma transicional entre la economía capitalista y la socialista, y no una figura societaria que permitía la colaboración pública y privada, como sostenía el oficialismo peronista en la segunda posguerra. El proyecto socialista de 1932 incluyó una serie de prescripciones, como la definición de la sociedad como una empresa privada, la limitación del voto de los accionistas a uno sea cual fuere su participación en el capital societario, y el derecho de veto de los repre-

[37] Graciano identificó unas veinte publicaciones entre libros y folletos editados por el Comité Ejecutivo y por sus principales dirigentes. Véase Graciano, "Las izquierdas y la crítica de la economía peronista", pp. 97-115.
[38] "La nacionalización del Banco Central", *La Vanguardia*, 2 de abril de 1946.
[39] Nicolás Repetto, *El socialismo y el Estado*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1948, p. 18. Para interpretaciones divergentes de las políticas peronistas véanse, Pablo Gerchunoff y Damián Antúnez, "De la bonanza peronista a la crisis de desarrollo", en J. C. Torre, (dir.), *Los años peronistas, 1943-1955*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002, pp. 124-205; Roberto Cortés Conde, *La economía política de la Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Edhasa, 2005, pp. 141-212, Marcelo Rougier, *La economía del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 2012; Claudio Belini, "Inflación, recesión y desequilibrio externo. La crisis de 1952, el Plan de estabilización de Gómez Morales y los desequilibrios de la economía peronista", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n° 40, 2014, pp. 105-148.
[40] José Aricó, *La hipótesis de Justo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, pp. 85 y ss.
[41] Sobre los debates en el laborismo, véase Tomlinson, *Democratic Socialism*, pp. 94-123. Para la percepción del Partido Socialista, véanse las notas escritas por Repetto como delegado al Congreso Socialista Internacional de 1946, en su *Gran Bretaña laborista*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1950, pp. 17-21.
[42] Véase el proyecto en *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación* (*DSCDN*), 1932, vol. III, pp. 714-720.

sentantes estatales, todo lo cual parecía configurar una variante de las cooperativas. La definición de las sociedades mixtas como empresas privadas consolidaba la independencia y autonomía del Estado en "todos los aspectos: presupuestal, técnico, económico y administrativo".[43] Por tanto, eludía el peligro de la estatización, el control burocrático de las empresas y el capitalismo de Estado.[44]

Los socialistas no solo rechazaron la estatización como modelo, sino que también lo vincularon al equipo económico peronista integrado por los empresarios industriales Miguel Miranda y Rolando Lagomarsino como presidente del Banco Central y secretario de Industria respectivamente. Se trataba de la consolidación de una "nueva oligarquía" que, junto con el predominio de "las corporaciones de economistas católicos en el Ministerio de Agricultura" y el desplazamiento de los laboristas, confirmaba la naturaleza reaccionaria del peronismo.[45] Siguiendo el análisis del Partido, Bogliolo consideró que "el hecho peronista" conformaba un brote totalitario conducido por el Ejército y la Iglesia Católica. "Los nuevos dueños del Estado", entre los que se ubicaban los empresarios industriales que adherían al peronismo, constituían sectores capitalistas reaccionarios que se ensañaban contra el socialismo y el "movimiento obrero libre".[46]

Las primeras medidas tomadas por el gobierno de Perón para luchar contra la inflación, como la "Campaña de los 60 días" que empleó a la Policía Federal para sancionar a los infractores, alentaba a Bogliolo preguntarse si "¿Es esa la 'política económica', impuesta a puntapiés, la clase de 'política obrerista', que duplica las ganancias capitalistas de las grandes empresas?". En su análisis, el economista sostenía que los principales beneficiarios eran los grandes industriales. La participación obrera en el nuevo movimiento era solo "una expresión degenerada de la conciencia anticapitalista de la masa proletaria".[47]

Cuando en octubre de 1946, Perón presentó el Plan Quinquenal, el Partido Socialista halló una ocasión para discutir las ideas económicas del peronismo. A diferencia del Partido Comunista, que encontró algunas dimensiones positivas en el Plan, como por ejemplo su énfasis en el desarrollo de la siderurgia, el Partido Socialista lo censuró severamente.[48] El análisis partía de reafirmar la caracterización del peronismo como una experiencia fascista.[49] En un acto organizado por la Junta Metropolitana, los socialistas interpretaron que la "política ultra-

[43] *Ibid*., p. 719.
[44] En contraste, el decreto defendía la sociedad mixta como un mecanismo para favorecer la colaboración entre el capital y el Estado en la implantación de nuevas industrias respecto de las cuales el interés de los inversores privados era insuficiente.
[45] "El gobierno se lanza a la fabricación de nuevos ricos y aumenta el costo de vida de los trabajadores argentinos", *La Vanguardia*, 14 de mayo de 1946. Sobre el papel de los economistas católicos, discípulos de Alejandro Bunge, véase Claudio Belini, "El Grupo Bunge y la política económica del primer peronismo, 1943-1952", *Latin American Research Review*, vol. 41, n° 1, 2006, pp. 27-50.
[46] Rómulo Bogliolo, *Tácticas y polémicas*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1947, p. 20.
[47] *Ibid*., p. 24.
[48] Partido Comunista, *Posición de los Comunistas ante el Plan Quinquenal del Gobierno*, Buenos Aires, Anteo, 1946, p. 13. Sobre la planificación peronista, véanse Patricia Berrotarán, *Del Plan a la planificación*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2003; Gustavo De la Vega, *Planificar la Argentina, justa, libre y soberana. El Consejo Nacional de Posguerra, 1944-1946*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2017; Teresita Gómez, *Los planes quinquenales del peronismo*, Buenos Aires, Lenguaje Claro, 2020; y Hernán González Bollo y Diego Pereyra, *Estado y planificación en el lejano sur. Agencias y funcionarios de la Argentina peronista, 1944-1955*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2021.
[49] "El Plan y su intención", *La Vanguardia*, 17 de diciembre de 1946.

proteccionista" de industrialización y los preparativos militares tenían como objetivo "la marcha hacia la autarquía o la integración de algún espacio o territorio económico, tal como lo concebían los partidarios de las teorías mussolinianas o hitleristas de nuevo orden".[50] Repetto lo condenó por "su tendencia totalitaria y su propósito de preparar y llevar el país a la guerra".[51] Esta lectura del Plan estaba emparentada más al imaginario socialista del peronismo como fascismo que a un análisis económico de los proyectos oficiales.

No obstante, la crítica a la planificación peronista tuvo también una dimensión teórica. La planificación era, según los dirigentes partidarios, necesaria y deseable. Por tanto, rechazaban de plano las críticas de raíz neoclásica que sostenían algunos economistas y los círculos empresarios ajenos a la industria. Bogliolo incluso recusó las críticas liberales a la planificación, al publicar un primer y original análisis sobre las ideas de Friedrich Hayek, un economista de la escuela austríaca que en *The Road to Serfdom* (1944) argumentó contra la intervención del Estado y sostuvo la tesis de la incompatibilidad entre democracia y planificación. En su libro, Bogliolo rechazó la tesis de Hayek sobre la inexistencia de una vía intermedia entre la planificación centralizada y el libre mercado. Por el contrario, sostuvo que la planificación democrática y socialista era opuesta a la planificación totalitaria: "[…] ni el nazifascismo ni el comunismo ruso ni el Consejo Nacional de Posguerra Argentino pueden confundirse con el socialismo democrático".[52] Para el economista, la planificación bajo una dictadura era solo un capitalismo de Estado, "'socialización' del trabajo y del trabajador por una camarilla adueñada del poder". El nuevo gobierno no tenía planificación sino una política económica "infantil e inescrupulosa" que conduciría a la crisis. La "justicia social" era solo una parodia, considerando la caída de la producción y la elevación de los precios.

La prédica a favor de la planificación no desapareció del repertorio socialista, aunque como veremos quedará opacada por el tratamiento de los nuevos problemas macroeconómicos. Al comienzo de la década de 1950, Bogliolo retornará a la propuesta de una planificación democrática opuesta a la "planificación totalitaria". Entonces, los socialistas habían reforzado su condena a los totalitarismos, incluido el comunismo.[53] El economista reclamaba al socialismo y a las fuerzas opositoras la elaboración de una planificación bien estudiada. Poco antes, en 1948, el triunfo de la corriente intransigente había conducido a la Unión Cívica Radical a adoptar el Programa de Avellaneda de 1945 y las Bases de Acción Política de 1947, en donde se proponía un plan de nacionalizaciones y control público de vastos sectores de la economía, una "reforma agraria inmediata y profunda", y la "democratización industrial".[54] En una crítica apenas velada hacia este giro ideológico del principal partido opositor, Bogliolo sostuvo que "hay que trazar un plan concreto y tener el ánimo listo para llevarlo a la práctica. Si no todo es declamación".[55]

[50] "Los Socialistas analizaron el Plan Quinquenal", *La Prensa*, 19 de diciembre de 1946.
[51] "Al Servicio de Objetivos Militares", *Argentina Libre*, 19 de diciembre de 1946.
[52] Rómulo Bogliolo, *Socialismo, libertad, dirección. Réplica al Profesor Hayek*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1946, p. 10. El libro fue publicado apenas un año después del libro de la economista keynesiana Barbara Wootton *Fredom under Planning* (1945) y tres años antes de la réplica del laborista Evan Durbin, *The Politics of Socialist Planning* (1949). Sobre el debate en el laborismo, véase Tomlinson, *Democratic Socialism*, pp. 132-140.
[53] Ricardo Martínez Mazzola, "¿Qué queda de izquierda en el socialismo democrático de Ghioldi? El Partido Socialista a la luz de las categorías izquierda y derecha (1946-1955)", *Prismas*, n° 24, 2020, pp. 212-214.
[54] Altamirano, *Bajo el signo de las masas*, pp. 43-45.
[55] Rómulo Bogliolo, *El problema de nuestra época. ¿Marchamos "fatalmente" hacia el socialismo?*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1950, p. 27.

Con excepción de grupos conservadores liderados por Reynaldo Pastor y Federico Pinedo, la planificación era reivindicada por la mayoría de las fuerzas políticas.

Junto con el problema de la planificación, la crítica económica al peronismo se basaría en el tratamiento de las políticas monetarias y financieras, y de sus efectos sobre la distribución del ingreso. En los dos planos, el diagnóstico socialista adquirió mayor densidad y se consolidaría en los primeros meses de la nueva administración. En lo relativo a las políticas monetarias y fiscales, muy pronto los socialistas acusaron al gobierno de conducir al país a la bancarrota. Las políticas expansivas eran la causa de una inflación monetaria que, aunque todavía no podía percibirse, tendría efectos muy negativos. Nada de esto era nuevo, pero la dimensión del incremento del gasto público, el endeudamiento y los fines improductivos que tenían las políticas peronistas perjudicarían a los asalariados. Tan temprano como en 1947, advertían que sobrevendrían años de "vacas flacas".[56]

En mayo de 1948, Ghioldi señaló la gravedad de la "crisis de divisas" que "obliga a restringir las importaciones". El dirigente socialista subrayaba que la crisis era resultado de "una planificación sin plan". Discutiendo el análisis oficial, el exdiputado sostuvo que los gastos públicos crecían a mayor ritmo que la renta nacional y, por lo tanto, eran el origen de la inflación local. El ascenso de los precios no constituía el resultado del desequilibrio temporal entre oferta y demanda, como argumentaba Miranda, sino el resultado de la emisión monetaria.

Ghioldi rechazaba también la esperanza de algunos miembros del gabinete de Perón en que las compras de alimentos argentinos en el marco del Plan Marshall constituirían una "tabla de salvación" para la economía argentina. Según Ghioldi, el plan se basaría en la compra de alimentos norteamericanos y a precios cercanos a los internacionales, lo que impediría al IAPI colocar la producción exportable.[57] Este diagnóstico anticipó la evolución de la economía argentina, ya que para fines de 1948 se afrontaría una aguda crisis de balanza de pagos y se esfumaría la esperanza de las compras de los Estados Unidos.

¿Cuáles eran los objetivos de la política oficial? Según Ghioldi, "una inflación deliberada para los gastos en defensa militar y como estímulo a un industrialismo de bases artificiales", una "autarquía, cuyo ideal consiste en no importar nada".[58] El talón de Aquiles era la crisis de divisas y ello había conducido al gobierno a introducir las primeras rectificaciones por parte de Miranda: el congelamiento de precios, la convocatoria a los empresarios y al capital extranjero, y el pedido a los sindicatos para impulsar una mayor productividad de la mano de obra.

El análisis más sistemático de la cuestión fue presentado por Bogliolo en su libro *Política monetaria y financiera*, publicado en 1949. En su estudio, Bogliolo sostenía que el peronismo continuaba y profundizaba las políticas monetarias y financieras implementadas desde 1932. Retomando las posturas que habían presentado en la década de 1930, el autor afirmaba que desde entonces los gastos públicos no paraban de crecer de manera desmedida, frente al aumento menor de la renta nacional. Para financiar los crecientes gastos, los gobiernos habían

[56] Partido Socialista, *Hacia la bancarrota. Despilfarro, inflación, carestía*, Buenos Aires, 1947, pp. 3-19.
[57] Américo Ghioldi, *La situación económica*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1948, pp. 24-25. Como han mostrado Sourrouille y Ramos, los altos precios del trigo obtenidos por el IAPI entre 1946 y 1949 fueron posibles gracias a los créditos comerciales otorgados por la Argentina a algunos países europeos. El financiamiento de estas operaciones del IAPI por medio del redescuento del Banco Central se tradujo en mayor emisión monetaria. Juan Sourrouille y Adrián Ramos, "El trigo y las ganancias del IAPI entre 1946 y 1949. Miranda y la política económica en los inicios del peronismo", *Desarrollo Económico*, vol. 53, nº 209/210, 2013, pp. 27-56.
[58] Ghioldi, *La situación económica*, pp. 52-54

recurrido al endeudamiento público, el incremento de los impuestos y la emisión monetaria. Con Perón, los incrementos del gasto público habían alcanzado su punto más alto, y ello había sido acompañado por un mayor desmanejo presupuestario. El presupuesto presentado al Congreso no daba cuenta del incremento de los gastos, debido a las cuentas especiales, los recursos empleados en las empresas públicas, el redescuento del Banco Central y "la caja" del IAPI, entre otros. La crítica socialista revelaba la complejidad de la composición del gasto público, la discrecionalidad del Poder Ejecutivo para manejar y disponer de recursos, y la disminución de las atribuciones del Parlamento. Para los socialistas, la política de dinero barato beneficiaba a la "nueva oligarquía", en detrimento de los asalariados.

El destino de esos recursos extraídos de la comunidad no podía ser más negativo. Según Bogliolo, predominaban los gastos improductivos; para 1948, el 50% era destinado a fines militares y políticos; un 28% a los "gastos técnico-burocráticos, y el 9% a la creciente deuda pública.[59] El 13% restante era destinado al Ministerio de Instrucción Pública.

La expansión del gasto público había sido propiciada durante el período de Miranda con el argumento de que venía a evitar la deflación y la desocupación. Sin embargo, como observaba Bogliolo, el impulso del gasto lejos de ser anticíclico había atizado la inflación y "la carrera entre precios y salarios":

> El uso de los dineros públicos para estimular la producción y la ocupación es aconsejado en momentos de crisis cíclica. Cuando toda la actividad se paraliza se explica la inyección estatal. Pero en nuestro país, desde 1943, la ocupación es total. La producción llega al máximo y los medios de pago sobran. El gobierno en vez de aprovechar las enormes entradas de excedentes para amortizar realmente la deuda pública y prepararse para cuando efectivamente llegase la crisis económica, aumentó sus gastos, aumentó la circulación monetaria, siguió una política bancaria expansionista y provocó males mayores que los esperados.[60]

Si bien podía dudarse de que en 1943 la economía argentina hubiera alcanzado ese nivel de actividad, el impulso fiscal y monetario entre 1946 y 1949 había alcanzado niveles sin precedentes y difíciles de justificar desde una perspectiva heterodoxa o keynesiana.

El espectacular aumento del gasto público se había financiado por medio de la emisión monetaria, el aumento de la deuda pública (con la colocación de títulos en las Cajas de Jubilación recientemente creadas) y de los impuestos. Los socialistas rechazaban estas políticas expansivas. Incluso cuestionaban el incremento de la presión impositiva, a pesar de que el sistema impositivo había mejorado su progresividad, ya que hacia 1948 los recursos provenientes de los tributos directos superaban por primera vez en el siglo XX a los originados en los impuestos indirectos que recaían sobre los consumidores y asalariados.[61] La mejora en la progresividad del sistema impositivo no era problematizada en los documentos socialistas a pesar de que el Partido había sostenido históricamente la necesidad de una amplia y progresiva reforma impositiva.

La renuncia de Miranda y la nueva política económica implementada por el equipo de Alfredo Gómez Morales no atenuaron las críticas de los socialistas. En 1951, Bogliolo publicó

[59] Rómulo Bogliolo, *Política monetaria y financiera*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1949, p. 154.
[60] *Ibid*., pp. 159-160.
[61] José Sánchez Román, *Los argentinos y los impuestos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013, pp. 121-136.

otro libro dedicado al estudio de la cuestión. Como en su trabajo previo, allí sostenía la ortodoxia monetaria oficial del Partido. Al mismo tiempo, recusó los supuestos fundamentos de la política peronista. Empleando referencias de John Maynard Keynes y Hjalmar Schacht, el presidente del Reichsbank y ministro de Economía de Hitler hasta 1937, rechazaba las políticas monetarias expansivas que estaban acelerando la pérdida de valor del peso. Ni Keynes ni Schacht se habían apartado de la doctrina monetaria que objetaba las fluctuaciones de su valor por sus efectos redistributivos negativos. En cambio, el equipo económico peronista afirmaba que las políticas fiscales y monetarias servían como instrumento de redistribución. Además, con la reforma monetaria de 1949, por medio de la Ley 13571 que estableció la suspensión de la obligatoriedad del Banco Central de mantener reservas en oro y divisas por el 25% del circulante, el gobierno peronista rompía con el último dique contra la emisión descontrolada. Más interesante aún, Bogliolo describía con agudeza los efectos de la inflación, que creaba inicialmente la ilusión de riqueza para mostrar luego sus efectos regresivos, en especial para los asalariados.[62]

La crítica a las políticas expansivas iba acompañada de un análisis de la evolución de la renta nacional que mostraba cómo crecía lentamente. Si el autor reconocía, con fuentes diversas, un crecimiento industrial importante, el aumento no había sido mayor que durante la década de 1930. El crecimiento no se debía a las políticas expansivas, como argumentaba Gómez Morales en su libro.[63]

El planteo de Bogliolo era "detengamos la inflación" mediante una política de estabilización. La inflación todavía no mostraba su peor rostro: algunos seguían ganando mientras otros perdían, pero terminaría perjudicando a todos los sectores económicos. Había que evitar la "hiperinflación". Para ello, la Argentina necesitaba ajustar los gastos a los ingresos públicos y no emitir moneda: "Con una década de prosperidad podremos dar valor firme a nuestro peso. […] Solo necesitamos tener un ministro de Hacienda que no emita billetes y, si fuera capaz de colocarse a la altura de un Terry, podría quemar unos cuantos millones".[64]

Los resultados de las políticas fiscales expansivas desmentían la propaganda oficial en relación con la redistribución de los ingresos. Este tema ocupaba desde mediados de la década de 1940 un lugar central en el análisis de los socialistas. En 1946, Bogliolo había publicado un breve estudio de la evolución de las condiciones de vida durante la Guerra. De acuerdo con las estadísticas oficiales, entre 1939 y 1945, los precios habían ascendido un 111%, pero el economista estimaba que los salarios se habían incrementado en apenas un 30%. Solo el aumento del número de miembros de la familia empleados permitía a las familias no percibir el fenómeno y creer en el incremento de los ingresos. Para Bogliolo, era claro que la política de aumentos salariales en un período de desorden monetario y financiero aseguraba el deterioro de los salarios reales.[65] De esta forma, los socialistas refutaban la propaganda de la Secretaría de Trabajo y Previsión y la proclamada identificación del coronel Perón con la "justicia social". La estimación de los socialistas se acercaba más a la evolución real de los salarios en la Capital Federal durante la guerra que, a pesar del apoyo oficial a las reivindicaciones de los trabajadores

[62] Rómulo Bogliolo, *Cuando el Estado gasta*, La Vanguardia, 1951, pp. 44-46.
[63] Alfredo Gómez Morales, *Política económica peronista*, Buenos Aires, Escuela Superior Peronista, 1951, pp. 139-169.
[64] Bogliolo, *Cuando el Estado gasta*, p. 99.
[65] Rómulo Bogliolo, *Salarios y nivel de vida*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1946, pp. 18-19.

a partir de 1943, solo había registrado una parcial recuperación de lo perdido en los años iniciales de la Guerra.[66]

A fines de la década de 1940, en una coyuntura marcada por la crisis del sector externo y la aceleración de la inflación, Bogliolo retomó la cuestión. Empleando cifras y estadísticas oficiales, mostraba que los asalariados no habían ganado poder de compra; mientras que entre 1945 y 1947 el costo de vida había aumentado un 63%, los salarios habían aumentado un 66%, lo que explicaba las constantes huelgas y reclamos salariales de los trabajadores. Más allá de las cifras, parece claro que las conclusiones que derivaba de las estadísticas oficiales, "aceptando que los datos sean fidedignos", no reflejaban el proceso redistributivo. Según Bogliolo: "El pueblo no puede ir ya a una confitería, a un café, a una peluquería ni comprar un diario o una revista, un útil para el colegio, un juguete, un libro sin comprobar que todo cuesta el triple. Eso lo sabe el pueblo y no necesita discursos oficiales para consolarlo".[67]

El economista identificaba otro sector social entre los más perjudicados por el incremento de la inflación a fines de la década de 1940. Se trataba de un segmento de las clases medias integrado por "jubilados, pequeños rentistas, profesores, profesionales modestos". Estos sectores no podían defenderse de la inflación que, para los socialistas, era alentada por el gobierno para favorecer a los industriales y las casas exportadoras de la producción primaria.[68]

A comienzos de la década de 1950, Bogliolo abonó nuevas evidencias a la hipótesis socialista del deterioro de los salarios durante el peronismo. Sostuvo que la masa de salarios y sueldos representaba el mismo porcentaje que en 1944, mostrando que no se había modificado el patrón distributivo del país: "la situación obrera, en materia de salarios, poco ha variado". Esta evolución permitía comprender los orígenes económicos de las huelgas reprimidas por el peronismo. Y aunque reconocía, por primera vez, el mejor cumplimiento de las leyes laborales, recordaba que el precio pagado era muy alto: el sometimiento de los sindicatos al Estado.[69]

En abril de 1953, el 39° Congreso partidario reunido en Mar del Plata emitió una resolución en la que ratificó su análisis económico: los precios seguían aumentando por encima de los salarios y solo la plena ocupación había ofrecido el recurso a la clase trabajadora para cubrir el costo de la vida mediante el empleo de varios miembros de la familia. Empero la crisis de 1952-1953 estaba provocando cierre de fábricas y desocupación, lo que hacía más dramática la situación de los trabajadores. Para frenar la inflación, el Partido reclamó la reducción de los gastos públicos, el incremento de los salarios y la sanción de una ley de salario móvil de "acuerdo a las necesidades y características de cada zona".[70]

Un año más tarde, en junio de 1954, luego de la lucha desatada por los sindicatos para la renovación de los convenios colectivos, el Partido consideró crítico el estado de los salarios reales y reclamó un aumento general "sin dilación". Al mismo tiempo, calificó al peronismo de una contrarrevolución institucional y económica, recordando a los trabajadores que los aumen-

[66] Hugo Del Campo, *Sindicalismo y peronismo*, Buenos Aires, Clacso, 1983, p. 42.
[67] Bogliolo, *Política monetaria y financiera*, p. 165. Las estimaciones sobre salarios industriales muestran un incremento del poder de compra del orden del 40% entre 1946 y 1948. Gerchunoff y Antúnez "De la bonanza peronista", p. 145.
[68] Bogliolo, *Política monetaria y financiera*, p. 169.
[69] Bogliolo, *Cuando el Estado gasta*, pp. 76-77.
[70] "Encarecimiento de la vida", en Partido Socialista, *Nivel de vida de la clase trabajadora*, Buenos Aires, 1954, s/p. Para un análisis del impacto de la crisis de 1952 en los ingresos de los trabajadores, Belini, "Inflación, recesión y desequilibrio externo", pp. 138-144.

tos de salarios tenían como límite la disminución de los beneficios. Ese límite era el del peronismo. Solo el socialismo constituía la fuerza política capaz de emprender la "verdadera liberación", consistente en el cambio de régimen económico por un "sistema donde el móvil de la producción sea el servicio de las necesidades de la sociedad".[71]

Consideraciones finales

A partir de la construcción de un diagnóstico sobre el naciente peronismo, el socialismo analizó sus políticas económicas y su impacto sobre las condiciones de vida de los sectores populares. A pesar de la primacía asignada a la dimensión política por parte del Partido y la consolidación de su identidad como una fuerza democrática y liberal, la crítica económica continuó siendo central en la definición de las estrategias partidarias.

Las políticas monetarias y fiscales peronistas fueron inicialmente muy expansivas. Al mismo tiempo, el peronismo proclamó como sus objetivos la redistribución del ingreso y el control nacional de varios sectores de la economía que consideraba estratégicos: las finanzas, los servicios públicos y el comercio exterior. Estas ideas no eran una innovación del peronismo ni constituían una novedad en el escenario de las economías occidentales, más bien respondían a un clima de época y a las reformas económicas que se estaban imponiendo como respuesta a los problemas del capitalismo en las economías centrales en la segunda posguerra.

Los socialistas habían presenciado una renovación ideológica considerable en la década de 1930, incorporando las ideas de la planificación, la intervención y la regulación del Estado en la economía. Muchas de estas y otras propuestas socialistas compartían ciertas similitudes con las que propondría el peronismo en el poder. Sin embargo, los dirigentes socialistas analizaron con dureza las políticas peronistas. Las intervenciones de los socialistas revelaban las tensiones propias del papel de los dirigentes en el Partido y de su diagnóstico sobre la naturaleza del peronismo y los saberes económicos. En el plano de las ideas, si bien los socialistas continuaban apoyando la planificación, la regulación estatal y las nacionalizaciones como instrumentos de política económica, las distancias que los separaban de las propuestas peronistas eran considerables. Por un lado, la tradición ideológica del socialismo se distanciaba de las ideas económicas del peronismo, cercanas al corporativismo y el pensamiento social-católico. En cambio, los socialistas eran partidarios de la planificación democrática y veían en las reformas del laborismo de Clement Attlee un camino deseable. Por otro lado, si bien el Partido Socialista se renovó ideológicamente a partir de los años treinta, incorporando nuevos problemas y temas, mantuvo la ortodoxia en el plano monetario. Gastos públicos equilibrados y el rechazo al financiamiento monetario del déficit fiscal conformaron principios económicos que abonaron la censura a las políticas monetarias y fiscales aplicadas a partir de la década de 1930 y, particularmente, a las políticas muy expansivas del peronismo entre 1946 y 1949. Los socialistas criticaron la expansión del gasto público, las políticas crediticias a favor de la industria y el financiamiento de esas políticas por medio de la emisión monetaria. Por un lado, la expansión del gasto público era desaconsejable en una economía que, a juzgar por sus análisis, no presentaba problemas graves en lo relativo a la ocupación y el crecimiento. Por el otro, la emisión

[71] Partido Socialista, *Nivel de vida de la clase trabajadora*, Buenos Aires, 1954, s/p.

monetaria solo generaría la pérdida del poder de compra de los salarios. Incluso, luego del desplazamiento de Miranda, Bogliolo censuró las políticas del equipo económico y cuestionó los supuestos fundamentos keynesianos de la orientación económica de Gómez Morales.

El control del Estado sobre empresas, la apropiación estatal de parte del ingreso de los productores pampeanos y la redistribución regresiva del ingreso que, según estimaban, generarían las políticas fiscales y monetarias, fundamentaron su oposición a las políticas económicas del peronismo. Los socialistas advirtieron también los problemas de las políticas del IAPI en los mercados externos y los riesgos de la apuesta de Miranda en un contexto internacional marcado por la hegemonía de los Estados Unidos. En cambio, otras dimensiones de la economía, que habían sido tradicionalmente objeto de estudio de los socialistas, fueron menos exploradas. Así, por ejemplo, la reforma impositiva del peronismo no fue tematizada, a pesar de la importancia que el tema fiscal tenía en el pensamiento económico del Partido. En relación con las políticas distributivas, las estimaciones socialistas de la evolución de los salarios reales no percibieron el proceso distributivo, al menos en el período 1946-1949. En realidad, desde un comienzo, los socialistas sostuvieron que el gobierno de Perón no ofrecía a la clase trabajadora ni siquiera recompensas económicas. Las críticas a la economía peronista se complementaban muy bien con la interpretación del peronismo como una "variante criolla" del fascismo.

Por cierto, la intervención de los socialistas formó parte de una discusión más amplia que involucró a economistas e ingenieros, dirigentes políticos y empresariales. En este sentido, las controversias económicas en la década de 1940 se intensificaron y encontraron diversas vías de difusión, aun en un contexto de restricciones impuestas a las libertades públicas y la prensa opositora. Las críticas del Partido Socialista a la economía peronista se apoyaron en información estadística que, más allá de su calidad, conformaron una interpretación sólida y al mismo tiempo parcial del impacto de las políticas peronistas, que incluso reclamó la atención del gobierno de Perón. □

Bibliografía

Altamirano, Carlos, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.

——, *Bajo el signo de las masas*, Buenos Aires, Ariel, 2001.

Aricó, José, *La hipótesis de Justo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

Belini, Claudio, "El Grupo Bunge y la política económica del primer peronismo, 1943-1952", *Latin American Research Review*, vol. 41, n° 1, pp. 27-50.

——, "Inflación, recesión y desequilibrio externo. La crisis de 1952, el Plan de estabilización de Gómez Morales y los desequilibrios de la economía peronista", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Rvignani*, n° 40, 2014, pp. 105-148.

Berrotarán, Patricia, *Del Plan a la planificación*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2003.

Brooke, Stephen, "Problems of 'Socialist Planning': Evan Durbin and the Labour Government of 1945", *The Historical Journal*, vol. 34, n° 3, 1991, pp. 687-702.

Camarero, Hernán y Carlos Herrera (comps.), *El Partido Socialista en la Argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

Cortés Conde, Roberto, *La economía política de la Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Edhasa, 2005.

De la Vega, Gustavo, *Planificar la Argentina, justa, libre y soberana. El Consejo Nacional de Posguerra, 1944-1946*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2017.

Del Campo, Hugo, *Sindicalismo y peronismo*, Buenos Aires, Clacso, 1983.

Hansen, Erik, "Depression Decade Crisis: Social Democracy and Planisme in Belgium and the Netherlands, 1929-1939", *Journal of Contemporary History*, vol. 16, n° 2, 1981, pp. 293-322.

Herrera, Carlos, *¿Adiós al proletariado? El Partido Socialista bajo el peronismo (1945-1955)*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2016.

Fulla, Mathieu y Marc Lazar (eds.), *European Socialists and the State in the Twentieth and Twenty-First Centuries*, Londres, Palgrave, 2020.

Gerchunoff, Pablo y Damián Antúnez, "De la bonanza peronista a la crisis de desarrollo", en J. C. Torre (dir.), *Los años peronistas, 1943-1955*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002, pp. 124-205.

González Bollo, Hernán y Diego Pereyra, *Estado y planificación en el lejano sur. Agencias y funcionarios de la Argentina peronista, 1944-1955*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2021.

Gómez, Teresita, *Los planes quinquenales del peronismo*, Buenos Aires, Lenguaje Claro, 2020.

Graciano, Osvaldo, "Hombres de izquierda, producción y conocimiento social en la Argentina", en S. Frederic, O. Graciano y G. Soprano (coords.), *El Estado argentino y las profesiones, liberales, académicas y armadas*, Rosario, Prohistoria, 2010, pp. 81-112.

——, "Las izquierdas y la crítica de la economía peronista. Producción de saber social y práctica política", en O. Graciano y G. Olivera (comps.), *Agro y política en la Argentina. Actores sociales, partidos políticos e intervención estatal durante el peronismo, 1943-1955*, Buenos Aires, Ciccus, 2015, pp. 93-114.

Llach, Juan José, "El Plan Pinedo de 1940, su significado histórico y los orígenes de la economía política peronista", *Desarrollo Económico*, vol. 23, n° 92, enero-marzo de 1984, pp. 515-558.

Martínez Mazzola, Ricardo, "El Partido Socialista en los años treinta", en L. Losada (comp.), *Política y vida pública. Argentina (1930-1943)*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2017, pp. 87-106.

——, "¿Qué queda de izquierda en el socialismo democrático de Ghioldi? El Partido Socialista a la luz de las categorías izquierda y derecha (1946-1955)", *Prismas*, n° 24, 2020, pp. 211-218.

Milani, Tommaso, "The Planist Temptation: Belgian Social Democracy and the State During the Great Depression, c. 1929-c. 1936", en M. Fulla y M. Lazar (eds.), *European Socialists and the State in the Twentieth and Twenty-First Centuries*, Londres, Palgrave, 2020, pp. 76-96.

Portantiero, Juan Carlos, "Imágenes de la crisis: el socialismo argentino en la década de 1930", *Prismas*, vol. 6, n° 2, 2002, pp. 231-241.

——, "El debate en la socialdemocracia europea y el Partido Socialista en la década de 1930", en H. Camarero y C. Herrera (comps.), *El Partido Socialista en la Argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

Rougier, Marcelo, *La economía del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 2012.

Salvadori, Massimo (ed.), *Modern Socialism. Selected documents*, Londres, Palgrave, 1968.

Sánchez Román, José, *Los argentinos y los impuestos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.

Sassoon, Donald, *One Hundred Years of Socialism*, Londres, Tauris, 2014.

Sourrouille, Juan y Adrián Ramos, "El trigo y las ganancias del IAPI entre 1946 y 1949. Miranda y la política económica en los inicios del peronismo", *Desarrollo Económico*, vol. 53, nº 209-210, 2013, pp. 27-56.

Tarcus, Horacio (dir.), *Diccionario Biográfico de la Izquierda Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2007.

Tomlinson, Jim, *Democratic Socialism and Economic Policy: The Attlee Years, 1945-1951*, Nueva York, Cambridge University Press, 2002.

Tortti, María Cristina, "El Partido Socialista ante la crisis de los años treinta. La estrategia de la 'Revolución Constructiva'", *Cuadernos del CISH*, n° 5, 1999, pp. 217-227.

Resumen / Abstract

Un análisis económico del peronismo. Los dirigentes e intelectuales del Partido Socialista frente a las políticas económicas en la Argentina de posguerra

Este artículo se propone estudiar los análisis y diagnósticos que dirigentes e intelectuales del Partido Socialista de Argentina realizaron sobre las políticas económicas del gobierno peronista en el marco de las transformaciones del capitalismo durante la segunda posguerra. Sobre la base de prensa partidaria, libros y folletos editados por Rómulo Bogliolo, Américo Ghioldi, Nicolás Repetto y Alfredo Palacios examinamos los cambios en las concepciones socialistas, sus fuentes intelectuales y las interpretaciones sobre las diversas coyunturas que atravesó la economía argentina. En un contexto de renovación de las ideas económicas iniciado en la década de 1930 y que impulsó al socialismo local a alentar la planificación, las nacionalizaciones y la creación de empresas mixtas, en la década de 1940 los socialistas debieron posicionarse frente a las reformas peronistas y a nuevos fenómenos como una intensa redistribución del ingreso, el proceso inflacionario y la crisis del sector externo. Los análisis socialistas sobre las políticas peronistas intervinieron en las controversias económicas de la segunda posguerra y conformaron una oposición ideológica al peronismo.

Palabras clave: Historia de las ideas económicas – Partido Socialista de Argentina – Peronismo – Planificación económica

An economic analysis of Peronism. Socialist leaders and intellectuals against the economic policies in post-war Argentina

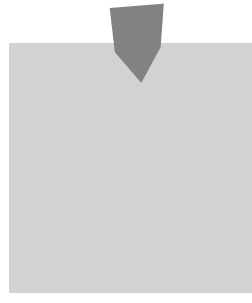
This article aims to study the analyses and diagnoses elaborated by leaders and intellectuals of the Socialist Party of Argentina concerning Peronist economic policies within the framework of the transformations of capitalism during the second post-war period. Based on party press, books and pamphlets edited by Rómulo Bogliolo, Américo Ghioldi, Nicolás Repetto and Alfredo Palacios, we examine the changes in socialist conceptions, their intellectual sources, and interpretations of the various conjunctures that the Argentine economy went through. In a context of renewal of economic ideas initiated in the 1930s and which prompted local socialism to encourage economic planning, nationalizations and mixed capital companies in the 1940s, socialists had to position themselves in the face of Peronist reforms and new phenomena such as an intense redistribution of income, the inflationary process and the crisis of the external sector. Socialist analyses of Peronist policies participated in the economic controversies of the second post-war period and formed a strong ideological opposition to Peronism.

Key words: History of economic ideas – Argentina Socialist Party – Peronism – Economic planning

Fecha de recepción del original: 17/2/2022
Fecha de aceptación del original: 26/5/2022

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1276>

Argumentos



Prismas
Revista de historia intelectual
Nº 26 / 2022

*La vida intelectual de las clases trabajadoras británicas**

Jonathan Rose

Drew University

Hace unos pocos años, los historiadores del trabajo de una universidad inglesa me confesaron que, cuando este libro se publicó por primera vez en 2001, expusieron las reseñas de los periódicos en la cartelera de anuncios de su departamento. Según me explicaron, el hecho de que un estudio académico de la historia del trabajo atrajera aún la atención de la prensa popular hizo maravillas en cuanto a levantarles la moral, lo cual estaban necesitando urgentemente. Es cierto que su campo había estado de moda durante unos veinte años, comenzando con *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (1963) de Edward P. Thompson. Pero poco a poco fue eclipsado por la historiografía del género y la raza, y en 1983 *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*, de Gareth Stedman Jones, lanzó a los académicos más jóvenes en otra dirección: la exploración de lingüística y cultura.

Que me felicitaran por revalidar la historia de la clase obrera fue, para mí, tan irónico como halagador, pues difícilmente podría decir que soy un historiador del trabajo. Ciertamente, como estudiante estadounidense de grado y posgrado en la década de 1970, me asignaron la lectura de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*: que lo haya leído hasta el final o no ya es otra cuestión. Pero la especialidad que yo elegí fue la historia intelectual: mientras otros de mi generación estudiaban el lugar del trabajo, los sindicatos, la estructura familiar, la dieta, la vivienda y los salarios, yo prefería mucho más el mundo de las ideas. Naturalmente, tuve que defender ese gusto peculiar en el aula. ¿No era elitista la historia intelectual? ¿Tenían alguna influencia real las conversaciones de los grandes intelectuales fuera de su propio círculo selecto? ¿La historia no debería acaso tratar sobre la vida cotidiana, la cultura material y las "masas inarticuladas"? Eran preguntas difíciles pero justas, y finalmente otros historiadores intelectuales y yo nos dimos cuenta de que solo se las podía responder inventando tres nuevos campos académicos.

El primero y el más fascinante (para mí) fue la historia de la lectura. Mi modelo no era E. P. Thompson, sino un ejemplar gastado de *The English Common Reader*, de Richard Altick, que encontré en una librería del campus a principios de mi primer año de estudios de posgrado. Los historiadores de la lectura no se han ocupado únicamente de las clases más bajas, pero han de-

* El texto es la traducción de las dos introducciones que Jonathan Rose realizó para su libro *The Intellectual Life of the British Working Classes*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2010. En el primer punto se reproduce la introducción a la segunda edición, de 2010, y en el segundo, titulado "Prefacio a una historia de los públicos", el prefacio a la primera edición, de 2001. Se publica con autorización del autor y de la editorial. La traducción fue realizada por María Inés Castagnino.

Prismas, Revista de historia intelectual, Nº 26, 2022, pp. 133-146
DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1302

mostrado más allá de toda duda razonable que los grandes libros han tenido lectores plebeyos, que la lectura ha sido durante mucho tiempo una necesidad cotidiana para la gente común y que los libros han sido parte importante de la cultura material de la mayoría de los hogares obreros. Este fue el método utilizado no solo en este libro, sino también en varios otros trabajos, publicados con pocos años de diferencia: *Reading on the Middle Border: The Culture of Print in Late-Nineteenth-Century Osage, Iowa* (2001), de Christine Pawley; *Readers and Society in Nineteenth-Century France:Workers, Women, Peasants* (2001), de Martyn Lyons; *Forgotten Readers: Recovering the Lost History of African American Literary Societies* (2002), de Elizabeth McHenry; *Literary Culture in Colonial Ghana: "How to Play the Game of Life"* (2002), de Stephanie Newell; y *The Clerk's Tale: Young Men and Moral Life in Nineteenth-Century America* (2003), de Thomas Augst. Nos conocíamos entre nosotros, presentábamos ponencias en los mismos congresos, compartíamos la emoción de trabajar en una nueva frontera académica que avanzaba rápidamente. Utilizábamos fuentes similares (memorias, registros de bibliotecas, registros de sociedades mutuales de fomento) y todos descubrimos en distintas partes del mundo el mismo tipo de lectores comunes que buscan autoperfeccionarse. Más recientemente, nos asiste en nuestro trabajo el desarrollo de recursos electrónicos: la Base de Datos de Experiencias de Lectura (Reading Experience Database, <www.open.ac.uk/Arts/reading/>) para Gran Bretaña y el Proyecto "Qué se leía en Middletown" (What Middletown Read Project, <https://lib.bsu.edu/wmr/index.php>) para Estados Unidos, en los que se puede buscar por clase y ocupación.

Una segunda ruta para conectar la historia intelectual con la laboral es la historia de la autoría, tal como se la investiga en el Proyecto de Escritores de la Clase Trabajadora (Labouring-Class Writers Project) en la Nottingham Trent University. En este campo, me inspiré un poco en *The Industrial Muse* (1974), de Martha Vicinus, pero descubrí que no todos los escritores de clase obrera eran poetas oscuros y empobrecidos de las zonas industriales. Unos cuantos de ellos, especialmente en la primera mitad del siglo XX, fueron escritores de prosa conocidos y exitosos. Desde entonces han caído en un agujero negro historiográfico, en gran parte por trabajar en un género que la academia desprecia e ignora. No me refiero a la literatura de cultura baja: no faltan monografías sobre folletines, novelas baratas y pornografía. No, la que ha sido vergonzosamente descuidada es la literatura de cultura media, que no era exclusivamente de clase media en absoluto. Mientras que el gremio de Bloomsbury controlaba la alta cultura, la media quedó como mercado abierto a escritores de clase obrera como Howard Spring, Ethel Mannin y Alexander Baron. Yo presentía su importancia, pero no pude decir mucho sobre ellos en mi libro, simplemente porque aún no habían generado un corpus de biografías académicas y estudios críticos. Hoy, la lista de Bibliografía Internacional de la Modern Language Association (MLA) arroja solo dos resultados para Spring, seis para Mannin y ninguno para Baron, en comparación con 4547 para Virginia Woolf. La Sra. Woolf y Frank R. Leavis declararon que no valía la pena leer a los autores de cultura media, y generaciones de académicos los obedecieron. Esa barrera no se rompió sino hasta la década de 1990, con *"Betwixt and Between": Middlebrow Fiction and English Society in the Twenties and Thirties* (1990), de Rosa Maria Bracco, y *The Making of Middlebrow Culture, 1920-1950* (1992) de Joan Shelley Rubin. En lugar de más libros sobre Bloomsbury, necesitamos estudios sobre esos escritores, en oposición a quienes los de Bloomsbury se definían, como *To Exercise Our Talents: The Democratization of Writing in Britain* (2006), de Christopher Hilliard. Tenemos que descubrir cómo estos escritores plebeyos salieron de la pobreza y ascendieron por la escala del periodismo popular, cómo transformaron sus experiencias de vida en literatura, cómo atrajeron a públicos de clase obrera.

Ese tipo de producción académica implica inevitablemente un tercer campo nuevo: la historia del gusto. Yo crecí en unos Estados Unidos donde, al parecer, todo el mundo era de clase media, todos leían los mismos libros y revistas de cultura media, todos comían el mismo tipo de comida en los mismos restaurantes, usaban el mismo tipo de ropa y miraban los mismos programas indistintos en tres canales de televisión comunes y corrientes. Por supuesto, la sociedad estadounidense nunca fue en realidad tan homogénea, pero ciertamente lo fue menos aún con el paso de las décadas siguientes. La distribución del ingreso se volvió más desigual, los gustos culturales se estratificaron más. Era inevitable preguntarse si había alguna conexión entre las dos tendencias. ¿Estábamos asistiendo a la formación de una nueva clase, llamada *yuppies*, *trendies* o *bobos* según el caso, y era la vanguardia un negocio que proporcionaba a esta clase marcadores culturales distintivos (y caros)? En *La clase creativa* (2002), Richard Florida vio un vínculo claro entre la innovación artística y el dinámico capitalismo posindustrial. Lo mismo vieron gran cantidad de estudios académicos sobre el "*marketing* del modernismo", en particular *Elkin Mathews: Publisher to Yeats, Joyce, Pound* (1989) de James Nelson, *Who Paid for Modernism? Art, Money, and the Fiction of Conrad, Joyce and Lawrence* (1997) de Joyce Piell Wexler, *British Literary Culture and Publishing Practice 1880-1914* (1997) de Peter D. McDonald, *Institutions of Modernism: Literary Elites and Public Culture* (1998) de Lawrence Rainey, *Oscar Wilde's Profession: Writing and the Culture Industry in the Late Nineteenth Century* (2000) de Josephine M. Guy e Ian Small, *Literature, Money and the Market: From Trollope to Amis* (2002) de Paul Delany, y *Marketing Modernism between the Two World Wars* (2003) de Catherine Turner. Estos temas dieron forma a mi propia discusión sobre el modernismo y la clase obrera, que resultó ser gratamente controvertida (para refutación, véase *Virginia Woolf, the Intellectual, and the Public Sphere* (2003), de Melba Cuddy-Keane). Debo enfatizar que nunca tuve la intención de devaluar los logros estéticos del modernismo. Mi punto era que, como en el caso del barroco, podemos admirar ese arte y a la vez reconocer que reforzó las jerarquías sociales.

A veces me preguntan si tengo raíces de clase obrera. No puedo atribuirme ese pedigrí. Un tío abuelo mío (a quien no conocí) era un obrero textil del Bronx que pasó gran parte de la Depresión leyendo una especie de colección de literatura universal en yiddish, clásicos traducidos, desde *El mercader de Venecia* hasta *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Por lo demás, en mi familia todos fueron profesionales, gerentes y comerciantes. Ya que hablamos de marcadores culturales y de las vanguardias, yo asistí a una escuela privada muy progresista en Greenwich Village, muy parecida al Summerhill de Alexander S. Neill, en el polo opuesto de los internados victorianos. Mi escuela era tan desestructurada que cada alumno tenía que convertirse en autodidacta y, sí, en ese sentido bien puede haber sembrado el germen de este libro.[1]

II. Prefacio a una historia de los públicos

Este libro aborda una pregunta que, hasta hace poco tiempo, se consideraba imposible de responder. Propone adentrarse en la mente de los lectores comunes a lo largo de la historia, para

[1] En esta segunda edición del libro he corregido algunos errores fácticos y ortográficos, y agradezco a los lectores que los señalaron. Una versión de este ensayo apareció previamente en la revista *Key Words*, y algo de él se publica aquí, con el amable permiso de los editores.

descubrir qué leían y cómo lo leían. Es relativamente fácil recuperar las experiencias lectoras de los intelectuales de profesión: escritores, críticos literarios, profesores y clérigos documentaron ampliamente sus respuestas a libros. Pero ¿qué registro tenemos de "lectores comunes" tales como los libertos después de la Guerra Civil de los Estados Unidos, los inmigrantes en Australia o la clase obrera británica?

Hace no mucho tiempo, David Perkins concluyó que "En el caso de una mayoría de épocas y lugares, carecemos de fuentes tales como relatos de experiencias de lectura, a partir de las cuales escribir una historia de la recepción".[2] Según Jeffrey Richards, "Es inútil pedir relatos de primera mano de personas comunes sobre cómo las han afectado sus lecturas o el uso de su tiempo libre. Porque es imposible que exista esa evidencia. La naturaleza de la cultura popular y de sus consumidores no proporciona medio alguno para articular una respuesta verbal consciente de este tipo".[3] Los historiadores, como observó Robert Darnton en 1980, "quieren penetrar en el mundo mental de las personas comunes, además del de los filósofos, pero tropiezan una y otra vez con el vasto silencio que ha devorado la mayor parte del pensamiento de la humanidad".[4]

Sin embargo, apenas seis años después, Darnton era más optimista. "Debería ser posible desarrollar una historia de la respuesta lectora, y no solo una teoría", sugirió. "Posible, pero no fácil…".[5] De hecho, en las décadas de 1980 y 1990, los académicos de la disciplina emergente de la "historia del libro" crearon métodos de investigación y aprovecharon los recursos de archivo que les permitieron penetrar en este misterio.[6] Los lectores comunes han revelado sus experiencias en memorias y diarios,[7] registros escolares,[8] encuestas,[9] entrevistas orales,[10] registros de bibliotecas,[11] cartas a editores de periódicos (publicadas o, más revelador aún, inéditas),[12] cartas de admiradores[13] y hasta en las actas de la Inquisición.[14]

[2] David Perkins, *Is Literary History Possible?*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1992, pp. 25-27.
[3] Jeffrey Richards, *Happiest Days: The Public Schools in English Fiction*, Mánchester, Manchester University Press, 1988, p. 2.
[4] Robert Darnton, *The Kiss of Lamourette*, Nueva York, Norton, 1990, p. 212.
[5] *Ibid.*, p. 157.
[6] Para una antología y bibliografía de trabajos recientes en el campo, véase Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (eds.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 2001. La bibliografía complementaria en Richard D. Altick, *The English Common Reader 1800-1900*, 2.ª ed., Columbus, Ohio State University Press, 1998, se centra específicamente en Gran Bretaña.
[7] Véase, por ejemplo, Louise L. Stevenson, "Prescription and Reality: Reading Advisors and Reading Practice, 1860-1880", *Book Research Quarterly*, n° 6, 1990-1991.
[8] Véase, por ejemplo, David Vincent, *Literacy and Popular Culture: England 1750-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, cap. 3.
[9] Véase Joseph McAleer, *Popular Reading and Publishing in Britain 1914-1950*, Oxford, Clarendon Press, 1992, cap. 3.
[10] Janice Radway es una de los pocos críticos dedicados a la respuesta lectora que han entrevistado a lectores reales, en *Reading the Romance: Women, Patriarchy, and Popular Literature*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1984. Mientras que los lectores de Radway son contemporáneos, Martyn Lyons y Lucy Taska demostraron que el mismo método podría usarse para explorar la historia reciente, en *Australian Readers Remember: An Oral History of Reading 1890-1930*, Oxford, Oxford University Press, 1992.
[11] Ronald J. Zboray, *A Fictive People: Antebellum Economic Development and the American Reading Public*, Nueva York, Oxford University Press, 1993.
[12] David Paul Nord, "Reading the Newspaper: Strategies and Politics of Reader Response, Chicago, 1912-1917", *Journal of Communication*, n° 45, verano de 1995.
[13] Clarence Carr, *Authors and Audiences: Popular Canadian Fiction in the Early TwentiethCentury*, Montreal, McGill-Queens University Press, 2000.
[14] Además de *El queso y los gusanos: el cosmos de un molinero del siglo XVI*, de Carlo Ginzburg (Barcelona, Muchnick, 1991), véase Sara T. Nalle, "Literacy and Culture in Early Modern Castile", *Past & Present*, n° 125, noviembre de 1989.

De estas fuentes, las más útiles son las autobiografías de gente común. Richard Altick supo apreciar su valor cuando escribió la obra pionera en este campo, *The English Common Reader*, en 1957. Lo perjudicaba el hecho de que en ese entonces los académicos tenían poca noticia de la existencia de esas memorias ("¡Si tan solo tuviéramos la autobiografía de [un] carnicero...!").[15] No obstante, para 1981 David Vincent había reunido ciento cuarenta y dos memorias de trabajadores británicos de principios del siglo XIX, y en *Bread, Knowledge and Freedom* mostró cómo podrían usarse para reconstruir una historia detallada de respuesta lectora.[16] En 1989, Vincent, junto con John Burnett y David Mayall, completó *The Autobiography of the Working Class*, una bibliografía que enumera casi dos mil documentos, tanto publicados como inéditos, de Gran Bretaña en los siglos XIX y XX.[17] Mi propio libro, que se basa en la lectura de la mayoría de esas memorias, habría sido imposible sin los aportes de esos trabajos.

Como sucede con cualquier otra fuente histórica, hay ciertas distorsiones y sesgos inherentes a la autobiografía. Los autores de memorias no son del todo representativos de su clase, sea esta la que fuere, aunque más no sea por ser inusualmente expresivos. Hay autobiografías de todos los estratos de la clase obrera británica, incluso de vagabundos y delincuentes menores, pero los trabajadores calificados han escrito una cantidad desproporcionada. Las mujeres representan solo alrededor del 5% de los autores de memorias nacidos antes de 1870, suben a alrededor del 15% para la cohorte de 1870-1889 y a alrededor del 30% para la cohorte de 1890-1929. Por supuesto, hubo manuscritos autobiográficos expurgados o rechazados por editores burgueses, pero ese no es un problema tan grande como podría suponerse. La mayoría de las memorias existentes son inéditas, o bien fueron publicadas por su mismo autor o por prensa local o radical. Los agitadores, en general, lograron registrar sus vidas de alguna manera y, como resultado, toda la muestra de la que disponemos tiende hacia la izquierda política: la bibliografía de Burnett, Vincent y Mayall enumera muchos más comunistas que conservadores.

Tal como nos advirtió el hijo de una lavandera, el autobiógrafo "sin poder evitarlo, tal vez incluso sin darse cuenta, pero más probablemente en forma deliberada, puede seleccionar, omitir, minimizar, exagerar, de hecho, mentir de todo corazón" tanto como el novelista.[18] Nada de esto descalifica las memorias como documentos históricos: después de todo, hay incertidumbres similares inherentes a todo lo que encontramos en archivos y registros publicados. Podemos minimizar esas incertidumbres si usamos estas fuentes con conciencia de sus limitaciones y las contrastamos con documentos de otro tipo. Los historiadores han bajado al archivo para verificar dos memorias proletarias clásicas (*Life and Struggles* [1876] de William Lovett y *Lark Rise* [1939] de Flora Thompson) y ambas demostraron ser de una precisión razonable (si no perfecta).[19] Este libro emplea historia oral, registros educativos, registros de bibliotecas, relevamientos sociológicos y encuestas de opinión, para confirmar lo que nos dicen los autores

[15] Altick, *Common Reader*, p. 244.
[16] David Vincent, *Bread, Knowledge and Freedom: A Study of Nineteenth-Century Working Class Autobiography*, Londres, Methuen, 1982, pp. 109-195.
[17] John Burnett, David Vincent y David Mayall (eds.), *The Autobiography of the Working Class: An Annotated, Critical Bibliography*, 3 vols., Nueva York, New York University Press, 1984-1989. Para quienes estudian a los lectores de clase media y alta, la muestra potencial es aún mayor: más de 6000 entradas en William Matthews (comp.), *British Autobiographies*, Hamden, CT, Archon, 1968.
[18] Alfred E. Coppard, *It's Me, O Lord!*, Londres, Methuen, 1957, p. 9.
[19] Joel Wiener, *William Lovett*, Mánchester, Manchester University Press, 1989, p. 2. Barbara English, "Lark Rise and Juniper Hill: A Victorian Community in Literature and History", *Victorian Studies*, n° 29, 1985.

de memorias, y por lo general (aunque no siempre) unos y otros apuntan a conclusiones similares. También hacen posible el doble enfoque de este libro: mientras que las autobiografías nos dicen mucho sobre la minoría vital de obreros autodidactas, otras fuentes ofrecen un retrato más representativo de la clase obrera en su conjunto.

La gran fortaleza de estas memorias es que representan el esfuerzo del pueblo trabajador por escribir su propia historia. Todo historiador debe usar datos de manera selectiva, pero aquí, en primera instancia, dentro de ciertos límites, la clase obrera decidió qué incluir. Es revelador que hayan escrito extensamente sobre sus lecturas, como si estuvieran señalando el camino a futuros historiadores. No es inusual que haya un capítulo entero sobre el tema, y algunas autobiografías, como *Memoirs of a Working Man* (1845), de Thomas Carter, son predominantemente relatos de toda una vida de lecturas.[20] Robert Collyer (nacido en 1823), quien llegó a ser un célebre ministro unitario, optó deliberadamente por explayarse sobre el momento en que, siendo un niño obrero en una fábrica textil de Fewston, compró su primer libro, *La historia de Whittington y su gato*:

> ¿Se pregunta algún lector por qué me detengo en este incidente? Yo respondo que ahora tengo una biblioteca de unos tres mil volúmenes […]; pero en esa primera compra yacía la chispa de un fuego que no se ha reducido aún a blancas cenizas, la pasión que creció conmigo en esos primeros años por leer todos los libros que pudiera conseguir, y así prepararme de algún modo para mi trabajo como ministro. […] Me veo en aquel tiempo y esa casa lejanos leyendo, bien puedo decirlo en mi caso, por mi vida.[21]

Significativamente, estos autores de memorias dedicaron mucho más espacio a la lectura que las generaciones posteriores de historiadores del trabajo. Si bien los "nuevos historiadores sociales" de las últimas décadas han producido obra importante e innovadora, albergan un prejuicio contra la historia literaria, quizá porque parece "elitista" y carente de rigor científico social. Se han concentrado, en cambio, en los aspectos más ásperos o materiales de la vida obrera: dieta, vivienda, cultura laboral, sindicalismo, radicalismo político, delincuencia y estructura familiar. Todo esto ha llenado grandes vacíos en nuestro conocimiento, pero faltó escribir un capítulo crítico en la historia de lo que alguna vez se llamó "las masas inarticuladas", que resultaron tener mucho que decir.

Sus remembranzas posibilitan una historia de la lectura de tipo más amplio, que podría denominarse historia de los públicos. En pocas palabras, una historia de los públicos invierte la perspectiva tradicional de la historia intelectual, centrándose en los lectores y estudiantes en lugar de los autores y profesores. Primero se define un público masivo, luego se determina cuál era su dieta cultural y se describe la respuesta de ese público no solo a la literatura, sino también a la educación, la religión, el arte y cualquier otra actividad cultural. Porque la lectura no se limita a los libros. También "leemos" (es decir, absorbemos, interpretamos y respondemos a) clases escolares, conciertos, programas de radio, películas, en fin, toda la variedad de las experiencias humanas. A grandes rasgos, una historia de los públicos se pregunta cómo leyó la gente su cultura, cómo experimentó su educación en el más amplio sentido. Este libro rastrea

[20] Véase también Chester Armstrong, *Pilgrimage from Nenthead*, Londres, Methuen, 1938.
[21] Robert Collyer, *Some Memories*, Boston, American Unitarian Association, s/f, pp. 14-15, 23-24.

las respuestas de la clase obrera a la literatura clásica (capítulo 1), la educación informal (capítulo 2), los textos de ficción y de no ficción (capítulo 3), los autores ya muertos (capítulo 4), la educación primaria (capítulo 5), la educación para adultos (capítulo 8), el marxismo y los marxistas (capítulo 9), los cuentos escolares (capítulo 10), la cultura popular (capítulo 11) y las vanguardias (capítulo 13). Utiliza relevamientos sociales para medir la alfabetización cultural, el acervo de conocimientos adquiridos a través de la lectura, que a su vez determina la comprensión lectora (capítulo 6); y utiliza registros de bibliotecas para cuantificar los hábitos de lectura (capítulo 7). Hace la crónica de la primera generación de lectores comunes en devenir escritores profesionales que ascendieron hasta desarrollar carreras en la administración y el periodismo popular, donde a menudo encontraron notable hostilidad y celos por parte de los intelectuales más acomodados, como se ilustra en el capítulo 12.

Por supuesto, una historia de los públicos puede encarar la cuestión del impacto de la literatura sobre la conciencia política. Preguntarse si Dickens, Conrad o los folletines reforzaron o subvirtieron el patriarcado, el imperialismo o las jerarquías de clase se ha vuelto una obsesión en los departamentos académicos de literatura y los programas de estudios culturales. Aunque esta fijación ha reducido y empobrecido la crítica literaria, la pregunta es legítima y se la aborda (junto con otras cuestiones) en este libro. El fracaso de la crítica política, tal como se la practica actualmente, es metodológico: salvo algunas excepciones, ignora a los lectores reales.[22] En este terreno, los críticos cometen repetidamente lo que podría llamarse la falacia receptiva: tratan de discernir los mensajes que un texto transmite a un público examinando el texto en lugar del público. Este punto ciego no se excusa o explica siquiera fácilmente, considerando que en las últimas dos décadas nos hemos hecho a la idea de que los lectores crean significado: pueden disfrutar de una amplia libertad para interpretar lo que leen. Podemos descubrir cómo leyó una criada eduardiana la novela *Tess de los d'Urberville*, pero solo mediante un serio reequipamiento metodológico.

Una historia de este tipo podría arrojar una luz más clara sobre temas provocativos como la formación del canon. ¿Expresan los "grandes libros" valores morales, revelaciones psicológicas y estándares estéticos de carácter universal? O acaso, como diría Janice Radway (y un cuadro numeroso de críticos culturales contemporáneos), ¿es "la clase dominante la que define y mantiene el valor de la alta cultura"?[23] Esta segunda teoría sugiere que si la labor crítica literaria quedara en manos de lectores en lugares más bajos de la escala social –por ejemplo, de mineros y trabajadoras de fábrica–, estos producirían un canon diferente. Pero sin una historia de los públicos, ¿cómo podemos saberlo? ¿Qué pasa si los mismos libros recomendados por las élites intelectuales aportan alegría estética, emancipación política y entusiasmo filosófico a estos lectores comunes? Si la clase dominante define la alta cultura, ¿cómo se explica la búsqueda apasionada de conocimiento por parte de autodidactas proletarios, por no mencionar el difundido filisteísmo de la aristocracia británica? Una expresidente de la MLA, Barbara Herrnstein Smith (por tomar a una representante de nuestra propia clase cultural dominante), afirma con autoridad, como algo demasiado obvio para requerir evidencia, que la literatura clásica

[22] Los teóricos de la literatura han especulado sobre lectores hipotéticos –el "lector implícito" de Wolfgang Iser, el "lector informado" de Stanley Fish, el "lector calificado" de Jonathan Culler, el "superlector" de Michael Riffaterre–, pero aquí no son relevantes.

[23] Janice Radway, "The Book-of-the-Month Club and the General Reader: On the Uses of 'Serious' Fiction", *Critical Inquiry*, n° 14, primavera de 1988, pp. 518, 53.

siempre es irrelevante para quienes no han recibido una educación occidental ortodoxa. Es un hecho innegable que "Homero, Dante y Shakespeare no son significativos en la economía personal de esta gente, no tienen una función individual o social que gratifique sus intereses, *no tienen valor para ellos*". Es igualmente evidente que "otros artefactos verbales (no necesariamente 'obras literarias' o siquiera 'textos') y otros objetos y acontecimientos (no necesariamente 'obras de arte' o siquiera 'artefactos') han cumplido y cumplen para ellos las diversas funciones que Homero, Dante y Shakespeare cumplen para nosotros".[24]

Esta teoría no tiene sustento visible. Si los autores clásicos no tuvieran un "valor transcultural o universal", como alega Smith, no se los traduciría nunca a otros idiomas. ¿Y cómo explica Smith a Will Crooks, diputado laborista? Crooks, que se crió en extrema pobreza en el este de Londres, gastó dos peniques en una *Ilíada* de segunda mano y quedó deslumbrado: "¡Qué revelación fue para mí! Imágenes de aventura y belleza jamás soñadas se revelaron de pronto ante mis ojos. Me vi transportado del este de Londres a una tierra encantada. Era un lujo inusual para un joven obrero como yo, recién llegado del trabajo, encontrarse de pronto entre los héroes y las ninfas de la antigua Grecia".[25]

Smith afirma que respondemos ante un gran libro solo porque este tiende a "*moldear y crear* la cultura en la que se produce y transmite su valor y, por esa razón, perpetúa las condiciones en las que prospera".[26] Pero ¿cómo pudo la *Ilíada* haber creado la cultura del este de Londres? Una y otra vez nos encontramos con obreros que, careciendo por completo de educación literaria, adoptaron la literatura clásica. Aunque Smith descarta la noción de "privación cultural" como mera condescendencia, fue algo dolorosamente real para aquellos a quienes se les negaron los privilegios educativos que ella tuvo. Bryan Forbes (nacido en 1926) creció en un hogar casi sin libros: "Nunca vi a mi madre leer un libro hasta cumplidos los ochenta, cuando, como alguien que abandona una dieta que lo mata de hambre, empezó a consumir tres o cuatro novelas por semana".[27] Nancy Sharman (nacida en 1925) recordó que su madre, empleada de limpieza en Southampton, no tuvo tiempo para leer sino hasta su última enfermedad, a los cincuenta y cuatro años. Entonces devoró las obras completas de Shakespeare y "me dijo con énfasis que, si algo le sucediera, deseaba donar sus córneas para posibilitarle la lectura a algún otro desafortunado".[28] Margaret Perry (nacida en 1922) escribió lo siguiente sobre su madre, una modista de Nottingham: "La biblioteca pública fue su salvación. Leyó cuatro o cinco libros por semana durante toda su vida, pero no tenía con quién comentarlos. Había leído todos los clásicos varias veces en su juventud y los leyó de nuevo en años posteriores, y la biblioteca no daba abasto para proveerla de publicaciones actualizadas. Si se hubiera casado con otro tipo de hombre, podría haber sido una mujer inteligente e interesante".[29]

Hay puntos ciegos similares en el manejo académico de la cultura popular. T. J. Jackson Lears adopta un enfoque bastante típico del tema al analizar un libreto radiofónico de 1930: un ama de casa fatigada le cuenta sus problemas a la figura paterna de su médico, y a continuación

[24] Barbara Herrnstein Smith, *Contingencies of Value: Alternative Perspectives for Critical Theory*, Cambridge, Harvard University Press, 1988, pp. 52-53.
[25] George Haw, *The Life Story of Will Crooks*, MP, Londres, Cassell, 1917, p. 22.
[26] Smith, *Contingencies of Value*, pp. 50-53.
[27] Bryan Forbes, *A Divided Life*, Londres, Heinemann, 1992, p. 8.
[28] Nancy Sharman, *Nothing to Steal: The Story of a Southampton Childhood*, Londres, Kaye & Ward, 1977, p. 137.
[29] Margaret Perry, texto mecanografiado sin título (1975), BUL, p. 9.

el programa da paso a un comercial que les asegura a las mujeres que una buena noche de sueño en un colchón Beautyrest preservará su buen aspecto y el afecto de sus maridos. Luego, Lears plantea una cuestión principal, "Considérense las construcciones de género y poder que operan en este pasaje", y la responde él mismo. Sin embargo, una historia de los públicos consideraría primero las preguntas que Lears (y la mayoría de los demás practicantes de los estudios culturales) no plantea. Aun cuando este anuncio parece respaldar la "dependencia femenina" de figuras masculinas de autoridad, ¿cómo sabemos que alguna oyente absorbió ese mensaje de manera consciente o subliminal? Suponiendo que hubiera mujeres prestando atención cuando se transmitió (una suposición arriesgada), bien pueden haberlo tomado como un argumento de venta más. Es posible que algunas oyentes hicieran una interpretación feminista: un ama de casa sobrepasada de trabajo puede haber llegado a la conclusión de que, después de años de sacrificarse por su familia, ya era hora de comprar algo para su propia comodidad. O tal vez una inmigrante descubrió que en los Estados Unidos un médico no era un chamán inaccesible, sino alguien cercano que podía ayudarla a tratar con una cultura extraña. Mi punto es que hay evidencia tan sólida para cualquiera de estas lecturas como para la de Lears, es decir, no hay ninguna; y no estaremos más cerca de responder estas preguntas a menos que desplacemos nuestra atención del texto al público. Después de todo, ¿por qué enfocarse selectivamente en este anuncio en particular, cuando otros pueden haber proyectado una imagen muy diferente, como, por ejemplo, la de mujeres patriotas realizando trabajos de hombres durante la Segunda Guerra Mundial? De hecho, ¿por qué dedicar tanto análisis a algo que pasó como un relámpago ante el público en unos pocos minutos? De todos los programas de radio, libros, revistas, artículos periodísticos y lecciones escolares que un ama de casa de la época de la Gran Depresión absorbió a lo largo de su vida, ¿cómo sabemos cuáles influyeron significativamente en sus actitudes y opiniones?

Tal vez deberíamos preguntarle a ella. Quizá no pueda contarnos toda la historia, pero debemos comenzar por ella. Puede que haya dejado un documento que nos diga qué libros y programas de radio eran importantes para ella y por qué. Lears afirma que ni él ni otros practicantes de los estudios culturales "niegan que los consumidores ocupan un lugar junto a los productores en el proceso de construcción de significados culturales", pero la mayoría de ellos no ha redireccionado su investigación hacia esos consumidores.[30] Incluso los estudios históricos que prometen contarnos algo sobre el "impacto" y la "influencia" de la prensa por lo general no se enfocan directamente en la respuesta del público.[31] Cuando abordemos esas cuestiones, descubriremos lo que Roger Chartier llama "apropiación": el poder de un público para transformar el mensaje recibido y volverlo "menos totalmente eficaz y radicalmente aculturante".[32]

Este libro describe cómo personas en la base de la pirámide económica se apropiaron de la Biblia, la novela *Jude el oscuro*, la publicación *Girl's Own Paper*, Beethoven, la BBC, los

[30] T. J. Jackson Lears, "Making Fun of Popular Culture", *American Historical Review*, n° 97, diciembre de 1992, pp. 1417-1426. Mis críticas a Lears y mi enfoque de la historia de los públicos fueron anticipados por Lawrence W. Levine en "The Folklore of Industrial Society: Popular Culture and Its Audiences" y "Levine Responds", *American Historical Review*, n° 97, diciembre de 1992.

[31] Por ejemplo, en James Curran, Anthony Smith y Pauline Wingate (eds.), *Impacts and Influences: Essays on Media Power in the Twentieth Century*, Londres, Methuen, 1987; solo el ensayo de Curran, "The Boomerang Effect. The Press and the Battle for London 1981-6", nos da una percepción real de la respuesta del público.

[32] Roger Chartier, *The Cultural Uses of Print in Early Modern France*, Princeton, Princeton University Press, 1987, pp. 3-8.

Marines de Guadalcanal, los cursos de educación para adultos, las lecciones de escuela primaria, hasta las palizas disciplinarias que les dieron los maestros de escuela. Todas esas experiencias requirieron interpretación. En todos los casos, el "lector" tuvo que preguntarse lo que el sociólogo Erving Goffman consideró la pregunta más básica de la existencia humana, la pregunta que nos hacemos cuando tomamos conciencia por primera vez de un universo externo, y continuamos haciéndonos hasta el momento de la muerte: "¿Qué es lo que está pasando aquí?". ¿Cómo interpretamos no solo los libros, sino toda la información sensorial en bruto que nos llueve constantemente? Goffman desarrolló el útil concepto de "marco", que significa "la organización de la experiencia", nuestras reglas básicas para procesar información, "los marcos de comprensión básicos disponibles en nuestra sociedad para dar sentido a los acontecimientos".[33] El marco es a la mente humana lo que un programa a una computadora. Determina cómo leemos un texto o una situación dados: si tomamos *Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas* como un cuento infantil o como una fábula freudiana, *Finnegans Wake* como un texto denso en significados o como pura jerigonza, el periódico matutino como tendencioso de izquierda o de derecha, las historias bíblicas como verdades, mentiras o parábolas. Cada ideología política, teoría psicológica, doctrina religiosa, método científico, género literario y escuela de crítica literaria es un marco distinto. Por lo tanto, el marco es una herramienta esencial para los historiadores de la lectura: explica por qué Robert Darnton tenía razón al tomar la letra impresa, en lugar de la economía, como la causa principal de la Revolución francesa.[34] Decir que las revoluciones se dan por crisis económicas conlleva la siguiente pregunta: en la mente del público activo políticamente, ¿quién o qué causa tales crisis? ¿El rey? ¿Los aristócratas? ¿La excesiva regulación económica? ¿Los banqueros? ¿El capitalismo? ¿Las inevitables vicisitudes del libre mercado? ¿Un acto de Dios? ¿Los inversores extranjeros? ¿La codicia de los trabajadores? ¿Los judíos? Los diferentes marcos llevarán a los individuos a diferentes "lecturas" de la situación, con resultados políticos radicalmente diferentes.

El enfoque de Goffman puede ayudar a resolver ese largo y cada vez más estéril debate literario sobre si el significado es inherente al texto o creado por el lector. Es como preguntarse si lo que imprime una computadora lo produce el programa o los datos: obviamente, se trata de que uno opera sobre el otro. Los lectores desempeñan un papel activo en la creación de significado, pero no pueden asignar significados a los textos de manera caprichosa o aleatoria sin destruir la utilidad del lenguaje como herramienta de comunicación. Generalmente siguen ciertas reglas de interpretación (marcos), aunque estas reglas varían de un lector a otro y de una situación a otra. Los lectores pueden adoptar cualquier marco que elijan, siempre que produzca algún tipo de lectura significativa y siempre que hayan aprendido las reglas establecidas por el marco. No se puede leer *El progreso del peregrino* de John Bunyan como una alegoría a menos que se sepa qué es una alegoría.

Por supuesto, una excelente manera de aprender sobre la alegoría es leer a Bunyan. Como cada obra literaria enmarca la realidad de una manera particular, podemos construir un repertorio de estrategias interpretativas simplemente leyendo mucho. El auténtico valor de una edu-

[33] Erving Goffman, *Frame Analysis: An Essay on the Organization of Experience*, Cambridge, Harvard University Press, 1974, "Introducción" [trad. esp.: *Frame Analysis. Los marcos de la experiencia*, Madrid, Siglo XXI, 2006].
[34] Robert Darnton, *The Forbidden Best-Sellers of Pre-Revolutionary France*, Nueva York, Norton, 1995, pp. 186-187 [trad. esp.: *Los* best sellers *prohibidos en Francia antes de la Revolución*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008].

cación liberal radica no tanto en incorporar datos o absorber "verdades eternas" como en descubrir nuevas formas de interpretar el mundo. Leemos a Homero, Shakespeare y Milton principalmente para aprender cómo veían ellos las cosas y, de ese modo, mejorar nuestra propia visión. Esa es, fundamentalmente, la razón por la cual los autodidactas como Will Crooks lucharon por obtener conocimiento pese a las dificultades. El sistema de clases británico siempre había establecido una clara distinción entre trabajadores y pensadores: era prerrogativa de los últimos interpretar la religión, la economía, la sociedad y la literatura para los primeros. Los fundadores del Partido Laborista y otros radicales autodidactas se dieron cuenta de que un pueblo privado de sus derechos no podía emanciparse a menos que se creara una vida intelectual autónoma. Los trabajadores tendrían que desarrollar sus propias formas de enmarcar el mundo, sus propios objetivos políticos, sus propias estrategias para lograr esos objetivos. Jude Fawley, excluido de Christminster, escribe con tiza en las paredes de la universidad ese programa político: "También tengo yo entendimiento como vosotros; no soy yo menos que vosotros…" (Job 12:3).[35]

Todo el canon de la literatura mundial podía ayudarlos a desarrollar esos poderes de comprensión, no solo la literatura con un mensaje político explícito. De hecho, cuando se les preguntó a los autodidactas qué libros marcaron la diferencia para ellos, generalmente señalaron el mismo canon de "grandes libros" del que se mofan críticos contemporáneos como Barbara Herrnstein Smith. Ellos sabían que Homero liberaría a los trabajadores. Si los clásicos ofrecían excelencia artística, profundidad psicológica y agudeza filosófica a las clases gobernantes –si, de hecho, este tipo de educación las equipaba para gobernar–, entonces una política igualitaria debía comenzar por redistribuir este conocimiento a las clases gobernadas. Cualquiera que se criara en un barrio bajo industrial o rural estaría predispuesto a dar por sentado el orden social existente: la visión de un autor muerto hace mucho tiempo podría ser un shock saludable, crear nuevos descontentos y sugerir posibilidades radicales. La epifanía que tuvo Will Crooks es uno de los temas más persistentes de la autobiografía de la clase obrera.

En cuanto a la literatura no canónica, en general no cumplió la misma función para los lectores proletarios. Joseph McAleer ha dejado registro de trabajadores que confesaron libremente recurrir a la ficción popular como un narcótico escapista. "Así como el *cockney* dice que 'emborracharse es la forma más rápida de salir de Londres', leer es la forma más rápida de salir de Glasgow", bromeó un cartero escocés en 1944.[36] Esto no quiere decir que todas las novelas románticas, las historias escolares y las novelas del policial negro fueran perniciosas: algunas, como veremos, tenían cierto valor educativo para los lectores comunes. Pero por lo general no operaban como la *Ilíada*. Para entender esto, habría que explicar por qué algunos libros ingresan al canon y otros no, una pregunta intimidatoria por complicada. Ciertamente, la tendencia de los géneros de ficción popular a seguir fórmulas estereotipadas limita su valor: después de haber leído algunos volúmenes, ya no ofrecen mucho más. Es mucho más probable que un autor inspire a generaciones de lectores, discípulos, críticos y comentaristas si produce formas novedosas, distintivas, provocativas e incluso subversivas de interpretar la realidad. Eso es exactamente lo que los autodidactas, en su lucha por entender las cosas, encontraron en Shakes-

[35] Thomas Hardy, *Jude the Obscure*, Nueva York, New American Library, 1961, p. 121 [trad. esp.: *Jude el oscuro*, Barcelona, Alba, 2002].
[36] McAleer, *Popular Reading*, cap. 3.

peare, Bunyan, Defoe, Carlyle, Dickens y Ruskin. Adoptaron la lista de los "Cien mejores libros" de Sir John Lubbock, esa guía rápida de los clásicos tan ridiculizada, porque ofrecía cien formas de entender el mundo y cien planes para cambiarlo. Probablemente más de cien: los clásicos atraen a una población diversa de lectores porque suelen ser capaces de diversas lecturas. *El progreso del peregrino*, como veremos, no siempre se leyó mediante el marco de la alegoría religiosa.

Una alternativa a esta versatilidad es ver el mundo a través de un único túnel: lo que en el uso común se llama "ideología". Para ponerla en los términos de Goffman, que están en consonancia con la definición de esta palabra que da Edward Shils, una ideología es un marco particularmente rígido.[37] Por supuesto, no podemos pensar sin usar algún tipo de marco, así como una computadora no puede funcionar sin un programa. Pero sí podemos ser más o menos flexibles en nuestra elección de estrategias para determinar la verdad, estar más o menos dispuestos a revisar el marco a la luz de nuevos conocimientos. Podemos (y la mayoría de nosotros lo hace) usar una variedad de marcos en diferentes situaciones: uno en la iglesia, otro en el laboratorio, un tercero en una galería de arte, un cuarto en el cuarto oscuro, un quinto en los tribunales de justicia, un sexto cuando nos sentamos a leer una novela. Pero también podemos quedar atrapados en un marco y juzgar todo a través de él, como en el viejo chiste sobre el psicoanalista que se pregunta qué quiso decir realmente el portero de su edificio cuando dijo "Buenos días". Si adherimos al marxismo, el feminismo, el cristianismo, el islamismo, el liberalismo, la estructura de clases tradicional británica o cualquier otro sistema intelectual al punto de no poder salirnos de él y asumir otro marco, nos encontramos en la jaula de la ideología.

Generaciones de críticos liberales, desde Matthew Arnold hasta Lionel Trilling, han reconocido que la literatura, al sugerir una gran cantidad de perspectivas alternativas sobre el mundo, subvertiría inevitablemente la ideología. Según lo expresó Arnold, la cultura puede liberarnos de "los sistemas y los creadores de sistemas" al "verter una corriente de pensamiento fresco y libre sobre nuestras nociones y hábitos de base".[38] Hoy en día, la visión de Arnold es poco popular entre los críticos literarios de la academia, quienes (como se percibe simplemente echando una mirada a la Bibliografía Internacional de la MLA) tienden a ver en la literatura una carga de bagaje ideológico que puede adoctrinar insidiosamente al lector desprevenido. Esta tendencia crítica nos dice más sobre las preocupaciones de los críticos que sobre las experiencias de los lectores comunes a lo largo de la historia, a quienes, francamente, Arnold comprendió mucho mejor. Lejos de retransmitir ideologías tradicionales, la literatura canónica tendió a encender insurrecciones en la mente de los trabajadores, exactamente como lo predijo el ensayo *Cultura y anarquía*.

Este libro es una historia de esa revolución del pensamiento, tal como la representa la vida intelectual de Elizabeth Ashby y sus descendientes. Ella era hija de un campesino de Warwickshire, y vivió toda su vida dentro de un radio de dieciséis millas en torno al pueblo

[37] Shils definió "ideología" como un sistema intelectual marcado por un alto grado de "(a) claridad y autoridad en la formulación, (b) integración sistémica interna, (c) afinidad reconocida con otros patrones contemporáneos, (d) clausura, (e) imperativo de manifestación en la conducta, (f) afecto acompañante, (g) consenso exigido a los exponentes, y (h) asociación con una forma colectiva corporativa deliberadamente destinada a realizar el patrón de creencias". Edward Shils, "Ideology", en E. Shils, *The Intellectuals and the Powers and Other Essays*, Chicago, University of Chicago Press, 1972, p. 23.

[38] Matthew Arnold, *Culture and Anarchy*, en *The Complete Prose Works of Matthew Arnold*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1965, vol. 5, pp. 95-100, 109-112, 233-234 [trad. esp.: *Cultura y anarquía*, Madrid, Cátedra, 2010].

de Tysoe. En 1859 tuvo un hijo sin estar casada. Mientras se recuperaba del parto, leyó el libro por el que comenzaba la mayoría de las personas en su situación: una enorme Biblia familiar. Pero las Escrituras no comunicaban una ideología consistente: se podían hacer múltiples lecturas de ellas, incluso por parte de un mismo lector. Para Elizabeth Ashby, podían ser tanto un poderoso tratado a favor de la igualdad como una fuente de verdades espirituales. Una vez, cuando el párroco la hizo comulgar después de la esposa de un granjero próspero, ella le citó, desafiante: "Ni en secreto siquiera favorecerás a una persona" y "No hay consideración especial alguna de Dios para con las personas, no hay distinción alguna entre judíos y griegos; el mismo Señor es Señor de todos los que lo invocan". "Era la primera vez en todos los siglos de existencia de la iglesia de Tysoe que se alzaba claramente la voz de una mujer para pronunciar palabras por propia elección, audibles para muchos", escribió su nieta, una historiadora profesional. En otras ocasiones, Elizabeth tomaba la Biblia como una simple colección de cuentos maravillosos, leyéndoles a sus hijos el Libro de las Crónicas a la hora de dormir.

Más tarde se casó y tuvo otros dos hijos. Cuando su esposo murió al cabo de cinco años, vivió de la caridad de la parroquia, que le daba entre seis y siete chelines por semana. Incluso a ese nivel de pobreza, la familia comenzó a ampliar su rango de lecturas. Su hijo Joseph aprendió algo de Shakespeare en una Escuela Nacional. Aunque dejó la escuela antes de cumplir los once años para convertirse en trabajador agrícola, su madre seguía dándole algún chelín para comprar libros. En cualquier pueblo era posible encontrar un puesto de libros en la plaza del mercado, donde se podían adquirir volúmenes antiguos por unos centavos. En Banbury, Joseph compró algo de John Wesley para su madre, un texto de geometría y una edición de 1759 de *Rasselas*, de Samuel Johnson. Si uno solo había leído la Biblia era difícil no tomarla como una verdad absoluta, pero estar expuesto a otros libros podía desencadenar un debate mental en el que cada volumen ofrecía otra perspectiva, abriendo así un ciclo ilimitado de lecturas y cuestionamientos. Tal vez Joseph y su madre aludían a esa apertura con un pasaje de *Rasselas* que les gustaba citar: "Hay muchas conclusiones en las que no se concluye nada".

Para sus diecinueve años, Joseph se había hecho predicador de los metodistas wesleyanos: ansiaba una gama de conocimientos seculares demasiado amplia como para unirse a los metodistas primitivos, más antiintelectuales. Los dogmas rígidos eran más atractivos para aquellos con cicatrices más profundas. Uno de los compañeros intelectuales de Joseph, un huérfano criado en la pobreza extrema, fue concentrando su lectura en proyectos cada vez más radicales para la salvación política. Comenzó con *Sobre la libertad* de Mill, pasó al impuesto progresivo a las ganancias propuesto por Tom Paine en *Los derechos del hombre* y luego adoptó el impuesto único de *Progreso y miseria* de Henry George. Para fines de la década de 1940, había cerrado filas con el estalinismo, era el único marxista del pueblo. Joseph siempre fue el tipo de liberal cuya ideología consiste en rechazar la ideología. Con *Sobre la libertad* "estaba de acuerdo de punta a punta", recordó su hija, "pero no había nada de doctrinario o monopólico en eso". Los demás en el pueblo hallaban su visión política no en Marx, sino en el radicalismo humano de Charles Dickens, probablemente el autor más popular en la comunidad.

Los niños del pueblo tenían que luchar con pesados libros de texto victorianos, y las tareas del hogar interrumpían constantemente su lectura. Sin embargo, lograban extraer de esos volúmenes algo relevante para sus vidas individuales. La hija de Joseph lo describió como un proceso de apropiación: "Lo que oían y leían lo ponían en contacto tan inmediato con lo que sucedía y con el trabajo" que desarrollaron una notable habilidad "para discernir aspectos insospechados de un tema y exponerlos en sus propios términos".

En 1872, los obreros agrícolas del pueblo cercano de Wellesbourne se declararon en huelga, respaldados por el sindicato de Joseph Arch. Los trabajadores de Banbury simpatizaban con la protesta, pero no esperaban que fuera a tener éxito: el periódico *Banbury Guardian* contenía principalmente cartas hostiles de granjeros y clérigos. Pero cuando el *Daily News* abordó el tema, los obreros de Tysoe aunaron recursos para comprarlo; por primera vez se vieron expuestos a un periódico de Londres. Los lectores de clase obrera de todo el país estaban pasando gradualmente de la prensa local a la nacional, que podía ofrecer una perspectiva dramáticamente distinta de los acontecimientos. La cobertura de la huelga en el *Daily New*s no solo era mucho más equilibrada, sino que la ubicaba en el contexto de los problemas nacionales. Los hombres de Tysoe empezaron a autopercibirse como parte de una lucha mayor por ganar el derecho al voto y organizar sindicatos. La discusión en las tiendas del pueblo se amplió hasta abarcar toda la gama de la política, incluso la de *Progreso y miseria*.

Para los trabajadores, la creciente cultura de la letra impresa abrió oportunidades para escribir y actuar en la esfera pública. Joseph Ashby contribuyó en los periódicos de Leamington, y Warwick con notas sobre los asuntos y la política de su pueblo. Se convirtió en agente del Partido Liberal y agitador itinerante de la Liga para la Restitución de Tierras. La búsqueda de educación llevó a su hijo Arthur al Ruskin College, un centro educativo para obreros, y finalmente a la dirección del Instituto de Investigación en Economía Agrícola de la Universidad de Oxford. Las mujeres de la generación de Joseph no pudieron aprovechar en la misma medida esta nueva ebullición. La hija de Joseph recordó que su madre:

> […] nunca llegó a desarrollar mucho su gusto literario ni ninguna otra cualidad intelectual, porque su deber parecía ser el de estar siempre lista para servir rápidamente: al esposo, al hijo, al animal, al vecino y a la capilla. Sus delicados sentidos y vívidas emociones estaban bajo el más estricto control: ningún trabajo era demasiado duro o sucio, si era necesario; no había permiso para los gustos más inocentes; no había sentimiento potente que pudiera atravesar su sometimiento al cielo, al esposo y al destino. Y así, naturalmente, pasa a un segundo plano en la vida de su marido y sus hijos, y no suele emerger de allí.

Aun así, Joseph le enseñó a su esposa a disfrutar de Walter Scott y George Eliot, y no la dejaba perder el tiempo con la revista *Girl's Own Paper.* Él creía sinceramente en la importancia de la educación para la siguiente generación de niñas, según su hija, que luego fue directora del Colegio Universitario Residencial Hillcroft para Mujeres Trabajadoras.[39]

Las raíces de esa cultura autodidacta se remontan a finales de la Edad Media. Surgió en el siglo XIX, particularmente en la generación victoriana tardía de Joseph Ashby, y llegó a su pico con el triunfo aplastante del Partido Laborista en 1945, punto culminante de esta historia. A partir de entonces, el movimiento autodidacta de la clase obrera declinó rápidamente, por varios motivos convergentes. Esta es, pues, la historia de un éxito con final sombrío. □

[39] Mabel K. Ashby, *Joseph Ashby of Tysoe: A Study of English Village Life*, Cambridge, Cambridge University Press, 1961, pp. 5-7, 12-14, 21, 26-28, 30, 34, 57-58, 82, 93-95, 108-109, 115, 122, 243-244, 258.

Dossier

Roger Chartier y las migraciones históricas de la cultura escrita

Prismas
Revista de historia intelectual
Nº 26 / 2022

El dossier “Roger Chartier y las migraciones históricas de la cultura escrita” ha sido organizado para esta edición de *Prismas* por Andrés G. Freijomil.

Introducción
Por una historia social e intelectual de los historiadores

Andrés G. Freijomil

Universidad Nacional de General Sarmiento

Mientras este dossier se ponía en marcha y recibíamos los diferentes artículos que luego lo conformarían, la obra del historiador Roger Chartier (1945) seguía su irredenta expedición hacia nuevos objetos históricos. En su última obra, por ejemplo, titulada *Cartes et fictions (XVI^e^-XVIII^e^ siècle)* y publicada en abril de 2022, incursiona en el trazado de cartografías reales o imaginarias y en los costosos avatares materiales de su ilustración en los grandes clásicos como *Gulliver* o la *Utopía* moreana.[1] En todo caso, tal es el primer desafío de la exploración que aquí proponemos: repensar críticamente a un historiador francés contemporáneo y en plena actividad que no solo continúa produciendo historiografía, barajando, sin tregua alguna, sus avances de investigación y dándolos de nuevo ante públicos muy diversos, sino que migra todo el conjunto hacia múltiples comarcas donde, además, lo difunde en diferentes lenguas. Tales son, en suma, los "humores vagabundos" de un viajero renacentista con el cual, muy probablemente, lo hubiese identificado quien fuera uno de sus primeros maestros, Daniel Roche.[2]

Ante todo, cabe recordar que nos encontramos ante un historiador que ha marcado, no sin contradicciones o disputas irresueltas, varios puntos de inflexión en los debates historiográficos de las últimas décadas. Asociado, pero crítico de la llamada cuarta generación de *Annales*, ha sido junto con Jacques Revel, Emmanuel Le Roy Ladurie o Jacques Le Goff, quien contribuyó a renovar los mecanismos internos de la disciplina tras la hegemonía braudeliana. Sin escapar por completo del precepto de Michelet, que abogaba por un oficio basado en la resurrección de los muertos, Chartier ha sabido reconvertirlo de la mano de Quevedo al proponer escucharlos con los ojos. Este programa que, en realidad, resume el acuerdo empírico y casi sensorial de una experimentación histórica con objetos desusados se extiende desde la mendicidad, las representaciones políticas, los avatares de la edición y los sigilos de la vida privada hasta los orígenes culturales de la Revolución francesa, los usos de la correspondencia, las prác-

[1] Roger, Chartier, *Cartes et fictions (XVI^e^-XVIII^e^ siècle)*, París, Éditions du Collège de France, 2022.

[2] Maria Lúcia G. Pallares-Burke, "Daniel Roche", *La nueva historia. Nueve entrevistas*, traducción del portugués por Vicent Berenger, Valencia, Publicaciones de la Universitat de València, Editorial Universidad de Granada, 2005 [1999], en particular p. 138. La expresión "humores vagabundos" cita la obra de Roche: *Humeurs vagabondes. De la circulation des hommes et de l'utilité des voyages*, París, Fayard, 2003.

Prismas, Revista de historia intelectual, N° 26, 2020, pp. 149-154
DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1303

ticas de la lectura o las condiciones de transmisión de la cultura escrita. Y todo ello, con un instrumental que incluye el préstamo metodológico de otros campos del saber, un diálogo con tradiciones intelectuales diferentes de la propia, una particular disposición hacia la investigación colectiva, la justa con cánones establecidos y la diseminación, oportunamente situada, de una reflexividad historiográfica cuya práctica negocia con la teoría sin convertirlo en teórico, práctica que también podríamos hacer extensiva a la relación de pertenencia que mantiene o ha mantenido con las instituciones académicas. Como señala Bertrand Müller en otra parte, que Chartier nunca haya formado parte del comité de redacción de la revista *Annales* es todo un indicio del perfil intelectual que construyó en el marco de la comunidad de historiadores.[3] Ahora bien, tras estos objetos y métodos, también subyace, como diría Philippe Carrard, una poética de la historia, es decir, un compás regular de procedimientos que confluyen en un decurso: por caso, nunca desaprender las condiciones sociales y materiales de los objetos históricos, operación que, a su vez, lo lleva a liberarlos de cualquier cárcel mental que pretenda detener una identidad en permanente mutación.[4] De allí que la inestabilidad de las prácticas, la materialidad de las ideas y su circulación visible o subterránea junto con el uso y apropiación de símbolos por las comunidades interpretativas y las representaciones que los grupos sociales proyectan sobre sí y sobre los otros desemboquen al unísono en una poética de tipos móviles que habilita su impresión en aquella multitud de objetos. Asimismo, frente a los inagotables debates que han girado sobre la idea de cultura en la tradición occidental, Chartier ha preferido despedazar sus prejuicios históricos y repatriarla a nuevos territorios con un propósito no siempre ostensible: removerla del mero circuito *savant* y, desde su interior, convertirla en un producto social, tangible, legible y controlado mediante un gesto de insurrección pasible de ser reconocido y apropiado por sus lectores cuando acceden a sus libros. Así, su obra no solo contribuyó a desplazar el subtexto emancipatorio propio de la historia social hacia una historia cultural que también ontologizó,[5] sino que, además, nos ha legado una nomenclatura de conceptos operativos que, actualmente, forma parte del acervo común de las ciencias humanas y sociales. No obstante, ante un repertorio de semejantes dimensiones, desarrollado a lo largo de medio siglo y con tantos puntos de riesgo, las objeciones no han sido pocas ni menores.

La arquitectura de este dossier se organiza en torno de algunos objetos, problemas y secuencias que permitan, en primera instancia, dar cuenta de las migraciones históricas de la cultura escrita que ha efectuado la obra de Roger Chartier. Para ello, convocamos a doce especialistas –en rigor, a diez historiadores, una socióloga y un teórico de la literatura, para cuatro de los cuales, además, esta contribución representa su primer texto publicado en castellano–[6] y les propusimos que recuperasen de un historiador con quien comparten algunos intereses de investigación, pero frente a quien también expresan diferentes niveles de disenso epistemológico, una zona específica de su obra poco transitada o bien un tanto olvidada, que permitiese, tras situarla en su contexto, recuperar la entidad historiográfica que tuvo cuando fue producida y evaluar si aún la conserva.

[3] Bertrand Müller, "Chartier, Roger", en *Le Dictionnaire des sciences humaines*, París, Presses Universitaires de France, 2006.

[4] Philippe Carrard, *Poetics of the New History. French Historical Discourse from Braudel to Chartier*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1992.

[5] Cf. Philippe Poirrier, *Les Enjeux de l'histoire culturelle*, París, Seuil, 2004, en particular pp. 374-380.

[6] Tal es el caso de los textos de Philippe Carrard, Bertrand Müller, Dinah Ribard y Geoffrey Turnovsky.

Cabe señalar, asimismo, que los textos aquí reunidos son inéditos –inclusive en su lengua de origen– y fueron especialmente escritos para este dossier por fuera, valga la aclaración, de cualquier idea de homenaje, festín de *mélanges* u oportunidad celebratoria.[7]

Comenzaremos con el artículo de Peter Burke, quien vuelve a un célebre tópico de la obra de Chartier, la cuestión de la "cultura popular", pero a partir de una historización transnacional de ese debate, que revela aristas nuevas y poco detectables en aquel entonces sobre la identidad de la historia social y cultural. Otro tanto podríamos decir del artículo de Philippe Carrard, quien esboza, a partir de una perspectiva formalista y en tensión con la posición del propio Chartier, el concepto de "relato" o "narración", para observar si la carga instrumental que este le asignó durante un tramo de su carrera logró efectivamente refrenar los inquietantes avances del giro lingüístico en la epistemología histórica. Los aspectos más espinosos de este debate serán abordados ampliamente aquí por Lila Caimari a partir de una entrada diferente: el concepto de "representación" instalado por Chartier en la disciplina histórica. Esta entrada también le permitirá situar la proyección tan particular que mantiene la obra de Chartier en América Latina, sobre todo en lo concerniente a su trabajo sobre los orígenes culturales de la Revolución francesa que tantas lecturas y debates provocó en estas tierras.[8] Con todo, ¿cuál ha sido el impacto que tuvo por aquel entonces esa misma obra en una joven estudiante francesa de la carrera de historia? Dinah Ribard se adentra por los caminos que trazó Chartier en 1990, tras un año de agitadas celebraciones en torno del Bicentenario de la Revolución en Francia, recordando el enérgico desafío que supuso moderar el tradicional impacto intelectual atribuido a las ideas de los *philosophes* de la Ilustración sobre el hecho revolucionario.[9] Su artículo permite sopesar los orígenes "culturales" propuestos por Chartier frente a la tradicional lectura de Daniel Mornet en 1933 y plantear un interrogante: ¿qué persiste hoy de aquella señal de cambio "cultural" en una época como la nuestra en que la historia intelectual recuperó un terreno que, por aquel entonces, creía definitivamente perdido?[10]

Tras el abordaje de estos cuatro tópicos, Geoffrey Turnovsky ingresará por un resquicio de la obra de Roger Chartier que, prácticamente, no fue atendido:[11] su rol como escritor de reseñas para *Le Monde* en el marco de su habilidad para migrar saberes específicos al gran público, un tipo de difusión que, en Francia, es conocida como "alta divulgación" y que Chartier compartía con buena parte de los cruzados de su generación, como Jacques Le Goff, Arlette Farge o Michelle Perrot, en pos de una "nueva historia".[12] En este sentido y más allá de sus horizontes de recepción, académicos o no, tal vez ya sea la hora de reconsiderar la reseña profesional como una verdadera y legítima fuente historiográfica en aras de conocer los distintos estratos de sentido

[7] Todos los textos son inéditos, salvo por el artículo de Gisèle Sapiro, el cual surge de la fusión, tal como ella misma lo señala, de una comunicación oral presentada en 2016 y de algunos pasajes procedentes de una reseña publicada en 2021 sobre la obra *Éditer et traduire* de Roger Chartier.

[8] Roger Chartier, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución francesa*, traducción de Beatriz Lonné, Barcelona, Gedisa, 1995.

[9] Roger Chartier, *Les Origines culturelles de la Révolution française*, París, Seuil, 1990.

[10] Cf. Daniel Mornet, *Los orígenes intelectuales de la Revolución francesa, 1715-1787*, traducción de Carlos A. Fayard, Buenos Aires, Paidós, 1969 [1933].

[11] Véase, no obstante, el prólogo de José Emilio Burucúa, en Roger Chartier, *El juego de las reglas: lecturas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.

[12] Rémy Rieffel, "Les historiens, l'édition et les médias", en François Bédarida (ed.), *L'Histoire et le métier d'historien en France, 1945-1995*, París, Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 1995.

histórico y político que transitan las obras leídas y cuya visibilidad tracciona los destinos de reconocimiento y recompensa que, en definitiva, rigen el sistema académico.[13] Esta cuestión, a su vez, se vincula directamente con la actual sobreabundancia y proliferación de información, sobre todo digital (pero, felizmente aún, también en papel), que representa todo un desafío para el historiador: ¿qué tácticas conviene emplear para enfrentarse al continuo incremento de una documentación que el oficio debe convertir en fuente? Para ello, Bertrand Müller ofrece una primera respuesta a partir de su concepto "régimen documental" para luego recuperar el sitio que hoy ocupa Chartier en ese debate. Y de allí se deriva, necesariamente, la cuestión de la "materialidad" de los textos, es decir, hasta qué punto el cuerpo de la escritura impacta en la naturaleza de las ideas y en su circulación mudable. Perla Chinchilla Pawling revisa el modo en que Chartier difundió esta perspectiva material, a qué tipo de usos la ha sometido y si es dable reconocer en esa disposición una "identidad" en los textos que pueda radicalizarse aún más, un radicalismo que nos conduce a la naturaleza material de su extenso *corpus*. Por cierto, ¿cuántos "libros" ha escrito realmente Roger Chartier? ¿Qué tipo de agencia comportan sus numerosas recopilaciones cuando opera el pasaje del artículo al capítulo y los textos cambian de título, de editor, de lengua y, a la postre, se instalan en una nueva comunidad de lectores? A tales interrogantes acude Anaclet Pons, tomando como punto de partida la fantasmal investigación que Chartier llevó a cabo sobre *Cardenio*, una de las presuntas obras perdidas de Shakespeare y cuya historia aparece en el *Quijote*. Mientras que la reflexión de Pons perfora en aquella *mise en livre*, Gisèle Sapiro hace lo propio con la idea de "autor", pero tomando como eje la movilidad de lo impreso como puerta de entrada y su fuerte compromiso epistemológico con la sociología cultural y la historia de la literatura. A este respecto, recordemos que Chartier también se caracteriza por reivindicar las obras literarias como genuinos objetos de investigación histórica. Ahora bien, ¿cuál es la escala de "lo literario" que interpela en su obra? ¿Qué observa, finalmente, cuando se acerca "al borde del acantilado"? Aquí Christian Jouhaud reactiva los límites de aquella metáfora que Michel de Certeau utilizó para interpelar a Foucault y que, luego, el propio Chartier reutilizó en tantas ocasiones para titular reseñas, capítulos y libros.

Con todo, hay una zona de la figura de Roger Chartier que nunca ha sido abordada: los comienzos de su derrotero intelectual, un tipo de reconstrucción frente a la cual suele ser particularmente crítico.[14] A tal punto esto es así que cuando en virtud de las leyes no escritas que rigen el protocolo académico lo pusimos al corriente de la existencia de este proyecto, se mostró especialmente reticente y asimiló cualquier referencia a su trayectoria con la sombra que asedia la célebre "ilusión biográfica" acuñada por Pierre Bourdieu o

[13] Cf. Ian Watt, "L'institution du compte rendu", *Actes de la recherche en sciences sociales* (París), vol. LIX, nº 1, 1985, pp. 85-86.

[14] Señalo como excepción a esa ausencia las referencias a su trabajo diseminadas en diversas obras de historiografía, algunas referencias biográficas como, por ejemplo, la ya mencionada de Bertrand Müller, ciertos artículos generales sobre un aspecto concreto de su obra y el trabajo en portugués dirigido por João Cezar de Castro Rocha, *Roger Chartier. A força das representaçoes: história e ficção* (Chapecó, Argos, 2011). En la actualidad, no existe un estudio crítico y analítico de su producción. Se cuenta, no obstante, con dos excepciones relativas: el dossier que publicó la revista *French Historical Studies* con motivo de la publicación de *On the Edge of the Cliff. History, Language and Practices* en 1996 (vol. XXI, nº 2, primavera de 1998) y el artículo de Dorothea Kraus, "Appropriation et pratiques de la lecture. Les fondements méthodologiques et théoriques de l'approche de l'histoire culturelle de Roger Chartier", en *Labyrinthe. Atelier interdisciplinaire* (París), nº 3, 1999.

bien con una subjetividad "ego-histórica" siempre proclive a negociar con una dudosa excepcionalidad individual.[15] Por cierto, se trata de una aprensión hacia las retrospectivas que comparte con muchos otros profesionales de las ciencias humanas y sociales de su generación, sobre todo franceses, y que no duda en hacer explícita cuando algún desprevenido le solicita una mención a su pasado, aprensión que, por cierto, también está indirectamente relacionada con la estricta separación que rige en Francia entre la vida pública y la vida privada.[16] No es casual, en este sentido, que el "descubrimiento" de esta última haya sido objeto en los años 1980 de una historia colectiva de notable éxito de ventas y, menos aún, que Chartier haya participado activamente en ella.[17] En todo caso, actualmente, ya no debería caber ninguna sospecha sobre los albores de una carrera, sobre todo desde que Sabina Loriga rehabilitó, con los pertrechos de Droysen, las credenciales de la biografía al interior de la propia corporación de historiadores y exorcizó aquella otra separación tajante entre la performatividad de la experiencia social de los agentes respecto de las obras que han producido, cualquiera sea su tipo.[18] La periodización de los indicios esparcidos a lo largo del tiempo por un derrotero, se atenga o no al género biográfico y más allá de cualquier remota exaltación del yo, constituye un necesario y legítimo recurso para una historia social e intelectual de los historiadores.[19] A fin de cuentas, ¿qué otra cosa es sino la historia de la historiografía?

Rompiendo lanzas, entonces, con el viejo mandato bourdesiano y lejos también de cualquier gesta inaugural con la que se pretenda anunciar el inevitable arribo de un promisorio futuro, el trabajo de Stéphane Van Damme rastrea los primeros pasos del joven Chartier como investigador *normalien* y prematuro *go-between*, en particular con la tradición angloparlante, hasta el umbral de la monumental historia de la edición francesa que codirigió con Henri-Jean Martin en los años 1980. Finalmente, a modo de coda, el dossier concluye con un escrito de una naturaleza por completo diferente, pero que también enlaza con un pasado de historiador. A partir de una de las últimas obras publicadas por Chartier, *Éditer et traduire*, y como si se tratase de un escurridizo apéndice clandestino, Robert Darnton nos envía a un estudio que procede de su vieja tesis doctoral de 1964, defendida en la Universidad de Oxford y aún inédita.[20] Allí, nos presenta los pliegues de un personaje por demás pintoresco, Crèvecœur, me-

[15] Cfr. Pierre Bourdieu, "La ilusión biográfica", en *Historia y Fuente Oral* (Barcelona), nº 2, 1989 [1986]; y Pierre Nora (ed.), *Essais d'ego-histoire*, París, Gallimard, 1987. En realidad, en 1970, el historiador norteamericano Lewis Perry Curtis Jr. había realizado un experimento similar con varios colegas, entre los cuales estaban Carlo Cipolla, J. G. A. Pocock o George Rudé. Cf. *El taller del historiador*, traducción de Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1975.

[16] Una de las últimas manifestaciones a este respecto se encuentra en su colaboración titulada "Générations de lectures", en Y. Potin y J.-F. Sirinelli (eds.), *Générations historiennes, XIXe-XXIe siècle*, París, CNRS Éditions, 2019. Pese a todo, Chartier ha vuelto a publicar este texto en castellano, pero con un guiño a Magritte, tal vez, vía Foucault: "Esto no es una ego-historia. Generaciones de lecturas", en R. Chartier, *Presencias del pasado. Libros, lectores y editores*, traducción (solo de este texto) de Francisco M. Gimeno Blay, Valencia, Universitat de València, 2021.

[17] Nos referimos, desde luego, a la *Historia de la vida privada*, los cinco volúmenes dirigidos por Georges Duby y Philippe Ariès, publicados por Seuil en 1985. Roger Chartier fue el director del volumen III, subtitulado en castellano *Del Renacimiento a la Ilustración* (Madrid, Taurus, 1989).

[18] Sabina Loriga, *Le Petit x. De la biographie à l'histoire*, París, Seuil, 2010.

[19] Sobre los límites y posibilidades del género autobiográfico entre los historiadores, cf. Enzo Traverso, *Pasados singulares. El "yo" en la escritura de la historia*, traducción del francés de Belén Gala Valencia, Madrid, Alianza, 2022 [2020].

[20] Roger Chartier, *Éditer et traduire. Mobilité et matérialité des textes (XVIe-XVIIIe siècles)*, París, Éditions de l'EHESS-Gallimard-Seuil, 2021.

diante el análisis de sus *Cartas de un granjero americano*, escritas originalmente en inglés, autotraducidas al francés y que, paulatinamente, fue modificando a medida que las adaptaba para sucesivas ediciones francesas. Tal vez no haya mejor figura para concluir este dossier que con aquellos viajes emprendidos entre el Nuevo y el Viejo mundo por Crèvecœur, cuyo "humor vagabundo" es, cuanto menos, lindante al de Roger Chartier quien, entretanto, continúa migrando sus textos hacia nuevos confines. □

*Roger Chartier y la historia de la cultura popular**

Peter Burke

University of Cambridge

Un tema recurrente en la obra de Roger Chartier (de aquí en más, "Chartier") es la historia de lo que otros estudiosos han denominado "cultura popular". Al respecto, Chartier pertenece a un movimiento y a un momento de rebeldía. Hubo un tiempo –que, en algunos lugares, duró hasta mediados del siglo XX– en que los historiadores consideraban que la cultura popular estaba, según la frase tradicional, "por debajo de la dignidad de la historia". Los estudiosos del "folklore" o "lo folklórico", especialmente en la Europa del norte, no compartían este prejuicio. Por otra parte, en la década de 1950, cuando un historiador británico escribió una tesis sobre un movimiento popular durante la Revolución francesa, uno de sus examinadores, sir Lewis Namier, le preguntó: "¿Por qué se molesta en estudiar a estos bandidos?".[1] Por lo tanto, no debería sorprendernos saber que *Primitive Rebels* de Hobsbawm, con su famosa discusión sobre el bandido social, tuvo su origen en una serie de conferencias en la Universidad de Mánchester que no fueron dictadas para el Departamento de Historia (presidido por Namier), sino para el Departamento de Antropología.[2] Tampoco sorprende que Hobsbawm, que en 1959 no era aún profesor titular, publicara su libro sobre jazz bajo el seudónimo de "Francis Newton", probablemente para no arruinar sus posibilidades de ascenso en la carrera académica.[3]

La historia desde abajo y la cultura popular

Decir que a medida que cambia el presente el pasado es visto desde nuevos ángulos es una verdad de Perogrullo. Los problemas contemporáneos y los debates en torno de ellos inspiran a los historiadores a formular nuevas preguntas, como vemos hoy en día en el caso de la historia ambiental. Fue durante la agitación política de la década de 1960, simbolizada por París en 1968, cuando comenzó un movimiento de apoyo a lo que los ingleses llamaron "historia desde abajo" y los latinoamericanos,

* Traducción para *Prismas* de María Inés Castagnino.

[1] Richard Cobb, *The Police and the People. French Popular Protest, 1789-1820*, Oxford, Oxford University Press, 1970, p. 81.

[2] Eric Hobsbawm, *Primitive Rebels. Studies in Archaic Forms of Social Movement in the 19th and 20th Centuries*, Mánchester, Manchester University Press, 1959. [N. del E.: en la bibliografía se detallan todos los libros citados que tienen ediciones en castellano].

[3] Francis Newton, *The Jazz Scene*, Londres, MacGibbon and Kee, 1959. Frankie Newton (1906-1954) fue un trompetista estadounidense negro y comunista.

"la historia de los vencidos", a menudo escrita por marxistas o, al menos, por académicos cuya posición política era de izquierda. Este fue también el momento en que la cultura dividida en clases de principios del siglo xx fue cuestionada y analizada por académicos como Pierre Bourdieu, Jean-Claude Passeron y Michel de Certeau en Francia y, en Gran Bretaña, por Raymond Williams (quien afirmó que "la cultura es algo común y corriente"), Richard Hoggart, Stuart Hall y el Centro de Estudios Culturales Contemporáneos de la Universidad de Birmingham, fundado en 1964.[4]

Tanto la antropología como la política inspiraron una historia cultural desde abajo que incluía a la gente común y a las élites. En el caso de Francia, piénsese en la *anthropologie historique* practicada por Jacques Le Goff y Emmanuel Le Roy Ladurie (todavía en su fase de izquierda en ese momento) y, en el caso de los Estados Unidos, por Natalie Zemon Davis. En Gran Bretaña, cabe recordar a Edward P. Thompson, quien demostró en su libro *The Making of the English Working Class* un interés sin precedentes (para un historiador) en canciones, pancartas y rituales, pero también a Keith Thomas, a quien Edward Evans-Pritchard, antropólogo de Oxford, inspiró a estudiar lo que Thomas llamó "creencias populares". Evans-Pritchard había publicado un estudio clásico sobre la brujería entre los azande del África central; Thomas publicó un estudio igualmente clásico sobre la decadencia de la magia en la Inglaterra de la modernidad temprana.[5] Tanto Thompson como Thomas recomendaban obras de antropólogos a sus colegas (como es habitual en el caso de Thompson, añadiendo una serie de críticas).[6]

Las ambigüedades de la "cultura popular"

Más joven que el grupo de historiadores discutido previamente, Chartier, cuyas primeras publicaciones datan de la década de 1970, compartió con ellos el interés por la cultura popular, por los festivales urbanos, por ejemplo, o por el mundo trastornado, como se ve en sus estudios más conocidos de la *Bibliothèque bleue*. Desde 1981, se lo ha asociado con una crítica potente y aguda del concepto de cultura popular.[7] Sin embargo, la cuestión de su relación con el tema es más compleja que eso. Es preciso reubicar la crítica de Chartier en sus contextos, incluyendo el momento de su trayectoria intelectual en que la produjo. En lo que viene a continuación, me centraré en la fase intermedia de Chartier, situada entre el interés por la historia urbana y la preocupación por la historia de la "cultura escrita". En otras palabras, examinaré el cruce entre un concepto y una carrera. La idea de lo "popular" es tanto ambigua como ambivalente. Es ambigua porque, a veces, se considera que "el pueblo" incluye a todos, a toda la nación, pero, otras veces, solo a las clases subordina-

[4] Entre los clásicos de este campo se encuentran: Raymond Williams, *Culture and Society* (1958), Richard Hoggart, *The Uses of Literacy. Aspects of Working-Class Life with Special Reference to Publications and Entertainments* (1959), Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron, *Les Héritiers. Les étudiants et la culture* (1964), Pierre Bourdieu, *La Distinction. Critique sociale du jugement* (1979) y Michel de Certeau, *L'Invention du quotidien 1. Arts de faire* (1980).

[5] Edward Thompson, *The Making of the English Working Class* (1963), Edward Evans-Pritchard, *Witchcraft, Oracles and Magic among the Azande* (1937) y Keith Thomas, *Religion and the Decline of Magic. Studies in Popular Beliefs in Sixteenth and Seventeenth Century England* (1971).

[6] Keith Thomas, "History and Anthropology", *Past & Present* (Oxford), nº 24, abril de 1963, y del mismo autor, "The Relevance of Social Anthropology to the Historical Study of English Witchcraft", en M. Douglas (ed.), *Witchcraft. Confessions and Accusations* (Londres, Tavistock, 1970). Cf. Edward Thompson, "Anthropology and the Discipline of Historical Context", *Midland History* (Birmingham), nº 1, 1971-1972.

[7] Roger Chartier, "La culture populaire en question", *H-Histoire. Revue trimestrielle d'Histoire* (París), n° 8, dedicado a "Le Peuple", 1981.

das (la "gente común"). Es ambivalente porque algunos intelectuales, como los *narodniks* rusos, han admirado a la gente común, mientras que otros la han menospreciado, considerándola ignorante o incluso estúpida.

En cuanto a la idea de "cultura", también es ambigua ya que el término alguna vez se refirió a lo que ahora se conoce como "alta" cultura (los "clásicos" o el "canon" en el arte, la literatura, la música, etc.), mientras que más recientemente, siguiendo el ejemplo de los antropólogos culturales, ha llegado a significar toda una forma de vida. La idea de cultura popular se sitúa en algún lugar entre las definiciones estrechas y amplias de cultura, a veces, refiriéndose a una forma de vida y otras veces definida en oposición a lo que los franceses llaman *culture savante* o *culture bourgeoise*.

En los años 1960 y 1970, el término "cultura popular" no atraía a la mayoría de los antropólogos, quienes preferían escribir sobre la cultura de "los nuer" o "los javaneses" como si estas fueran homogéneas. Para esta época, el antropólogo alemán Johannes Fabian se destacó entre sus colegas por su interés en lo que llamó la "cultura popular" de Zaire y otras partes de África.[8] Tanto en Francia como en Gran Bretaña, los historiadores comenzaron a escribir sobre la cultura popular en la década de 1960, una era de liberación de ciertos prejuicios y tabúes tradicionales. La obra *De la culture populaire en France aux XVII^e^ et XVIII^e^ siècles* (1964) de Robert Mandrou fue severamente criticada por ver los textos populares como escapismo (*littérature d'évasion*) y como evidencia de la aceptación popular de los valores de las clases altas, pero marcó un punto de inflexión. Incluso el uso de la palabra "cultura" por parte de Mandrou marcó un giro ya que los historiadores franceses desde Guizot hasta Febvre y Braudel habían preferido el término "civilización".[9]

*Enfin Chartier Vint**

En sus primeros trabajos, Chartier escribió sobre varios temas de la historia de Francia en la temprana modernidad. Esos temas incluían la demografía (1973), los mendigos (1974), la muerte (1976), la educación (1976), la alfabetización (1978), los festivales (1980) y la historia urbana (1981). En sus últimos trabajos, se ha centrado en la historia del libro o, más exactamente, en la historia de los textos, convirtiéndose en uno de los líderes en este campo en expansión. Sin embargo, entre estas dos fases, Chartier publicó una serie de estudios breves sobre la cultura popular.[10] Gracias a ellos, se lo ha asociado con la idea de *histoire culturelle*, término que ayudó a poner en circulación en Francia junto con *histoire socio-culturelle*.[11] Entre estos estudios, aquel por el que más se recuerda a Chartier, es, sin duda, su crítica de la cultura popular, siguiendo el ejemplo de un ensayo de Michel de Certeau, Dominique Julia y Jacques Revel publicado una década antes.[12] En este artículo, al igual

[8] Johannes Fabian, "Popular Culture in Africa. Findings and Conjectures", *Africa. Journal of the International African Institute* (Cambridge), vol. XLVIII, nº 4, 1978. Cf. Karin Barber, *A History of African Popular Culture*, Cambridge, Cambridge University Press, 2018.

[9] Robert Mandrou, *De la culture populaire aux XVII^e^ et XVIII^e^ siècles. La Bibliothèque bleue de Troyes*, París, Stock, 1964.

* *Finalmente, llegó Chartier* [N. de la T.].

[10] Roger Chartier, "Le monde à l'envers", *L'Arc. Revue trimestrielle* (Aix-en-Provence), nº 65, dedicado a Emmanuel Le Roy Ladurie, 1976, y "La monarchie d'argot entre le mythe et l'histoire", *Cahiers Jussieu* (París), n° 5, dedicado a "Les marginaux et les exclus dans l'histoire", Union générale d'éditions, 1979.

[11] Roger Chartier, *Cultural history. Between practices and representations*, Cambridge, Polity Press, 1988 e "Intellectual History or Sociocultural History? The French Trajectories", en D. LaCapra y S. Kaplan (eds.), *Modern European Intellectual History. Reappraisals and New Perspectives*, Ithaca, Cornell University Press, 1982.

[12] Michel de Certeau, Dominique Julia y Jacques Revel, "La beauté du mort. Le concept de 'culture populaire'",

que Pierre Bourdieu dos años después, Chartier rechazó la distinción entre cultura popular y de élite por considerarla simplista. En Gran Bretaña, Stuart Hall ofreció una crítica similar, al igual que los participantes del congreso Popular Culture in Question, llevado a cabo en la Universidad de Essex en 1991. En Italia, el historiador Francesco Benigno escribió sobre la "invención" de la cultura popular.[13]

Vale la pena señalar, sin embargo, que en otros artículos de este período Chartier empleó el término *populaire* y la frase *culture populaire* como si no fueran problemáticos. Lo hizo, por ejemplo, en una reseña del libro de Robert Muchembled que era crítica en otros aspectos, en su propio ensayo sobre la *monarchie d'argot* en el que también distinguía dos culturas, "*culture savante*" y "*la subculture des exclus*" y, sobre todo, en su contribución a la historia urbana de la Francia moderna temprana, publicada en 1981, el mismo año de su famosa crítica (aunque el ensayo sobre la cultura urbana, probablemente, haya sido escrito años antes).[14]

En el caso de la historia urbana, Chartier argumentó que las ciudades creaban su cultura particular (*une culture propre*) que incluía a los iletrados, pero, también, que la historia de los festivales mostraba que la tradicional "*cohabitation culturelle*" de la élite y el pueblo fue reemplazada por "*la séparation culturelle operée entre dominants et dominés*", lo cual lo impulsó a escribir sobre "*une mentalité populaire*". Tan tarde como en 1990, en su conocido estudio sobre los orígenes culturales de la Revolución francesa, Chartier escribió sobre la posible "*politisation de la culture populaire*", mientras que en 1994, retomando el concepto, ofreció la crítica calificada de que "carece de sentido intentar identificar la cultura popular por medio de algunas, supuestamente específicas, distribuciones de objetos o modelos culturales".[15] Parece, entonces que Chartier se ha debatido entre el rechazo de la simplificación excesiva que se encuentra en muchas discusiones sobre la cultura popular y el rechazo del concepto *tout court*. Bourdieu enfrentó un dilema similar. En 1983 criticó el concepto, pero en su famoso estudio sobre la distinción, publicado cuatro años antes, había contrastado la cultura de clase media con la cultura popular, utilizando términos como "*ethos populaire*" y "*langue populaire*".[16]

Es realmente difícil abstenerse de usar el adjetivo "popular" en ocasiones, a pesar de que se tenga la intención. Por ejemplo, Eamon Duffy, historiador de Cambridge, publicó un estudio

---

Politique Aujourd'hui. Recherches et pratiques socialistes dans le monde (París), diciembre de 1970, y reimpreso en Michel de Certeau, *La culture au pluriel*, París, Union générale d'éditions, 1980. Cf. también el artículo ya citado de Roger Chartier, "La culture populaire en question".

[13] Cf. el artículo ya citado de Michel de Certeau, Dominique Julia y Jacques Revel, "La beauté du mort", el de Pierre Bourdieu, titulado "Vous avez dit 'populaire'?", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* (París), nº 46, 1983, el de Stuart Hall, "Notes on Deconstructing 'the Popular'", en R. Samuel (ed.), *People's History and Socialist Theory*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1981, y el artículo de Francesco Benigno, "Il popolo che abbiamo perduto. Note sul concetto di cultura popolare tra storia e antropologia", *Giornale di Storia Costituzionale*, nº 18, 2009, luego reimpreso en su obra *Parole nel tempo. Un lessico per pensare la storia*, Roma, Viella, 2013. Cf. asimismo Ottavia Niccoli, "Cultura popolare: un relitto abbandonato?", *Studi storici. Rivista trimestrale della Fondazione Gramsci* (Roma), Año LVI, nº 4, octubre-diciembre de 2015.

[14] Roger Chartier reseñó a Robert Muchembled en *Revue d'histoire moderne et contemporaine* (París), vol. XXVI, nº 2, 1979. Cf. su artículo, ya citado, "La monarchie d'argot" y su contribución sin título en en el tomo III de *Histoire de la France urbaine*, subtitulado *La ville classique*, dirigido por Emmanuel Le Roy Ladurie, París, Seuil, 1981, pp. 94-197 y pp. 223-285 y, en particular, pp. 184, 223 y 242.

[15] Roger Chartier, *Les Origines culturelles de la Révolution française*, París, Seuil, 1990, pp. 168 y ss. Y su artículo "'Cultura Popular': retorno a un concepto historiográfico", *Manuscrits Revista d'història moderna* (Barcelona), nº 12, 1994, en particular p. 50.

[16] Cf. Pierre Bourdieu, *La distinction*, París, Minuit, 1979, y Éric Maigret, "Pierre Bourdieu, la culture populaire et le long remords de la sociologie de la distinction", *Esprit* (París), nº 283, 2002.

de lo que él llama "religión tradicional" en Inglaterra entre 1400 y 1580. Adoptó el adjetivo "tradicional" porque cree que "no existía una brecha sustancial" entre las creencias religiosas de la élite y las de otras personas. Sin embargo, continuó usando frases como "conciencia popular", "enfoque popular", "cultura popular", etc. Se lo expulsó por la puerta, pero el término "popular" volvió a entrar por la ventana.[17] Si "popular" se ha vuelto un término controvertido en los círculos académicos, "cultura" lo supera en este aspecto. Se observa una reacción contra la idea de cultura en sentido amplio en la disciplina que la inventó, la antropología. Hubo quejas de que la idea era demasiado vaga e intentos para reemplazarla como concepto clave. Lila Abu-Lughod, por ejemplo, argumentó que emplear el término "cultura" alentaba a los antropólogos a ignorar el cambio, así como la diferenciación interna (entre mujeres y hombres, por ejemplo) y la interacción con el mundo exterior.[18] Sin embargo, ningún término alternativo a "cultura" ha ganado todavía la aceptación general ni de los antropólogos ni de los historiadores.

¿Sociocultural o culturosocial?

En este punto, podemos volver a la idea de historia sociocultural, lanzada por los historiadores franceses en la década de 1970, comparándola y contrastándola con lo que podría llamarse historia "culturosocial", siguiendo el famoso epigrama de Chartier sobre el cambio "*de l'histoire sociale de la culture à une histoire culturelle du social*".[19] Describo a Chartier como un historiador "culturosocial" porque, dondequiera que lo hayan llevado sus estudios, incluida la Revolución francesa, ha comenzado a partir de textos (dejando de lado el ensayo sobre las ciudades de la modernidad temprana que fue por encargo). Enfocarse en los lectores de la *Bibliothèque bleue*, por ejemplo, fue lo que llevó a Chartier a dudar del valor del concepto de cultura popular y a centrarse en lo que podríamos llamar las biografías de los textos, en particular, su "apropiación" por diferentes tipos de personas que los han empleado para distintos tipos de fines.

La idea de la movilidad social de los textos, especialmente su movilidad descendente, no es nueva. Hace un siglo, los folkloristas alemanes desarrollaron lo que podría llamarse la "teoría del hundimiento" de la cultura, según la cual la cultura de las clases bajas, la *Unterschicht*, es una imitación anticuada de la cultura de sus superiores sociales, la *Oberschicht*.[20] En el caso de la cultura popular francesa, Mandrou señaló algo similar cuando notó que los editores de la *Bibliothèque bleue* seleccionaban de "*un répertoire constitué pour une large partie par la culture savante de l'aristocratie médiévale*".[21] Sin embargo, el análisis de la apropiación que hace Chartier, como el de Paul Ricœur, es más sofisticado y más perceptivo que el de Mandrou. Se podría añadir que el sustantivo "popularización" es menos vulnerable a las críticas que el adjetivo "popular" ya que, a menudo, se han producido ediciones acortadas y simplifi-

[17] Eamon Duffy, *The Stripping of the Altars. Traditional Religion in England, 1400-1580*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1992, pp. 3, 18, 31, 45, 84, 156, etc.
[18] Aram Yengoyan, "Theory in Anthropology. On the Demise of the Concept of Culture", *Comparative Studies in Society and History* (Cambridge), vol. XXVIII, nº 2, abril de 1986, y Lila Abu-Lughod, "Writing against Culture", en R. Fox (ed.), *Recapturing Anthropology*, Seattle, University of Washington Press, 1991.

[19] Cf. Daniel Roche, "De l'histoire sociale à l'histoire socio-culturelle", en *Mélanges de l'École Française de Rome*, nº 91, 1979, y Roger Chartier, "Le monde comme représentation", *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations* (*París*), Año LXIV, nº 6, 1989, luego reimpreso en *Au bord de la falaise*, París, Albin Michel, 1998. Cf. particularmente la p. 73.
[20] John Meier, *Kunstlied und Volkslied in Deutschland*, Halle, Niemeyer, 1906, y Hans Naumann, *Primitive Gemeinschaftkultur: Beiträge zur Volkskunde und Mythologie*, Jena, Diederichs, 1921.
[21] Cf. Robert Mandrou, *De la culture populaire*, p. 24.

cadas de "clásicos" para atraer a un público más amplio, como en los casos, por ejemplo, de Ariosto y Tasso en Italia.[22]

En este punto, me gustaría comparar y contrastar el abordaje de Chartier sobre la historia de la cultura con el mío. Como historiador cultural de la sociedad, Chartier, por lo general, ha comenzado con textos, como hemos visto, señalando que el mismo texto puede atraer a campesinos, artesanos y mujeres de la nobleza, pero pasando luego a discutir las diferencias sociales en su recepción. En lo que a mí concierne, por otro lado, suelo empezar por la sociedad, un poco como Daniel Roche. Por esta razón, me autodenomino un historiador "sociocultural", así como pienso en Chartier como un historiador "culturo-social". En mi propio libro sobre cultura popular abordé el tema comenzando no por los textos, sino por los diferentes grupos sociales. Argumenté que el "pueblo" (en el sentido de las *classi subalterni*) en la Europa moderna temprana compartía las experiencias de la pobreza, la dominación y la exclusión de la "alta" cultura. No obstante, no era culturalmente homogéneo. Por el contrario, sus integrantes se dividían por género, edad, región, religión, ocupación, etc. Por ejemplo, los granjeros, los pastores, los artesanos, los comerciantes, los mineros y los marineros tenían cada uno necesariamente su propia cultura, en el sentido de actitudes, artefactos, prácticas y lo que Chartier describe como "representaciones".[23]

Si cada una de estas culturas era o no independiente o si era lo que los sociólogos solían llamar una "subcultura", en otras palabras, "semindependiente" son cuestiones empíricas que no se deciden por definición. Por esta razón, no es más prudente describir ciertos textos como "baratos" o de "amplia circulación" que asumir que eran "populares".[24] Traté de encarar estos problemas argumentando que, en el 1500, lo que llamamos "cultura popular" era la cultura de todos. Las clases altas y medias participaban de esta cultura, aunque algunos, especialmente los que sabían latín, también tenían acceso a una cultura erudita. No obstante, entre 1650 y 1800, se produjo una "retirada" gradual de la cultura popular, en especial por parte de los miembros masculinos de la nobleza y la clase media.[25] Curiosamente, aunque Chartier y yo comenzamos nuestros estudios sobre cultura popular desde diferentes puntos, terminamos planteando cuestiones similares al respecto: sobre la participación de las élites en la cultura popular, por ejemplo, sobre su posterior "retirada" o "separación" de esta, sobre el "hundimiento" de los artefactos culturales (y lo contrario, su "ascenso") y sobre los diferentes grupos que se encuentran bajo el paraguas intelectual de "el pueblo".

Viendo en retrospectiva mi propio libro, más de cuarenta años después, me siento tentado a decir, como Edith Piaf, que "*Je ne regrette rien*", aunque si lo escribiera hoy, sin dudas, ofrecería una descripción y un análisis más completos de las culturas femeninas, desde las duquesas hasta las pescaderas. ¿Qué conceptos emplearía si estuviera escribiendo hoy? Todos los conceptos, especialmente cuando tratamos de aplicarlos, plantean problemas además de resolverlos. "Popular" y "cultura", ciertamente,

[22] Peter Burke, "Learned Culture and Popular Culture in Renaissance Italy", en M. Aymard *et al*. (eds.), *Pauvres et riches. Société et culture du Moyen-âge aux temps modernes. Mélanges offerts à Bronisław Geremek à l'occasion de son soixantième anniversaire*, Varsovia, Wydawnictwo Naukowe PWN, 1992.

[23] Peter Burke, *Popular Culture in Early Modern Europe*, Londres, Temple Smith, 1978. Cf. también la tercera edición publicada en Burlington por Ashgate en 2009.

[24] Cf. Roger Chartier y Hans-Jürgen Lüsebrink (eds.), *Colportage et lecture populaire. Imprimés de large circulation en Europe, XVI^e^-XIX^e^ siècles*, París, IMEC Éditions-Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 1996 y Joad Raymond (ed.), *The Oxford History of Popular Print Culture I. Cheap Print in Britain and Ireland to 1660*, Oxford, Oxford University Press, 2011.

[25] Peter Burke, *Popular Culture in Early Modern Europe*, pp. 366-380.

no son la excepción a la regla. ¿Deberíamos abandonar estos conceptos, modificarlos o, simplemente, intentar emplearlos de una manera sensible a situaciones o problemas particulares? Mi propia elección es la última de estas posibilidades. ¿Cuál es la de Chartier? □

Bibliografía citada

Abu-Lughod, Lila, "Writing against Culture", en R. Fox (ed.), *Recapturing Anthropology*, Seattle, University of Washington Press, 1991, pp. 137-62 [trad. esp. de Pilar Castro Gómez: "Escribir contra la cultura", *Andamios. Revista de Investigación Social* (México), vol. IX, nº 19, mayo-agosto de 2012, pp. 129-157].

Barber, Karin, *A History of African Popular Culture*, Cambridge, Cambridge University Press, 2018.

Benigno, Francesco, "Il popolo che abbiamo perduto. Note sul concetto di cultura popolare tra storia e antropologia", *Giornale di Storia Costituzionale*, nº 18, 2009, pp. 151-78, luego reimpreso en F. Benigno, *Parole nel tempo. Un lessico per pensare la storia*, Roma, Viella, 2013, pp. 79-114 [trad. esp.: de Jesús Villanueva: "Cultura popular", *Las palabras del tiempo. Un ideario para pensar históricamente*, Madrid, Cátedra, 2013, pp. 107-145].

Bourdieu, Pierre y Jean-Claude Passeron, *Les Héritiers. Les étudiants et la culture*, París, Minuit, 1964 [cf. la versión castellana más reciente de Marcos Mayer: *Los herederos. Los estudiantes y la cultura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003].

Bourdieu Pierre, *La Distinction. Critique sociale du jugement*, París, Minuit, 1979 [trad. esp. de María del Carmen Ruiz de Elvira: *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1988].

—, "Vous avez dit 'populaire'?", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, nº 46, 1983, pp. 98-105 [trad. esp. de Cecilia González y Fermín Rodríguez: "¿Dijo usted 'popular'?", en Alain Badiou *et al*., *¿Qué es un pueblo?*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2014, pp. 21-46].

Burke, Peter, *Popular Culture in Early Modern Europe*, Londres, Temple Smith, 1978 [trad. esp. de Antonio Feros: *La cultura popular en la Europa moderna*, Madrid, Alianza Universidad, 1991].

—, "Learned Culture and Popular Culture in Renaissance Italy", en Maurice Aymard *et al*. (eds.), *Pauvres et riches. Société et culture du Moyen-âge aux temps modernes. Mélanges offerts à Bronisław Geremek à l'occasion de son soixantième anniversaire*, Varsovia, Wydawnictwo Naukowe PWN, 1992, pp. 341-49.

Certeau, Michel de, Dominique Julia y Jacques Revel, "La beauté du mort. Le concept de 'culture populaire'", *Politique aujourd'hui. Recherches et pratiques socialistes dans le monde* (París), diciembre de 1970, pp. 3-23, y reimpreso en Michel de Certeau, *La culture au pluriel*, París, Union générale d'éditions, 1980, pp. 49-80 [trad. esp. de Rogelio Paredes: "La belleza del muerto", en M. de Certeau, *La cultura en plural*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999, pp. 47-70].

Certeau, Michel de, *L'Invention du quotidien I. Arts de faire*, París, Union générale d'éditions, 1980 [trad. esp. de Alejandro Pescador a partir de la edición póstuma de 1990: *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana-Departamento de Historia, 2000].

Chartier, Roger, "Le monde à l'envers", en *L'Arc. Revue trimestrielle* (Aix-en-Provence), nº 65, dedicado a Emmanuel Le Roy Ladurie, segundo trimestre de 1976, pp. 43-53.

—, "La monarchie d'argot entre le mythe et l'histoire", *Cahiers Jussieu* (París), n° 5, dedicado a "Les marginaux et les exclus dans l'histoire", Union générale d'éditions, 1979, pp. 275-311.

—, "Robert Muchembled, *Culture populaire et culture des élites dans la France moderne (XV^e^-XVIII^e^ siècles). Essai*, Paris, Flammarion, 1978" [reseña], *Revue d'histoire moderne et contemporaine* (París), vol. XXVI, nº 2, 1979, pp. 298-300.

—, "La culture populaire en question", *H-Histoire. Revue trimestrielle d'Histoire* (París), n° 8 titulado "Le Peuple", abril-junio de 1981, pp. 85-96.

—, "La ville dominante et soumise, XVI^e^-XVII^e^ siècle", en G. Duby (ed.), *Histoire de la France urbaine iii. La ville classique*, volumen dirigido por Emmanuel Le Roy Ladurie, París, Seuil, 1981, pp. 94-197 y pp. 223-285.

—, "Intellectual History or Sociocultural History? The French Trajectories", en D. LaCapra y S. Kaplan (eds.), *Modern European Intellectual History. Reappraisals and New Perspectives*, Ithaca, Cornell University Press, 1982, pp. 13-46 [trad. esp. de Claudia Ferrari: "Historia intelectual e historia de las mentalidades. Trayectorias y preguntas", en R. Chartier, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 1992, pp. 13-44].

—, "Le monde comme représentation", *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations* (París), Año LXIV, nº 6, 1989, pp. 1505-1520, luego reimpreso en *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétude*, París, Albin Michel, 1998, pp. 67-86 [trad. esp.: de Marina Sanchis Martínez: "El mundo como representación", *Historia Social* (Valencia), nº 10, primavera-verano de 1991, pp. 163-175, y de Claudia Ferrari "El mundo como representación", en R. Chartier, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 1992, pp. 45-62].

—, *Cultural history. Between Practices and Representations,* traducción de Lydia G. Cochrane, Cambridge, Polity Press, 1988.

—, *Les Origines culturelles de la Révolution française*, París, Seuil, 1990 [trad. esp. de Beatriz Lonné: *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución francesa*, Barcelona, Gedisa, 1995]

—, "'Cultura Popular': retorno a un concepto historiográfico", *Manuscrits Revista d'història moderna* (Barcelona), nº 12, 1994, pp. 43-62

Chartier, Roger y Hans-Jürgen Lüsebrink (eds.), *Colportage et lecture populaire. Imprimés de large circulation en Europe, XVIe-XIXe siècles*, París, IMEC Éditions-Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 1996.

Cobb, Richard, *The Police and the People. French Popular Protest, 1789-1820*, Oxford, Oxford University Press, 1970.

Duffy, Eamon, *The Stripping of the Altars. Traditional Religion in England, 1400-1580*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1992.

Evans-Pritchard, Edward, *Witchcraft, Oracles and Magic among the Azande*, Oxford, Clarendon Press, 1937 [trad. esp. de Antonio Desmonts: *Brujería, magia y oráculos entre los azande*, Barcelona, Anagrama, 1976].

Fabian, Johannes, "Popular Culture in Africa. Findings and Conjectures", *Africa. Journal of the International African Institute* (Cambridge), vol. XLVIII, nº 4, 1978, pp. 315-334.

Hall, Stuart, "Notes on Deconstructing 'the Popular'", en R. Samuel (ed.), *People's History and Socialist Theory*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1981, pp. 227-240 [trad. esp. de Jordi Beltrán: "Notas sobre la desconstrucción de 'lo popular'", en R. Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica, 1984, pp. 93-112].

Hobsbawm, Eric, *Primitive Rebels. Studies in Archaic Forms of Social Movement in the 19th and 20th Centuries*, Mánchester, Manchester University Press, 1959 [trad. esp. de Joaquín Romero Maura: *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Barcelona, Ariel, 1974].

Hoggart, Richard, *The Uses of Literacy. Aspects of Working-Class Life with Special Reference to Publications and Entertainments*, Londres, Chatto and Windus, 1959 [trad. esp. de Julieta Barba y Silvia Jawerbaum: *La cultura obrera en la sociedad de masas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013].

Maigret, Éric, "Pierre Bourdieu, la culture populaire et le long remords de la sociologie de la distinction", *Esprit* (París), nº 283, 2002, pp. 170-178.

Mandrou, Robert, *De la culture populaire aux XVIIe et XVIIIe siècles. La Bibliothèque bleue de Troyes*, París, Stock, 1964.

Meier, John, *Kunstlied und Volkslied in Deutschland*, Halle, Niemeyer, 1906.

Naumann, Hans, *Primitive Gemeinschaftkultur. Beiträge zur Volkskunde und Mythologie*, Jena, Diederichs, 1921.

Newton, Francis [Eric Hobsbawm], *The Jazz Scene*, Londres, MacGibbon and Kee, 1959 [hay trad. esp. de Jordi Beltrán Ferrer de las introducciones que Hobsbawm redactó para las dos ediciones subsiguientes de la obra (1989 y 1992) bajo el título "El jazz desde 1960", en E. Hobsbawm, *Gente poco corriente. Resistencia, rebelión y jazz*, Barcelona, Crítica, 1999, pp. 259-271].

Niccoli, Ottavia, "Cultura popolare: un relitto abbandonato?", *Studi storici. Rivista trimestrale della Fondazione Gramsci* (Roma), Año LVI, nº 4, octubre-diciembre de 2015, pp. 997-1010.

Raymond, Joad (ed.), *The Oxford History of Popular Print Culture I. Cheap Print in Britain and Ireland to 1660,* Oxford, Oxford University Press, 2011.

Roche, Daniel, "De l'histoire sociale à l'histoire socio-culturelle", *Mélanges de l'Ecole française de Rome. Moyen-Âge, Temps modernes*, tomo XCI, n° 1, 1979, pp. 7-19.

Thomas, Keith, *Religion and the Decline of Magic. Studies in Popular Beliefs in Sixteenth and Seventeenth Century England*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1971.

Thompson, Edward P., *The Making of the English Working Class*, London, Gollancz, 1963 [cf. la última edición castellana que retoma la traducción de Elena Grau publicada por Crítica en 1989: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Capitán Swing, 2012].

—, "Anthropology and the Discipline of Historical Context", *Midland History* (Birmingham), vol. I, nº 3, primavera de 1972, pp. 41-55.

Thomas, Keith, "History and Anthropology", *Past and Present*, nº 24, abril de 1963, pp. 3-24. [trad. esp. de José Carazo: "Historia y antropología", *Historia Social* (Valencia), nº 3, invierno de 1989, pp. 62-80].

—, "The Relevance of Social Anthropology to the Historical Study of English Witchcraft", en M. Douglas (ed.), *Witchcraft. Confessions and Accusations*, Londres, Tavistock, 1970, pp. 47-80.

Yengoyan, Aram A., "Theory in Anthropology. On the Demise of the Concept of Culture", *Comparative Studies in Society and History* (Cambridge), vol. XXVIII, nº 2, abril de 1986, pp. 368-374.

Williams, Raymond, *Culture and Society, 1780-1950*, Londres, Chatto and Windus, 1958 [trad. esp. de Horacio Pons a partir de la edición de 1987: *Cultura y sociedad, 1780-1950. De Coleridge a Orwell*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2001].

Resumen/Abstract

Roger Chartier y la historia de la cultura popular
Desde sus inicios, Roger Chartier ha demostrado un particular interés hacia la historia de la "cultura popular", concepto que comenzará a redefinir a partir de la década de 1980. Sin embargo, su enfoque no estuvo exento de contradicciones ni contramarchas, propias, por otra parte, de la inherente ambigüedad del concepto "cultura". Partiendo del cruce entre una carrera y un concepto, se aborda aquí un período que podría considerarse como fase intermedia de su derrotero intelectual donde incorporó la cultura popular en diversas investigaciones que tuvieron como escenario la temprana modernidad europea, ya sea en el marco de la historia urbana o en la historia de la cultura escrita. Del mismo modo, se analiza el tipo de historia cultural que Chartier ha practicado frente a la tradicional historial social, una opción que culmina con un interrogante abierto y una comparación historiográfica entre dos trayectorias: la de Chartier como historiador cultural de lo social con la del propio autor quien se asume como historiador sociocultural.

Palabras clave: Roger Chartier – Cultura popular – Historia cultural – Historia desde abajo – Estudios culturales

Roger Chartier and the History of Popular Culture
From the beginning, Roger Chartier has shown a particular interest in the history of "popular culture", a concept that he began to redefine in the 1980s. However, his approach has not been free of contradictions and countermarches, typical, moreover, of the inherent ambiguity of the concept of "culture". Starting from the crossover between a career and a concept, this paper deals with a period that could be considered as an intermediate phase of his intellectual path where he incorporated popular culture in various investigations that took place in early European modernity, either in the framework of urban history or in the history of written culture. In the same way, the type of cultural history that Chartier has practiced as opposed to the traditional social history is analyzed, an option that culminates with an open question and a historiographical comparison between two trajectories: that of Chartier as a cultural historian of the social and that of the author, who assumes himself as a sociocultural historian.

Key Words: Roger Chartier – Popular Culture – Cultural History – History from Below – Cultural Studies

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1304>

Chartier y el relato

*Esbozo de un itinerario**

Philippe Carrard

University of Vermont / Dartmouth College

Cuando, en una reciente entrevista, Évelyne Cohen y Pascale Goetschel invitaron a Roger Chartier a que evocase su "itinerario", este expresó su desconfianza hacia tal procedimiento.[1] Trazar un recorrido suponía, según él, caer en la "ilusión biográfica" y no deseaba convertirse en su víctima. Probablemente, la intención de Cohen y Goetschel era que el historiador explicase de qué manera había pasado del estudio de los sistemas de educación al del libro y, más tarde, de una observación de fenómenos muy generales, como los que describió en *Lectures et lecteurs dans la France d'Ancien Régime*, a lo que él mismo llamó estudios de "caso",[2] es decir, al análisis de textos individuales, tales como aquellos que fueron discutidos en *La Main de l'auteur et l'esprit de l'imprimeur*.[3] Mi objetivo, que no ha sido sometido a la pertinencia de Chartier, es de otro orden. A partir de una perspectiva formalista, se intentará establecer si la posición de Chartier ha cambiado con relación a un problema central para la escritura y la epistemología de la historia: la cuestión del relato. Los historiadores, cuando llevan al texto la información reunida, ¿recurren necesariamente al género narrativo? Y este género ¿es comparable con las exigencias de rigor, propias de una disciplina que se quiere "científica"? Estas preguntas, como sabemos, inquietan desde hace mucho tiempo a filósofos, historiadores y especialistas de las ciencias sociales y han dado lugar a una abundante literatura.[4] Tras centrarme en los textos que Chartier dedicó a este tópico y partiendo del principio según el cual las preguntas sobre el pasado siempre se enuncian desde el presente, procederé de manera regresiva. Comenzaré observando, por lo pronto, un texto reciente que puede considerarse representativo de la posición actual de Chartier sobre este tema: "Récit et histoire", publicado en 2006 en el *Dictionnaire des*

* Traducción para *Prismas* de Maya González Roux.

[1] Évelyne Cohen y Pascale Goetschel, "Entretien avec Roger Chartier", *Sociétés & Représentations* (París), vol. II, nº 40, 2015, p. 289.

[2] Roger Chartier, *L'Œuvre, l'Atelier et la Scène. Trois études de mobilité textuelle*, París, Classiques Garnier, 2014, p. 8. [N. del E.: en la bibliografía se detallan todos los libros citados que tienen ediciones en castellano].

[3] Para un análisis más detallado del derrotero de Roger Chartier, cf. Bertrand Müller, "Chartier, Roger", en Sylvie Mesure y Patrick Savidan (eds.), *Le Dictionnaire des sciences humaines*, París, Presses universitaires de France, 2006.

[4] Para un estado de la cuestión en el ámbito francés, cf., por ejemplo, François Dosse, "Récit", en C. Delacroix, F. Dosse, P. Garcia y N. Offenstadt (eds.), *Historiographies II. Concepts et débats*, París, Gallimard, 2010, y Dominique Kalifa, "Récit", en C. Gauvard y J.-F. Sirinelli (eds.), *Dictionnaire de l'historien*, París, Presses universitaires de France, 2015.

sciences humaines que editaron Sylvie Mesure y Patrick Savidan.

En ese texto, Chartier abrió su presentación enunciando aquello que, para él, resultaba evidente: "En la actualidad, los historiadores son muy conscientes de que ellos también son productores de textos. La escritura de la historia, incluso la más cuantitativa y la más estructural, pertenece al género narrativo, con el cual comparte sus principales categorías".[5] En varias ocasiones Chartier volvió a mencionar esta pertenencia y subrayó, según él, su carácter evidente con formulaciones tales como "constatar lo que la historia tiene de narración", "reconocer el hecho de que la historia era relato" o, aun, el "diagnóstico en lo que concierne a la naturaleza narrativa de la escritura histórica". Al explicar que esa constatación no siempre fue tan evidente como lo es en la actualidad, Chartier rastreó un movimiento que iba del rechazo hacia el relato por parte de los seguidores de la escuela de *Annales* a su recuperación por parte de Michel de Certeau y, sobre todo, de Paul Ricœur. Sin duda, es a Ricœur y, especialmente, a las tesis defendidas en *Temps et récit 1* (1983), a quien debemos el "reconocimiento" de que, inclusive en los textos que generalmente son considerados arquetipos de la historia estructural –empezando por *La Mediterranée* de Braudel– subyace una potencial intriga. El hecho de que los estudios históricos tengan una organización narrativa y que, en este aspecto, su disposición sea similar a la de las novelas no implica que pertenezcan a la esfera de la "invención ficcional". Chartier, al oponerse en ese punto a Hayden White y a otros teóricos llamados "posmodernos", afirmó rotundamente que la historia se diferencia de la ficción porque brinda un "saber susceptible de controles y verificación".[6] No cabe duda de que la historia es, por consiguiente, una "ciencia" en el sentido en que la ha definido Michel de Certeau en *L'Écriture de l'histoire*: si "construye" sus objetos, los discursos que produce están sometidos a "reglas" que permiten el control de las "operaciones" que el historiador realiza en el contexto de su oficio.[7]

"Récit et histoire" desarrolla un enfoque que Roger Chartier ya había defendido en "L'histoire entre récit et connaissance", un ensayo publicado por primera vez en 1994 en la revista estadounidense *Modern Language Notes* y que, en 2009, incluyó en *Au bord de la falaise*. Al examinar las causas que "sacudieron" las "certezas" de la comunidad de historiadores en el transcurso de los años 1980, Chartier indicó entre ellas la "toma de conciencia" de que su discurso, cualquiera fuera su forma, siempre adoptaba la forma de un relato.[8] Sin embargo, para Chartier, esta adopción comportaba cierta cantidad de "desafíos".[9] El desafío de White, por supuesto, pero también el de Keith Baker y de los partidarios del *linguistic turn* para quienes "la realidad ya no debe pensarse como una realidad objetiva, exterior al discurso, sino como constituida en y por el lenguaje".[10] No obstante, si el uso del relato no conlleva para Chartier la supresión de la diferencia entre historia y ficción, recurrir al lenguaje tampoco implica diferenciar

[5] Chartier, Roger, "Récit et histoire", en S. Mesure y P. Savidan (eds.), *Le Dictionnaire des sciences humaines*.

[6] Chartier discute con más detalle las tesis de White en "Figures rhétoriques et représentations historiques. Quatre questions à Hayden White", un ensayo publicado en *Storia della Storiografia* (Pisa), n °24, 1993, e incluido en la primera edición de *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitude et inquiétude* (París, Albin Michel, 1998).

[7] Michel de Certeau, *L'Écriture de l'histoire*, París, Gallimard, 1975, pp. 64 y 972 respectivamente.

[8] Roger Chartier, "L'histoire entre récit et connaissance", en la segunda edición de *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitude et inquiétude* en la colección "Bibliothèque de l'Évolution de l'Humanité" (París, Albin Michel, 2009, p. 104), edición que utilizaremos de aquí en más.

[9] *Ibid*., p. 106.

[10] *Ibid*., p. 108.

las prácticas lingüísticas de las prácticas no lingüísticas. Chartier subrayó la especial necesidad de evitar un uso incontrolado de la categoría "texto", categoría generalmente aplicada a "prácticas" cuyas "tácticas y procedimientos" no son en absoluto semejantes a las "estrategias discursivas".[11]

Finalmente, una primera refundición de la tesis según la cual los estudios históricos adoptan necesariamente la forma del relato se encuentra en "L'histoire ou le récit véridique", un texto publicado en la obra colectiva *Philosophie et histoire* en 1987 por las Éditions du Centre Georges Pompidou y que, más tarde, incluyó en *Au bord de la falaise* bajo el título "Philosophie et histoire". Al observar que la cuestión de las "formas de la escritura histórica" es una de las más imperiosas que se formulan los historiadores de los años 1980, Chartier juzgó que era necesario "reconocer", "junto con Ricœur", que jamás se había abandonado el género narrativo: cualquier escritura histórica, independientemente de lo declarado por quienes la practican, "se construye a partir de fórmulas que pertenecen al relato o a la intriga".[12] Para Chartier, esta pertenencia no implica una "antinomia entre conocimiento histórico y configuración narrativa". La "intriga", en efecto, es un instrumento cognitivo que plantea como central "la posible inteligibilidad del fenómeno histórico".[13] A este respecto, Chartier reconoció que una intriga no era tan fácilmente verificable como un enunciado individual. Junto con Carlo Ginzburg, consideró que la relación que establece con el pasado puede considerarse como aceptable si es "plausible, coherente y explicativa", un estatus, tal vez, "decepcionante" desde el punto de vista epistemológico, frente al cual no hay otra alternativa.[14]

Si la posición de Chartier sobre las relaciones entre el relato y la historia resulta relativamente clara para los años 1980-2000, lo fue menos durante la década anterior. En 1978, Chartier codirigió junto con Jacques Le Goff y Jacques Revel la enciclopedia *La Nouvelle histoire.* No obstante, esta obra no contenía ninguna entrada para "relato", como tampoco para "escritura", "narración", "representación" u otro tema relacionado con la textualización. Chartier, autor de varias entradas, no parecía interesarse por ese tipo de preguntas. A lo sumo, en el artículo que dedicó a la historia "positivista" que se había establecido a comienzos del siglo XX, señaló que aquella era, esencialmente, de dos tipos: "la historia *événementielle* o historizante, dedicada al recitativo político y biográfico" y "la historia-cuadro que ordena los hechos en un cuestionario universal donde dominan lo político y lo institucional".[15] Si aceptamos que aquí Chartier comprendía el término musical "recitativo" en el sentido de "relatar", no podemos dejar de constatar que condenaba ese modo de organización discursiva en el que veía una práctica propia de "escuela" contra la cual la Nueva Historia pretendía posicionarse en los años 1970. Notemos que, en el mismo campo, ni Chartier como tampoco ninguno de los coautores de aquella obra abordaron las tesis de Paul Veyne, de quien solo se cita la "Lección inaugural" en el Collège de France[16] y un artículo sobre la familia y el amor en la Antigüedad.[17] Evidentemente, las posiciones de-

[11] *Ibid*., p. 111.
[12] Roger Chartier, "Philosophie et histoire", en *ibid.*, pp. 292 y 294 respectivamente.
[13] *Ibid*., p. 295.
[14] *Ibid*., p. 302.
[15] Roger Chartier, "Positiviste (Histoire)", en J. Le Goff, R. Chartier y J. Revel (eds.), *La Nouvelle histoire*, París, Retz-C.E.P.L., 1978, p. 461.
[16] Jean Lacouture, "L'histoire immédiate", en *ibid*., p. 275. La obra que menciona Lacouture es *L'Inventaire des différences* (París, Seuil, 1976).
[17] Jean-Louis Flandrin, "Sexualité", en *ibid*., p. 511. El artículo de Veyne mencionado por Flandrin se titula "La

fendidas por *La Nouvelle histoire* en 1978 no eran compatibles con las que Veyne había impulsado desde 1971 en *Comment on écrit l'histoire*: es decir que la historia, más allá de sus pretensiones científicas, finalmente, no es más que una "novela verdadera", "un relato verídico y nada más".[18] La idea que, por entonces, predominaba –título de un artículo programático de François Furet publicado originalmente en 1975– era que la disciplina había pasado de la "historia-relato" a la "historia-problema": es decir, de la narración de hechos aislados al análisis de un conjunto de hechos, un análisis basado en procedimientos cuantitativos.

Solo una lectura atenta de todo lo que Chartier escribió a partir de 1978 permitiría establecer en qué momento el historiador comenzó a considerar los problemas de la escritura. Esta lectura debería tener en cuenta no solo las fechas de publicación de sus textos, sino también –en la medida de lo posible– las fechas en las que fueron redactados. Si les otorgamos a los coautores del *Dictionnaire des sciences historiques* el beneficio de la duda, deberíamos atribuir a la diferencia transcurrida entre el momento de la redacción y el de la publicación el hecho de que esta obra, publicada en 1986 bajo la dirección de André Burguière y para la cual Chartier escribió varios artículos, tampoco contiene ninguna entrada acerca de las cuestiones de escritura. A este respecto, es reveladora la expresión "reconocer junto con Ricœur"[19] que Chartier utilizó en el ensayo de 1987 "La historia o el relato verídico" sobre la "plena pertenencia" de su disciplina al campo de lo narrativo. Al parecer, en efecto, fue la lectura del primer volumen de *Temps et récit*, publicado en 1983, la que lo condujo a interesarse por la cuestión de las formas del discurso histórico. Los artículos de 1994 y 2006 analizados más arriba, y a los cuales habría que agregar –entre los estudios reunidos en *Au bord de la falaise*– los ensayos dedicados a Michel de Certeau y a Hayden White (publicados inicialmente en 1987 y 1993), insistieron del mismo modo en la contribución de Ricœur. En el texto sobre Michel de Certeau, Chartier también le hizo justicia a Veyne al admitir que las tesis defendidas en *Comment on écrit l'histoire* tenían cierto "peso" desde el momento en que rompían con las teorías dominantes de comienzos de los años 1970.[20] Pero, aquí, la perspectiva de Chartier era retrospectiva. La idea de que la historia era "un relato verídico y nada más" no había despertado el interés, ni siquiera la indignación, de los partidarios de la Nueva Historia. De manera significativa, la reseña de *Comment on écrit l'histoire* en *Annales* fue delegada no a los miembros del equipo *Annales*-Nueva Historia, sino a aquellos especialistas que, presumiblemente, poseían conocimientos sobre cuestiones de epistemología, en este caso a Michel de Certeau (1972) y a Raymond Aron (1971).

Sin duda, Chartier no fue el único en prestar atención a los problemas de la escritura a partir de mediados de los años 1980. Varias obras colectivas sobre la historia o, de modo más general, sobre las ciencias sociales, ofrecían el tipo de entrada que estaba ausente en *La nueva historia* y en el *Dictionnaire des sciences historiques.* "Relato" y "escritura", por ejemplo, fueron objeto de artículos en *Historiographies*, publicado en 2011 bajo la dirección de Christian Delacroix, François Dosse, Patrick Garcia y Nicolas Offenstadt, y

---

famille et l'amour sous le Haut Empire romain", *Annales. Économies, sociétés, civilisations* (París), Año XXXIII, nº 1, enero-febrero de 1978, pp. 35-63.

[18] Paul Veyne, *Comment on écrit l'histoire. Essai d'épistémologie*, París, Seuil, 1971, p. 10.

[19] Roger Chartier, "Philosophie et histoire", p. 294.

[20] Roger Chartier, "Stratégies et pratiques. De Certeau et les 'arts de faire'", en R. Chartier, *Au bord de la falaise*, p. 194.

en el *Dictionnaire de l'historien*, publicado en 2015 bajo la dirección de Claude Gauvard y Jean-François Sirinelli. Sin embargo, subrayemos que, en estos artículos, la perspectiva era igual de retrospectiva que en el texto de Chartier antes mencionado. De este modo, la cronología establecida por Dominique Kalifa para los "debates" que tuvieron lugar en Francia sobre la cuestión del relato (Veyne, 1971; White, 1973; De Certeau, 1975; Ricœur, 1983) no debe nada a su actual desarrollo.[21] White, en particular, parece haber sido reconocido en Francia solo por medio de los análisis que le dedicó Ricœur en *Temps et récit.* El interés de los historiadores franceses por el problema de las relaciones historia-relato es tardío, en particular si se lo compara con las discusiones sostenidas entre la comunidad angloestadounidense de historiadores desde los años 1960, como demuestran los ensayos reunidos en 2001 por Geoffrey Roberts en *The History and Narrative Reader.*

Los textos que Chartier dedicó a las relaciones entre el relato y la historia plantean una serie de preguntas. La que desearía abordar brevemente a modo de conclusión y en una perspectiva formalista como es la mía puede expresarse retomando las frases iniciales, citadas más arriba, respecto de la entrada "Relato e historia" en el *Dictionnaire des sciences humaines.* Si los historiadores, de acuerdo con Chartier, "en la actualidad son muy conscientes" de que son "productores de textos", estos textos ¿pertenecen, necesariamente, al "género del relato"?[22] En otras palabras, para un historiador, ¿producir textos significa producir relatos y solo textos de este tipo? Responder esta pregunta implica –lo que no siempre fue el caso en los debates que mencioné– precisar lo que entendemos por "relato". Chartier ofreció de inmediato una definición, indicando que tomaba el término "en el sentido aristotélico de 'intriga de acciones representadas'".[23] De forma más amplia, un teórico de la literatura como Gérard Genette diría que "relato" remite a la "representación de un acto o un acontecimiento, aunque sea único", conduciendo a "una transformación, el pasaje de un estado anterior a un estado posterior y resultante".[24] En realidad, las dos definiciones son muy próximas: un texto, para figurar en la categoría de relato, debe incluir, por lo menos, dos unidades ("acciones", "acontecimientos") dispuestos sobre un eje temporal ("intriga"), pudiendo quedar implícita la primera de esas unidades. Tomemos como ejemplo un tema trabajado por Chartier, como la Revolución francesa: el enunciado "la Bastilla era una prisión" no es un relato porque no representa una transformación. Pero el enunciado "la Bastilla fue tomada por el pueblo el 14 de julio de 1789" sí es un relato –sin duda, mínimo–, desde el momento en que describe un cambio producido tras una acción, el pasaje de un estado a otro.

¿Las definiciones que Aristóteles y Prince ofrecieron dan cuenta de la disposición textual de todos los textos comprendidos en la categoría "historiografía contemporánea"? Sobre la base, ciertamente limitada, de un corpus francés, respondí de forma negativa: en el sentido de la teoría literaria, gran parte de esta producción no pertenece al género narrativo.[25] Al no recurrir a ese género, las obras de Chartier ofrecen un excelente ejemplo. Si los textos que las conforman van, como todo escrito, de un punto A a un punto Z, este avance muy raramente se realiza mediante un eje tempo-

[21] Dominique Kalifa, "Récit".
[22] Roger Chartier, "Récit et histoire", col. 969a.
[23] *Ibid*.
[24] Gérard Genette, *Nouveau discours du récit*, París, Seuil, 1983, p. 14.
[25] A este respecto, cf. Philippe Carrard, *History as a Kind of Writing. Textual Strategies in Contemporary French Historiography*, Chicago, The University of Chicago Press, 2017.

ral. Uno de los pocos libros de Chartier que, considerado en su conjunto, correspondería a las definiciones de Aristóteles y de Genette es *Cardenio entre Cervantès et Shakespeare.* El historiador, como indica el subtítulo que le dio a su obra, reconstituye aquí la "historia" de una obra perdida de la cual rastrea las reapariciones desde 1613 hasta 1727. Pero la mayor parte de la producción de Chartier, como también la de la mayoría de los representantes de la Nueva Historia, es del orden del análisis. El historiador procede mediante un corte sincrónico y examina una cuestión con la cual diseca los diferentes aspectos de un determinado período. De este modo, *Les origines culturelles de la Révolution française* aborda diferentes puntos relativos a la pregunta que el capítulo VIII formula explícitamente: "Las revoluciones culturales, ¿tienen orígenes culturales?". Asimismo, las recientes obras de Chartier como *L'Œuvre, l'atelier et la scène* (2014) y *La Main de l'auteur et l'esprit de l'imprimeur* (2015) plantean problemas relativos a la materialidad del libro, principalmente con respecto a los roles respectivos del autor, del tipógrafo, del corrector, del impresor, incluso del traductor en la producción de una obra. Sin duda, Chartier examina las evoluciones, en particular la de la figura de autor, durante mucho tiempo anónimo antes de resultar central en el siglo XIX, pero no la reconstituye ni describe las sucesivas etapas en un libro que adoptaría la forma de un relato por fases, según el modelo de *L'Homme devant la mort* de Philippe Ariès o de *Le Syndrome de Vichy* de Henry Rousso. A lo sumo, podríamos decir que esta evolución, como la decadencia del Mediterráneo tras la lectura que Ricœur hizo de Braudel, en Chartier constituye un relato en potencia y subyacente. En lo que concierne al análisis de los orígenes culturales de la Revolución francesa, podría considerarse como la etapa de un relato más extenso cuya siguiente fase sería el análisis de las consecuencias del mismo acontecimiento.

En la medida en que los estudios históricos, debido a la naturaleza de la disciplina, se sitúan en el tiempo, serían susceptibles, independientemente de su estructura, de aquello que podría llamarse una recuperación narrativa. Así pues, podríamos preguntarnos si existe algún tipo de beneficio teórico o pragmático en considerar que toda investigación histórica participa, en última instancia, del género relato. En todo caso, desde un punto de vista formalista, atento a las distinciones, parece preferible disociar los textos que sitúan sus datos en el tiempo de aquellos otros que los organizan en un eje temporal. Este procedimiento es, en efecto, más fecundo y susceptible de dar cuenta de la naturaleza de los diferentes modelos textuales a los que recurre no solo el historiador, sino también el investigador que da forma a los materiales que reúne. □

Bibliografía citada

Ariès, Philippe, *L'Homme devant la mort*, París, Seuil, 1977 [trad. esp. de Mauro Armiño: *El hombre ante la muerte,* Madrid, Taurus, 1983].

Aron, Raymond, "Comment l'historien écrit l'épistémologie. A propos du livre de Paul Veyne", *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, Año XXVI, nº 6, 1971, pp. 1319-1354 [trad. esp. de Alfredo Llanos: "Cómo el historiador escribe la epistemología", en *Introducción a la filosofía de la historia. Ensayo sobre los límites de la objetividad histórica*, vol. II, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1983, pp. 178-235].

Burguière, André (ed.), *Dictionnaire des sciences historiques*, París, Presses universitaires de France, 1986 [trad. esp. de Eduardo Ripoll Perelló: *Diccionario Akal de ciencias históricas,* Madrid, Akal, 1991].

Carrard, Philippe, *History as a Kind of Writing. Textual Strategies in Contemporary French Historiography*, Chicago, The University of Chicago Press, 2017 [2013].

Certeau, Michel de, *L'Écriture de l'histoire*, París, Gallimard, 1975 [trad. esp. de Jorge López Moctezuma: *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana-Departamento de Historia, 1999].

—, "Une épistémologie de transition: Paul Veyne", *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, Año XXVII, nº 6, 1972, pp. 1317-1327 [trad. esp. de Alfonso Mendiola: "Una epistemología en transición: Paul Veyne", *Historia y Grafía*, nº 1, 1993, pp. 103-116].

Chartier, Roger, *L'Œuvre, l'atelier et la scène. Trois études de mobilité textuelle*, París, Classiques Garnier, 2014 [trad. esp. de José Miguel Parra: *La obra, el taller y el escenario. Tres estudios de movilidad textual*, Salamanca, Centro para la Edición de los Clásicos Españoles-Confluencias Editorial, 2015].

—, *La Main de l'auteur et l'esprit de l'imprimeur. XVI^e-XVIII^e siècle*, París, Gallimard, 2015 [trad. esp. de Víctor Goldstein: *La mano del autor y el espíritu del impresor. Siglos XVI-XVIII*, Buenos Aires, Eudeba-Katz, 2016].

—, *Cardenio entre Cervantès et Shakespeare. Histoire d'une pièce perdue*, París, Gallimard, 2011 [trad. esp. de Silvia Nora Labado: *Cardenio entre Cervantes y Shakespeare. Historia de una obra perdida*, Barcelona, Gedisa, 2012].

—, *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitude et inquiétude*, París, Albin Michel, "Bibliothèque de l'Évolution de l'Humanité", 2009 [1998].

—, *Inscrire et effacer. Culture écrite et littérature (XI^e-XVIII^e siècle)*, París, Gallimard-Seuil, 2005 [trad. esp. de Víctor Goldstein: *Inscribir y borrar. Cultura escrita y literatura (siglos XI-XVIII)*, Buenos Aires, Katz, 2006].

—, *Les Origines culturelles de la Révolution française*, París, Seuil, 2000 [1990] [trad. esp. de Beatriz Lonné: *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución francesa,* Barcelona, Gedisa, 2003].

—, *Lectures et lecteurs dans la France d'Ancien Régime*, París, Seuil, 1987 [hay una versión castellana de Paloma Villegas compuesta por tres capítulos (sobre un total de ocho comprendidos en el original), en *Lecturas y lectores en la Francia del Antiguo Régimen*, México, Instituto Mora, "Cuadernos de Secuencia", 1994].

—, "Positiviste (Histoire)", en J. Le Goff, R. Chartier y J. Revel (eds.), *La Nouvelle histoire*, París, Retz-C.E.P.L., 1978, pp. 460-462 [trad. esp.: "Positivista (Historia)", *La nueva historia*, Bilbao, Mensajero, 1988].

Cohen, Évelyne y Pascale Goetschel, "Entretien avec Roger Chartier", *Sociétés & Représentations* (París), vol. II, nº 40, 2015, pp. 289-321.

Delacroix, Christian, François Dosse, Patrick Garcia y Nicolas Offenstadt (eds.), *Historiographies. Concepts et débats*, 2 vol., París, Gallimard, 2010.

Flandrin, Jean-Louis, "Sexualité", en J. Le Goff, R. Chartier y J. Revel (eds.), *La Nouvelle histoire*, París, Retz-C.E.P.L., 1978, pp. 509-513 [trad. esp.: "Sexualidad", *La nueva historia*, Bilbao, Mensajero, 1988].

Furet, François, *L'Atelier de l'histoire*, París, Flammarion, 1982.

Genette, Gérard, *Nouveau discours du récit*, París, Seuil, 1983 [trad. esp. de Marisa Rodríguez Tapia: *Nuevo discurso del relato,* Madrid, Cátedra, 1998].

Kalifa, Dominique, "Récit", en C. Gauvard y J.-F. Sirinelli (ed.), *Dictionnaire de l'historien*, París, Presses universitaires de France, 2015, cols. 581a-583b.

Lacouture, Jean, "L'histoire immédiate", en J. Le Goff, R. Chartier y J. Revel (eds.), *La Nouvelle histoire*, París, Retz-C.E.P.L., 1978, pp. 270-293 [trad. esp.: "La historia inmediata", *La nueva historia*, Bilbao, Mensajero, 1988, pp. 331-354].

Müller, Bertrand, "Chartier, Roger", en S. Mesure y P. Savidan (eds.), *Le Dictionnaire des sciences humaines*, París, Presses universitaires de France, 2006, cols. 133b-135a.

Ricœur, Paul, *Temps et récit I. L'intrigue et le récit historique*, París, Seuil, 1983 [trad. esp. de Agustín Neira: *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*, México, Siglo XXI, 1995].

Rousso, Henry, *Le Syndrome de Vichy de 1944 à nos jours*, París, Seuil, 1990 [1987].

Veyne, Paul, *Comment on écrit l'histoire. Essai d'épistémologie*, París, Seuil, 1971 [trad. esp. de esta primera edición por Mariano Muñoz Alonso: *Cómo se escribe la historia. Ensayo de epistemología*, Madrid, Fragua, 1972, y de la segunda edición de 1978 (con un cambio de subtítulo en el original) por Joaquina Aguilar: *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*, Madrid, Alianza Universidad, 1984].

Resumen/Abstract

Chartier y el relato. Esbozo de un itinerario
Inscrito en una perspectiva formalista y en el marco de los principales problemas que plantea la escritura para la epistemología de la historia, el objetivo del artículo consiste en intentar establecer qué tipo de continuidad ha tenido la posición conceptual y práctica de Roger Chartier frente al "relato" o "narración" a lo largo de su obra. De allí, se desprenden, a su vez, dos grandes preguntas: ¿hasta qué punto toda representación escrita de los datos que reúne el historiador se traduce en narración? y, por otro lado, ¿es compatible el género narrativo con las exigencias de rigor científico que impone la disciplina? De acuerdo con un análisis regresivo de los textos que Chartier dedicó a este tópico, se busca determinar en qué momento el historiador comenzó a considerar los problemas de la escritura y si, en efecto, las premisas teóricas que ofrece para situar la "narración" en la operación histórica resultan compatibles con el tipo de relato que emplea en sus propias investigaciones.

Palabras clave: Roger Chartier – Relato – Epistemología de la historia – Paul Veyne – Historiografía

Chartier and Narration. Outline of a Route
Within a formalist perspective and in the framework of the main problems posed by writing for the epistemology of history, the aim of the article is to try to establish what kind of continuity Roger Chartier's conceptual and practical position on "story" or "narration" has had throughout his work. From this, two major questions arise: to what extent does every written representation of the data collected by the historian translate into a narrative; on the other hand, to what extent the narrative genre is compatible with the demands of scientific rigor imposed by the discipline. In accordance with a regressive analysis of the texts that Chartier devoted to this topic, the aim is to determine at what point the historian began to consider the problems of writing and whether, in fact, the theoretical premises he offers to situate "narration" in the historical operation are compatible with the type of narrative he uses in his own research.

Key Words: Roger Chartier – Narration – Historical Epistemology – Paul Veyne – Historical Writing

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1305>

Viajes de la representación

Lila Caimari

CONICET / Universidad de San Andrés

En el marco de las numerosas intervenciones escritas y orales que, en las últimas tres décadas, Roger Chartier ha dedicado al problema de la representación, muchas incluyen un ejercicio etimológico. Ese ejercicio evoca las acepciones del vocablo ofrecidas en el *Dictionnaire universel* de Furetière (1727) y sus dos familias de sentidos, aparentemente contradictorios: la que refiere a una ausencia sustituida por una imagen que distingue entre la representación y lo representado, y la que describe la exhibición pública de una cosa o persona en nombre de otra y, por lo tanto, alude más bien a una presencia deliberada. Punto fijo en un paisaje de mucho movimiento, la enunciación permite establecer las latencias conceptuales más potentes de ese "núcleo eucarístico", tal como Roger Chartier y Pierre-Antoine Fabre han señalado en 2006.[1] En torno a él se evocan las operaciones intelectuales que lo han acompañado. Toda síntesis de este derrotero incluye una escala en las intuiciones del historiador y filósofo del arte Louis Marin, así como en su interpretación de la teoría clásica del signo desarrollada por los lógicos de Port Royal en el siglo XVII, la cual retomaba y hacía explícitas las implicancias principales del concepto, estableciendo las bases de una articulación crucial entre representación, imagen y poder.[2]

Chartier suele situar su propia contribución luego de esas estaciones. De su mano, un elemento propio de las sociedades del Antiguo Régimen, revitalizado en los estudios contemporáneos de la imagen, era desplazado a un ámbito de interrogantes más amplio, casi tanto como el mundo social mismo. Tal como argumentaba en sus primeros ejercicios interpretativos, el acierto de Marin no se reducía a rescatar las posibilidades de un problema pertinente al mundo del arte: su visión podía dinamizar también el análisis de un gran espectro de prácticas, inmersas en tramas relacionales de escala muy variada. En esta lectura, la dimensión ma-

[1] Cf. una versión estilizada en Roger Chartier y Pierre-Antoine Fabre, "Représentations (Histoire des)", en S. Mesure y P. Savidan (eds.), *Le dictionnaire des sciences humaines*, París, Presses universitaires de France, 2006. Por razones de espacio, se ha optado por mantener las referencias a un mínimo, ateniéndose a textos ilustrativos en cada caso.

[2] Louis Marin, *La Critique du discours. Étude sur la "Logique de Port Royal" et les "Pensées" de Pascal*, París, Minuit, 1975, y *Le Portrait du Roi*, París, Minuit, 1981. En español, puede consultarse el artículo de Marin titulado "Poder, representación, imagen" (en *Prismas Revista de historia intelectual* [Bernal], nº 13, 2009) en donde se reúnen dos de sus textos programáticos, el capítulo introductorio de *Le Portrait du Roi*, junto con otro texto introductorio de una obra posterior, *Des pouvoirs de l'image: gloses*, París, Seuil, 1993.

terial en tales articulaciones de sentido adquiría enorme relevancia, manifiesta en el análisis de la máscara mortuoria, por ejemplo, o de las funciones del retrato del rey ausente ofrecidas por Marin. El énfasis en lo concreto-material, observaba Chartier, también podía funcionar en la expandida arena de lo simbólico-social, instalando la pregunta por las mediaciones que hacían posible su viaje del pasado al presente, de la ausencia a la presencia. El concepto interpelaba intensamente las *formas* (visuales, pero también lingüísticas) de ese contenido, plenas de implicancias semánticas.[3]

Entendida como clave de acceso a una expandida dimensión simbólica, la cuestión de la representación se volvía relevante allí donde la circulación de sentidos acompañaba la trama de objetos o personas que constituía la vida misma: un "mundo como representación" que sostenía el tejido social, nada menos. Esta remozada versión del concepto aparecía en una configuración que apuntaba a su potencial para el estudio del poder político y tenía por delante una trayectoria importante en este plano, efectivamente. Pero Chartier se apartaba desde el principio de la presunción de una agenda hecha de dinámicas verticales, del poder hacia el no-poder, de la creación simbólica activa y consciente de sí al consumo pasivo y desprevenido. En su visión, la representación estaba asociada a una creatividad puntuada de torsiones, extendiéndose al ámbito de las identidades colectivas y acercándose a la noción (democrática, optimista) de "apropiación". Allí, la influencia de Marin era tan certera y explícita como la del Michel de Certeau teórico de la lectura como práctica autónoma y creativa.[4]

De esta somera descripción se desprende que la nueva vida del concepto de representación se iniciaba al interior de una perspectiva integral, llave maestra del retorno de la cultura hacia el centro de la disciplina histórica. Vale insistir en el peso de aquel contexto de partida, tan fácil de olvidar hoy, en este clima signado, a la vez, por la ubicuidad del término y el sedimento de prevenciones contra los excesos del culturalismo. En verdad, la relectura a treinta años de distancia revela lo acabado de la formulación de aquel programa, retomado muchas veces por el propio Chartier en desarrollos parciales que fueron enriqueciendo el cuadro sin mutaciones teóricas sustantivas en un marco de notable continuidad. Nacido de inquietudes hijas de su tiempo historiográfico, el potencial del concepto se medía en relación con su capacidad para dinamizar un horizonte disciplinar definido por el predominio de la historia de las mentalidades de *Annales*, con su matriz social cimentada en evidencia en serie. Chartier introducía una inflexión decisiva que abrazaba aquella gran herencia historiográfica, reteniendo lo social como arena de interés por excelencia y volviendo sobre el mundo simbólico de los actores del pasado con herramientas de gran potencia.

Plantada entre los tardíos 1980 y tempranos 1990, esta semilla de altísimo rendimiento ingresaba a partir de entonces en una suerte de vértigo arborescente. La fortuna del impulso se manifiesta en el cambio de la posición de enunciación y la subsiguiente proliferación de intervenciones destinadas a fijar

[3] El núcleo de reflexiones que marcan el momento fundante de esta concepción se encuentra en "Le monde comme représentation", *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations* (París), Año LXIV, nº 6, 1989, artículo reimpreso y traducido innumerables veces en lo sucesivo. Asimismo, cf. *Les Origines culturelles de la Révolution francaise*, París, Seuil, 1990. Ambos trabajos recogían y ampliaban una nutrida serie de intervenciones publicadas a lo largo de la década previa. [N. del E.: en la bibliografía se detallan todos los libros citados que tienen ediciones en castellano].

[4] Michel de Certeau, *L'Invention du quotidien 1. Arts de faire,* nueva edición establecida y presentada por Luce Giard, París, Gallimard, 1990 (primera edición, 1980). Esta concepción era, a su turno, tributaria del contexto de emergencia de la teoría de la recepción. Al respecto, cf., entre otros, los ensayos de Roger Chartier en *Pluma de ganso, libro de letras, ojo viajero*, México, Universidad Iberoamericana, 1997.

un encuadre. Pronto, un repertorio de argumentos defensivos respondía a quienes (previsiblemente) equiparaban este movimiento a la primacía de representaciones e imaginarios a expensas del estudio de las realidades sociales.[5] Pero el punto álgido de los debates, a fines de los años 1990, no radicó tanto en el ejercicio de persuasión de los escépticos dentro de la disciplina, sino en la empresa de estabilización de la perspectiva general, cuya capacidad de desbloqueo se revelaba junto con la delicadeza de las articulaciones entre planos del mundo social: enunciados, gestos, conductas. Y allí, las objeciones de los historiadores preocupados por el alejamiento de lo "real" contrastaban con el impulso opuesto, guiado por la liberación teórica más eufórica del *Cultural Turn* y las derivas espiraladas surgidas en los departamentos de *Romance Languages* de la academia norteamericana. Envueltas en una dinámica imposible de contener, las propuestas de Chartier convergían con líneas teóricas de otro origen y calibre para devenir en genérico "giro" y revelar, de paso, que su potencia creativa podía volverse contra la disciplina de origen. En su momento más tenso, la inmersión en la "tinta ácida" del *Linguistic Turn* puso en cuestión la capacidad de la historia para representar la realidad e, inclusive, su derecho a mantenerse en una suerte de ingenua arcadia epistemológica.[6]

Discusiones que ya parecen lejanas y que no cabe reponer aquí. Baste decir que, rehuyendo ambigüedades, Chartier agregó a su paciente labor de desarrollo teórico una base de firme resguardo, confirmando que su perspectiva no estaba en otro lugar que el que siempre había tenido la historia –y la historia de *Annales* de la que se reconocía heredero–, *al interior* de un universo de lo cognoscible que, de ninguna manera, se reducía al lenguaje o los giros retóricos.[7] Por fuera de los tramos más reactivos de aquellas cruzadas, lo que se distingue retrospectivamente es el inicio de un largo ciclo de acompañamiento más parecido al despliegue de una conversación: un proyecto historiográfico de largo plazo que siguió su marcha fortaleciendo el soporte de sus puentes experimentales. Mientras avanzaba, ese camino fue inscribiendo su razonamiento en tramas más amplias, sacando fuerza de la diseminación del crédito por los resultados. Pues si la perspectiva general del "mundo como representación" ha quedado asociada al nombre de Chartier, lo cierto es que la explicitación de sus eslabones nunca cesó de enfatizar la inspiración en la imaginación crítica de otros autores ni la búsqueda de un efecto de creación colectiva.[8]

Viajes latinoamericanos de la representación

Que la nueva vida del concepto de representación *à la* Chartier era fruto de un ejercicio de

[5] Cf., en este sentido, "Pratique de la représentation et représentation de la pratique", en Francis Chateauraynaud e Yves Cohen, *Histoires pragmatiques*, París, Éditions de l'EHESS, 2016, originalmente publicado en italiano en *Quaderni storici* (Bologna), "Rappresentazione della pratica, pratica della rappresentazione", vol. XXXI, nº 92, agosto de 1996.

[6] La expresión es de Ivan Jablonka, *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2016, pp. 108-116.

[7] Roger Chartier, *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétudes*, París, Albin Michel, 1998. Las intervenciones más explícitas iban, por entonces, contra las posiciones de Hayden White y en lo que Chartier veía como una reducción inaceptable de la historia a su forma expresiva.

[8] El espectro de atribuciones e interlocuciones es imposible de reproducir en los límites de esta intervención. Sin entrar en la trama de diálogos específicos de la historia del libro y el impreso, allí figuran, además de Louis Marin y Michel de Certeau, los nombres más decisivos del pensamiento crítico de los años 1970 y 1980, como Foucault y Bourdieu, los grandes padres de la sociología (Durkheim, Mauss, Elias) y numerosos contemporáneos como Keith Baker, Carlo Ginzburg, Peter Burke o Alphonse Dupront.

este tipo fue evidente desde temprano en *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII* (1990), libro-experimento que funcionaría como modelo renovador en la historia política latinoamericana.[9] Allí, las hipótesis de una década eran puestas a trabajar en torno de la pregunta por la Revolución francesa o, más bien, por el vínculo entre ideas ilustradas y crisis política. Las declinaciones de la representación aparecían, primero, para conceptualizar la pérdida de legitimidad (la desacralización) del secular sistema de creencias que había sostenido a la monarquía y, luego, para pensar las nuevas formas de politización imbricadas en la lectura y "la vía del impreso". Se ingresaba así en una discusión central, allí, cuando una historia política desacoplada de su tradicional marco institucional buscaba apoyaturas conceptuales de reemplazo. En un juego de préstamos y diálogos muy explicitados, aparecía entonces la discusión con Jürgen Habermas, cuyas propuestas en torno a la esfera pública eran retomadas al servicio de esa renovada noción de lo simbólico social. Representación colectiva, esfera pública, opinión pública: conceptos estructurantes de la reflexión de esos años quedaban amarrados a prácticas concretas, a objetos y sujetos aprehensibles, impresos, imprentas, imprenteros. Se avizoraba una historia política impregnada de las prácticas materiales de la cultura y una historia posible de las formas fragmentadas e inacabadas de la cultura política. También una encrucijada para el propio Chartier, cuyo compromiso principal se iría volcando, con el tiempo, a las especificidades de la vía del impreso.

Estos movimientos tuvieron recepción rápida en una historiografía latinoamericana por entonces en vigorosa expansión profesionalizadora. El caso argentino es expresivo, con traducciones precoces de los textos programáticos, gran atención a la figura de Chartier en jóvenes revistas académicas y amplia circulación posterior de sus primeros libros traducidos, comenzando por *El mundo como representación*, múltiples veces reeditado y reproducido informalmente con asiduidad aún mayor.[10] No hubo que hacer esfuerzos, en este caso, para mantener el curso de la recepción por fuera de derivas extremas, con pocos incentivos en una disciplina de sesgo social muy asentado, con sus propias tradiciones culturales y un tronco eurófilo (francófilo, de *Annales*) que prestaba a esa recepción una considerable legitimidad de partida y la volvía desconfiada de las estridencias teóricas con orígenes menos naturalizados. La implantación ágil y poco disruptiva también debió algo a la influencia de una generación de historiadores formados en Francia y repatriados entre los años 1990 y los tempranos 2000.[11] A ellos se agregó la intervención del propio Chartier, cuya irradiación se vería reforzada por visitas académicas y el desarrollo de vínculos personales perdurables, una forma de participación activa y personalizada muy excepcional en una figura tan central en el mapa disciplinar.[12]

[9] Traducido al castellano como *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII*, Barcelona, Gedisa, 1995. La remozada genealogía revolucionaria allí propuesta sería retomada en *Pluma de ganso*, pp. 47-61.

[10] Roger Chartier, *El mundo como representación*, Barcelona, Gedisa, 1992, y su artículo "La historia cultural redefinida: prácticas, representaciones, apropiaciones", *Punto de Vista* (Buenos Aires), nº 39, diciembre de 1990. Cf. asimismo Noemí Goldman y Leonor Arfuch, "Historia y prácticas culturales. Entrevista a Roger Chartier", *Entrepasados* (Buenos Aires), año IV, nº 7, fines de 1994; Fabián Herrero y Alejandro Herrero, "Roger Chartier y el *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII*" [entrevista], *Espacios de crítica y producción* (Buenos Aires), vol. XXIII, 1998.

[11] Sobre este contexto, cf. Ana Clarisa Agüero, "Sobre la historia de la cultura en la Argentina", *Prohistoria. Historia, políticas de la historia* (Rosario), nº 37, 2022.

[12] A su propia disposición al intercambio y la sociabilidad intelectual, se agrega, en este caso, el dominio del castellano por parte de Chartier, una habilidad que le permitió prodigarse en el mundo historiográfico hispanoamericano y, posteriormente, desarrollar fundamentales líneas de trabajo en el campo de la historia del libro y la edición. Cf. Roger Chartier, *La mano del autor y el*

No hace falta recurrir a estadísticas ni a métricas de clic. Echando mano apenas de la abrumadora evidencia impresionista, resulta evidente el lugar central que Chartier mantiene desde entonces en la historiografía latinoamericana. Junto con la perdurabilidad de esta huella, salta a la vista la amplitud de su alcance, que va desde estudios sobre arte, imagen y culturas visuales hasta abordajes muy diversos de la práctica política (antigua y moderna), circulación de ideas y creencias (incluyendo las simbologías altas o populares que las acompañaron), sin hablar de la prominencia de su figura en estudios sobre libros, lectura y cultura impresa. Esta escueta enumeración no incluye, por lo demás, citas de autoridad más genéricas e inespecíficas, clave tutelar en la apertura de trabajos sobre los temas más variados.

En un marco de circulaciones que, a fines de los años 1990, ya era muy vasto, la noción de representación revelaría puntos de sinapsis particularmente relevantes. Dos de estas intersecciones transcurrían en el campo de la historia política. Entre los colonialistas, el estudio del poder monárquico ejercido a distancia tomaría esta herramienta con gran provecho para analizar las formas de presencia del rey ausente en análisis, a su vez, encuadrados en la historia de la guerra de imágenes propia de la transición tectónica de los siglos XVI y XVII, muy desarrollada en esos años. En esta deriva radica uno de los puntos más productivos de intensificación del diálogo de la historia política con una historia del arte muy movilizada por las perspectivas imbricadas en lo material.[13]

Mientras tanto, se preparaba el suelo para otras declinaciones de la representación. En el marco de la renovación de la historia política del siglo XIX, la noción habermasiana de esfera pública hacía su camino entre los estudiosos de las nacientes repúblicas latinoamericanas en busca de una nueva conceptualización para la emergencia de formas de representación moderna.[14] Junto con la prensa como vía primordial de acceso, el escrutinio de las sociabilidades y la construcción de identidades colectivas, las propuestas de Chartier se entrelazaron a un vasto repertorio de prácticas informales de la política, abriendo un horizonte de exploración que sigue rindiendo frutos.

Una zona más general de receptividad se vislumbraba paralelamente en el cruce con la historia de la cultura moderna. Pues una perspectiva que jerarquizaba tan enfáticamente el estudio de las mediaciones y que ofrecía un modelo a la vez sofisticado y democrático para observar los modos de apropiación cultural en contextos asimétricos, no podía sino seducir a quienes pensaban los problemas de una tradición híbrida por definición donde la pregunta por la herencia europea, sus derroteros locales y los procesos de mestización constituían un núcleo ineludible. Con el tiempo, las preguntas de Chartier sobre el movimiento de los símbolos volverían a dar prueba de su maleabilidad en marcos de análisis emergentes como la historia intelectual conectada con centro en el Atlántico.[15]

---

espíritu del impresor. Siglos XVI-XVIII, Buenos Aires, Katz-Eudeba, 2016.

[13] Verónica Salazar Baena, *Fastos monárquicos en el nuevo reino de Granada. La imagen del rey y los intereses locales, siglos XVII y XVIII*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 2013. Para un ejemplo de esta inspiración en la historia del arte colonial, cf. Gabriela Siracusano, *El poder de los colores. De lo material a lo simbólico en las prácticas culturales andinas. Siglos XVI-XVIII*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005. El contexto específico de sentidos remitía, entre otros, a la obra de Serge Gruzinski, comenzando por *La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español. Siglos XVI-XVII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

[14] Pilar González Bernaldo, "Sociabilidad y opinión pública en Buenos Aires", *Historia Contemporánea* (Bilbao), vol. XXVII, 2003; Pablo Piccato, "Public Sphere in Latin America. A Map of the Historiography", *Social History* (Londres), vol. XXXV, nº 2, mayo de 2010.

[15] Roger Chartier y Antonio Feros (eds.), *Europa, América y el mundo. Tiempos históricos*, Madrid-Barcelona, Marcial Pons, 2006.

Portadora de sentidos plurales desde su misma etimología, la noción de representación continuaría su derrotero de diseminaciones tan amplias como desiguales en intensidad como variadas en resonancias contextuales. La impronta en campos específicos se daría en convivencia con una sensibilidad "culturalista" difuminada donde el término "representación" podía adquirir sentidos blandos, asociados a una atención más o menos sistemática a lo simbólico-material inmerso en la vida social. De allí ese puntillismo imposible de cartografiar, hecho de usos menos conscientes de sí, a veces sin crédito de autoridad o, al revés, con citas gestuales y poco comprometidas. Es posible ver en esa estela otro síntoma de la maleable pregnancia de un concepto. O ver, quizás, un testimonio del precio que se cobraba la gran expansión historiográfica regional que, con sus luces y sus sombras, también signó la recepción de la obra de Chartier. Difícil desdeñar esa otra evidencia: no sería fiel el panorama sin ella. Ni lo sería sin el testimonio de otras derivas más recientes –en torno al texto digital, por ejemplo, puerta de ingreso de nuevas generaciones al mundo Chartier– que vuelven a renovar una empresa historiográfica de vitalidad única. □

Bibliografía citada

Agüero, Ana Clarisa, "Sobre la historia de la cultura en la Argentina", *Prohistoria. Historia, políticas de la historia* (Rosario), nº 37, 2022, pp. 1-28.

Certeau Michel de, *L'Invention du quotidien 1. Arts de faire*, nueva edición establecida y presentada por Luce Giard, París, Gallimard, 1990 [trad. esp. de Alejandro Pescador: *La invención de lo cotidiano 1. Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana-Departamento de Historia, 2000].

Chartier, Roger y Pierre-Antoine Fabre, "Représentations (Histoire des)", en S. Mesure y P. Savidan (eds.), *Le Dictionnaire des sciences humaines*, París, Presses universitaires de France, 2006, cls. 1005a-1007a.

Chartier, Roger, *Pluma de ganso, libro de letras, ojo viajero*, México, Universidad Iberoamericana, 1997.

—, "Pratique de la représentation et représentation de la pratique", en Francis Chateauraynaud e Yves Cohen, *Histoires pragmatiques*, París, Éditions de l'EHESS, 2016, pp. 69-75 [trad. esp. de Celia Filipetto: "Representación de la práctica, práctica de la representación", *Historia, Antropología y Fuentes Orales* (Barcelona), nº 38, 2007, pp. 29-34].

—, "Rappresentazione della pratica, pratica della rappresentazione", *Quaderni Storici*, vol. XXXI, nº 92, agosto de 1996, pp. 487-493 [trad. esp. de Celia Filipetto, cf. *supra*].

—, *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétudes*, París, Albin Michel, 1998 [cf. la versión castellana de Claudia Ferrari que comparte un carácter general de discusión epistemológica e historiográfica y algunos estudios de caso bajo el título *El mundo como representación*, cf. *infra*].

— y Antonio Feros (eds.), *Europa, América y el mundo. Tiempos históricos*, Madrid-Barcelona, Marcial Pons, 2006.

Chartier, Roger, *La mano del autor y el espíritu del impresor. Siglos XVI-XVIII*, Buenos Aires, Katz-Eudeba, 2016 [2015].

—, "Le monde comme représentation", *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, Año LXIV, nº 6, 1989, pp. 1505-1520, luego reimpreso en *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétude*, París, Albin Michel, 1998, pp. 67-86 [trad. esp. de Claudia Ferrari: "El mundo como representación", en *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 1992, pp. 45-62].

—, "La historia cultural redefinida: prácticas, representaciones, apropiaciones" [traducción de E. L. Garphius], en *Punto de Vista* (Buenos Aires), nº 39, diciembre de 1990, pp. 43-48.

—, *Les Origines culturelles de la Révolution francaise*, París, Seuil, 1990 [trad. esp. de Beatriz Lonné: *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución francesa*, Barcelona, Gedisa, 1995].

Goldman, Noemí y Leonor Arfuch, "Historia y prácticas culturales. Entrevista a Roger Chartier", *Entrepasados* (Buenos Aires), año IV, nº 7, fines de 1994, pp. 133-148.

González Bernaldo, Pilar, "Sociabilidad y opinión pública en Buenos Aires", *Historia Contemporánea* (Bilbao), vol. XXVII, 2003, pp. 663-694.

Gruzinski, Serge, *La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español. Siglos XVI-XVII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

Herrero, Alejandro y Fabián Herrero, "Roger Chartier y el *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII*" (entrevista), *Espacios de crítica y producción* (Buenos Aires), vol. XXIII, 1998, pp. 9-17.

Jablonka, Ivan, *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*, traducción de Horacio Pons, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2016.

Marin, Louis, *La Critique du discours. Étude sur la "Logique de Port Royal" et les "Pensées" de Pascal*, París, Minuit, 1975.

—, *Le Portrait du Roi*, París, Minuit, 1981.

—, "Poder, representación, imagen", traducción de Horacio Pons, *Prismas. Revista de historia intelectual* (Bernal), nº 13, 2009, pp. 135-153.

Piccato, Pablo, "Public Sphere in Latin America. A Map of the Historiography", *Social History* (Londres), vol. xxxv, nº 2, mayo de 2010, pp. 165-192.

Salazar Baena, Verónica, *Fastos monárquicos en el nuevo reino de Granada. La imagen del rey y los intereses locales, siglos xvii y xviii*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 2013.

Siracusano, Gabriela, *El poder de los colores. De lo material a lo simbólico en las prácticas culturales andinas. Siglos xvi-xviii*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

Resumen/Abstract

Viajes de la representación
El artículo rastrea las diferentes modalidades que adquirió el concepto "representación" en la obra de Roger Chartier. Tras el legado de Louis Marin, el concepto emerge en su trabajo como clave de acceso para indagar la dimensión simbólica del tejido social, evitando las dinámicas verticales y reconfigurando un horizonte disciplinar que, hasta entonces, había estado dominado por la historia de las mentalidades: empleos, en suma, que confluyen en un proyecto historiográfico de largo plazo con el cual Chartier buscó fortalecer la experimentación con nuevos objetos y resguardar el carácter científico de la historia. El artículo culmina con la decisiva recepción que tuvo su obra en la historiografía latinoamericana, una recepción que, entre otros efectos, permitió afianzar el proceso de profesionalización que la disciplina atravesaba en la región.

Palabras clave: Roger Chartier – Representación – Giro lingüístico – Louis Marin – Historia cultural y política

Representation Travels
The article traces the different modalities acquired by the concept of "representation" in Roger Chartier's work. Following the legacy of Louis Marin, the concept emerges in his work as a key to investigate the symbolic dimension of the social fabric, avoiding vertical dynamics and reconfiguring a disciplinary horizon that, until then, had been dominated by the history of mentalities: uses, in short, that converge in a long-term historiographical project with which Chartier sought to strengthen experimentation with new objects and safeguard the scientific character of history. The article culminates with the decisive reception of his work in Latin American historiography, a reception that, among other effects, allowed strengthening the process of professionalization that the discipline was undergoing in the region.

Key Words: Roger Chartier – Representation – Linguistic Turn – Louis Marin – Cultural and Political History

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1306>

*Caminos de palabras**

Dinah Ribard

École des Hautes Études en Sciences Sociales

La palabra *camino* aparece hacia el final de la brevísima introducción a *Les origines culturelles de la Revolution française*:

> apoyado, en general, por el comentario de textos específicos, antiguos o modernos, respaldado por trabajos de historiadores que, en estos últimos años, han alterado nuestra manera de comprender las prácticas y el pensamiento de los franceses del siglo XVIII, el camino aquí propuesto solo intenta ofrecer algunas perspectivas inéditas a partir de un problema más bien trillado.[1]

Podríamos no señalar esta inocente catacresis (*camino* por, tal vez, "desarrollo de una demostración"), típica de la escritura académica. Sin embargo, lo que llama la atención es el hecho de volver a encontrarla hacia el final de la –un poco menos expeditiva– introducción a *Inscrire et effacer*. Con todo, en la frase de 1990, el movimiento reflexivo y los comentarios en que se basa –diferentes desde un punto de vista clásico– se han fusionado en la frase de 2005 de una manera muy característica: "tras abandonar la compañía de las obras que hemos seleccionado y comentado en el decurso del tiempo, la *Lettre sur le commerce de la librairie* de Diderot permitirá que regresemos a la tensión fundamental que invade nuestro camino".[2] La "tensión" en cuestión –entre el proceso de abstracción de textos y las manifestaciones de una conciencia persistente de la materialidad de lo escrito durante el período que trata la obra, es decir, entre la Edad Media y el siglo XVIII– es, en efecto, recompuesta en el epílogo tal como se anuncia desde el comienzo del libro, valiéndose, capítulo tras capítulo, del último de los "viejos autores con quien hemos caminado".[3] Inclusive, el libro más reciente de Roger Chartier, *Cartes et fictions (XVI^e^-XVIII^e^ siècle)* (2022) también propone un *camino*. La atención que presta a la movilidad de las obras y a la significación de sus sucesivas materialidades se construye y agudiza en el pasaje de los diferentes viajes ficcionales del breve período considerado y, en el interior de cada ca-

* Traducción para *Prismas* de Andrés G. Freijomil.

[1] Roger Chartier, *Les origines culturelles de la Révolution française*, París, Seuil, 1990, pp. 10-11. En adelante, cada vez que mencionemos la obra en el cuerpo del texto lo haremos como *Les origines culturelles.* [N. del E.: en la bibliografía se detallan todos los libros citados que tienen ediciones en castellano].

[2] Roger Chartier, *Inscrire et effacer. Culture écrite et littérature (XI^e^-XVIII^e^ siècle)*, París, Éditions de l'EHESS-Gallimard-Seuil, 2005, p. 14.

[3] *Ibid*., p. 189.

pítulo, de una edición tras otra del *Quijote* (a partir de la nueva edición de 1780), de la *Utopía* moreana o de *Robinson Crusoe*, todas ellas ilustradas con mapas e interpretadas a través de mapas: la mente viaja munida de objetos.[4]

Leer *Les origines culturelles* marca otro buen camino porque significa asumir un punto de vista cultural de no retorno frente a los paisajes y perspectivas de antaño. Paradójicamente, en esas páginas, experimentar la fragilidad de los asertos sobre "prácticas y pensamientos" –en este caso, las de los franceses del siglo XVIII, inspirados por la certeza de que hay, necesariamente, una relación de causalidad entre un acontecimiento histórico mayor y las ideas que se expresaban en aquel mismo período– genera un tipo de mirada sobre ese mismo pensamiento del que ya no es posible deshacerse. Cuando abandonamos la compañía del guía que nos ha conducido por las huellas de las interpretaciones efectivas, diferenciadas y móviles que los franceses de la época moderna nos han dejado de su propio mundo y de su propia vida, la mente o el ojo de la mente, por así decirlo, adquiere otros hábitos. Desde luego que podemos perderlos de vista si hacemos otras lecturas y tal es otra de las lecciones que ofrece el libro. Por cierto, la historia intelectual ha vuelto a florecer o, más exactamente, a recobrar el protagonismo desde que *Les origines culturelles* expuso "algunas perspectivas inéditas" de un "problema muy trillado", precisamente, el problema de los *orígenes intelectuales de la Revolución francesa* y el de la relación "entre el progreso de nuevas ideas a lo largo de todo el siglo XVIII y el surgimiento del hecho revolucionario": el número que la *Revue d'histoire moderne et contemporaine* dedicó a esta "renovación" (término, este último, que se encuentra en la introducción de ese número) ya tiene diez años.[5] En todo caso, aquel camino que conducía de las ideas a las prácticas de pensamiento o a la creencia en escritos que no eran textos de ideas –como las cartas nupciales o los testamentos, por ejemplo–, de los textos hacia los libros y de los libros hacia los lectores, las lectoras y las lecturas ya estaba abierto. De hecho, la propia historia intelectual fue modificada por aquello que Roger Chartier denomina "sociología cultural". La propia introducción de aquel número sobre la renovación de la historia intelectual de la revista que acabamos de mencionar cita el editorial de un número previo de otra publicación, la *Revue de synthèse*, la cual, en 1986 –es decir, cuatro años antes de que apareciese *Les origines culturelles*– afirmaba:

> Tal como nosotros la comprendemos, la historia intelectual no se limita a la historia de las ideas aunque esta última le incumba por derecho propio. El desarrollo de las ciencias humanas y sociales […] ha demostrado que todas las actividades y prácticas humanas son susceptibles de un análisis que pone en evidencia el pensamiento, claro o confuso, de los actores humanos. De tal modo que una institución, una práctica técnica, el uso privilegiado de tal o cual objeto material, un tipo de organización o de gestión son capaces de poner de relieve actitudes mentales e intelectuales que no pretendemos pasar por alto.[6]

[4] Roger Chartier, "Faire savoir", en R. Chartier, *Cartes et fictions (XVI^e^-XVIII^e^ siècle)*, París, Éditions du Collège de France, 2022.

[5] Cf. *Revue d'histoire moderne et contemporaine* (París), vol. LIX, nº 4 bis, titulado "Regards sur l'histoire intellectuelle", mayo de 2012. La cita de Chartier, en *Les origines culturelles*, pp. 13-14.

[6] Cf. el editorial, titulado "Aux lecteurs" (en *Revue de synthèse* [París], t. CVII, nº 1/2, enero-junio de 1986, p. 6) y firmado "La Rédaction", marca el comienzo de una nueva serie de la revista (la tercera) y es atribuido a Jean-Claude Perrot. A este respecto, cf. Philippe Minard, "Une nouvelle histoire intellectuelle? Brève introduc-

Recordemos que en 1987 el análisis de las cartas nupciales de Lyon que encontramos en *Les origines culturelles* había sido utilizado como si se tratase de un epítome en *Les usages de l'imprimé*, pero con otro título, "Le portrait du roi", en homenaje al libro de Louis Marin cuya reflexión constituye el soporte del capítulo sobre la desacralización de la figura real.[7] Efectivamente, ese capítulo sostiene la hipótesis según la cual aquella desacralización –que tornó "posibles y pensables las profanaciones revolucionarias (ridiculizando por medio de la imagen y la palabra al rey borracho, al rey demente o al rey puerco) y, luego, el acto inaudito que supuso la ejecución del soberano"– se conformó a partir de la relación entre el "sistema de representación monárquica elaborada por Luis XIV" y la caducidad de aquel sistema junto con la crisis que sufrió bajo los efectos de diversos fenómenos. El "modelo eucarístico, que es desplazado para tornar pensable el poder real y que dotaba las imágenes del soberano con una dimensión sacramental, pierde su eficacia", sobre todo, "con las desafecciones religiosas": "con relación a las representaciones de la figura del rey, en algún tramo del siglo XVIII, la incredulidad de los franceses se impuso sobre la credulidad y la temeridad sobre la timidez", concluye Chartier con las palabras de Pascal sobre el hombre: "es, por naturaleza, crédulo e incrédulo, tímido y temerario".[8] Tal es así que son, precisamente, los *Pensamientos* de Pascal los que abren este párrafo con el ejemplo de la movilidad (y, a la vez, transformación y desplazamiento) de la representación real que proporcionan las cartas nupciales. Algunas páginas atrás, en ese mismo capítulo, se había señalado que "el abandono del repertorio simbólico" de la mitología y del imaginario solar en Versailles (cuando este repertorio aún estaba presente en las residencias de descanso del soberano, como Marly) en beneficio de las "características propias de la representación del rey", "tal como su propio rostro" –hecho artístico y, por ende, intelectual–, también era un hecho *cultural*, sea cual fuere su naturaleza histórica. En efecto, esta mutación tuvo lugar "en todo tipo de imaginería impresa (desde las planchas grabadas para el Gabinete del rey hasta aquellas que vendían los mercaderes de estampas)", mutación que se traduce en "una evolución de mayor amplitud que transforma profundamente la significación atribuida a la representación de la figura real" y que permite que "la legibilidad de aquella imaginería" circule "de una manera mucho más inmediata y extendida". Justamente, a partir de Luis XIV, continúa Roger Chartier, el retrato del rey "se instaló en todo tipo de texto e iconografía –inclusive, en aquellos que resultaban, en apariencia, más ajenos a la celebración monárquica–". Es por ello que las cartas nupciales de Lyon, cuyo ritual local exigía que el esposo se las entregase a su mujer –cartas impresas en serie por los ilustradores y, tradicionalmente, decoradas con imágenes religiosas (representaciones de los Evangelistas o del casamiento de la Virgen)–, se disponen a agregar este retrato a sus ornamentos. Varias series impresas habían elegido representar el casamiento de María Teresa de Austria: la imagen del rey "con sus propias características", incorporada en un objeto conservado con respeto y cuidado, penetró en las vidas comunes y corrientes para moldear la obediencia y, a largo plazo, la desobediencia.

---

tion", *Revue d'histoire moderne et contemporaine* (París), vol. LIX, nº 4 bis.

[7] Roger Chartier remitía al capítulo "Du rituel au for privé: les chartes de mariage lyonnaises au XVII[e] siècle", que forma parte de la obra colectiva que él mismo dirigió, titulada *Les usages de l'imprimé (XV[e]-XIX[e] siècle)* (París, Fayard, 1986).

[8] Chartier utiliza la edición establecida por Louis Lafuma de los *Pensées*, en Pascal, *Œuvres complètes*, Paris, Seuil, 1963, p. 514 (pensamiento 124) [N. del T.: la versión castellana que aquí utilizamos corresponde a la de Oscar Andrieu en Pascal, *Pensamientos*, vol. I, Buenos Aires, Sudamericana, 1971, p. 123. En esta edición, este pensamiento corresponde al número 125].

> Todo sucede como si el cambio de representación del rey, que pasa de las alegorías complejas a una figuración simple, unívoca y descifrable para todo el mundo, hubiese sabido aprovechar la observación pascaliana: "¿Quién dispensa reputación? ¿Quién concede respeto y veneración a las personas, a las obras, a las leyes, a los grandes, a no ser esa facultad imaginante? ¡Cuán insuficientes [son] todas las riquezas del mundo sin su consentimiento!".[9]

Esta frase, compleja, desde luego no convierte la reflexión pascaliana en el fundamento de una evolución en lo que concierne a las prácticas políticas o a las prácticas de respeto hacia la obediencia a través de las representaciones. En realidad, esta frase utiliza las ideas escritas por Pascal porque ponen de manifiesto cuán pensable podía ser un cambio que ocurría en ese mismo momento, tal como ha sucedido cuando la filosofía del siglo XVIII tornó pensable el hecho revolucionario para los hombres y mujeres que lo vivieron y para todos los que vinieron después. Citado en tres ocasiones a lo largo de algunas páginas, Pascal permite poner en perspectiva un hecho cultural (el ofrecimiento de la figura del soberano a todos los espíritus gracias a objetos modestos) y un hecho intelectual diferente de aquel (la evolución de los programas decorativos de las residencias reales y, en mayor medida, la evolución del espectáculo monárquico, por ejemplo) debido a que nos permite distinguir las prácticas de la imaginación y distinguirlas tal como eran visibles en aquella época.

Así pues, en lugar de postular una cristiandad precedente o una sacralidad ahistórica, tanto la desacralización o la descristianización resultan mucho más comprensibles cuando se tienen los medios para observar la sacralización o la cristianización, puesto que tal ha sido su condición. Del mismo modo, la cuestión de la acción que ejercen los libros se percibe mucho mejor cuando se observa quiénes los leían, quiénes no los leían y qué leían aquellos que no los leían. *Les origines culturelles* revisa, una tras otra, las explicaciones clásicas o menos clásicas de la Revolución francesa por medio de la evolución de las maneras de pensar en el siglo XVIII, combinando diferentes cronologías y diferentes espacios sociales. Tampoco nos proporciona alguna otra explicación: lo que nos propone es acercar el acontecimiento a través de senderos que fueron recorridos en el pasado al cual pertenece.

Roger Chartier regresó a la "quimera del origen" en *Au bord de la falaise*, acompañado en todo momento por la guía de Michel Foucault, pero también por la de Alphonse Dupront, el autor del epígrafe que antecede a *Les origines culturelles* y cuyo largo pasaje es luego ofrecido en el núcleo mismo del capítulo para confirmar a Foucault.[10] Con Foucault, con Dupront, la Revolución y la Ilustración, el acontecimiento que surge y las evoluciones que reorganiza, aparecen como "dos manifestaciones" de un mismo "proceso", "de un proceso más completo": la "verdadera revolución", es decir, el pasaje a una sociedad moderna "sin mitos ni religiones" y "sin pasado ni tradiciones".[11] "En algún tramo del siglo XVIII", la perpetuación o, inclusive, la in-

[9] Roger Chartier, *Les origines culturelles*, p. 190. El pensamiento de Pascal citado por Chartier corresponde al número 44 en la edición de Louis Lafuma. Cf. Pascal, *Œuvres complètes*, p. 504 [N. del T.: en la edición de Oscar Andrieu, corresponde al pensamiento número 82a, p. 102].

[10] Roger Chartier, *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétudes*, París, Albin Michel, 1998, pp. 132-160.

[11] Estas dos frases pertenecen a Alphonse Dupront, citadas por Roger Chartier en *Les Origines culturelles de la Révolution française*, p. 148. Ambas provienen de dos pasajes de la obra de Dupront, *Qu'est-ce que les Lumières?* (París, Gallimard, 1996, p. 33 y p. 19).

tensidad de las prácticas, cambiaron de sentido puesto que tanto las prácticas como los pensamientos –Roger Chartier escribe "y los discursos" en este capítulo en el que comenta a Foucault–[12] no son "homólogos", sino que están "articulados". Esta "partición" entre ambos resulta "fundadora para toda historia cultural" porque permite reflexionar sobre esa articulación y porque, en el marco de la demostración, también permite, precisamente, acercar unas prácticas con otras y articularlas con palabras y autores.[13] □

Bibliografía citada

Chartier, Roger, "Du rituel au for privé: les chartes de mariage lyonnaises au XVIIe siècle", en R. Chartier (ed.), *Les Usages de l'imprimé (XVe-XIXe siècle)*, París, Fayard, 1986, pp. 229-251.

—, *Les origines culturelles de la Révolution française*, París, Seuil, 1990 [trad. esp. de Beatriz Lonné: *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución francesa*, Barcelona, Gedisa, 1995].

—, *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétudes*, París, Albin Michel, 1998.

—, *Inscrire et effacer. Culture écrite et littérature (XIe-XVIIIe siècle)*, París, Éditions de l'EHESS-Gallimard-Seuil, 2005 [trad. esp. de Víctor Goldstein: *Inscribir y borrar. Cultura escrita y literatura (siglos XI-XVIII)*, Buenos Aires, Katz, 2006].

—, "Faire savoir", *Cartes et fictions (XVIe-XVIIIe siècle)*, París, Éditions du Collège de France, 2022.

Dupront, Alphonse, *Qu'est-ce que les Lumières?*, prefacio de F. Furet, París, Gallimard, 1996.

La Rédaction [Jean-Claude Perrot], "Aux lecteurs", *Revue de synthèse* (París), t. CVII, nº 1-2, enero-junio de 1986, pp. 5-7.

Minard, Philippe (ed.), "Regards sur l'histoire intellectuelle" [dossier temático], *Revue d'histoire moderne et contemporaine* (París), vol. LIX, nº 4 bis, mayo de 2012.

Pascal, Blaise, *Œuvres complètes*, edición establecida por Louis Lafuma, París, Seuil, 1963 [trad. esp., entre muchas otras, de Oscar Andrieu: Pascal, *Pensamientos*, 2 vols., Buenos Aires, Sudamericana, 1971].

[12] Roger Chartier, *Au bord de la falaise*, p. 155.
[13] La cita en *ibid*.

Resumen/Abstract

Caminos de palabras
Tomando en consideración la idea de "camino", una imagen retórica utilizada con frecuencia como catacresis por Roger Chartier en sus obras, el artículo indaga el recorrido que ha tenido su obra sobre los orígenes "culturales" de la Revolución francesa desde su primera edición en 1990. Apartándose, en aquel entonces, del sintagma adjetivo "intelectual", Chartier propuso recuperar el pensamiento de los *philosophes* de la Ilustración en directa relación con los postulados que ofrecía la sociología cultural, e intentar aunar la lógica de las prácticas sociales con las ideas a partir de los usos que los revolucionarios hicieron de ellas. El artículo busca medir el impacto de una propuesta que se convirtió en un punto de inflexión historiográfico para repensar el hecho revolucionario en detrimento de una historia intelectual tradicional. Con todo, persiste el interrogante sobre su actual vigencia en una época marcada por una visión renovada de la historia de las ideas.

Palabras clave: Roger Chartier – Revolución francesa – Historia cultural e intelectual – Pensamiento ilustrado – Prácticas sociales

Paths of Words
Taking into consideration the idea of "path", a rhetorical image frequently used by Roger Chartier in his works as a catachresis, the article explores the course that his work on the "cultural" origins of the French Revolution has taken since its first edition in 1990. Departing, at that time, from the adjective "intellectual", Chartier proposed to recover the thought of the *philosophes* of the Enlightenment in direct relation to the postulates offered by cultural sociology and to try to unite the logic of social practices with the ideas from the uses that the revolutionaries made of them. The article seeks to measure the impact of a proposal that became a historiographical turning point to rethink the revolutionary fact to the detriment of a traditional intellectual history. However, the question remains as to its current validity in an era marked by a renewed vision of the history of ideas.

Key Words: Roger Chartier – French Revolution – Cultural and Intellectual History – Enlightenment Thought – Social Practices

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1307>

Llevar el mundo de los libros al grand public

*Roger Chartier y el arte de la reseña**

Geoffrey Turnovsky

University of Washington

Roger Chartier ha sido uno de los primeros en ser objeto de una sección recurrente de *Le Monde des livres*, el suplemento literario del célebre periódico francés. Esa sección, cuyo título fonético es *Keskili*, le plantea a un grupo selecto de escritores una serie de preguntas sobre sus hábitos y preferencias de lectura: "el libro que lo hizo pasarse de estación", "un primer recuerdo de lectura" o "el lugar preferido para leer". Ante esta última pregunta, la mayoría de los interlocutores ofrecen *topoi* familiares de larga data que vinculan la lectura con un lugar: "mi cama", por ejemplo, encabeza una lista que también incluye "cafés" y sitios relacionados con los viajes, como hoteles y medios de transporte. Chartier, viajero empedernido, sin duda podría haber hablado sobre lo que significa leer en aviones o en terminales de aeropuerto, pero, cuando se lo preguntaron, se contuvo: "importa el libro, no el lugar", respondió.[1] En esta reticencia, podemos detectar el sentido visceral que Chartier le atribuye a la profundidad de una pregunta que se ve frustrada por la banalidad de las respuestas que se esperan. Por cierto, en su obra, nada es más relevante que la compleja relación entre libros, lectura y lugar. En este sentido, las reseñas que ha publicado desde la década de 1980 hasta la actualidad funcionan como una crónica de estos temas centrales, tal como se desarrollaron no solo en su propia investigación y escritura, sino en la cultura en general: una cultura que se vuelve más global e interconectada y, sobre todo, situada en medio de un cambio histórico en las formas textuales, de lo impreso a lo digital. Chartier, hábilmente, lleva a su público –mayormente el de *Le Monde*, pero cada vez más a los lectores de todo el mundo y, especialmente, los de América Latina en las últimas dos décadas– a considerar no solo cuestiones urgentes sobre la movilidad de los textos en un mundo interconectado, sino también la transformación de las formas moldeadas por tecnologías y mercados, las vicisitudes de la publicación, la diversidad de lectores y públicos en distintos lugares o épocas y la naturaleza, a menudo incongruente y asombrosa, de las confrontaciones entre textos y lectores.

Esto, además, incluye la falta de conexión entre textos y lectores, un hecho que ha configurado la historia de la circulación de las ideas de una forma inesperada, pero decisiva. En su artículo de 1994 "Al borde del acantilado", reflexionando sobre la vida y la muerte

* Traducción para *Prismas* de María Inés Castagnino.

[1] "Keskili? Roger Chartier", *Le Monde des livres* (París), 26 de agosto de 2011. Este cuestionario, en realidad, acompañaba la reseña de Julie Clarini, titulada "Sur la piste du Shakespeare disparu", sobre la obra *Cardenio entre Cervantès et Shakespeare. Histoire d'une pièce perdue* (París, Gallimard, 2011).

de Michel Foucault con motivo de la publicación por Gallimard de los cuatro volúmenes de *Dits et écrits*, Chartier comienza: "Al final del primer volumen de *Dits et écrits*, se encuentra uno de los ensayos más famosos de Foucault: '¿Qué es un autor?'".[2] Luego, viene la salvedad que evoca una geografía profundamente compleja de las influencias: "Famoso en los Estados Unidos", ya que en Francia, aquel texto que se había convertido en uno de los más reconocibles de la ola de *French Theory* de los años 1980 en los Estados Unidos, publicado en traducción como "What is an Author?" en dos antologías muy difundidas, hasta ese momento había permanecido semioculto en un número de 1969 del *Bulletin de la Société française de la philosophie* y en las páginas de la revista lacaniana de la década de 1980, *Littoral*.[3]

Otra reseña se destaca por dar cuenta de contingencias de publicación y público que pueden verse ofuscadas por la luminiscencia contemporánea de un nombre famoso. Norbert Elias aparece con frecuencia en el corpus de escritos públicos de Chartier, incluso en una conmovedora reflexión de agosto de 1990, pocas semanas después de la muerte del historiador de *La sociedad cortesana*. Chartier esboza una emotiva biografía intelectual, recordando la emigración de Elias de la Alemania nazi a París y luego a Londres.[4] Tal como lo hizo con el ensayo de Foucault sobre la autoría, Chartier llama nuestra atención sobre los inciertos comienzos del trabajo de Elias acerca de las costumbres. El estudio definitorio de Elias, sin duda una referencia clásica para los lectores de *Le Monde* de 1990, se publicó por primera vez en Basilea en 1939, en una tirada chica financiada por su padre, y "pasó casi desapercibido en una Europa acosada por la guerra que se avecinaba. En Francia –continúa Chartier–, un solo sociólogo acusa recibo de la obra", a saber, Raymond Aron, que escribió una breve reseña para *Annales sociologiques* en 1941.[5] La historia de la obra que encuentra su público solo mucho tiempo más tarde es antigua. Pero el punto es cómo Chartier hace que esa historia del libro, en todos sus detalles granulares, sea central para el relato periodístico: Chartier cuenta la anécdota del editor de Elias en Basilea quejándose de que los ejemplares del libro "me ocupan el sótano", lo cual subyace a la influencia de un paradigma académico o historiográfico, sumándole valor, credibilidad y, quizá, sobre todo, perspectiva.

Compárese aquella nota necrológica con una reseña de 1989, en este caso, de la obra *Citizens* del historiador inglés Simon Schama, una de las muchas reseñas de libros sobre la Revolución francesa que inundaron el mercado en los dos años previos al Bicentenario.[6] Este artículo es, en sí mismo, una re-

[2] Roger Chartier, "Au bord de la falaise", *Le Monde des livres* (París), viernes 30 de septiembre de 1994. La publicación de Foucault es: *Dits et écrits, 1954-1988*, 4 vols., París, Gallimard, 1994. [N. del E.: en la bibliografía se detallan todos los libros y textos citados que tienen traducción al castellano].

[3] Michel Foucault, "Qu'est-ce qu'un auteur?", *Bulletin de la Société française de philosophie* (París), Año LXIII, nº 3, julio-septiembre de 1969 y en *Littoral. Revue de psychanalyse* (París), nº 9, junio de 1983. Chartier no nombra las dos antologías, pero imagino que se refiere a *Language, Counter-Memory, Practice. Selected Essays and Interviews by Michel Foucault*, editado por Donald Bouchard y publicado por primera vez en 1977 por Cornell University Press, y *The Foucault Reader* de 1984, editado por Paul Rabinow en Pantheon Books. Sobre la "teoría francesa", cf. François Cusset, *French Theory. Foucault, Derrida, Deleuze et Cie et les mutations de la vie intellectuelle aux États-Unis*, París, La Découverte, 2003.

[4] Roger Chartier, "Elias, le cavalier du lac de Constance", *Le Monde*, 10 de agosto de 1990.

[5] Raymond Aron, "(Elias) Norbert, *Über den Prozess der Zivilisation. Soziogenetische und psychogenetische Untersuchungen.* — T. I*: Wandlungen des Verhaltens in den weltlichen Oberschichten des Abendlandes*, Bâle, Haus zum Falken, 1939", *Annales sociologiques* (París), fasc. 4, 1941.

[6] Roger Chartier, "Une lecture américaine de 1789", *Le Monde* (París), 19 de mayo de 1989. El libro reseñado de

flexión interesante, aunque deliberadamente ambigua, sobre el historiador como académico especialista público ya que Chartier evoca una escena marcadamente diferente a la de *El proceso de la civilización* de Elias. En este caso, vemos triunfo comercial y fácil ubicuidad: "Para el lector estadounidense de hoy, la Revolución francesa es, ante todo, un libro que se encuentra en todas las librerías". La omnipresencia del libro, su "conquista" del público estadounidense (específicamente "la América de Reagan y Bush"), en este caso, no refiere ni refleja sus cualidades. Va tomando forma un sentido de responsabilidad por parte del crítico de libros, tal como Chartier la concibe y la habita: responsabilidad que tiene que ver con sacar a la luz la historia subyacente de los libros para confrontar los silencios, las ausencias y los huecos en el archivo y, potencialmente, corregir una sobreexposición.

Lo más notable en el corpus de los escritos periodísticos de Roger Chartier son sus esfuerzos por presentar al público francés una visión global y expansiva de los estudios históricos contemporáneos. La reseña de un volumen de 2013 que examinaba las tendencias actuales de la investigación histórica, *À quoi pensent les historiens?*, denunció el enfoque casi exclusivo de la obra en trabajos escritos en francés e inglés con una pizca de atención a la microhistoria italiana y, por añadidura, a la *Alltagsgeschichte* alemana: "Todas las demás historiografías, aun siendo cercanas e innovadoras, como la española o la portuguesa, parecen no existir".[7] Este imperativo profesional es perceptible desde muy temprano en las reseñas de Chartier. Una evaluación de *La Cour de France* de Solnon, de 1987, elogia la "considerable documentación" del estudio.[8] No obstante, Chartier también lamenta que esa investigación no haya involucrado la producción de, al menos, un notable historiador no francófono de la corte francesa, es decir, Elias.

Roger Chartier expresó la importancia de esta dimensión de su obra unos años más tarde en un breve comentario en *Le Monde des livres* de 1992, titulado "Ouvrir les livres du monde": "¿Por qué no dar cabida a obras importantes publicadas en lenguas extranjeras (y que, a veces, esperan mucho tiempo antes de ser traducidas al francés)?".[9] Por saber inglés, español, portugués e italiano y llevar largo tiempo integrado en redes intelectuales expandidas por toda Europa y América del Norte y del Sur, Roger Chartier siempre ha estado muy bien posicionado para transmitir a sus lectores en *Le Monde* su visión amplia del campo intelectual: vista globalmente, esta es una de las facetas de su producción pública que más se destaca. Si compilásemos una lista de los artículos que Chartier ha publicado en diarios y periódicos desde la década de 1980 hasta la actualidad, nos llamaría la atención la gran cantidad de estudios del mundo no francófono que se esforzó por introducir en el discurso público francés.[10] Esto se destaca especialmente en el período previo al momento más francocéntrico de todos, el Bicentenario de la Revolución francesa. Más allá del ejemplo discutido anteriormente, durante esa ventana de dos años, las reseñas de Chartier fueron la plataforma para una amplia

---

Schama es *Citizens. A Chronicle of the French Revolution*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1989.

[7] Roger Chartier, "Hardis historiens!", *Le Monde* (París), 5 de abril de 2013; sobre Christophe Granger (ed.), *À quoi pensent les historiens? Faire de l'histoire au XXIe siècle*, París, Autrement, 2013.

[8] Roger Chartier, "L'homme de cour, un modèle de civilisation", *Le Monde* (París), 13 de noviembre de 1987; sobre Jean-François Solnon, *La Cour de France*, París, Fayard, 1987.

[9] Roger Chartier, "Ouvrir les livres du monde", *Le Monde* (París), 20 de marzo de 1992.

[10] Hasta el año 2000, dos obras han reunido las reseñas de Roger Chartier: *El juego de las reglas: lecturas*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, y *Le Jeu de la règle. Lectures*, Bordeaux, Presses Universitaires de Bordeaux, 2000, versión análoga francesa, pero bastante más breve.

gama de estudiosos norteamericanos de la historia francesa cuya investigación había aportado nuevos e importantes conocimientos sobre la Francia del siglo XVIII y la Revolución, como Timothy Tackett, Steven Kaplan y Robert Darnton.[11] Más allá de la Revolución, Chartier presentó a los ojos de los lectores de *Le Monde* la obra de Natalie Zemon Davis y Stephen Greenblatt, la de los historiadores italianos de la cultura y la escritura Carlo Ginzburg y Armando Petrucci, la de estudiosos españoles del Siglo de Oro, como Francisco Rico, junto con historiadores soviéticos y polacos.[12] La lista es larga.

Además, no se trata solo de individualidades del extranjero, sino de historiografías y metodologías incubadas en comunidades intelectuales de todo el mundo, como la ya mencionada microhistoria italiana (Ginzburg) y el neohistoricismo estadounidense (Greenblatt). Una reseña de 1996 de *Ces Merveilleuses possessions. Découverte et appropriation du Nouveau Monde au XVI^e siècle* de Greenblatt les presenta a los lectores de *Le Monde* esta última tendencia de los estudios literarios estadounidenses junto con su paradigma analítico central, traducido al francés como *négociation*: "La obra literaria siempre negocia con las prácticas del mundo social, ya sean políticas, judiciales o religiosas", escribe Chartier. Un párrafo conciso que resume magistralmente el proyecto intelectual del neohistoricismo remitiendo a dos estudios adicionales de Greenblatt.[13]

Sin duda, la forma más profunda en la que Chartier ha operado como una especie de intermediario transnacional es a través de su compromiso con las tendencias no francesas en la investigación histórica sobre la escritura y la lectura junto con su introducción en el campo francés de *l'histoire du livre*, un campo en cuya invención jugó un papel fundamental, por supuesto. Dos nombres se destacan en relación con esto. Primero, el paleógrafo italiano Armando Petrucci, a quien Chartier considera en una reseña de 1993.[14] "Aún muy poco conocido de este lado de los Alpes, Petrucci […] ha sabido transformar la historia de la escritura –una disciplina respetable, pero, durante mucho tiempo, estrechamente técnica y descriptiva– en una verdadera histo-

[11] Cf. respectivamente: Roger Chartier, "Le serment 'déchirant' Un historien américain enquête sur la crise religieuse de 1791 dans la France révolutionnaire", *Le Monde* (París), 23 de enero de 1987, a propósito de la obra *La Révolution, l'Église, la France*, París, Cerf, 1986; Roger Chartier, "Nourrir Paris", *Le Monde* (París), 4 de marzo de 1988, a propósito de la obra *Les ventres de Paris. Pouvoir et approvisionnement dans la France d'Ancien Régime*, París, Fayard, 1988; y Roger Chartier, "Les Lumières de Robert Darnton", *Le Monde* (París), 25 de julio de 1988.

[12] Cf. respectivamente: Roger Chartier, "Le crime et la pardon", *Le Monde* (París), 30 de agosto de 1988, a propósito de la obra de Natalie Zemon Davis, *Pour sauver sa vie. Les récits de pardon au XVI^e siècle*, París, Seuil, 1988; Roger Chartier, "Entre l'autre et le même", *Le Monde* (París), 29 de noviembre de 1996, a propósito de Greenblatt; Roger Chartier, "'*Microstoria*' et anthropologie", *Le Monde* (París), 3 de febrero de 1989 sobre *Mythes, emblèmes, traces. Morphologie et histoire*, París, Flammarion, 1989, y "L'invention du sabbat", *Le Monde* (París), 27 de noviembre de 1992, sobre *Le Sabbat des sorcières*, París, Gallimard, 1992, ambos de Carlo Ginzburg; Roger Chartier, "Écrire les morts", *Le Monde* (París), 2 de febrero de 1996, a propósito de Armando Petrucci, *Le scritture ultime. Ideologia della morte e strategie dello scrivere nella tradizione occidentale*, Turín, Einaudi, 1996; Roger Chartier, "Le visible et les textes", *Le Monde* (París), 8 de septiembre de 1995 a propósito de Francisco Rico, *Figuras con paisaje*, Madrid, Galaxia Gutenberg, 1995; y Roger Chartier, "Thermidor ou l'oubli impossible", *Le Monde* (París), 14 de marzo de 1989, a propósito de la obra de Bronislaw Baczko, *Comment sortir de la Terreur. Thermidor et la Révolution* (París, Gallimard, 1989).

[13] Roger Chartier, "Entre l'autre et le même", sobre la obra de Greenblatt, *Marvelous Possessions. The Wonder of the New World*, Chicago, The University of Chicago Press, 1988. Se trata de la primera obra de Stephen Greenblatt traducida al francés (París, Les Belles Lettres, 1996).

[14] Roger Chartier, "Les aventures de l'écriture", *Le Monde* (París), 5 de noviembre de 1993, a propósito de *Jeux de lettres. Formes et usage de l'inscription en Ialie, XI^e-XX^e siècle*, París, Éditions de l'EHESS, 1993.

ria de los usos sociales de lo escrito". En segundo lugar, el bibliógrafo neozelandés Donald F. McKenzie, cuya famosa observación y no tan obvia para traducir "*forms effect meaning*" Chartier cita con frecuencia como "*les formes produisent du sens*", es decir, "las formas producen significado", tal como la traduce en un momento.[15] Una extensa reseña de 1989 reúne a ambos, junto con Henri-Jean Martin, en una síntesis fascinante de "nuevos métodos" para comprender la materialidad de los textos y los impactos de esta materialidad en la lectura y la interpretación.[16] Así, se conformó una nueva perspectiva sobre las obras literarias y culturales que rompió radicalmente con "la soberanía del texto-rey y su maquinaria todopoderosa que funciona por sí misma sin autor ni lector". *Bibliography and the Sociology of Texts*, obra de McKenzie de 1986, basada en la serie de conferencias Panizzi que dio en la Biblioteca Británica en 1985, apuntaba directamente a uno de los textos canónicos del *New Criticism* angloamericano, el artículo clásico de Wimsatt y Beardsley de 1946, "The Intentional Fallacy", que se erige como manifiesto de un enfoque formalista de la obra literaria.[17] *La Scrittura* de Petrucci exploró las implicancias políticas y sociales de la escritura a lo largo de un milenio, en pergamino, papel y paredes.[18] Martin, por su parte, también pasa de su foco inicial en la industria de la imprenta del siglo XVII a un marco temporal más amplio y a las cualidades gráficas y materiales de la escritura y las modalidades de tipografía y diseño: "lo más destacable es, sin duda, […] la ventilación de la página mediante la multiplicación de párrafos que rompen la continuidad ininterrumpida del texto, habitual en el Renacimiento".[19] Es sorprendente lo ambiciosa que resulta la reseña. El propio Chartier señala cómo estos tres académicos, que trabajan en campos disciplinarios profundamente técnicos (bibliografía, diplomacia, paleografía y estudio de archivos), son capaces, no obstante, de formular nuevas perspectivas muy accesibles, amplias y pertinentes sobre textos, lectura e interpretación. Sin embargo, no es menos impresionante la capacidad del mismo Chartier para resumir y sintetizar para un público lego con claridad y concisión a estos escritores desafiantes y las tendencias pioneras en la comprensión histórica de los textos y la lectura que representan.

Esta facilidad para destilar y describir con claridad realidades históricas complicadas explica, sin duda, la presencia de Chartier en el archivo periodístico no solo como crítico, sino como referente para considerar perspectivas innovadoras sobre el pasado y el futuro de los libros y la lectura. Las publicaciones del propio Chartier que definen el campo están ampliamente cubiertas en *Le Monde* y otros medios, en Francia y en todo el mundo. También aparece con frecuencia en estas publicaciones como entrevistado. De hecho, es sobre todo como tal que su presencia llega mucho más allá del público lector francés de *Le Monde* ya que los compromisos periodísticos con la obra de Chartier han tenido lugar en cada vez más periódicos en español de América Latina. En una entrevista –específicamente, una "entrevista 'facciosa'"– de 1995 en *Reforma* de México, Chartier discutió "las formas de la lectura", en ocasión de una re-

[15] Cf., por ejemplo, Roger Chartier, *Les Formes produisent du sense*, Lyon, Livre-Pensée, Voie livres nº 58, 1992.

[16] Roger Chartier, "Nouvelles méthodes: le sens des formes", *Le Monde* (París), 11 de octubre de 1989.

[17] W. K. Wimsatt Jr. y M. C. Beardsley, "The Intentional Fallacy", *The Sewanee Review*, vol. LIV, nº 3, julio-septiembre de 1946. El libro de McKenzie mencionado es: *Bibliography and the Sociology of Texts*, Londres, British Library, The Panizzi Lectures, 1986.

[18] Armando Petrucci, *La scrittura. Ideologia e rappresentazione*, Turín, Einaudi, 1986.

[19] Roger Chartier, "Nouvelles méthodes: le sens des formes". Si bien el título del libro de Henri-Jean Martin no es mencionado por Chartier, presumo que se trata de *Histoire et pouvoirs de l'écrit* (París, Perrin, 1988).

ciente adaptación (más que una traducción) al español de su obra, bajo el título *Sociedad y escritura en la Edad Moderna*.[20] Una mera búsqueda de menciones en ProQuest sobre "Roger Chartier" muestra de forma sorprendente la explosión del interés por su trabajo en el mundo de habla hispana y, particularmente, en América Latina, a partir de mediados de los años 1990. Esta proliferación de referencias supera ampliamente las que se hallan en la prensa de habla inglesa, lo cual refleja culturas intelectuales divergentes. El historiador debe seguir una trayectoria diferente para dirigirse a la esfera pública angloamericana. Y esa trayectoria en general no se traza con la complejidad con que lo hace Chartier y los matices y el equilibrio de su compromiso con varias cuestiones. Esta entrevista de 1995 también es notable por su giro hacia un tema que se volvería crítico para la continuidad de las reflexiones de Chartier sobre la lectura y su futuro, así como para todas las nuestras, cuando se le pregunta sobre el "desplazamiento de la escritura de la página del libro a la pantalla electrónica". Chartier, adverso a los mantras reduccionistas que han dado forma al discurso en torno a la "revolución digital" (y que, sin duda, habrían conducido a más referencias en ProQuest de la prensa angloestadounidense), responde, como lo hace habitualmente, con su propio conjunto de sagaces preguntas:

> ¿Cómo continuar calificando las obras a partir de criterios tales como la originalidad, la estabilidad, la coherencia del texto, cuando la representación electrónica le da maleabilidad y plasticidad? ¿Cómo aplicar la noción de *copyright* a los textos que pueden ser libremente copiados, transmitidos y transformados por sus lectores?[21]

Estas preguntas le hablan al *ethos* de mediados de los años 1990 de una forma muy potente, es decir, cuando Internet parecía prometer, más que nada, libertad y fácil acceso. Esto sucedía una década antes de que surgiesen las extraordinarias pretensiones que rápidamente iban a plantearse sobre el espacio digital, de las cuales la más dramática fue encabezada por Google con su grandioso proyecto de una biblioteca universal, un proyecto que, para Chartier, siempre evoca los escritos de Jorge Luis Borges, una de sus influencias intelectuales más importantes. Un artículo de ese mismo año en *Le Monde* marca una de las primeras instancias en las que Chartier lidió en la prensa escrita con los impactos nacientes de la digitalización.[22] A decir verdad, en retrospectiva, aquí la discusión parece quedar reducida y un tanto retrasada en un artículo que, ostensiblemente, examina las investigaciones recientes sobre la historia del libro. Pero el título sin duda supo llamar la atención sobre la "revolución" que Chartier evoca, anunciando "la fin du livre-Roi".

Estoy seguro de que ese título no tiene nada que ver con Chartier, cuya breve discusión apenas está a la altura de esas resonancias milenarias. Antes bien, el artículo da la pauta del compromiso de Chartier en los años venideros con este tema tan apremiante, una reflexión extensa y reflexiva que, sobre todo, ratifica el papel del historiador como aquel que lleva lucidez y equilibrio a la cuestión: "La labor histórica también permite –escribe– comprender mejor y, quizá, dominar mejor la revolución de nuestro presente, la de los tex-

[20] Roger Chartier, *Sociedad y escritura en la Edad Moderna. La cultura como apropiación*, traducción de Paloma Villegas y Ana García Bergua, México, Instituto Mora, "Itinerarios", 1995. La entrevista mencionada es de Alberto Cue, "Las formas de la lectura", en *Reforma* (México), 3 de diciembre de 1995.

[21] Alberto Cue, "Las formas de la lectura" [entrevista con Roger Chartier].

[22] Roger Chartier, "La fin du livre-roi", *Le Monde* (París), 9 de junio de 1995.

tos escritos y leídos en pantalla". Chartier desarrolló con elocuencia esta postura en su lección inaugural como profesor en el Collège de France en 2007, cuyos principales pasajes se publicaron en *Le Monde* dos días después.[23] Allí, captura lo equívoco del momento: "El sueño de la biblioteca universal parece hoy estar más cerca de convertirse en realidad que nunca, siquiera en la Alejandría de los Ptolomeos. […] Es una ambición magnífica", afirma, remitiéndose de nuevo a Borges, cuyas palabras cita: "cuando se proclamó que la Biblioteca abarcaba todos los libros, la primera impresión fue de extravagante felicidad". Pero, luego, Chartier esboza una "segunda" reacción bastante diferente dada por el sentido de la "violencia" que la digitalización habría de infligir a las formas textuales históricas: "un cuestionamiento sobre lo que implica esta violencia contra los textos dados a leer en formas que ya no son aquellas en las que los lectores del pasado los encontraron".

Es esta segunda reacción pesimista (y no el "sueño" optimista) la que iba a intensificarse y definir el compromiso de los académicos con el alcance cada vez más amplio de la "revolución en marcha" (título con el que se publicó en *Le Monde* la lección inaugural del Collège de France), especialmente, en la medida en que iniciativas altamente comercializadas como Google Books se volvieron cada vez más polémicas y se vieron afectadas por críticas, juicios y mala fe. Google no es mencionado en la lección inaugural de Chartier, pero en un artículo de apenas dos años después, titulado "L'avenir numérique du livre", Google es el lente a través del cual se percibe y analiza todo el fenómeno de la re-mediación digital.[24] En este artículo, escrito a raíz del manifiesto anti-Google Books de Robert Darnton en el *New York Review of Books* de febrero de 2009, la "biblioteca universal" se ha convertido ahora en la instrumentalización mercenaria de una "gigantesca base de datos", en un intento de sacar provecho de la recolección de "la información más personal sobre los usuarios de Internet".[25] Con todo, mientras Darnton se atrincheró en una defensa a retaguardia del "libro", Chartier abordaba la situación con más ecuanimidad y menos nostalgia.

En la arena pública que se ha formado en torno de la acuciante cuestión del futuro del libro, del futuro de las bibliotecas, la lectura y la alfabetización en la era de Internet, la posición de Chartier ha trazado, firmemente, un claro término medio: "ni apocalíptico ni romántico".[26] Una vez más, Chartier brinda a sus lectores no académicos su sensatez y perspectiva típicas, con una mirada puesta no solo en la larga duración que se remonta a mediados del siglo XV y la "revolución de la imprenta", sino, inclusive, más allá. Cuando, en una entrevista de 2014 en el periódico de Santiago de Chile *El Mercurio*, le preguntaron si estamos viviendo "la mayor revolución tecnológica y cultural desde la aparición de la imprenta", Chartier respondió: "pienso que sí, […] aunque la aparición de la imprenta no es la única revolución que debe considerarse".[27] De hecho, hacía tiempo que Chartier miraba más atrás, hacia una "revolución de las comunicaciones" anterior y potencialmente más importante para él, como la ascendencia del libro en forma de códice en la Antigüedad tardía:

[23] Roger Chartier, "L'écrit et l'écran, une révolution en marche", *Le Monde* (París), 12 de octubre de 2007.
[24] Roger Chartier, "L'avenir numérique du livre", *Le Monde* (París), 27 de octubre de 2009.
[25] El manifiesto de Robert Darnton es: "Google and the Future of Books", *The New York Review of Books*, 12 de febrero de 2009.
[26] Roger Chartier, "Hacia una revolución de la lectura", *El País* (Madrid), 23 de mayo de 2014.
[27] Roger Chartier, "El sueño de un mundo sin bibliotecas es una pesadilla", *El Mercurio* (Santiago de Chile), 27 de julio de 2014.

> Entre los siglos II y IV de nuestra era, una nueva forma del libro se impuso a expensas de lo que era familiar para los lectores griegos y romanos. El códice, es decir, un libro compuesto de hojas plegadas, reunidas y encuadernadas, fue suplantando, de manera paulatina pero firme, a los rollos que, hasta entonces, habían portado la cultura escrita.[28]

Más que el impreso *per se*, es la lógica materializada del códice la que desafía la digitalización.

He tocado una faceta del trabajo de Roger Chartier como intelectual público, manifiesta más que nada en las páginas de *Le Monde*, pero, sobre todo, su rol como crítico de libros y referente intelectual para un amplio público de los medios impresos que, a través de entrevistas y otros artículos, ayuda a comprender mejor, tanto en contexto como a partir de una amplia perspectiva temporal de historiador, además de la visión geográfica expansiva que aporta Chartier, una serie de transformaciones claves de nuestro tiempo que van desde la Revolución francesa hasta la revolución digital. En este ensayo, no he discutido el papel de Chartier en los medios en vivo, particularmente, como uno de los presentadores de larga data del programa radial *Les Lundis de l'histoire* en France Culture. Sospecho que se necesita otra temática para situar esa labor en el marco de los estudios de Chartier, no, por cierto, la movilidad y la maleabilidad de los libros a través del espacio y el tiempo, sino otro *topos* caro a Chartier, como es la interrelación de la oralidad y la escritura.[29] □

[28] Roger Chartier, "Une nouvelle espèce de livre", *Le Monde* (París), 28 de mayo de 1999.

[29] A este respecto, cf. Céline Loriou, "Ces voix qui nous parlent du passé. La voix de l'historien à la radio française", en *Hypothèses* (París), vol. XXII, nº 1, 2019.

Bibliografía citada

Aron, Raymond, "(Elias) Norbert, *Über den Prozess der Zivilisation. Soziogenetische und psychogenetische Untersuchungen. T. 1: Wandlungen des Verhaltens in den weltlichen Oberschichten des Abendlandes*, Bâle, Haus zum Falken, 1939", e*Annales sociologiques*, fasc. 4, 1941, pp. 54-56.

Chartier, Roger, "Le serment 'déchirant' Un historien américain enquête sur la crise religieuse de 1791 dans la France révolutionnaire", *Le Monde* (París), 23 de enero de 1987.

—, "L'homme de cour, un modèle de civilisation", *Le Monde* (París), 13 de noviembre de 1987.

—, "Nourrir Paris", *Le Monde* (París), 4 de marzo de 1988.

—, "Le crime et la pardon", *Le Monde* (París), 30 de agosto de 1988 [trad. esp. de Mirtha Rosenberg y Cristina Sardoy: "Contar el crimer, pedir el perdón", en R. Chartier, *El juego de las reglas: lecturas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 140-142].

—, "Les Lumières de Robert Darnton", *Le Monde* (París), 25 de julio de 1988.

—, "'Microstoria' et anthropologie", *Le Monde* (París), 3 de febrero de 1989.

—, "Thermidor ou l'oubli impossible", *Le Monde* (París), 14 de marzo de 1989.

—, "Une lecture américaine de 1789", *Le Monde* (París), 19 de mayo de 1989.

—, "Nouvelles méthodes: le sens des formes", *Le Monde* (París), 11 de octubre de 1989.

—, "L'invention du sabbat", *Le Monde* (París), 27 de noviembre de 1992 [trad. esp. de Mirtha Rosenberg y Cristina Sardoy: "La invención del Sabbat", en R. Chartier, *El juego de las reglas: lecturas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 178-182].

—, "Elias, le cavalier du lac de Constance", *Le Monde* (París), 10 de agosto de 1990.

—, *Les Formes produisent du sense*, Lyon, Livre-Pensée, Voie livres nº 58, 1992.

—, "Ouvrir les livres du monde", *Le Monde* (París), 20 de marzo de 1992.

—, "Les aventures de l'écriture", *Le Monde* (París), 5 de noviembre de 1993 [trad. esp. de Mirtha Rosenberg y Cristina Sardoy: "Poderes de la escritura", en R. Chartier, *El juego de las reglas: lecturas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 113-116].

—, "Au bord de la falaise", *Le Monde* (París), 30 de septiembre de 1994.

—, *Sociedad y escritura en la Edad Moderna. La cultura como apropiación*, traducción de Paloma Villegas y Ana García Bergua, México, Instituto Mora, "Itinerarios", 1995.

—, "La fin du livre-roi", *Le Monde* (París), 9 de junio de 1995.

—, "Le visible et les textes", *Le Monde* (París), 8 de septiembre de 1995 [trad. esp. de Mirtha Rosenberg y Cristina Sardoy: "Imágenes y palabras", en R. Chartier, *El juego de las reglas: lecturas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 45-48].

—, "Écrire les morts", *Le Monde* (París), 2 de febrero de 1996 [trad. esp. de Mirtha Rosenberg y Cristina Sardoy: "Las escrituras de la muerte", en R. Chartier, *El juego de las reglas: lecturas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 117-120].

—, "Entre l'autre et le même", *Le Monde* (París), 29 de noviembre de 1996 [trad. esp. de Mirtha Rosenberg y Cristina Sardoy: "El otro y el mismo", en R. Chartier, *El juego de las reglas: lecturas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 201-204].

—, "Une nouvelle espèce de livre", *Le Monde* (París), 28 de mayo de 1999.

—, "L'écrit et l'écran, une révolution en marche", *Le Monde* (París), 12 de octubre de 2007.

—, "L'avenir numérique du livre", *Le Monde* (París), 27 de octubre de 2009 [trad. esp. de Anaclet Pons: "El futuro del libro, en un mundo digital", *Clionauta. Blog de historia*, 30 de octubre de 2009].

—, "Hardis historiens!", *Le Monde* (París), 5 de abril de 2013.

—, "Hacia una revolución de la lectura", *El País* (Madrid), 23 de mayo de 2014.

—, "El sueño de un mundo sin bibliotecas es una pesadilla", *El Mercurio* (Santiago de Chile), 27 de julio de 2014.

Cue, Alberto, "Las formas de la lectura" [entrevista con Roger Chartier], *Reforma* (México), 3 de diciembre de 1995.

Cusset, François, *French Theory. Foucault, Derrida, Deleuze et Cie et les mutations de la vie intellectuelle aux États-Unis*, París, La Découverte, 2003 [trad. esp. de Mónica Silvia Nasi: *French Theory. Foucault, Derrida, Deleuze & Cía. y las mutaciones de la vida intelectual en Estados Unidos*, Barcelona, Melusina, 2005].

Darnton, Robert, "Google and the Future of Books", *The New York Review of Books*, vol. LVI, nº 2, 12 de febrero de 2009 [trad. esp. de Roger García Lenberg: "Google y el futuro de los libros", en Robert Darnton, *Las razones del libro. Futuro, presente y pasado*, Madrid, Trama Editorial, 2010, pp. 19-35].

Elias, Norbert, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, traducción de Ramón García Cotrelo, México, Fondo de Cultura Económica, 1987 [1939].

Foucault. Michel, "Qu'est-ce qu'un auteur?", *Bulletin de la Société française de philosophie*, Año LXIII, nº 3, julio-septiembre de 1969, pp. 73-104 y *Littoral*, nº 9, junio de 1983, pp. 3-32 [trad. esp. de Silvio Mattoni: *¿Qué es un autor?*, Buenos Aires, El Cuenco de Plata, 2010].

—, *Dits et écrits, 1954-1988*, 4 vols., París, Gallimard, 1994 [hay versión castellana parcial y diseminada en diferentes obras. A este respecto, cf. Edgardo Castro, *Diccionario Foucault. Temas, conceptos y autores*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018, p. 16].

Granger, Christophe (ed.), *À quoi pensent les historiens? Faire de l'histoire au XXIe siècle*, París, Autrement, 2013.

Greenblatt, Stephen, *Marvelous Possessions. The Wonder of the New World*, Chicago, The University of Chicago Press, 1988 [trad. esp. de Socorro Giménez: *Maravillosas Posesiones. El asombro ante el Nuevo Mundo*, Barcelona, Marbot Ediciones, 2008].

Loriou, Céline, "Ces voix qui nous parlent du passé. La voix de l'historien à la radio française", *Hypothèses*, vol. XXII, nº 1, 2019, pp. 131-142.

Martin, Henri-Jean, *Histoires et pouvoirs de l'écrit*, con la colaboración de Bruno Delmas, París, Perrin, 1988 [trad. esp. de Emiliano Fernández Prado y Ana Rodríguez Navarro: *Historia y poderes de lo escrito*, Gijón, Trea, 1999].

McKenzie, D. F., *Bibliography and the Sociology of Texts*, Londres, British Library, The Panizzi Lectures, 1986.

Schama, Simon, *Citizens. A Chronicle of the French Revolution*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1989 [trad. esp. de Aníbal Leal: *Ciudadanos. Crónica de la Revolución francesa*, Buenos Aires, Javier Vergara, 1990].

Solnon, Jean-François, *La Cour de France*, París, Fayard, 1987.

Petrucci, Armando, *La scrittura. Ideologia e rappresentazione*, Turín, Einaudi, 1986 [trad. esp. de María Beatriz Raffo: *La escritura. Ideología y representación*, Buenos Aires, Ampersand, 2013].

Wimsatt, W. K. Jr. y M. C. Beardsley, "The Intentional Fallacy", *The Sewanee Review*, vol. LIV, nº 3, julio-septiembre de 1946, pp. 468-488 [trad. esp. de Vicente Carmona: "La falacia intencional", en J. M. Cuesta Abad y J. Jiménez Heffernan (eds.), *Teorías literarias del siglo XX. Una antología*, Madrid, Akal, 2005, pp. 399-411].

Resumen/Abstract

Llevar el mundo de los libros al *grand public*. Roger Chartier y el arte de la reseña
El objetivo del artículo consiste en reconstruir el rol que, desde los años 1980, Roger Chartier tuvo como escritor de reseñas dirigidas al gran público en el periódico *Le Monde*, reseñas cuya profusión y continuidad representan una verdadera crónica global de la historiografía occidental. En el marco de una "alta divulgación" francesa, Chartier se convirtió en el intermediario transnacional entre un público no especializado y la producción intelectual francesa o extranjera y, con ello, logró expandir su concepto de "libro" como objeto histórico: no solo ya como opción de investigación académica, sino también como un impreso pasible de transmitir ideas por fuera de los círculos universitarios. Finalmente, el artículo culmina con la posición que Chartier ha tomado en la arena pública internacional frente al futuro del libro, el devenir de las bibliotecas y los cambios en la práctica de la lectura en una era marcada por la hegemonía de Internet.

Palabras clave: Roger Chartier – Reseña bibliográfica – Alta divulgación – Historiografía francesa – *Le Monde des livres*

Bringing the World of Books to the *Grand Public*. Roger Chartier and the Art of Book Review
The aim of this article is to reconstruct the role that, since the 1980s, Roger Chartier played as a writer of reviews for the general public in the newspaper *Le Monde*, reviews whose profusion and continuity represent a true global chronicle of Western historiography. Within the framework of a French "high popularization", Chartier became the transnational intermediary between a non-specialized public and French or foreign intellectual production and, in doing so, succeeded in expanding his concept of "book" as a historical object: no longer only as an option for academic research, but also as a printed matter capable of transmitting ideas outside university circles. Finally, the article culminates with the position Chartier has taken in the international public arena regarding the future of the book, the future of libraries and the changes in the practice of reading in an era marked by the hegemony of the Internet.

Key Words: Roger Chartier – Book Review – High Divulgation – French Historiography – *Le Monde des livres*

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1308>

Del orden de los libros a los regímenes documentales

*Una propuesta de trabajo**

Bertrand Müller

École des Hautes Études en Sciences Sociales / Centre National de la Recherche Scientifique

"Ocurre que no todas las crisis son pura penuria. La crisis de la abundancia, es decir, de la superabundancia, no es menos temible que la otra. Ahora bien, el libro y, de manera general, todo lo impreso, conocieron una crisis terrible y semejante. Hay demasiados […] Se trata de un flujo incesante, de una marea que, hora tras hora, se amplifica. Lo mejor se codea con lo peor. Otrora se podía leer –y leer, cada uno en su propio campo– casi todo lo que valía la pena leer. Actualmente, nadie puede leer, no digo todo, sino, simplemente, lo esencial. Y, además, se pierden las ganas. Es como si uno se hartara desde el principio".

Lucien Febvre, "Avant-propos",
Encyclopédie française, vol. XVIII titulado *La civilisation écrite*,
dirigido por Julien Cain, 1939.

En 1934, el jurista belga Paul Otlet (1868-1944) publicó *El tratado de documentación* con un subtítulo: *El libro sobre el libro*. Su propósito era formular la teoría y el método de un nuevo campo, la documentación, que inscribió en una nueva disciplina. Dudó sobre el término y propuso, solo como título, *documentología*, pero retuvo bibliología, que definió como una ciencia y una técnica general del documento, una teoría que enfrentaba dos desafíos prácticos: "buscar el perfeccionamiento del libro" y obtener un "incremento de su eficiencia total".[1] La bibliología no es solo una bibliografía, sino que propone convertirse en la ciencia total del libro, cuyo concepto comprendería la representación del mundo, un sistema de signos, de dispositivos materiales, de modalidades de registro conservable, comunicable y transmisible. Fascinado por las matemáticas, Paul Otlet imaginó "la posibilidad de dotar algún día el pensamiento con nuevas categorías elaboradas mediante el proceso indirecto del documento". Esta nueva ciencia, ciencia del "orden que ha de ponerse en los documentos", la consideró como continuación de una lógica compuesta por la "ciencia del orden que ha de ponerse en las ideas". Al desarrollar su sueño de una "documentación sin documentos", vinculó un documento elemental que llamó *biblion* y que estaría despojado de "sus propiedades fundamentales, físicas y psicológicas", para subli-

* Traducción para *Prismas* de Maya González Roux.

[1] Paul Otlet, *Traité de documentation*, Bruselas, Éditions du Mundaneum, 1934, p. 25. [N. del E.: en la bibliografía se detallan todos los libros citados que tienen ediciones en castellano].

marlo –Otlet utilizó el verbo en infinitivo– y reducirlo a su *substratum*, a la "serie encadenada de sus signos".[2] Solo pudo plantear el qué y el cómo al remitirse a la música, a una música reducida a puros tonos sin notación, o aun a las ondas de radio, a la TSH [telegrafía sin hilos], sin disponer, sin embargo, de instrumentos lógicos como tampoco de desarrollos matemáticos que le dieran consistencia.

¿En qué pensaba Paul Otlet cuando evocaba esta forma desmaterializada del documento reducido a un mensaje ondulatorio? ¡El presentimiento *ondulatorio* y la *desmaterialización* no anunciaban aún el universo digital que, desde hace tiempo, es el nuestro! Cuando Otlet evocaba la necesidad de una nueva bibliología, asociaba el libro, la información y la documentación, sin proponer una nueva definición de la información, incluso cuando describió las transformaciones del libro científico reemplazado sucesivamente por las revistas, los anuarios, más tarde por la documentación en fichas y, finalmente, por la "coordinación internacional de la información científica".[3] Y al decir "información" aún se refería, por cierto, a la comunicación y a la circulación de documentos y contenidos que pensaba desarrollar a través de la TSH y de la televisión, por ese entonces, incipiente. La bibliología, en su versión teórica o en su versión práctica, no se desprende del libro, sino que es una bibliometría, una estadística de libros y de documentación que anticipaba las explicaciones propuestas por Eugene Garfield y Robert K. Merton en los años 1950.[4] También pretendía ser una bibliotecnia, un esfuerzo ilusorio de estandarización del libro, ¡en especial el científico! Al no poder explotar todas las dimensiones de una teoría del documento, la bibliología se concentró en el estudio de las "leyes generales de la producción, del intercambio y del consumo literario" y, en mayor medida, de los documentos en todas sus formas.[5] La documentación solo es una de las categorías de una clase más general: los "medios de información y de comunicación", entre los cuales figuran el disco, la película, la radio (TSH), la televisión, pero también, de forma más general, las representaciones culturales (el teatro, las fiestas, la liturgia, las obras artísticas y el arte). Las viejas prácticas y los nuevos medios de comunicación, bastante diferentes en su concepción y en su funcionamiento, aunque todos mezclados, son "sustitutos del libro" o bien constituyen otras posibilidades y, por consiguiente, desarrollan las mismas funciones de información y comunicación.

La *opus magnum* de Paul Otlet, *El tratado de documentación*, determinada por una ciencia no definida, es, en el mejor de los casos, solo su subtítulo: el libro sobre los libros.* De la ficha y del *biblion* al libro universal, la trayectoria del documento conduce siempre al libro, al libro como "medio de universalidad, de ubicuidad y de eternidad".[6] Libro no superado, ¡libro insuperable! En otra parte, señalé que Paul Otlet no logró, sin embargo, proponer el tratado fundacional de bibliología, sino el de documentología, y tampoco superó el tratado de bibliografía que tendía a un pensamiento clasificatorio basado en la clasificación decimal (parcialmente) universal que extrajo del bibliotecario estadounidense Melvil

[2] *Ibid.,* p. 27.
[3] Paul Otlet, *Traité de documentation*, p. 240.
[4] Sobre Eugene Garfield, pueden consultarse sus quince volúmenes, todos titulados *Essays of an Information Scientist* (Philadelphia, ISI Press, 1977), en los que reúne sus artículos sobre el campo de la ciencia de la información, publicados entre 1962 y 1976.
[5] Paul Otlet, *Traité de documentation*, p. 324.
* A diferencia del singular "El libro sobre el libro", tal la traducción del subtítulo del libro de Otlet, el plural "El libro sobre los libros" se acerca más a la idea de libro mayor, total o universal, como da cuenta el autor a continuación [N. de la T.].
[6] Paul Otlet, *Traité de documentation,* p. 431.

Dewey (1851-1931).[7] *El tratado de documentación*, con sus numerosas imperfecciones, sus carencias y sus olvidos, puede, no obstante, resultarnos interesante por lo que expresa e intenta conocer y organizar, independientemente de las intuiciones visionarias de su autor. Paul Otlet estaba obsesionado con la proliferación de libros, documentos y con la enorme acumulación de los datos obtenidos.

Recordemos que la palabra *documentación* apareció de forma tardía en la lengua francesa (hacia 1870) y, precisamente, expresaba ese movimiento de amplificación y diversificación de la producción de documentos de cualquier naturaleza y en soportes nuevos que se inició a fines del siglo XVIII. En 1793, en la tribuna de la Asamblea Nacional, Saint-Just ya denunciaba la inercia de una administración que se desmoronaba bajo un papeleo que atribuía al "demonio de escribir". El comienzo del siglo XX marcó un momento de transformación de aquello que, por mi parte, denomino "régimen documental", el régimen de la documentación que contamina de forma progresiva al antiguo "régimen tipográfico" antes de ser absorbido por el escandaloso y caótico avance de un nuevo régimen digital o de una "lógica computacional".[8] Incluso antes de la Revolución, el "demonio de la escritura" (Ben Kafka) y la "proliferación del papeleo" fueron expresiones de la modernidad que favorecieron la emergencia de un espacio público y acompañaron la Revolución Industrial.[9] La industrialización del papel manufacturado conforme a los nuevos procedimientos, la mecanización de la imprenta, la proliferación de nuevos medios de comunicación, los nuevos modos de inscripción, registro, conservación y comunicación aceleraron y ampliaron su desarrollo en un vano intento por controlar una inflación documental que no se agotaba.

El libro vivió su segunda revolución (industrial) después de la invención de la imprenta de Gutenberg, mientras que el documento y la documentación se convirtieron en modalidades esenciales de un nuevo régimen documental epónimo. Todos los esfuerzos de Paul Otlet y de su asistente Henri La Fontaine (1854-1943) convergieron en la invención de dispositivos intelectuales y materiales que intentaban circunscribir de forma racional esa invasión documental. La documentación se instaló entre el archivo (fondo de manuscritos), la biblioteca (colección de libros) y el museo (colección de objetos). Designa un conjunto muy diverso de consignación de informaciones, registros o datos y representa la emergencia de una práctica, la emergencia de nuevas instituciones y el nacimiento de una nueva profesión: el –o, con más frecuencia, la– documentalista que Paul Otlet propuso también llamar "documendaz" ["*docu-menteur*"] porque tiene "la misma desinencia que doctor".[10]

No obstante, documentar es una vieja preocupación de las sociedades, tal como ocurre con los problemas vinculados con la proliferación, diversificación y dispersión de los escritos. También Roger Chartier señaló cómo "la proliferación textual incontrolable de un discurso, sin orden ni límites", "el exceso de los escritos que multiplica los textos inútiles y sofoca el pensamiento bajo discursos acumulados" se percibieron como un peligro tan grande como borrar huellas, destruir libros o suprimir discursos.[11] Al cruzar una historia de

[7] Cf. Bertrand Müller, "Une œuvre interrompue… la documentation. Postface d'un historien", en Paul Otlet, *Traité de documentation. Le livre sur le livre. Théorie et pratique*, París, Éditions des maisons des sciences de l'homme associées, 2021, pp. I-X.

[8] Bertrand Müller, "Archives, documents, données. Problèmes et définitions", *Gazette des archives*, nº 212, 2008.

[9] Cfr. Ben Kafka, *Le Démon de l'écriture. Pouvoirs et limites de la paperasse*, París, Zones sensibles, 2013.

[10] Paul Otlet, *Traité de documentation*, p. 13.

[11] Roger Chartier, *Inscrire et effacer. Culture écrite et littérature (XIe-XVIIIe siècle)*, París, Gallimard-Seuil, 2005, p. 7.

la cultura escrita con la sociología de los textos, Chartier interrogó las múltiples relaciones entre los discursos, su puesta en texto, sus inscripciones materiales, circulaciones, modalidades de apropiación y de lectura. En la cultura de lo impreso, observó con atención el "conjunto de nuevos gestos rezumados por la producción de lo escrito y de la imagen bajo una nueva forma" que produjo el desarrollo de la imprenta de tipos móviles.[12] Al tiempo que interrogó y discutió sus límites, Chartier privilegió las diversas modalidades del libro que se desarrollaron durante la larga duración de un "antiguo régimen tipográfico" y que Frédéric Barbier situó entre el siglo XIV y las primeras décadas del siglo XIX, es decir, antes de la revolución mecánica e industrial de la imprenta.[13] Chartier retuvo solo marginalmente la noción de "régimen" y prefirió, en un primer momento, la de "orden de los libros" que dio título a un libro breve, pero que inauguró su enfoque.*

En un primer sentido, Chartier remitía la ordenación de los libros a un conjunto de procesos de regulación y control, incluidos los económicos y políticos, para remediar la proliferación y dispersión de los textos que tomaron forma cuando el libro manuscrito se transformó en libro impreso: de la lista de títulos a la clasificación de libros, de la emergencia del autor a la atribución de textos, numerosos dispositivos, estables pero no inmutables, se inscribieron en una larguísima duración y, todavía hoy, están parcialmente activos. Un segundo sentido concierne al discurso formalizado en un texto que se ve "afectado por el formato del libro", "impuesto" a los lectores –aunque jamás totalmente–, en un orden que es un orden de lectura, de la comprensión, o bien aún aquel "que demandó la autoridad que solicitó, autorizó o difundió la obra".[14] El orden es, desde entonces, un argumento relacional que designa una relación (obligación) entre el autor y el lector, una relación que también es material y que supone la intervención de un tercer interlocutor, el impresor, más tarde el librero, el editor o el bibliotecario. Finalmente, un tercer sentido incluye manuscritos e impresos en la diversidad de soportes en papel o digitales, es decir, los libros y, en mayor medida, los "impresos" en sus múltiples formas editoriales y materiales. En una larguísima duración, desde la era del *volumen*, a la del *codex*, después a la era de la imprenta y, finalmente, a la de la digitalización y la pantalla, los textos y los discursos están circunscritos a diferentes órdenes que los organizan y los restringen. En 2007, Chartier retomó la noción de orden para inscribir la especificidad del libro en relación con el conjunto de objetos de la cultura escrita, intensamente modificada por la reproducción mecánica del texto, matizando de este modo las limitaciones ordenadoras para considerar, de forma más amplia, la tensión entre una historia de la cultura impresa y la historia cultural de lo impreso.[15] Tal es así que reactivó una de las primeras incursiones que había propuesto en 1987 al tener en cuenta los impresos que no son libros, ni siquiera *livrets*, y así ampliar el campo hacia aquellos objetos culturalmente menos nobles que los textos y los libros para incluir en él un conjunto de es-

[12] Roger Chartier (ed.), "Avant-propos. La culture de l'imprimé", en R. Chartier (ed.), *Les Usages de l'imprimé (XV^e^-XIX^e^ siècle)*, París, Fayard, 1987, p. 7.

[13] Cf. Frédéric Barbier y Catherine Bertho-Lavenir, *Histoire des médias. De Diderot à Internet*, París, Armand Colin, 1996. La cita entrecomillada de Chartier proviene de "L'ancien régime typographique. Réflexions sur quelques travaux récents", *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, Año XXXVI, nº 2, 1981.

* El autor se refiere a la obra de 118 páginas titulada *L'Ordre des livres. Lecteurs, auteurs, bibliothèques en Europe entre XIVe et XVIIIe siècle*, Aix-en-Provence, Alinéa, 1992 [N. de la T.].

[14] *Ibid*., pp. 14-15.

[15] Roger Chartier, *Écouter les morts avec les yeux*, París, Fayard, 2008. Se trata de su Lección inaugural en el Collège de France, pronunciada el 11 de octubre de 2007.

critos e imágenes, signos gráficos y signos visuales, impresos y manuscritos. Si, por supuesto, la cuestión era oponerse a toda reducción incontrolada del texto, también se trataba de resistir la ilusoria tentación de disolver todos los textos en documentos. Sin duda, esta reducción es la que, en la actualidad, rige la lógica computacional: escritura, imagen y sonido están, desde entonces, reunidos en un mismo soporte electrónico por su conversión y codificación digitales.

Existe otra reducción a la que (todavía) es posible resistir y que también está en el centro de las preocupaciones de Roger Chartier: la (repetida) desaparición del libro. Dado que sigue siendo, desde su creación, una propuesta que conforma un *corpus* (Michel Melot) –es decir, con un principio y un fin–, el libro nunca ha dejado de transformarse, de resistir y de adaptarse a todas las (r)evoluciones técnicas.[16] Si bien, desde hace un tiempo, todos los libros son libros digitales –en el sentido de que son pensados y producidos por dispositivos digitales–, su lectura no se limita al uso de las pantallas y, por lo tanto, el libro en papel hace mucho más que resistir ya que continúa imponiendo, en gran medida, sus formas y soportes, especialmente, el propio papel. Por otra parte, desde hace mucho tiempo el libro rompió lanzas con aquel antiguo régimen tipográfico –transformado de modo radical en el siglo XIX gracias a la elaboración mecánica y a la industrialización del papel– y, desde entonces, se fabrica con celulosa y mediante una imprenta rotativa que incluye texto e imagen para impresiones de gran tirada. Esta segunda revolución del libro (que Roger Chartier estudió poco) corresponde, sobre todo, al texto impreso, al periódico, a la revista, al afiche, al material impreso de todo tipo. Del mismo modo, esta revolución también atañe a la escritura mecanizada (máquinas de escribir), a la imagen –fija en un comienzo con la fotografía, después dinámica con el cine y, más tarde, con la televisión–, el sonido con el teléfono, la radio, el fonograma y el disco. La cultura de lo escrito fue así considerada en un contexto más amplio, el de la información y la comunicación que, desde entonces, articula el signo, el sonido y el grafismo en un sistema que pronto fue designado como medios de comunicación. El orden del libro se transformó no solo cuantitativa sino también cualitativamente: el libro se desdobla y multiplica, se fotografía, se microfilma, se graba y oraliza. La cultura de lo impreso, ávida de capitales, está sujeta a las restricciones de los grandes grupos económicos y, desde hace un tiempo, los editores y la prensa pautan las orientaciones y los ritmos.

De este modo, antes de la "revolución digital" y tras la emergencia de los nuevos medios de comunicación, calificados por Friedrich Kittler como "medios analógicos", las importantes transformaciones del siglo XIX contribuyeron a la formación de un nuevo régimen documental.[17] Si la Primera Guerra Mundial aceleró su desarrollo, la Segunda, por medio de la teoría de la información que precedió la invención de las computadoras, ya anunciaba su superación. Así, si bien existió desde el siglo XIV un largo régimen tipográfico que jamás desapareció totalmente, en el giro de la modernidad de los siglos XIX y XX, un nuevo régimen documental, analógico, compitió con él por un breve período antes de ser completamente absorbido por la generalizada conversión digital en la que actualmente vivimos desde hace dos o tres décadas. ¿Cuál será el nuevo orden computacional que surgirá? Si bien el libro, seguramente, no desaparecerá, ¿bajo qué formas antiguas y nuevas se desarrollará? Los cambios actuales tal vez nos in-

[16] Cf. Michel Melot, *Livre*, París, Éditions du 81, 2006.

[17] Cf. Friedrich Kittler, *Mode protégé*, Dijon, Les Presses du réel, 2015.

citen a interrogar de otro modo la historia, a reconsiderar las articulaciones entre el signo, el grafismo y el sonido o la oralidad, a la luz de la larga duración de sus interrelaciones y en el contexto más amplio de la historia de la información.

Para lograrlo, es necesario exponerse al anacronismo, porque los términos como información, comunicación o documentación son recientes. Últimamente, los historiadores de la Antigüedad o de la Edad Media ya no dudan en hacer uso de una terminología muchas veces reciente o cuyos significados se transformaron en el pasado. "Libro", por ejemplo, proviene de *liber* que se refería al libro por su materialidad, el tejido elaborado por algunas cortezas que se adoptó para traducir el término griego *biblion* (libro escrito en papiro). "Documento" procede del latín *documentum* que deriva de *docere* (enseñar, instruir) y solo consiguió su autonomía en el siglo XIX para puntualizar una información o una prueba de acuerdo con el uso que apareció hacia fines del siglo XVII. Hacia 1500, "información" designaba un conjunto de conocimientos agrupados alrededor de un tema, pero era poco frecuente y, en la actualidad, define la documentación. A fines del siglo XIX, tomó el sentido moderno que conocemos: información que se pone a disposición del público (con respecto a la prensa). Pero existen otros anacronismos más perniciosos que fueron observados por Yann Sordet, por ejemplo, algunas tipologías documentales que se presumen de la Edad Media cuando, en realidad, son nomenclaturas inventadas por los historiadores del siglo XIX y que, posteriormente, se repitieron.[18]

¿Cómo reconstruir y calificar la larga duración que estuvo siempre presente en las investigaciones de Roger Chartier? Filippo Ronconi la reinscribió en el programa de la historia del libro antiguo.[19] La noción de "régimen documental" puede contribuir a ello. François Hartog propuso la noción de "regímenes de historicidad" para designar los momentos durante los cuales se impone cierta relación entre pasado, presente y futuro.[20] Dominique Pestre apeló a "regímenes de saberes" para caracterizar los modos de producción de la ciencia.[21] Sin ceder a la tentación del *buzzword* que denunció Yves Gingras,[22] me parece que la noción también puede ser productiva en otro sentido, tal como la definen, sobre todo, los geógrafos cuando buscan aprehender los regímenes hidrológicos midiendo los cambios de capacidad y las características de una formación acuática que se repiten de modo constante en el tiempo y en el espacio. O, inclusive, los físicos, cuando definen los regímenes de los motores por medio del informe de velocidad que un motor alcanza cuando se lo somete a algunas restricciones de fuerza (potencia, torción). La noción de régimen enriquece la larga duración con las ideas de velocidad, aceleración y regulación, sometidas a intensidades y variaciones que determinan formas particulares de coherencia, pero también de turbulencia, desregulación y reconfiguración que organizan diferentes modos de producciones y de arreglos documentales a lo largo del tiempo.

Para dar cuenta correctamente del régimen documental y designarlo, es necesario consi-

[18] Cf. Yann Sordet, *Histoire du livre et de l'édition. Production et circulation, formes et mutations*, posfacio de Robert Darnton, París, Albin Michel, 2021.

[19] Cf. Filippo Ronconi, *Aux racines du livre. Métamorphoses d'un objet de l'Antiquité au Moyen Âge*, París, Éditions de l'EHESS, 2021.

[20] Cf. François Hartog, *Régimes d'historicités. Présentisme et expérience du temps*, París, Seuil, 2003.

[21] Cf. Dominique Pestre, *Science, argent et politique, un essai d'interprétation*, París, Éditions Quae, 2004.

[22] Cfr. La entrevista a Yves Gingras de Jérôme Lamy y Arnaud Saint-Martin, "Faire de la sociologie des sciences avec un marteau? Science et éthique en action", *Savoir/Agir*, nº 27, 2014. [*Buzzword*: palabra de moda, pegadiza; N. de la T.].

derar los ritmos propios en los que se inscribe, concentrarse en momentos particulares, principalmente en las transformaciones y, después, en las normalizaciones, detectar los momentos en que aparece un nuevo ritmo documental, cuando se amplifica y acelera, evaluar las innovaciones que rivalizan y le dan consistencia, un desarrollo, una dirección, un ritmo, examinar los momentos de crisis, de dispersión, de dislocación, de recomposición y reconfiguración. Un régimen documental es, por lo tanto, con el paso del tiempo, un conjunto de dispositivos de producción, de gestión, de clasificación, de conservación, de comunicación de informaciones más o menos complejas, consignadas en soportes diversificados que se inscriben en lógicas de procesamiento específico. ¿Cuáles son las combinatorias impuestas, construidas, pero también imprevisibles mediante las cuales las prácticas documentales forman conjuntos, dispositivos o formas? ¿Qué medios se activan? ¿Escrituras, soportes, instrumentos? ¿Qué recursos? ¿Competencias, habilidades, usos, reglas y normas? Una historia larga sobre los regímenes documentales se articula, en consecuencia, alrededor de varios niveles: una historia cultural o intelectual, una historia de las técnicas y de las materialidades, una historia social y económica y, finalmente, una historia política.

El interés de los regímenes documentales supone, principalmente, una aspiración heurística más que una ambición hermenéutica. Desde luego, la cuestión es definir un instrumento para dar cuenta de las preocupaciones recurrentes sobre la proliferación de los documentos, la explosión del papeleo y la consiguiente e incesante declaración sobre la desaparición del libro para comprender la diversidad de respuestas que las sociedades proponen. Aunque sea ilusorio seguir estos procesos en su conjunto, es posible seguir a Roger Chartier cuando propone un enfoque que procede mediante el registro de casos particulares que, una vez analizados con rigurosidad, son capaces de activar preguntas más generales. Jean-Claude Schmitt, en su magnífico libro sobre *Les rythmes au Moyen-Âge*, sugiere un enfoque análogo cuando analiza las variaciones rítmicas en una larga duración de más de diez siglos, trabajando a partir de informes singulares seleccionados en función de su aporte específico para la comprensión de la problemática.[23] Precisamente, me parece que *El tratado de documentación* reúne aquellas características puesto que permite interrogar lo que fue el régimen de la documentación, un régimen que Paul Otlet intentó, obstinadamente, circunscribir, al proponer instrumentos que regularan los ritmos caóticos. Para superar la proliferación de los soportes, propuso una primera forma de desmaterialización mediante la extracción de todos los contenidos y su transcripción en un soporte único y estándar: la ficha, partícula elemental de una inmensa enciclopedia documental de fichas ordenadas según la clasificación decimal universal. Liberado de su materialidad, el libro también se encuentra privado de su contenido segmentado, fragmentado en una multitud de enunciados, de informaciones, de datos consignados en fichas. Si bien la ambición multiforme y utópica de Paul Otlet no anticipó necesariamente nuestra situación actual, su obra ofrece un asombroso y fascinante observatorio para ella. □

Bibliografía citada

Barbier, Frédéric y Catherine Bertho-Lavenir, *Histoire des médias. De Diderot à Internet*, París, Armand Colin, 1996 [trad. esp. de Eduardo Rinesi: *Historia de los medios de Diderot a Internet*, Buenos Aires, Colihue, 1999].

Bertrand, Paul, *Les Écritures ordinaires. Sociologie d'un temps de révolution documentaire (1250-1350)*, París, Publications de la Sorbonne, 2015.

[23] Jean-Claude Schmitt, *Les Rythmes au Moyen-âge*, París, Gallimard, 2016.

Chartier, Roger, "L'ancien régime typographique. Réflexions sur quelques travaux récents", en *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, Año XXXVI, nº 2, 1981, pp. 191-209.

— (ed.), *Les Usages de l'imprimé (XV^e^-XIX^e^ siècle)*, París, Fayard, 1987.

—, *Lectures et lecteurs dans la France d'Ancien Régime*, París, Seuil, 1987.

—, *L'Ordre des livres. Lecteurs, auteurs, bibliothèques en Europe entre XIV^e^ et XVIII^e^ siècle*, Aix-en-Provence, Alinéa, 1992 [trad. esp. de Viviana Akerman: *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*, Barcelona, Gedisa, 1994].

–, *Inscrire et effacer. Culture écrite et littérature (XI^e^-XVIII^e^ siècle)*, París, Gallimard-Seuil, 2005 [trad. esp. de Víctor Goldstein: *Inscribir y borrar. Cultura escrita y literatura (siglos XI-XVIII)*, Buenos Aires, Katz, 2006].

–, *Écouter les morts avec les yeux*, París, Fayard, 2008 [trad. esp. de Laura Fólica: *Escuchar a los muertos con los ojos*, *Lección inaugural en el Collège de France*, Buenos Aires, Katz, 2008].

Hartog, François, *Régimes d'historicités. Présentisme et expérience du temps*, París, Le Seuil, 2003 [trad. esp. de Norma Durán: *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, México, Universidad Iberoamericana, 2007].

Kafka, Ben, *Le Démon de l'écriture. Pouvoirs et limites de la paperasse*, París, Zones sensibles, 2013.

Kittler, Friedrich, *Mode protégé*, Dijon, Les Presses du réel, 2015 [hay traducción castellana (a partir del original alemán) de los dos textos que conforman esta edición francesa, por parte de Laura Esponeda Aguilar, bajo los títulos "Protected Mode" y "No hay ningún software", en *La verdad del mundo técnico. Ensayos para una genealogía del presente*, México, Fondo de Cultura Económica, 2018, pp. 234-244 y pp. 245-256].

Lamy, Jérôme y Arnaud Saint-Martin, "Faire de la sociologie des sciences avec un marteau? Science et éthique en action" [entrevista con Yves Gingras], *Savoir/Agir*, nº 27, 2014, pp. 71-84.

Melot, Michel, *Livre*, París, Éditions du 81, 2006.

Müller, Bertrand, "Archives, documents, données. Problèmes et définitions", *Gazette des archives*, nº 212, 2008, pp. 35-45.

—, "Une œuvre interrompue… la documentation. Postface d'un historien", en Paul Otlet, *Traité de documentation. Le livre sur le livre. Théorie et pratique*, París, Éditions des maisons des sciences de l'homme associées, 2021, pp. I-X.

Otlet, Paul, *Traité de documentation*, Bruselas, Éditions du Mundaneum, 1934 [trad. esp. de María Dolores Ayuso García: *El tratado de documentación. El libro sobre el libro,* Murcia, Universidad de Murcia, 1996].

Pestre, Dominique, *Science, argent et politique, un essai d'interprétation*, París, Éditions Quae, 2004 [trad. esp. de Ricardo Figueira: *Ciencia, dinero y política. Ensayo de interpretación*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2005].

Ronconi, Filippo, *Aux racines du livre. Métamorphoses d'un objet de l'Antiquité au Moyen Âge*, París, Éditions de l'EHESS, 2021.

Schmitt, Jean-Claude, *Les Rythmes au Moyen Âge*, París, Gallimard, 2016.

Sordet, Yann, *Histoire du livre et de l'édition. Production et circulation, formes et mutations*, posfacio de Robert Darnton, París, Albin Michel, 2021.

Resumen/Abstract

Del orden de los libros a los regímenes documentales. Una propuesta de trabajo
Partiendo de la obra *Traité de documentation* de 1934, escrita por el jurista belga Paul Otlet, el artículo indaga la importancia que ha tenido la invención de dispositivos intelectuales y materiales para circunscribir de forma racional lo que, ya en ese entonces, se asumía como invasión documental. El artículo examina, esencialmente, las causas y efectos de la proliferación de textos a la luz del concepto "régimen documental", es decir, el conjunto de dispositivos de producción, gestión, clasificación, conservación y comunicación de información mediante soportes diversificados que se inscriben en lógicas de procesamiento específico, una historia de larga duración que es tanto cultural, intelectual como tecnológica, social, económica y política. Frente a ello, se analiza de qué modo Roger Chartier, cruzando una historia de la cultura escrita con una sociología de los textos, sondeó las múltiples relaciones entre los discursos, sus inscripciones materiales, circulaciones, modalidades de apropiación y de lectura.

Palabras clave: Régimen documental – Paul Otlet – Cultura escrita – Revolución digital – Roger Chartier

From the Order of Books to Documentary Regimes. A Work Proposal
Based on the 1934 *Traité de documentation*, written by the Belgian jurist Paul Otlet, the article explores the importance of the invention of intellectual and material devices to rationally circumscribe what, even at that time, was assumed to be a documentary invasion. The article essentially examines the causes and effects of the proliferation of texts in the light of the concept of "documentary regime", i.e., the set of devices for the production, management, classification, preservation and communication of information through diversified supports that are inscribed in specific processing logics, a long-lasting history that is cultural, intellectual, technological, social, economic and political. Against this background, it is analyzed how Roger Chartier, crossing a history of written culture with a sociology of texts, probed the multiple relations between discourses, their material inscriptions, circulations, modes of appropriation and reading.

Key Words: Documentary Regime – Paul Otlet – Written Culture – Digital Revolution – Roger Chartier

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1309>

Materialidad e identidad textual en la obra de Roger Chartier

Perla Chinchilla Pawling

Universidad Iberoamericana

Dentro del verdadero caleidoscopio que constituye la obra de Roger Chartier, abordaremos aquí un aspecto central de su proyecto historiográfico en lo que concierne a una nueva historia de la edición: combatir las nociones ahistóricas de "libro" y "lector" y, a partir de allí, situarlas en el ámbito de una historia cultural de la sociedad que contemple la materialidad del texto.[1] Ante todo, resulta indispensable acudir a una indicación del propio Roger Chartier cuando sugiere de qué modo debe leerse un texto del pasado: "se trata de definir las categorías e instrumentos que nos permiten ubicar cada creación literaria en el contexto y las formas históricas de su transmisión y recepción".[2] Así, tras recuperar las condiciones históricas de la materialidad de su producción, lo que Chartier comenzó a proponer ya desde la década de 1980 era una verdadera innovación en el campo de la investigación denominado "historia del libro". En aquel momento no fue nada sencillo introducir la categoría de materialidad, categoría con la cual buscaba demostrar que las obras no son sustancias inmutables, sino que dependen de su corporalidad, o sea, de su presencia impresa. A este respecto, resulta sintomática la genealogía que construye Anthony Grafton al acuñar el concepto "giro material" para el ámbito de la historia de las ideas y a partir del cual inscribe al propio Chartier, pero también a Carlo Ginzburg y Robert Darnton, como sus principales pioneros.[3] En todo caso, y a partir de una historia intelectual alejada del modelo anglosajón, Chartier se arrojó a un análisis que involucraba tanto la reproducción como la recepción de la producción es-

[1] Roger Chartier, "From Texts to Readers. Literary Criticism, Sociology of Practice and Cultural History", *Estudios Históricos* (Rivera), vol. xxx, nº 62, septiembre-diciembre de 2017. Sobre su perspectiva de historia cultural de la sociedad, véase *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 1992.

[2] Roger Chartier, *Las revoluciones de la cultura escrita. Diálogo e intervenciones*, Barcelona, Gedisa, 2000, p. 132.

[3] Anthony Grafton, "La historia de las ideas. Preceptos y prácticas, 1950-2000 y más allá", *Prismas. Revista de historia intelectual* (Bernal), nº 11, 2007. En la década de 1980, Robert Darnton y otros estudiosos, ante todo Roger Chartier y Carlo Ginzburg, habían creado una nueva historia de libros y lectores utilizando un amplio espectro de fuentes para detectar cómo habían sido creadas, impresas y comercializadas grandes obras de un período concreto y cómo habían sido vendidas y leídas muchos otras más discretas. Los primeros historiadores del libro tendían a sostener, en oposición a las tradiciones de la historia intelectual, que la prueba numérica era más importante que la textual y que la experiencia de grandes cantidades de lectores, a reconstruir mediante registros de editores, podían echar luz sobre problemas infinitamente debatidos, como los orígenes de las revoluciones francesa e inglesa.

crita. Pero, como hemos señalado, durante las décadas de 1970 y 1980 y en el marco de una historia cultural emergente, tuvo que enfrentar posturas encontradas con su idea de materialidad.[4] A este respecto, cabe señalar que el propio Chartier se situó tanto fuera como dentro de las comunidades de teóricos que trabajaban esta problemática. En principio, ante el *New Criticism* y la *Analytical Bibliography*, corrientes que asumían los textos como inmateriales y cuya interpretación correcta solo podía ser unívoca. En este sentido, Chartier responderá con una ponderación inspirada en los trabajos de Michel de Certeau sobre la libertad creativa con la que el lector recrea un texto.[5] En realidad, Chartier acordaba con el tipo de sociología del libro que sostenía Donald Mckenzie así como con la propuesta de Margreta de Grazia y Peter Stallybrass.[6] De Mckenzie recuperaba "la manera en que las formas físicas a través de las cuales son transmitidos los textos a sus lectores (o a sus oyentes) afectan el proceso de construcción del sentido";[7] en lo referido a De Grazia y Stallybrass, rescataba que "la producción, no solo de libros, sino también de los textos mismos, es un proceso que engloba diferentes etapas, técnicas y diferentes intervenciones más allá del mismo acto de escribir".[8] De este modo, no solo desbordaba el ámbito estrictamente historiográfico para abrevar en la teoría literaria y la sociología, sino que también traspasó los límites del espacio francés, dialogando con el mundo anglosajón y, sobre todo, norteamericano; una postura bastante heterodoxa en aquella época para el mundo de *Annales*. A través de una serie de observaciones sobre la intervención del proceso editorial en la producción libresca, se colocó en un lugar inédito por cuanto trató de conectar la producción textual y la recepción lectora. Estas dos áreas de investigación se mantenían –y, por cierto, aún lo hacen– en cotos diferentes, y si bien eran lugares comunes de la teoría literaria y de la sociología cultural, no lo eran de la historia. En todo caso, es dable subrayar que su propuesta sobre las materialidades así como sus principales referentes teóricos no han variado fundamentalmente a través de los años, algo que se vuelve más relevante cuando se atiende a la diversidad de los múltiples corpus documentales que ha consultado y a los distintos escenarios históricos y geográficos que ha indagado en la larga duración.[9]

Pero ha sido la revolución digital la que lo ha llevado en los últimos tiempos a reflexionar nuevamente sobre el problema de la materialidad. En este sentido, en el año 2019 ha afirmado que "En el mundo digital se habla de 'página', de 'libro', de 'imprenta'. Pero describen realidades totalmente originales: una página cuyo contenido es efímero, un libro que ya no vincula más materialidad y discurso, una imprenta sin prensas, ¿es un concepto aceptable la idea de 'libro electrónico'?

[4] Roger Chartier, *El mundo como representación*. Toda esta batalla fue librada por Chartier dentro del espacio acuñado por él mismo como historia "sociocultural" o "historia cultural de la sociedad".

[5] Michel de Certeau, "Leer: una cacería furtiva", en M. De Certeau, *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana-Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 2010.

[6] Cf., respectivamente: Donald F. McKenzie, *Bibliografía y sociología de los textos*, Madrid, Akal, 2005; y Margreta di Grazia y Peter Stallybrass, "The Materiality of the Shakespearian Text", *Shakespeare Quarterly* (Oxford), vol. XLIV, nº 3, otoño de 1993.

[7] Roger Chartier, *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII,* Barcelona*,* Gedisa, 2017, p. 42.

[8] Cécile Rabot, "De l'imprimé au numérique. Une révolution de l'ordre des discours" [entrevista con Roger Chartier], *Biens Symboliques/Symbolic Goods. Revue de sciences sociales sur les arts, la culture et les idées* (París), nº 7, 2020, p. 3. La traducción es nuestra.

[9] Roger Chartier a menudo se refiere a "las materialidades" en plural, es decir, a las "formas" en la que se materializan los textos a través de su proceso de producción editorial.

Yo tengo dudas".[10] Sin embargo, un año después, sostuvo que

> no hay nada más material que el mundo digital con sus múltiples computadoras cuyas pantallas sirven tanto para leer como para escribir. La incesante competencia entre los líderes del mercado al ofrecer nuevos productos, al crear necesidades para que les compren e infundir miedo a la obsolescencia de la información digital demuestran que en su materialidad no hay ninguna desmaterialización.[11]

Con todo, a mediados de los años 1990, había sugerido lo siguiente:

> la representación electrónica de los textos modifica totalmente su condición: sustituye la materialidad del libro con la inmaterialidad de textos sin lugar propio, opone a las relaciones de contigüidad establecidas en el objeto impreso la libre composición de fragmentos manipulables indefinidamente.[12]

Pues entonces, cabe preguntarse en qué se convertiría el texto si quedase definitivamente separado de su soporte material tal como él mismo lo señala. ¿En qué parte se situarían las concepciones de *forms effect meaning* y de *forms affect meaning*?[13] ¿No habrá llegado el momento de replantear el modo de concebir la materialidad de la escritura con relación a su aparente soporte y asumirla como un todo material "consubstanciado" con este? A partir de tales interrogantes, surge una dicotomía que Chartier no parece resolver: o bien existen textos etéreos que se entienden por sí mismos independientemente de su materialidad, o bien ya no hay ninguna posibilidad de concebir o darle identidad a un texto en el formato digital. Más allá de la pertinencia de estas opciones, se trata de una dificultad que nos remite al problema de una "escritura inmaterial" al que Chartier, precisamente, se enfrentó en sus comienzos.

Radicalizar la materialidad

Cabe recordar que Roger Chartier no suele analizar el concepto de materialidad en sí mismo, sino que, a partir de diversos trazados, se sitúa frente a un objeto histórico y ejerce su oficio de historiador, por ejemplo, cuando asume que la materialidad es el punto en que se reúnen el "mundo del texto" y el "mundo del lector", categorías que, como él mismo apunta, toma de Paul Ricœur. En este sentido, señala que "en efecto, [los lectores] nunca se enfrentan con textos abstractos, ideales, alejados de toda materialidad, sino que manipulan objetos cuya organización gobierna su lectura, separando su captación y su

[10] Roger Chartier y Carlos A. Scolari, *Cultura escrita y textos en red*, Barcelona, Gedisa, 2019, edición digital.
[11] Cécile Rabot, "De l'imprimé au numérique", p. 7.
[12] Roger Chartier, *Sociedad y escritura en la Edad Moderna. La cultura como apropiación*, México, Instituto Mora, 1995, p. 255. El propio Chartier señala el problema que se abre con la archi-escritura derridiana en este aspecto: "El abordaje deconstruccionista insistió fuertemente en la materialidad de la escritura y en las diferentes formas de inscripción del lenguaje. Pero en su esfuerzo por abolir o desplazar las oposiciones más inmediatamente evidentes (entre oralidad y escritura, entre la singularidad de los actos de lenguaje y la reproductibilidad del escrito), construyó categorías conceptuales ('archi-escritura', 'iterabilidad') que pueden alejar de la percepción de los efectos producidos por las diferencias empíricas que caracterizan las diversas modalidades de la inscripción de los textos". Cf. Roger Chartier, "Materialidad del texto, textualidad del libro", *Orbis Tertius. Revista de Teoría y Crítica Literaria* (La Plata), Año XI, nº 12, 2006, pp. 2-3.
[13] Cf. Roger Chartier, "Genealogies of the Study of Material Texts. The French Trajectory", *Textual cultures. Texts, contexts, interpretation. Society for textual Scholarship* (Chicago), vol. XIV, nº 1, 2021.

comprensión del texto leído".[14] Es aquí donde Chartier introduce la materialidad como clave para comprender la historización del libro y su recepción afirmando que "las formas producen sentido y que un texto estable en su escritura está investido de una significación y de un estatuto inéditos cuando cambian los dispositivos del objeto tipográfico que propone su lectura".[15] Así pues, si bien se muestra solidario con un doble frente, es decir, con la producción del objeto y su uso, al problematizar la materialidad es la idea de "libro" la que realmente privilegia y la que se convierte en una dura batalla que librar.[16] Su insistencia en que el texto que escribe un autor no es un libro, sino el tramo de un complejo proceso editorial, es el verdadero núcleo de la incidencia que observa en cuanto a la materialidad; de allí que señale que "las verificaciones múltiples y móviles de un texto dependen de las formas a través de las cuales es recibido por los lectores (o sus auditores)".[17] Así, tomando como escenario el Antiguo Régimen, es la naturaleza del objeto histórico la que administra el concepto de materialidad, ya se trate de casos particulares como *La Celestina* o de problemáticas más generales como los libros de buhonería.[18] Y para ello, puede apelar a comparaciones sincrónicas como los *Ars moriendi* en el siglo XV o a correspondencias diacrónicas de larga duración como los cambios que se operan en las obras de Cervantes o Shakespeare.[19] También discurre por límites menos estables: entre la oralidad y la escritura (como el caso del teatro),[20] o en las permanencias –supuestas o no– de las obras canónicas que, en el marco del mundo digital, se someten a una nueva revolución de la cultura escrita.[21] No obstante, no cabe duda de que la prueba más célebre de su apuesta ha sido la que concierne a los "libros azules" con los cuales ha demostrado que, evidentemente, había un interés en el ámbito editorial por transformar la materialidad de las publicaciones originales en aras de dirigirlas a un nuevo público.[22] Por último, han sido las "revolucio-

[14] Roger Chartier, *El mundo como representación*, p. 51.
[15] *Ibid*.
[16] "En la práctica de la comunidad de los libreros e impresores de Londres, se consideraba que lo que era el objeto mismo de la propiedad, del *copyright*, era el manuscrito de la obra que el librero había depositado y hecho registrar. Ese manuscrito debía ser transformado en un libro impreso, pero continuaba siendo el fundamento, el garante y el objeto mismo al cual se aplicaba el concepto del *right in copy*, es decir, del derecho sobre el ejemplar, del derecho sobre el objeto. En el curso del siglo XVIII, se realiza un intenso trabajo con el fin de desmaterializar esta propiedad, de hacer que se ejerza no solo sobre un objeto en el cual se encuentra el texto, sino sobre ese texto mismo, definido de manera abstracta por la unidad y la identidad de los sentimientos que en él se expresan, del estilo que le es propio, de la singularidad que traduce y transmite". Cf. Roger Chartier, *Las revoluciones de la cultura escrita*, pp. 46-47.
[17] Roger Chartier, *El mundo como representación*, p. 51.
[18] Cfr., respectivamente, Roger Chartier, "Texts, Printing, Readings", en L. Hunt (ed.), *The New Cultural History*, Berkeley, University of California Press, 1989; y Roger Chartier, *Sociedad y escritura en la Edad Moderna*, pp. 139-245.
[19] Cfr., respectivamente, *ibid*, pp. 37-71; y Roger Chartier, *Cardenio entre Cervantes y Shakespeare. Historia de una obra perdida*, Barcelona, Gedisa, 2012.
[20] "Así como lo hace el teatro inglés con los *table books* y las *writing tables*, las 'comedias' llevan a la escena los 'libros de memoria' y les asignan los mismos usos: transcribir inmediatamente palabras oídas, escribir los pensamientos fugitivos, redactar textos cortos, y esto sobre el terreno: la plaza, la calle, la carroza. La tipología de algunos empleos del término en Lope de Vega se refiere a tres registros. Ante todo, la materialidad misma del objeto, llevado por los personajes". Cf. Roger Chartier, *Inscribir y borrar. Cultura escrita y literatura (siglos XI-XVIII)*, Buenos Aires, Katz, 2006, p. 57.
[21] Roger Chartier, *Las revoluciones de la cultura escrita*, pp. 81 y ss.
[22] "Es también una fórmula editorial que le da al objeto formas propias, que organiza los textos según dispositivos tipográficos específicos. Para comprender las significaciones de los libritos de gran circulación es necesario volver la vista al impreso en sí, en su materialidad misma. Por un lado, en el caso del repertorio azul, aquello que es contemporáneo al lector, desde su horizonte de alcance, no es el texto, más o menos antiguo, sino la forma impresa en la cual es dado a leer. Por otro lado, lo que es 'popular' en semejante catálogo no son tampoco los textos, que pertenecen a todos los tipos literatura

nes de la escritura", desde el códex hasta la computadora, donde se explicitan todas o casi todas las materialidades de lo que él denomina "libro".[23]

Ante este panorama, ¿es posible reconstruir conceptualmente su idea de "materialidad"? En primer término, diríamos que la materialidad es para Roger Chartier un concepto autoevidente cuya función es únicamente operativa y cuyo objetivo es demostrar una falacia cognitiva que debe dirimirse entre una concepción "platónica" de libro frente a otra de corte "pragmático". Así, la materialidad, como la "cosa" que se percibe y se manipula, no requiere de mayor explicitación puesto que, simplemente, está allí y solo cabe reconocerla. Pese a ello, Chartier ha recalcado en múltiples ocasiones que, en lo referido a la historia del libro en Occidente, ha sido muy difícil observarlo como objeto concreto debido al carácter inmaterial con el que siempre se ha pensado una obra literaria, vale decir, como portadora de una identidad ajena a su soporte material. A este respecto, Chartier sí logra demostrar que la recepción de un texto siempre está mediada por algún tipo de materialidad que afecta su sentido de identidad. No obstante, entiendo que aquí continúa asumiendo la escritura como una entidad que se inscribe sobre un soporte y no como un todo material inherente a dicho soporte. De este modo, evita la unidad que busca, pues siempre hay una "escritura" que se adhiere a diversos soportes y que, de algún modo, sigue siendo autónoma. Asumo que, si bien Chartier abre el camino para llegar a esta unidad, es necesario postular una materialidad radical de la propia escritura.[24] A pesar de que el proceso de producción escrituraria es un hecho mediante el cual el texto se inscribe sobre un papiro, sobre un papel en blanco o sobre una pantalla, una vez concluido tal proceso, la unidad del artefacto producido es indiscernible. Esta idea de "artefacto" podría preservar, al menos parcialmente, el problema que aún queda latente en la propuesta de Chartier, es decir, la tensión entre el texto y el libro. Sin embargo, al concebir un texto escrito como una entidad móvil, asociada con cualquier tipo de soporte, Chartier más bien fortalece el supuesto de que se trata de una entidad inmaterial, en tanto que, si se piensa en términos del "artefacto", se fortalece la afirmación según la cual *forms effect meaning*. Cuando afirma que "en efecto, la 'misma' obra no es ya la misma cuando cambian su lengua, su puntuación, su formato o su maquetación", lo que aquí privilegia no es la materialidad del texto, sino el modo en que los cambios operan sobre ese texto.[25]

Este desplazamiento genera consecuencias especialmente interesantes respecto de la "identidad" de un libro, sobre todo, cuando el lector lo tiene en sus manos. Por un lado, parte del problema es saber cómo, para Jorge Luis Borges, por ejemplo, en cuyo *libro rojo* lee *su Quijote*, incluso siendo un escritor que conoce múltiples versiones de este y que supone la existencia de una "obra inmaterial", tal como nos lo hace saber Chartier, hay una afectación de la materialidad concreta en el momento de su recepción. Ahora bien, el problema se tras-

---

erudita, sino los objetos tipográficos que los llevan, escogidos con la doble exigencia de un menor precio y de una lectura que no sea forzosamente hábil y competente". Cf. Roger Chartier, *El mundo como representación*, p. 155.

[23] "El libro de la Antigüedad, con sus rollos, los libros chinos, los *codex* mexicanos prehispánicos también son libros, soolo que organizados según otra materialidad que la del libro que aparece en Occidente en los siglos II y III de nuestra era. ¿Por qué no pensar entonces en que sea posible la existencia de un 'libro electrónico'?". Cf. Roger Chartier, *Las revoluciones de la cultura escrita*, p. 130.

[24] Cf. nuestro artículo "Las 'formas discursivas'. Una propuesta metodológica", *Historia y grafía* (México), Año XXII, nº 43, julio-diciembre de 2014.

[25] Roger Chartier, *La mano del autor y el espíritu del impresor. Siglos XVI-XVIII*, Buenos Aires, Katz, 2016, p. 11.

ladaría a cómo, a pesar de la radical concreción que implica asumir el artefacto como un todo material "consubstanciado", se puede reconocer la identidad de este en términos de su pertenencia a un conjunto de obras: ¿cómo articular este artefacto borgiano con la estabilidad que imponen los códigos, reglas y tradiciones? Si bien las expectativas de las comunidades de lectores siempre han sido y seguirán siendo diferentes, sin la presencia de una expectativa identitaria no es posible conocer: solo ante el objeto concreto –es decir, material– se cumplen o no tales expectativas.[26] En conclusión, el problema que permanece abierto en el planteo de Roger Chartier, y a partir del cual se podría seguir trabajando, es el cruce de las expectativas de los lectores con los artefactos materiales que son leídos, es decir, ahondar en preguntas tales como qué es un libro y qué es un texto a partir de la materialidad concreta de la propia escritura y, desde allí, ir en busca de la construcción de su identidad en cuanto unidad compleja. □

Bibliografía citada

Certeau, Michel de, "Leer: una cacería furtiva", en M. de Certeau, *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*, traducción de Alejandro Pescador, México, Universidad Iberoamericana-Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 2010 [1980], pp. 177-189.

Chartier, Roger, "Texts, Printing, Readings", en L. Hunt (ed.), *The New Cultural History*, Berkeley, University of California Press, 1989, pp. 154-175 [trad. esp. de Mauro Armiño: "Textos, impresos, lecturas", en R. Chartier, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza, "Alianza Universidad", 1993, pp. 41-57].

—, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, traducción de Claudia Ferrari, Barcelona, Gedisa, 1992.

—, *Sociedad y escritura en la Edad Moderna. La cultura como apropiación*, traducción de Paloma Villegas y Ana García Bergua, México, Instituto Mora, 1995.

—, *Las revoluciones de la cultura escrita. Diálogo e intervenciones,* traducción de Alberto Luis Bixio, Barcelona, Gedisa, 2000 [1997].

—, *Inscribir y borrar. Cultura escrita y literatura (siglos XI-XVIII)*, traducción de Víctor Goldstein, Buenos Aires, Katz, 2006 [2005].

—, "Materialidad del texto, textualidad del libro", *Orbis Tertius. Revista de Teoría y Crítica Literaria* (La Plata), año XI, nº 12, 2006, pp. 1-15.

—, *Cardenio entre Cervantes y Shakespeare. Historia de una obra perdida*, traducción de Silvia Nora Labado, Barcelona, Gedisa, 2012 [2011].

—, *La mano del autor y el espíritu del impresor. Siglos XVI-XVIII*, traducción de Víctor Goldstein, Buenos Aires, Katz, 2016 [2015].

—, *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII,* traducción de Viviana Akerman, Barcelona*,* Gedisa, 2017 [1992].

—, "From Texts to Readers. Literary Criticism, Sociology of Practice and Cultural History", *Estudios Históricos* (Rivera), vol. XXX, nº 62, septiembre-diciembre de 2017, pp. 741-756.

— y Carlos A. Scolari, *Cultura escrita y textos en red*, Barcelona, Gedisa, 2019.

Chartier, Roger, "Genealogies of the Study of Material Texts. The French Trajectory", *Textual cultures. Texts, contexts, interpretation* (Chicago), vol. XIV, nº 1, 2021, pp. 20-25.

Chinchilla Pawling, Perla, "Las 'formas discursivas'. Una propuesta metodológica", *Historia y grafía* (México), Año XXII, nº 43, julio-diciembre de 2014, pp. 15-40.

Chinchilla Pawling, Perla, "La no-forma discursiva", en P. Chinchilla Pawling (ed.), *Las formas y las no-formas discursivas. Una aproximación a la historia de la identidad de los impresos*, México, Universidad Iberoamericana, 2021, pp. 1-23.

Genette, Gérard, *Umbrales*, traducción de Susana Lage, México, Siglo XXI, 2001 [1987].

Grafton, Anthony, "La historia de las ideas. Preceptos y prácticas, 1950-2000 y más allá", *Prismas. Revista*

[26] Si bien es importante recuperar los paratextos, tal como Gérard Genette los entiende en *Umbrales* (México, Siglo XXI, 2001) y como en algún momento también lo ha comentado el propio Chartier, tal vez convendría considerar las redes paratextuales a través de sus diferentes vinculaciones en un artefacto impreso, redes que, a su vez, permitirían comprender la identidad que construyen frente a las apropiaciones de los lectores. Cf. nuestro artículo "La no-forma discursiva", en P. Chinchilla Pawling (ed.), *Las formas y las no-formas discursivas. Una aproximación a la historia de la identidad de los impresos*, México, Universidad Iberoamericana, 2021.

de historia intelectual (Bernal), nº 11, 2007 [2006], pp. 123-148.

Grazia, Margreta de y Peter Stallybrass, "The Materiality of the Shakespearian Text", *Shakespeare Quarterly* (Oxford), vol. XLIV, nº 3, otoño de 1993, pp. 255-283 [trad. esp. de Jaime Pereda Martín: "La materialidad del texto shakesperiano", *Cultura Escrita & Sociedad* (Madrid), nº 5, 2007, pp. 239-284].

McKenzie, Donald F., *Bibliografía y sociología de los textos*, traducción de Fernando Bouza Álvarez, Madrid, Akal, 2005 [1986].

Rabot, Cécile, "De l'imprimé au numérique. Une révolution de l'ordre des discours" [entrevista con Roger Chartier], *Biens Symboliques/Symbolic Goods. Revue de sciences sociales sur les arts, la culture et les idées* (París), nº 7, 2020, pp. 1-18.

Resumen/Abstract

Materialidad e identidad textual en la obra de Roger Chartier

Se propone en este artículo recuperar las condiciones históricas de la categoría de materialidad de los textos tal como fue propuesta por Roger Chartier desde la década de 1980, recuperación que se convirtió en toda una innovación para la historia del libro. Tras incorporar, no sin dificultades, esta categoría en el núcleo de la historiografía, Chartier buscaba demostrar que las obras no son sustancias inmutables, sino que la incidencia de su presencia impresa es fundamental para repensar su identidad como bienes culturales. No obstante, la materialidad siempre funcionó en su obra como una disposición práctica para el tratamiento histórico de los impresos o como una categoría autoevidente que no requiere de mayor explicitación. De hecho, habitualmente, la escritura solo aparece en su obra como una entidad inscrita sobre un soporte ¿Es posible reformular la idea de materialidad que forjó Chartier y radicalizarla aún más? El artículo culmina con una propuesta de trabajo que permitiría redefinir el tipo de identidad que se les asigna a los textos mediante la incorporación de la materialidad como un todo inherente a las obras mismas.

Palabras clave: Roger Chartier – Materialidad textual – Historia del libro – Cultura impresa – Identidad textual

Textual Identity and Materiality in the Work of Roger Chartier

This article proposes to recover the historical conditions of the category of materiality of texts as proposed by Roger Chartier since the 1980s, a recovery that became an innovation for the history of the book. After incorporating, not without difficulty, this category into the core of historiography, Chartier sought to demonstrate that works are not immutable substances, but that the incidence of their printed presence is fundamental to rethink their identity as cultural goods. Nevertheless, materiality always functioned in his work as a practical provision for the historical treatment of print or as a self-evident category that does not require further explication. In fact, writing usually only appears in his work as an entity inscribed on a support. Is it possible to reformulate Chartier's idea of materiality and radicalize it even further? The article concludes with a working proposal that would make it possible to redefine the type of identity assigned to texts by incorporating materiality as a whole inherent to the works themselves.

Key Words: Roger Chartier – Textual Materiality – History of Books – Print Culture – Textual Identity

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1311>

Cardenio à la *Chartier*

Permanencia de la obra, pluralidad de sus textos

Anaclet Pons

Universidad de Valencia

"La literatura no es agotable, por la suficiente y simple razón de que un solo libro no lo es. El libro no es un ente incomunicado: es una relación, es un eje de innumerables relaciones. Una literatura difiere de otra, ulterior o anterior, menos por el texto que por la manera de ser leída: si me fuera otorgado leer cualquier página actual –esta, por ejemplo– como la leerán el año dos mil, yo sabría cómo será la literatura el año dos mil".

Jorge Luis Borges, "Nota sobre (hacia) Bernard Shaw", 1951.

Mucho antes que de que Cardenio asomara entre sus papeles y, por supuesto, mucho antes de que se convirtiera en un hilo del que merecía la pena tirar, Roger Chartier expuso su programa de trabajo. Podríamos decir que hay historiadores cuyo recorrido académico es vagabundo, dejando en su deambular una suerte de puntos en apariencia desunidos, aunque finalmente dibujen un rostro, el de la persona que investigaba y escribía. Otros, en cambio, muestran su semblante desde el principio como un abanico plegado que, a veces con premura y otras demorándose, expande sus varillas uniformemente, hasta mostrar el dibujo que siempre contiene. Si bien Roger Chartier –y su trato con Cardenio es otro ejemplo más, acaso el más relevante– parecería situarse entre los primeros, a juzgar por la profusión de sus escritos y su inabarcable circulación, en realidad, deberíamos decir que encaja mejor entre los últimos.

Pero conviene añadir algo más. Al Roger Chartier historiador –dejémoslo claro desde el principio– le ocurre lo mismo que él predica de los textos en general, es decir, que sus escritos han de entenderse dentro de los soportes que nos los dan a leer (y a ver y a escuchar). De hecho, si hablamos de texto impreso, podríamos acordar con Chartier en que él no escribe libros, dicho eso en el sentido general, y, a la vez, que habitualmente escribe textos separados que otros transforman en diversos objetos impresos. En efecto, redacta textos que da a escuchar, que luego da a publicar separadamente y que, más tarde, un editor recopila en forma de libro, con lo que "no hay mejor manera de mostrar que los autores no escriben libros, sino que estos son objetos que requieren de numerosas intervenciones".[1] Esta fórmula general nos remite, como no podía ser de otro modo, a sus propias tesis, es decir, a la circulación de lo impreso y a las prácticas de la lectura, y nos habla de la distinción entre,

[1] Roger Chartier, *Cultura escrita, literatura e historia. Coacciones transgredidas y libertades restringidas*, editado por Alberto Cue, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 10.

por un lado, los dispositivos relacionados con sus estrategias de escritura y sus intenciones como autor y, por otro, lo debido a la decisión del editor. Sin olvidar, como veremos de inmediato, que unos y otros se refuerzan buscando coherencia, intentando y consiguiendo soldar las posibles fracturas o inconsistencias.

Por esa misma razón, me atrevería a decir que, en dicha circulación, hay una constante general y una peculiaridad paradójica (o acaso no tanto). En cuanto a la primera, podría afirmarse que Roger Chartier escribe muy pocas monografías, aunque este rasgo sea compartido con otros historiadores cercanos (por ejemplo, con Carlo Ginzburg, aunque no sea el único).[2] A excepción de algunas en sus inicios, las volvemos a encontrar en el ensayo sobre los orígenes culturales de la Revolución francesa –en el contexto del Bicentenario– y, finalmente, en su indagación sobre el famoso Cardenio; de allí la significación que esta podría adquirir. Así pues, su extensa bibliografía no puede dividirse entre libros y artículos, sino que es mejor etiquetarla toda bajo el rótulo de "obras", incluso sus innumerables entrevistas, reseñas, prefacios y posfacios. Y esto, como no podía ser de otro modo, dada la profusión de publicaciones que firma, obliga a reiteraciones, reediciones, reelaboraciones, de un modo que cada fragmento circula en un contexto que es, a la vez, el mismo (el de su obra) y distinto (el de la edición concreta). Esto, por supuesto, no ocurriría de igual modo en el caso de las monografías puesto que, si bien la materialidad de estas puede variar, no se multiplican de la misma manera ni, por tanto, cambian de contexto con tanta asiduidad. Y a pesar de todo, como he adelantado, Chartier es siempre el mismo, nunca abandona el hilo que teje su obra.

Si aquella es la constante general, la peculiaridad paradójica es que la obra de este historiador no es la misma en todos los mercados en los que circula. No lo es, por ejemplo, si repasamos lo que publica en francés y lo que se le edita en otras lenguas. Y, entre ellas, la española es un caso especial, un tanto distinto de todos los demás, hasta el punto de repercutir en el conjunto de su producción, no tanto o no solo en cuanto a los temas, sino en el orden que despliega, por las consistencias y la coherencia que aplica o se ve obligado a aplicar. En ese sentido, el impacto y la repercusión de sus escritos en el mundo hispanohablante han sido tales que son muchos y de diverso tenor los libros con los que lo identificamos. Quien solo reparara en las portadas obtendría la impresión de una producción desenfrenada. Pero es que esos volúmenes no son siempre, ni mayoritariamente, traducciones de otros previos, sino composiciones que el editor ha ideado, de consuno o con la aquiescencia del autor. Y, en su interior, puede uno encontrar ensayos breves –ya traducidos o no–, recopilaciones de reseñas o compendios de entrevistas. Repasar así su trayectoria es perderse, irremediablemente, con títulos y fechas dispares, con ensayos "escritos en diferentes momentos y para diversas circunstancias".[3]

Y, en este punto, una vez más, Roger Chartier nos instruye, directa e indirectamente. Como él ha señalado, todo texto incorpora diversas estrategias de control o de seducción del lector que van desde su misma materialidad a los dispositivos textuales y formales que incorpora y que "apuntan a controlar más estrechamente la interpretación del texto": ya sean los prefacios o la propia organización del texto, intentando "guiar y constreñir la

[2] Justo Serna y Anaclet Pons, *MicroHistoria. Las narraciones de Carlo Ginzburg*, Granada, Comares, 2019. Cf., asimismo, Justo Serna y Anaclet Pons, *La historia cultural. Autores, obras, lugares*, Madrid, Akal, 2013.

[3] Roger Chartier, *Entre poder y placer. Cultura escrita y literatura en la Edad Moderna*, Madrid, Cátedra, 2000, p. 9.

lectura".[4] Lo que ocurre es, pues, que, ante la avalancha de decisiones del editor, el autor ha de reafirmar sus intenciones, una y otra vez. Chartier nos ha enseñado que "producidas en un orden específico, las obras se escapan de este y cobran existencia al recibir las significaciones que les atribuyen, a veces en la muy larga duración, sus diferentes públicos", pero cabe añadir que la existencia que aquí cobran proviene también de su diverso acomodo editorial y de las instrucciones del autor.[5] Dicho de otro modo, si Chartier se preocupa por "las relaciones existentes entre las modalidades de apropiación de los textos y los procedimientos de interpretación que sufren", aquí podríamos preguntarnos por las diferencias que se dan entre los textos tal como fueron originalmente concebidos y sus reacomodos editoriales, dadas las interpretaciones que estos últimos facilitan o permiten:

> conviene recordar que la producción, no solo de los libros, sino de los textos mismos, es un proceso que implica, además del gesto de la escritura, diferentes momentos, diferentes técnicas y diferentes inscripciones. Las transacciones entre las obras y el mundo social […] se refieren […] a las relaciones múltiples, móviles, inestables, anudadas entre el texto y sus materialidades, entre la obra y sus inscripciones.[6]

Visto así, Roger Chartier ilustra al lector reiteradamente sobre el sentido de su obra (dispersa), con los múltiples prólogos que incorpora. En ese sentido, uno de los momentos en los que intentó descifrarse, breve y claramente en el mercado hispanohablante, fue en el quinto de los libros que publicó con su editorial de siempre, Gedisa, con motivo de la serie "Visión 3x" –que conmemoraba los treinta años de edición de este sello–, titulado *La historia o la lectura del tiempo*. Allí, en el prólogo, aparece el que inicia ese conjunto, *El mundo como representación*, y los que seguirán hasta aquel publicado en 2007. Es aquel volumen, el primero de los muchos que publicará en castellano, el que define de una vez por todas –y no es que no lo hubiera hecho ya antes– el cimiento sobre el que había construido y continuaría edificando toda su obra.

Podríamos decir que son dos los elementos fundamentales, aunque muchos otros rondan por las cercanías. Por un lado, la voluntad de hacer una historia cultural e intelectual distinta que superara el modelo previo de las mentalidades y el cuantitativismo, que escapara del debate entre la objetividad de las estructuras y la subjetividad de las representaciones, etc. Y en este último aspecto, como cualquiera de sus lectores reconoce, está una de sus señas de identidad, dado que su historia cultural lo es de las representaciones y las prácticas, en cuanto unas y otras son también productoras de lo social. Por tanto, es una historia de las apropiaciones, de la construcción de significados. El otro elemento fundamental es el objeto preferente al que dedica su investigación: el texto, el impreso, su producción y circulación, así como la lectura y sus prácticas. De ese modo, el resultado es una historia cultural o sociocultural que no parte de los grupos sociales, al menos no de un concepto reduccionista, sino de objetos, formas, códigos, prácticas, representaciones.[7] En fin, un intento de responder de otro modo a

> ¿cómo los textos, convertidos en objetos impresos, son utilizados (manejados), des-

[4] Roger Chartier, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1992, pp. IV-V.
[5] Roger Chartier, *La historia o la lectura del tiempo*, Barcelona, Gedisa, 2010, p. 62.
[6] *Ibid.*, p. 59. La primera cita entrecomillada, de *El mundo como representación*, p. i.
[7] *Ibid*, p. 43.

> cifrados, apropiados por aquellos que los leen (o los escuchan a otros que leen)? ¿Cómo, gracias a la mediación de esta lectura (o de esta escucha), construyen los individuos una representación de ellos mismos, una comprehensión de lo social, una interpretación de su relación con el mundo natural y con lo sagrado?[8]

Su investigación sobre Cardenio se ajusta como un guante a todo lo dicho, incluso quizá sea la que mejor lo muestre, aunque solo sea por el mero hecho de haberse convertido en una de las pocas monografías que ha dado a imprenta.

La primera vez que tenemos constancia de su interés por el asunto es en 2003 con motivo de un congreso de hispanistas franceses.[9] A partir de ahí, mientras su autor se multiplica en otros objetos y asuntos afines, el "librillo" de Cardenio empieza a circular. Y así, al igual que Roger Chartier persigue las apariciones y mutaciones del personaje literario, afirmando o conjeturando esto y lo otro, nosotros también podríamos seguirlo a él y a sus textos. En efecto, de inmediato, Chartier se expone en las múltiples entrevistas que concede en tierras hispanoamericanas.[10] Y junto con las entrevistas, las múltiples conferencias. En paralelo, las distintas versiones del texto empiezan a multiplicar su impresión, en el libro *Inscrire et effacer* (2005) traducido al español al año siguiente, en las *Actas del XVI*º *Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* (2007), de nuevo en otro libro de 2008, *Écouter les morts avec les yeux*, traducido asimismo de inmediato y en el que se junta con su lección inaugural en el Collège de France, hasta llegar a la monografía final, aparecida en 2011.[11]

En ese recorrido hay dos textos de vida simultánea. Por un lado, el que explora la relación entre escritura y memoria a partir del "librillo" que Sancho y su amo encuentran al entrar en Sierra Morena, visto en su materialidad, en cuanto escritura borrable y sus soportes, comparado con las "*tables*" de Hamlet y, a la postre, en su diversa circulación por Europa y las Indias. Por tanto, un tema habitual en las preocupaciones de Chartier. Por otro lado, el ensayo que va más allá, el que aborda cómo leer un texto que no existe, entrando directamente en la cuestión que acabará enseñoreándose del conjunto, es el siguiente:

> En los últimos años trabajé mucho sobre Cervantes y Shakespeare […] En 1613 una obra de Shakespeare (y Fletcher) titulada *Cardenio* fue representada dos veces frente a la corte inglesa. El año anterior Thomas Shelton había publicado su traducción del Quijote. Y como cada uno sabe, Cardenio es el héroe de los capítulos de la Sierra Morena. Empecé entonces un trabajo sobre esta obra de la cual desgraciadamente no existe ninguna edición ni manuscrito. Escribir un ensayo sobre un texto que des-

[8] *Ibid*, p. 1.

[9] Roger Chartier, "Écriture et mémoire. Le 'librillo' de Cardenio", en L. Bénat-Tachot y J. Vilar (eds.), *La Question du lecteur*, XXXIe Congrès de la Société des Hispanistes Français, Marne-la-Vallée, Ambassade d'Espagne-Presses Universitaires de Marne-la-Vallée, 2004, pp. 65-84.

[10] Por ejemplo, entre los años 2005 y 2008, Roger Chartier conversa con Antonio Saborit en "Miguel de Cervantes y el librillo de memoria de Cardenio. Un intercambio" (2005), con Elisa Cárdenas Ayala en "Las ciencias sociales y la historia: una entrevista con Roger Chartier" (2006), con Horacio González, Diego Tatián, María Pia López y Sebastián Scolnik en "Hay una tendencia a transformar todos los textos en banco de datos" (2007) o con Miguel Manrique en "El Quijote de Shakespeare y otras reflexiones sobre la lectura y los libros" (publicada en 2010, pero realizada en 2008).

[11] Las ediciones en castellano mencionadas son, respectivamente: *Inscribir y borrar. Cultura escrita y literatura (Siglos XI-XVIII)*, Buenos Aires, Katz, 2006; *Escuchar a los muertos con los ojos*, Buenos Aires, Katz, 2008; *Cardenio entre Cervantes y Shakespeare. Historia de una obra perdida*, Barcelona, Gedisa, 2012.

> apareció me parece un excelente desafío –muy borgesiano– en cierto sentido […] El interés del enigma consiste en las cuestiones que plantea: la recepción del Quijote en Inglaterra y Europa, las adaptaciones teatrales de la historia, la relación entre edición y composición en Inglaterra en el siglo XVIII, el mito de la obra desaparecida, etcétera.[12]

No olvidemos que ambos textos o historias reaparecen y se mezclan en la mencionada lección inaugural del Collège de France de 2007 con motivo, precisamente, de la primera cátedra consagrada al estudio de las prácticas de lo escrito en la modernidad, lo cual le otorga especial relevancia, por lo que tal lección significa. Allí se rastrea la genealogía de ese campo (historia del libro, de los textos, de la cultura escrita), se presentan algunos de los elementos centrales de su investigación (qué es un libro, qué es un autor, etc.) y se fija el contenido que contendrán sus cursos: "La autoridad proclamada o discutida de lo escrito, la movilidad de la significación, la producción colectiva del texto".[13] Una lección, pues, en la que Roger Chartier rinde homenaje a la gran sombra de Jules Michelet, a Lucien Febvre, a Fernand Braudel o a Daniel Roche, pero en la que anuncia que el primero de los cursos será dedicado a "una obra desaparecida de la que no subsiste ni manuscrito ni edición impresa": el Cardenio.[14] El tema es, pues, una condensación o metáfora de toda la trayectoria de Chartier, pues le viene como anillo al dedo, como hemos visto, en todos los sentidos posibles. Y por eso, quizás, esos diversos textos confluyen en la aludida lección y darán lugar a un libro, a una monografía.

El volumen es, entre otras cosas, el desciframiento de un enigma, el de una obra inestable "cuyo misterio este libro tratará de descubrir". "La historia empieza con un registro de cuentas" y continúa a través de una larga indagación detectivesca que mezcla pruebas y posibilidades, que plantea preguntas –"¿cómo pudo ser conocida en Inglaterra la obra de Cervantes antes de su traducción inglesa?"–, que ofrece respuestas y que expone los "nunca sabremos", esos momentos en los que "el historiador queda reducido a formular hipótesis".[15] Se trata de un relato muy bien narrado, con dispositivos retóricos que atrapan al lector al inicio de cada capítulo: "En 1628, los comediantes del Hôtel Bourgogne representaron una obra de un autor del que no se sabe casi nada, ni siquiera su nombre de pila"; "La historia habría podido quedar allí –y este libro terminar aquí– si […]"; "El 13 de diciembre de 1727, los espectadores del Theatre Royal habían sido preparados para ver una obra de Shakespeare que nadie había visto jamás".[16] Todo ello, confiando la carga de la demostración al despliegue narrativo de la intriga.[17]

En ese sentido, el libro es, al menos, tres cosas a la vez. En su disposición literal, es un recorrido riguroso, detallado y magistral por un episodio –no menor– de la historia de la literatura, un estudio que podríamos tildar de ejemplar en todos los sentidos, con una erudición deslumbrante y un afán por rellenar todos los vacíos, todos los silencios posibles que merodean en torno del misterio a desci-

[12] Elisa Cárdenas Ayala, "Las ciencias sociales y la historia: una entrevista con Roger Chartier", p. 179.
[13] Roger Chartier, *Escuchar a los muertos con los ojos*, p. 46.
[14] *Ibid*., p. 50.
[15] Roger Chartier, *Cardenio entre Cervantes y Shakespeare*, p. 18, p. 17, p. 29 y p. 63.
[16] *Ibid*., p. 65, p. 125 y p. 189.
[17] Las buenas reseñas ya han sugerido muchos de estos elementos. Cf., por ejemplo, Patrick Boucheron, "La pièce manquante. De Cervantès à Shakespeare, un historien enquête", *La Vie des idées* (París), 19 de octubre de 2011 [en línea] y Renán Silva, "Entre Cervantes y Shakespeare. Nuevas formas de escribir la historia de la literatura", *Co-herencia. Revista de Humanidades* (Medellín), vol. IX, nº 17, 2012.

frar. Pero, en segundo lugar, es un tratado sobre lo que ha sido históricamente una obra y su condición de fetiche, sobre la cultura escrita, sobre lo que ha sido un autor, su mano, su consagración, sobre la circulación de los textos y sus apropiaciones variopintas, sobre sus desplazamientos y sus significados, sobre las diversas prácticas que los rodean, sobre diversas presencias (y representaciones) y una ausencia espectral. Y, en este segundo aspecto, también es ejemplar –aunque por eso mismo también es experimental–, mostrando un modelo analítico, una forma de hacer, *à la* Chartier. Y habría, en fin, un último aspecto, la ausencia, es decir, cómo abordar un texto que no existe que es, en realidad, una referencia a la propia disciplina en general, al pasado que no existe ya, a esos silencios frente a los cuales necesitamos un historiador que no se resigne "fácilmente a no saber nada, a no decir nada, a no imaginar nada", que se imponga representar una ausencia irremediable.[18]

Recordemos en este sentido y una vez más a Roger Chartier, es decir, al historiador que dice que la representación –aunque exhiba también una presencia– muestra, sobre todo, una ausencia, diferenciando claramente lo que representa y lo que es representado, de modo que "la representación es el instrumento de un conocimiento mediato que hace ver un objeto ausente al sustituirlo por una 'imagen' capaz de volverlo a la memoria".[19] Y si bien las representaciones serían el objeto característico de su historia socio-cultural, de lo que, en realidad, estamos hablando, es de una manera de abordar los desafíos de la disciplina. Por eso, tiene razón cuando señala que "aceptar que, en sí mismo, el discurso histórico es y no puede ser más que una representación del pasado no supone destruir su cientificidad, sino más bien fundarla", ayudarla a conseguir un estatuto de conocimiento verdadero.[20] Así que las preguntas de Chartier no son solo o realmente sobre cómo captar ese mundo de prácticas (mudas) y representaciones (discursivas), sino sobre cómo captar el pasado, y a eso se dedica Chartier mientras persigue el Cardenio, al borde siempre del acantilado.

Quizá por todo lo anterior, por su complejidad y amplitud, podría decirse que esa monografía no ha amonedado el símbolo que otros sí habrían conseguido.[21] Arriesgaría a decir que no ha sido para él lo que Menocchio fue para Carlo Ginzburg, lo que Martin Guerre fue para Natalie Zemon Davis, lo que la matanza de gatos fue para Robert Darnton o lo que *El giro* fue para Stephen Greenblatt.[22] Por un lado, porque su caso no es el de desentrañar una intriga excepcional u olvidada, sino un misterio muy conocido, si bien revitalizado en los últimos tiempos (y así lo hace constar).[23] Por otro, porque el símbolo que ha amonedado es él mismo, esa fórmula característica *à la* Chartier, y no su Cardenio, porque este historiador es siempre el mismo en toda su obra, reconocible en todos sus escritos, de modo que es a su persona y a su trayectoria a lo que nos remitimos y no, necesariamente, a una monografía en particular. Es, en fin, ese Roger Chartier infatigable que siempre tiene

[18] Roger Chartier, *Cardenio entre Cervantes y Shakespeare*, p. 16.
[19] Roger Chartier, *El mundo como representación*, p. 57.
[20] Roger Chartier, "El sentido de la representación", *Pasajes. Revista de pensamiento contemporáneo* (Valencia), nº 42, 2013, p. 49.
[21] Justo Serna y Anaclet Pons, "Carlo Ginzburg. Cuando el historiador amoneda un símbolo", *Historia y memoria* (Tunja), número especial, 2020, pp. 307-345.
[22] Sobre eso nos hemos extendido en Justo Serna y Anaclet Pons, *La historia cultural*, pp. 155-172.
[23] En el caso español, hubo un autor que imaginó incluso, entre otras notables conjeturas, que Cervantes y Shakespeare podrían haberse conocido: Luis Astrana Marín. Cf. su *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra con mil documentos hasta ahora inéditos y numerosas ilustraciones y grabados de época*, 7 vols., Madrid, Instituto Editorial Reus, 1948-1958.

algo que añadir. En el libro sobre Cardenio, tras sus siete capítulos y un epílogo, el autor aún necesita preguntarse si la historia relatada –aparentemente anodina, acaso más propia del mundo de las curiosidades literarias– merece tanta atención, incluso un libro. Así que, una vez más, tras seguir el rastro de una ausencia fantasmal, compone un *post scriptum*: "Permanencia de las obras, pluralidad de los textos". □

Bibliografía citada

Astrana Marín, Luis, *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra con mil documentos hasta ahora inéditos y numerosas ilustraciones y grabados de época*, 7 vols., Madrid, Instituto Editorial Reus, 1948-1958.

Boucheron, Patrick, "La pièce manquante. De Cervantès à Shakespeare, un historien enquête", *La Vie des idées* (París), 19 de octubre de 2011.

Cárdenas Ayala, Elisa, "Las ciencias sociales y la historia: una entrevista con Roger Chartier", *Takwá. Revista de Historia* (Guadalajara), nº 9, 2006, pp. 163-182.

Chartier, Roger, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, traducción de Claudia Ferrari, Barcelona, Gedisa, 1992.

—, *Cultura escrita, literatura e historia. Coacciones transgredidas y libertades restringidas*, editado por Alberto Cue, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

—, *Entre poder y placer. Cultura escrita y literatura en la Edad Moderna*, traducción de Maribel García Sánchez, Alejandro Pescador, Horacio Pons y María Condor, Madrid, Cátedra, 2000.

—, "Écriture et mémoire. Le 'librillo' de Cardenio", en L. Bénat-Tachot y J. Vilar (eds.), *La Question du lecteur,* XXXIe Congrès de la Société des Hispanistes Français, Marne-la-Vallée, Ambassade d'Espagne-Presses Universitaires de Marne-la-Vallée, 2004, pp. 65-84 [trad. esp. de Víctor Goldstein: "Écriture et mémoire. Le 'librillo' de Cardenio", en R. Chartier, *Inscribir y borrar. Cultura escrita y literatura (siglos XI-XVIII)*, traducción de Víctor Goldstein, Buenos Aires, Katz, 2006, pp. 39-60].

—, *Inscribir y borrar. Cultura escrita y literatura (siglos XI-XVIII)*, traducción de Víctor Goldstein, Buenos Aires, Katz, 2006 [2005].

—, *Escuchar a los muertos con los ojos*. *Lección inaugural del Collège de France*, traducción de Laura Fólica, Buenos Aires, Katz, 2008 [2007].

—, *Cardenio entre Cervantes y Shakespeare. Historia de una obra perdida*, traducción de Silvia Nora Labado. Barcelona: Gedisa, 2012 [2011].

—, "El sentido de la representación", *Pasajes. Revista de pensamiento contemporáneo* (Valencia), nº 42, 2013, pp. 39-51.

González, Horacio, Diego Tatián, María Pia López y Sebastián Scolnik, "Hay una tendencia a transformar todos los textos en banco de datos" [entrevista con Roger Chartier], *La Biblioteca* (Buenos Aires), nº 6, primavera de 2007, pp. 10-28.

Manrique, Miguel, "El Quijote de Shakespeare y otras reflexiones sobre la lectura y los libros" [entrevista con Roger Chartier], *Comunicación & Ciudadanía* (Bogotá), nº 3, 2010 [2008], pp. 54-67.

Saborit, Antonio, "Miguel de Cervantes y el librillo de memoria de Cardenio. Un intercambio" [entrevista con Roger Chartier], *Historias* (México), nº 60, 2005, pp. 3-9.

Serna, Justo y Anaclet Pons, *La historia cultural. Autores, obras, lugares*, Madrid, Akal, 2013 [1999].

—, *microHistoria. Las narraciones de Carlo Ginzburg*, Granada, Comares, 2019.

—, "Carlo Ginzburg. Cuando el historiador amoneda un símbolo", *Historia y memoria* (Tunja), número especial, 2020, pp. 307-345.

Silva, Renán, "Entre Cervantes y Shakespeare. Nuevas formas de escribir la historia de la literatura", *Co-herencia. Revista de Humanidades* (Medellín), vol. IX, nº 17, 2012, pp. 223-230.

Resumen/Abstract

Cardenio *à la* Chartier. Permanencia de la obra, pluralidad de sus textos

Tomando como punto de partida su trabajo *Cardenio*, el artículo explora el concepto de "obra" en Roger Chartier, pero con el objetivo de analizar la circulación de su extensa bibliografía la cual no solo incluye libros, artículos, entrevistas, reseñas y distintas instancias paratextuales, sino también numerosas recopilaciones de textos que, tras una labor de edición muy minuciosa, compone y recompone en diferentes lenguas con nuevos títulos y editoriales. Entre la diseminación de los textos y su reunificación sistemática en *recueils* se produce, en definitiva, una tensión entre la idea de "libro" y "obra". Si, como el propio Chartier afirma respecto de los estudios de caso que ha investigado, "los autores no escriben libros", sino "obras, discursos que otros –editores, impresores, tipógrafos– transforman en libros", surge la cuestión de lo que sucede con su propia "obra": ¿es acaso *Cardenio* su primer y único libro?

Palabras clave: Roger Chartier – Cardenio – Obra y libro – Edición de textos – Recopilación

Cardenio *à la* Chartier. Continuity of the Work, Textual Diversity

Taking as a starting point his work *Cardenio*, the article explores the concept of "work" in Roger Chartier, with the aim of analyzing the circulation of his extensive bibliography. This includes not only books, articles, interviews, reviews and different paratextual instances, but also numerous compilations of texts that, after a very meticulous editing work, he composes and recomposes in different languages with new titles and publishers. Between the dissemination of texts and their systematic reunification in *recueils*, there is, in short, a tension between the idea of "book" and "work". If, as Chartier himself states with regard to the case studies he has investigated, "authors do not write books", but "works, discourses that others –publishers, printers, typographers– transform into books", the question arises as to what happens to his own "work": is Cardenio his first and only book?

Key Words: Roger Chartier – Cardenio – Work and Book– Text Editing – Collected Work

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1312>

De la figura de autor a la movilidad de textos

*La contribución de Roger Chartier a la sociología y a la historia de la literatura**

Gisèle Sapiro

École des Hautes Études en Sciences Sociales

Son pocos los historiadores que han dialogado tanto con los sociólogos como Roger Chartier: desde Norbert Elias, a quien introdujo en Francia e instaló como referencia ineludible (recontextualizando su obra y alejándola de la historia de las mentalidades con la cual se la había asociado en un comienzo), hasta Pierre Bourdieu con quien mantuvo un diálogo permanente del que existen valiosos registros, como las entrevistas radiales de 1988 (en el marco del programa *À voix nue* en la emisora de radio France-Culture), publicadas en formato libro bajo el título *El sociólogo y el historiador.*[1] También podría citarse al sociólogo estadounidense Lawrence Levine y su reflexión sobre las jerarquías culturales.[2]

En un contexto en que se alza continua y ritualmente el emblema de la perspectiva interdisciplinar, Roger Chartier la practicó al más profundo nivel –epistemológico, teórico, metodológico– y la sometió a la prueba de los datos empíricos tras un proceso reflexivo constante que consolidó el diálogo entre historiadores y sociólogos de las generaciones posteriores. La compilación *Au bord de la falaise* es un testimonio de este proceso reflexivo y plantea, a su vez, una base epistemológica no solo para la historia sino, de manera más general, para las ciencias sociales, en el caso de que las concibamos como históricas de acuerdo con una tradición europea, desafortunadamente cada vez más marginada por el presentismo de la *Social Science* de los Estados Unidos.[3] Esta compilación contiene, fundamentalmente, su contribución al coloquio de Cornell de 1979 sobre "historia intelectual e historia de las mentalidades" en el que comparaba las clasificaciones eruditas nacionales al proponer un terreno común de discusión.[4]

* Traducción para *Prismas* de Maya González Roux.

[1] Pierre Bourdieu y Roger Chartier, *Le Sociologue et l'historien*, Marsella, Agône, 2010. [N. del E.: en la bibliografía se detallan todos los libros citados que tienen ediciones en castellano].

[2] El presente artículo reúne mi lectura en la mesa redonda de cierre del congreso de SHARP [The Society for the History of Authorship, Reading and Publishing] de 2016 en torno de Roger Chartier, y mi reseña del libro *Éditer et traduire. Mobilité et matérialité des textes, XVIe-XVIIIe siècles* (París, Éditions de l'EHESS-Gallimard-Seuil, 2021), publicada en *En attendant Nadeau*, nº 136, 6 de octubre de 2021.

[3] Roger Chartier, *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétude*, París, Albin Michel, 1998.

[4] Steven L. Kaplan y Dominick LaCapra (eds.), *Modern European Intellectual History. Reappraisals and New Perspectives,* Ithaca, Cornell University Press, 1982.

Pero también incluía el artículo "El mundo como representación" que apareció en *Annales* en 1994 y en el cual, al tiempo que constataba la importancia de las representaciones como objeto de las ciencias sociales, se oponía a la tentación de reducir el mundo social solo a las representaciones.[5] Asimismo, dejaba constancia del valor de las reflexiones sobre las fronteras disciplinares entre la historia y la geografía, la sociología, la filosofía y la historia literaria, fundadas siempre en la historización de las condiciones de formación de esas fronteras y vinculando, de este modo, la epistemología y la historia social de las ciencias sociales. Igualmente, es posible evocar su artículo de 1982 sobre "los intelectuales frustrados", una referencia y, a la vez, un modelo para la sociología histórica: al retomar la tesis según la cual la sobreproducción universitaria produce frustraciones que son el germen de un enfrentamiento con el orden social, Roger Chartier demostró que se trataba de una creencia que, a través de siglos y países, fue conservada por aquellos que tenían como objetivo reservar el monopolio del saber para una pequeña élite.[6] Esto nos recuerda que es necesario historizar nuestras categorías de análisis; de lo contrario, se corre el riesgo de reproducir el inconsciente colectivo.

Tras haber estudiado filosofía y literatura comparada y, luego, sociología, descubrí muy pronto los trabajos de Roger Chartier, incluso antes de comenzar mi tesis bajo la dirección de Pierre Bourdieu en 1991. Fueron una referencia constante en los intercambios que mantenía con historiadores y politólogos de mi generación sobre las condiciones sociales de producción y circulación de bienes simbólicos y aún lo son para las jóvenes generaciones de sociólogos de los intelectuales y de la cultura. Así pues, los trabajos de Roger Chartier enriquecieron profundamente la sociología y la historia de la literatura, de los intelectuales y de la edición en Francia y en el extranjero.[7] La historia de la edición se estructuró como campo de investigación gracias, en particular, a Roger Chartier y, principalmente, en torno de los cuatro volúmenes de la *Histoire de l'édition française* que codirigió con Henri-Jean Martin.[8] Esto sucedió mucho antes de que la sociología de la edición comenzara realmente a desarrollarse, algo que ocurrió solo a fines de los años 1990 mediante dos números de *Actes de la recherche en sciences sociales* y del artículo de Pierre Bourdieu "Une révolution conservatrice dans l'édition" que apareció en el primero de esos números.[9] Sin embargo, cabe citar también el artículo de Bourdieu de 1977 "La production de la croyance", así como la contribución de Anna Boschetti en el volumen dedicado al siglo XX de la *Histoire de l'édition française* sobre las estrategias editoriales.[10]

[5] Roger Chartier, "Le monde comme représentation", *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations* (París), Año LXIV, nº 6, 1989.

[6] Roger Chartier, "Espace social et imaginaire social. Les intellectuels frustrés au XVII[e] siècle", *Annales. Économies, Sociétés*, *Civilisations* (París), Año XXXVII, n° 2, 1982.

[7] Para el caso de la literatura, cf. Judith Lyon-Caen y Dinah Ribard, *L'Historien et la littérature*, París, La Découverte, 2010; y Gisèle Sapiro, *La Sociologie de la littérature*, París, La Découverte, 2015.

[8] Roger Chartier y Henri-Jean Martin, *Histoire de l'édition française*, París, Fayard/Promodis, 1990, 4 vols.

[9] Cf. *Actes de la recherche en sciences sociales* (París), nº 126-127 titulado "Édition, Éditeurs (1)", marzo de 1999 y *Actes de la recherche en sciences sociales* (París), nº 130 titulado "Édition, Éditeurs (2)", diciembre de 1999.

[10] Cf. Pierre Bourdieu, "La production de la croyance. Contribution à une économie des biens symboliques", *Actes de la recherche en sciences sociales* (París), n° 13, febrero de 1977, y "Une révolution conservatrice dans l'édition", *Actes de la recherche en sciences sociales* (París), n° 126-127, marzo de 1999. Asimismo, cf. Anna Boschetti, "Légitimité littéraire et stratégies éditoriales", en R. Chartier y H-J. Martin (ed.), *Histoire de l'édition française IV. Le Livre concurrencé*, *1900-1950*, París, Fayard, 1990. La sociología de la edición se desarrolló

En los años 2000, distintas tesis y trabajos de sociología se abocaron a la edición y adoptaron el marco analítico de Bourdieu. Por otro lado, los editores, ignorados durante mucho tiempo por las investigaciones sobre las transferencias culturales, se convirtieron, en cuanto agentes fundamentales en la circulación internacional de libros, en objetos de especial atención para la sociología de la traducción y los intercambios culturales internacionales, tal como se desarrolló especialmente en el Centre de Sociologie Européenne.[11] En el presente artículo, abordaré específicamente la contribución de los trabajos de Roger Chartier a la sociología y a la historia de la literatura y las producciones intelectuales bajo un doble aspecto: por un lado, las condiciones de producción junto con una reflexión sobre la noción de autor y, por el otro, las condiciones de circulación y recepción de las obras. A continuación, señalaré cómo estas reflexiones confluyeron en su última obra, *Éditer et traduire* (2021), en la noción de "movilidad de textos".

De la figura de autor a la circulación y apropiación de los textos

Siguiendo los pasos de Michel Foucault, Roger Chartier se interesó por la noción de autor en una época en la que esta problemática todavía tenía poca presencia en Francia, mientras que los trabajos sobre la autoría (*authorship*) se encontraban en pleno auge en un mundo anglófono con el cual Chartier, a menudo invitado como profesor en los Estados Unidos, mantenía un diálogo constante. La noción de autor es analizada en varios textos en los que Chartier esboza una verdadera historia social de esta noción, de sus desafíos y representaciones. En la conferencia que ofreció en Oxford, en el marco de las McKenzie Lectures en 1977, Roger Chartier retomó la genealogía foucaultiana de la función de autor.[12] Mientras Foucault asociaba esta función autor con el control de las publicaciones y el edicto de Châteaubriant que, en 1551, impuso que figuraran los nombres del autor y del impresor en cada publicación, Chartier, en cambio, la inscribió en una perspectiva de más larga duración al anclarla en las prácticas editoriales que, desde el siglo XIV, comenzaron a poner de relieve los nombres propios de autor junto a las misceláneas. En esta conferencia, Roger Chartier también recordó que la propiedad literaria, que en Francia fue concedida a los autores como gracia por un decreto real de 1777, estaba muy vinculada con las reivindicaciones de los editores (en realidad, el decreto pretendía limitar el monopolio de los editores a lo largo del tiempo). Como escribió en *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII*, este decreto, "al afirmar el derecho perpetuo y transmisible del autor so-

---

sobre todo en Francia. Desde luego, dejando a un lado una obra más focalizada en la cadena del libro y menos en la edición como lugar de producción intelectual (Lewis Coser, Charles Kadushin y Walter Powell, *Books. The Culture and Commerce of Publishing*, Nueva York, Basic Books, 1982), para disponer de un estudio sobre el funcionamiento de la edición angloamericana, fue necesario esperar la publicación en 2010 del libro del sociólogo y director de Polity Press, John B. Thompson, *Merchants of Culture. The Publishing Business in the Twenty-First Century*, Cambridge, Polity Press, 2010. Sin embargo, este ya había dedicado un libro al desarrollo de las editoriales universitarias: John B. Thompson, *Books in the Digital Age. The Transformation of Academic and Higher Education Publishing in Britain and the United States*, Cambridge, Polity Press, 2005.

[11] Cf., principalmente, el número especial "Traduction: les échanges littéraires internationaux", *Actes de la recherche en sciences sociales* (París), n° 144, 2002, que codirigí con Johan Heilbron. Asimismo, cf. Gisèle Sapiro (ed.), *Translatio. Le marché de la traduction en France à l'ère de la mondialisation*, París, CNRS Éditions, 2008, y Gisèle Sapiro (ed.), *Les Contradictions de la globalisation éditoriale*, París, Nouveau Monde, 2009.

[12] Roger Chartier, "Foucault's Chiasmus Authorship between Science and Literature in the Seventeenth and Eighteenth Centuries", en M. Biagioli y P. Galison (eds.), *Scientific Authorship. Credit and Intellectual Property in Science*, Nueva York, Routledge, 2003.

bre su obra (con la condición de no cederlo a un librero), abría camino al reconocimiento de la propiedad literaria, fruto de un 'trabajo' –la palabra figura en el decreto– y fuente de ingresos".[13]

Roger Chartier regresó a ese momento fundacional del derecho de autor en Francia en el epílogo de *Inscribir y borrar.* Allí, propuso una lectura de la famosa *lettre* de Diderot sobre la libertad de prensa (1769), y mostró cómo esa carta, redactada a pedido de los libreros parisinos, defendía el principio del privilegio real que se les había concedido, bajo condición de que fuese sometido a la contratación con el autor, la cual establecía en especie la reivindicación de propiedad de los autores sobre sus obras, así como su derecho a obtener ingresos.[14] Trece años más tarde, en 1776, esta concepción sería nuevamente cuestionada por Condorcet quien, en el contexto de la Ley Turgot que abolía las corporaciones, condenó los privilegios de librería y la idea misma de propiedad personal en nombre del "interés público". Se trata de dos concepciones opuestas de las relaciones entre autor, obra, editor y público que nacían en ese entonces y cuyo enfrentamiento aún continúa con renovada intensidad. La legislación revolucionaria fue un compromiso entre estas dos concepciones: el derecho de autor, reconocido como un derecho natural que solo protegía la forma y no las ideas. Roger Chartier percibió allí un fundamento de la concepción romántica de la literatura que, al hacer de la originalidad un valor primario, la localizó en el estilo en el cual se encuentra la marca de la personalidad del autor, como lo explicó en el capítulo II de *El orden de los libros*, titulado "Figuras del autor".[15] Asimismo, cabe señalar la obra que codirigió con Claude Calame sobre las identidades de autor desde la Antigüedad en la tradición europea.[16]

Si Roger Chartier reflexionó sobre las estrategias de los autores –por ejemplo, sobre Molière y su obra *Georges Dandin*–, también señaló que una obra adquiere pleno sentido en la red que contribuye a materializarla, desde el impresor hasta la producción teatral.[17] En efecto, la noción de *puesta en libro* [*mise en livre*] propuesta por Roger Chartier permite pensar la articulación entre producción intelectual y recepción, noción que nos recuerda que la forma dada a los textos contribuye a determinar sus modos de apropiación: un mismo texto puede ser objeto de distintas apropiaciones de acuerdo con su puesta en forma; así, esta indica el público al que va dirigido, permitiendo establecer una diferenciación entre alta cultura y cultura popular mucho más clara que a partir de los contenidos. Ha sido esta noción de *puesta en libro* la que contribuyó a fundar aquella sociología de los textos tan anhelada por Donald McKenzie.[18]

Como historiador del libro, Roger Chartier cuestionó en gran medida la perspectiva tradicional de la historia de las ideas y propuso un programa de historia social de las ideas basada en la materialidad de las modalidades de circulación de textos y en las formas de apropiación y uso de las que son objeto. Esta perspectiva, que primero se desarrolló en torno de los "pequeños libros azules" durante el Antiguo Régimen francés, sostiene el argumento

---

[13] Roger Chartier, *Les Origines culturelles de la Révolution francaise*, París, Seuil, 1990, p. 79.
[14] Roger Chartier, *Inscrire et effacer. Culture écrite et littérature (XIe-XVIIIe siècle)*, París, Gallimard-Seuil, 2005.
[15] Roger Chartier, *L'Ordre des livres. Lecteurs, auteurs, bibliothèques en Europe entre XIVe et XVIIIe siècle*, Aix-en-Provence, Alinéa, 1992.
[16] Claude Calame y Roger Chartier (eds.), *Identités d'auteur dans l'Antiquité et la tradition européenne*, Grenoble, Jérôme Millon, 2004.
[17] Roger Chartier, "George Dandin, ou le social en représentation", *Annales. Histoire, Sciences Sociales* (París), Año XLIX, nº 2, 1994.
[18] D. F. McKenzie, *La Bibliographie et la sociologie des textes*, traducción del inglés por Marc Amfreville, prefacio de Roger Chartier, París, Éditions du Cercle de la Librairie, 1991.

de aquel libro mayor que fue *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII*, publicado originalmente en 1990 al calor de las virulentas controversias alrededor del bicentenario de la Revolución. En él, Roger Chartier discutía la tesis de Daniel Mornet sobre los orígenes intelectuales de la Revolución, quien ofrecía un fundamento erudito para la creencia –compartida por los revolucionarios y contrarrevolucionarios– según la cual fueron los libros de filosofía los que desencadenaron la Revolución. A pesar de que Robert Darnton desplazó la fuerza subversiva de las ideas filosóficas hacia la literatura clandestina, no cuestionó ese presupuesto. Fue Roger Chartier quien invirtió doblemente la problemática al considerar, por un lado, que el triunfo de esta literatura se explicaba por el creciente debilitamiento de los valores tradicionales y, por otro lado, que fueron los revolucionarios quienes convirtieron a los filósofos en referencia.[19] Apropiaciones y usos que trazaron el programa de una sociología de la recepción de las obras literarias o intelectuales, la cual, asimismo, se ha convertido en una de las fuentes de la historia social de las ideas políticas que se desarrolla en Francia desde hace una década.[20]

Finalmente, al seguir en gran parte el ejemplo de los historiadores de la lectura y, en particular, de los trabajos de Roger Chartier, la sociología de la lectura ha pasado de una perspectiva únicamente cuantitativa a una perspectiva cualitativa, basada en entrevistas con lectores y en la reconstitución de sus bibliotecas y de sus trayectorias.[21] Al no poder interrogar a los individuos, los historiadores elaboraron, en efecto, métodos sofisticados que los sociólogos retomaron para delimitar los públicos y los usos de los libros, a partir de diversas fuentes: tiradas, distribución, encargos, inventarios *post mortem*, archivos notariales, registros de los *cabinets de lecture* y bibliotecas, correspondencia de escritores. Estas fuentes permitieron a los historiadores superar las perspectivas literarias de la recepción basadas solo en la interpretación de los textos (a la manera de la estética de la recepción de Hans-Robert Jauss y la noción de "lectura implícita" de Wolfgang Iser, las dos figuras faro de la Escuela de Constanza) y restituir las condiciones y restricciones sociales que influyeron en las prácticas de la lectura. Estos trabajos, llamados a profundizar y revisar las primeras perspectivas de larga duración, fueron objeto de numerosos balances críticos, entre ellos, aquel que Roger Chartier dirigió en 1995 y que, sin dudas, es el más importante.[22]

La movilidad de los textos

Este programa de investigación conoció nuevos desarrollos en su última obra, *Éditer et traduire*, en la que entrelaza todas las dimensiones anteriores y añade la mediación de la traducción. Esta obra, proveniente de algunas

[19] Cf. Daniel Mornet, *Les Origines intellectuelles de la Révolution française, 1715-1787*, París, Armand Colin, 1933. Asimismo, cf. Keith Michael Baker, "On the problem of the ideological origins of the French Revolution", en D. LaCapra y S. L. Kaplan (eds.), *Modern European Intellectual History. Reappraisals and New Perspectives*, Ithaca, Cornell University Press, 1982; y Robert Darnton, *Édition et sédition. L'Univers de la littérature clandestine au XVIII^e siècle*, París, Gallimard, 1991, pp. 214-215. También, cf. Roger Chartier, *Les Origines culturelles de la Révolution francaise*, París, Seuil, 1990, capítulo IV y "Epílogo".

[20] Frédérique Matonti, "Plaidoyer pour une histoire sociale des idées politiques", *Revue d'histoire moderne & contemporaine* (París), vol. LIX, n° 4, 2012, pp. 85-104.

[21] Gérard Mauger, Claude Poliak y Bernard Pudal, *Histoires de lecteurs*, París, Éditions du Croquant, 2010.

[22] Roger Chartier (ed.), *Histoires de la lecture. Un bilan des recherches*, París, IMEC Éditions-Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 1995. Sobre las primeras perspectivas de larga duración, cfr. John Lough, *L'Écrivain et son public. Commerce du livre et commerce des idées en France du Moyen-Âge à nos jours*, París, Le Chemin vert, 1987.

clases dictadas en el marco de la cátedra "Écrit et cultures dans l'Europe moderne" en el Collège de France, de un seminario sobre la materialidad de los textos dictado en la Universidad de Pensilvania y de una comunicación presentada en las universidades de Brasilia y San Pablo en 2019, nos invita a descentrar nuestra mirada y desplazarnos hacia una época en la cual España ocupaba una posición dominante y en la que apenas estaba emergiendo la figura moderna de autor. Allí, Chartier interroga con renovado vigor la relación entre autor y obra, los regímenes de atribución de textos, así como las modalidades de su circulación entre lenguas y culturas y entre formas de expresión (texto escrito y puesta en escena teatral), en relación con su *puesta en libro*. Sin duda, la figura del autor, tal como la elaboró el romanticismo, borraba las intervenciones de una cadena de actores, copistas, censores, editores, impresores, correctores, tipógrafos, traductores y adaptadores que la perspectiva materialista abierta por Chartier sacó a la luz.

Lejos de limitarse a rastrear versiones o formatos, esta perspectiva colocó en el centro de la historia cultural la problemática de la "movilidad de las obras", lo que provocó la desestabilización de numerosas certezas de la historia literaria al romper con el enfoque retroactivo que imponía. Las cinco modalidades que confieren a las obras su movilidad, a saber, "la inestabilidad de su atribución, las variantes entre los textos y sus versiones impresas, la pluralidad de sus formas de publicación, sus migraciones entre géneros y sus traducciones de una lengua a la otra", están admirablemente ilustradas en el capítulo consagrado a la circulación de *Festin de Pierre*, obra atribuida a Molière y, en nuestras días, conocida bajo el título de *Don Juan*, a través de los cambios, reescrituras y censuras que conoció la réplica final de Sganarelle quien presencia el castigo de su maestro y deplora la pérdida de su "remuneración", réplica cuya impía ironía no dejó de percibirse. Por lo tanto, semejante perspectiva desestabilizó también el sentido de estas obras libradas a las apropiaciones de los editores, de las compañías de actores y de los traductores quienes, todos ellos, "traducen" e interpretan el texto dejando en él sus propias marcas como, por ejemplo, las elecciones que realizan y que son reveladas más por la comparación de las distintas versiones que por una declaración de intenciones. El capítulo dedicado a las traducciones de la palabra *sprezzatura* que Castiglione emplea en su *best-seller Il libro del cortegiano* (*El Cortesano*), entre gracia, desenvoltura, despreocupación y desprecio, ofrece una ilustración espléndida, del mismo modo que el capítulo que aborda la traducción del famoso verso de *Hamlet*, "*To be, or not to be*". Otros ejemplos de decisiones similares se encuentran esparcidos por el libro, en especial los de aquellas palabras reputadas intraducibles como *despejo* en Gracián, que Amelot de La Houssaye (1684) tradujo como "El NO-SÉ-QUÉ", o, más cercano a nosotros, *saudade*, que el traductor inglés de José Eduardo Agualusa prefirió no traducir.

Sin embargo, más allá de las elecciones, estas marcas revelan también la violencia de algunas apropiaciones, la censura, los desvíos de sentido, la desposesión y las reinterpretaciones ideológicas cuando se las sitúa bajo la expresión de relaciones de fuerza interculturales desiguales –colonialismo, evangelización forzada, imposición de categorías jurídicas–, como tan bien lo ha demostrado Tiphaine Samoyault.[23] El análisis de *Historia de un viaje hecho a la tierra del Brasil, también llamada América* de Jean de Léry, publicado en 1578, ilustra la intensa actividad de traducción a la que dieron lugar las empresas de colonización para comprender las lenguas indígenas. Ya sea un instru-

[23] Tiphaine Samoyault, *Traduction et violence*, París, Seuil, 2020.

mento de dominación o una marca de reconocimiento de la superioridad cultural del otro, la traducción no tiene buena reputación si uno cree en el desprecio que albergaba Don Quijote hacia ella y cuyo creador pertenece, es verdad, a una cultura por entonces dominante. Sin embargo, como demostraron las perspectivas sociológicas de la traducción, las lenguas dominantes tienden a exportar más que a importar.[24] El verbo *trasladar** que suele emplear, significaba, en aquella época, tanto interpretar una escritura en otra lengua como copiar, acción puramente mecánica que, no obstante, devino lucrativa, como dan fe los contratos establecidos a mediados del siglo XVI entre los libreros parisinos y los traductores de novelas españolas de caballería, género, por entonces, muy apreciado. Ciertamente, los traductores fueron los primeros en obtener un ingreso por la publicación de las obras en una época en la que los autores debían contentarse solo con las retribuciones indirectas que les procuraba el patronazgo gracias al sistema de las dedicatorias.

Rastrear la circulación de las obras en traducción también perfila una geografía literaria, como lo sugería Franco Moretti en su *Atlas de la novela europea*.[25] De esta forma, tres oleadas de traducción convirtieron a *Don Quijote* en un clásico del canon mundial de la literatura moderna: primero, de 1612 a 1657, en inglés, francés, italiano, alemán y neerlandés; a continuación, entre 1768 y 1802, en ruso, danés, polaco, portugués y sueco; y, finalmente, en el siglo XIX, en los Imperios austríaco, ruso y otomano, y en Asia (chino, persa, hindi y japonés). Sin embargo, antes que atenerse a esta cartografía, Roger Chartier analizó las modalidades de estas circulaciones, traducciones directas o indirectas (como del francés al ruso), retraducciones, adaptaciones teatrales, que produjeron textos nuevos y dieron lugar a una historia conectada que se centra en el rol de los intérpretes –y que también está en el núcleo del libro de Zrinka Stahuljak *Les Fixeurs au Moyen-Âge*.[26]

Seguir el camino de los textos y sus metamorfosis nos conduce al momento en que apenas comienza a tomar forma la figura de autor, con el sello del apellido Shakespeare en algunas ediciones a partir de 1598 y, más tarde, en los volúmenes que reunían sus obras bajo su nombre de autor: en el caso de Shakespeare, Thomas Pavier ya lo había intentado en 1615, pero abortó su proyecto y fue necesario esperar la edición folio de 1623 que consagró y "monumentalizó" la obra del poeta y dramaturgo. Esta nueva práctica coexistió un tiempo con las misceláneas, pero también con las antologías de citas célebres de autores diversos que se erigieron en lugares comunes de una cultura. Shakespeare, a quien se lo comparaba cada vez más con los autores clásicos, accedió a ese repertorio a partir de 1600. Ciento cincuenta años más tarde, la antología de citas de Shakespeare publicada por William Dodd en 1752 bajo el título *The Beauties of Shakespeare* tendrá un sentido completamente diferente: la ilustración del genio singular de un autor consagrado como héroe cultural que marcó el advenimiento del nuevo régimen de atribución de textos que la propiedad literaria codificó encarnada por la consagración del "escritor nacional", una figura cuya construcción destacó Anne-Marie Thiesse.[27] La búsqueda del texto original y de su autenticidad, que tan poco

[24] Johan Heilbron, "Towards a Sociology of Translation. Book Translations as a Cultural World System", *European Journal of Social Theory* (Sussex), vol. II, n° 4, 1999.

* En español en el original [N. de la T.].

[25] Franco Moretti, *Atlas de la novela europea (1800-1900)*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1999.

[26] Zrinka Stahuljak, *Les Fixeurs au Moyen Âge. Histoire et littérature connectées*, París, Seuil, 2021.

[27] Anne-Marie Thiesse, *La Fabrique de l'écrivain national. Entre littérature et politique*, París, Gallimard, 2019.

preocupaba a los editores e impresores hasta ese momento de inflexión, está íntimamente unida a este nuevo régimen. Las empresas de canonización de estos clásicos de la literatura moderna dieron lugar a un intenso trabajo de compilación de obras completas, de comparación entre versiones manuscritas e impresas, de traducciones, retraducciones e, incluso, de "traducciones" en la propia lengua modernizada del autor, a semejanza de la "traslación" de las *Obras* de Rabelais en la colección Intégrale de la editorial Seuil en 1973 y, más tarde, con la publicación de una "edición integral bilingüe" en la colección Quarto de Gallimard en 2017. Cervantes, Shakespeare y Montaigne también se beneficiaron con este trato preferencial.

La nacionalización de los escritores se vio atrapada por las rivalidades entre las culturas nacionales –y que, a su vez, se crean a través de esas confrontaciones– que revelan otros usos de la traducción más allá de la apropiación o la consagración. Primer traductor del monólogo de Hamlet al francés, Voltaire pronto recurrió a la traducción literal como arma, con el fin de revelar las vulgaridades e indecencias con las que Shakespeare habría seducido al público popular de Londres y que, por el contrario, la traducción de 1746 eufemizada por La Place ocultaba. Esto le valió al autor de *Zaïre* la descalificación de Elizabeth Montagu quien incluso puso en duda su competencia lingüística. Por su parte, Voltaire no logró eclipsar la creciente gloria del célebre dramaturgo inglés en el reino de Francia.

La movilidad de los textos y la inestabilidad de su sentido no implica, sin embargo, caer en el relativismo epistemológico. Basándose en Foucault y Georges Canguilhem, Roger Chartier lo declaró sin preámbulos en el primer capítulo "Dire vrai. Rhétorique, fable, histoire", de *Éditer et traduire*: "En la tradición de la epistemología histórica, identificar la historicidad de los conceptos y de los instrumentos producidos por los saberes sobre el mundo natural o la criatura humana no impide conocer su capacidad para producir un conocimiento racional de sus objetos". En esta época de *fake news* sería imposible no reafirmarlo. Esta posición, sin embargo, no exime a Chartier de una necesaria y útil revisión de las relaciones entre retórica y verdad, que abordó a través de las traducciones de la *Retórica* de Aristóteles y, en especial, de la palabra *pisteis*, "*preuves*" en francés, "pruebas, creencias" en castellano. El término griego es ambiguo ya que oscila entre *proof* y *evidence.* Según Carlo Ginzburg, estos dos sentidos se encuentran detallados en Aristóteles cuando distingue las "pruebas técnicas", producidas por las figuras del discurso que tienen como objetivo conseguir la convicción –ejemplos, entimemas–, de las "pruebas extratécnicas" que serían, por lo tanto, esas "pruebas" exteriores al discurso que requiere la ciencia empírica. Chartier también distinguió claramente los regímenes epistemológicos de la ciencia y de la ficción, lo que no significa que no haya verdad en la ficción… La obra concluye con John Donne y su Dios como "trasladador" de la vida después de la muerte que resuena en la antigua metáfora del mundo como un libro escrito por Dios, quien también se desempeñó como corrector y encuadernador en la Inglaterra del siglo XVII después de la Reforma.

De este modo, desde las estrategias de autor a la movilidad de los textos –pasando por su *puesta en libro* en diferentes épocas, sus traducciones y sus diferentes representaciones teatrales (podríamos también considerar el cine y las series en el siglo XX)– el aporte de los trabajos de Roger Chartier y de sus reflexiones teóricas sobre la historia y la sociología de la literatura, de los intelectuales y del libro, es fundamental, contribución que persiste como un modelo de apertura interdisciplinar y de colaboración epistemológica y metodológica mayor de cara a la elaboración de aquella ciencia social unificada que Pierre

Bourdieu anhelaba.[28] Esperemos que no sirva solo como referencia sino también como modelo para las futuras generaciones de investigadores e investigadoras. □

Bibliografía citada

Actes de la recherche en sciences sociales (París), nº 126-127 titulado "Édition, Éditeurs (1)", marzo de 1999.

—, nº 130 titulado "Édition, Éditeurs (2)", diciembre de 1999.

Baker, Keith Michael, "On the problem of the ideological origins of the French Revolution", en D. LaCapra y S. L. Kaplan (eds.), *Modern European Intellectual History. Reappraisals and New Perspectives*, Ithaca, Cornell University Press, 1982, pp. 197-219.

Boschetti, Anna, "Légitimité littéraire et stratégies éditoriales", en R. Chartier y H.-J. Martin (eds.), *Histoire de l'édition française IV. Le Livre concurrencé, 1900-1950*, París, Fayard, 1990, pp. 511-550.

Bourdieu, Pierre, "La production de la croyance. Contribution à une économie des biens symboliques", *Actes de la recherche en sciences sociales* (París), n° 13, febrero de 1977, pp. 3-43 [trad. esp. de Alicia Gutiérrez: "La producción de la creencia. Contribución a una economía de los bienes simbólicos", en P. Bourdieu, *El sentido social del gusto. Elementos para una sociología de la cultura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010, pp. 153-229]

—, "Une révolution conservatrice dans l'édition", *Actes de la recherche en sciences sociales* (París), n° 126-127, marzo de 1999, pp. 3-28 [trad. esp. de Alicia Gutiérrez: "Una revolución conservadora en la edición", en P. Bourdieu, *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba, 1999, pp. 223-264].

— y Roger Chartier, *Le Sociologue et l'historien*, Marsella, Agône, 2010 [trad. esp. de Paloma Ovejero Walfisch: *El sociólogo y el historiador*, Madrid, Abada, 2011].

Coser, Lewis, Charles Kadushin y Walter Powell, *Books. The Culture and Commerce of Publishing*, Nueva York, Basic Books, 1982.

Calame, Claude y Roger Chartier (eds.), *Identités d'auteur dans l'Antiquité et la tradition européenne*, Grenoble, Jérôme Millon, 2004.

Chartier, Roger, "Espace social et imaginaire social. Les intellectuels frustrés au XVIIe siècle", *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations* (París), Año XXXVII, n° 2, 1982, pp. 389-400 [trad. esp. de Claudia Ferrari: "Espacio social e imaginario social: los intelectuales frustrados del s. XVII", en R. Chartier, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 1992, pp. 165-180].

—, "Le monde comme représentation", *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations* (París), Año LXIV, nº 6, 1989, pp. 1505-1520, luego reimpreso en *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétude*, París, Albin Michel, 1998, pp. 67-86 [trad. esp. de Marina Sanchis Martínez: "El mundo como representación", *Historia Social*, nº 10, primavera-verano de 1991, pp. 163-175, y de Claudia Ferrari: "El mundo como representación", en R. Chartier, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 1992, pp. 45-62].

—, *Les Origines culturelles de la Révolution francaise*, París, Seuil, 1990 [trad. esp. de Beatriz Lonné: *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución francesa*, Barcelona, Gedisa, 1995].

—, *L'Ordre des livres. Lecteurs, auteurs, bibliothèques en Europe entre XIVe et XVIIIe siècle*, Aix-en-Provence, Alinéa, 1992 [trad. esp. de Viviana Akerman: *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*, Barcelona, Gedisa, 1994].

—, "George Dandin, ou le social en représentation", *Annales. Histoire, Sciences Sociales* (París), Año XLIX, nº 2, 1994, pp. 277-309.

—, "Foucault's Chiasmus Authorship between Science and Literature in the Seventeenth and Eighteenth Centuries", en M. Biagioli y P. Galison (eds.), *Scientific Authorship. Credit and Intellectual Property in Science*, Nueva York, Routledge, 2003, pp. 13-31.

— (ed.), *Histoires de la lecture. Un bilan des recherches*, *Actas* del Coloquio celebrado los días 29 y 30 de enero de 1993, París, IMEC Éditions-Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 1995.

—, *Inscrire et effacer. Culture écrite et littérature (XIe-XVIIIe siècle)*, París, Gallimard-Seuil, 2005 [trad. esp. de Víctor Goldstein: *Inscribir y borrar. Cultura escrita y literatura (siglos XI-XVIII)*, Buenos Aires, Katz, 2006].

—, *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétude*, París, Albin Michel, 1998.

—, *Éditer et traduire. Mobilité et matérialité des textes (XVIe-XVIIIe siècles)*, París, Éditions de l'EHESS-Gallimard-Seuil, 2021.

Darnton, Robert, *Édition et sédition. L'Univers de la littérature clandestine au XVIIIe siècle*, París, Gallimard, 1991 [1982] [trad. esp. (a partir del original inglés) de Laura Vidal: *Edición y subversión. Literatura clandes-*

[28] Los trabajos del Groupe de Recherches Interdisciplinaires sur l'Histoire du Littéraire, creado en el Centre de Recherches Historiques de la École des Hautes Études en Sciences Sociales en 1996 por el añorado Alain Viala junto con Christian Jouhaud, Dinah Ribard y Judith Lyon-Caen, han incorporado los trabajos de Chartier y este enfoque pluridisciplinario de la literatura.

tina en el Antiguo Régimen, México, Turner-Fondo de Cultura Económica, 2003].

Heilbron, Johan, "Towards a Sociology of Translation. Book Translations as a Cultural World System", *European Journal of Social Theory* (Sussex), vol. II, n° 4, 1999, pp. 429-444 [trad. esp. (con modificaciones y a partir de la versión francesa) de Jaime Velázquez: "El sistema mundial de las traducciones", en G. Sapiro (ed.), *Las contradicciones de la globalización editorial*, Bogotá, Universidad de los Andes-Universidad de Guadalajara, 2019, pp. 277-301].

Lough, John, *L'Écrivain et son public. Commerce du livre et commerce des idées en France du Moyen-Âge à nos jours*, traducción del inglés por Alexis Tadié, París, Le Chemin vert, 1987 [1978].

Lyon-Caen, Judith y Dinah Ribard, *L'Historien et la littérature*, París, La Découverte, 2010.

Matonti, Frédérique, "Plaidoyer pour une histoire sociale des idées politiques", *Revue d'histoire moderne & contemporaine* (París), vol. LIX, n° 4, 2012, pp. 85-104.

Mauger, Gérard, Claude Poliak y Bernard Pudal, *Histoires de lecteurs*, París, Éditions du Croquant, 2010 [1999].

McKenzie, Donald F., *La Bibliographie et la sociologie des textes*, traducción del inglés por Marc Amfreville, prefacio de Roger Chartier, París, Éditions du Cercle de la Librairie, 1991 [1986] [trad. esp. (a partir del original inglés) de Fernando Bouza Álvarez: *Bibliografía y sociología de los textos*, Madrid, Akal, 2005].

Moretti, Franco, *Atlas de la novela europea. 1800-1900*, traducción del original italiano por Stella Mastrangello, México, Siglo XXI, 1999 [1997].

Mornet, Daniel, *Les Origines intellectuelles de la Révolution française, 1715-1787*, París, Armand Colin, 1933 [trad. esp. de Carlos A. Fayard: *Los orígenes intelectuales de la Revolución francesa, 1715-1787*, Buenos Aires, Paidós, 1969].

Samoyault, Tiphaine, *Traduction et violence*, París, Seuil, 2020.

Sapiro, Gisèle y Johan Heilbron (eds.), "Traduction: les échanges littéraires internationaux", *Actes de la recherche en sciences sociales* (París), nº 144, 2002.

Sapiro, Gisèle (ed.), *Translatio. Le marché de la traduction en France à l'heure de la mondialisation*, París, CNRS Éditions, 2008.

— (ed.), *Les Contradictions de la globalisation éditoriale*, París, Nouveau Monde, 2009 [trad. esp. de Jaime Velázquez: *Las contradicciones de la globalización editorial*, Bogotá, Universidad de los Andes-Universidad de Guadalajara, 2019].

—, *La Sociologie de la littérature*, París, La Découverte, 2015 [trad. esp. de Laura Fólica: *La sociología de la literatura*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2016].

Stahuljak, Zrinka, *Les Fixeurs au Moyen Âge. Histoire et littérature connectées*, París, Seuil, 2021.

Thiesse, Anne-Marie, *La Fabrique de l'écrivain national. Entre littérature et politique*, París, Gallimard, 2019.

Thompson, John B., *Books in the Digital Age. The Transformation of Academic and Higher Education Publishing in Britain and the United States*, Cambridge, Polity Press, 2005.

—, *Merchants of Culture. The Publishing Business in the Twenty-First Century*, Cambridge, Polity Press, 2010.

Resumen/Abstract

De la figura de autor a la movilidad de textos. La contribución de Roger Chartier a la sociología y a la historia de la literatura

Sobre la base de dos aspectos que atraviesan casi toda la obra de Roger Chartier, el artículo indaga la perspectiva interdisciplinar que ha practicado desde un punto de vista epistemológico, teórico y metodológico, en particular con la sociología cultural y con la historia de la literatura. En primer lugar, se analiza la noción de "autor" que Chartier recupera explícitamente de Michel Foucault y que instala en el campo de la historia en una época en la que esta problemática todavía tenía poca presencia en Francia, pese a que los trabajos sobre la autoría ya se encontraban en pleno auge en un mundo anglófono. Tras una referencia a la nueva concepción de "lector" forjada por Chartier y que supuso un fuerte desafío a las teorías de la recepción, se aborda, en segundo término, la inestabilidad de sentido que se produce tras la movilidad de los textos en aras de reforzar su historicidad intrínseca y eludiendo cualquier posible relativismo epistemológico.

Palabras clave: Roger Chartier – Movilidad textual – Autoría – Interdisciplinariedad – Sociología cultural

From the Figure of Author to Textual Mobility. Roger Chartier's Contribution to Sociology and to the History of Literature

Based on two aspects that run through almost all of Roger Chartier's work, the article explores the interdisciplinary perspective he has practiced from an epistemological, theoretical and methodological point of view, in particular with cultural sociology and the history of literature. First of all, it analyzes the notion of "author" that Chartier explicitly recovers from Michel Foucault and that he installs in the field of history at a time when this problematic still had little presence in France, despite the fact that works on authorship were already booming in an English-speaking world. After a reference to the new conception of the "reader" forged by Chartier, which was a strong challenge to the theories of reception, the instability of meaning produced by the mobility of texts is addressed in order to reinforce their intrinsic historicity and to avoid any possible epistemological relativism.

Key Words: Roger Chartier – Textual Mobility – Authorship – Interdisciplinarity – Cultural Sociology

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1313>

*Al pie del acantilado**

Christian Jouhaud

École des Hautes Études en Sciences Sociales

La primera frase de *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétude*, publicado en 1998, es un buen ejemplo de apertura mediante un texto "hojaldrado", noción desarrollada por Roger Chartier en una de las páginas de su libro más reciente, *Éditer et traduire. Mobilité et matérialité des textes*.[1] En ambos casos, Chartier hace suya la reflexión de Michel de Certeau sobre el lugar del "otro" (cita o referencia) en el discurso historiográfico. El primer caso, "al borde del acantilado" es una imagen que "parece situar con agudeza todos los intentos intelectuales que colocan en el centro de sus investigaciones o reflexiones las relaciones entre producciones discursivas y prácticas sociales". Michel de Certeau, por su lado, evocó con esta imagen la empresa de Michel Foucault –la segunda capa del hojaldrado– que intentaba analizar prácticas allí donde el discurso se detiene: "La operación teórica, de repente, se encuentra en el tramo final de un terreno que funciona normalmente, tal como ocurre cuando un coche consigue llegar al borde de un acantilado. Más allá, no tiene más que el mar. Foucault trabaja al borde del acantilado, cuando busca inventar un discurso sobre prácticas no discursivas".[2] Acercarse a las prácticas en torno a la literatura o referidas a la literatura exige la inversión de esa imagen. Ya no estamos al borde de un vacío frente al océano de las prácticas sin palabras, sino en una orilla incesantemente bañada por las mareas del discurso: al pie del acantilado. Lo que entonces se impone a la mirada cuando fijamos la vista hacia el otro lado son las huellas de antiguas inmersiones, de acontecimientos más recientes, de presencias actuales (vegetales, animales o minerales), de efectos de la erosión marina, en el propio acantilado.

El último capítulo de *Au bord de la falaise* se titula "Historia y literatura". El autor comienza recordando que

> Para un historiador que, como yo, ha llegado al análisis de ciertos textos literarios a partir de la historia sociocultural al estilo de *Annales*, el objeto esencial de la historia

* Traducción para *Prismas* de Lucía Vogelfang.

[1] Roger Chartier, "Introduction", en R. Chartier, *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétude*, París, Albin Michel, 1998, p. 9, y "Dire vrai. Rhétorique, fable, histoire", en R. Chartier, *Éditer et traduire. Mobilité et matérialité des textes (XVIe-XVIIIe siècles)*, París, Éditions de l'EHESS-Gallimard-Seuil, 2021, p. 43. [N. del E.: en la bibliografía se detallan todos los libros y textos citados que tienen traducción al castellano].

[2] Michel de Certeau, "Microtechniques et discours panoptique: un *quiproquo*", en *Histoire et psychanalyse entre science et fiction*, París, Gallimard, 1987, p. 44.

> literaria y de la crítica textual (cualquiera sea la identidad disciplinaria de sus practicantes) es el proceso a través del cual lectores, espectadores u oyentes dan sentido a los textos que se apropian.[3]

Esta afirmación se inscribe en la continuidad de una investigación y tiene además una dimensión programática que permitiría resumir sumariamente una obra caracterizada por su fuerte coherencia y por su impresionante energía historiográfica, las cuales se imponen, al menos, desde *Lectures et lecteurs dans la France d'Ancien Régime*.[4] A partir de allí, se pueden mirar los marcos problemáticos de proyectos que reivindican la intersección de la historia del libro con la crítica textual y la sociología cultural de la cual la historia de las prácticas de la lectura es una pieza central. Las obras de Molière *George Dandin* (en un artículo ya clásico) y *Don Juan* (en el reciente *Éditer et traduire*) aportan contenido para dos de estos proyectos.[5] La primera de ellas nos permite observar cómo los diferentes espectáculos que la procuran a la vista de todos, en la corte y en la ciudad, conducen a recepciones muy diferenciadas y cómo el texto, en estas diferentes situaciones, logra representar "los principios contradictorios de construcción del mundo social, las clasificaciones en actos mediante los cuales los individuos, en una situación dada, clasifican a los demás y, en consecuencia, se clasifican a sí mismos".[6] La segunda de estas dos obras, considerando solamente las últimas palabras de Sganarelle en la escena, inaugura la reflexión sobre "las cinco modalidades que suministran a las obras su movilidad: la inestabilidad de su atribución, las variaciones entre los textos respecto de sus versiones impresas, la pluralidad de sus formas de publicación, sus migraciones entre géneros y sus traducciones de un idioma a otro".[7] Estos análisis inauguran también la perspectiva de repensar y reformular –de reconstruir históricamente– el problema fundamental de la doble naturaleza material e inmaterial de lo escrito, ya se trate de "textos sin atributos, pragmáticos y prácticos" o de obras habitadas "por el extraño poder de hacer soñar, de hacer pensar o de suscitar el deseo", algo que, desde finales del siglo XVII, se designa con el término "literatura".[8]

¿El encantamiento resiste la historización? ¿Es, de diversas formas, el indicador estable de la capacidad de un texto para resistir el paso del tiempo? Roger Chartier busca respuestas a estas preguntas en Cervantes y Shakespeare, dos gigantes cuyas obras juegan con las fronteras espaciales y temporales. Inclusive, organiza su encuentro a partir de un minucioso análisis de la mítica pieza perdida de Shakespeare, *Cardenio*, que le permite abordar la recepción de las obras a través de una práctica de reempleo (por ejemplo, la de *Don Quijote*, de donde proviene la historia de los infelices amores de Cardenio), las sucesivas apropiaciones de un mismo texto y, finalmente, la relación de la Ilustración con las obras de los siglos XVI y XVII y, todo ello, considerando que Shakespeare ha sido edi-

[3] Roger Chartier, "Histoire et littérature", en R. Chartier, *Au bord de la falaise*, p. 269. "El 'mismo' texto, fijado en la escritura, no es el 'mismo' si cambian los dispositivos de su inscripción o de su comunicación" (p. 270).
[4] Roger Chartier, *Lectures et lecteurs dans la France d'Ancien Régime*, París, Seuil, 1987.
[5] Roger Chartier, "George Dandin, ou le social en représentation", *Annales. Histoire, Sciences Sociales* (París), Año XLIX, nº 2, 1994, retomado en *Culture écrite et société. L'ordre des livres (XIVe-XVIIIe siècle)*, París, Albin Michel, 1996. Cf., asimismo, "Les gages de Sganarelle", en R. Chartier, *Éditer et traduire*.
[6] Roger Chartier, "George Dandin, ou le social en représentation", p. 281.
[7] Roger Chartier, "Les gages de Sganarelle", p. 115.
[8] Roger Chartier, *Écouter les morts avec les yeux*, París, Collège de France-Fayard, 2008. Se trata de la lección inaugural de Roger Chartier en el Collège de France para la cátedra Écrit et cultures écrites dans l'Europe moderne. Cf. también *La Main de l'auteur et l'esprit de l'imprimeur*, París, Gallimard, 2015 (en particular, los capítulos II, VII y IX).

tado minuciosamente y, al mismo tiempo, adaptado de forma muy libre a lo largo del siglo XVIII (e incluso en el transcurso del XIX). Se trata también, tras una vuelta de tuerca suplementaria, de estudiar cómo estos autores introdujeron en sus textos, con realismo o como metáfora, la materialidad de los escritos, comunes y corrientes o no, y cómo incorporaron las tablillas de cera, la imprenta tipográfica, la escritura manuscrita, la escritura bordada y tejida, para captar así, por medio de las representaciones de la materialidad de las producciones escritas, estos "hechos" que, como lo comprueba aquí el historiador, "dan a algunos textos, aunque no a todos, la perpetua fuerza del encantamiento".[9]

La experiencia del encantamiento clasifica en acto los textos leídos, distinguiendo las obras que encantan de las otras, y tiene como consecuencia crear y también postular la posibilidad de una distancia entre diferentes tipos de escritos. Esta noción de distancia permitiría, básicamente, historizar lo específico de la literatura.[10] De allí la exigencia de "trabajar sobre las distancias":

> distancias entre las representaciones literarias y las realidades sociales que representan, desplazándolas hacia el registro de la ficción narrativa y de la fábula; distancias entre la significación y la interpretación correctas, tales como las que intenta fijar la escritura, el comentario o la censura y las apropiaciones plurales que siempre inventan, desplazan, subvierten. Finalmente, distancias entre las diversas formas de inscripción y de recepción de obras.[11]

El análisis histórico de estas distancias trae consigo la exigencia de tomar en cuenta, continuamente, la discontinuidad de los objetos. Tal es, inclusive, la condición para que la historia literaria y la crítica textual, siempre amenazadas por derivas esencializantes, puedan afirmar su pertinencia "en un tiempo en que todas las disciplinas (incluida la historia y las ciencias más 'duras') vuelven a la dimensión necesariamente 'literaria' de su escritura".[12]

La asociación de la problemática de la discontinuidad con esta última observación sobre la "dimensión necesariamente 'literaria'" de la escritura de las distintas áreas del saber nos introduce en la cuestión de la circulación de lo "literario" por fuera de la literatura y en una historia que podría ser la del *hecho literario* en diferentes épocas y en diferentes contextos sociales y culturales (eventualmente nacionales). Esto equivale a cuestionar la relación entre la discontinuidad de los objetos y la relativa continuidad de las formas de escritura junto con la apreciación de su valor en las "sociedades literarias" (como dirían los antropólogos). Este tema fue abordado por Michel Foucault en dos conferencias reeditadas recientemente.[13]

Las dos conferencias de Foucault datan de 1964 e inician una reflexión sobre la posible articulación (y sobre el hecho, ante todo, de que esta articulación es posible) entre la in-

[9] Roger Chartier, *Cardenio entre Cervantès et Shakespeare. Histoire d'une pièce perdue*, París, Gallimard, 2011.

[10] Roger Chartier, *Au bord de la falaise*, pp. 272-273: "en cada configuración social, ciertos discursos se designan por su distancia con respecto a los discursos y prácticas ordinarias [y] se producen y se representan en un espacio social específico que tiene sus instituciones, jerarquías y apuestas propias".

[11] *Ibid*. La noción ya se planteó en el artículo sobre *George Dandin* (citado en nota 5) que subrayó la importancia de este trabajo sobre la distancia: "distancia entre el texto de la comedia y los demás textos, literarios o no, a partir de los cuales se construye, distancia entre las situaciones teatrales y las del mundo social que les sirven de matriz" (p. 283).

[12] *Ibid.*, p. 273. Cf. también "Post-scriptum, permanence des œuvres, pluralité des textes", en R. Chartier, *Cardenio entre Cervantès et Shakespeare*, pp. 285-289.

[13] Michel Foucault, *La Grande étrangère. À propos de littérature*, París, Éditions de l'EHESS, 2013.

transitividad, incluso la *autotelia*, de la literatura y su historicidad. Lo más importante, podemos sospechar, no es entonces el establecimiento de una narrativa que sustente esta historia, sino la propuesta de un marco teórico susceptible de hacer inteligible su dinámica productiva. Foucault piensa esta puesta en marcha a partir de un triángulo lenguaje-obra-literatura para el cual la literatura sería el vértice: "el vértice de un triángulo por el cual pasa la relación del lenguaje con la obra y de la obra con el lenguaje". Esta relación cambia con el tiempo. Foucault la identifica en el siglo XVII, luego en la transición del siglo XVIII al XIX y, finalmente, en un momento mallarmeano a partir del cual la literatura se abre a un presente porque no puede desligarse de la pregunta "¿qué es la literatura?", implícitamente presente en toda escritura literaria. Frente al mito de lo *inefable*, donde estaría indexado el valor literario, Foucault defiende la historicidad de la *fábula* de la realidad intangible de este valor, del que *la* literatura es tanto el horizonte nunca alcanzado como el ídolo, un ídolo con cuya destrucción se inaugura toda obra literaria y cuyo primer movimiento es transgredir el ideal de lo preexistente para consagrar mejor su renovada fuerza. Así "la literatura es esa especie de doble que se pasea delante de la obra".

Esta epifanía del mundo poliforme de los signos en la unidad que ofrece un señuelo se realiza mediante actos de escritura que sí tienen una historia indisociable de una fantasmática. Y esta sería la vertiente no material de una historia del libro: podemos decir que "la literatura comenzó el día en que el espacio de la retórica fue sustituido por algo que podríamos denominar el volumen del libro" (los autores creen que están escribiendo libros cuando solo escriben textos). Este poder simbólico y material del libro en el cual "la literatura realiza su ser", este espacio "donde la obra se permite el simulacro de la literatura" orienta toda consideración consecuente de la historicidad de la literatura, al menos, en la cultura europea. El libro pasó de ser "el soporte accesorio de un habla cuya preocupación era la memoria y el retorno" a convertirse "más o menos en la época de Sade, en el lugar esencial del lenguaje y en su origen, siempre visible, pero, definitivamente, sin memoria". La cronología propuesta es discutible, pero tal es la idea de un imaginario estructurante de la práctica literaria cuya historia podría trazarse y que ayuda a impulsar la investigación de la historicidad de lo literario. Esta historicidad, como sugiere Foucault, tiene como horizonte la potencia simbólica del libro como objeto tanto real como ilusorio [*fantasmé*] y la convicción de que comprender la capacidad de simbolizar el mundo a través de la escritura pasa por la observación de las obsesiones del ídolo literatura. Así pues, este ídolo definitivamente adquiere el tamaño de un acantilado visto desde abajo y se presta a descubrir que, en sus paredes rocosas, ocurren constantemente acontecimientos más o menos espectaculares que son la marca de la presencia del tiempo.[14]

Con la excepción de estas dos conferencias, Michel Foucault apenas ha abordado directamente la literatura. Antes bien, situó su reflexión a escala discursiva. Sensato y agudo comentarista de la obra de Foucault, Roger Chartier ha construido su pensamiento historiográfico y su práctica histórica a escala de los escritos, encontrando allí la literatura como recurso con sus objetos, sus contextos,

[14] Estos acontecimientos tienen como marco y territorio el mundo social de los literatos y de la producción literaria, incluso en sus aspectos materiales, pero también son acontecimientos de escritura cuya especificidad y fuerza ha subrayado Yves Bonnefoy ("estos hechos siempre tienen un significado en el devenir histórico, tal vez el historiador deba reconocer en ellos, si no lo que mueve la historia, al menos lo que arroja luz sobre sus motivaciones, que aún hoy se comprenden tan poco", escribe). Yves Bonnefoy, "L'événement poétique", *Mélanges de l'École française de Rome. Italie et Méditerranée*, t. CIV, n° 1, 1992, pp. 93-100.

sus usos.[15] Al cruzar patrones de pensamiento, representaciones y materialidad, prácticas de todo tipo en el seno de la producción, de la difusión, de la recepción de textos o en su periferia, ofrece una interpretación coherente de la especificidad de la literatura. No hay escritos sin los soportes que permiten su lectura, no hay ideas o representaciones sin la comprensión de aquellas prácticas de simbolización del mundo históricamente situables que las sustentan. Con la realización de este programa, Roger Chartier ha dado sólidas herramientas a todo aquel que quiera intentar escalar el acantilado-literatura. □

Bibliografía citada

Bonnefoy, Yves, "L'événement poétique", *Mélanges de l'École française de Rome. Italie et Méditerranée*, t. CIV, n° 1, 1992, pp. 93-100.

Certeau, Michel de, "Microtechniques et discours panoptique: un *quiproquo*", en M. de Certeau, *Histoire et psychanalyse entre science et fiction*, París, Gallimard, 1987, pp. 37-50 [trad. esp. de Alfonso Mendiola: "Microtécnicas y discurso panóptico: un *quiproquo*", en M. de Certeau, *Historia y psicoanálisis entre ciencia y ficción*, México, Universidad Iberoamericana-Departamento de Historia, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores, 1995, pp. 27-37].

Chartier, Roger, *Lectures et lecteurs dans la France d'Ancien Régime*, París, Seuil, 1987.

—, *Culture écrite et société. L'ordre des livres (XIVe-XVIIIe siècle)*, París, Albin Michel, 1996.

—, *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétude*, París, Albin Michel, 1998 [respecto de los capítulos mencionados por el autor a lo largo del artículo, hay versión castellana de Horacio Pons del V y el VIII bajo los títulos "La quimera del origen. Foucault, la Ilustración y la Revolución francesa" y "El poder, el sujeto, la verdad. Foucault lector de Foucault", en R. Chartier, *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*, Buenos Aires, Manantial, 1996, pp. 13-54 y pp. 101-127, respectivamente. Respecto del capítulo XII, hay versión castellana de Alejandro Pescador bajo el título "La pluma, el taller y la voz", en R. Chartier, *Pluma de ganso, libro de letras, ojo viajero*, México, Universidad Iberoamericana, 1997, pp. 21-45].

—, *Cardenio entre Cervantès et Shakespeare. Histoire d'une pièce perdue*, París, Gallimard, 2011 [trad. esp. de Silvia Nora Labado: *Cardenio entre Cervantes y Shakespeare. Historia de una obra perdida*, Barcelona, Gedisa, 2012].

—, *La Main de l'auteur et l'esprit de l'imprimeur. XVIe-XVIIIe siècle*, París, Gallimard, 2015 [trad. esp. de Víctor Goldstein: *La mano del autor y el espíritu del impresor. Siglos XVI-XVIII*, Buenos Aires, Eudeba-Katz, 2016].

—, *Éditer et traduire. Mobilité et matérialité des textes (XVIe-XVIIIe siècles)*, París, Éditions de l'EHESS-Gallimard-Seuil, 2021.

Foucault, Michel, *La Grande étrangère. À propos de littérature*, París, Éditions de l'EHESS, 2013 [trad. esp. de Horacio Pons y al cuidado de Edgardo Castro: *La gran extranjera. Para pensar la literatura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015].

Ribard, Dinah, *1969: Michel Foucault et la question de l'auteur*, texto, presentación y comentario, París, Honoré Champion, 2019.

[15] Sobre los análisis de Foucault realizados por Chartier, cf., en especial, en *Au bord de la falaise*, los capítulos V ("La chimère de l'origine. Foucault, les Lumières et la Révolution française") y VIII ("Le pouvoir, le sujet, la vérité. Foucault lecteur de Foucault"). Chartier también ha comentado extensamente el célebre texto de Foucault "Qu'est-ce qu'un auteur?", recientemente reeditado en Dinah Ribard, *1969: Michel Foucault et la question de l'auteur*, texto, presentación y comentario, París, Honoré Champion, 2019.

Resumen/Abstract

Al pie del acantilado
La metáfora "al borde del acantilado" fue utilizada por Roger Chartier en varias oportunidades para describir ya sea la crisis de la epistemología histórica, las obras de Michel Foucault o la relación entre la historia y la literatura. Tomando este último uso, el artículo invierte la mirada desde "el pie del acantilado" para mostrar de qué modo, tomando en cuenta una historia sociocultural, Chartier ha indagado ciertos textos literarios con un objetivo manifiesto: el proceso a través del cual lectores, espectadores u oyentes dan sentido a los textos que apropian. Ahora bien, ¿qué tipo de escala utiliza para medir "lo literario" en las diferentes obras que discute? El artículo expone los patrones de pensamiento, representación y materialidad que Chartier intersecciona al extraer una especificidad para lo que podría denominarse un "hecho literario" compuesto, esencialmente, de prácticas de producción, de difusión y recepción de textos.

Palabras clave: Roger Chartier – Historia de lo literario – Michel Foucault – Obra literaria – Hecho literario

At the Foot of the Cliff
The metaphor "at the edge of the cliff" has been used by Roger Chartier on several occasions to describe either the crisis of historical epistemology, the works of Michel Foucault or the relationship between history and literature. Taking this last use, the article reverses the gaze from "the foot of the cliff" to show how, taking into account a sociocultural history, Chartier has investigated certain literary texts with a clear objective: the process through which readers, spectators or listeners give meaning to the texts they appropriate. Now, what kind of scale does he use to measure "the literary" in the different works he discusses? The article exposes the patterns of thought, representation and materiality that Chartier intersects in extracting specificity for what could be called a "literary fact" composed, essentially, of practices of production, dissemination and reception of texts.

Key Words: Roger Chartier – History of the Literary – Michel Foucault – Literary Work – Literary Fact

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1314>

*El joven Chartier, investigador y mediador**

Stéphane Van Damme

École Normale Supérieure

¿Qué significa ser un joven historiador? Para responder esta pregunta, no deberíamos desconfiar tanto de aquella ilusión biográfica que el propio Roger Chartier describió así: "El pasado a veces me aburre y la ilusión biográfica amenaza cualquier respuesta a esa pregunta".[1] En todo caso, en lugar de seguir un enfoque biográfico, nos basaremos en el rico material de sus publicaciones.[2] A partir de ese corpus, compuesto principalmente por artículos monográficos, notas de lectura y reseñas, hemos notado que esta producción intelectual se vio forjada por un doble paradigma. Por una parte, el de la indagación colectiva, lo que significa que el aprendizaje y la creatividad individual desplegados por Roger Chartier entre fines de la década de 1960 y principios de la de 1980, que convergen en torno de varios temas (historia de las sociabilidades, historia de la educación, historia del libro y de la lectura, historia de las mentalidades), demuestran también un compromiso con la investigación colectiva en el seno de varias instituciones. El otro paradigma es el del lugar de la discusión historiográfica mediante la proliferación de reseñas en varias revistas, pero también a través del sentido de importación intelectual que caracteriza una forma de escribir la historia y de construir un argumento para la discusión. La lectura y el uso activo, tanto de una historiografía internacional como de las contribuciones de otras disciplinas de las ciencias sociales, en particular de la sociología y de la antropología, señalan el carácter que tuvo la innovación francesa de aquella época dentro de una institución como la École des Hautes Études en Sciences Sociales. A través de estos diferentes componentes irrumpe un estilo Chartier que surge en este momento intelectual de las décadas de 1960 y 1970. Los inicios de su carrera representaron para el joven Chartier un horizonte abierto a las posibilidades que ofrecía la renovación de la historia. Su participación con Daniel Roche en el libro-manifiesto colectivo *Faire de l'histoire*, dirigido por Jacques Le Goff y Pierre Nora, da testimonio de una recomposición en torno de lo que, en 1978, se denominará

* Traducción para *Prismas* de Lucía Vogelfang.

[1] Évelyne Cohen y Pascale Goetschel, "Entretien avec Roger Chartier", *Sociétés & Représentations* (París), vol. II, nº 40, 2015, p. 289.

[2] Nos basamos en el inventario de publicaciones de las revistas disponibles en el sitio *Persée*, que representa una muestra de las publicaciones de Roger Chartier durante este período. Como veremos, no se trata de un inventario exhaustivo porque algunas revistas no están digitalizadas, al igual que los capítulos de libros colectivos. En total, entre 1969 y 1982, disponemos de 17 artículos y 58 reseñas, es decir, un artículo en *Actes de la recherche en sciences sociales*, 11 publicaciones en la *Revue d'histoire moderne et contemporaine* (incluyendo 6 artículos), 28 publicaciones en *Annales*, incluyendo 5 artículos y notas críticas, y 30 reseñas en la revista *Dix-Huitième siècle.*

"nueva historia" que, poco a poco, se irá desprendiendo de dos modelos: el de la historia social y económica de Ernest Labrousse y el de la historia de las mentalidades promovido por Lucien Febvre y Robert Mandrou.[3] Entre las múltiples posibilidades que se abrieron en este período de transición, conservaremos cuatro campos en cuya transformación ha contribuido el joven Chartier.

Originario de Lyon, Roger Chartier se formó inicialmente en la École Normale Supérieure de Saint-Cloud donde conoció al *caïman* de historia, Daniel Roche.* Él fue quien lo preparó para el examen de agregación que pasó con éxito en 1969, pero, sobre todo, quien lo introdujo en las investigaciones colectivas sobre el libro que, por entonces, dirigía François Furet y en las que, finalmente, participó. Luego, completó su formación como historiador en la Sorbona en el seminario de Alphonse Dupront. Unos años antes, Daniel Roche había publicado un artículo en *Annales* en el cual experimentaba con un nuevo enfoque sobre las academias de provincia en el siglo XVIII utilizando el concepto de sociabilidad.[4] Por su parte, en 1967, Roger Chartier realizó su primer trabajo de investigación presentando una tesina de DES [*diplôme d'études spécialisées*] sobre la Academia de Lyon basada en los archivos que allí se conservaban. Este estudio de sociología histórica se centró en el ambiente intelectual y reconstruyó el anclaje social, así como las prácticas colectivas de la nueva institución que recibió sus patentes reales en 1724, pero que, informalmente, ya existía desde 1700.[5]

Entre 1690 y 1730, un segundo período marca la transición hacia una progresiva institucionalización de la vida cultural de Lyon a través de la creación de grupos académicos en torno de un proyecto común cada vez más identificado con la defensa de la identidad local. Mientras que durante mucho tiempo los primeros círculos dependieron de la supervisión ejercida por el colegio de los jesuitas y sus profesores, Chartier demostró una gradual emancipación de las élites urbanas asociada con la defensa del pasado de Lyon con vistas a justificar la independencia política. Los trabajos de Roger Chartier y Daniel Roche sobre estas secuencias de la historia de la Academia de Lyon también han subrayado con vigor el progresivo alineamiento con los modelos académicos. Las élites, en gran parte procedentes del mundo de los colegios jesuitas, ven la nueva academia como una prolongación natural que celebra la grandeza de Lyon. Publicado en la obra *Nouvelles études lyonnaises*, dirigida por Henri-Jean Martin, el artículo representa uno de los pocos análisis monográficos que se dedicaron a las academias de provincia antes de que

[3] Cf. Roger Chartier y Daniel Roche, "Le livre, un changement de perspective", en J. Le Goff y P. Nora (eds.), *Faire de l'histoire III. Nouveaux objets*, París, Gallimard, 1974. El término "nueva historia" está extraído del título del diccionario que Roger Chartier dirigió junto con Jacques Le Goff y Jacques Revel: *La Nouvelle histoire*, París, Retz-C.E.P.L., 1978. [N. del E.: en la bibliografía se detallan todos los libros citados que tienen ediciones en castellano].

* El término *caïman* forma parte de la jerga de la École Normale Supérieure (ENS). Antes de su reorganización en 1968, la agregación (el reclutamiento de profesores para la enseñanza secundaria o superior) solía realizarse tras completar la educación formal en la Sorbona o en la ENS. Precisamente, los instructores que preparaban a los estudiantes para este examen, denominados *agrégé-répétiteur* o *caïman*, tenían, por lo general, una gran influencia sobre ellos. El término, que según algunos data de 1852, remite a una especie particularmente cruel de cocodrilo y se utilizó como apodo para un antiguo *agrégé-répétiteur* de la ENS. Cf. Alan D. Schrift, "Effects of the Agrégation de philosophie on Twentieth-Century French Philosophy", *Journal of the History of Philosophy* (Baltimore), vol. XLVI, nº 3, 2008, p. 452 y n. 9 [N. de la T.].

[4] Daniel Roche, "La diffusion des Lumières. Un exemple: l'Académie de Châlons-sur-Marne", *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations* (París), vol. XIX, nº 5, 1964, pp. 887-922.

[5] Roger Chartier, "Une académie avant les lettres patentes. Une approche de la sociabilité des notables lyonnais à la fin du règne de Louis XIV", *Marseille. Revue municipale illustrée*, n°101, segundo trimestre de 1975.

Daniel Roche defendiese su tesis de doctorado estatal [*thèse de doctorat d'Etat*] en 1973.[6]

Esta historia de los intelectuales se encuentra en plena renovación gracias a los aportes de la sociología de la educación y la cultura que desarrolló Pierre Bourdieu. Así se advierte en la investigación colectiva llevada adelante por Chartier sobre las universidades y, en particular, en su contribución al estudio de los intelectuales frustrados donde se pregunta por la devaluación de los títulos académicos en el mercado laboral.[7] Este trabajo amplía una comunicación que había sido presentada en un coloquio de Budapest titulado "Les Intellectuels du Moyen-Âge au XX^e siècle", organizado en 1980, y en la que cita directamente *La Distinction. Critique sociale du jugement*, obra que Pierre Bourdieu había publicado en 1979. Chartier identifica la afirmación de aquella "imagen depreciada" del intelectual, que revela las tensiones entre la nueva diseminación de los saberes que permite la palabra impresa respecto del monopolio ejercido por una élite ávida de controlar su divulgación. Asimismo, señala en pleno terreno sociológico las preocupaciones que rodean la idea de "sobreproducción intelectual".[8] Aquí ya anticipa una nueva concepción de la representación porque, como escribe, "lo que debe entenderse, en efecto, no es tanto la adecuación –verificada o no– de una representación intelectual y de una coyuntura universitaria, sino las condiciones bajo las cuales esta representación se enuncia y manipula".[9] Así pues, la representación de los intelectuales frustrados se ve estimulada por grupos sociales que utilizan estrategias sociales y políticas en contextos específicos.

La investigación colectiva realizada en el Centre de Recherches Historiques de la École des Hautes Études en Sciences Sociales –donde Roger Chartier fue contratado en 1975 como profesor asistente después de haber sido asistente durante cinco años en la Universidad de París I, recientemente creada tras el desmantelamiento de la Sorbona– buscaba romper con un triple prejuicio que pesaba sobre la historia de las universidades en los tiempos modernos y, según el cual, estas habrían entrado en declive después de la edad de oro de la Edad Media, se presentaban como instituciones incomunicadas con la sociedad circundante y, finalmente, funcionaban –y así fueron analizadas– como un "conservatorio de pensamientos muertos" antes que como un lugar de enseñanza.[10] El problema es, entonces, saber "para qué sirve la universidad en las sociedades europeas del siglo XVI al XVIII", "cuál es el valor social de un saber, de una carrera, de un título universitario".[11] Esta iniciativa –muy influenciada por la historiografía anglosajona y por los trabajos de Lawrence Stone interesados en medir el reclutamiento– se caracteriza por tener un fuerte giro sociológico: "La construcción de un modelo dinámico que integra las covariaciones de los factores que regulan las dimensiones y los equilibrios sociales de las poblaciones universitarias debe seguir siendo, por más difícil que sea, un objetivo fundamental".[12] Desde el análisis comparativo de las curvas de contratación y hasta la sociología de las universidades, pasando por la geografía, el artículo cuestiona la idea de revolución educa-

[6] Roger Chartier, "L'Académie de Lyon aux XVIII^e siècle. Étude de sociologie culturelle", en H.-J. Martin (dir.), *Nouvelles études lyonnaises*, Genève, Droz, 1969.

[7] Roger Chartier, "Espace social et imaginaire social. Les intellectuels frustrés au XVII^e siècle", *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations* (París), Año XXXVII, n° 2, 1982.

[8] *Ibid*., p. 399.

[9] *Ibid*., pp. 399-400.

[10] Roger Chartier y Jacques Revel, "Université et société dans l'Europe moderne: position des problèmes", *Revue d'histoire moderne et contemporaine* (París), t. XXV, n° 3, julio-septiembre de 1978.

[11] *Ibid*., p. 355.

[12] *Ibid*., p. 356.

tiva o de movilidad social ascendente a través de la obtención de títulos universitarios.

Sin embargo, la contribución de Roger Chartier a la historia de la educación no se detiene allí ya que incluye un estudio de caso en torno del reclutamiento de la Escuela Real de Ingeniería de Mézières publicado en 1973. Allí, examina los mecanismos de selección (geográficos, sociales) y su efecto sobre la reacción aristocrática, reacción que exacerba una tensión entre nobles y plebeyos, evidente en las cartas que llegan a la oficina del Secretario de Estado para la Guerra.[13] Un libro escrito junto con Dominique Julia y Marie-Madeleine Compère en 1976, que forma parte de la preparación para el examen de agregación, ofrece por primera vez un amplio panorama de la historia de la educación, de las instituciones y de las prácticas escolares del Antiguo Régimen.[14] La sociabilidad y la educación constituían, por entonces, dos áreas de contacto entre la historia y la sociología.

Entre los diversos centros de interés que estructuraron la investigación de Roger Chartier en esos años estaba la historia del libro. Su encuentro con Henri-Jean Martin con motivo del volumen *Nouvelles études lyonnaises* lo animará a analizar la historia del libro en Lyon en el siglo XVIII.[15] Henri-Jean Martin, director de la École Pratique des Hautes Études, se convirtió también en director de la Bibliotheca Municipal de Lyon, cuya antigua colección estaba enteramente dedicada a la historia del libro y debía servir como lugar de formación para el oficio de conservador de libros antiguos. Su tesis, titulada *Livres, pouvoirs et sociétés à Paris au XVII^e siècle* (1969), representa todo un modelo para una historia total de la producción impresa a partir de las 17.500 ediciones de libros de, al menos, 48 páginas con dirección parisina e impresos entre 1598 y 1701, todos ellos inventariados en el catálogo general de libros impresos de la Bibliothèque Nationale de France. Tal como señala Chartier en el prefacio de la obra,

> esta distancia puede leerse como el síntoma de la diferencia, perpetuada desde hace mucho tiempo, entre dos modos opuestos de concebir la historia del libro: uno, francés, que se interesa, sobre todo, por la coyuntura de producción, por la sociología de los medios, por la circulación y difusión de géneros y obras y el otro, inglés y americano, que pone el foco, sobre todo, en la organización del trabajo en la imprenta, en las modalidades de transmisión de los textos entre diferentes actores (el autor, el copista, el librero, el impresor, el cajista, el corrector) y en las características materiales de las ediciones y ejemplares.[16]

Chartier, que conocía bien la historiografía anglófona, no se detendrá hasta reconciliar estos dos enfoques. En 1980, al comentar los libros de Elizabeth Eisenstein y Robert Darnton, lo describió como "un antiguo régimen tipográfico".[17]

[13] Roger Chartier, "Un recrutement scolaire au XVIII^e siècle. L'École royale du Génie de Mézières", *Revue d'histoire moderne et contemporaine* (París), julio-septiembre de 1973, t. XX, nº 3; sobre este aspecto en particular, cf. p. 365. [N. de la T.: El "Secrétaire d'État à la guerre" es un título atribuido a un miembro del gobierno que dirige el departamento, servicio o ministerio a cargo de las cuestiones militares y de la armada].

[14] Roger Chartier, Dominique Julia y Marie-Madeleine Compère, *L'Éducation en France du XVI^e au XVIII^e siècle*, París, Société d'édition d'enseignement supérieur, 1976.

[15] Roger Chartier, "Livres et espace: circuits commerciaux et géographie culturelle de la librairie lyonnaise au XVIII^e siècle", *Revue française d'histoire du livre* (Bordeaux), nº 1-2, 1971.

[16] Roger Chartier, "Un livre fondateur" [prefacio], en Henri-Jean Martin, *Livres, pouvoirs et société à Paris au XVII^e siècle (1598-1701)*, vol. I, París, Droz, 1999, p. XIX.

[17] Roger Chartier, "L'ancien régime typographique. Réflexions sur quelques travaux récents", *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations* (París), Año XXXVI, nº 2, 1981.

Dos décadas después de *L'Apparition du livre* de Lucien Febvre y Henri-Jean Martin, momento fundacional de la historia del libro en Francia, aparece en 1982 la obra colectiva *Histoire de l'édition française*, obra que marca, a la vez, un acercamiento al mundo de los bibliófilos, al de los conservadores y al de los historiadores profesionales, pero que también constituye un desplazamiento: del libro hacia el material impreso que incluye los panfletos, la literatura utilitaria e, inclusive, las imágenes.* A través de toda una serie de ensayos, Roger Chartier marca una nueva agenda en el primer volumen: la historia del libro ya no es una historia económica y social, sino la historia de un orden cultural. La cultura de lo impreso crea nuevos usos para la escritura y, entre estos usos, la lectura. Según Chartier, "la revolución de la lectura precede a la del libro".[18]

En efecto, mucho antes de Gutenberg había aparecido una nueva forma de lectura silenciosa que rompía con la lectura comunitaria y oral. No hay ruptura respecto de la cultura de la oralidad: la lectura muchas veces se relaciona con el recitado, con la lectura colectiva en voz alta. Desde la historia de la alfabetización hasta la historia de la imprenta, su investigación también comenzará a identificar las estrategias editoriales a través del análisis material de diferentes corpus, prácticas de lectura, culturas impresas en torno al panfleto, almanaques o formularios matrimoniales y, más en general, prácticas de escritura.[19] En todos estos campos, Roger Chartier marca gradualmente su diferencia respecto de una explotación cuantitativa y serial de las fuentes que caracterizaron la primera historia del libro. Al analizar el libro colectivo dirigido por Henri-Jean Martin sobre los registros del librero Nicolas de Grenoble, Chartier llega a esta conclusión que, por cierto, sugiere otra historia de la lectura: estos dos volúmenes "permiten de hecho dejar estas bibliotecas fijas y heredadas a las que nos han acostumbrado los inventarios notariales y restaurar, en la vida cotidiana, los caminos sociales del libro".[20]

Otro frente de discusión puede identificarse en torno de un diálogo crítico con la historia de las mentalidades. En una reseña del libro *Problèmes socio-culturels en France au XVII^e siècle*, Roger Chartier da cuenta de los trabajos de dos estudiantes de Robert Mandrou: Henriette Asseo, que trabajó sobre los oriundos de Bohemia, y Jean-Pierre Vittu, que estudió la Comédie Française en el siglo XVIII:

> Aunque con objetos muy diferentes, estos dos estudios, presentados por R. Mandrou, se emparentan en lo que refiere a la inspiración ya que pretenden reconstituir la forma en que un imaginario colectivo ubica, en un momento dado, los roles sociales, tanto los que están al margen como los que no lo están.[21]

Este interés por la historia de las marginalidades que estaba en auge en la década de 1970,

* Para una referencia bibliográfica completa de los cuatro volúmenes de *Histoire de l'édition française*, cf. "Bibliografía completa de la obra de Roger Chartier" al final del presente dossier [N. del E.].

[18] Roger Chartier (ed.), *Les Usages de l'imprimé (XV^e-XIX^e siècle)*, París, Fayard, 1987, "Avant-propos. La culture de l'imprimé", p. 9.

[19] Roger Chartier, "Les pratiques de l'écrit", en P. Ariès y G. Duby (eds.), *Histoire de la vie privée III. De la Renaissance aux Lumières*, volumen dirigido por Roger Chartier, París, Seuil, 1986.

[20] Roger Chartier, "Henri-Jean Martin et Micheline Lecocq, avec la collaboration de Hubert Carrier et Anne Sauvy, *Livres et lecteurs à Grenoble. Les registres du libraire Nicolas (1645-1668)*" [reseña], *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations* (París), Año XXXIII, nº 4, 1978, p. 759.

[21] Roger Chartier, "*Problèmes socio-culturels en France au XVII^e siècle*. Henriette Asseo, *Marginalité et exclusion. Le traitement administratif des Bohémiens* et Jean-Pierre Vittu, *Public et folies dramatiques. La Comédie française (1680-1716)*", *Revue d'histoire moderne et contemporaine* (París), t. XXI, n° 3, julio-septiembre de 1974, p. 520.

siguiendo la estela de Michel Foucault (se pueden considerar los trabajos de Yves y Nicole Castan, de Arlette Farge o de François Billacois sobre el duelo), dará como resultado, en primera instancia, un artículo de 1974 sobre las élites y los mendigos, mientras Roger Chartier aún estaba en la Universidad de París I, y luego, el volumen *Figures de la gueuserie*, publicado en 1982.[22] Chartier destaca la dinámica de las investigaciones sobre los marginados, sobre la indigencia,

> en contacto con las preocupaciones de nuestro presente. Las modas en la historia nunca son arbitrarias y esta nos remite a los cuestionamientos que plantean hoy las minorías en busca de su identidad histórica, el desarrollo de protestas de ruptura, el rechazo de las reglas, la delincuencia difusa en los suburbios o el alejamiento del mundo por parte de las comunidades que vuelven a la tierra, ya sea por buena o mala conciencia, de nuestra sociedad frente a sus excluidos y sus recluidos.[23]

Basándose en la literatura de la mendicidad y, en particular, en el género del *Liber vagatorum* que se extiende desde el mundo germánico hasta Italia, Roger Chartier muestra hasta qué punto estas figuras de falsos mendigos acechan a las élites. Describe un mundo aparte, una monarquía de argot, arrastrada por la moda picaresca cuyo pasaje Chartier capta en las ediciones de Troyes. Por medio del estudio preciso de la circulación del libro, cuestiona, por cierto, los sistemas de representaciones, pero aún permanece apegado al concepto de mentalidad que utiliza.[24]

Su alejamiento de la historia de las mentalidades es paulatino y toma diferentes formas. En su estudio sobre los *ars moriendi*, que forma parte de una investigación iniciada por Pierre Chaunu sobre la muerte en París basada principalmente en el análisis de testamentos, Chartier se inspira en la historia de un género impreso que alcanzó su pleno desarrollo en la larga duración, desde la xilografía hasta la literatura postridentina: "de este modo, la historia de la muerte puede ir más allá de la historia de las representaciones".[25] En el debate sobre la cultura popular, Chartier se aparta de las interpretaciones un tanto sumarias, ya sean las de la Biblioteca Azul realizadas por Robert Mandrou o de la tesis de Robert Muchembled que describe "la revolución cultural lenta pero violenta que ha desarraigado la cultura de los humildes" y detecta cómo una cultura de masas, en gran parte impuesta, reemplaza a esta cultura popular. Chartier se pregunta: "¿Es legítimo interpretar los rituales, festivos o no, en términos de psicología colectiva a través de categorías en las que obviamente se proyecta todo un imaginario contemporáneo?". Los análisis de Muchembled, que recorren desde la sexualidad hasta el "comportamiento rústico", parten de una nostalgia por un mundo perdido y denuncian la cultura represiva de las élites, rehabilitando una época dorada, pero sin ver que las categorías utilizadas remiten a una nostalgia por el presente, recurriendo a una psicología colectiva que tiene aquí por objetivo examinar las categorías de análisis utilizadas.[26] La crítica a un uso ideológico del pasado es

[22] Roger Chartier, "Les élites et les gueux. Quelques représentations (XVIe-XVIIe siècles)", *Revue d'histoire moderne et contemporaine* (París), t. XXI, n° 3, julio-septiembre de 1974.
[23] *Ibid*., pp. 377-378.
[24] *Ibid*., p. 388.
[25] Roger Chartier, "Les arts de mourir, 1450-1600", *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations* (París), Año XXXI, nº 1, 1976, p. 70.
[26] Roger Chartier, "Robert Muchembled, *Culture populaire et culture des élites dans la France moderne (XVe-XVIIIe siècles). Essai*, París, Flammarion, 1978" [reseña], *Revue d'histoire moderne et contemporaine* (París), vol. XXVI, nº 2, 1979. La noción de aculturación se utiliza al final de la reseña.

aquí evidente y es por ello que Chartier invita a reelaborar la definición de los procesos de aculturación, insistiendo en las prácticas de circulación, en los lugares de aprendizaje, en las formas de mediación (libro, oralidad, imágenes), en las restricciones y en las normas que configuran, en particular, las culturas urbanas de la época clásica.[27]

Me parece, pues, que este alejamiento de la historia de las mentalidades también puede leerse en el marco de su regreso a la cuestión de las creencias políticas. El cuestionamiento de las élites adquiere también la forma de una participación en la investigación colectiva sobre los Estados Generales de 1614 bajo la dirección de Denis Richet, que dará lugar a una obra colectiva en 1982.[28] El examen de los cuadernos de quejas, verdadero objeto fetiche de la historia revolucionaria y de la historia política del Antiguo Régimen, le permite comprender la perpetuación de una cultura política.* Este diálogo crítico con la historia de las mentalidades dará lugar a dos proyectos diferentes: en primer lugar, con la dirección del volumen sobre la historia de la vida privada de Philippe Ariès –quien también se centra en la noción de civismo y en el concepto de privacidad–, Chartier ya proponía repensar el concepto de civilización del comportamiento instalado por Norbert Elias y, en segundo lugar, con el artículo de la *Revue de synthèse* en el que sugiere acabar con la historia de las mentalidades para reconectar con una historia intelectual.[29]

Los años que separan la publicación del primer artículo dedicado a la historia de una academia de la publicación de la *Histoire de l'édition française* sorprenden, ante todo, por la profusión de las investigaciones realizadas, las cuales indican un cierto eclecticismo y un compromiso colectivo inquebrantable, aunque también remiten a la coherencia interna de un cuestionamiento. De la sociabilidad académica a los libros, de la educación a los intelectuales, se observa un recorrido por todos los órdenes de una nueva historia cultural en gestación mientras se entrega a una deconstrucción en toda regla de los distintos repertorios de la historia de las mentalidades, desde las marginalidades a la cultura popular. Desde el punto de vista del método, tanto la valoración de una agenda desarrollada por la sociología cultural como el uso del libro o de los materiales impresos como instrumento de investigación para cuestionar las categorizaciones espontáneas o binarias de las mentalidades históricas terminan por rehistorizar los procesos de aculturación y por hacer representaciones de las prácticas. Desde el principio hasta el final del período, también puede leerse la clara integración hacia una conversión más internacional cuya agenda común tampoco oculta sus diferencias en las formas de practicar la historia cultural. Pero esa es otra historia. □

[27] Roger Chartier, "La ville acculturante", en G. Duby (ed.), *Histoire de la France urbaine III. La ville classique. De la Renaissance aux Révolutions*, París, Seuil, 1981.

[28] Roger Chartier y Denis Richet (eds.), *Représentation et vouloir politique. Autour des États Généraux de 1614*, París, Éditions de l'EHESS, 1982.

* Los cuadernos de agravios o de quejas (en francés, *cahiers de doléances*) fueron unos memoriales o registros que las asambleas de cada circunscripción francesa encargada de elegir a los diputados en los Estados Generales rellenaban con peticiones y quejas [N. de la T.].

[29] Roger Chartier, "Histoire intellectuelle et histoire des mentalités. Trajectoires et questions", *Revue de Synthèse* (París), vol. CIV, nº 111-112, 1983, pp. 277-307.

Bibliografía citada

Chartier, Roger, "L'Académie de Lyon aux XVIIIe siècle. Étude de sociologie culturelle", en H.-J. Martin (dir.), *Nouvelles études lyonnaises*, Ginebra, Droz, 1969, pp. 133-250.

—, "Livres et espace : circuits commerciaux et géographie culturelle de la librairie lyonnaise au XVIIIe siècle", *Revue française d'histoire du livre* (Bordeaux), nº 1-2, 1971, pp. 77-108.

—, "Un recrutement scolaire au XVIIIe siècle. L'École royale du Génie de Mézières", en *Revue d'histoire moderne et contemporaine* (París), julio-septiembre de 1973, tomo XX, nº 3, pp. 353-375.

— y Daniel Roche, "Le livre, un changement de perspective", en J. Le Goff y P. Nora (eds.), *Faire de l'histoire III. Nouveaux objets*, París, Gallimard, 1974, pp. 115-136 [trad. esp. de Jem Cabanes: "El libro. Un cambio de perspectiva", en J. Le Goff y P. Nora (eds.), *Hacer la historia III. Nuevos temas*, Barcelona, Laia, 1980, pp. 119-140].

Chartier, Roger, "*Problèmes socio-culturels en France au XVIIe siècle*. Henriette Asseo, *Marginalité et exclusion. Le traitement administratif des Bohémiens* et Jean-Pierre Vittu, *Public et folies dramatiques. La Comédie française (1680-1716)*" [reseña], *Revue d'histoire moderne et contemporaine* (París), t. XXI, n° 3, julio-septiembre de 1974, pp. 517-520.

—, "Les élites et les gueux. Quelques représentations (XVIe-XVIIe siècles)", *Revue d'histoire moderne et contemporaine* (París), t. XXI, n° 3, julio-septiembre de 1974, pp. 376-388.

—, "Une académie avant les lettres patentes. Une approche de la sociabilité des notables lyonnais à la fin du règne de Louis XIV", *Marseille. Revue municipale illustrée*, n°101, segundo trimestre de 1975, pp. 115-121.

—, Dominique Julia y Marie-Madeleine Compère, *L'Éducation en France du XVIe au XVIIIe siècle*, París, S.E.D.E.S., 1976.

—, "Les arts de mourir, 1450-1600", *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, Año XXXI, nº 1, 1976, pp. 51-75 [hay versión castellana ligeramente diferente del original francés de Paloma Villegas: "Normas y Conductas. El Arte de Morir, 1450-1600", en R. Chartier, *Sociedad y escritura en la Edad Moderna. La cultura como apropiación*, México, Instituto Mora, 1995, pp. 37-71].

— y Jacques Revel, "Université et société dans l'Europe moderne: position des problèmes", *Revue d'histoire moderne et contemporaine* (París), tomo XXV, nº 3, julio-septiembre 1978, pp. 353-374.

Chartier, Roger, "Henri-Jean Martin et Micheline Lecocq, avec la collaboration de Hubert Carrier et Anne Sauvy, *Livres et lecteurs à Grenoble. Les registres du libraire Nicolas (1645-1668)*" [reseña], *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations* (París), Año XXXIII, nº 4, 1978, pp. 756-759.

—, "Robert Muchembled, *Culture populaire et culture des élites dans la France moderne (XVe-XVIIIe siècles). Essai*, París, Flammarion, 1978" [reseña], *Revue d'histoire moderne et contemporaine* (París), vol. XXVI, nº 2, 1979, pp. 298-300.

—, "L'ancien régime typographique. Réflexions sur quelques travaux récents", *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations* (París), Año XXXVI, nº 2, 1981, pp. 191-209.

—, "La ville acculturante", en G. Duby (ed.), *Histoire de la France urbaine III. La ville classique. De la Renaissance aux Révolutions*, París, Seuil, 1981, pp. 221-292.

—, "Espace social et imaginaire social. Les intellectuels frustrés au XVIIe siècle", *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations* (París), Año XXXVII, n° 2, 1982, pp. 389-400 [trad. esp. de Claudia Ferrari: "Espacio social e imaginario social: los intelectuales frustrados del s. XVII", en R. Chartier, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 1992, pp. 165-180].

— y Denis Richet (eds.), *Représentation et vouloir politique. Autour des États Généraux de 1614*, París, Éditions de l'EHESS, 1982.

Chartier, Roger, "Espace et imaginaire social. Les 'intellectuels aliénés', XVIIe-XIXe siècles", en J. Le Goff y B. Köpeczi (eds.), *Intellectuels français, intellectuels hongrois, XIIIe-XXe siècles*, Budapest-París, Akadémai Kiadó-C.N.R.S., 1985, pp. 85-97.

—, "Histoire intellectuelle et histoire des mentalités. Trajectoires et questions", *Revue de Synthèse* (París), vol. CIV, nº 111-112, 1983, pp. 277-307 [trad. esp. de Claudia Ferrari: "Historia intelectual e historia de las mentalidades. Trayectorias y preguntas", en R. Chartier, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 1992, pp. 13-44].

—, "Les pratiques de l'écrit", en P. Ariès y G. Duby (eds.), *Histoire de la vie privée III. De la Renaissance aux Lumières*, volumen dirigido por Roger Chartier, París, Seuil, 1986, pp. 113-161 [trad. esp. de María Concepción Martín Montero: "Las prácticas de lo escrito", en P. Ariès y G. Duby (eds.), *Historia de la vida privada III. Del Renacimiento a la Ilustración*, volumen dirigido por Roger Chartier, Madrid, Taurus, 1989, pp. 112-161].

— (ed.), *Les Usages de l'imprimé (XVe-XIXe siècle)*, París, Fayard, 1987.

—, "Un livre fondateur" [prefacio], en H.-J. Martin, *Livres, pouvoirs et société à Paris au XVIIe siècle (1598-1701)*, vol. I, París, Droz, 1999, pp. VII-XXXI.

Cohen, Évelyne y Pascale Goetschel, "Entretien avec Roger Chartier", *Sociétés & Représentations* (París), vol. II, nº 40, 2015, pp. 289-321.

Le Goff, Jacques, Roger Chartier y Jacques Revel (eds.), *La Nouvelle histoire*, París, Retz-C.E.P.L., 1978 [trad. esp.: *La nueva historia*, Bilbao, Mensajero, 1988].

Roche, Daniel, "La diffusion des Lumières. Un exemple: l'Académie de Châlons-sur-Marne", *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations* (París), vol. XIX, nº 5, 1964, pp. 887-922.

Resumen/Abstract

El joven Chartier, investigador y mediador
El artículo examina los inicios del derrotero intelectual de Roger Chartier entre las décadas de 1960 y 1980 sobre la base de sus primeros artículos, notas de lectura y reseñas en revistas académicas. Con respecto a esa producción, son dos los paradigmas que aquí se trazan. En primer lugar, una combinación de investigación individual y colectiva en diferentes instituciones como la École Normale Supérieure y la Université de Paris I que giró en torno de objetos históricos como las sociabilidades, la educación, el libro y la lectura y la historia de las mentalidades. En segundo lugar, se observa otro paradigma que corresponde a su lugar en la discusión epistemológica mediante la escritura de reseñas en diferentes revistas académicas a fin de importar temáticas de la historiografía internacional y contribuciones de otras ciencias sociales, en particular de la sociología y la antropología. En suma, un primer tramo de su trayectoria atravesado por múltiples órdenes de la nueva historia cultural que se estaba gestando junto con una crítica de los aspectos más estructurales y cerrados de la historia de las mentalidades que no tardará en desarrollar en su período más clásico.

Palabras clave: Roger Chartier – Historia de la sociabilidad – Historia de la educación – Historia de las mentalidades – Daniel Roche

The Young Chartier, Researcher and Go-Between
The article examines the beginnings of Roger Chartier's intellectual path between the 1960s and 1980s on the basis of his first articles, lecture notes and reviews in academic journals. With respect to this production, two paradigms are traced here. First, a combination of individual and collective research in different institutions such as the École Normale Supérieure and the Université de Paris I that revolved around historical objects such as sociabilities, education, books and reading, and the history of mentalities. Secondly, another paradigm corresponds to his place in the epistemological discussion through the writing of reviews in different academic journals in order to import themes of international historiography and contributions from other social sciences, in particular sociology and anthropology. In short, a first part of his career crossed by multiple orders of the new cultural history that was emerging along with a critique of the most structural and closed aspects of the history of mentalities that he would not take long to develop in his most classical period.

Key Words: Roger Chartier – History of Sociability – History of Education – History of Mentalities – Daniel Roche

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1315>

Las metamorfosis de las Cartas de un granjero americano *de Crèvecœur**

Robert Darnton

Harvard University

Es todo un acierto que Roger Chartier haya empleado el concepto de traducción en su sentido más amplio. Cuando un tipógrafo dispone los tipos, enfatiza Chartier, está traduciendo un manuscrito a una forma impresa que comunica significado en su propio lenguaje. A medida que un texto impreso pasa por ediciones sucesivas, los cambios en su formato producen desplazamientos adicionales de sentido, especialmente, si abarcan un plazo extenso de tiempo, como en el caso de *Il Cortegiano* de Castiglione (1528). Y además, por supuesto, podemos seguir las reencarnaciones de un texto a medida que pasa por diferentes idiomas. Como suplemento al espléndido *Éditer et traduire. Mobilité et matérialité des textes (XVI^e^-XVIII^e^ siècle)* de Roger Chartier, me gustaría ofrecer un estudio de caso de un libro escrito en inglés, traducido por su autor al francés y, luego, transformado a medida que lo adaptaba de una edición francesa a otra.[1]

*

El mismo nombre del autor ejemplificó la naturaleza multívoca de la traducción. Nacido en el seno de una familia de la pequeña nobleza de Caen, inició su vida como Michel-Guillaume-Jean de Crèvecœur. A los diecinueve años, emigró a Nueva Francia y se desempeñó como cartógrafo en el ejército francés durante la guerra franco-indígena bajo el nombre de Hector Saint John de Crèvecœur. Luego se mudó a la colonia de Nueva York, se instaló en una granja en el condado de Orange, se casó con una mujer americana y fue padre de tres hijos, haciéndose llamar J. Hector St. John.[2] El libro, publicado originalmente en Londres en 1782 como *Letters from an American Farmer* [*Cartas de un granjero americano*], ha tenido una profunda influencia en los estudios norteamericanos porque fue el primero en formular la pregunta "¿qué es un americano?". Y su respuesta proporcionó la primera versión de un mito que se volvió fundamental para el desarrollo de los Estados Unidos: el crisol de ra-

* Traducción para *Prismas* de María Inés Castagnino.

[1] El siguiente informe se basa en la investigación que hice para mi tesis de doctorado inédita en la Universidad de Oxford, *Trends in Radical Propaganda on the Eve of the French Revolution, 1782-1788* (1964), en la que hay una extensa bibliografía de las fuentes que utilicé. El libro de Chartier mencionado es: *Éditer et traduire. Mobilité et matérialité des textes (XVI^e^-XVIII^e^ siècles)*, París, Éditions de l'EHESS-Gallimard-Seuil, "Hautes Études", 2021.

[2] Sobre la complicada vida de Crèvecœur (quien no apoyó a los revolucionarios americanos, en tanto que su esposa y su familia eran realistas), véase, Julia Post Mitchell, *St. Jean de Crèvecœur* (1916), Robert de Crèvecœur, *Saint John de Crèvecœur, sa vie et ses ouvrages, 1735-1813* (1883), Howard C. Rice, *Le Cultivateur américain* (1933) y Gay Wilson Allen y Roger Asselineau, *St. John de Crèvecœur. The Life of an American Farmer* (1987).

zas, o la idea de que inmigrantes de diferentes partes del Viejo Mundo se estaban fusionando en la creación de un nuevo pueblo.

Crèvecœur había llevado un diario en inglés durante sus años en América. En 1779 regresó a Francia para, según dijo, ver a su padre que estaba enfermo. De paso por Londres, encontró un editor interesado en producir un libro de ensayos a partir del diario. El libro se convirtió en un *best-seller* enorme porque atraía a un público fascinado por el estilo de vida en la nueva república. Escrito en un inglés sencillo, contenía viñetas de la vida en la frontera, el contacto con los indios y las costumbres en comunidades exóticas, como las de los balleneros de Nantucket y los cuáqueros de Pennsylvania. Del otro lado del océano, revelaba, había una tierra de oportunidades, libre de las restricciones del Viejo Mundo, donde inmigrantes de todos los países y todos los niveles sociales podían, siempre que estuvieran dispuestos a trabajar, buscar fortuna y encontrarla. Ellos eran la respuesta a la pregunta "¿qué es un americano?". Era cierto que la esclavitud había extendido la miseria en el sur, creando una oligarquía disoluta en ciudades como Charleston, pero había un futuro promisorio para la mayor parte de la población de gente común y trabajadora –como el granjero James, narrador de Crèvecœur–, y el americano por antonomasia.

Cuando llegó a París, Crèvecœur tuvo el patrocinio de Elisabeth Sophie Lalive de Bellegarde, condesa de Houdetot, y de los integrantes de su círculo: aristócratas mundanos y hombres de letras. Madame d'Houdetot había contribuido a establecer la moda de la *sensiblerie* y se aferró a Crèvecœur como a un alma sin sofisticación que había llegado a su salón directamente desde una tierra salvaje e impoluta.[3] Aunque lo intimidaban semejantes atenciones por parte de una condesa, de quien, además, se creía que había sido el modelo para Julie en *La nouvelle Héloïse* de Rousseau, Crèvecœur se avino a su campaña para reintroducirlo a la sociedad francesa y, también, para que lo nombraran cónsul francés en Nueva York, cargo que tuvo desde fines de 1783 hasta 1790 (regresó a París con licencia en 1785-1787). Con la ayuda de los escritores del salón de Madame d'Houdetot, en 1784 produjo una "traducción" de su libro, ahora dedicado a Lafayette y publicado en dos volúmenes, cuyo tamaño era más del doble del original. Al no haber hablado más que inglés durante la mayor parte de las dos décadas previas, Crèvecœur no manejaba un francés correcto, literario. Pero sus ayudantes, luminarias de moda como Jean-François de Saint-Lambert, Pierre-Louis de Lacretelle y Guy-Jean-Baptiste Target, le proporcionaron el pulido necesario, junto con pasajes adicionales. Comparando los textos, pueden seguirse las inflexiones del mensaje original de Crèvecœur y localizar nuevos temas insertos para beneficio del público francés.*

La edición francesa seguía a la inglesa en cuanto a celebrar el carácter igualitario de la vida en América, libre de feudos y dominación eclesiástica, pero superaba al original cuando enfatizaba las implicancias políticas del modelo americano. En uno de los muchos pasajes de elogio a los cuáqueros, la edición en inglés decía: "La misma simplicidad caracteriza el culto que rinden a la divinidad". La traducción al francés lo expresó así: "*Tout*

[3] En sus memorias, Jacques-Pierre Brissot se refirió al patrocinio de Crèvecœur por parte de Mme d'Houdetot de la siguiente manera: "Orgullosa de poseer un salvaje americano, quería entrenarlo y lanzarlo al gran mundo". Cf. Jacques-Pierre Brissot, *Mémoires (1754-1793)*, publicadas con un estudio crítico y notas de Claude Perroud, París, Librairie Alphonse Picard & Fils, 1911, vol. II, p. 48.

* Cf. la reimpresión facsimilar en dos volúmenes, publicada por Slatkine Reprints de Ginebra y Honoré Champion de París en 1979 con una presentación de Guillaume de Bertier de Sauvigny bajo el título *Lettres d'un cultivateur américain, 1784* [N. del E.].

semble, parmi eux, être analogue à la simplicité du culte qu'ils rendent à l'Etre Suprême; ils ne paient ni dîmes, ni salaires, ni aucuns droits d'Église".[4] Términos clave como "*mœurs*" [costumbres] fueron insertos para resaltar las peculiares virtudes de los americanos. Una frase en la edición inglesa describía la sociedad americana como basada en "la salud, la templanza y una gran igualdad de condiciones". En francés, se convirtió en "*la santé, la tempérance, la pureté des mœurs, l'égalité des conditions*".[5] La edición francesa agregó a continuación una oración totalmente nueva: "*S'il était posible d'introduire ici, seulement pour un an, les mœurs et les usages européennes, semblables à une vapeur épidémique, elles détruiraient tout*".[6]

En el texto original, los americanos resultaban particularmente virtuosos porque eran *yeomen* independientes que vivían en contacto diario con la naturaleza. Cualquier inmigrante europeo podía establecer una granja en plena tierra salvaje y, de ahí en más, considerarse igual a cualquier americano. El texto francés enfatizaba el mismo tema, pero le infundía un sentimentalismo de virtudes arcádicas. Crèvecœur amplió dos oraciones prosaicas de la edición en inglés a un soliloquio de dos páginas de su portavoz, el granjero Brown, en la edición en francés. Cuando la versión francesa del granjero entraba en sus campos, prorrumpía con un himno a la tierra, "*précieux terrain… la source [des] plus beaux droits*".[7] En la edición en inglés, llevaba a su hijo en el asiento trasero de su arado a los efectos de que el niño se viera "más radiante". En la francesa, este contacto con la tierra fortalecía físicamente al niño y le hacía pronunciar sus primeras palabras.[8]

En la edición en inglés, Crèvecœur elogiaba el carácter sencillo de la vida familiar americana. En la francesa, celebraba los hábitos domésticos de los americanos como un "*nouveau principe*" que impregnaba la sociedad y conducía a su expansión. Nuevos pasajes pintaban a las mujeres americanas como fieles, fecundas y ahorrativas, en contraste con la frivolidad e inmoralidad del mujerío europeo: "*L'extrême fécondité des femmes de la Nouvelle Angleterre, la chasteté, la simplicité de leurs mœurs, leur conduite sobre et religieuse, ont produit et produisent tous les jours des miracles de population*".[9] En la edición en inglés, el nacimiento de un hijo hacía feliz al granjero Brown. En la francesa, "*Cet événement devint pour moi un nouveau lien, et semble ajouter quelque chose au rang que je possédais dans la société. C'est une dette, me dis-je, en partie payée: 'Je viens de donner un Citoyen à la Patrie, qui me félicitera, en me donnant le nom de père*'".[10]

[4] "Todo entre ellos parece ser análogo a la sencillez del culto que rinden al Ser Supremo; no pagan ni diezmos, ni salarios, ni cuota eclesiástica alguna". Cf. J. Hector St. John, *Letters from an American Farmer; describing certain provincial situations, manners, and customs, not generally known; and conveying some idea of the late and present interior circumstances of the British colonies in North America, written for the information of a friend in England*, Londres, Printed for Thomas Davies in Russel Street Covent-Garden, and Lockyer in Holborn, 1782, p. 191 y J. Hector St. John de Crèvecoeur, *Lettres d'un cultivateur américain, écrites à W. S.* [William Seton]*, écuyer, depuis l'année 1770 jusqu'à 1781, traduites de l'anglois par* ***, París, Chez Cuchet Librairie, 2 vols., 1784, vol. II, p. 180.

[5] "La salud, la templanza, la pureza de las costumbres, la igualdad de condiciones".

[6] "Si fuera posible introducir aquí, solo por un año, los usos y costumbres europeos, estos, como un vaho epidémico, lo destruirían todo". Cf. J. Hector St. John, *Letters from an American Farmer*, p. 148, y J. Hector St. John de Crèvecœur, *Lettres d'un cultivateur américain*, vol. II, p. 128.

[7] "Preciosa tierra… fuente de los más bellos derechos".

[8] *Letters from an American Farmer*, p. 52 y *Lettres d'un cultivateur américain*, vol. I, pp. 49-58.

[9] "La extrema fecundidad de las mujeres de Nueva Inglaterra, su castidad, la sencillez de sus costumbres, su conducta sobria y religiosa han producido y producen a diario milagros de población".

[10] "Este acontecimiento se convirtió para mí en un nuevo vínculo y parece añadir algo al rango que yo poseía en la

La edición en inglés indicaba que la "religión natural" se convertiría en una doctrina peculiarmente americana porque los americanos vivían en contacto con la naturaleza, principalmente como granjeros. La edición francesa se hacía eco de esta idea, pero la revestía de sentimentalismo. En ella, un pasaje de dos páginas en inglés, que consistía mayormente en observaciones sobre los hábitos de las aves, se expande a seis páginas de un himno a la naturaleza. Crèvecœur, en la persona del granjero James, cantaba junto con los pájaros, oraba en sus campos y se retiraba a un "*temple de verdure*" donde se comunicaba con lo divino: "*Tu viens, porté sur les ailes des zéphirs, cette douce haleine de la Nature; déjà tu raisonnes à travers les feuilles qui de toutes parts m'environnent*".[11] Al hablar de educación, el texto en inglés enfatizaba el interés de los americanos en inculcar principios morales a sus hijos. El texto francés expandió esa idea a un relato encomiástico sobre el granjero Brown instruyendo a sus hijos: "*Je les mène dans les champs, je leur apprends à penser, à sentir comme moi; je sème dans leurs tendres coeurs les premiers principes de la morale universelle, de la probité, de la rectitude, de la vérité, de l'humanité J'ai composé pour eux une prière à Dieu, sous le nom de Père des Cultivateurs*".[12]

Dichos pasajes, ausentes en el original, evocaban la "*Profession de foi d'un vicaire savoyard*" de Rousseau. Iban más allá de la *sensiblerie* de moda en los salones parisinos y transmitían un mensaje con implicancias políticas al estilo de Rousseau. En 1787, Crèvecœur publicó otra edición del texto francés, ahora ampliado a tres volúmenes. El tercer volumen, casi totalmente nuevo, contenía el relato de un grupo de europeos que discutía sobre la naturaleza de la sociedad en una taberna americana. Uno había emigrado para evitar las guerras monárquicas; otro, de "*l'oppressive tyrannie de nos seigneurs propriétaires*"; otro, de la persecución religiosa, y otro, del carácter inhumano de la vida urbana. Decidían evitar esos males dando forma a su propia sociedad, "*Socialburg*", a partir de la naturaleza. Acordaban planes para hacer viviendas, caminos, una escuela, una iglesia y, sobre todo, se comprometían con principios básicos: virtudes agrarias ("*Honorez la charrue*"), igualdad ("*Regardez-les comme tous égaux par la naissance*"), una religión civil deísta ("*la base de la société doit être fondée sur le culte que nous devons à l'Etre suprême*"), y el espíritu social de "*l'union fraternelle*".[13] La *Socialburg* se manejaría como la democracia directa idealizada por Rousseau y se basaría en un contrato social explícito. Cada inmigrante daba fe de su compromiso con un brindis y, al día siguiente, firmaban el contrato compuesto por diecisiete artículos.[14]

No hay que descartar este episodio como una fantasía literaria porque la retórica de las *Lettres d'un cultivateur américain*, por extra-

---

sociedad. Es una deuda, me digo, en parte saldada: 'Acabo de dar un Ciudadano a la Patria, que me felicitará dándome el nombre de padre'". Cf. *Letters from an American Farmer*, p. 24 y p. 162 y *Lettres d'un cultivateur américain*, vol. I, p. 52 y p. 54 y vol. II, p. 145.

[11] "Vienes transportado en las alas de los céfiros, dulce aliento de la Naturaleza; ya discurres entre las hojas que me rodean por todas partes".

[12] "Los llevo al campo, les enseño a pensar, a sentir como yo; siembro en sus tiernos corazones los principios primeros de la moral universal, de la probidad, de la rectitud, de la verdad, de la humanidad... He compuesto para ellos una oración a Dios, bajo el nombre de Padre de los Agricultores". Cf. *Letters from an American Farmer*, pp. 38-40 y *Lettres d'un cultivateur américain*, vol. I, pp. 71-77.

[13] "Honrad el arado", "Consideradlos [a todos los hombres] iguales por nacimiento", "la base de la sociedad debe fundarse en el culto que debemos al Ser Supremo", "la unión fraterna".

[14] S[r]. John de Creve Cœur, *Lettres d'un cultivateur américain adressées à W.[m] S… on, Esq[r]., depuis l'année 1770 jusqu'en 1786*, 3 vols., París, Chez Cuchet Librairie, 1787, vol. III, carta 5.

vagante que parezca hoy, se tiñó de realidad en 1787. El 2 de enero de ese año, Crèvecœur se reunió con tres amigos que pronto se convertirían en revolucionarios, Jacques-Pierre Brissot, Étienne Clavière y Nicolas Bergasse, y juntos fundaron una "Sociedad Galo-Americana". Se reunieron, habitualmente una vez por semana, hasta el 3 de abril, cuando su participación en la crisis política los obligó a dispersarse.[15] En octubre, Brissot, Clavière y algunos otros entusiastas de América se asociaron para invertir en tierras americanas que Crèvecœur, de vuelta a su consulado en Nueva York, compraría para ellos.[16] Financiado por Clavière, Brissot viajó a América unos meses después. Su correspondencia muestra que tenía la intención de establecerse allí junto con su cuñado, François Dupont, quien emigró a Pensilvania en 1789.[17] Los galo-americanos tenían serias intenciones de establecer la *Socialburg*, o una "Aldea social" [*Social Borough*], como lo llamó Crèvecœur en una carta anterior.[18] El proyecto nunca despegó porque intervino la Revolución francesa. Si lo hubiera hecho, habría sido la traducción definitiva del libro de Crèvecœur. □

[15] Las actas de la Sociedad Galo-Americana están publicadas en J.-P. Brissot, *Correspondance et papiers, précédés d'un Avertissement et d'une Notice sur sa Vie*, ed. Claude Perroud, París, Librairie Alphonse Picard & Fils, 1912.

[16] Archives Nationales, site de Paris, Papiers d'Étienne Clavière, T* 646. 3, s/n.

[17] François Dupont a Jeanneret, 15 de marzo de 1789 y Madame Dupont a François Dupont, 19 de enero de 1790, en J.-P. Brissot, *Correspondance et papiers*, pp. 217-219 y p. 248. Cf. también François Dupont a Étienne Clavière, 10 de enero de 1789, en Papiers d'Étienne Clavière, T* 646. 3, s/n. Cf. la *Notice sur la vie de Brissot* de su amigo cercano, Jérôme Pétion de Villeneuve, en J.-P. Brissot, *Mémoires*, vol. II, p. 368, quien confirma que Brissot tenía serias intenciones de emigrar a América: "Él [Brissot] había resuelto instalarse en Pensilvania, le había escrito a su cuñado al respecto; había hecho arreglos con él".

[18] Crèvecœur al duque de La Rochefoucauld, 19 de enero de 1784, Colección Clerc de Landresse, Bibliothèque municipale de Mantes.

Bibliografía citada

Allen, Gay Wilson y Roger Asselineau, *St. John de Crèvecœur. The Life of an American Farmer*, Nueva York, Viking, 1987.

Brissot, Jacques-Pierre, *Mémoires (1754-1793)*, publicadas con un estudio crítico y notas de Claude Perroud, París, Librairie Alphonse Picard & Fils, 1911.

Brissot, J.-P., *Correspondance et papiers, précédés d'un Avertissement et d'une Notice sur sa Vie*, ed. Claude Perroud, París, Librairie Alphonse Picard & Fils, 1912.

Castiglione, Baldassarre, *Il libro del Cortegiano*, edición al cuidado de Nicola Longo y Amedeo Quondam, Milán, Garzanti, 1981 [trad. esp., entre muchas otras, de Mario Pozzi: *El cortesano*, Madrid, Cátedra, 2003].

Chartier, Roger, *Éditer et traduire. Mobilité et matérialité des textes (XVI^e^-XVIII^e^ siècles)*, París, Éditions de l'EHESS-Gallimard-Seuil, "Hautes Études", 2021.

Creve Cœur, S^t^. John de, *Lettres d'un cultivateur américain adressées à W.^m^ S… on, Esq^r^., depuis l'année 1770 jusqu'en 1786*, 3 vols., París, Chez Cuchet Librairie, 1787.

Crèvecœur, J. Hector St. John de, *Lettres d'un cultivateur américain, écrites à W. S., écuyer, depuis l'année 1770 jusqu'à 1781, traduites de l'anglois par* ***, París, Chez Cuchet Librairie, 2 vols., 1784.

Crèvecœur, Robert de, *Saint John de Crèvecœur, sa vie et ses ouvrages (1735-1813) avec les portraits de Crèvecœur et de la Comtesse D'Houdetot*, París, Librairie des Bibliophiles, 1883.

Darnton, Robert Choate, *Trends in radical propaganda on the eve of the French Revolution (1782-1788)*, Oxford, Trinity Term, Nuffield College, Universidad de Oxford, Tesis doctoral inédita,1964.

Mitchell, Julia Post, *St. Jean de Crèvecœur*, Nueva York, Columbia University Press, 1916.

Rice, Howard C., *Le Cultivateur américain. Étude sur l'œuvre de Saint John de Crèvecœur*, París, Honoré Champion, 1933.

Rousseau, Jean-Jacques, "Julie, ou La Nouvelle Héloïse", en *Œuvres complètes II*, edición publicada bajo la dirección de Bernard Gagnebin y Marcel Raymond con la colaboración de Henri Coulet, Charles Guyot y Jacques Scherer, París, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, 1961, pp. 1-793 [trad. esp., entre muchas otras, de Lydia Vázquez: *La nueva Eloísa*, Madrid, Cátedra, 2013].

St. John, J. Hector de, *Letters from an American Farmer; describing certain provincial situations, manners, and customs, not generally known; and conveying some idea of the late and present interior circumstances of the British colonies in North America, written for the information of a friend in England*, Londres, Printed for Thomas Davies in Russel Street Covent-Garden, and Lockyer in Holborn, 1782.

Resumen/Abstract

Las metamorfosis de las *Cartas de un granjero americano* de Crèvecœur

Tras recuperar el vasto concepto de traducción que Roger Chartier utiliza en su obra *Éditer et traduire*, el artículo indaga las metamorfosis que atraviesa un texto impreso cuando pasa por sucesivas ediciones, los cambios que se producen en su formato y los desplazamientos suplementarios de sentido que operan de una versión a otra, sobre todo, cuando se traducen a lenguas diferentes. Para ello, se ofrece aquí un estudio de caso basado en las *Cartas de un granjero americano* del cartógrafo Michel-Guillaume-Jean de Crèvecœur, una obra escrita en inglés en 1782, traducida por su autor al francés y que, luego, fue transformada a medida que la adaptaba para subsiguientes ediciones francesas. Se trata de una obra que ha tenido una profunda influencia en los estudios norteamericanos puesto que ha sido la primera en ofrecer una versión inaugural de un mito fundamental en los Estados Unidos: el crisol de razas, es decir, la creación de un nuevo pueblo tras el arribo de inmigrantes procedentes de diversas partes de Europa.

Palabras clave: Roger Chartier – Traducción – Crèvecœur – Cartas de un granjero americano – Crisol de razas

Metamorphoses of Crèvecœur's *Letters of an American Farmer*

After recovering the vast concept of translation used by Roger Chartier in his work *Éditer et traduire*, the article explores the metamorphoses that a printed text undergoes when it goes through successive editions, the changes that occur in its format and the additional shifts in meaning that operate from one version to another, especially when translated into different languages. To this end, a case study is offered here based on the *Letters of an American Farmer* by the cartographer Michel-Guillaume-Jean de Crèvecœur, a work written in English in 1782, translated by its author into French and then transformed as he adapted it for subsequent French editions. It is a work that has had a profound influence on American studies because it was the first to offer an inaugural version of a fundamental myth in the United States: the melting pot, that is, the creation of a new people after the arrival of immigrants from various parts of Europe.

Key Words: Roger Chartier – Translation – Crèvecœur – Letters of an American Farmer – Melting Pot

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1316>

Bibliografía de la obra de Roger Chartier

A los efectos del dossier y como insumo para los lectores, solo mencionamos aquí las obras en libro publicadas por Roger Chartier en francés, castellano, inglés y portugués (como autor, editor y, eventualmente, en colaboración) entre el año 1976 y mediados de 2022. Las obras citadas directamente en castellano cuentan con dos tipos de procedencia material: o bien derivan íntegramente de una versión original francesa, o bien remiten a versiones castellanas sin equivalente estricto en su lengua original, en cuyo caso lo indicamos al final de cada referencia. Las obras que se consignan directamente en francés, inglés o portugués no cuentan, al menos aún, con una versión equivalente en castellano. Finalmente, y en función de estas variables, cada referencia está precedida por el año de la primera edición en su lengua de origen.

[Andrés G. Freijomil]

[1976] (con Marie-Madeleine Compère y Dominique Julia) *L'Éducation en France du XVIe au XVIIIe siècle*. París: S.E.D.E.S., 1976.

[1978] (codirector junto con Jacques Le Goff y Jacques Revel) *La nueva historia*. Bilbao: Mensajero, "Diccionarios del saber moderno", 1988.
Contribuciones: (con Jacques Revel) "Annales", "Arqueología industrial", "Educación", "Febvre (Lucien)", "Libro", "Utillaje mental", "Pirenne, (Henri)", "Popular", "Positivista (Historia)", "Revolución", "Revue Historique", "Serial (Historia)", (con Daniel Roche) "Social (Historia)" y "Sombart (Werner)".

[1982] (edición de textos). *Figures de la gueuserie*. París: Montalba, "Bibliothèque bleue", 1982.

[1982] (codirector junto con Denis Richet) *Représentation et vouloir politique. Autour des États Généraux de 1614*. París: Éditions de l'EHESS, 1982.
Contribuciones: "La convocation aux États de 1614. Note sur les formes politiques", "Doléances rurales: le bailliage de Troyes" y "La noblesse et les États de 1614".

[1982] (codirector junto con Henri-Jean Martin) *Histoire de l'édition française I. Le livre conquérant. Du Moyen Âge au milieu du XVIIe siècle*. París: Promodis, 1982. La obra fue reeditada sin las ilustraciones en 1989 por Fayard.
Contribuciones: (con Henri-Jean Martin) "Introduction", "Pamphlets et gazettes" y "Stratégies éditoriales et lectures populaires, 1530-1660" junto con las introducciones para cada una de las tres partes de la obra.

[1984] (codirector junto con Henri-Jean Martin) *Histoire de l'édition française II. Le livre triomphant, 1660-1830*. París: Promodis, 1984. La obra fue reeditada sin las ilustraciones en 1990 por Fayard.
Contribuciones: (con Henri-Jean Martin) "Introduction", (con Daniel Roche) "Les pratiques urbaines de l'imprimé", "Livres bleus et lectures populaires" junto con las introducciones para cada una de las cinco partes de la obra.

[1985] (director) *Prácticas de la lectura*. Traducción por el Grupo Versum. La Paz: Plural Editores, 2002.
Contribuciones: "Prefacio", "Del libro al leer" y (con Pierre Bourdieu) "La lectura: una práctica cultural". **Versión en portugués**: *Práticas da leitura*. Traducción de Cristiane Nascimento. San Pablo: Estação Liberdade, 1996.

[1986] (director de volumen) *Historia de la vida privada III. Del Renacimiento a la Ilustración*. Traducción de M. Concepción Martín Montero. Madrid: Taurus, 1989.
Contribución: "[Introducción] Figuras de la Modernidad" y "Las prácticas de lo escrito". **Versión en inglés**: *History of Private Life, Volume III. Passions of the Renaissance*. Traducción de Arthur Goldhammer. Cambridge: Harvard University Press, 1993. **Versión en portugués**: *História da vida privada III. Da Renascença ao Século das Luzes*. Traducción de Hildegard Feist. San Pablo: Companhia das Letras, 2009.

[1985] (codirector junto con Henri-Jean Martin) *Histoire de l'édition française III. Le temps des éditeurs. Du romantisme à la Belle Époque*. París: Promodis, 1985. La obra fue reeditada sin las ilustraciones en 1990 por Fayard.
Contribución: (avec Henri-Jean Martin) "Introduction" junto con las introducciones para cada una de las cinco partes de la obra.

[1986] (codirector junto con Henri-Jean Martin) *Histoire de l'édition française IV. Le Livre concurrencé, 1900-1950*. París: Promodis, 1986. La obra fue reeditada sin las ilustraciones en 1991 por Fayard.
Contribución: (con Jean Hébrard) "Les imaginaires de la lecture", "Postface" junto con las introducciones para cada una de las cinco partes de la obra.

[1986] (codirector junto con Dominique Julia y Jacques Revel). *Les Universités européennes du XVI^e^ au XVIII^e^ siècle. Histoire sociale des populations étudiantes I. Bohême, Espagne, États italiens, Pays germaniques, Pologne, Provinces-Unies*. París: Éditions de l'EHESS, 1986.
Contribución: "Espace social et imaginaire social: les intellectuels frustrés au XVII^e^ siècle".

[1986] (director) *Les Usages de l'imprimé (XV^e^-XIX^e^ siècle)*. París: Fayard, 1986.
Contribuciones: "Avant-propos. La culture de l'imprimé", "La pendue miraculeusement sauvée. Étude d'un ocassionnel" y "Du rituel au for privé: les chartes de mariage lyonnaises au XVII^e^ siècle". **Versión en inglés**: *The Culture of Print. Power and the Uses of Print in Early Modern Europe, 15th-19th Centuries*. Traducción de Lydia G. Cochrane. Princeton: Princeton University Press, 1989. **Versión en portugués**: *As Utilizações do objecto impresso (séculos XV-XIX)*. Traducción de Ida Boavida. Lisboa: Difel, 1998.

[1987] *The Cultural Uses of Print in Early Modern France*. Traducción de Lydia G. Cochrane. Princeton: Princeton University Press, 1987. Obra sin equivalente francés.

[1987] *Lecturas y lectores en la Francia del Antiguo Régimen*. Traducción de Paloma Villegas. México: Instituto Mora, "Cuadernos de Secuencia", 1994.
Traducción de tres capítulos ("Estrategias editoriales y lecturas populares, 1530-1660", "Del libro a la lectura. El uso citadino de lo impreso, 1660-1780" y "Representaciones y prácticas: lecturas campesinas en el siglo XVIII") sobre un total de ocho comprendidos en el original *Lectures et lecteurs dans la France d'Ancien Régime* [París: Seuil, "L'Univers historique", 1987]. **Versión íntegra en portugués**: *Leituras e leitores na França do Antigo Regime*. Traducción de Álvaro Lorencini. San Pablo, Editora Unesp, 2003.

[1988] *Cultural history. Between practices and representations.* Traducción de Lydia G. Cochrane. Cambridge: Polity Press, 1988.
Versión en portugués: *A História Cultural entre Práticas e Representações*. Traducción de Maria Manuela Galhardo. Lisboa: Difel, 1988. Obra sin equivalente francés.

[1990] *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución francesa*. Traducción de Beatriz Lonné. Barcelona: Gedisa, 1995.
Versión en inglés: *The Cultural Origins of the French Revolution.* Traducción de Lydia G. Cochrane. Durham, N. C.: Duke University Press Books, 1991. **Versión en portugués**: *Origens culturais da Revolução Francesa*. Traducción de Chris Schlesinger. San Pablo: Editora Unesp, 2009.

[1991] (director) *La Correspondance. Les usages de la lettre au XIX^e^ siècle*. París: Fayard, 1991.
Contribuciones: "Avant-Propos", "Des 'secrétaires' pour le peuple? Les modèles épistolaires de l'Ancien Régime entre littérature de cour et libre de colportage" y (con Jean Hébrard) "Conclusion. Entre public et privé: la correspondance, une écriture ordinaire". **Versión parcial en inglés**: (con Alain Boureau y Cécile Dauphin). *Correspondence. Models of Letter-Writing from the Middle Ages to the Nineteenth Century*. Traducción de Christopher Woodall. Princeton: Princeton University Press, 1997.

[1992] *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Traducción de Viviana Akerman. Prólogo de Ricardo García Cárcel. Barcelona: Gedisa, "Lea", 1994.
La última edición castellana (2017) incluye un nuevo prólogo titulado "Veinticinco años después". **Versión en inglés**: *The Order of Books. Readers, Authors, and Libraries in Europe Between the 14th and 18th Centuries*. Traducción de Lydia G. Cochrane. Stanford, Calif.: Stanford University Press, 1994. **Versión en portugués**: *A Ordem dos livros. Leitores, autores e bibliotecas na Europa entre os séculos XIV e XVIII*. Traducción de Mary del Priore. Brasilia: Editora Universidade de Brasília, 1994.

[1992] *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación* [en la tapa de la obra] y *Estudios sobre historia cultural* [en la portadilla de la obra]. Traducción de Claudia Ferrari. Barcelona: Gedisa, 1992.
Obra, en rigor, sin equivalente francés, pero que comparte un carácter general de discusión epistemológica e historiográfica y algunos estudios de caso con *Cultural History. Between Practices and Representations* (1988).

[1992] *Les Formes produisent du sense*. Lyon: Livre-Pensée, Voie livres nº 58, 1992.

[1993] *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Traducción de Mauro Armiño. Madrid: Alianza, "Alianza Universidad", 1993.
La obra, en rigor, sin equivalente francés, reúne una serie de nueve textos, cuatro de los cuales proceden de *Lectures et lecteurs dans la France d'Ancien Régime* (1987).

[1995] (codirector junto con Guglielmo Cavallo). *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Traducción de María Barberán, Mari Pepa Palomero, Fernando Borrajo y Cristina García Ohlrich. Madrid: Taurus, 2001.
Contribuciones: (con Guglielmo Cavallo) "Introducción" y "Lectura y lectores populares del Renacimiento hasta la época clásica". Si bien la traducción castellana procede de la versión francesa (1997), la obra se publicó originalmente en italiano, versión que se tomó como

base para la traducción de Lydia G. Cochrane al inglés, publicada bajo el título *A History of Reading in the West* [Amherst: University of Massachusetts Press, 1999].
Versión en portugués (en dos volúmenes): *História da leitura no mundo occidental*. Traducción de Fulvia M. L. Moretto, Guacira Marcondes Machado y José Antonio de Macedo Soares. San Pablo: Editora Atica, 1998.
[1995] *Forms and Meanings. Texts, Performances, and Audiences from Codex to Computer*. Traducción de Lydia G. Cochrane, Milad Doueihi y David D. Hall. Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 1995.
Versión en portugués: *Formas e Sentido. Cultura escrita, entre distinção e apropriação*. Traducción de Maria de Lourdes et Meirelles Matencio. Campinas: Associação de Leitura do Brasil-Mercado das Letras, 2003. Obra sin equivalente francés.

[1995] *Sociedad y escritura en la Edad Moderna. La cultura como apropiación*. Traducción de Paloma Villegas y Ana García Bergua. México: Instituto Mora, "Itinerarios", 1995.
La obra reúne cinco textos inéditos y cuatro procedentes de *Lectures et lecteurs dans la France d'Ancien Régime* (1987) que no se incluyeron en la versión parcial castellana de 1994. Obra sin equivalente francés.

[1995] (director) *Histoires de la lecture. Un bilan des recherches*. Actes du Colloque des 29 et 30 janvier 1993. París: IMEC Éditions-Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 1995.
Contribuciones: "Présentation" y "Lecteurs dans la longue durée: du codex à l'écran".

[1996] *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*. Traducción de Horacio Pons. Buenos Aires: Manantial, 1966. Obra sin equivalente francés.

[1996] *Culture écrite et société. L'ordre des livres (XIV^e^-XVIII^e^ siècle)*. París: Albin Michel, "Bibliothèque Albin Michel Histoire", 1996.
La obra recupera el trabajo de 1992 publicado con el nombre que ahora aparece como subtítulo y donde se incluyen cuatro capítulos más ("Les représentations de l'écrit", "Patronage et dédicace", "De la fête de cour au public citadin" y "Lectures 'populaires'"), ausentes tanto de la primera edición original francesa como de sus versiones en portugués, inglés y castellano, todas ellas publicadas en 1994.

[1996] (codirector junto con Pietro Corsi) *Sciences et langues en Europe*. Communications du colloque "Sciences et langues en Europe", París, 14-16 de noviembre de 1994. París: Éditions de l'EHESS-CNRS, 1996.
Contribución: "Introduction".

[1996] (codirector junto con Hans-Jürgen Lüsebrink) *Colportage et lecture populaire. Imprimés de large circulation en Europe, XVI^e^-XIX^e^ siècles*. Actes du colloque de Wolfenbüttel (21-24 de abril de 1991). París: IMEC Éditions-Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 1996.
Contribución: "Introduction".

[1996] *On the Edge of the Cliff. History, Language and Practices.* Traducción de Lydia G. Cochrane. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1996.
Obra, en rigor, sin equivalente francés, pero que comparte algunos estudios de caso y un carácter general de discusión epistemológica e historiográfica con *Cultural History. Between Practices and Representations* (1988) y *El mundo como representación* (1992).

[1997] *Pluma de ganso, libro de letras, ojo viajero*. Traducción de Alejandro Pescador. México: Universidad Iberoamericana-Departamento de Historia, 1997.
Obra sin equivalente francés.

[1997] *Las revoluciones de la cultura escrita. Diálogo e intervenciones*. Traducción de Alberto Luis Bixio. Barcelona: Gedisa, 2000.
Se trata de una serie de entrevistas con Jean Lebrun, tal como indica el subtítulo del original francés. **Versión en portugués**: *A aventura do livro o leitor ao navegador. Conversações com Jean Lebrun*. Traducción de Reginaldo Carmello Corrêa de Moraes. San Pablo: Editora Unesp, 1998.

[1998] *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétude*. París: Albin Michel, 1998.
Obra que comparte un carácter general de discusión epistemológica e historiográfica y algunos estudios de caso con *Cultural History. Between Practices and Representations* (1988), *El mundo como representación* (1992) y *On the Edge of the Cliff* (1996). La nueva edición de 2009 incluye un posfacio titulado "Dix ans après. L'Histoire ou la lecture du temps" cuya versión española (en formato libro) había publicado Gedisa en 2007. **Versión en portugués**: *A beira da falésia. A história entre incertezas e inquietude*. Traducción de Patrícia Chittoni Ramos. Porto Alegre: Editora da Universidade Federal do Rio Grande do Sul, 2002.

[1999] *Cultura escrita, literatura e historia. Coacciones transgredidas y libertades restringidas.* Conversaciones de Roger Chartier con Carlos Aguirre Anaya, Jesús Anaya Rosique, Daniel Goldin y Antonio Saborit. Editado por Alberto Cue. México: Fondo de Cultura Económica, "Espacios para la lectura", 1999.
Versión en portugués: *Cultura escrita, literatura e história. Conversas de Roger Chartier*. Traducción de Ernani Rosa. Porto Alegre: Artmed Editora, 2001. Obra sin equivalente francés.

[1999] *Escribir las prácticas. Discurso, práctica, representación*. Edición de Isabel Morant Deusa. Valencia: Cátedra Cañada Blanch de Pensamiento Contemporáneo de la Universitat de València, Cuadernos de trabajo n° 2, 1999. Obra sin equivalente francés.

[1999] *Publishing Drama in Early Modern Europe*. Londres: The British Library, "The Panizzi Lectures 1998", 1999.
Versión en portugués: *Do palco à página. Publicar teatro e ler romances na época moderna (séculos XVI-XVIII)*. Traducción de Bruno Feitler. Río de Janeiro: Casa de

Palavra, 2002. Junto con la conferencia correspondiente a The Panizzi Lectures (dividida en tres capítulos), esta versión en portugués incluye la traducción del artículo "Richardson, Diderot et la lectrice impatiente", publicado originalmente en la centenaria revista norteamericana de crítica literaria *MLN* [vol. CXIV, nº 4, septiembre de 1999, pp. 647-666]. Obra sin equivalente francés.

[2000] *El juego de las reglas: lecturas*. Traducción de Martha Rosenberg y Cristina Sardoy. Prólogo de José Emilio Burucúa. Selección de Marta Madero. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.
Obra análoga, pero bastante más extensa y con una organización diferente respecto de la versión francesa publicada el mismo año bajo el título *Le Jeu de la règle. Lectures* [Bordeaux: Presses Universitaires de Bordeaux, 2000].

[2000] *Entre poder y placer. Cultura escrita y literatura en la Edad Moderna*. Traducción de Maribel García Sánchez, Alejandro Pescador, Horacio Pons y María Condor. Madrid: Cátedra, "Serie Menor", 2000.
Obra sin equivalente francés.

[2001] *Les Métamorphoses du livre. Les rendez-vous de l'édition: le livre et le numérique*. París: Éditions de la Bibliothèque publique d'information, Centre Georges Pompidou, "Paroles en réseau", 2001.

[2002] *Os desafios da escrita*. Traducción de Fulvia M. L. Moretto. San Pablo: Editora UNESP, 2002.
Versión sin equivalente francés.

[2004] (codirector junto con Claude Calame) *Identités d'auteur dans l'Antiquité et la tradition européenne*. Grenoble: Jérôme Millon, 2004.
Contribución: "La parole ailée et sacrée".
[2004] (codirector junto con Patrick Champagne) *Pierre Bourdieu & les médias*. París: L'Harmattan-INA, "Les médias en actes", 2004.
Se trata de las actas de las VIII^es^ Rencontres INA-Sorbonne realizadas el 15 de marzo de 2003. **Contribución**: (con Emmanuel Hoog, Jean-Michel Rodes y Patrick Champagne) "Introduction".

[2005] *Inscribir y borrar. Cultura escrita y literatura (siglos XI-XVIII)*. Traducción de Víctor Goldstein. Buenos Aires: Katz, "Conocimiento", 2006.
Versión en inglés: *Inscription and Erasure. Literature and Written Culture from the Eleventh to the Eighteenth Century*. Traducción de Arthur Goldhammer. Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2007. **Versión en portugués**: *Inscrever e apagar. Cultura escrita e literatura (séculos XI-XVIII)*. Traducción de Luzmara Curcino Ferreira. San Pablo: Editora Unesp, 2007.

[2005] *El presente del pasado. Escritura de la historia, historia de lo escrito*. Traducción de Marcela Cinta. México: Universidad Iberoamericana, 2005.
Obra sin equivalente francés.

[2006] (codirector junto con Didier Éribon) *Foucault aujourd'hui*. París: L'Harmattan-INA, 2006. Se trata de las actas de las IX^es^ Rencontres INA-Sorbonne realizadas el 27 de noviembre de 2004.
Contribuciones: (con Didier Éribon) "Présentation de la journée" y (en diálogo con Arlette Farge) "Retour à l'archive".

[2006] (codirector junto con Antonio Feros Carrasco) *Europa, América y el mundo. Tiempos históricos*. Madrid: Marcial Pons, 2006.
Contribución: (con Antonio Feros Carrasco) "Introducción general: Europa, América y el mundo: tiempos históricos". Obra sin equivalente francés.

[2006] (director) *¿Qué es un texto?* Madrid: Círculo de Bellas Artes, 2006. **Contribuciones**: "¿Qué es un libro?" y (en diálogo con Fernando Bouza, Pedro M. Cátedra y Antonio Rodríguez de Las Heras) "Coloquio". Obra sin equivalente francés.

[2007] *Escuchar a los muertos con los ojos. Lección inaugural del Collège de France*. Traducción de Laura Fólica. Buenos Aires: Katz, 2008.
A diferencia del original francés, esta versión incluye el ensayo "Entre páginas y tablas: las desventuras de Cardenio".

[2007] *La historia o la lectura del tiempo*. Traducción de Margarita Polo. México: Gedisa, "Visión 3x", 2007.
Versión en portugués: *A história ou a leitura do tempo*. Traducción de Cristina Antunes. Belo Horizonte: Autêntica, 2009. Obra sin equivalente francés.

[2009] *El libro y sus poderes (siglos XV-XVIII)*. Traducción de Jesús Anaya Rosique. Medellín: Universidad de Antioquía, 2009.
Se trata de la traducción de una exposición presentada en el coloquio internacional *L'Imprimé et ses pouvoirs dans les langues romanes* que tuvo lugar en Rennes los días 5, 6 y 7 de octubre de 2006. La versión francesa apareció un año después en una obra colectiva dirigida por Ricardo Saez que recogía las actas con el título del coloquio [Rennes: Presses universitaires de Rennes, 2010]. Obra sin equivalente francés.

[2010] (con Pierre Bourdieu) *El sociólogo y el historiador*. Prólogo de Roger Chartier. Traducción de Paloma Ovejero Walfisch. Madrid: Abada, 2011.
Versión en inglés: *The Sociologist and the Historian*. Traducción de David Fernbach. Cambridge: Polity Press, 2015. **Versión en portugués**: *O sociólogo e o historiador*. Traducción de Guilherme Joao de Freitas Teixeira. Belo Horizonte: Autêntica Editora, 2011.

[2011] *Cardenio entre Cervantes y Shakespeare. Historia de una obra perdida*. Traducción de Silvia Nora Labado. Barcelona: Gedisa, 2012.
Versión en inglés: *Cardenio between Cervantes and Shakespeare. The Story of a Lost Play*. Traducción de Janet Lloyd. Cambridge: Polity Press, 2013. **Versión en portugués**: *Cardenio entre Cervantes e Shakespeare. História de uma peça perdida*. Traducción de Edmir Missio. Río de Janeiro: Civilização Brasileira, 2012.

[2011] *¿La muerte del libro?* Santiago de Chile: LOM, "Libros del Ciudadano", 2011.

Se trata de la traducción de una conferencia pronunciada en el marco de las Conférences du GRIPIC en el CELSA [Centre d'Etudes Littéraires et Scientifiques Appliquées] de la Université Paris-Sorbonne, el 7 de enero de 2009, luego publicada en *Communication & Langages* [n° 159, marzo de 2009, pp. 57-65]. El texto contaba, no obstante, con una versión castellana previa titulada "¿La muerte del libro? Orden del discurso y orden de los libros" [*Co-herencia* (Medellín), vol. IV, nº 7, julio-diciembre de 2007, pp. 119-129] basado en una conferencia ofrecida en esa misma lengua en el marco del Fórum das Letras de la Universidade Federal de Ouro Preto en 2006. Obra sin equivalente francés.

[2012] (codirector junto con Carmen Espejo). *La aparición del periodismo en Europa. Comunicación y propaganda en el Barroco*. Madrid: Marcial Pons, 2012.
Contribución: "Introducción. Barroco y comunicación". Obra sin equivalente francés.

[2012] *El libro, el texto y la lectura*. León, Guanajuato: Tsunun, 2012.
Se trata de una obra que cuenta con una licencia Creative Commons de atribución no comercial donde se reúnen cinco textos ya publicados en revistas culturales, periódicos o sitios de internet que ya contaban con traducción al castellano. En 2019 apareció una segunda edición. Obra sin equivalente francés.

[2012] *O que é um autor? Revisão de uma genealogia*. San Carlos: Editora da Universidade Federal de São Carlos, 2012.
La obra recupera el texto de una conferencia dictada en la Sorbonne en el año 2000 en el marco de la Société Française de Philosophie en torno del ensayo de Michel Foucault "Qu'est-ce qu'un auteur?" [*Bulletin de la Société française de philosophie*, Año LXIII, n° 3, julio-septiembre de 1969, pp. 73-104] y representa una suerte de continuación o complemento para el capítulo "Figuras de autor" de *El orden de los libros* (1992).

[2012] *Autoria e história cultural da ciência*. Organizado por Priscila Falhauber y José Sérgio Leite Lopes. Río de Janeiro: Beco do Azougue, 2012.
La obra se enmarca en el contexto de una conferencia dictada durante el invierno de 2007 en el Museu de Astronomia e Ciências Afins, de Río de Janeiro. El trabajo incluye esa misma conferencia, titulada "História cultural do autor e da autoria", el debate que tuvo lugar posteriormente, un posfacio del autor, una serie de comentarios por los organizadores del encuentro y una presentación de la historiadora Heloisa Maria Bertol Domingues. Obra sin equivalente francés.

[2015] *La mano del autor y el espíritu del impresor. Siglos XVI-XVIII*. Traducción de Víctor Goldstein. Buenos Aires: Eudeba-Katz, 2016.
Versión en inglés: *The Author's Hand and the Printer's Mind. Transformations of the Written Word in Early Modern Europe.* Traducción de Lydia G. Cochrane. Oxford: Polity Press, 2013. La publicación de la versión en inglés es previa a la edición francesa. **Versión en portugués**: *A mão do autor e a mente do editor*. Traducción de George Schlesinger. San Pablo: Editora Unesp, 2014.

[2014] *La obra, el taller y el escenario. Tres estudios de movilidad textual*. Traducción de José Miguel Parra. Salamanca: Centro para la Edición de los Clásicos Españoles-Confluencias Editorial, 2015.

[2017] (codirector junto con Christian Jouhaud) *Écrire les écritures. Hommage à Daniel Fabre*. París: L'Atelier du Centre de recherches historiques, 2017.
Contribución: "Daniel Fabre et le messager des âmes".

[2019] *Le temps du "Quichotte"*. París: Éditions de la Sorbonne, "Tirés à part", 2019.
Edición y comentario del célebre artículo de Pierre Vilar publicado originalmente en la revista *Europe* [vol. III, nº 16, enero de 1956, pp. 1-16] y luego incluido en *Crecimiento y desarrollo. Economía e historia. Reflexiones sobre el caso español* [Barcelona: Ariel, 1974, pp. 332-346].

[2019] (con Carlos A. Scolari) *Cultura escrita y textos en red*. Barcelona: Gedisa, "Diálogos", 2019.
Obra sin equivalente francés.

[2020] *Um mundo sem livros e sem livrarias?* Edición de Bernardo Gurbanov y Guiomar de Grammont. San Pablo: Letra Viva, 2020. Obra sin equivalente francés.

[2020] (codirección con José Damião Rodrigues y Justino Magalhães) *Escritas e Cultura na Europa e no Atlântico Modernos.* Lisboa: Centro de História da Universidade de Lisboa-Instituto de Educação da Universidade de Lisboa, 2020.
Contribuciones: (con José Damião Rodrigues y Justino Magalhães) "Apresentação" y "Literatura e cultura escrita. Permanência das obras, mobilidade dos textos, pluralidade das leituras". Obra sin equivalente francés.

[2021] *Éditer et traduire. Mobilité et matérialité des textes (XVI^e^-XVIII^e^ siècles)*. París: EHESS-Gallimard-Seuil, "Hautes Études", 2021.
La obra recupera algunas de las clases dictadas en el marco de la cátedra "Écrit et cultures dans l'Europe moderne" en el Collège de France, una serie de clases correspondientes a un seminario sobre la materialidad de los textos dictado en la Universidad de Pensilvania y, finalmente, una comunicación presentada en un coloquio organizado por las universidades de Brasilia y San Pablo en 2019. **Versión parcial en inglés**: *Won in Translation. Textual Mobility in Early Modern Europe*. Traducción de John A. Pollack. Filadelfia: University of Pennsylvania Press, "Material Texts", 2022.

[2021] *Lectura y pandemia. Conversaciones*. Buenos Aires: Katz, "Discusiones", 2021.
La obra recupera un ensayo cuyo título da nombre a la obra, una conversación sobre la misma problemática con Alejandro Katz y Nicolás Kwiatkowski, y un diálogo con Daniel Goldin titulado "El espacio público". Obra sin equivalente francés.

[2021] *El Pequeño Chartier Ilustrado. Breve diccionario del libro, la lectura y la cultura escrita*. Investiga-

ción, prólogo y edición de Pedro Araya R. y Yanko González C., Buenos Aires: Ampersand, colección Scripta Manent, 2022.
Entradas: "Apropiación", "Biblioteca", "Borges", "Canon", "Censura", "CH [letra]", "Dos", "Edición", "Formato", "Fragmento", "Gutenberg", "Historia social de la cultura [o historia cultural de lo social]", "Ilustración", "Juventud", "Kindle", "Lector [muerte del]", "Librería", "Memoria", "Narrativa", "Ojos", "Plagio", "Quijote [don]", "Representación", "Shakespeare", "Traducción", "Universidad", "Voz", "Wreader", "Xilografía", "Yo [literaturas del]", "Zoología". Obra sin equivalente francés.

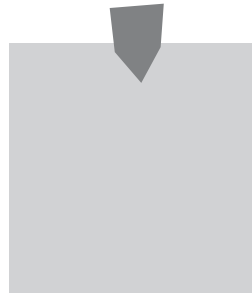
[2021] *Presencias del pasado. Libros, lectores y editores*. Escritos seleccionados por Francisco M. Gimeno Blay y Francisco Fuster García. Valencia: Universitat de València, 2021.
La obra reúne, salvo una sola excepción, una serie de textos escritos por el autor directamente en castellano. Obra sin equivalente francés.

[2022] *Cartes et fictions (XVI^e^-XVIII^e^ siècle)*. París: Éditions du Collège de France, "Faire savoir", 2022.

[2022] *Livro, mundo digital e leituras. Práticas e apropriações. Diálogos com Andréa Pereira dos Santos e Ligia Maria Moreira Dumont*. Goiana: Editora UFG, 2022.

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1317>

Lecturas



Prismas
Revista de historia intelectual
Nº 26 / 2022

La historización del historicismo

Elías J. Palti
Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

A propósito de Javier Fernández Sebastián, *Historia conceptual en el Atlántico Ibérico. Lenguajes, tiempos, revoluciones*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2021

¿Cómo podemos escuchar a los muertos? ¿Cómo recuperar sus voces sin confundirlas con las nuestras? ¿Hasta qué punto ello es posible? Estos son los interrogantes que recorren centralmente el libro último de Javier Fernández Sebastián, uno de los principales cultores contemporáneos de la historia conceptual. Catedrático de la Universidad del País Vasco, se destaca por una profusa labor, que incluye la organización de una serie de diccionarios de historia conceptual en el mundo ibérico, para cuya elaboración reunió equipos de especialistas en toda la región, dando así un impulso fundamental a la difusión de los estudios en el área.

Historia conceptual en el Atlántico Ibérico es un libro extenso y complejo. En él se condensan muchos años de estudio en torno a una amplia gama de temas y a partir de una pluralidad de lecturas. El libro consta de tres partes. La primera contiene una serie de reflexiones acerca de cuestiones teóricas y metodológicas relativas a la historia conceptual. Las otras dos remiten a análisis históricos, enfocándose en el temprano siglo XIX, el cual coincide en América Latina con las revoluciones de independencia, pero, de manera más general, se inscribe dentro de lo que Reinhart Koselleck llamara la *Sattelzeit*, el "período umbral" que va de 1750 a 1850 cuando, según afirma, nace la modernidad.

Encontramos allí el rasgo característico de esta obra, el cual se asocia estrechamente con su propuesta historiográfica, que consiste en tratar de conjugar la reflexión teórica con la investigación histórica. En última instancia, la premisa de la que se parte es que solo el trabajo sobre la teoría permitiría plantear nuevos interrogantes que eviten que nuestras lecturas de los textos del pasado transiten senderos trillados y terminen simplemente reproduciendo los saberes establecidos. Y, de manera inversa, solo la investigación histórica podría poner a prueba la vigencia y dar cuenta de la productividad de los marcos conceptuales, para arrojar nueva luz sobre el pasado.

Lo dicho nos permite entender la imposibilidad material de abarcar todo el contenido del libro en unas pocas páginas. Ninguna reseña, por más detallada que fuera, alcanzaría a dar cuenta de la diversidad de cuestiones que se abordan. Como diría Borges, pretender hacer una descripción minuciosa equivaldría a querer hacer un mapa de China que fuera tan grande como la China misma. En esta lectura, pues, nos enfocaremos en las cuestiones teórico-metodológicas que el libro aborda, que, si bien se encuentran concentradas en su primera parte, también ocupan un lugar en las otras dos.

La superación de las antinomias tradicionales

Javier Fernández Sebastián retoma, en lo esencial, la propuesta teórica de Koselleck, aunque introduce una serie de aportes propios e intenta realizar un cruce de esa propuesta con otros enfoques y corrientes, en particular con la llamada Escuela de Cambridge. Sus aportes más importantes, entiendo, se relacionan con una reconsideración de la naturaleza de ese quiebre histórico-conceptual que se produjo en torno a 1800, el período que Koselleck bautizó como *Sattelzeit*. Sobre esto volveremos más adelante. Veamos por el momento cuáles son los ejes temáticos en torno de los cuales se articula su reflexión.

El libro aborda cuestiones que han sido debatidas durante siglos, y que siguen resultando fundamentales para comprender el quehacer histórico y el estatuto epistemológico de la disciplina. Su objetivo primordial es poner en cuestión las oposiciones tradicionales entre objetivismo y relativismo, y entre continuidad

DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1318

y cambio. Según se propone demostrar, estas oposiciones polares no alcanzan a dar cuenta de la complejidad de los procesos históricos. Frente a ellas, invoca la necesidad de pluralizar las perspectivas. Un rasgo característico de su modo de argumentación es, precisamente, la oscilación entre puntos de vista distintos. Parece retomar aquí la vieja técnica retórica de la argumentación *in utramque partem* (el arte de argumentar, con igual fuerza persuasiva, en favor de ambos bandos en disputa). Esto deja cierta sensación de indefinición. Sin embargo, el libro no por ello se priva de dejar planteadas algunas definiciones importantes.

La sofisticación de su método argumentativo se vincularía, en última instancia, con su intento de evitar aquellas visiones eclécticas que tratan de conciliar tales antinomias conjugando los términos opuestos (objetivismo/relativismo, continuidad/cambio), buscando el mentado "justo término medio", sin alcanzar así a calibrar la dimensión problemática de las cuestiones que se plantean en torno de ellos. Esto resulta siempre esterilizante, desde un punto de vista teórico, puesto que da lugar a soluciones sencillas y mayormente previsibles que, en realidad, no resuelven nada.

La antinomia objetivismo/relativismo remite a la cuestión de la necesidad de partir siempre de un cierto marco teórico para abordar el estudio del pasado. La pregunta que esto hace surgir es: ¿cómo podemos evitar que dicho marco preestablezca ya de antemano lo que habremos de hallar como producto de la investigación histórica? Es decir, que esta no se convierta en un mero reflejo narcisista de lo que nosotros mismos presuponemos. Es aquí que aparece la pregunta acerca de si es posible escuchar a los muertos, si podemos recobrar sus voces sin confundirlas con las nuestras. El punto es que siempre necesitamos un marco teórico; en definitiva, los que hablamos somos siempre nosotros; lo que escuchamos, en última instancia, son siempre nuestras voces tratando de remedar aquellas de quienes ya no están.

El problema que aquí se plantea podría sintetizarse así: si bien es posible, hasta cierto punto, apartarse de nuestras propias ideas presentes, esto no niega el hecho de que un determinado marco conceptual siempre es necesario, que no es posible una "visión desde ningún lugar". La disposición a abrirnos a lo que nos es extraño no supondría, en realidad, una superación de nuestras perspectivas presentes, sino solo un cambio del marco, la adopción de uno distinto al actual; pero aun así siempre se hablará desde el presente. ¿Debemos, pues, sucumbir ante la inevitabilidad del presentismo? ¿Es posible, aun sabiendo esto, tomar una distancia crítica de nuestras creencias y presupuestos más fundamentales, aquellos que nos permiten pensar e interrogar los textos del pasado?

Es en este punto que el libro nos deja cierta sensación de indefinición. Fernández Sebastián se resiste a aceptar que la labor historiográfica carezca de un objeto que, de algún modo, se nos impone desde fuera, que el material histórico sea infinitamente maleable y, por ende, que la escritura histórica pueda confundirse con aquellos géneros narrativos que dan libre curso a la imaginación puesto que carecen de la preocupación por la fidelidad al pasado, preocupación que define, de hecho, el estatuto epistemológico particular de esta disciplina.

En su intento de confrontar esta problemática, el autor evoca la idea de Gadamer de la posibilidad de una "fusión de horizontes". No se trataría de abandonar nuestros prejuicios, sino de buscar un punto en el que nuestras perspectivas presentes converjan con las de aquellos con quienes queremos dialogar. Gadamer distingue aquí los prejuicios habilitantes de aquellos otros que obturan la mutua comunicación; para él, este diálogo con las visiones del mundo de los actores del pasado sería posible en la medida en que formamos parte de una misma tradición desplegada diacrónicamente. Si bien hoy somos distintos a ellos, y pensamos distinto a ellos, lo somos, en parte, gracias a ellos. Sin embargo, el problema que se plantea aquí es qué ocurre con aquellas culturas o épocas con las cuales no compartimos ninguna experiencia vital común que haga posible tal fusión de horizontes, cuando nos enfrentamos con aquello que nos resulta radicalmente extraño. Es decir, cómo es posible tal comunicación toda vez que desaparecen los hilos de alguna tradición común. Esto nos conduce a la segunda de las antinomias que Fernández Sebastián se propone cuestionar: aquella entre continuidad y ruptura.

Aquí el autor busca superar las visiones dicotómicas por la vía de una pluralización de la perspectiva respecto de la temporalidad, es decir, afirma la coexistencia en cada momento dado de

una diversidad de temporalidades relativas. En definitiva, en todo contexto histórico las continuidades y las novedades conceptuales se superponen y, hasta cierto punto, se confunden. No siempre resultaría sencillo delimitar qué es lo nuevo y qué es aquello que viene del pasado. Cabría hablar, pues, de la hibridez de toda formación conceptual. La idea de una ruptura radical, de una nueva aurora que no le debe nada al pasado sería una pura ilusión, una propia de la modernidad.

Sin embargo, esto no niega el hecho de que, efectivamente, existen momentos en que se producen quiebres históricos, como el que señala Koselleck respecto de la *Sattelzeit.* En esos casos, aun las mismas ideas cobran ya sentidos muy diversos a los hasta entonces disponibles; sentidos que antes resultaban sencillamente inconcebibles, que escapaban al horizonte de comprensión de los actores del pasado, como ocurría, para Koselleck, con el concepto de Historia como un sustantivo colectivo singular (*Kollectivsingular*) antes del *Sattelzeit*. Si bien es cierto que aun así la presión del pasado sobre el presente resulta inevitable, y que existen elementos de ese pasado que aún perdurarán en este, dichos elementos se van a rearticular ahora de forma diversa, dando lugar a realidades y formaciones discursivas ya muy distintas. Para usar la analogía a la que apela Deleuze para ilustrar su concepto de *agenciamiento*, sabemos que, en algún momento dado, dos átomos de hidrógeno se unieron con un átomo de oxígeno. Estos siguieron siendo los mismos átomos, pero de su unión surgió un elemento totalmente nuevo, que resultaría, además, fundamental para el desarrollo de la vida en la Tierra. No quiere decir que nosotros seamos un resultado directo de ese acontecimiento producido hace millones de años, pero es cierto que, de no haberse producido, nosotros no estaríamos hoy aquí.

Los grandes cambios epocales en la historia, en general, y en la historia intelectual, en particular, podrían analogarse a esas mutaciones elementales, siendo que la persistencia de los elementos constituyentes puede llevar a perder de vista las transformaciones resultantes de los modos diversos en que estos, en cada caso, se combinan. De hecho, es, justamente, en uno de esos cambios epocales que Fernández Sebastián concentra la atención en sus estudios históricos. Y es también en este punto que radican, entiendo, sus principales aportes.

La *Sattelzeit* en cuestión

Antes de pasar a los aportes de Fernández Sebastián, volvamos brevemente a cómo se aborda en la actualidad la cuestión de la oposición entre continuidad y cambio. Según señala el autor, lo que podemos llamar el paradigma dominante en el campo de la historia intelectual (aunque no solo en él) tiende a enfatizar las rupturas por sobre las continuidades. Aquellos autores en los que se basa, Koselleck y Quentin Skinner, serían buenos ejemplos de ello. Ambos, sabemos, han insistido en la idea de la discontinuidad en la historia, se rebelan contra el supuesto de la existencia de ideas perennes, tratando de identificar aquello que es específico de cada época del pensamiento.

Sin embargo, como el propio Fernández Sebastián le señaló a Skinner en una entrevista que le realizó en España, este sentido histórico se iría diluyendo con el tiempo.[1] Esto se asocia con la vocación normativa que terminará impregnando su obra reciente. Y algo parecido ocurrirá también con Koselleck, quien en sus últimos años termina cuestionando la validez de su propio concepto de *Sattelzeit*.[2] En su caso, esto se relaciona con su apartamiento de la perspectiva de su anterior maestro, Otto Brunner, quien señaló la imposibilidad de aplicar los términos modernos para comprender las realidades premodernas.[3] Según mostró Brunner, el tipo de categorías a las que nosotros apelamos, como las de economía, sociedad, Estado, etc., serían inaplicables a las épocas precedentes. En su obra más importante, *Land un Herrschaft*, mostraba, por ejemplo, que, en el Antiguo Régimen, la distribución de la tierra no obedecía a una lógica de mercado, sino que respondía a los patrones de distinción social, por lo que no

[1] Javier Fernandez Sebastián, "Intellectual History; Liberty and Republicanism: An Interview with Quentin Skinner", *Contributions* 3, 2007.
[2] Reinhart Koselleck, "A Response to Comments on the Geschichtliche Grundbegriffe", en M. Richter y H. Lemann (eds.), *The Meaning of Historical Terms and Concepts. New Studies on Begriffsgeschichte*, German Historical Institute, Washington, Ocasional Paper N° 15, 1996. Hay versión en español en R. Koselleck, edición de Claudio Ingerflom y Elías Palti, *El concepto de Estado y otros ensayos*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2021.
[3] Reinhart Koselleck, *Begriffsgeschichtliche Probleme der Verfassungsgeschichtsschreibung*, Berlín, Dunker & Humblot, 1983 (Beiheft zu "Der Staat") Helft 6. Hay versión en español en R. Koselleck, *El concepto de Estado y otros ensayos*.

podría hablarse propiamente de una "economía", en el sentido actual del término, para ese período. Esta no existía aún como un dominio propio, independiente de lo social y lo político, que se encontraban fusionados. Hablar, pues, de una "economía" para dicho período resultaría inapropiado, y daría lugar a serias distorsiones históricas.

En su polémica con Brunner, sin embargo, Koselleck insiste en la existencia de ciertas continuidades entre el pasado y el presente y en la necesidad de recobrarlas para una correcta comprensión de la época moderna. Y esto, como dijimos, lo lleva a poner en cuestión su propia idea acerca de la naturaleza de la ruptura ocurrida en torno a 1800 y a reorientar su proyecto hacia un objetivo distinto. Llegado a este punto, ya no buscará comprender el sentido de aquel quiebre histórico-conceptual del que nace la modernidad, sino que intentará desarrollar una *Historik*, a la que definirá como una teoría de las condiciones de posibilidad de las historias (*Geschichten*), las diversas formas posibles de experimentar la temporalidad, las cuales, afirma ahora, se encuentran enraizadas en el sustrato biológico de nuestra especie. Entonces cree ver ya presentes en los griegos los diversos modos de conciencia histórica. Heródoto, Polibio y Tucídides expresarán, respectivamente, las tres alternativas posibles para concebir la temporalidad histórica.[4] Así, la idea de Historia, como un sustantivo singular, lejos de ser un desarrollo reciente, aparecerá ahora solo como un modo de experimentar la temporalidad, cuyas condiciones fundamentales radican en disposiciones innatas.

En el caso de Skinner, esta recaída en una perspectiva más enfocada en las continuidades se relaciona con su intento más reciente de recobrar lo que él considera una tradición política olvidada, el republicanismo clásico, la cual, dice, se organiza en torno a la idea de la libertad como no-dominación. Según afirma esta tiene su origen en el derecho romano, encontrándose ya plenamente articulada en el pensamiento de autores como Séneca y Tácito. Y esta, asegura, se prolonga hasta los tiempos modernos, siendo que, para él, ofrece una alternativa hoy plenamente vigente e incluso superior a las dominantes en la actualidad. Esta vocación normativa lo lleva así a construir largas genealogías de pensamiento articuladas en función de una única idea (como la de libertad como no-dominación, que se opone, a su vez, a la de la libertad como no-intervención, que sería la que terminaría imponiéndose en Occidente). Como señala Fernández Sebastián, estas perspectivas genealógicas contienen, en el fondo, una serie de falacias metodológicas, que llevan a la deshistorización de los procesos políticos; terminan, en fin, conduciendo a narrativas de corte teleológico en las cuales los desarrollos pasados se verán reducidos a meros antecedentes más o menos ajustados a nuestros modos de pensamiento presentes, los cuales aparecen así como el término último hacia el cual todos aquellos otros tenderían a converger.

Una de las consecuencias de esta deshistorización de las categorías sociales y políticas es que las terminan vaciando de contenido. La idea de Skinner de la "libertad como no-dominación" es, en realidad, una tautología, dado que su opuesto, la idea de "libertad como dominación", resulta una contradicción en sus propios términos. En definitiva, se convierte en un concepto vacío, algo a lo que nadie, por ende, podría oponerse. Eso explica que Skinner haya podido encontrar antecedentes tan remotos de esa idea, en la medida en que se trata, en verdad, de algo tan vago que, así definido, perfectamente podría hallarse en cualquier tiempo y lugar (si contáramos con fuentes, seguramente podríamos ya encontrar entre los *Australopithecus* algún cavernícola que sostuvo algo parecido). No hay nada aún en esta categoría que la especifique históricamente, nada de orden conceptual (y no solo de orden fáctico) que nos indique por qué solo pudo haber surgido en un momento y en un lugar particulares, ni antes ni después.

Los cambios epocales ignorados

En su repaso de los orígenes de la modernidad, Fernández Sebastián retoma la idea de Koselleck acerca de los cambios en el régimen de funcionamiento de los conceptos entonces producidos, que define como la *democratización, ideologización, politización y temporalización*

[4] Véase Reinhart Koselleck, "Erfahrungswandel und Methodenswechsel. Eine historisch-anthropologische Skizze", en *Zeitschichten* (Frankfurt, Suhrkamp, 2000). Hay versión en español en R. Koselleck, edición de Elías Palti, *Estratos del tiempo*, Barcelona, Paidós, 2001.

de estos. Pero a ellos adiciona otros dos: *internacionalización* y *emocionalización*. El primero se vincula estrechamente con el otro rasgo característico de este libro: el objetivo de llevar a cabo un abordaje transnacional de la historia conceptual. Es que se vincula al hecho de que, a partir de la modernidad, los conceptos habrían de circular por escenarios mucho más amplios que los nacionales, formando redes significativas que son, precisamente, las que habría que tratar de reconstruir históricamente. El otro aspecto que define a los conceptos modernos remite a la necesidad de tomar en cuenta los factores emotivos. Por ejemplo, no podría comprenderse adecuadamente el papel que cumplió en tiempos modernos el concepto de nación sin tomar en consideración la carga afectiva de la que gozó, y aún goza.

Esta preocupación por comprender la naturaleza de estos cambios epocales en la historia conceptual da lugar a lo que considero el aporte más importante de este libro, que consiste en el intento de aplicar la metodología histórico-conceptual a la comprensión del origen de la historia conceptual misma, las condiciones epistémicas que hicieron posible su emergencia. Fernández Sebastián remite aquí al cambio que se produjo en los inicios del siglo XX, cuando comienza a descomponerse ese sentido lineal de la temporalidad que estaba en el origen del concepto de Historia como un sustantivo colectivo singular, del que habla Koselleck, y que había dado lugar al surgimiento de las filosofías de la historia evolucionistas-teleológicas del siglo XIX. La idea de una continuidad esencial por debajo de los cambios que se producen históricamente, la presencia de un hilo ininterrumpido que ordena los diversos momentos hacia la realización última de un fin inherente se revela entonces como algo ilusorio. Es en ese momento cuando puede surgir la idea de la coexistencia de una pluralidad de temporalidades, lo que da lugar, a su vez, a lo que podemos llamar un giro autorreflexivo. Es decir, el apartamiento de aquellas ilusiones propias de la modernidad hace posible finalmente pensar aquellas condiciones histórico-conceptuales que la hicieron posible, revelar, en fin, la contingencia de sus orígenes y fundamentos.

Este sería, de hecho, el sentido último de la empresa koselleckiana: comprender el surgimiento de ese nuevo modo de experimentar la temporalidad que se asocia al concepto de Historia, con mayúscula, no como algo natural, que existió siempre, sino él mismo como un resultado histórico, relativamente reciente, además, y que respondió a condiciones histórico-conceptuales precisas (algo que, como vimos, hacia el final de su trayectoria Koselleck, sin embargo, pondría en cuestión, incurriendo así en una contradicción con lo que fuera su proyecto original). La vena conservadora de ese autor, dice Fernández Sebastián, contribuiría también en este sentido, puesto que, como consecuencia de ello, lo volvería menos dispuesto a adherir acríticamente a los supuestos propios de la modernidad.

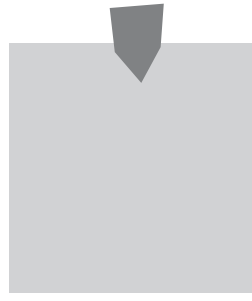
Esa transformación conceptual producida a comienzos del siglo XX, que permite el surgimiento de la historia conceptual y que Fernández Sebastián denomina una historización del historicismo, permanecería, sin embargo, ignorada por el propio Koselleck. De hecho, se trata de un fenómeno característico. Toda teoría, para articularse, debe permanecer ciega a sus propias condiciones epistémicas de posibilidad, velar la radical contingencia de sus propios fundamentos conceptuales. Lo cierto es que esto que, para Fernández Sebastián, llevó a la historización del historicismo en la primera mitad del siglo XX dará lugar, a su vez, en el curso de la segunda mitad de ese siglo, al surgimiento ya de un nuevo régimen de historicidad, para decirlo en palabras de François Hartog.[5] Este nuevo régimen ya no estaría centrado en la "futuricidad", en la orientación hacia el futuro, sino en el presentismo, algo que ha sido profusamente analizado en trabajos recientes, no solo por el ya mencionado Hartog, sino también por otros autores, como Hartmut Rosa.[6]

Llegado a este punto, aquello que Koselleck analizó, aquello que surgió durante la *Sattelzeit*, habría finalmente concluido. Su descubrimiento fundamental, esto es, la contingencia de los fundamentos de la forma de conciencia histórica propia de la modernidad, tenía, de hecho, implícita la eventualidad de su fin. Como señalé, entiendo que el aporte clave de este texto que

[5] François Hartog, *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*, París, Seuil, 2003.
[6] Hartmut Rosa, *Social Acceleration. A New Theory of Modernity*, Nueva York, Columbia University Press, 2015.

analizamos es poner de relieve este fenómeno; en definitiva, llevar hasta sus últimas instancias el giro autorreflexivo iniciado por el propio Koselleck y su historia conceptual. De todas formas, el libro de Fernández Sebastián no se agota allí, presenta una gran cantidad de aristas, de las cuales nos hemos referido aquí solo a algunas, relacionadas con cuestiones de índole teórico-metodológica. Se trata de una obra indispensable para todos aquellos interesados en la historia conceptual en el Atlántico Ibérico, como reza su título, pero no solo en él. □

Reseñas



Prismas
Revista de historia intelectual
Nº 26 / 2022

Andrés G. Freijomil,
Arts de braconner. Une histoire matérielle de la lecture chez Michel de Certeau,
París, Garnier, 2020, 832 páginas

Figura del canon intelectual francés de los años sesenta y setenta, Michel de Certeau ha guardado un lugar discreto pero persistente en esa lista de autores enormes y fulgurantes. Pero hace tiempo ya que ese lugar se está modificando. De inscripción disciplinar y filiaciones huidizas, su obra ha ido ganando envergadura a medida que un corpus de análisis más atentos suscita debates interpretativos sobre este legado, a la vez que refuerzan y precisan su irradiación.

El trabajo de Andrés Freijomil ha contribuido mucho a esa empresa. Establecido firmemente en el ámbito de especialistas de De Certeau, ha logrado una colocación que era difícilmente imaginable en un principio, si contrastamos lo anglo-francés del mundo de "estudios certalianos" con el punto de partida que describen las primeras páginas de este libro: el hallazgo del primer eslabón en la Feria del Libro de Buenos Aires a mediados de los 1990, la denodada búsqueda posterior de traducciones, el comienzo de un camino de investigación de la mano de José E. Burucúa... La distancia entre esas aproximaciones tentativas, sembradas de obstáculos materiales, y la envergadura de la acabada obra que nos convoca –reescritura de una tesis doctoral defendida en la École des Hautes Études en Sciences Sociales bajo la dirección de Roger Chartier, quien firma un iluminador Prefacio– es francamente asombrosa. En el medio están las marcas de un camino de gran coherencia y dedicación, que se vislumbraban ya en tempranas empresas de edición vinculadas a la constelación de intereses de De Certeau, y en una primera tesis construida sobre la hipótesis (muy perdurable) en relación con la marca jesuita en la obra de este autor. Esas marcas estaban también en los avances de esta exploración de largo aliento, publicados en sedes diversas de la discusión historiográfica europea y latinoamericana, mojones de un viaje de amplitud y compromiso singulares.[1] A lo largo de ese derrotero, Freijomil devino especialista en historiografía –francesa y católica sobre todo, pero no solamente– como lo muestran sus contribuciones críticas más recientes: un historiador de las poéticas historiográficas, como gusta definirse.

[1] Véase, por ejemplo, la temprana traducción y edición al cuidado de Freijomil de *Viaje alrededor del mundo*, de Louis-Antoine Bougainville, editado por Eudeba en 2005; *La construcción de una poética jesuita: cristianismo, historia y psicoanálisis en Michel de Certeau*, Tesis de maestría, Universidad de San Andrés, 2004; y los numerosos avances de trabajo ulteriores (imposibles de inventariar aquí), publicados en francés, inglés e italiano en revistas latinoamericanas y europeas.

El asombro que depara la lectura de *Arts de braconner*, sin embargo, proviene más bien de la exhaustividad del corpus analizado, la meticulosidad del trabajo sobre esos materiales, y la ambición de las inscripciones contextuales evocadas en cada instancia. Este despliegue tiene sus razones metodológicas y argumentativas, que la lectura no tarda en revelar: a diferencia de la mayor parte de los estudios previos, el De Certeau de Freijomil no se construye a partir de los libros acabados, sino de una inmensa obra hemerográfica temprana, de una multitud de textos dispersos en revistas, cada uno situado con escrupulosa exactitud en el campo de relaciones correspondiente. La escala de la empresa, que podría resultar abrumadora, se ve muy favorecida por una administración en apartados breves, titulados con precisión y gracia poética –y en este sentido, muy afines a su objeto–. Más importante en la fijación de un camino para la lectura es que el análisis avanza siguiendo un ángulo preciso e hipótesis claras, que nunca se pierden de vista y resultan demostradas en sus más variadas inflexiones.

Dos premisas generales ordenan esta gran reconstrucción. La primera es que en la labor hemerográfica del primer De Certeau –aquel autor de textos breves y diseminados en muchas sedes,

y el que mejor acusa las marcas de su identidad jesuita– radican las claves de su obra más canónica. La segunda, que un núcleo esencial de este pensamiento puede ser capturado a partir del estudio de la evolución de sus ideas sobre la lectura. No es un secreto que tales ideas quedarían para siempre asociadas a su nombre, por cierto, y en particular la noción de la lectura como actividad eminentemente autónoma, creativa y transgresora, clave de bóveda de todo un pensamiento sobre las estrategias culturales del "hombre sin atributos" del mundo moderno. Pero esas marcas singulares se comprenden mejor, argumenta Freijomil, si el foco se desplaza de su versión más consagrada –la del tardío *Arts de faire*, y sobre todo, su versión traducida al inglés– para reemplazarlo por el trabajo genealógico sobre uno de esos textos, "Lire. Un braconnage".[2] Mover a De Certeau de su lugar de campeón de los *Cultural Studies* al de refinado intelectual de la cultura francesa de los años 1950 y 1960, tal es la empresa de este libro.

Un efecto de extrañamiento emana de la decidida inscripción de De Certeau en el mundo católico, a medida que el análisis demuestra su distancia de las interpretaciones que han dado mayor peso a su relación con otros marcos intelectuales. En más de un sentido, *Arts de braconner* puede ser leído como un ejercicio de inmersión en la cultura católica francesa de los años 1950 y 1960 –y del mundo jesuita en particular–, tal es la densidad de la contextualización de las intervenciones en este medio, aun las más modestas. Así, la fascinante cualidad vagabunda, experimental e inagotablemente curiosa de este "lector nómade" es observada a través del pregnante tamiz de partida. Los debates más propios de los años 60 (psicoanálisis, estructuralismo, descolonización, foucaultianismo, revuelta estudiantil) se revelan en las implicancias propias de quien aborda estas novedades desde un posicionamiento –siempre singular, independiente y personal– al interior de la cultura católica.

Trabajando sobre la hipótesis de continuidad en la diferencia de las ideas certalianas, Freijomil se sirve de la noción de reutilización (*réemploi*) para designar las estrategias de adaptación del mismo texto a lo largo del tiempo, incluyendo deslizamientos semánticos de diverso calibre. He aquí el fruto de un notable ejercicio de cotejo de piezas del corpus, distantes en el tiempo, relacionadas y a la vez modificadas. Haciendo honor como pocos a la promesa de la historia *material* de la lectura –escrutando detalles en borradores, conectando las versiones sucesivas de una idea, siguiendo pistas halladas en la marginalia de libros leídos y anotados–, el trabajo sobre las piezas del enorme archivo De Certeau muestra por fuera de toda duda las huellas lejanas de las contribuciones que adquirieron su forma más conocida en los libros de los años 1970.

Algunos de los momentos más iluminadores de este recorrido aparecen en las intervenciones en torno a la oración y el cultivo de la disposición mística –los estudios sobre Santa Teresa de Ávila o San Juan de la Cruz, por ejemplo, diseminados entre muchos otros en las revistas más independientes del campo católico, como *Christus*, *Études*, *Esprit*. Anidando en emplazamientos lo más autónomos posibles dentro de estos medios, aparecen los paralelos entre la reflexión sobre la práctica de la oración y la de la lectura. Más relevante aún es la evidencia temprana de un instinto antiautoritario, profundamente democrático –por momentos subversivo, si consideramos el marco de su producción– sobre la autonomía de los católicos en el ejercicio de su propia lectura de textos sagrados, resistente al mandato intelectual propio de la tradición jesuita, que se combina con la toma de partido sistemática por los autores que en esa tradición fueron más sensibles a la experiencia espiritual, más abiertos a la sociedad, más interesados en las estrategias de los creyentes para acercarse a la fe. De allí la centralidad que en esta genealogía gana *La fable mystique*, o más bien el largo camino de textos breves que conducían a esta obra, punto de llegada de reflexiones sobre la historia de la espiritualidad,

[2] Michel De Certeau, *L'invention du quotidien. Vol. 1 Arts de Faire*, París, Gallimard, 1990 [1980]. Inicialmente publicado en la revista jesuita *Projet*, la versión más conocida de "Lire. Un braconnage" aparece como capítulo XII de ese volumen. (Trad. esp.: *La invención de lo cotidiano. Vol 1. Artes de hacer*, México DF, Universidad Iberoamericana, 1999).

cargadas de claves contemporáneas sobre lectura y fe.[3]

A lo largo de su reconstrucción, Freijomil reitera el adjetivo "*certalien*", cargándolo de sentidos cada vez más precisos. *Certalien* es el movimiento de nomadismo hacia afuera de los límites del campo propio, sea este al interior del catolicismo, o hacia las disciplinas humanísticas, en adopciones cada vez más audaces y explícitas. *Certalien* es la aversión al encierro en etiquetas y reglas del juego fijas, que cercenan libertad y limitan la experiencia espiritual. *Certalien* es, cada vez más, la experimentación, la adopción de preguntas y herramientas conceptuales provenientes de otros campos, la curiosidad, el movimiento. *Certalien* es, en fin, el *braconnage*: término arcaico que designa la caza furtiva en cotos ajenos, y que por extensión describe el ejercicio de lectura y adopción semiclandestina de piezas provenientes de otros repertorios.

Celebración de la lectura como exploración y subversión, el abrazo al *braconnage* que titula la obra describe sobre todo al lector excepcional que fue De Certeau, en su mezcla de refinamiento y resistencia denodada a la convención, a la quietud. Ese lector insumiso es el que proyectaría sobre otros muchos su propio espíritu de autonomía, atribuyendo a los consumidores de la cultura moderna una dignidad que la teoría crítica les había negado. El camino posterior de la figura (certaliana) del lector del siglo XX forma parte del canon de la historia de la lectura, junto con la viva discusión que generó su optimismo con relación al despliegue de recursos del consumidor cultural de a pie. El derrotero ofrecido por Freijomil permite comprender plenamente el origen y las implicancias múltiples de esta concepción. Pero acaso la nueva comprensión de ese punto de llegada no sea lo que más importe de esta empresa monumental, donde la demora en la riqueza intrínseca de cada estación desplaza el centro hacia atrás, para mostrar un camino secreto y delicado, y la textura íntima de un intelectual extraordinario.

Lila Caimari
CONICET / Universidad de San Andrés

[3] Michel de Certeau, *La fable mystique*, París, Gallimard, 1982. (Trad. esp.: *La fábula mística*, México DF, Universidad Iberoamericana, 2006). En las páginas 546-550 de *Arts de braconner*, Freijomil identifica las estrategias de *réemploi* que subyacen a este libro clave.

Reinhart Koselleck,
El concepto de Estado y otros ensayos,
edición y prólogo de Elías J. Palti y Claudio S. Ingerflom,
Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2021, 248 páginas

Reinhart Koselleck es el principal representante de la llamada historia de los conceptos o *Begriffsgeschichte* que, entre otros aspectos, presupone un análisis minucioso de los usos y significados de la terminología sociopolítica en el período bisagra (*Sattelzeit*) o irrupción de la modernidad, cuya temporalidad comprende el período 1750-1850 para el espacio germánico. Se trata de una modernidad capaz de analizarse a través de un conjunto de conceptos-guía o conceptos fundamentales que cobran particular fuerza semántica en los diversos estratos sociales. En lugar de enfocarse en las ideas como supuestas entidades abstractas emitidas por unos cuantos agentes o autores, Koselleck estudia las transformaciones conceptuales operadas en los discursos jurídicos, políticos, filosóficos y literarios. Como señala Koselleck en el libro que reseñamos, la historia conceptual es una crítica fehaciente a la historia tradicional de las ideas: "Los conceptos fundamentales combinan experiencias y expectativas múltiples, de manera tal que se vuelven indispensables para cualquier formulación de los asuntos más urgentes de una época particular. Por ello, son sumamente complejos: siempre son controversiales y están en disputa. Es ese aspecto el que los torna históricamente significativos y los distingue de los términos solo técnicos o profesionales" (p. 86).

Dentro de este universo conceptual moderno, Koselleck dilucida algunos de estos conceptos fundamentales como *Estado*, *pueblo*, *democracia*, *ciudadano*, *república*, *constitución* en su monumental *Geschichtliche Grundbegriffe* (*GG*) o diccionario de Conceptos históricos fundamentales. Por ello, la compilación realizada por Claudio S. Ingerflom y Elías Palti de algunos textos de Reinhart Koselleck –incluido el registro "Estado" del *GG*– representa una aportación significativa a los estudios de historia conceptual en español.

En la primera sección, la obra presenta tres textos teórico-metodológicos de Reinhart Koselleck, a saber: "Sobre la necesidad de la teoría de la ciencia histórica"; "Problemas histórico-conceptuales de la teoría constitucional", y "Respuesta a los comentarios sobre el Geschichtliche Grundbegriffe", además de un breve estudio introductorio de Elías Palti. En esta primera sección, Koselleck establece los parámetros epistemológicos para delinear una teoría de los tiempos históricos que justifique los cambios conceptuales operados durante la modernidad. En la introducción, afirma Elías Palti: "Koselleck despliega una doble crítica. Por un lado, a la tradición positivista arraigada en la profesión histórica, que reduce la tarea de la investigación a la mera lectura e interpretación de las fuentes. Por otro lado, a la herencia neokantiana, que disocia los planos de la reflexión teórica y la investigación histórica, y desarrolla así una filosofía de la historia sin ninguna vinculación con el análisis concreto de las fuentes […] La solución que propone aquí Koselleck ante esta paradoja consiste en delimitar un campo de reflexión que le sea propio al tipo de fenómenos que se trata de elucidar, es decir, desarrollar una teoría de los tiempos históricos" (pp. 16-17).

Según Palti, Koselleck procura distanciarse de una interpretación histórica sujeta a la camisa de fuerza de las categorías apriorísticas neokantianas, pero, al mismo tiempo, huye de un relativismo que difumine cualquier criterio de verdad histórico. Para salvar semejante contradicción, la historia conceptual de Koselleck propone una serie de categorías históricas trascendentales, como por ejemplo "espacio de experiencia" y "horizonte de expectativa", "amigo" y "enemigo", "público" y "secreto", "interior" y "exterior", todas ellas condiciones de

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1320

posibilidad de las historias posibles. Sin embargo, continúa Palti, lo problemático en esta serie de categorías antitéticas es que, contra la pretensión de la historia conceptual, eluden cualquier interpretación contextual específica debido a su carácter formal. Sostienen y comprenden (como si de conceptos atemporales se tratara) el acontecer histórico. A final de cuentas, la pretensión última de Koselleck fue configurar teóricamente una *Histórica*, es decir, un conjunto de preceptos epistemológicos que brindaran un carácter sistemático a las investigaciones históricas. Como sostiene Palti: "si bien no puede decirse que haya dejado una teoría histórico-conceptual sistemática, la serie de interrogantes que deja planteados sí representa un aporte importante y marca un punto de partida para toda reflexión subsecuente en el campo de la historia intelectual" (p. 32).

En la segunda sección del libro encontramos las entradas del concepto de Estado en el *GG*, escritas por Werner Conze y Reinhart Koselleck. Conze realiza un rastreo conceptual minucioso de los usos lingüísticos premodernos de los términos aledaños a la voz moderna de Estado; Koselleck, por su parte, analiza las significaciones modernas del concepto a partir de la Revolución francesa. Este es el núcleo fundamental de la obra. Asimismo, en la segunda sección del libro aparece un estudio introductorio de Claudio S. Ingerflom, quien señala la relevancia del concepto de Estado para la comprensión del vocabulario político moderno y, a su vez, puntualiza los criterios de Koselleck para incluirlo en su vasto diccionario. Ingerflom plantea una premisa metodológica insoslayable para evitar los anacronismos habituales en la práctica historiográfica: no es posible interpretar los conceptos premodernos desde la racionalidad propiamente moderna. Mucho menos cuando se trata de un concepto como el de Estado, imbuido en las dinámicas sociopolíticas de la modernidad. Ingerflom sostiene: "Sin una clara conciencia histórica de los límites de nuestros conceptos moderno-contemporáneos, la extrapolación espontánea de sentido acecha la investigación como una trampa letal". Así, recomienda no "atribuirle al Estado un pasado tan remoto [ya que] equivale a legitimarlo como la única forma de organización política posible de gobierno, [y] vuelve superfluos los movimientos contestatarios contra el Antiguo Régimen, incluyendo la Revolución francesa, que por primera vez hizo del Estado una realidad" (p. 100). Más adelante, Ingerflom recuerda las palabras de Werner Conze respecto de la voz Estado: "Otto Brunner desarrolló y fundamentó entre 1939 y 1959 en su obra clásica *Land und Herrschaft*, preludio de nuestro diccionario, la necesidad heurística de la historia conceptual tomando como ejemplo el concepto de Estado. Así, hizo tomar conciencia de lo cuestionable que resulta en la investigación histórica trasladar conceptos de la teoría moderna del Estado de los siglos XIX y XX a situaciones medievales cuando se trataba del Estado de la Edad Media, en especial en la historia del derecho y de la Constitución" (p. 111).

La aseveración de Werner Conze no señala la absoluta imposibilidad de estudiar los conceptos antiguos, sino más bien la prudencia metodológica indispensable para acercarse a las fuentes históricas. De lo contrario, no sería posible un análisis diacrónico del vocabulario sociopolítico a la luz de los cambios conceptuales modernos. Si bien resulta problemático hallar una especie de genealogía del Estado –entendido como concepto jurídico-político abstracto– en el mundo antiguo, tampoco existe una ruptura radical respecto del cúmulo de sentidos que el término (u otros términos aledaños) pudo albergar.

Por ello, en la trayectoria intelectual de Koselleck podemos identificar en un primer momento, como lo sugiere Claudio Ingerflom, "la idea de una dislocación o desplazamiento geológico que hace desaparecer los significados antiguos en las transformaciones diacrónicas" (p. 111). Pero, en un segundo momento: "hay conceptos que no pierden vigencia y cuyo contenido significativo solo se modifica de forma parcial. A esta clase de conceptos pertenecen 'república' y 'democracia', que deben utilizarse con inteligencia tanto en la historia constitucional antigua como en la moderna. Por eso mismo es posible describir con categorías aristotélicas también fenómenos de las dictaduras totalitarias modernas", como

asimismo señala Koselleck (p. 78).

¿Hay una ruptura o un *continuum* respecto del mundo antiguo en los presupuestos teóricos de Koselleck? Con una certera analogía extraída del ámbito musical, en su estudio introductorio Claudio Ingerflom concluye: "Lo que luego sucede cronológicamente en la reflexión de Koselleck es lo que en música se llama modulación: un intento armonioso de un tono a otro" (p. 117). Es decir: no hay que interpretar la modificación de la postura de Koselleck como una contradicción, sino más bien como la convicción teórica de palpar las tensiones históricas del mundo "premoderno" respecto del mundo "moderno", y viceversa, tal como sucede con el concepto de Estado.

Finalmente, la obra compilada por Elías Palti y Claudio S. Ingerflom, a la par que presenta al Estado como uno de los conceptos más sugerentes del vocabulario político moderno en la obra de Koselleck, conmina a los lectores a pensar sobre los usos de este concepto en diversos contextos socioculturales, tan en boga en el lenguaje político de nuestro tiempo.

Héctor Andrés Echevarría Cázares
El Colegio de México

Carlo Ginzburg,
Aún aprendo. Cuatro experimentos de filología retrospectiva,
Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2021, 152 páginas

I

Detengámonos en una de las palabras del subtítulo de este libro denso y asombroso: "retrospectiva", pues al ver su tapa y sonreír por la ocurrencia de usar el nombre de una imagen de Goya, tomada del *Álbum* de Burdeos donde ese artista reunió los dibujos de los últimos tres años de su vida, quizá pensemos que Carlo Ginzburg decidió hacer los ejercicios clásicos de tantos historiadores enormes desde hace unos doscientos años. Buscar los orígenes de la práctica sería caer en una obsesión o en una suerte de idolatría que Marc Bloch condenó con justicia, aunque no dejó de recomendar, irónicamente, la lectura "al revés" sugerida por Frederic William Maitland para precisar los cambios en el tiempo que diseñaron las diferencias entre el pasado y el presente. Bloch lo llamó método "prudentemente regresivo".[1] Y bien, hagamos el experimento de modo breve. De inmediato se interpone *On History*, una colectánea publicada por Eric Hobsbawm en 1997,[2] donde se describen analíticamente todos los lugares comunes de la historiografía de la segunda mitad del siglo XX, desde la determinación económica y la descripción social en términos de clase hasta la dialéctica civilización-barbarie. No procede de esa línea el *family tree* que buscamos.

El rumbo se traza mejor al internarnos en los seminarios de historiografía que Arnaldo Momigliano dictó en la Scuola Normale Superiore de Pisa entre 1972 y 1987. Por ejemplo, en el programa de 1985, llamado "Entre historiografía romántica e historia antigua", se formula una pregunta que sin duda Ginzburg reconocerá como uno de los estímulos mayores de una historiografía cultural como la suya: "¿Cuál es la utilidad de la tradición de la filología y la historia romántica en la actual situación de los estudios de filología clásica e historia antigua, donde los últimos o penúltimos espectáculos del estructuralismo, de la deconstrucción, de la historia de las mentalidades, etcétera, comienzan a parecer algo aburridos?".[3] Esteban Noce nos ha recordado un texto de 1972, que no fue parte de los seminarios pisanos pero converge con sus temas y su espíritu.[4] Hay allí otra regla de oro, que bien puede integrar la constelación que buscamos para colocar en ella el *Aún aprendo*. Momigliano reconoce y exalta las libertades del historiador: elegir su tema, sus hipótesis, sus preferencias de método, pero a la hora de interpretar un documento el albedrío cesa: "Todo documento es lo que es y debe ser tratado conforme a sus características. Una simple casa no se convierte en santuario porque el historiador sea religioso. Y Heródoto no se transforma en un documento de lucha de clases porque lo estudia un historiador marxista. Es necesario respetar lo que los documentos dicen y sugieren". Claro que el historiador no es solo un hermeneuta de las fuentes sino que descubre seres y cosas. ¿Cuáles? "La realidad de las que las fuentes son signos indicativos o fragmentos. […] El historiador interpreta documentos como signos de los hombres que han desaparecido".[5]

[1] Marc Bloch, *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, París, Les Belles Lettres, 1931, pp. XII-XIV.
[2] Eric Hobsbawm, *On History*, Nueva York, New Press, 1988.
[3] Arnaldo Momigliano, "Sull'inesistenza di un filone romantico nella filologia classica italiana del sec. XIX", *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa*, serie III, vol. XVI, n° 1, 1986, p. 70.
[4] Esteban Noce, "Arnaldo Momigliano y la historiografía. Reflexiones pisanas en torno a las tradiciones de los siglos XIX y XX", *Actas y Comunicaciones*, Instituto de Historia Antigua y Medieval, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, vol. 4, 2008, pp. 1-5.
[5] Arnaldo Momigliano, "Le regole del giuoco nello studio della storia antica", en A. Momigliano, *Storia e storiografia antica*, Bolonia, Il Mulino, 1987, pp. 21-22.

Distinguimos enseguida nuevas ramas del *family tree*, y el propio Ginzburg nos facilita la tarea apenas pensamos, antes de adentrarnos en el *Aún aprendo*, en sus *Cinco reflexiones sobre Marc Bloch*.[6] En la *Apologie pour l'histoire* resulta sencillo encontrar las afinidades profundas entre la ontología y la praxis históricas de Ginzburg y Bloch. En un pasaje de la *Apologie*, el francés rechaza la definición de nuestra ciencia como un saber de experiencia indirecta de los fenómenos que estudia, y recoge la caracterización hecha por François Simiand de un conocimiento fundado y construido sobre huellas. En ese pasaje, despunta otra cuestión que ocupa largamente a Ginzburg: la aproximación necesaria y real, no solo futurible, sino siempre prometedora, de la historia *qua* ciencia y las ciencias naturales, involucradas con los fenómenos y más estrictas en términos racionales que nuestra vieja disciplina. Cito a Bloch: "Trátese de los huesos enmurallados de Siria, de una palabra cuya forma o empleo revela una costumbre, de un relato escrito por el testigo de una escena antigua o reciente, ¿qué entendemos por documentos sino una 'huella', es decir, la marca que ha dejado un fenómeno, y que nuestros sentidos pueden percibir?".[7] La incursión hacia la surgente debe terminar aquí.

II

De la consideración de los cuatro ensayos publicados en este libro se desprende inmediatamente que Carlo Ginzburg ha replanteado, en consonancia con las pretensiones universales de la cientificidad de la historiografía, el tema de las convergencias posibles o las divergencias difícilmente reconciliables entre los saberes de la naturaleza y el estudio del pasado humano. Desde la aparición de *Spie* en 1979,[8] nuestro autor explora el pasado en procura de dar coherencia y sentido a la recolección de huellas, para describir, primero, lo acontecido en términos individualizantes y, más tarde, como en su *Storia notturna*, hacerlo mediante una suerte de acumulación baconiana que despliega la explicación de un fenómeno múltiple, de larga duración, abarcador de pueblos y culturas en larguísimas distancias.[9] Es decir, el paradigma se aparta de todo paralelismo con el galileano generalizante y nos ofrece un *modus operandi* que descubre la excepcionalidad de lo individual, al que convierte en el nudo de una constelación de hechos bien situados en tiempo y espacio.

En el primer contacto con *Spie*, observamos que el método histórico podía acercarse al de las ciencias naturales por su parentesco con la semiología médica. Pero nunca nos habíamos topado con un intento tan explícito de entender y aplicar, adaptándolo a los materiales del pasado, un procedimiento de la ciencia médica, como en el primer ensayo de *Aún aprendo*. Ginzburg estudia allí las experiencias de doble ciego, destinadas a probar o no la eficacia de un medicamento mediante la administración del principio activo y de un placebo a una comunidad de pacientes voluntarios. El autor destaca el parentesco de esas experiencias con una exploración histórica de los procesos psíquicos ligados a la sugestión, aceptación o uso cínico del estatuto de realidad de ciertos hechos atribuidos a personajes como los *benandanti*, los participantes en los cortejos de Holda y los chamanes.[10] El historiador tiene que averiguar si tales fenómenos se emparentan con el efecto placebo (*nocebo*, a la postre, en el caso de brujos y *benandanti*) o se corresponden más bien con los efectos reales de una cura fundada en el conocimiento de los mecanismos de la naturaleza.

Ahora bien, mediante la comparación con el método de doble ciego, entendemos qué ocurre en el caso de un complejo intelectual como el satánico, empleado a modo de explicación real y válida por quienes parecen saber que se

[6] Carlo Ginzburg, *Cinco reflexiones sobre Marc Bloch*, Bogotá, Desde Abajo, 2016, especialmente pp. 71-93.
[7] Marc Bloch, *Introducción a la Historia*, México, Fondo de Cultura Económica, p. 47. Recuérdese que, con ese título, fue publicada por el FCE la primera versión castellana de *Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien*, 1952.

[8] Carlo Ginzburg, "Spie. Radici di un paradigma indiziario", en A. Gargani, *Crisi della ragione*, Turín, Einaudi, 1979, pp. 59-106.
[9] Carlo Ginzburg, *Storia notturna. Una decifrazione del sabba*, Milán, Adelphi, 2017 [1986].

[10] Carlo Ginzburg, *I Benandanti. Stregoneria e culti agrari tra Cinquecento e Seicento*, Turín, Einaudi, 1966.

trata de un placebo. El fenómeno reconoce dos derivas. La primera cuando el placebo se independiza de la voluntad de quienes lo aplican y se convierte en una maquinaria autónoma cuya puesta en funcionamiento es incontrolable (por ejemplo, los tres casos de desborde del *topos* de la posesión en la Francia de la primera mitad del siglo XVII, en que tres monjas, las ursulinas Madeleine de Demandolx y Jeanne des Anges y la hospitalaria Madeleine Bavent acusaron a sus confesores, Louis Gaufridy, Urbain Grandier y Mathurin Picard, de poseerlas. Los dos primeros murieron en la hoguera y el tercero fue quemado en efigie, ya muerto al resolverse el juicio).[11]

La segunda deriva se produce cuando los efectos placebo se transforman en un fenómeno indudablemente real para los inquisidores, por ejemplo, el *affaire* Grandier de 1632-1634 en Loudun. El señor Jean-Martin de Laubardemont era consejero de Estado, protegido por el cardenal Richelieu. El ministro le había encargado la demolición de las murallas de Loudun, medida resistida por el concejo de la ciudad, en el que influía la opinión del padre Grandier. En 1632, estalló el escándalo de la acusación de la Madre Jeanne des Anges contra Grandier. Laubardemont recibió órdenes de hacerse cargo del asunto. El proceso fue escandaloso; toda la Francia de juristas, magistrados, médicos, teólogos estuvo pendiente del tema, más que nada cuando Grandier envió una carta al rey en la que ironizaba sobre su presunta posesión. De todos modos, Laubardemont logró que se condenase al padre Urbain a la hoguera. Quedan pocas dudas de que el *nocebo* del padre Grandier era un placebo para el funcionario del rey. Y, sin embargo, años después del juicio, Jeanne des Anges había adquirido una fama sólida de santidad y recibido los estigmas. Laubardemont, desesperado por la enfermedad de su hija más querida, acudió al convento de Loudun para que su priora bendijese a la niña y permitiese un contacto sanador con sus estigmas. ¿Dudaremos de la sinceridad del actor? En absoluto; la idea de Ginzburg acerca del doble ciego "al cuadrado" permite comprender el laberíntico complejo intelectual-emocional que se puso en juego en toda esta historia.

III

El segundo ensayo del libro narra los pasos que condujeron a Ginzburg del descubrimiento del *individuum* religioso de los *benandanti* a la universalidad del acto chamánico que procura establecer contacto con los muertos, desde la Hibernia sobre la que habló Procopio en el siglo VI hasta la China de los Zhou en el siglo IV a. C. Así nos enteramos de cómo fueron fundamentales para alcanzar tal escala los trabajos de Serguei Shirokogoroff acerca del chamanismo siberiano[12] y, más aún, el libro de Ernesto De Martino, *Il mondo magico*, publicado en 1948.[13] Un texto este al que podríamos referirnos como un experimento antropológico de doble ciego invertido, pues el cosmos mágico deja de ser en él efecto placebo para convertirse en medicina real contra el colapso de la presencia humana.

En el tercer ensayo de *Aún aprendo* reaparece la cuestión de los vínculos entre historia y ciencia natural que, desde los tiempos de Hooke, Woodward y Burnet a los de Buffon y, más tarde, Cuvier, fueron planteados desde la perspectiva de los naturalistas contempladores de las prácticas historiográficas. En buena medida, el sentido de aquella búsqueda se invirtió con Goethe, Adolphe Pictet y el primer Saussure: la poesía y la filología buscaron sus modelos en el saber de las ciencias biológicas, de la paleontología en particular. El eslabón entre ambos grupos es la obra de François-Xavier de Burtin (1743-1818), médico, paleontólogo y *connoisseur* capaz de llegar al umbral del método morelliano. Este hallazgo de Ginzburg corona el proyecto de Momigliano sobre el papel fundamental de los anticuarios de los siglos XVII y XVIII en la inflexión de la historiografía clásica, que llevaría a los prolegómenos de una *histoire totale* desde Michelet hasta el programa del Marc Bloch de *Los reyes taumaturgos* y *La sociedad*

[11] Robert Mandrou, *Magistrati e streghe nella Francia del Seicento. Un'analisi di psicologia storica*, Bari, Laterza, 1971, pp. 223-279 y 299-324.

[12] Serguei Shirokogoroff, *The Psychomental Complex of the Tungus*, Londres, Kegan Paul, Trench, Trubner and Co., 1935.

[13] Ernesto de Martino, *Il mondo magico. Prolegomeni a una storia del magismo*, Turín, Bollati Boringhieri, 2007 [1948].

feudal. Por otro lado, capturado por los enigmas del mundo natural, Michelet intercaló en la redacción de su enciclopédica *Historia de Francia* libros exquisitamente escritos según el método de los naturalistas: *L'Oiseau* de 1856, *L'Insecte* de 1857, *La Mer* de 1861 y *La Montagne* de 1868. En homenaje a la tesis desplegada por Ginzburg en el tercer capítulo del *Aún aprendo*, recordemos que, en el punto medio de toda esta empresa del Michelet naturalista, se engarzó *La Bruja*, de 1862, un elemento básico de la constelación que Carlo ha enriquecido en una medida que conocemos muy bien.

IV

La *serendipity* es el tema principal del último ensayo. Ginzburg parte de un aserto de Carlo Dionisotti, el historiador de la literatura: "Por mera casualidad, o sea por la norma que preside la investigación de lo desconocido", y luego desarma, pieza a pieza, el proceso de casualidades y deducciones que lo llevó a descubrir la reiteración de la palabra *nondimanco* en la obra de Maquiavelo (podríamos traducirla por "y sin embargo", "pero no obstante"), a investigar sus orígenes en la casuística teológica y jurídica del Medioevo tardío, las oscilaciones y los pliegues de su significado, sus resonancias, sus citas, usos explícitos, traducciones, refracciones en Galileo o los historiadores anticuarios, sus nuevos usos, hasta ir a descubrir su metamorfosis en el instrumento de la ironía con que Pascal construyó sus *Cartas escritas a un Provincial*.[14] Y, en ese punto, se produce uno de aquellos redescubrimientos de Carlo que no cesan de asombrarnos: el personaje de Johann Ludwig Fabricius y el *Euclides Catholicus*, escrito y publicado por el personaje en 1667, una de las sátiras más exquisitas del catolicismo, presentada como una apología llevada a cabo mediante *mathematica metodo*. La ironía se agiganta apenas notamos que, diez años más tarde, fue editada póstumamente la *Ética* de Spinoza, *more geometrico demonstrata*. Si se piensa, por un lado, que los vínculos cordiales entre Fabricius y Spinoza existieron y, por el otro, que el filósofo compuso su *Ética* entre 1661 y 1675,[15] queda abierta la posibilidad de una oscilación de influencias que colocaría las derivaciones del *nondimanco* en el corazón de la dialéctica religiosa nunca resuelta del teísmo y el ateísmo.

Rafael Gaune Corradi ha realizado, para el Fondo de Cultura Económica, una traducción clara de nuestro libro, precisa y fascinada ante el texto. *Aún aprendo* podría haberse llamado el *Banquete*, semejante al que contó y dejó inconcluso nuestro maestro Michelet.[16]

José Emilio Burucúa
Universidad Nacional de San Martín

[14] Carlo Ginzburg, *Nondimanco. Machiavelli, Pascal*, Milán, Adelphi, 2018.

[15] Genevieve Lloyd, *Routledge Philosophy Guidebook to Spinoza and The Ethics*, Londres, Routledge, 2002, p. 24.

[16] Jules Michelet, *Le Banquet. Papiers Intimes*, París, Calmann-Lévy, 1879.

Nicolás Kwiatkowski,
Bárbara y guerrera. La historia de Tomiris, reina de los masagetas,
Buenos Aires, Katz Editores, 2021, 110 páginas

El libro *Bárbara y guerrera. La historia de Tomiris, reina de los masagetas* es un texto que sorprende desde la primera página. En primer lugar, su autor, Nicolás Kwiatkowski, confirma que es uno de los historiadores latinoamericanos más originales y eruditos del momento. En segundo lugar, por el tratamiento del tema abordado desde un profundo conocimiento documental, anticuario, iconográfico y filológico y, además, situado en una cronología de larga duración (tarea no menor). Y, en tercer lugar, por el lugar de producción de esta reflexión: es un modernista argentino, publica en Buenos Aires, transita en varios registros temáticos y polifónicos, los cuales también podemos comprobar en su estrecha colaboración con José Emilio Burucúa. Esto último lo subrayo, pues es muy difícil encontrar un libro así en la producción historiográfica latinoamericana; sin duda es un valor agregado que transforma este libro en universal desde Argentina.

Desde Heródoto hasta un fresco anónimo del siglo XVIII en el Convento de Santa Catalina en Arequipa, Kwiatkowski reconstruye la representación, intertextualidad e interdiscursividad de Tomiris (siglo VI a. C.), reina de los masagetas. Más allá de la discusión sobre la historicidad de la bárbara Tomiris, la preocupación analítica de la propuesta consiste en reconstruir un canon de representación sobre la venganza y el poder femeninos: desde el padre de la historia y Justino, pasando por Tucídides, Plutarco, Valerio Máximo, Flavio Josefo, la mediación de Dante, Boccaccio, Christine de Pizan, Maquiavelo, y autores franceses, ingleses y del norte de Europa, entre otros, Tomiris circuló en textos e iconografía con una extraordinaria fortuna hasta el siglo XVII europeo.

El libro inicia, a partir del fragmento escrito por Heródoto en su primer libro de las *Historias*, con Tomiris que consuma su venganza –por la muerte de su hijo y la invasión del extranjero persa– y exclama con furia ante la cabeza de Ciro: "Vivo y te he conquistado en batalla, y aun así me has arruinado, pues mataste a mi hijo con engaños; pero cumplo ahora con mi palabra, y así sacio tu sed de sangre". Este pasaje marcó una genealogía textual sobre el destino de Ciro y la ira de Tomiris, pero, además, señala la circulación del relato de Heródoto. Desde ese fragmento temprano –analizado como verdad o ficción por los autores posteriores– inicia la vida textual e iconográfica de la reina, articulada a través de la propia reflexión de Heródoto sobre su escritura y su concepción de la veracidad del relato: "De las muchas versiones que existen de la muerte de Ciro, esta que he narrado es la que me ha parecido más digna de crédito".

El gesto de Tomiris, de sumergir la cabeza decapitada de Ciro en su propia sangre, la convirtió, junto con Judith (contra Holofernes) y Jael (contra Sisara), en un personaje de la trilogía de mujeres que desde la Antigüedad consuman su venganza femenina en contra del hombre violento, traicionero y opresor. Ese gesto se consuma en el arte de la Edad Media y en la temprana Edad Moderna, transformando a Tomiris –en palabras de Warburg– en una "pervivencia" que aparece, se figura, cambia y se modifica en las manos de autores y artistas que reinterpretan el acto final de Ciro en manos (o ante los ojos) de la reina. Al mismo tiempo, se convirtió en una analogía de la mujer en el poder o poderosa, desde la Virgen, Juana de Arco o bien las reinas de la Edad Moderna: María Estuardo, Isabel de Inglaterra, Catalina de Médici, Ana de Austria y Cristina de Suecia. Estas últimas, sobre todo, se ven y reflejan en ella: la mujer que reina, gobierna, imparte justicia y es capaz de vengarse.

Sin desconocer la larga duración de la construcción social, histórica y cultural del patriarcado y, sobre todo, del sometimiento de la mujer –desde la Antigüedad a la Edad Moderna, su cronología de estudio– Kwiatkowski observa

en Tomiris una excepción a ese sometimiento, que la convierte, en última instancia, en una anomalía digna de sobrevivir en textos e iconografía del más variado tipo (junto con otras mujeres, sobre todo mitológicas y gobernantes). Y es aquí, en la reconstrucción textual e iconográfica de la reina en donde el historiador demuestra toda su versatilidad, riqueza de lecturas y una cultura clásica que armoniza con las citaciones y la búsqueda de la intertextualidad e interdiscursividad en las letras medievales y modernas. Kwiatkowski no utiliza la erudición como citación para iluminar los fragmentos en los que la reina aparece en los textos ni establece solamente los detalles de cómo se construye su iconografía, sino que, y este punto es relevante, emplea la "erudición como analítica". La lectura lenta del filólogo e historiador del arte establece la larga vida de Tomiris. La "erudición como analítica" va a contrapelo de la rapidez, por ejemplo, de la moda de las humanidades digitales que pueden encontrar en bases de datos patrones iconográficos de Tomiris o palabras, gestos o fragmentos de citas inconexas, pero nunca lograrán reconstruir la intertextualidad de la transmisión de la reina, desde Heródoto hasta Rubens. Para eso necesitamos los ojos y la escritura de Kwiatkowski. Cada cita, cada imagen presente en *Bárbara y guerrera* están en su justa medida.

El libro de Kwiatkowski demuestra cómo los préstamos creadores de la Antigüedad se fijan en un movimiento continuo en el flujo del tiempo hasta arribar a los magníficos *Tomiris* de Rubens (exhibidos en museos en Boston y París); es decir, como diría Roger Chartier, *Bárbara y guerrera* "escribe las prácticas" de la historia textual de la reina.[1] El libro es un exquisito ejemplo de la más refinada historia cultural, que combina la historia del libro y la historiografía de la lectura (su lectura, por cierto). Kwiatkowski nos enseña cómo se deben leer fragmentos para poder rastrear líneas, continuidades, discontinuidades y tensiones a través de las historicidades textuales de personajes.

En un primer plano analítico *Bárbara y guerrera* es la reconstrucción de una circulación intelectual. En un segundo plano, aparece un subtexto que nos reenvía al *Espejo de Heródoto* de François Hartog,[2] es decir, cómo se construye lo que los antiguos y modernos denominaron "barbarie" y "bárbaro". Del mismo modo emergen las implicancias históricas y políticas de lo que llamamos "alteridad". Finalmente, como demuestra Kwiatkowski, Tomiris es una "bárbara" y "guerrera", una "otra" que, a pesar de la oscuridad de su historicidad y genealogía, ingresa al panteón de las mujeres excepcionales y anómalas de la historia que perviven en un retoñar continúo dependiendo del contexto, sus apropiaciones, traducciones, y de cómo "otros" y "otras" las leen a través de imágenes y escritos. Con Tomiris, el mundo ajeno ingresa al "horizonte cristiano y en el mundo político europeo" (p. 109) con un extraordinario vigor, demostrando que incluso una "bárbara" y los bárbaros en general podían "ser también virtuosos y poderosos" (p. 110). Una mujer "bárbara" y "guerrera" podía ser también inteligente, justa y victoriosa. Y en estas conclusiones de Kwiatkowski resuena ciertamente el maestro del análisis de las costumbres propias y ajenas: Michel de Montaigne.

Bárbara y guerrera es un libro excepcional, original y bello, tal como la historia que retrata Kwiatkowski. Esperamos que algún día Katz Editores lo publique en una edición con imágenes a color, pues la obra se lo merece.

[1] Roger Chartier, *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*, Buenos Aires, Manantial, 1996.
[2] François Hartog, *Le Miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre*, París, Gallimard, 1980.

Rafael Gaune Corradi
Pontificia Universidad Católica de Chile

Lewis Pyenson,
The Shock of Recognition. Motifs of Modern Art and Science,
Leiden-Boston, Brill, 2021, 652 páginas

Dos alas tiene este díptico que, fácilmente, vemos convertido en un políptico gigantesco. La primera corresponde a unas cien páginas al inicio de un volumen de casi seiscientas. Allí se exhibe la caja de herramientas teóricas que Pyenson ha elaborado a medida que desplegaba su investigación histórica en tres horizontes. La teoría es sencilla y tiene antecedentes, muy bien reconocidos y comentados por nuestro propio autor, al punto de que alguno de nosotros podría preguntarse cómo y por qué no ha sido el inventor de semejante abordaje de los fenómenos históricos y culturales. Pues se trata de un trabajo planteado *ab initio* en un doble registro, el de la historia de la ciencia y el de la historia de las artes plásticas, ejercidas en un mismo período y en un mismo marco de civilización. A esa mirada analítica, aplicada a dos campos fundamentales de la actividad humana, hay que concebirla como un dispositivo de exploración y descubrimiento de motivos, es decir, complejos significantes de nociones y prácticas detectables tanto en la indagación científica cuanto en la creación estética. La forma en que Pyenson presenta los antecedentes de su propuesta metodológica y cognitiva, a la que él llama "complementariedad historiográfica", es exhaustiva, precisa y generosa. C. P. Snow, Johan Huizinga, Edgar Wind, Conrad Waddington, Jacob Bronowski componen la constelación de autores que iluminan la búsqueda y los panoramas de paralelismos y convergencias de las artes y las ciencias (básicamente la matemática, la física y, en menor medida, la biología). Lewis los pinta con destreza y minuciosidad en el detalle, mientras sondea todas las capas posibles de significado e interacción de los motivos y sus variables. Sus cuadros nos conmueven, nos sacuden e inducen al reconocimiento de aquellos conglomerados de sentido que forman el núcleo duro de las épocas transitadas por el binomio artes-ciencias en el siglo xx de la Alta Modernidad. De allí el título del libro: *El shock del reconocimiento*.

La segunda ala del díptico inicial contiene los tres horizontes aludidos, que son:

1) Las revoluciones de la relatividad de Einstein y del cubismo de Picasso, examinadas a la luz de los motivos comunes, existentes en las bases culturales de la formación respectivamente científica y estética de los personajes, a saber: los diseños de la perspectiva de los artistas y arquitectos, las geometrías descriptiva y proyectiva más sus articulaciones con las geometrías no euclidianas en el giro del siglo xix al xx; la familiaridad con las formas clásicas de la escultura antigua de figuras humanas y, al mismo tiempo, con los modelos en yeso de los complicados entes tridimensionales de la matemática; las nuevas experiencias de la vida urbana europea, marcadas por el dinamismo de los transportes y las redes de iluminación pública alimentadas a gas o mediante la electricidad.

2) El auge progresivo de la abstracción en los dos órdenes de la vida que interesan en este ensayo de la historiografía cultural complementaria, por ejemplo: a) el despuntar y desarrollo del diseño no figurativo en la decoración arquitectónica, el mobiliario, las telas omnipresentes en la existencia cotidiana, el empapelado de los ambientes; b) la representación de los objetos matemáticos y diagramas de procesos físicos como los de Minkowski, visualizados mediante las fotografías en el caso de Mach o directamente volcados a los experimentos plásticos, tal cual sucedió con la botella de Félix Klein en obras emblemáticas del arte moderno, el *Desarrollo de una botella* en el espacio de Boccioni o *La copa de ajenjo* de Picasso. La consideración de tales lazos desde el punto de vista de la complementariedad lleva a un giro copernicano en la definición usual de la modernidad revolucionaria, que dejaría de asociarse a la apoteosis de un materialismo

ligado al maquinismo y a la industrialización, para ser mejor encuadrado en una reedición del idealismo filosófico y matemático (casi platónico).

3) El proyecto de ingeniería social y cultural de una nación moderna –la Argentina–, inexistente hasta el remate de un proceso revolucionario del liberalismo del siglo XIX, programa en el cual la pintura y la ciencia biológica confluyeron, en una primera época entre 1880 y 1930, a la hora de describir y actuar sobre un paisaje o una naturaleza que se juzgaba definitoria de una idiosincrasia política y económica. La irrupción tardía de la doble modernidad del arte abstracto y la nueva física relativista, cuántica y nuclear coincidió con la hegemonía de una cultura plástica nutrida por el expresionismo y la figuración real-fantástica del Antonio Berni maduro y del paisajismo caótico de Luis Felipe Noé. Ese universo estético de gran complejidad, riqueza y contradicciones no solo no pasó inadvertido entre los hombres de ciencia, sino que un grupo muy activo de ellos en el Laboratorio Tandar, organizado alrededor del acelerador vertical de partículas de la Comisión Nacional de Energía Atómica, reunió una colección única de la pintura argentina producida entre 1960 y el comienzo del siglo XXI. En los capítulos argentinos de *El shock del reconocimiento*, los motivos de la complementariedad artes-ciencias se reparten entre las visiones cósmicas del paisaje múltiple argentino (Noé, desde ya) o del cielo austral (tema de Ernesto Pesce), por un lado, y, por el otro, la exteriorización emocional, vivencial, de los "pequeños actores" del drama sociopolítico de un país en desarrollo trágicamente inacabado (los personajes de Juanito Laguna y Ramona Montiel, creaciones de Berni, son los mejores ejemplos de los protagonistas del *low people* aplastados por la desgracia).

No cabe duda de que sería necesario e ideal que los historiadores del arte y de la ciencia practicasen una oscilación fértil de la complementariedad. Si se trata de argentinos tanto mejor pues, aun cuando la descripción bifronte y simbiótica que Pyenson nos propone revela las llagas casi incurables de nuestra cultura, también el que un estudio de semejante calidad las haya puesto en un primer plano junto con fenómenos tan determinantes del mundo actual (el tándem relatividad-cubismo, la filosofía y la pragmática neoidealistas fundantes de la percepción abstracta) debería proporcionarnos, al menos, una alegría amarga pero genuina.

José Emilio Burucúa
Universidad Nacional
de San Martín

Quentin Deluermoz,
Commune(s) 1870-1871. Une traversée des mondes au XIX^e siècle,
París, Seuil, 2020, 448 páginas

En el caso del sesquicentenario de la Comuna de París, celebrado en 2021, la habitual catarata de estudios nuevos que cada efeméride convoca no ha estado ausente, como era de esperar tratándose de un hecho de la trascendencia global que tuvo este. Si bien es cierto que ese experimento político y social duró tan solo 72 días y que su espacio de acción directa se limitó a los estrechos límites de la ciudad de París, el episodio supo conmover a una opinión pública letrada mundial –a la que fascinó tanto por el espectáculo inédito de un gobierno proletario cuanto por los niveles de violencia ejercidos por comunardos y anticomunardos, y sobre todo por la severidad brutal de la represión que siguió al hecho en sí–, generando intensísimas polémicas en por lo menos tres continentes. Revolución a destiempo para algunos, etapa final del ciclo revolucionario francés para otros, punto de arranque de una revolución comunista cuyo momento de apoteosis se daría en Rusia durante la Primera Guerra Mundial, para otros aun, la Comuna de París se convirtió desde su incepción en símbolo de la lucha revolucionaria de clases y en un episodio bisagra para cualquier interpretación del siglo XX que buscara vincular sus procesos intrínsecos a los anteriores que supieron definir el perfil político y social del siglo XIX.

No debe sorprender por ende que reediciones de documentos de época y de estudios clásicos, dossiers específicos dedicados a la Comuna en revistas especializadas y trabajos monográficos nuevos han estado integrándose sin pausa a los anaqueles de librerías y bibliotecas en todo el mundo desde 2019 en adelante. En medio de tanta página impresa, un libro en particular se destaca por la originalidad de su interpretación y la profundidad de sus propuestas: el que Quentin Deluermoz ha dedicado al análisis de aquella revolución de 1870-1871. Concebido desde el propio título como un estudio centrado en la dimensión global de la Comuna de 1871, la originalidad de su aporte no se limita a esa puesta en relación de su objeto con la nueva historia global. Entre los muchos aspectos novedosos que presenta, un elemento clave ha sido su empleo de las herramientas propias de la historia conceptual –entendida en un sentido amplio y plural– para la interpretación no solo de la densa producción discursiva que acompañó al propio movimiento revolucionario –un aspecto fundamental de este libro pero por cierto no el único–, sino también para reflexionar a partir de coordenadas renovadas acerca del propio estatuto de aquello que desde fines del siglo XVIII en adelante se ha convenido en llamar "revolución".

Siguiendo un procedimiento que privilegia la dimensión analítica por encima de la narrativa, el estudio de Deluermoz examina el "momento" de la Comuna de París a la luz de las distintas capas de sentido que contribuyeron a dotarla de densidad conceptual y que exigen colocarla (o recolocarla) dentro de marcos de interpretación múltiples y complejos: cronológicos, geográficos, discursivos, experienciales. Ejemplo impecablemente eficaz de las potencialidades de "*l'histoire événementielle*" que recobra sus fueros, enriquecida, luego de las largas décadas de hegemonía de la historia estructuralista y serial preconizada por la escuela de los Annales, el texto de Deluermoz dedica un trabajo minucioso a la reconstrucción de las distintas cronologías que el evento interpela de forma simultánea y paralela: desde una larga duración que remite a la historia de las "comunas" del medioevo (en particular las italianas pero no solo ellas) y, de modo más lejano, a las póleis del mundo antiguo, a una duración más inmediata que exige esbozar una interpretación de la política imperial en las postrimerías del régimen bonapartista, el curso de la guerra franco-prusiana, y el propio proceso general de

creación de la Tercera República francesa; pasando por una temporalidad de mediano plazo que lleva a inscribir a la Comuna dentro de la tradición revolucionaria francesa inaugurada en 1789 y continuada en 1830 y 1848, cuyas resonancias explícitas demarcan otro registro más de inteligibilidad de los hechos que la conformaron. La exploración del plano geográfico arroja algunos de los hallazgos más importantes de este texto, a través de una argumentación que se desplaza hacia dos cuestiones nítidamente definidas. Por un lado, al inscribir al hecho comunardo dentro de la geografía más amplia del Estado francés (con sus posesiones de ultramar), subraya el hecho de que la Comuna de París estuvo acompañada por la creación de otras "comunas" en el propio territorio continental de Francia –Marsella, Lyon, Le Creusot, Thiers– con características ideológicas y sociopolíticas similares, pero también en Alger, donde la revolución en aras de una "república democrática y social" en esa ciudad se cruzó de modo complejo con una revuelta nacional bereber (les Kabyles) e islámica que tuvo lugar al mismo tiempo, y en Martinica, donde el estallido de una revuelta republicana que buscaba eliminar las últimas prolongaciones del hacía tiempo abolido régimen esclavista no estuvo ajeno a las resonancias de la revolución de la Comuna parisina. Al indagar explícitamente acerca del modo en que la existencia de esas otras "comunas" pudo incidir sobre el sentido de la parisina, el libro coloca en el centro la cuestión de la espacialidad como elemento clave para cualquier interpretación histórica que busque captar el pleno sentido de un episodio, de un "*événement*", como el de 1870-1871. En función de ese mismo propósito, analiza también un espacio geográfico más amplio, aquel del mundo entero, que, en una era de comunicaciones transnacionales aceleradas por las nuevas tecnologías, supo ser el escenario, en el caso de la Comuna, de uno de los primeros hechos mediáticos globales: entender la Comuna desde la historia –social, política, intelectual– no es posible si no se toma en consideración el hecho de sus repercusiones en México, Vietnam, Estados Unidos, el Imperio otomano, y tantos otros lugares –cuya prensa Deluermoz examina–, donde nuevas capas de sentido –surgidas de los debates locales en cuyo seno se inscribían las noticias llegadas desde París y Francia en general– se conformaron, imprimiéndole mayor espesor aún a ese episodio de sentido tan denso. El plano de la experiencia vivida constituye otra veta explorada de forma magistral en este texto, en las secciones más abocadas a la reconstrucción narrativa del propio hecho: a partir de la interrogación acerca de cómo se convertía uno en "comunardo", la interpretación de Deluermoz permite refrendar la importancia que tuvo en esta revolución la acción de la Asociación Internacional de los Trabajadores al mismo tiempo que redimensionar su alcance en función de la presencia a veces más decisiva aún de otros actores sociales y políticos provenientes de corrientes ideológicas cuya combatividad no necesariamente estuvo alineada con los postulados emanados desde su sede en Londres. Si el universo político-ideológico de los revolucionarios fue magmático por la pluralidad de corrientes presentes en su seno –como lo demuestra con precisión este libro–, la identidad social de quienes participaron en la revolución tampoco puede seguir limitándose al solo actor "proletario" u "obrero" a la luz de las exploraciones historiográficas realizadas durante los últimos cincuenta años: artesanos, funcionarios de bajo rango, amas de casa, comerciantes y toda una gama amplia de actores sociales del "pueblo" formaron parte de este proceso, del cual, por cierto, no estuvo ausente el "proletario" en su sentido más clásicamente marxista. Además, como no podía ser de otro modo en un momento como el nuestro, definido por el auge en todos los campos de la mirada atenta a la perspectiva de género –si bien este es un hecho que ya Benoît Malon en su célebre estudio de 1871 había destacado–,[1] el libro se detiene en la experiencia concreta, convulsionada y muchas veces trágica, de las mujeres de la Comuna.

La porción de su trabajo que Deluermoz dedica al análisis

[1] "Un fait important entre tous, qu'a mis en lumière la révolution de Paris, c'est l'entrée des femmes dans la vie politique"; Benoît Malon, *La Troisième Défaite du Prolétariat Français*, Neuchâtel, G. Guillaume Fils, 1871, p. 272.

del plano discursivo –en clave de historia intelectual y conceptual– es sin duda la más pertinente a la temática de *Prismas*: también en este rubro son muchos los hallazgos que acerca este libro a sus lectores. A través de una lectura meticulosa y sutil que enfatiza la pluralidad de sentidos que supo habitar el discurso revolucionario producido por los propios comunardos, así como por sus defensores y contrincantes, aparecen recuperadas, al lado de escritores y pensadores canónicos como Louise Michel o Jules Vallès, figuras menores pero no por ello menos sugerentes, como Pierre Denis, cuyos artículos en *Le Cri du peuple* contribuyeron a definir de forma más explícita uno de los modelos político-ideológicos que la revolución de la Comuna podía representar: aquel de una república universal basada en una federación de ciudades constituidas en democracias autogobernantes y directas. Atento a lecturas ideológicas complejas, como las de Denis, Vallès, Marx, Malon o Bakunin, el estudio se concentra en las representaciones discursivas más generales del hecho que supieron circular en la prensa parisina (y en la prensa global que dialogaba con ella) para recuperar distintos sentidos de la revolución en curso: republicana y democrática –nociones que podían declinarse en el sentido del modelo de 1848 de "república democrática y social", en el proudhoniano de "autogobierno y federación", o también en el nacionalista romántico que enfatizaba los fueros de la nación en el momento crítico que la derrota ante Prusia había producido–; socialista y obrerista –en el sentido marxista de gobierno proletario–; municipalista –que buscaba reconquistar una autarquía municipal progresivamente conculcada bajo el Segundo Imperio–; comunitarista –en el sentido de enfatizar las nuevas formas de sociabilidad política que podían gestarse a partir de espacios en cuyo seno la relación directa, cara a cara, entre los ciudadanos era posible y productiva–; internacionalista –que concebía a la república de París no como un fin en sí mismo sino como el punto de partida para una revolución republicana de alcance universal–. Este elenco de posibilidades que trae a luz Deluermoz permite comprender mejor por qué, si un punto en común en casi todas las vetas discursivas que poblaron la prensa durante e inmediatamente después de la comuna fue la noción de "emancipación" –social, política, económica, cultural (la redefinición de las relaciones de género no fue un aspecto menor dentro de la euforia con que tantas mujeres vivieron aquellos 72 días, u hombres que practicaban una sexualidad alternativa, como enfatiza un estudio reciente sobre Rimbaud)–,[2] las formas concretas que ella podía asumir fueron muchas y muy diversas entre sí. Deluermoz examina tres de esas formas concretas: a) la transformación revolucionaria de las formas de vida en la ciudad como consecuencia del proyecto (o proyectos) encarnado(s) en la Comuna, b) la transformación personal experimentada por los individuos al sentirse marcados o regenerados por su militancia por la Comuna, y concebida muchas veces por ellos como un cambio de identidad con un antes y un después, y c) el propósito de acelerar "*l'aurore d'un avenir nouveau*", es decir la instauración de un orden nuevo, que implicaba tanto la adopción de formas institucionales y de vida totalmente inéditas –esperanza y proyecto del cual no estaba por cierto ausente, lo reconoce explícitamente Deluermoz, cierto mesianismo moderno– como la liquidación de aquellas heredadas del pasado –una de cuyas manifestaciones más potentes fue la destrucción y/o transformación de las iglesias y el accionar iconoclasta más general, cuyo símbolo fue el derribamiento de la columna de la Place Vendôme–. Abordando en este punto dos lugares comunes muy arraigados en la historiografía sobre la Comuna –que no fue realmente revolucionaria ya que sus reformas institucionales fueron pocas y nulas, por un lado, o, por otro lado, que su único título real a ser entendida como revolución deriva del protagonismo central de los obreros y de la organización que decía representarlos, la AIT– demuestra que la dimensión propiamente revolucionaria del episodio yace en otros aspectos de su corta pero intensa vida.

La parte sin duda más original de este estudio corresponde al octavo capítulo, cuyo carácter reflexivo e hipotético ha llevado a su autor a definirlo como un "ensayo".

[2] Kristin Ross, *The Emergence of Social Space: Rimbaud and the Commune*, Londres, Verso, 2008.

Informado tanto por intuiciones tomadas de obras como las de Walter Benjamin o Reinhardt Koselleck como del ensayo de teoría historiográfica redactado hace algunos años por el propio Deluermoz con Pierre Singaravélou, *Pour une histoire des possibles*,[3] propone explorar la relación entre las temporalidades paralelas y alternativas que se entrecruzaron en la constitución del episodio histórico de la Comuna y las posibles formulaciones conceptuales de lo que ella abría como gama de posibilidades que ese entrecruzamiento pudo haber permitido. Combinando perspectivas centradas en las estructuras sociales de larga duración –como aquellas de Charles Tilly– con otras centradas en los procesos de cambio y ruptura en el mediano y cortísimo plazo, enfoca, empleando pistas halladas en E. P. Thompson, Aby Warburg y Georges Didi-Huberman, los vocabularios políticos y sociales evocados por el episodio de la Comuna –con sus procesos de invención y de resignificación–, para elaborar una teoría de la revolución. En función de esta exploración especulativa –formulada, siempre, a partir de la propia Comuna de París– postula la centralidad que tendría para la configuración de un momento de ruptura revolucionaria la interrelación entre "profundidades situadas" de sentido –correspondientes al fenómeno por el cual vocablos antiguos, como las "franquicias" o las "libertades" podían insuflarse de significados absolutamente novedosos, y sin embargo anclados en sus sentidos antiguos– y "profundidades de lo inactual" –que corresponderían a la relación posible entre las propuestas "milenaristas" o "utópicas" que configuraron también a los vocabularios puestos en circulación por la Comuna y resonancias de larga duración de las pudieron habitar, como por ejemplo la creencia en la posibilidad de una emancipación completa de toda dominación social–. Esa interfase entre el espacio de la experiencia y el horizonte del porvenir es interpretada por Deluermoz de un modo más complejo y radical de lo que daría a suponer un lenguaje koselleckiano: la Comuna, en cuanto revolución, habría sido una heterocronía en cuyo interior, además de la coexistencia de pasado y futuro, habría sido decisivo su carácter de "*tremblement*", es decir, su aspecto volcánico, de instante único e irrepetible de temblor de todo lo normal, de todo lo sólido. Para entender la Comuna, para entender toda revolución, Deluermoz hipotetiza que es necesario aferrar hasta donde sea posible, empleando las herramientas de las que dispone el historiador, los propios contornos inciertos de un momento histórico invadido y sacudido de pronto por la abrupta apertura hacia un universo de posibles.

Jorge Myers
Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

[3] Quentin Deluermoz y Pierre Singaravélou, *Pour une histoire des possibles*, París, Seuil, 2016.

Pierre Rosanvallon,
El siglo del populismo. Historia, teoría y crítica,
Buenos Aires, Manantial, 2020, 296 páginas

Hace apenas una década, cuando hablábamos de populismo remitíamos a experiencias que, con contadas excepciones, se ubicaban en América Latina. Hoy asistimos a un uso mucho más extenso del término. El populismo se ha convertido en una categoría que puede acobijar a casi cualquier fenómeno político. El libro de Pierre Rosanvallon, *El siglo del populismo*,[1] interviene sobre este fangoso terreno de discusión, y lo hace en tres planos distintos: en un plano teórico, en uno histórico y en otro crítico-normativo. Dichos planos se anuncian desde el subtítulo de la obra –*historia, teoría y crítica*– y trazan, a su vez, su estructura general.

El libro se compone de tres partes y un anexo. La primera, denominada "Anatomía", se aboca a teorizar el populismo en el marco de la teoría de la democracia. La segunda se detiene en el enfoque histórico e ilumina ciertos momentos del populismo. La tercera se dedica a argumentar la posición crítica del autor respecto de los problemas y contradicciones que plantean los populismos contemporáneos realmente existentes. En las conclusiones generales se proponen alternativas políticas y dispositivos institucionales que permitan sortear la actual oferta populista en el siglo XXI. El anexo final está dedicado a historizar la palabra "populismo" en Rusia, Estados Unidos y Francia, entre finales del siglo XIX y las dos primeras décadas del XX.

Rosanvallon inscribe el populismo dentro de la teoría de la democracia y coloca al fenómeno en sus márgenes o contornos. Así, el populismo es "una forma límite del proyecto democrático" (p. 24). Tal como lo muestran una serie de contradicciones, tensiones, promesas incumplidas, problemas y equívocos constitutivos de la democracia estudiados por el historiador en varios de sus libros, el populismo no constituiría "lo otro" de la democracia, sino una serie de respuestas simplificadoras a sus ya conocidas aporías estructurantes de la democracia moderna.[2]

En *El siglo del populismo*, Rosanvallon recapitula y sistematiza cuatro aporías a las que denomina el "pueblo inhallable", "los equívocos de la democracia representativa", "los avatares de la impersonalidad" y "la definición del régimen de igualdad"; se trata de contradicciones que atraviesan la historia de la democracia al tiempo que definen su esencial indeterminación.

De un modo más o menos explícito, dichas aporías se vinculan a una serie de respuestas propias del populismo, y que consisten en una concepción particular del pueblo, la democracia y la representación, una política y una filosofía de la economía y un régimen de las pasiones y de las emociones (pp. 19-20). Dimensiones que son reunidas por el autor en una tipología ideal o anatomía del populismo compuesta por cinco rasgos.

El primero de ellos es el de una visión unanimista del pueblo o ficción homogeneizante del sujeto popular. El segundo comprende una perspectiva de la democracia polarizada e inmediata, producto de la excesiva y espuria apelación a procedimientos jurídicos afines con la democracia directa o participativa (como el referéndum y el plebiscito). Que, lejos de acercar a los ciudadanos a sus representantes, constituyen mecanismos para concentrar el poder en el Ejecutivo y

[1] Primera edición en francés: París, Seuil, 2020.

[2] Pierre Rosanvallon, *Le peuple introuvable. Histoire de la représentation démocratique en France*, París, Gallimard, 1998; *El modelo político francés. La sociedad civil contra el jacobinismo, de 1789 hasta nuestros días*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007; *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*, Buenos Aires, Manantial, 2007; *La legitimidad democrática. Imparcialidad, reflexividad, proximidad*, Buenos Aires, Manantial, 2009; *La democracia inconclusa: historia de la soberanía del pueblo en Francia*, Bogotá, Editorial de la Universidad Externado de Colombia / Taurus, 2006; *El momento Guizot. El liberalismo doctrinario entre la Restauración y la Revolución de 1848*, Buenos Aires, Biblos, 2015.

establecer relaciones no mediadas y directas entre un "jefe" y los ciudadanos.

Estos dos primeros rasgos se relacionan, a su vez, con el rechazo del populismo a los cuerpos intermedios y a las instituciones, y dan vida a un tercer atributo que consiste en una modalidad de la representación política que otorga preeminencia "a la figura de un 'hombre-pueblo' con capacidad de encarnación destinada a remediar el estado de mala representación existente" (p. 20). Un cuarto elemento constitutivo del populismo es una política y filosofía de la economía nacional-proteccionista, que excede la dimensión netamente económica y alcanza una concepción de la justicia y de la igualdad "que se confunde con la inclusión en un todo homogéneo" (p. 65) y que lleva a relativizar las desigualdades internas de cada comunidad y a exacerbar las foráneas, alimentando, así, por ejemplo, la xenofobia. Por último, el populismo se caracteriza por un régimen de las pasiones y de emociones de diverso tipo (emociones de "posición", de "intelección" y de "intervención") que expresan fundamentalmente "la rabia de no ser reconocido […] [, rabia que se traduce] en lo que podríamos llamar *resentimiento democrático*" (p. 72).

Ahora bien, si el populismo es una forma límite del proyecto democrático, ciertamente no es la única. Las otras dos formas de democracia que se encuentran en sus límites, bordes o contornos son: la democracia *mínima*, procedimental o sustentada en dos pilares básicos (los derechos humanos y el sufragio universal) y la democracia *esencialista* o sustantiva, que aspira a lograr una democracia "real" o material. En contraste con estas dos, la especificidad de la *democracia populista* es la polarización de la política.

En este punto de su argumento, Rosanvallon recupera un criterio de clasificación frecuentemente utilizado en la teoría clásica de las formas de gobierno: la distinción entre formas buenas y malas de organización política o de ejercicio del poder. Criterio que en el pensamiento político antiguo ubicaba a la democracia como una forma de gobierno entre muchas otras posibles y que, en el uso de Rosanvallon, solo se aplica a las tres figuras de la democracia límite. Pues, cada una de ellas, enfrenta a la democracia contra sí misma y puede derivar en una forma degenerada o negativa de democracia. Así, la democracia mínima degenera en una oligarquía electiva, la esencialista en un totalitarismo y la polarizada en una democradura. Estas últimas involucran un "deslizamiento progresivo" del populismo "hacia regímenes autoritarios en el propio seno de un marco institucional democrático preexistente" (p. 238).

A esta teorización sobre el populismo Rosanvallon le ofrece un complemento: un modo de historizarlo.

En el anexo del libro se exhibe una breve trayectoria de la historia de la palabra "populismo". Allí el autor coloca el origen del término a fines de siglo XIX, en Rusia, con el llamado *Narodnichestvo*, movimiento político y corriente filosófica autoidentificado como "populista", que proponía a los intelectuales descender o "ir hacia el pueblo". Por otra parte, en 1892, se origina en Nebraska, Estados Unidos, The People's Party, cuyos militantes también se autodesignaron "populistas". A esta conocida historia sobre el origen del vocablo, Rosanvallon añade una corriente literaria que, a finales de la década del 20 del siglo pasado, llama a fundar una "escuela populista" en Francia. Esta se proponía contar a través de la ficción y de la novela la vida de "la gente de abajo", "la masa anónima y silenciosa" y "que hoy serían calificados de invisibles" (p. 283). En la introducción de la obra y en el mencionado apéndice, el autor concluye el carácter inconexo entre estos tres contextos (Rusia, Estados Unidos y Francia) y argumenta que la historia de dichos usos del término nos dice poco sobre aquello que hoy llamaríamos "populismo" (p. 23).

Despejada así la productividad analítica del origen de la palabra, Rosanvallon sigue el rastro al *concepto* en tres "momentos" clave: en primer lugar, el cesarismo moderno y la concepción de la democracia autoritaria del Segundo Imperio en Francia. En segundo lugar, el populismo abortado y algunas experiencias políticas y culturales que se produjeron entre 1890 y 1914 –durante la primera crisis del modelo democrático–, en dos países en los que el sufragio universal (masculino) estaba vigente desde hacía mucho tiempo: Estados Unidos y Francia (p. 119). Y, en un tercer lugar, se abordan dos experiencias

políticas del llamado laboratorio latinoamericano: el gaitanismo colombiano y el primer peronismo argentino. Allí, Rosanvallon coloca a Jorge Eliécer Gaitán como una figura fundadora del populismo en el subcontinente y previa al peronismo.

Es ineludible mencionar que, en contraste con las secciones dedicadas al caso francés, los capítulos referidos a América Latina se encuentran un tanto desbalanceados en cuanto a su extensión y a los sucintos argumentos ofrecidos por el autor respecto de las experiencias que analiza. Por otra parte, algunos pasajes contienen erratas en datos históricos concretos referidos a la experiencia gaitanista y, en ocasiones, se introducen referencias imprecisas. Como corolario de las distintas experiencias populistas analizadas se advierte que, en cuanto concepto, el populismo no se reduce a una territorialidad ni a un *a priori* temporal.

El modo de historizar el populismo propuesto por Rosanvallon supone la búsqueda de conexiones históricas entre problemas propios de la democracia en diversos lugares, momentos y períodos. Respecto de sus contenidos históricos concretos, en la obra se subrayan los aportes del modelo político francés, fundamentalmente el instaurado por Napoleón III (entre 1848 y 1852), para la comprensión de algunos de los rasgos y dinámicas propias del populismo: "una filosofía de la representación como encarnación del pueblo en un jefe"; "un rechazo a los cuerpos intermedios que obstaculizan el encuentro directo del pueblo y el poder", y "una concepción de la expresión popular como procedimiento privilegiado del plebiscito" (p. 102).

Más adelante, el autor avanza sobre el plano normativo de su argumento. Allí propone algunos dispositivos institucionales concretos que para él permiten contrarrestar o sortear la actual oferta populista en el siglo XXI, y pasar de la fórmula directa o participativa hacia democracias *interactivas*. Así, dado que estas últimas recuperan principios que se habrían perdido en las democracias representativas actuales sería posible que "el poder sea realmente responsable, que rinda cuentas más a menudo, que permita evaluar su acción a instituciones independientes" (p. 204), o que haga uso de dispositivos como el sorteo.

El sorteo sería un mecanismo que permitiría poner en práctica una idea fundamental de la democracia ateniense: "el poder de cualquiera". Esta máxima democrática debe acompañar, a su vez, el principio de la inapropiabilidad del poder o "poder de nadie" (pp. 215-219). Ello supondría que el poder democrático se vuelve inapropiable o de "imposible […] acaparamiento" (p. 220). Una idea que el historiador recupera de Claude Lefort, para quien el proyecto democrático no se define exclusivamente como un "régimen fundado en el libre consentimiento de los ciudadanos", sino como uno en el cual el poder "debe designar también un lugar vacío" (p. 219).

Con la noción de representación como *encarnación* del poder de la comunidad completa en la figura de un hombre-pueblo, el populismo pone justamente en riesgo dicho principio de inapropiabilidad del poder. Dicha modalidad de representación hace posible que un líder pueda imponerse "en nombre de la necesidad de [proteger al pueblo] de sus enemigos" (p. 202). De acuerdo con Rosanvallon, este peligro que sería propio del populismo puede contrarrestarse o revertirse al introducir en nuestras democracias representativas actuales aquellos mecanismos de la democracia interactiva.

Quizás el aporte más significativo de esta obra se encuentra en el enfoque histórico propuesto. La historia conceptual constituye una perspectiva alternativa a las comprensiones sobre el tema ofrecidas en el campo de la sociología, la historia política, la ciencia política, la economía o la antropología. En dicha contribución sobrevuela la idea según la cual, analizado como un concepto político, el populismo se revela *como una historia*, que solo es perceptible a través de ciertos "momentos" populistas. Historia que, además, se compone tanto por los procesos políticos "exitosos" y edificados en el Estado, como por aquellas experiencias políticas abortadas, como el propio autor las denomina. O los populismos que no fueron.

Ana Lucía Magrini
Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Marcela Ternavasio,
Los juegos de la política. Las independencias hispanoamericanas frente a la contrarrevolución,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2021, 264 páginas

La impronta de las historiografías nacionalistas continúa vigente en los estudios sobre las revoluciones e independencias en Hispanoamérica. Estas historiografías se basan en un mito fundador: la existencia de la nación. A partir de allí, el pasado se lee bajo ese prisma: las independencias declaradas en el continente desde la década de 1810 remiten siempre a las naciones. A través de una renovada historia de la diplomacia y de la política de la guerra, Marcela Ternavasio desarticula este mito. Y lo hace de forma magistral, ensayando "una apuesta historiográfica y un experimento de escritura" (p. 12) en donde la historia es narrada en tiempo presente con el objetivo de reconstruir hipótesis a partir de acontecimientos que los actores esperaban que ocurrieran, pero no necesariamente se produjeron. Aquellos acontecimientos hubiesen podido modificar la historia sobre la cual las naciones construyeron sus orígenes. A lo largo de los seis capítulos de *Los juegos de la política*, Ternavasio multiplica los puntos de vista y alternativas sobre la independencia en Hispanoamérica, revelando su carácter circunstancial y coyuntural, reviviendo la incertidumbre en medio de la cual los actores políticos toman sus decisiones (lo que lleva a una obligada reevaluación tanto de los primeros como de las segundas).

Más que una historia contrafáctica, la autora propone una *historia de posibles* basada en un exhaustivo análisis de fuentes de un período poco explorado por la historiografía: el sexenio de 1814-1820 o primera Restauración, cuando, tras la caída de Napoleón, las monarquías europeas buscaron componer el orden perdido con la Revolución francesa, mientras que los revolucionarios hispanoamericanos intentaron adaptarse a ese clima conservador con la consigna de terminar la revolución. Se trata de una forma original y novedosa de una *historia de posibles*. Original, porque se limita –y esto la vuelve consistente– a analizar hipótesis fallidas que fueron postuladas por los propios actores y que incidieron en sus decisiones. Novedosa, porque hasta este libro nunca se había mostrado con tanta contundencia –al menos en la historiografía de la revolución en el Río de la Plata– la relevancia del contexto internacional, de las conexiones y de las hipótesis de conflicto en el Atlántico Sur para el análisis de la independencia.

Desde hace tres décadas, la renovación de la historia política reveló –desde los trabajos de François-Xavier Guerra, Antonio Annino y José Carlos Chiaramonte, tributarios de la perspectiva atlántica e ibérica de Tulio Halperin Donghi– el carácter teleológico de las historiografías nacionalistas y la necesidad de considerar a las naciones consecuencia y no causa de las revoluciones. Basándose en esta bibliografía y en los estudios más recientes sobre guerra y diplomacia en Hispanoamérica (en particular, los de Alejandro Rabinovich y Daniel Gutiérrez Ardila), Ternavasio da un paso más: no solo desnaturaliza el sentido común de los relatos nacionales que consideran la independencia y la opción republicana de gobierno como un destino manifiesto; muestra también la irracionalidad epistemológica de este tipo de postulados que eclipsan a los sujetos históricos bajo la sombra de un objeto ahistórico.

El título del libro es preciso. La metáfora del juego expresa el clima de la Primera Restauración entre Europa y América del Sur, que inaugura un doble proceso de "diplomatización de la política y de politización de la diplomacia" (p. 18). Ternavasio despliega un tablero transatlántico con final abierto en que los jugadores no se mueven con una dirección preestablecida, sino ante la coyuntura cambiante de la revolución y de la guerra. La historiadora se concentra en un

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1326

escenario: el "corredor luso-hispano-criollo del Atlántico Sur" que tiene múltiples centros: si Buenos Aires, Montevideo y Río de Janeiro funcionan como sus ejes, Londres, Madrid, Lisboa, París y Viena –donde se dirime la política restauradora de las monarquías bajo la memoria de los imperios– condicionan también las acciones en el Río de la Plata, Brasil y la Banda Oriental. Los actores se dividen en dos equipos: el revolucionario y el contrarrevolucionario. Pero ni uno ni otro refieren a identidades estancas ni estas sirven para anticipar movimientos: "Las estrategias de los equipos se modulan a partir de cálculos y condicionamientos, según los incentivos y las expectativas de alcanzar los objetivos trazados", afirma (p. 11).

Cálculos, incentivos, condicionamientos, expectativas… Ternavasio ofrece una imagen compleja de la revolución en la que los ideales y las doctrinas no llegan a explicar decisiones de agentes que miden sus costos, especulan, negocian y adoptan distintas políticas, aun aquellas que contradicen posturas previas. El libro puede verse como un estudio de caso histórico de la teoría sobre la razón en política de Jon Elster (*Le Désintéressement*, 2009). Para el filósofo, si la racionalidad se define por la eficacia instrumental, esta no basta para comprender las decisiones de los agentes, y menos aquellas complejas que dependen también de creencias y comportamientos. Toda decisión remite a una indeterminación primaria sobre la cual los sujetos interactúan estratégicamente entre ellos y proyectan opiniones sobre posibles cursos de acción de los que nunca pueden estar seguros. En *Los juegos de la política* vemos desdibujarse los bandos en pugna ante cada incertidumbre y desafío.

Ternavasio explora las movidas de varios jugadores: la corte británica, la española, la portuguesa, la rusa, y sus embajadores en Europa y en América; los revolucionarios en Buenos Aires, y sus enviados oficiales y secretos a Río de Janeiro y a Europa; los revolucionarios de la Banda Oriental liderados por Artigas y su proyecto confederal, enfrentado a la política centralista del Directorio en el Río de la Plata que lo considera un anarquista y teme su expansión a las jurisdicciones del Litoral; los militares realistas que combaten la revolución en Sudamérica. Todos se observan, dialogan y negocian, envueltos por rumores y noticias que circulan a ambos lados del Atlántico con al menos dos meses de retraso.

Los revolucionarios se adaptan a los cambios: pueden defender en un momento una forma de gobierno republicana y en otro, una monárquica. Así, Ternavasio revela un sentido práctico del patriotismo: la supervivencia frente a los acontecimientos, más que el amor a una patria indefinida. Tras la Asamblea Constituyente de 1813 –un experimento republicano radical en el Río de la Plata–, los enviados del Directorio a Europa, Bernardino Rivadavia y Manuel Belgrano, reciben instrucciones secretas para lograr la independencia "o al menos la libertad civil de estas Provincias". Pero ante un posible fracaso, deben buscar un "príncipe de la Casa Real de España" o de otras cortes europeas para establecer una monarquía constitucional (p. 53). El bloque artiguista, en lucha contra las tropas de Buenos Aires, negocia con el Imperio portugués. Perseguido, Fernando Otorgués, primo y lugarteniente de Artigas, demanda protección en la frontera sur de Brasil y jura fidelidad y sumisión a Fernando VII contra quienes considera sus enemigos, los revolucionarios de Buenos Aires. Luego es habilitado a ingresar con sus soldados a Rio Grande do Sul (p. 55). La autora refuta argumentos simplistas que caracterizan de "simulación" o "impostura" a las conductas consideradas reprochables de los "héroes" revolucionarios. "Tanto para los agentes que representan el regreso del absolutismo más reaccionario como para quienes encarnan las tendencias más radicales de la revolución, las alianzas posibles no reparan en máximas irrenunciables sino en cálculos tácticos", sostiene (p. 81).

Dos hipótesis marcan el contexto del juego en el Atlántico sur entre 1814 y 1820: el supuesto acuerdo secreto entre la monarquía portuguesa y española para unir sus ejércitos y terminar con la revolución, y el envío al Río de la Plata (finalmente se destinará a Venezuela) de la Expedición Pacificadora al mando de Pablo Morillo para reconquistar el único territorio americano que, junto con Paraguay, no sería ocupado por los realistas tras la restauración.

João Paulo Pimenta, en *Estado y nación hacia el final*

de los imperios ibéricos (2011) mostró la necesidad de incorporar el Río de la Plata para estudiar la monarquía en Brasil, que significó desde 1808 –con la llegada de los Braganza al huir de la invasión francesa– la metropolización de la colonia. En diálogo con Pimenta, Ternavasio explica que la independencia en el Río de la Plata no puede comprenderse sin Brasil. Allí llega junto a su marido el príncipe Don Juan de Portugal, la princesa Carlota Joaquina de Borbón –a quien la autora estudió en su anterior libro, *Candidata a la Corona*, de 2015–. Carlota mantiene una comunicación fluida con su hermano el rey Fernando VII, lo informa sobre las movidas de la corte portuguesa, de los revolucionarios y de los contrarrevolucionarios hispanoamericanos, y lo insta a enviar soldados para recuperar América del Sur.

Sin embargo, quien marca los tiempos del juego político es la corte portuguesa en Río de Janeiro, "una suerte de Viena tropical, donde plenipotenciarios del Viejo Mundo […] protagonizan la escena diplomática" (p. 46). Las movidas de los Braganza mantienen en vilo a realistas, artiguistas y revolucionarios porteños, quienes se disputan intereses en la "porosa frontera luso-hispano-criolla" (p. 47). A fines de 1815 Brasil es elevado a la condición de reino. Los Braganza se convierten en los representantes del conservadurismo monárquico en América. En aquel año, se firma el acta del Congreso de Viena, sin un acuerdo sobre las disputas fronterizas entre España y Portugal en el Río de la Plata. A través de conexiones exquisitas entre diversas fuentes, Ternavasio reconstruye movidas del tablero euroamericano que refuerzan algunas de las hipótesis en juego y, al mismo tiempo, desconciertan a los jugadores.

Los casamientos dinásticos en 1816 entre Fernando VII y su hermano el infante Carlos, del lado de los Borbones, con dos hijas de Carlota, por el lado de los Braganza refuerzan la hipótesis de la unión contrarrevolucionaria entre las monarquías ibéricas en América del Sur. Pero en el mismo año, la ocupación del ejército imperial portugués de la Provincia Oriental, con el pretexto de resguardar los dominios de la Corona española ante la dilación del envío de una expedición militar, sorprende a todos. La autora estudia la "cuestión oriental" dando cuenta de las intrigas diplomáticas y las especulaciones sobre las razones que llevaron a los lusitanos a actuar contra el equilibrio inestable alcanzado en el Congreso de Viena. Gran Bretaña, la monarquía que continuamente se erige como mediadora y negociadora de los conflictos en Sudamérica, se encuentra desorientada. Se imagina que los portugueses privilegian sus posesiones americanas, asumiendo la pérdida de su reino en Europa (pp. 138-139).

En España las reacciones ante la invasión incluyen alternativas radicales: anular los matrimonios dinásticos e invadir Portugal como forma simbólica de conquistar la Banda Oriental. Nada de esto sucede. En la Conferencia de París, las potencias condenan la agresión de Portugal. La monarquía lusitana americanizada, señala Ternavasio, "movió las fichas del tablero de juego" con un "mutismo infranqueable" (p. 139). Su objetivo: "emanciparse de sus mayores" y "colocar el Atlántico como la mejor barrera de defensa" (p. 145). El conflicto rioplatense se volvió uno europeo, explica. La invasión del imperio portugués a la Banda Oriental permite también entender la declaración de independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata en 1816 dentro de un nuevo escenario político basado menos en el lenguaje del derecho natural que en el de la *Realpolitik*.

El libro concluye en 1820 con las revoluciones liberales en España (con el resultado de la restitución de la Constitución de Cádiz por Fernando VII) y en Portugal (que fuerza a Don Juan a regresar a Lisboa), la disolución de la unidad en el Río de la Plata y el ostracismo de Artigas en Paraguay. Es el fin de la hipótesis de la unidad de las coronas ibéricas, que había permanecido latente durante los seis años anteriores. Para Ternavasio, todos los jugadores perdieron. Lo que resulta en una constatación sugerida en el libro: la construcción de naciones puede referirse a proyectos y decisiones de actores y espacios conectados que comparten un interés por relacionarse y difieren en cómo hacerlo ante un futuro indefectiblemente incierto.

Gabriel Entin
CONICET / Universidad Nacional de Quilmes

Carlos Altamirano,
La invención de Nuestra América. Obsesiones, narrativas y debates sobre la identidad de América Latina,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2021, 224 páginas

La identidad latinoamericana es uno de los temas clásicos de la vieja historia de las ideas y la nueva historia intelectual. Mucho antes de que esas corrientes historiográficas se asentaran, en el siglo XX, la cuestión, no formulada expresamente como "identidad", circuló en manifiestos y ensayos, programas y retóricas políticas, obras literarias y artísticas del siglo XIX. En su reciente libro, Carlos Altamirano aprovecha la producción más actualizada, desde la perspectiva metodológica de la historia intelectual, para proponer una trayectoria muy completa de las formas de representación discursiva de América Latina y sus principales debates en los dos últimos siglos.

Se trata, en buena medida, de la historia de la resemantización constante del nombre de un territorio, la América del río Bravo a la Patagonia –más buena parte de las Antillas–, sus habitantes, su devenir y su cultura. Una resemantización que implicó, además, la exitosa colonización de otros enclaves conceptuales previos o posteriores, como los de las Indias, el Nuevo Mundo, América, Indoamérica, Hispanoamérica o Nuestra América, que serían progresivamente desplazados por el que hoy figura en las siglas de importantes instituciones regionales como la CEPAL o la CELAC.

Altamirano arranca con un vistazo al lenguaje político de las independencias hispanoamericanas y se detiene, desde luego, en la *Carta de Jamaica* (1815) de Simón Bolívar. Asegura que la indefinición bolivariana sobre el tipo humano de las nuevas naciones surgidas tras la desintegración del imperio borbónico respondía a la mentalidad criolla de no considerarse parte de los "pobladores originarios" ni de los "usurpadores europeos". Pero, tal vez, esa indefinición o, más bien, la ausencia de formulación racial o cultural de una identidad americana en Bolívar esté relacionada con un republicanismo neoclásico que no se basaba en la noción romántica del "espíritu de la nación", formulada, entre otros, por Ernest Renan a fines del siglo XIX.

Es a mediados del XIX, justamente, que esas visiones de la identidad latinoamericana surgen en la parte sur del continente. Altamirano recapitula el gran debate sobre el origen de la expresión (Arturo Ardao, John L. Phelan, Miguel Rojas Mix, Vicente Romero, Álvaro García San Martín…) y concuerda en que, con independencia de quién y cómo la usó primero, es evidente que se difunde a partir de la década de 1850. Esa reproducción diversa del nombre, en textos del chileno Francisco Bilbao, el colombiano José María Torres Caicedo o los franceses Chevalier y Lamennais, tuvo como trasfondo común el trauma de la guerra de 1847 en México, el auge de la expansión territorial de los Estados Unidos bajo la doctrina del "Destino Manifiesto" y el panlatinismo del imperio de Napoleón III en Francia.

La exaltación de una esencia latina y católica de la América hispana y portuguesa no fue exclusiva de socialistas o liberales románticos como Bilbao o Torres Caicedo, sino de poderosas corrientes conservadoras en países como Brasil, México, Colombia y Ecuador en las últimas décadas del siglo XIX. Como recuerda Altamirano, la guerra de 1898 en el Caribe y Filipinas produjo un relanzamiento de aquellos discursos, en textos referenciales como *Ariel* (1900) de José Enrique Rodó y *Nuestra raza* (1900) de Ernesto Quesada. Sin embargo, la consolidación de la hegemonía hemisférica de los Estados Unidos también alentó una matriz discursiva sajonófila, igualmente nutrida por fuentes evolucionistas y eugenésicas, como se plasma en textos de Francisco Bulnes en México, Carlos Octavio Bunge en Argentina o Roque Garrigó en Cuba.

Atina este libro al localizar un giro a la izquierda en el

latinoamericanismo intelectual, entre la segunda y la tercera década del siglo XX, menos atado ya a los referentes positivistas del debate sobre la superioridad de una u otra raza o civilización. La Revolución mexicana, la Reforma Universitaria, la cruzada vasconcelista, el APRA y las redes antimperialistas reorientaron ideológicamente el latinoamericanismo en aquellos años. En algunos de los mayores intelectuales de esas décadas, como Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, hubo un primer momento más o menos arielista, luego otro más claramente hispanista y, finalmente, una afirmación en lo "hispanoamericano" (Henríquez Ureña) o en lo "americano" (Reyes).

El desplazamiento supuso una ruptura con el latinismo juvenil, muy perceptible en la correspondencia entre Reyes y Henríquez Ureña, que ha editado Adolfo Castañón en el Fondo de Cultura Económica, pero también con el hispanismo e, incluso, con el panhispanismo del período de ambos en Madrid, después de la Primera Guerra Mundial. En la edición reciente de la correspondencia de Henríquez Ureña con el hispanismo peninsular, realizada por Consuelo Naranjo Orovio, se observa ese distanciamiento de la perspectiva hispánica de Menéndez y Pelayo, Menéndez Pidal o Altamira y el predominio, ya en los años de la Guerra Civil, el franquismo y el exilio, de una interlocución más técnicamente filológica con Federico de Onís, Dámaso Alonso y Raimundo Lida.

La zona del libro dedicada a las reuniones del Pen Club y el séptimo "Entretien" de la Organización de Cooperación Intelectual de la Sociedad de las Naciones, en 1936, en Buenos Aires, da cuenta de ese vaciamiento doctrinal de la identidad en Henríquez Ureña y Reyes. El americanismo, en ambos casos –menos en el del filósofo Francisco Romero, quien planteaba la identidad en términos más claramente occidentales–, que se lee lo mismo en *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928) de Henríquez Ureña que en "Notas sobre la inteligencia americana" y otros textos (1936) de Reyes, era resultado de una búsqueda de la identidad, estrictamente, en la expresión literaria y artística y no en la raza, el carácter, las costumbres, la religión o la moral, que habían sido y seguirían siendo los ejes de las estrategias psicológicas, sociológicas, psicoanalíticas o antropológicas de definición identitaria, tanto en términos nacionales como subcontinentales.

Esas estrategias, en las que se entrelazan los nacionalismos locales y regionales de América Latina y el Caribe y que invocan la obra de Gilberto Freyre en Brasil, Fernando Ortiz en Cuba, Ezequiel Martínez Estrada en Argentina o Samuel Ramos u Octavio Paz en México, son lateralmente exploradas en el libro. Entre las diversas plataformas analíticas que sustentaron aquellos discursos, Altamirano elige el criollismo, de fuerte tradición en la Argentina, pero que en diversos contextos latinoamericanos y caribeños debió coexistir con otros de mayor peso, como el mestizaje, el indigenismo, el afroamericanismo o el propio hispanismo.

Este libro hace un esfuerzo explícito por asumir la centralidad de Brasil en la historia de los saberes identitarios latinoamericanos, siguiendo una línea de crítica al latinoamericanismo en versión hispanoamericana, que debe mucho al trabajo del historiador mexicano Mauricio Tenorio Trillo. A la vez que un recuento de la naturalización del concepto de América Latina en el campo intelectual brasileño, Altamirano dedica el grueso del apartado, "La originalidad como tarea", a la secular disputa por la tradición literaria nacional en la Argentina. Relee, una vez más, las tesis de Ricardo Rojas, David Viñas, Noé Jitrik y Adolfo Prieto, entre otros, para desembocar en una radiografía del debate sobre el poema *La cautiva* de Esteban Echeverría. Sugiere aquí Altamirano, por medio del diálogo con la literatura viajera, que la obsesión con la originalidad en una cultura poscolonial como la latinoamericana está siempre ligada a los procesos de traducción y copia.

El apéndice del libro, "Anotaciones sobre literatura", produce inicialmente el espejismo de continuar el análisis de la tradición literaria argentina, pero es mucho más. Esas páginas finales pueden ser leídas como un epílogo historiográfico, que permite refrescar las ideas sobre la identidad en algunos teóricos e historiadores de las últimas décadas: Philip Gleason, Eric Hobsbawm, Benedict Anderson, Pierre Bourdieu, Zygmunt

Bauman, Ernest Gellner, Peter Burke, Serge Gruzinski, Reinhart Koselleck. El repaso es de la mayor pertinencia para hacer visible que los referentes conceptuales de un ejercicio de historia intelectual, como el que emprende Carlos Altamirano en *La invención de Nuestra América*, provienen de una época que creyó asistir al agotamiento de las naciones y los nacionalismos y hoy constata la rearticulación de identidades y alteridades por todos lados.

Rafael Rojas
El Colegio de México

Rafael Rojas,
El árbol de las revoluciones. Ideas y poder en América Latina,
México, Turner, 2021, 302 páginas

América Latina, cuna de revoluciones. El historiador Eric Hobsbawm, en su libro autobiográfico *Años interesantes*, constataba el atractivo que para intelectuales y académicos ejercieron los procesos de cambio radical en la región, sobre todo a partir del éxito cubano. América Latina, ese "continente en apariencia burbujeante de lava de revolución social", sin embargo, no solo emergía a cuentagotas en su monumental *Historia del Siglo xx*, sino que muy lentamente europeos, estadounidenses y aun latinoamericanos investigaban las causas, dinámicas e impactos de esos acontecimientos tan admirados. En efecto, casos como el mexicano, el guatemalteco, el boliviano, el cubano y el nicaragüense, recién a fines del siglo xx comenzaron a ser interrogados por distintas disciplinas y enfoques desde una conveniente distancia histórica y emocional. A pesar de los aportes realizados por la historia social y autores como John Womack, James Dunkerley, Antonio Annino, Fernando Mires, Carlos Vila y Alan Knight, fue sobre todo a partir de la década del noventa que libros, artículos y congresos formaron una nutrida y renovada trama académica respecto del estudio de tales eventos. Una muestra de ello es el informado trabajo historiográfico sobre la Revolución mexicana que Luis Barrón publicó con motivo de su centenario en 2010, o el *dossier* sobre la Cuba revolucionaria que la revista *Temas* dio a conocer hace poco tiempo, finalmente, los procesos de cambio radical del siglo xx latinoamericano más estudiados hasta el día de hoy.

En diálogo, pero también a distancia de estos trabajos dedicados a las revoluciones latinoamericanas, puede comprenderse el aporte significativo de *El árbol de las revoluciones* del historiador cubano radicado en México Rafael Rojas. A diferencia de su libro anterior dedicado a la Revolución cubana, aquí no se propone abordar un caso en particular, sino ampliar la mirada hasta abarcar y comparar varios procesos revolucionarios, tal como en su momento sugirieron Knight y Mires. No obstante, este gesto comparativo y secuencial propuesto convive con una notoria infidelidad respecto de la literatura aludida. El autor incluye en su estudio acontecimientos y actores que esa historiografía no reconoce como parte de un tronco común: el peronismo argentino, el varguismo brasileño, la experiencia de Velasco Alvarado en Perú, la "Revolución cubana" de 1933 o el movimiento de Augusto César Sandino en Nicaragua. Aún más: a Rojas no solo le interesa mostrar diversos aspectos políticos, económicos y sociales ligados a tales sucesos. Son sobre todo las ideas, representaciones y "traducciones" que de ellas enunciaron figuras intelectuales y políticas como Víctor Haya de la Torre, José Antonio Mella, José Carlos Mariátegui, Raúl Scalabrini Ortiz, Almir Bonfim de Andrade, Jorge Eliécer Gaitán, Ernesto Guevara o el nicaragüense Sergio Ramírez, y textos constitucionales como el mexicano de 1917 o el nicaragüense de 1987, los que ocupan buena parte de su atención.

Rojas justifica tal recorte temático y metodológico bajo la hipótesis de que, a pesar de la heterogeneidad de discursos, prácticas y geografías, a lo largo del siglo xx existió una "tradición revolucionaria" latinoamericana basada en "el sentido de pertenencia a una historia común que experimentaron la mayoría de los protagonistas individuales y colectivos de aquellos procesos" (p. 8). Así, populismos "cívicos" y "clásicos", movimientos nacional revolucionarios, izquierdas no comunistas, militarismos progresistas y republicanismos social-reformistas formarían parte de una cultura política compartida cuyos elementos definitorios se constatarían en la presencia programática, doctrinaria e intelectual del reformismo agrario, el "constitucionalismo social", la democracia republicana y un tipo de Estado

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1328

interventor en materia de propiedad y gestión de los recursos naturales.

El carácter no solo social sino también político considerado por Rojas para agrupar esos acontecimientos, individuos e ideas es clave en su propuesta de observar proyectos exitosos de cambio como el cubano y el mexicano, pero también "truncos" como el Chile de Salvador Allende, la Costa Rica de José Figueres y la Guatemala de Jacobo Árbenz; o el accionar de intelectuales "sin revolución" como Haya de la Torre y el cubano Antonio Guiteras. Así, esta tradición "nacida" en el México de 1910 y expandida aún más por la Cuba de 1959 se convirtió en dominante entre las opciones políticas e intelectuales del espacio latinoamericano de las izquierdas no comunistas. Al menos hasta fines del siglo XX, cuando producto de sus fracasos y límites ingresó en una estela residual, de la cual supo emerger a inicios de la presente centuria gracias a la reivindicación hecha por los gobiernos de Lula da Silva en Brasil, Michelle Bachelet en Chile y Hugo Chávez en Venezuela, entre otros.

La sugerente hipótesis de Rojas se estructura a lo largo de las tres partes del libro.. En la primera, el autor analiza una serie de transformaciones políticas e intelectuales durante las primeras décadas del siglo XX, cuando América Latina presenció el comienzo del fin de los proyectos republicanos y liberales hegemónicos del siglo XIX. Según explica, el sustento jurídico liberal centrado en el individuo como sujeto de derecho y la democracia representativa "oligárquica" como forma de organización política de las "repúblicas liberales" fueron transformados en una propuesta política más "orgánica" y "social". Este nuevo ordenamiento estaba vinculado a la idea de nación y a construcciones conceptuales de colectivos sociales –campesinos y obreros– que emergieron del enorme catalizador político global que fuera la Revolución mexicana, y los cambios socioeconómicos visibles desde los años 20 en gran parte de la región. En efecto, para Rojas la movilización de masas y los programas radicales existentes en México significaron no solo el quiebre del republicanismo y del liberalismo decimonónicos (incluso en su variante reformista y populista encarnada por Francisco Madero o Hipólito Yrigoyen), sino también el inicio de un ciclo revolucionario marcado por la emergencia de actores políticos e ideas identificadas con las izquierdas y con los nacionalismos revolucionarios que tendieron a "abandonar los acentos individualistas de la vieja perspectiva liberal" (p. 43)

Para Rojas, a partir de la crisis del 30, la irradiación de la Revolución mexicana en la geografía latinoamericana –sumado al impacto de la Revolución rusa– encontró una profusa recepción en distintos eventos políticos y escritos de figuras ligadas a agrupaciones político-intelectuales como el APRA peruano o el MNR en Bolivia. La difusión de discursos como los de Haya de la Torre, Mella e incluso Mariátegui, en torno al antiimperialismo, el reformismo radical y el giro latinoamericano, denotaban –a pesar de sus matices– la formación de una izquierda democrática, republicana y socialista, la cual buscaba diferenciarse de la otra izquierda emergente y en expansión, la comunista. Pero esta izquierda socialista no era el único movimiento político y de ideas que a mediados del siglo XX se reconocía descendiente de la matriz mexicana y de la reforma agraria y ampliación derechos sociales y económicos cristalizados en la Constitución de 1917. La Revolución mexicana representaba una referencia también para la lucha del nicaragüense Sandino y del cubano Guiteras, el triunfo electoral de Getulio Vargas en Brasil y de Juan Domingo Perón en Argentina, el liderazgo de Jorge Eliécer Gaitán en Colombia y las "revoluciones frustradas" de Guatemala y Bolivia. De esta manera, todas estas experiencias, al reconocer la revolución como modelo referencial, al mismo tiempo daban nacimiento a un nacionalismo revolucionario que, a pesar de tener variantes, constituyó la vertiente a través de la cual se canalizó el reformismo social y el republicanismo democrático durante la etapa temprana de la Guerra Fría.

La segunda parte del libro trata sobre la "familia" política formada por el nacionalismo revolucionario y las vertientes populistas. A distancia del comunismo, pero cerca de algunos planteos teóricos y aun doctrinarios de Haya de la Torre o Mella, lo que el autor denomina –ciertamente sin desplegar un volumen argumentativo suficiente para comprender tal diferenciación– como "populismos cívicos" y

"clásicos" de mediados del siglo XX son ejemplos de la dependencia de estos respecto de la matriz mexicana y, por lo tanto, desde su perspectiva, parte integral de las izquierdas latinoamericanas (p. 156). Según sostiene Rojas, la ampliación de derechos, la potestad del Estado de controlar recursos naturales y una política antiimperialista, que escritores populistas como el brasilero Almir Bonfin de Andrade y el argentino Raúl Scalabrini Ortiz pregonaban, eran fieles representantes del bloque ideológico del populismo clásico latinoamericano. Aunque el primero avalaba una actitud de diálogo con los Estados Unidos que el segundo negaba, ambos compartían muchas de estas premisas cuando Vargas en Brasil y Perón en la Argentina se erigieron en potentes focos de la denominada "tercera posición". El autor también encuentra repercusiones de estas ideas en las propuestas programáticas de quienes integran el denominado "populismo cívico", como el colombiano Gaitán y el cubano Eduardo Chibas, aunque alejados de cualquier alianza militarista y más cercanos a la tradición socialista, a diferencia de los presidentes del Brasil y la Argentina. Finalmente, Rojas observa esquirlas ideológicas de estos populismos en las acciones y manifiestos constitucionales de las "revoluciones frustradas": Guatemala y Bolivia.

En la tercera y última parte del libro, la "tradición revolucionaria" está centrada en el efecto multiplicador generado por Cuba. La gran isla del Caribe a la vez que reafirmaba la pertenencia a esa tradición demostraba el agotamiento de la propuesta mexicana como "modelo revolucionario" (p. 180). El reformismo liberal y el socialismo agrario –de pequeñas propiedades y tierras ejidales– provenientes de esa experiencia perdieron protagonismo bajo una Cuba socialista marcada por un modelo de colectivización y ausencia del republicanismo liberal en cuanto a la organización del Estado, del gobierno y del sistema político. Con el apoyo a las guerrillas, el acercamiento a la Unión Soviética y la adopción del marxismo-leninismo durante los años 60 y 70, los cubanos buscaban replicar su fórmula en el resto de la región y zanjar diferencias con formaciones y partidos disidentes

El triunfo de la Unidad Popular en Chile en 1970 y su gobierno de coalición generaron un punto de inflexión a las intenciones hegemónicas del modelo cubano, visible en las tensiones que Allende y Castro atravesaron a principios de la década. Si bien la experiencia chilena, según explica Rojas, se inscribía de manera nítida en el árbol revolucionario latinoamericano del cual Cuba era su más significativa rama, su política de nacionalizaciones y su apuesta por un reformismo gradual la alejaba del influjo isleño y la acercaba más al mexicano. Tal situación también se replicó en la Nicaragua de 1979. Nacida de la lucha armada y de la protesta social, pero sobre todo del apoyo fundamental de Castro, el proceso nicaragüense tomaba sin embargo distancia del ejemplo cubano al intentar congeniar pluralismo político con un modelo de economía mixta. La Constitución nicaragüense de 1987 muestra, por un lado, la disidencia del país centroamericano respecto de Cuba, y, por el otro, las pocas opciones internacionales con las cuales Nicaragua podía contar en el contexto de la Guerra Fría y la dureza con que los Estados Unidos enfrentaba la protesta en Centroamérica.

Para Rojas, el fin de la experiencia sandinista señala el ingreso de la "tradición revolucionaria" en las sombras: la derrota del proceso liderado por los hermanos Ortega evidenciaba el agotamiento de las modalidades no democráticas de las izquierdas que habían tenido a Cuba como su máximo exponente. Y si bien es cierto, como afirma el autor, que los gobiernos como los de Rafael Correa en Ecuador, Lula en Brasil y hasta el de Manuel López Obrador en México reivindicaban bajo la conjunción de democracia y reformismo social su conexión con procesos revolucionarios como el mexicano de 1910 –antes que el cubano–, no menos legítimo es preguntarse, a partir de tal sugerencia, por el tipo de acciones transformadoras que estos gobiernos desplegaron para apaciguar las múltiples fracturas sociales que, pandemia mediante, todavía persisten. Una vez más: democracia e igualdad en América Latina. Una vez más, la historia de un problema.

Martín Ribadero
Universidad Nacional
de San Martín

Pablo Palomino,
La invención de la música latinoamericana,
Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2021, 288 páginas

La pregunta por Latinoamérica y variantes como "Nuestra América", Hispano o Iberoamérica forma parte de una historia recurrente que, con vaivenes, atraviesa ya tres siglos. En estos tiempos pandémicos se publicaron nuevos textos, tanto del campo periodístico como académico.[1] Entre estos últimos, *La invención de la música latinoamericana*, de Pablo Palomino, tiene como primer mérito ocuparse de un tema de vacancia dentro de esta extensa saga.

El autor asumió de forma consistente una tarea compleja y paradójica: dar cuenta de cómo fue el proceso que llevó a la atribución de una única caracterización a una muy diversa y heterogénea cantidad de músicas rurales y urbanas, populares y eruditas, de comunidades originarias y criollas, provenientes de la migración europea y la esclavitud africana, etc. En efecto, Palomino nos recuerda en la introducción a la versión inglesa que no existe una tal "música latinoamericana" (p. 4). Sin embargo, postula que su establecimiento contribuyó no solo a su diferenciación interna dentro del mundo de la música, sino en buena medida a determinar la idea misma de lo Latinoamericano.

"Música latinoamericana" tiene, según Palomino, dos acepciones principales: como categoría estética y como marco de referencia geográfico. Su establecimiento es el resultado de una sucesión de acciones que fueron sedimentando a lo largo del siglo pasado, a partir de una serie de proyectos de órdenes diversos, ya sea diplomáticos, estéticos o políticos. El autor denomina "invención" a esta historia en la que la conceptualización compitió con otros tipos de recortes y denominaciones en un contexto regional en el que los Estados desarrollaron –exitosamente– sus respectivos procesos de identificación nacional. Como señala Palomino "en la región son muchos quienes no se identifican o se identifican secundariamente como latinoamericanos" (p. 11). En cambio, tanto en la región como en otros lugares del planeta se escuchan buena parte de estos repertorios musicales identificándolos como "latinoamericanos" más allá de las naciones de origen de sus creadores o intérpretes.

El subtítulo del libro "Una historia transnacional" es ilustrativo de una particularidad que también podemos encontrar en las trayectorias de investigadores, sus trabajos y sus espacios de discusión. Pablo Palomino nació en Buenos Aires, en 1975. En la Universidad de Buenos Aires obtuvo su licenciatura en Historia y se doctoró en la Universidad de California Berkeley. Palomino es en la actualidad profesor de estudios latinoamericanos y del Caribe en la Oxford College de la Universidad de Emory. El libro fue primero publicado en inglés, en la colección "Currents in Latinamerican Music & and Iberian Music", cuyo editor es el mexicano Alejandro L. Madrid y luego, en español, por el Fondo de Cultura Económica.[2]

Según informa Palomino en la introducción, el libro tuvo su origen en su tesis doctoral, que elaboró en la primera década de este siglo. Es decir, se trata del producto de un trabajo de largo aliento. La posibilidad de contar con financiamiento para hacer viajes para el trabajo con archivos en Buenos Aires, Belo Horizonte, Río de Janeiro, Ciudad de México, Washington, Berlín y Berkeley le permitieron manejar y macerar con gran solvencia un volumen de información impactante.

[1] Martín Caparrós, *Ñamérica*, Buenos Aires, Planeta, 2021; Carlos Altamirano, *La invención de Nuestra América*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2021.

[2] *The Invention of Latin American Music: A Transnational History*, Oxford, Oxford University Press, 2020. Completando el círculo, esta reseña se escribe en una revista del Centro de Historia Intelectual de una universidad argentina de amplia circulación en la región.

DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1329

Palomino enfoca su estudio entre 1920 y 1960, aunque el libro incluye indagaciones anteriores y posteriores a dicho recorte. En su versión española está organizado en una introducción, cinco capítulos y conclusiones, los que, sosteniendo un cierto orden cronológico, muestran una casuística que varía en tipo y extensión.

Los títulos de cada capítulo ya dan cuenta de cómo la invención de esta "música latinoamericana" fue un proceso extendido en el tiempo, que distó de ser lineal y acumulativo. Palomino comienza analizando lo que llama un "mosaico" de casos y luego pasa al estudio de las primeras "redes transnacionales". El capítulo siguiente redirige su foco a la función que los Estados nacionales de corte populista y nacionalista tuvieron en la conformación de una categoría supranacional. Los capítulos restantes ocurren luego de finalizada la Segunda Guerra Mundial, es decir, en el contexto de la Guerra Fría, hasta adentrarse en el final del siglo, en donde se da cuenta de procesos coordinados entre el ámbito político y cultural, tanto estatal como privado.

Un mosaico continental es el primer capítulo en el que Palomino encuentra aislados intentos de propuesta y delimitación de una música latinoamericana en el paso del siglo XIX al XX.

El segundo capítulo es el de mayor extensión y muestra cuatro tipos de redes y escenas internacionales relacionadas con la música latinoamericana. Primero se dirige hacia Manila, la capital de Filipinas y excolonia española en los años 20, ya que dicha escena le permite trazar un primer acercamiento a la capacidad "exportadora" de las diversas músicas producidas en la región latinoamericana.

El siguiente apartado se enfoca en la trayectoria de la cantante Isabelle "Isa" Kremer. La carrera de la cantante de origen judío nacida en Rusia es también la crónica de una vida nomádica de extensas giras que la llevaría por el mundo entero hasta terminar radicada en la provincia de Córdoba. El ecléctico repertorio de Kremer que analiza Palomino da cuenta también de cómo, a contrapelo de una idea instalada de fidelidad o especialización respecto de un determinado género musical, el repertorio de un cantante también podría estar integrado por múltiples géneros.

El tercer apartado muestra cómo los compositores argentinos desarrollaron estrategias diversas de contacto y cooperación a escala internacional. Si bien estas acciones de tipo corporativas y profesionales no apuntaban a configurar una escena latinoamericana, sí permitieron poner en contacto a músicos de diferentes países y espacios de menor escala en el continente y Europa y, con ello, una toma de conciencia de problemáticas compartidas.

Por último, el cuarto apartado estudia el caso notable del sistema de radiodifusión mexicano, que es particularmente iluminador de las tensiones que para la década del 30 se encontraban entre la circulación transnacional de músicas y músicos de la región y sus procesos de determinación como músicas nacionales. Aquí, la industria musical mexicana lidia a la vez con lo que pasaba en Norteamérica y las novedades que venían desde Cuba y Argentina principalmente.

El tercer capítulo sostiene que la emergencia de una conciencia latinoamericana musical también tuvo lugar durante los diversos gobiernos de cuño populista surgidos en varios países de la región en un arco que va de 1910 a 1950. Del trabajo con bibliografía y archivos de Brasil, México y Argentina, Palomino se centra en la articulación entre políticas de Estado vinculadas principalmente al campo de la formación de músicos profesionales y sobre todo a la educación musical de nivel primario. La actividad coral es un denominador común en las prácticas estatales de los diferentes países en el período. Con la intervención de artistas de renombre en el marco de instituciones con cuadros burocráticos vinculados con el área pedagógica, ya la definición del repertorio que cantaron los coros escolares durante esos años es reveladora de cómo se articularon la música "erudita" o culta, tanto europea como la de las corrientes nacionalistas, las músicas populares locales y las regionales. Según el modo en que se configuraron los mitos de origen nacionales, se fueron articulando repertorios en los que jugaron papeles relevantes el folclore (y el tango en la Argentina), la música de comunidades originarias y criollas. Esta trama contó además con personajes claves para su accionar, como fueron los casos de Carlos Chávez en

México y Heitor Villa-Lobos en Brasil. Palomino se ocupa de recordar que, más allá de los esfuerzos del aparato estatal y las élites, la música popular en Latinoamérica durante el siglo xx tuvo una circulación por fuera de su control y con el apoyo de la floreciente industria discográfica (p. 146).

El cuarto capítulo se titula "La formación transnacional de la musicología latinoamericana". Palomino recupera la particular evolución de la disciplina en nuestra región, de la que participaron migrantes de Europa que muy tempranamente se ocuparon a la vez de hacer tareas en sus respectivos espacios de trabajo y conformar redes para compartir y comparar los resultados obtenidos. Es ejemplar la historia de Francisco Curt Lange, nacido en el seno de una familia de origen judío en Sajonia, que terminaría siendo uno de los impulsores de la musicología desde Montevideo, entre las décadas de 1920 y finales de los años 50. Palomino se detiene en un texto clave, "Americanismo Musical", de 1934, que muestra cómo desde el sur del continente Lange se hacía las mismas preguntas en simultáneo con el interés generado en las academias de Alemania y los Estados Unidos por las músicas de nuestra región (pp. 158-160).

El quinto capítulo, un poco como contrapunto del cuarto, se inicia en la trayectoria de Charles Seeger para analizar cómo, en el marco de la Guerra Fría, los Estados Unidos desarrollaron espacios institucionales que posibilitaron la conformación de un campo de estudio de las diversas músicas latinoamericanas tanto asociadas a la etnomusicología como al folclore.

Finalmente, Palomino avanza hacia el presente aportando ejemplos que muestran el éxito de la invención de esta "música latinoamericana", permeando en todo tipo de aproximaciones y perspectivas. Según el autor: "La música latinoamericana se convirtió en un símbolo estético regional, adoptado por todo tipo de proyectos: antiimperialistas desde los 60, integracionistas en los 90 y 2000, como así también por un sinfín de organizaciones que la naturalizaron, al igual que lo hizo el público musical" (p. 20).

Llegados a este punto, me gustaría detenerme en una aclaración que Palomino hace en la edición inglesa. Desde su condición de historiador cultural plantea que buscó en los archivos "menos la música en sí misma, que los rastros de esas fuerzas intelectuales, económicas, políticas, expertas y sociales que dan forma al trabajo musical en América Latina" (p. 3).

Esta decisión metodológica nos lleva a recuperar los debates que vienen atravesando los "estudios sobre música", una denominación que permite reunir lo que durante el siglo pasado estuvo separado, es decir, abordajes que provienen tanto del campo estético (con la etno/musicología en primer plano) como de la sociología y las humanidades (incluyendo aquí la historia cultural).

Tal vez por una regla de prevención y mesura se prefiere en este caso no tomar como parte del archivo a la música. Esto puede deberse a la persistencia de la música pensada como un objeto hermético, sobre todo por la hegemonía del paradigma de la música autónoma o absoluta. Así, se renuncia a utilizar el principal y más grande archivo disponible, para estudiar el tema de este libro que son las canciones, las óperas, las payadas, las músicas bailables, las instrumentales. Un modo parcial de saldarlo es apelar a las letras de las canciones, como indicio de un sentido social.

Si bien puede entenderse que en el caso de la música académica las fuentes que ofrecen las partituras requieren un conocimiento muy específico del código, una particularidad del período histórico aquí estudiado es que existen documentos fonográficos y audiovisuales. Siguiendo propuestas ya clásicas como las de Simon Frith y Tia DeNora, entre otros, es en la performance donde la música ofrece una cantidad de información y emoción sensibles que están disponibles para el análisis tanto de músicas populares como académicas.

Claro está que se trata de un archivo inmenso, pero lo mismo puede decirse de todos los archivos indagados por Palomino. En ese sentido, se echa de menos que la trama de esta historia de la música latinoamericana no lo incluya, aunque puede comprenderse como parte del modo en que diferentes investigadores que abordan el fenómeno musical prefieren recortar alguno de sus aspectos fundamentales, dejándolos, tal vez, como una

invitación para que otros realicen esa indagación.

Más allá de esta observación metodológica, el trabajo de Palomino es un valioso aporte a los estudios sobre Latinoamérica, que muestra que la "invención" de una "música latinoamericana" ha resultado una herramienta poderosa para contribuir a las construcciones de identidad e identificación. Y que ese éxito, si se quiere paradójico, también resultó útil para el etiquetado y la exotización de una parte significativa de nuestra producción cultural.

Martín Liut
Universidad Nacional
de Quilmes

Graciela Silvestri,
Las tierras desubicadas. Paisajes y culturas en la Sudamérica fluvial,
Paraná, Universidad Nacional de Entre Ríos, 2021, 416 páginas

Las tierras desubicadas, de Graciela Silvestri, es un contundente ensayo histórico urdido a través de una compleja trama de registros que busca descifrar "el territorio guaraní", un espacio que coincide aproximadamente con la cuenca del Río de la Plata, estructurada por los ríos Paraná, Paraguay y Uruguay, que la autora amplía hacia las estribaciones de la cordillera boliviana, el Pantanal y las pampas argentinas (p. 37). Un espacio en el que contrastan el guaraní de los indígenas, el portugués y el español de los conquistadores y de las naciones que surgieron tras la independencia. Silvestri aborda el estudio histórico-cultural de paisajes que se entrelazan a través del análisis de mitos, de descripciones naturalistas y etnográficas, de interpretaciones literarias, de la música, de proyectos ingenieriles y arquitectónicos que, en conjunto, dieron el tono material y simbólico a estos espacios.

¿Qué tienen de desubicadas las tierras bajas sudamericanas? El título del libro se explica en la interpretación de las palabras con que Claude Lévi-Strauss trató de comprender unos paisajes que no se acomodaban a sus expectativas. En *Tristes trópicos* el etnólogo manifestaba sus dificultades para interpretar los parajes brasileños que describió como "*une nature déclassé*". La autora identifica en esta idea la imposibilidad de clasificar: la existencia de unos "paisajes sin orientes; faltos de tiempos; largos de transformación; sin vestigios descifrables; mezclados como en un campo de batalla el día después; sin arraigo, sin pertenencia, sin confianza; fuera de lugar" (p. 25), en suma, unos paisajes alejados del canon predominante, unas tierras extrañas, un territorio desubicado.

Silvestri estudia el paisaje de la Sudamérica fluvial con una mirada de larga duración. Esto se aprecia especialmente en la primera parte del libro, titulada "Antes de la escisión". En el primer capítulo indaga en las representaciones del paraíso, "la tierra sin mal" de los mitos guaraníes que dieron paso a una contracara infernal habitada por caníbales "salvajes". La figura literaria de Calibán en la literatura moderna es analizada a través de una red de referencias que intercala autores europeos, desde Tomás Moro hasta Shakespeare y Michel de Montaigne, con autores latinoamericanos que incluyen entre otros a Rubén Darío, Aimé Césaire y Oswald de Andrade. Este modo de hilvanar el argumento a través de referencias intelectuales de validez universal es quizás uno de los principales aportes de este libro, una técnica narrativa y analítica que se repetirá con éxito en el resto del trabajo. El segundo capítulo se centra en la figura del naturalista prusiano Alexander von Humboldt en su paso por Sudamérica al iniciarse el siglo XIX. Sobrepasando el territorio guaraní, la autora se adentra en las selvas tropicales del norte de Sudamérica y los contrafuertes andinos, planteando al científico preguntas desde la historia del arte y la estética. Silvestri profundiza en los métodos de Humboldt para dar a conocer el conocimiento científico, donde incluía imágenes con las que buscaba que un libro sobre la naturaleza produjera la impresión de la naturaleza misma, atendiendo simultáneamente al efecto pintoresco y la exactitud geométrica (pp. 94-96). Estudia cómo fueron incorporados en la obra de Humboldt recursos gráficos en la cartografía, que vinculaban lo perceptual y los datos objetivos, imbricación presente en el famoso frontispicio del volcán Chimborazo de la *Geografía de las plantas*, y sobre todo en el establecimiento de un género de pintura de paisaje "científico", con grandes exponentes en América, entre quienes se contaba a Frederic Church. El tercer capítulo adquiere una dimensión contemporánea al concentrar su atención en un dispositivo clave para comprender la relación entre paisaje y cultura material: el museo. Al analizar los programas del Museo

Antropológico y Arqueológico de México y del Musée du quai Branly en París, la autora parece perder temporalmente de vista su objeto de estudio, que solo es retomado cuando recorre la historia del Museo de La Plata. Más allá de las conocidas debilidades de las hipótesis de Florencio Ameghino para probar la existencia de un "hombre terciario" en el Plata, es interesante el análisis que hace Silvestri para comprender una imaginación paisajística "antediluviana" en las tierras bajas sudamericanas, asociadas con el "viaje temporal" con el que se encontraría el visitante de este museo en la perspectiva de su fundador, Francisco P. Moreno (p. 106). La primera parte del libro culmina con el capítulo titulado "La línea serpentina", que me parece el más importante de esta sección. Allí la autora plantea por primera vez su interés por comprender los paisajes indígenas desde perspectivas que hacen integrar la antropología sudamericana, el pensamiento guaraní y la tradición intelectual europea. Para hacerlo Silvestri se centra en la figura de la serpiente, animal presente en los mitos fundantes de muchas culturas sudamericanas, representada habitualmente en el mundo occidental como una línea serpentina, que coincide además con la forma de los ríos en perspectiva cenital. La autora se pregunta aquí cómo interpretar las marcas culturales del mundo guaraní, una cultura que como tantas otras culturas indígenas "no se manifestaba a través de la riqueza objetual y la mímesis naturalista" (p. 171). Esta ausencia abre en el libro discusiones acerca de la idea de representación en el mundo guaraní y lleva a la autora a introducir un análisis transdisciplinar que incluye aportes que van desde la iconografía de Warburg hasta la antropología contemporánea, con autores como Tim Ingold, introduciendo también la posibilidad de considerar otras formas de representación de la naturaleza en los mundos indígenas latinoamericanos, como la ritualidad performática, la mímesis gestual, la pintura facial o las técnicas artesanales.

La segunda parte del libro, titulada "Proyecto y destino", se centra en el estudio de planes y materializaciones que buscaron modelar la desafiante naturaleza en estas tierras. El primer capítulo de esta sección aborda aspectos urbanos de la conquista y la colonización de América, que se amplían hacia temas menos conocidos, como la conceptualización territorial guaraní y las estrategias espaciales jesuíticas en Paraguay. En cuanto a lo primero, se destaca el análisis que hace Silvestri a partir del estudio de algunos autores de referencia, principalmente antropólogos que han profundizado en la noción de *tehoka*, el lugar donde habita el modo de ser guaraní, una estructura territorial que se caracteriza por tres elementos centrales: "la intimidad con el mundo natural; la ausencia de concentración demográfica –la ausencia de 'ciudad'–; la apertura del lugar por la palabra" (p. 195), un sistema que fue alterado por la conquista en el período colonial y republicano. Silvestri duda sobre este concepto, que parece ser reciente y que proyectaría así los tópicos actuales sobre las características del "habitar originario" (pp. 195-196). El riesgo del anacronismo en el análisis histórico de los mundos indígenas es una duda persistente para la historiadora en este libro, en el que aborda la cultura guaraní principalmente a partir de un contundente aparato crítico antes que desde una experiencia etnográfica propia. La parte final de este capítulo vuelve sobre aspectos más conocidos acerca del modo de habitar guaraní, como es la estrategia urbano-arquitectónica de los jesuitas en Paraguay, en la que se expone la intervención europea y cristiana en estos territorios. El libro vuelve sobre los canales propios de la historia cultural en el segundo capítulo de esta sección, en el que a partir de fuentes filosóficas y ensayísticas se analiza el problema que sugiere la abundancia de espacio y la ausencia de concentración de población en América. Aquí la autora problematiza en torno a la idea de Hegel, tratada también por Ortega, según la cual las vastas extensiones americanas dificultarían la producción de una civilización. El recorrido que establece Silvestri la lleva a indagar en cuestiones como las técnicas de ocupación del territorio norteamericano o la producción político-paisajística en la Argentina, planteando analogías y distinciones entre la Pampa y la Patagonia. Silvestri lleva adelante sus ideas poniendo en discusión lo mejor de la ensayística territorial, género de tanta trascendencia en la literatura argentina del siglo xx, prolífico además en la conexión de ideas que vinculan la

política con el paisaje. El tercer capítulo, titulado "El canal sudamericano", es un breve ensayo dedicado a estudiar los sueños y proyectos para establecer una conexión fluvial a escala continental en Sudamérica. La idea de establecer canales que conectaran las grandes cuencas fluviales del continente es tan antigua como la misma formación de las naciones poscoloniales. La posibilidad de conectar a través de canales las cuencas del Orinoco y del Amazonas fue una idea de Humboldt que intentó ser concretada oficialmente por el Estado de Venezuela, bajo la dirección del ingeniero y cartógrafo Agustín Codazzi. Pero la expansión del mercado del caucho es lo que alimenta la imaginación técnica latinoamericana y los esfuerzos de algunos empresarios y técnicos de establecer conexiones fluviales, como lo hizo Carlos Fitzcarrald en Perú, inspirador de la gran película de Herzog. Los proyectos de arquitectura y de arquitectura del paisaje se hacen presentes en el último capítulo de esta parte. Se trata de la única sección del libro en que la disciplina de origen de la autora ocupa el lugar central. El viaje sudamericano de Le Corbusier a fines de la década de 1920, que se estructura justamente en torno a algunas de las principales ciudades de los territorios desubicados que se analizan en el libro (Buenos Aires, Asunción, Montevideo, Río de Janeiro), se conecta con otros capítulos a través de la reflexión que suscita en los proyectos del arquitecto moderno la línea serpentina, por ejemplo, en sus planes para algunas de las ciudades sudamericanas. Las líneas curvas terminarán convirtiéndose en una marca de la arquitectura moderna local, expresándose con gran contundencia en la obra de referentes de estas disciplinas a nivel global, como fueron Oscar Niemeyer o Roberto Burle Marx, algunas de cuyas obras son atendidas por Silvestri.

La tercera parte del libro, titulada "Deslindes", continúa con una exploración sobre la línea y sus porosidades, atendiendo en primer lugar a la idea de la frontera, tal como fue planteada a fines del siglo XIX por Frederick Jackson Turner, invirtiendo la hipótesis de Hegel y estableciendo la idea de que la abundancia de terrenos es clave para la formación de nuevas civilizaciones (pp. 299-300). Como contrapartida a la extensión de las tierras bajas, Silvestri recorre la complejidad y la densidad cultural del contexto andino para explorar la producción político cultural que vincula una teoría europea, el marxismo, con las derivas intelectuales sudamericanas que renovaron las miradas indigenistas críticas con el mestizaje, en Mariátegui y Arguedas, o con los proyectos revolucionarios que se gestaron en los periplos sudamericanos del Che Guevara. Un tercer punto se establece en la producción de una identidad mestiza, que reivindica la mezcla cultural, en los análisis brasileños de autores como Gilberto Freyre y Sérgio Buarque de Holanda. El segundo capítulo de esta sección supera el estudio de las representaciones plásticas y literarias en que se ha concentrado el estudio histórico cultural de los paisajes, dando pie a un hermoso estudio sobre los paisajes sonoros en el Río de la Plata. El chamamé, ritmo popular de las regiones paranaenses en la Argentina, extendido por el sur de Brasil y Paraguay y por el oriente de Bolivia, ocupa la primera sección de este capítulo, para luego continuar con las representaciones que se observan en el más urbano de los ritmos musicales de Buenos Aires y Montevideo, epítome de la vida de los barrios, de los conflictos, de la mezcla, de la migración y de la melancolía moderna: el tango. Tipos urbanos ya extintos como el malevo o el gaucho son atendidos por la autora a la luz de las interpretaciones de Jorge Luis Borges, otro protagonista de este capítulo dedicado a la música. Para finalizar, el capítulo titulado "Metafísica guaraní" aborda las interpretaciones de la cultura guaraní construidas desde la visión de autores como Pierre Clastres y Eduardo Viveiros de Castro. En esta parte final del libro Silvestri observa nuevas maneras de comprender las formas de vida guaraní, como la expansión territorial o la insumisión al trabajo, que desde perspectivas europeo-capitalistas podrían ser consideradas antisistémicas. La ocupación y la explotación del territorio, la amenaza que se cierne sobre la Amazonia y los dilemas socioecológicos que suponen la crisis ambiental actual, las identidades indígenas y su lugar en las naciones sudamericanas son algunas de las reflexiones con las que se cierra el libro.

Con *Las tierras desubicadas*, Graciela Silvestri nos propone una lectura de paisajes que trascienden las fronteras políticas y los tiempos acotados. La historiadora va urdiendo en su ensayo ideas espaciales provenientes de un corpus variado y denso que vincula la filosofía con la historia y las disciplinas del diseño, el arte, la literatura, la antropología y las reflexiones que no se enmarcan en ninguna disciplina específica, como es el conocimiento guaraní. Un problema de investigación en apariencia inasible como es la producción del territorio en el tiempo y las claves culturales con que lo interpretamos convertido en paisaje requiere estas miradas amplias y al mismo tiempo eruditas que ofrece Silvestri en este libro, que con toda seguridad se convertirá en un trabajo ineludible para comprender los paisajes fluviales de Sudamérica.

Rodrigo Booth
Universidad de Chile

Sebastián Rivera Mir,
Edición y comunismo. Cultura impresa, educación militante y prácticas políticas (México, 1930-1940),
Raleigh, A Contracorriente, 2020, 286 páginas

En *Edición y comunismo* Sebastián Rivera Mir explora la relación entre las izquierdas mexicanas y sus labores editoriales; más puntualmente, las prácticas editorialistas del Partido Comunista de México (PCM) y su papel en el proceso de consolidación partidaria en los años treinta del siglo XX. La noción de *prácticas editoriales* funciona en el libro como un prisma útil para explorar la historia del PCM. Siguiendo a Roger Chartier y Robert Darnton, Rivera Mir las define como un campo de acción múltiple, relacionado con la "elaboración, producción y circulación del material impreso, a través de un proceso colectivo que combina tanto elementos técnicos y comerciales como políticos y sociales" (p. 193). La noción refiere así al diseño de colecciones, la edición de contenidos, el cuidado de la gráfica o la elaboración de paratextos; también a las diversas tareas "artesanales" asociadas a la impresión y a las prácticas de difusión y lectura de los materiales publicados.

Rivera Mir presenta su estudio del libro y la edición comunista en México como una contribución a la historia política; su enfoque le permite explorar procesos y dinámicas poco atendidas por la historia oficial del PCM y por la historia tradicional de las izquierdas mexicanas. De un lado, el papel de una serie de sujetos y "actores menores" que, detrás de los espacios formalizados del partido, contribuyeron a forjar a través de su práctica editorialista la vida de la organización: editores, traductores, diseñadores, autores de manuales, obreros gráficos en todas sus variantes. Por otro lado, dado que el libro era concebido como un instrumento de formación ideológica, organización interna y comunicación con un destinatario concreto (militante o no), seguir sus emprendimientos editoriales le permite a Rivera Mir explorar la trayectoria política e ideológica del PCM, tanto como las dificultades y límites que este encontraba en su accionar cotidiano. Si la historia de la difusión del marxismo en América Latina tendió a oscilar entre el estudio de las ideas y el de las organizaciones obreras, la perspectiva adoptada por el autor –el trabajo de Horacio Tarcus se revela aquí un antecedente decisivo–[1] permite ir al encuentro entre el mundo de las ideas y el de la acción política. Lejos de ser espontánea (o su éxito estar garantizado de antemano) la confluencia entre pensamiento y acción se realiza a través de un tipo particular de mediación: la actividad de los intelectuales, entre ellos, quienes se dedican al trabajo de pensar, hacer y lanzar libros al universo indeterminado de los lectores.

El trabajo de Rivera Mir participa así de una comprensión renovada de la historia política que se encuentra, o mejor, se beneficia, de las orientaciones de la nueva historia intelectual. Si esta subraya el carácter contingente de las ideas y su rol activo en la producción de lo político, su llamado "giro material" permitió poner el foco en el estudio de los soportes materiales y las prácticas de los sujetos que le dan forma y alcance.

Más allá de estas orientaciones generales, la historia de las izquierdas y del comunismo en particular ha prestado en los últimos años especial atención al mundo impreso. Rivera Mir sigue con provecho las hipótesis de Régis Debray en torno al lazo vital que unió la historia del socialismo con la de la imprenta. Para el intelectual francés, el ciclo vital de las izquierdas y el de la palabra impresa forman dos caras de un mismo proceso. El libro, el periódico o la escuela fueron reminiscencias de una cultura práctica que precedió a los programas políticos. O de otro modo: el socialismo fue un

[1] Horacio Tarcus, *Marx en Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos,* Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

producto artesanal antes de convertirse en una mentalidad. Según Debray las dinámicas editoriales alentaron el desarrollo de una cultura común, tanto por las ideas y valores que promovían como por los elementos prácticos y conectivos que la actividad demandaba en su quehacer cotidiano.[2]

Ahora, si bien Rivera Mir hace de las hipótesis de Debray una orientación teórico-metodológica, su investigación pone de relieve las particularidades que asumió en México la asociación entre el socialismo y la imprenta. En un país en el que hacia la década del treinta del siglo pasado solo el 6% de la población había terminado la escuela primaria (p. 123), la práctica editorialista se revelaba una acción modernizadora tanto como una empresa mestiza: la palabra impresa supo combinarse en la edición comunista con medios y estrategias de comunicación que hacían de la imagen su recurso privilegiado: el cartel callejero, el dibujo impreso o el mural. Sin plantearlo explícitamente, la investigación de Rivera Mir relativiza la periodización propuesta Debray y la exclusión que establece –eurocentrada o tecnologicista– entre la *grafosfera* y las diversas manifestaciones de la cultura visual.

Por las características de su objeto, el estudio de las prácticas editoriales del comunismo mexicano demanda el uso de diferentes escalas de análisis. Rivera Mir sigue la observación de Adriana Petra, quien se refirió al movimiento comunista del siglo XX como una "internacional de papel", por el peso que asumieron las actividades editoriales en su expansión a lo largo del globo.[3] *Edición y comunismo* se inscribe así en una corriente de estudios transnacionales que, al señalar los límites de la escala nacional como medida de análisis, demanda pensar conexiones entre procesos locales, regionales y globales. Rivera Mir diferencia no obstante dos dimensiones de análisis. De un lado, sitúa las actividades editoriales del PCM en relación con la política de la Internacional Comunista para América Latina. De otro, considera la propia dinámica del mundo editorial hispanoamericano, irreductible a una dimensión nacional y, lógicamente, a las directivas provenientes de Moscú. El estudio de la edición comunista en México se sitúa así en un punto de intersección entre las directivas de la Comintern, las definiciones del PCM en relación con la coyuntura mexicana, y, finalmente, las dinámicas al interior de ese "triángulo" editorial que en el período conformaban España, México y Argentina, los centros de irradiación del libro en el mundo de habla hispana.

En el juego de estas variables y escalas Rivera Mir incorpora con provecho un actor adicional: el Partido Comunista de Estados Unidos (PCEU). A mediados de los años treinta, en el contexto de la salida de la clandestinidad y de la llamada política de "unidad a toda costa" (el fin de la política de "clase contra clase" pronto se transformaría en apoyo al cardenismo), el PCM creció en cantidad de militantes y simpatizantes. Se planteó entonces reforzar su labor editorial para cohesionar al partido y llegar a un público más amplio que el de los militantes. Entre una serie de iniciativas partidarias y semioficiales se destacó la labor de Alexander Trachtenberg, enviado a México por el PCEU. La presencia de Trachtenberg, antiguo director de International Publishers, la principal casa de edición de la Internacional Comunista en el continente, fue una de las claves para comprender el esfuerzo editorial del PCM en el período. Entonces, observa Rivera Mir, sus publicaciones se ampliaron y diversificaron, mostrando una presencia mayor de autores mexicanos (prácticamente ausentes en el período anterior), quienes apuntaban a pensar problemas de la coyuntura nacional. Aun cuando la impresión de autores extranjeros siguió siendo predominante, distintas intervenciones editoriales –fundamentalmente en los aparatos paratextuales– se esforzaron por adaptar o "traducir" la bibliografía marxista a la realidad mexicana.

Edición y comunismo sortea las limitaciones que plantea el

[2] Régis Debray, "El socialismo y la imprenta, un ciclo vital", en *New Left Review*, n° 46, Londres, julio-agosto de 2007, pp. 5-26.

[3] Adriana Petra, "Hacia una historia del mundo impreso del comunismo argentino. La editorial Problemas (1939-1948)", en A. Granados y S. Rivera Mir (coords.) *Prácticas editoriales y cultura impresa entre los intelectuales latinoamericanos en el siglo XX,* México, El Colegio Mexiquense, 2018, pp. 99-126.

acceso a materiales documentales sobre la actividad editorial del PCM en el período. La inexistencia de catálogos, la pérdida de ejemplares, los escasos registros sobre los principios que organizaron las iniciativas editoriales, la falta de datos sobre tiradas y ventas, dificultades habituales en la historia del libro y la edición, se vuelven obstáculos mayores cuando se trata de explorar la actividad política o intelectual de actores subalternos, con poca capacidad de sistematización y conservación de su accionar. Consciente del problema, Rivera Mir utiliza una serie de estrategias: apunta a reconstruir los catálogos a través de un seguimiento casi artesanal en bibliotecas y librerías; recurre a testimonios o memorias de los involucrados; utiliza los archivos de la acción represiva estatal; sigue atentamente los paratextos que enmarcaban las ediciones y las publicidades editoriales en la prensa comunista. Las dificultades aumentan a la hora de explorar las prácticas de lectura y de interrogarse por la eficacia del trabajo editorial. También aquí Rivera Mir sigue una diversidad de pistas. Entre otras, dedica un capítulo a relevar las publicaciones anticomunistas del período (su proliferación señala la fuerza que había adquirido el trabajo editorial del comunismo en el escenario político cultural mexicano); sigue marcas de lectura en una muestra de ejemplares (dedicatorias, subrayados, comentarios); revisa el programa de un curso de formación del Partido Comunista chileno a inicios de los años treinta, para rastrear el origen de los títulos que se estudiaban (y por ende la circulación del libro comunista en la región). Otro indicador: la polémica que la prensa comunista desplegó contra las publicaciones que editaba Rodrigo García Treviño, un exmilitante del PCM que había lanzado su propia editorial de orientación marxista, revela no solo discrepancias en torno a la orientación política o la interpretación de la tradición, sino también la existencia en el período de una intelectualidad marxista en construcción y la ampliación y dinamización de las actividades editoriales de la izquierda mexicana. El seguimiento de las trayectorias de Trachtenberg o Treviño son relevantes en la perspectiva de Rivera Mir: iluminan la agencia social, esto es, la actividad de los sujetos y actores (muchos de ellos olvidados o ni siquiera registrados por la escritura de la historia) detrás de la producción intelectual y la circulación de ideas.

La historia de la edición comunista mexicana de los años treinta del siglo XX, concluye Rivera Mir, arroja algunas paradojas. Si pareció haber tenido un impacto menor al esperado en el plano de la recepción de las ideas marxistas, el balance es diferente si se trata de evaluar cómo las prácticas editoriales potenciaron la acción política de los implicados. A inicios de los años 40, afirma el autor, la militancia comunista fue incapaz de sostener las empresas editoriales que habían surgido durante el cardenismo. Se iniciaba en México un ciclo de expansión y modernización de la industria editorial, potenciado por la promoción estatal, el aumento del universo de lectores y la recepción de un contingente de exiliados españoles que se volcaron al mundo del libro. Cuando México comenzaba a ocupar un lugar destacado en la edición marxista en la región, las iniciativas comunistas, paradójicamente, se encontraban apagadas. Los esfuerzos editoriales de los años 30, no obstante, fueron para Rivera Mir un componente esencial para comprender el devenir de los actores durante los años siguientes. Y aquí entonces otra paradoja: el esfuerzo editorial del PCM contribuyó a mediano plazo menos a fortalecer la organización partidaria que a fortalecer a las izquierdas mexicanas y continentales. Si Carlos Illades afirma que el marxismo estructuró el ámbito intelectual mexicano en el siglo XX,[4] con su investigación Rivera Mir revela otra arista del fenómeno: el análisis de las prácticas editoriales del comunismo mexicano durante la década de 1930 coloca a sus militantes, obreros, sindicalistas, maestros y artesanos en el centro de la formación histórica del país.

Mariano Zarowsky
Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de San Martín / CONICET

[4] Carlos Illades, *El marxismo en México. Una historia intelectual,* México, Taurus, 2008.

Tanya Harmer,
Beatriz Allende: A Revolutionary Life in Cold War Latin America,
Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2020, 384 páginas

Hace ya unos lustros que proliferan las biografías escritas por historiadores. El resurgir tomó a muchos por sorpresa. Durante algunas décadas, el género había caído en desuso en medios académicos, asociado a las viejas formas de la historia política centradas en los grandes personajes, sus acciones, y en el examen de rasgos psicológicos que, en desmedro de los factores estructurales de más larga duración, hacían foco en la "espuma de los acontecimientos". La más reciente resurrección de las biografías escritas por profesionales de la historia se pretende diferente. Lejos de iluminar la excepcionalidad de un puñado de hombres trascendentes, presentados como verdaderos artífices de su tiempo, aspira a tensionar la relación entre lo individual y lo colectivo para dar cuenta del "horizonte de posibilidades latentes" de una época, para usar la feliz expresión de Carlo Ginzburg al hablar de su Menocchio.[1]

La amena biografía de la militante chilena Beatriz Allende escrita por la historiadora británica Tanya Harmer está en armonía con este movimiento historiográfico ahora bien afianzado en espacios académicos de reconocido prestigio. Por otra parte, los aportes de Harmer sobre la Guerra Fría en América Latina, incluyendo su excelente análisis de la encrucijada internacional del gobierno del padre de Beatriz, Salvador, y sus repercusiones en el ciclo autoritario del Cono Sur en los setenta, la ponen en el centro de la renovación de los estudios sobre ese conflicto global producida en las últimas décadas al norte y al sur del planeta.[2] Su nuevo libro nace de ese mismo impulso por entender la Guerra Fría en el subcontinente y sus objetivos están mayormente ceñidos a ese marco conceptual.

Los diez capítulos avanzan por la vida de Beatriz desde su nacimiento hasta su muerte, las dos fronteras obvias de toda peripecia vital. La narrativa levanta vuelo y se vuelve densa en su capacidad explicativa cuando esa peripecia toca los conflictos de la generación que se inició a la militancia en los años sesenta, que Harmer detecta y desmenuza con precisión crítica. En los primeros apartados, los que tratan de la infancia y temprana juventud, esto sucede poco. Los avatares de esos años solo se encienden cuando se los puede relacionar con etapas posteriores de una trayectoria que adquiere sentido en el compromiso revolucionario. Claro que, como bien explicó Pierre Bourdieu, la selección y el recorte son intrínsecos a la "ilusión biográfica" que implica narrar cualquier vida.[3] Así, infancia y adolescencia aparecen signadas por la relación con su padre, de quien habría heredado la pasión por la política y la vocación por la medicina. La escasez de rastros documentales y los sesgos de los existentes redoblan el peso de los recuerdos que Harmer recoge, filtrados por el tamiz de sus urgencias revolucionarias posteriores. En síntesis, la pequeña Beatriz, la preferida de Salvador, aparece en estos primeros capítulos principalmente como el germen de la mujer que este relato trata de reintegrar a nuestra compresión de la Guerra Fría latinoamericana.

Al promediar el libro, cuando Beatriz va desplegando su personaje adulto, este abordaje muestra su verdadero potencial. Sus decisiones, sus interacciones, sus conflictos internos, sus logros y fracasos se vuelven así excelentes ventanas para que Harmer

[1] Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Península, 2011, pp. 21-22.

[2] Véase Tanya Harmer, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2011.

[3] Pierre Bourdieu, "La ilusión biográfica", *Historia y Fuente Oral*, n° 2, 1989.

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1332

ofrezca su perspicaz comprensión de la Guerra Fría.

Esta visión, que empezó como una crítica de las miradas más tradicionales del conflicto como un enfrentamiento entre dos superpotencias, se ha ido imponiendo progresivamente entre sus analistas, en gran medida gracias a historiadores de la generación de Harmer, pioneros en el estudio de los actores locales, los tránsitos transnacionales y las apropiaciones culturales que matizaron la visión polarizada de épocas anteriores. Estas novedades aparecen en el libro de modo diáfano, mostrando hasta qué punto muchos postulados polémicos son ahora un nuevo sentido común, al menos en la academia. Y esta constituye una de las virtudes del texto: que seguramente logre difundir más allá de los especialistas, y con un lenguaje accesible, un arco contundente de críticas a las visiones muy centradas en los debates ideológicos y las estrategias políticas que transmitieron los protagonistas.

Tomemos por ejemplo la forma en que emergen los supuestos dilemas definitorios de las izquierdas latinoamericanas en los años sesenta del siglo pasado, siempre en pares antagónicos: reforma vs. revolución, vía legal vs. vía armada, vieja vs. nueva izquierda, nacionalismo vs. internacionalismo, transformación individualista vs. compromiso colectivo con el cambio... Tal como la pinta Harmer, la peripecia de Beatriz Allende da cuenta de más matices y muchos más puntos de encuentro de los que esas dicotomías ofrecen. Estuvo signada más por decisiones contingentes que por marcos ideológicos preexistentes.

Veamos algunos momentos analizados con gran pericia. Sus primeras incursiones políticas como estudiante en la Universidad de Concepción coincidieron con etapas formativas de una nueva izquierda en Chile. Las demostraciones antiimperialistas y las acciones en poblaciones pobres la acercaron a quienes fundaron el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) y defendieron la vía armada. Pero eso no impidió que participara de las campañas electorales de su padre, candidato presidencial del viejo Partido Socialista (PS). Para mostrar aún más complejidades, propició desde el PS la creación de un grupo armado para apoyar al Ejército de Liberación Nacional promovido por el Che Guevara en Bolivia. Los ejemplos son biográficos y corresponden a una trayectoria extraordinaria por su cercanía a espacios de poder, podría argumentarse. Pero, como sabe cualquiera que haya estudiado con cierta distancia esos años, los encuentros entre personas, grupos y modos de lucha de las viejas y las nuevas izquierdas fueron una característica central del proceso político chileno, así como del uruguayo y otros en el continente, rasgo no siempre resaltado por quienes disputaron y primero analizaron esas posiciones. Al narrar la vida de Beatriz, Harmer logra hacer patentes esos aspectos sin necesidad de abundar en debates políticos, teóricos o historiográficos.

Otra muestra de la capacidad de la autora para enriquecer la mirada sobre esos años turbulentos es el examen de los determinantes generacionales y de género en una trayectoria militante. Harmer señala que su calidad de "hija de" le permitió a Beatriz un precoz destaque en las redes revolucionarias del continente. Pero, también muestra cómo parentesco y condición femenina fueron obstáculos para la plena realización de su voluntad combatiente. Por ser quien era pudo encontrarse con los líderes cubanos, visitar la isla y entrenarse para usar el arma que le regaló Fidel Castro. A la vez, esas condiciones hicieron que su papel quedara muy limitado –en cuanto pieza clave y protegida de la relación de Salvador Allende con la dirigencia revolucionaria– a hacer de nexo y habilitante logístico de operaciones en las que finalmente no pudo participar plenamente. De algún modo, desde el punto de vista personal, el resultado más importante de todas esas actividades habría sido la relación sentimental con Luis Oña, integrante de los servicios cubanos que coordinaban con las guerrillas latinoamericanas.

La subordinación de lo personal a lo político que se ha postulado frecuentemente al analizar las izquierdas de los sesenta resulta en esta vida complejizada, principalmente a través del prisma del género. Esto se nota especialmente en el último tercio del libro. Por ejemplo, el capítulo siete se abre con el camino a la victoria de la Unidad Popular en 1970 y el flamante gobierno de Allende. En un comienzo, esas páginas muestran a Beatriz en su esplendor, como la persona más apta para acercar a las diferentes posiciones de la izquierda chilena gracias a su

lugar como depositaria de la confianza del presidente y amiga cercana de los sectores más radicales. Desde esa perspectiva, la historia del gobierno socialista de Chile es más la de la convergencia entre diversas visiones de la revolución que la de los cismas y antagonismos tantas veces enfatizados para aportar a la explicación de su fracaso. Esa misma Beatriz es también una hija dispuesta a comprender los dobleces de la vida sentimental del presidente sin cuestionar el sexismo implícito en sus relaciones con mujeres.

En un segundo tiempo, empero, como corolario de este proceso, aparece una imagen diferente. El día infausto del golpe de Pinochet, el 11 de setiembre de 1973, estaba en La Moneda, embarazada de cinco meses y con la metralleta Uzi que Castro le había regalado en la mano. Al describir el momento dramático en que su padre le ruega y ordena que se vaya, Harmer vuelve a enfatizar con agudeza las limitaciones de su condición, tanto por una visión sexista de la militancia como por la intensidad de un afecto que trataba de salvar la vida de su hija y descendencia. No es una historia de buenos y malos, de héroes y villanos, de jóvenes y viejos, de personeros y víctimas del patriarcado, sino el drama de varias generaciones de latinoamericanos que trataron de transformar sus sociedades desde las ataduras y los compromisos de esos mismos contextos.

Los últimos capítulos reportan el exilio en Cuba y los esfuerzos por organizar la oposición a la dictadura. Aparece acá otro conjunto de asuntos importantes en el estudio del arco completo de la Guerra Fría: el desenlace autoritario del ciclo revolucionario, los esfuerzos por dar sentido a las brutales experiencias represivas y las dificultades para reconstruir política y simbólicamente las promesas de cambio de las izquierdas derrotadas. Este tramo es más denso en fuentes documentales (las de etapas anteriores muchas veces destruidas por los mismos avatares políticos que las produjeron). Es visible el desencanto, como una suerte de bajón del subidón revolucionario, pero también como una visión más descarnada de las limitaciones de cualquier utopía: los contrastes en las condiciones de vida en la isla entre los gobernantes y los simples ciudadanos, el machismo de una sociedad que se proclamaba socialista, los enconos de la derrota entre las facciones de la oposición chilena... La decisión de la dirigencia cubana de negar el suicidio de Allende y la insistencia en que Beatriz lo representara en público fueron parte de esas mismas complicaciones internas para dar sentido a una nueva etapa. Con los proyectos colectivos despedazados, lo personal tomó preminencia y la enfrentó a decisiones que parecían volverse en su contra: no sabía llevar adelante las tareas domésticas, no quería limitarse a su rol de madre, no encontraba solaz en una relación de pareja desgastada. La decisión del suicidio tuvo que ver con todos esos desencantos. En 1977 lo hizo, nos cuenta Harmer, con el arma que Fidel le había regalado años atrás como promesa de un camino revolucionario que no se había hecho realidad.

Al terminar el libro queda una imagen renovada de la Guerra Fría latinoamericana. Sin perder la atención a la dimensión internacional, los paradigmas políticos y los grandes protagonistas, el texto abre espacio para la diversidad de actores e intereses que fueron resignificados por ese enfrentamiento universalizante. El foco biográfico habilita el despliegue de todos esos matices y contradicciones. A su vez, el esfuerzo de comprensión histórica permite explicar la vida de Beatriz sin reducir sus aristas de excepcionalidad. Hace ya dos décadas, otras aproximaciones en clave biográfica testimonial, como la de Daniel James y su Doña María o la de Florencia Mallon y su Rosa Reuque, buscaban las voces subalternas de la historia latinoamericana casi como respuesta a la disolución del sujeto revolucionario de anteriores narrativas históricas.[4] La "vida revolucionaria" de Beatriz Allende (como lo indica el subtítulo del libro) sugiere otras búsquedas. Harmer vuelve una y otra vez sobre el tema del archivo disponible para contar ciertas historias, y sobre la necesidad de incorporar otras experiencias paradigmáticas a los relatos más globales de la segunda mitad del siglo XX en América Latina. Parece hacerlo a conciencia de que su texto es el resultado de una renovación

[4] Daniel James, *Doña María's Story: Life, History, Memory, and Political Identity* (Durham: Duke UP, 2000) y Florencia Mallon, *When a Flower Is Reborn: The Life and Times of a Mapuche Feminist* (Durham: Duke UP, 2002).

historiográfica exitosa y con la esperanza de que sea también augurio de una renovada imaginación política. Sabe también que Chile ha sido campo experimental de muchos intentos transformadores de las sociedades latinoamericanas. Ningún historiador se animaría a decir que esto tiene algo que ver con que la hija de Beatriz y nieta de Salvador, Maya Fernández Allende, haya sido nombrada ministra de Defensa del flamante gobierno de Gabriel Boric.

Vania Markarian
Universidad de la República

Noemí Goldman (ed.),
Lenguaje y política. Conceptos claves en el Río de la Plata II (1780-1870),
Buenos Aires, Prometeo, 2021, 150 páginas

Este libro, que forma parte del proyecto y red de historia conceptual comparada del mundo iberoamericano (Iberconceptos) integrado por equipos de América Latina y Europa, es el segundo volumen del *Diccionario político y social del mundo iberoamericano*, dirigido por Javier Fernández Sebastián y publicado en el año 2014. Y también es continuación de *Lenguaje y revolución. Conceptos políticos claves en el Río de la Plata (1780-1850)*, también editado por Goldman y publicado en el año 2008 por la Editorial Prometeo.

Los datos de origen y proceso de construcción de este libro nos permiten situarlo en un contexto de diálogo académico dinámico y continuo en el que los conceptos políticos actúan como índices, metáforas, prismas y, por momentos, faros que dan luz y organización a momentos y sucesos convulsionados, como fueron la revolución y posterior configuración de la nación y la república argentinas. Y es que estos momentos del país dieron lugar a actores, espacios de poder y conceptos múltiples que fueron utilizados con heterogéneos significados. La gran riqueza de este libro está en el análisis preciso de las funciones y estrategias retóricas de esas palabras clave que los actores utilizaron con plena conciencia de buscar y encauzar objetivos políticos y sociales determinados.

Si bien este estudio presenta los conceptos políticos de *civilización, democracia*, *Estado*, *independencia*, *libertad*, *orden*, *partido/facción* y *soberanía* con un criterio alfabético, lo cierto es que, a lo largo de todas las entradas, los términos críticos se van entremezclando y reconstruyendo de forma polifónica y, sobre todo, rizomática. Es decir, retomando para este caso la propuesta de Deleuze y Guattari (1972), lo que vemos una y otra vez a lo largo de este libro (como también lo vimos en el primer volumen y en los dos tomos del *Diccionario* dirigido por Javier Fernández Sebastián) es que la función y la importancia de los conceptos políticos van de la mano de la carencia de un centro de poder que irradie un sentido homogéneo y preciso sobre lo que se deba decir, entender o comprender del lenguaje político. Para el caso, retomamos las observaciones de Fernández Sebastián quien, en el año 2011, hablaba de una avería del lenguaje y del tiempo que implicó la aparición de significados lábiles y una comprensión distinta del tiempo en el Atlántico hispánico: "de repente, algunas palabras cruciales se volvieron objeto de disputa: su valor y su significado eran una y otra vez contestados y puestos en tela de juicio".[1] Avería y aceleración de términos y tiempos que los actores políticos avizoraron y respecto de los que lucharon para establecer significados en un lenguaje político que pasó a disputarse en distintos espacios y que requirió hábiles estrategias retóricas para convencer a los receptores (sean pares letrados, comunidades políticas o pueblo / pueblos y, sobre todo, futuros ciudadanos).

Uno de los grandes desafíos que atravesó la política en el período que investiga este libro fue el de formar ciudadanos, es decir, configurar sujetos políticos capaces de detentar la soberanía de la nación y sostener el proceso de independencia con respecto al sistema colonial de la monarquía española. Al respecto, nos interesa el camino de significación y de diálogo entre los conceptos de *civilización*, *orden*, *partido/facción* e *independencia*, términos clave que analizan Geneviève Verdo, Fabio Wasserman, Nora Souto y Alejandra Pasino,

[1] Javier Fernández Sebastián, "'Cabalgando el corcel del diablo'. Conceptos políticos y aceleración histórica en las revoluciones hispánicas", en J. Fernández Sebastián y G. Capellán de Miguel (eds.), *Lenguaje, tiempo y modernidad: ensayos de historia conceptual*, Santiago de Chile, Globo Editores, 2011, p. 28.

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1333

respectivamente. El estudio de Verdo sobre el concepto de *civilización* se focaliza en cómo el uso del término realizó un viraje hacia la concreción tanto geográfica como político-social: "a lo largo del período ilustrado, se pasa de un primer uso de la civilización que refiere a una concepción universal de la historia, un proceso en el cual se incluye América, a un segundo uso que se refiere a una forma particular y propia de un país: en este caso, se pone en juego la definición de una identidad nacional, a través de la distinción entre Argentina y Europa" (pp. 13-14). Nos interesa el trabajo detallado de las fuentes que hace Verdo, en el que muestra cómo los autores y actores que emplearon el concepto trataron de "encontrar un lugar para el país en el curso de la historia de su tiempo" (p. 14). Esa labor significó considerar el término *civilización* como una acción y no como una mera palabra especulativa: "la civilización no solo supone un cierto nivel de educación sino también pautas determinadas de comportamiento y normas de convivencia, asociadas a nuevas formas de sociabilidad (p. 17). Este accionar civilizatorio se dio en un contexto político en el que los actores lucharon por conseguir *orden*. Rescatamos el análisis de Wasserman con respecto al significado múltiple y transversal de este término, que pocas veces se explicita. Wasserman muestra cómo el orden fue buscado intensamente por los actores políticos luego del proceso revolucionario, aunque con resultados desalentadores: "el concepto también podía invocarse como si tratara de un talismán capaz de conjurar los males desatados por la revolución […] Pero estos llamamientos fueron infructuosos, ya que los conflictos facciosos y regionales no hicieron más que arreciar" (p. 101). Las tensiones entre el uso del concepto como talismán y un contexto conflictivo y faccioso le permiten a Wasserman mostrar los distintos usos ambiguos del término por los gobiernos de turno. Así, el concepto devino por momentos en un disfraz o máscara hipócrita y ambigua con una carga polémica e ideológica (pp. 106-107).

En vínculo con los conceptos de *civilización* y *orden*, encontramos en el libro el de *partido/facción* que analiza Nora Souto y que nos permite indagar la conexión entre los actores políticos y el constante orden que buscaban. Al respecto, Souto muestra la problemática que este concepto albergó, especialmente a partir del proceso revolucionario, entre la necesidad de unidad y el sistema representativo de poder.

La búsqueda de unidad y organización para forjar un sistema representativo llevó a los actores políticos a repensarse, nominarse y configurarse como partidos o facciones en consonancia o divergencia con respecto al gobierno. Ese conflicto se estipuló desde el proceso de *independencia*. Término que hábilmente analiza Alejandra Pasino, quien realiza un recorrido por diferentes fuentes, especialmente de la opinión pública del período, para destacar la importancia de la politización del concepto como fuente legitimadora de un nuevo orden para el destino del país: "el uso genérico de la voz independencia y la necesidad de comprender su significado teniendo en cuenta las circunstancias, los motivos y los fines" (p. 62). Así, muestra los distintos usos que se le dieron al término en el correr de pocas décadas: como unificación de una nación en ciernes, como un peligro derivado de las revoluciones francesa, norteamericana y española, como emancipación y lucha por los derechos americanos, como vía necesaria para la construcción soberana del pueblo, entre otros. Es fundamental el análisis que realiza Pasino sobre el dilema que se vivió en el rosismo entre independencia "bien entendida" e independencia "mal entendida" que atentaba contra la armonía de la civilización y soberanía nacional (p. 68).

Como segundo camino de significación o cadena semántica, destacamos la conexión de los conceptos de *democracia*, *libertad* y *soberanía* que trabajan Elías Palti, Gabriel Entin y Noemí Goldman, respectivamente. Estos términos establecen el marco de comprensión, los límites de sentido, de los otros conceptos elaborados en el libro. Como el sustrato de legitimidad del rizoma de términos analizados en este volumen, estas entradas son por momentos las raíces y tutoras de los otros conceptos que configuran el sistema del lenguaje político. El rol particular de estos términos genera definiciones de carácter metodológico-reflexivo. Es decir, en las tres entradas la precisión en el sentido de los conceptos descubre y hace visibles y tangibles las

problemáticas que enfrenta la historia conceptual en lo referente a términos que actúan como redes que conectan otros conceptos, valores y sentidos, o como punto de referencia ineludible en el Río de la Plata a lo largo del siglo XIX: "Quebrado el orden tradicional, la democracia se volverá al mismo tiempo en un destino y en un problema" (Palti, p. 29); "Los múltiples usos de la libertad en el Río de la Plata se inscriben en campos semánticos integrados por conceptos clave sobre los cuales se articulan los lenguajes políticos durante un siglo, desde la creación del Virreinato en 1776 hasta los comienzos de la consolidación de Argentina como república federal en 1870" (Entin, p. 77); "El concepto de soberanía constituyó un verdadero concepto bisagra que apareció, hacia fines del siglo XVIII y buena parte del XIX en el Río de la Plata, dentro de una amplia red conceptual –en asociación o en tensión– con otros vocablos políticos significativos del período como pueblo/pueblos, nación, opinión pública, Estado, constitución, república, democracia, unidad y federación" (Goldman, p. 129).

En efecto, estos tres conceptos actuaron como bisagra en cuanto horizonte de expectativas y, simultáneamente, paradoja en relación con los sujetos políticos que detentaban el poder o que lo representaban y aquellos sujetos representados: "lo que la revolución legará al siglo XIX será un interrogante mucho más complejo y sutil y difícil de resolver: cómo producir la partición de la sociedad sin dislocar el sustrato igualitario que ahora constituye su fundamento" (Palti, p. 32). Por su parte, Entin retoma el aspecto multiforme y paradojal del concepto de *libertad*, término que en poco tiempo tuvo múltiples usos y funciones dependiendo del sector político o social que lo enarbolara o el tipo de gobierno que lo definiera. Así, observamos en esta entrada el pasaje de una libertad colectiva a una individual, la defensa de una "libertad democrática" respecto de una "libertad salvaje" (según la perspectiva de Esteban Echeverría), la libertad-civilización o "libertad práctica" (como la entendía Alberdi), la libertad moderna, la libertad de prensa, entre otras. Todo el rastreo que Entin hace a través de un largo listado de usos nos permite ver cómo el concepto de *libertad*, en clave metafórica para el resto de los términos analizados en el libro, fue utilizado como una máquina productora de sentidos diversos según los actores políticos que la definieron. En palabras de Alberdi (cita que retoma Entin): "la libertad es una máquina que como el vapor requiere para su manejo maquinistas ingleses de origen" (p. 89).

Para el caso del concepto de *soberanía*, último eslabón de esta tríada metarreflexiva, observamos cómo este término fue utilizado como arma o escudo de las formas de gobierno que buscaban legitimarse. Este funcionamiento dialoga con el de la configuración del sentido preciso de "soberanía popular" que Goldman indaga a través de los distintos momentos políticos nodulares del período de 1810 a 1870.

Finalmente, nos encontramos en el libro con el concepto de *Estado*, que es abordado por Oreste Carlos Cansanello. Este investigador analiza el pasaje del uso del término de una forma de organización local y ligada a menesteres administrativos a constituirse en concepto totalizador del poder del gobierno y productor de leyes: "El gobierno, como tal, se convertía en un contenido incorporado al concepto totalizador del Estado constitucional […] la presencia activa del poder legislativo y el desarrollo del poder judicial convertían al Estado en un único centro creador de derecho con monopolio de la fuerza" (p. 55). Consideramos a este concepto como en un estrato intermedio entre el primer camino de significación que analizamos (civilización, orden, partido/facción, independencia) y el segundo estrato (o sustrato) de significación (democracia, libertad, soberanía). El concepto de *Estado* aúna y les da un borde político-legal a los demás conceptos vistos, es decir, habilita y organiza las prácticas políticas en las que los otros conceptos serán utilizados de forma polémica y paradójica.

Este libro expone, analiza y vuelve palpables las problemáticas que aquejaron a los actores políticos a la hora de hacer uso de determinadas palabras clave, pilares del lenguaje político que configuró, con obstáculos y vaivenes, a la República Federal Argentina.

Mariana Rosetti
Universidad de Buenos Aires / CONICET

Magdalena Candioti,
Una historia de la emancipación negra. Esclavitud y abolición en la Argentina,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2021, 272 páginas

El reciente libro de Magdalena Candioti es una interesante contribución historiográfica que arroja luces sobre la presencia de africanos, africanas y sus descendientes y el proceso de abolición de la esclavitud en el territorio de la actual Argentina. A través de un hábil manejo de la historiografía y de un riguroso trabajo de fuentes históricas, la autora logra transportarnos a un Río de La Plata que contaba con una importante presencia de personas africanas y afrodescendientes y en donde se conquistaron libertades y opciones de movilidad social a partir del uso de estrategias como la manumisión, el ingreso a los ejércitos, el uso de las leyes de abolición gradual y la construcción de solidaridades afrodiaspóricas.

Este texto se encuentra articulado con varias discusiones que se han construido en las últimas décadas en los estudios sobre la esclavitud, su abolición y las diferentes experiencias y trayectorias de las poblaciones de origen africano en el continente americano. Aunque gran parte de estas historiografías se han concentrado en el período colonial, la autora aborda la primera mitad del siglo XIX conectando el proceso de abolición de la esclavitud en la Argentina con el proceso de construcción del Estado, de la nación, de la ciudadanía, de nuevos espacios y sociabilidades políticas.

Continuando discusiones que han puesto sobre la mesa las investigaciones de María Eugenia Chaves, Marcela Echeverri, Marixa Lasso, Alejandro de la Fuente, James E. Sanders, Ada Ferrer, entre otros, Candioti demuestra que la coyuntura independentista y los procesos políticos posteriores estuvieron imbricados con las incansables luchas por la libertad o por obtener mejores condiciones de vida que emprendieron las personas esclavizadas.

En *Una historia de la emancipación negra* la autora no solo dialoga con la historiografía sobre el Caribe y otros espacios sudamericanos, también discute con una historiografía nacional que se hizo aliada de ideas como el supuesto predominio europeo en la composición de la población argentina. En consecuencia, Candioti cuestiona tesis como la desaparición de las y los afroargentinos después de las guerras de independencia, la irrelevancia demográfica de las poblaciones de origen africano y la supuesta esclavitud benigna, asimilacionista y no conflictiva que tuvo lugar en el Río de La Plata.

Así mismo, reconoce los avances que han existido en las últimas décadas en el conocimiento sobre la historia afroargentina a partir de autores como Elena Studer, Lyman Johnson, Marta Goldberg, George Reid Andrews, Silvia Mallo, Miguel Ángel Rosal, Lea Geler, María de Lourdes Ghidoli, Erika Edwards, entre otros, y se señala que la contribución de este libro a estas discusiones historiográficas precisamente es la construcción de una perspectiva que aborde las distintas dimensiones del proceso de abolición de la esclavitud rioplatense.

La autora realiza una exhaustiva y rigurosa revisión de fuentes, como los registros judiciales, los notariales, la prensa, los partes de policía, la legislación y los debates intelectuales sobre la esclavitud y la abolición. Así, realiza un esfuerzo metodológico que combina el análisis de las escalas macro de eventos políticos, con las experiencias individuales y colectivas de las personas africanas y afrodescendientes. De este modo Candioti pone en diálogo la información que le ofrecen las fuentes "institucionales" con distintos indicios que le permiten aproximarse a una historia de los esfuerzos cotidianos de las personas de origen africano por obtener la libertad y reconstruir sus vidas fuera de la esclavitud.

Gracias a este esfuerzo metodológico, a lo largo de los capítulos se teje un interesante contrapunteo entre las medidas abolicionistas, la legislación

que regula y controla la vida de las personas libertas, los pronunciamientos políticos en torno a la participación en los ejércitos y los debates intelectuales, junto con los intentos de asimilación y el movimiento en redes de solidaridad entre africanos y africanas de Antonio Porovio, con las demandas de Josefa, Francisca, María y las vivencias del día a día de hombres, mujeres, niños y niñas africanos y afrodescendientes.

Este libro está dividido en siete capítulos. En el primer capítulo, titulado "Esclavitud y revolución: una agenda para la abolición", la autora reconstruye un panorama sobre la esclavitud en el Río de la Plata a finales del período colonial y revisa los cálculos demográficos existentes sobre la población de origen africano en este territorio, considerando las limitaciones metodológicas que existen para llegar a una cifra definitiva. Así mismo, identifica las diferentes experiencias que las personas esclavizadas vivieron en zonas rurales y urbanas del territorio rioplatense y reflexiona sobre el impacto de la revolución iniciada en mayo de 1810.

En un segundo momento, realiza un análisis de las leyes abolicionistas, demostrando que este proceso en la Argentina fue gradual, tuvo grandes limitaciones en nombre del derecho a la propiedad y se convertiría en un proyecto de control social a medida que se sancionaban nuevas restricciones a los hijos e hijas de personas esclavizadas. Finalmente, desarrolla el contrapunteo de registros descrito anteriormente, a partir de los expedientes judiciales que dan cuenta sobre las demandas de libertad, cartas de venta y matrimonio en la coyuntura revolucionaria. Así, demuestra que las personas esclavizadas utilizaron las retóricas políticas de la coyuntura revolucionaria y cómo la libertad y el trato hacia las personas esclavizadas se convirtió en ciertos contextos en un asunto político que derivó en un proceso fragmentario de deslegitimación de la esclavitud.

En el segundo capítulo, titulado "Libertos. Reglamentación, interpretación jurídica y usos políticos", Candioti revisa las reformas a las leyes de libertad de vientres y de prohibición del tráfico que limitaron su alcance. En particular, para hablar de la prohibición del tráfico se refiere tanto a legislación nacional como a la internacional y a casos individuales de personas esclavizadas.

Es interesante notar la existencia del Reglamento de libertos que regula los contenidos y formas de la libertad de los niños y niñas nacidas después de la ley de libertad de vientres de 1813. A partir de este, la autora discute sobre la figura jurídica del liberto y observa que esta fue muy similar a la esclavitud ya que se podía ser sujeto de compraventa y persistían las prácticas de explotación y violencia. Adicionalmente concluye que en realidad la ley de libertad de vientres se había convertido en un mecanismo para controlar y regular la vida libre y el trabajo asalariado de las personas emancipadas.

En el tercer capítulo, "Patronato. Entre la protección infantil y el trabajo no remunerado", se demuestra la fragilidad y ambigüedad de la condición de los niños y jóvenes emancipados, ya que las leyes de libertad de vientres de 1813 no necesariamente convirtió en libres a los niños nacidos en dicho año. Por el contrario, la figura del patronato permitió que las personas libertas fueran vendidas y compradas, separadas de sus familias, maltratadas y explotadas en diversos oficios e incluso que se convirtieran en parte de los miembros de los ejércitos nacionales.

En contaste, a partir de casos judiciales en los que las personas esclavizadas defendieron su libertad y la de sus familiares, se expone cómo el alcance de la libertad fue definido de forma casuística mediante negociación y lucha, en concordancia con una de las tesis del libro que afirma que la libertad de las personas esclavizadas fue conquistada y no concedida.

En el capítulo 4, titulado "Manumisiones negociadas: garantizar labores y cotizar amores", se aborda la manumisión como estrategia legal de emancipación, profundizando en las formas en las que los esclavizados negociaron su acceso a la libertad con dinero, servicios o sumisión. Por ello se explican la compra de la libertad, la manumisión graciosa, la negociación con los esclavistas sobre la obtención de la libertad y un proceso de trabajo asalariado de los esclavizados, más que de manumisión y emancipación total.

El capítulo 5, "Libres por la patria. Historia y microhistoria de la emancipación por las

armas y de las estrategias de movilidad social", explica cómo la participación armada abrió el camino a que algunos esclavizados accedieran a su libertad. Allí, Candioti construye nuevamente ese diálogo entre registros "institucionales" y registros biográficos, discutiendo sobre el reclutamiento de la población de origen africano durante y después de las guerras de independencia y reconstruyendo biografías de un grupo de africanos y afrodescendientes, hombres y mujeres, sus experiencias en la guerra, las solidaridades que construyeron y los conflictos que atravesaron.

El ejercicio de aproximación microhistórica que propone Candioti particularmente en este capítulo me parece un gran acierto metodológico ya que a través de la reconstrucción de la vida de Antonio Porovio y sus allegados y allegadas, logra aproximarse no solo a las prácticas de emancipación, sino a la forma en la que africanos, africanas y sus descendientes formaron familias entre ellos mismos, se asentaron en espacios específicos de los núcleos urbanos y combinaron la movilidad social y el "blanqueamiento" con el fortalecimiento en redes diaspóricas de gente de "naciones" africanas.

En el capítulo 6, "Los contornos de la inclusión imaginada", Candioti muestra las limitaciones legales, la regulación del sufragio y las restricciones a la participación política en la primera mitad del siglo XIX, discutiendo la hipótesis que señala que luego de la independencia las distinciones raciales en el Río de La Plata fueron insignificantes. Así mismo, se aproxima a las resistencias que africanos y afrodescendientes sostuvieron frente a los intentos de exclusión política, demostrando nuevamente que su lugar en el espacio político del Estado y la nación fue conquistado y no concedido por élites filantrópicas.

Finalmente, en el capítulo 7, "El debate abolicionista letrado y la abolición total", la autora referencia la ley definitiva de abolición de la esclavitud en la Constitución de 1853 y se pregunta por el contexto intelectual que posibilitó en ese momento la emancipación total.

A partir de una revisión de las producciones intelectuales de las élites argentinas en la primera mitad del siglo XIX, Candioti observa una especie de indiferencia por parte de los intelectuales rioplatenses frente a la esclavitud, ya que parecería que con las leyes de emancipación gradual el debate sobre la abolición hubiese quedado resuelto. Aunque existen pocas referencias, analiza intercambios como el de Gregorio Funes (1746-1829) con Henri Grégoire (1750-1831) hacia 1818 sobre el papel de Fray Bartolomé de las Casas en el tráfico de personas de África hacia América y su posterior esclavización, y el de Demetrio Rodríguez Peña (1811-1866) sobre la ilegitimidad del tráfico con argumentos jurídicos, religiosos, históricos y filosóficos similares a los presentes en las obras del viajero escocés Mungo Park (1771-1806), del abolicionista inglés William Wilberforce (1759-1833) y el español José María Blanco White (1775-1841), entre otros.

Gracias a esta revisión la autora identifica que existió una enorme distancia entre las experiencias de las africanas, los africanos y sus descendientes, y las retóricas de las élites sobre el fin de la esclavitud.

Una historia de la emancipación negra es sin duda un libro de consulta obligada para quienes se interesen por la historia de la esclavitud y su abolición en el Río de La Plata. Es también un texto fundamental para pensar los procesos de construcción de la nación en América Latina y cómo las y los sujetos subalternos se articularon a estos proyectos nacionales resistiendo o integrándose según su conveniencia. Finalmente, se trata de una obra con perspectivas teóricas y metodológicas que pueden orientar trabajos en otros espacios latinoamericanos y que deja abiertos problemas historiográficos para seguir profundizando.

María Camila Díaz Casas
Pontificia Universidad Javeriana

Pablo Martínez Gramuglia,
La forja de una opinión pública. Leer y escribir en Buenos Aires, 1800-1810,
Santiago de Chile, Ariadna, 2021, 298 páginas

En este libro, Pablo Martínez Gramuglia estudia la forja de la opinión pública en Buenos Aires. Y lo hace teniendo en cuenta el impacto del período revolucionario sobre las formas de interacción pública del período colonial. Para ello, no supone a ambos períodos como constructos estancos. Por el contrario, elige una perspectiva desde la que estudiar los cambios en las formas y objetivos de los discursos analizados. Para ello, propone estudiar la intersección de los modos de lectura, escritura y expresión entre 1800 y la revolución.

Es claro aquí que la temporalidad es clave, más aún porque el autor tiene muy en cuenta el desarrollo de la bibliografía secundaria al respecto. Así, el autor postula su análisis advirtiendo cómo en los discursos analizados había una evidente pulsión de futuro. Apostaban a un porvenir de esplendor al que se arribaría con el conocimiento y la razón ilustrada que justificaban las empresas periodísticas. Gramuglia logra valorar su objeto de análisis, y no cae en una mera reconstrucción de la historia de la prensa rioplatense. Detecta los cambios en los géneros y soportes materiales existentes, las adaptaciones en las formas de leer y escribir, así como también en las figuras de letrado que se construyen mediante esas lecturas y escrituras. Además, está atento a las modificaciones en las formas de circulación de los discursos en el espacio construido socialmente que constituye la opinión pública.

Martínez Gramuglia realiza una operación sobre los discursos que invita a un análisis de cruce entre un modo de entender la crítica literaria y la historia intelectual. Por una parte, sigue de cerca el peso del género biográfico en la constitución de una figura de autor, y por el otro, apela al análisis de conceptos como futuro, progreso o civilización para dar cuenta del peso de la matriz ilustrada en las conceptualizaciones de esos futuros como posibles.

De este modo, el inicio del proceso revolucionario en el Río de la Plata constituye un parteaguas en un universo de sentidos y prácticas que está por desmoronarse. Y a ello se suma la importancia de Buenos Aires como ciudad considerada como parte de un mundo "civilizado", entre otras características, porque posee una producción periodística propia. Gramuglia analiza temas relevantes para quienes se interesan por los estudios sobre la temporalidad y el concepto de futuro en el mundo iberoamericano del momento.[1] ¿Cuáles son los significados que los letrados otorgan a esos cambios? ¿Cómo se articularon las novedades políticas y culturales de los últimos años de dominación colonial? ¿Cómo se da sentido a la época vivida y quiénes emprendieron las tareas para dárselo? A los ojos de los letrados, Buenos Aires como capital poseía una carencia que parecía irresoluble a los sus ojos: la escasez de libros. La élite alfabetizada hizo de esta carencia el reconocimiento de una posibilidad: asumió el rol de ilustrar al público local, y de visibilizar la ciudad a los ojos del mundo.

Este seguimiento de la relación entre local-global es también importante porque vincula el caso rioplatense con una más amplia historia cultural del libro, como la línea ya clásica, y aún vigente, de Roger Chartier como principal referente. Así, Martínez Gramuglia se ocupa de la función de la letra impresa en la difusión de ideas útiles (tema asociado con el de la Ilustración iberoamericana), además de la conservación de hechos significativos para el lector futuro. Asimismo, tiene muy en

[1] Javier Fernández Sebastián, "Levantando los planos del porvenir. Sobre el advenimiento del futuro en el mundo hispánico", en F. Wasserman (ed.), *Tiempos críticos. Historia, revolución y temporalidad en el mundo iberoamericano (siglos XVIII y XIX)*, Buenos Aires, Prometeo, 2020, pp. 83-113.

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.133

cuenta los estudios de Jürgen Habermas sobre la vinculación entre prácticas de lectura y los cambios centrales asociados con el fenómeno revolucionario que dejaron una herencia activa en un proyecto político a largo plazo asociado a lo "liberal", democrático o moderno. Explora la idea de lectura y progreso implicándose mutuamente, la marca ilustrada de la lectura o ilustradora de la escritura, el hecho de escribir para ilustrar y leer para ilustrarse.

Gramuglia se pregunta sobre el lugar de una "literatura" en ese contexto, para proponer el sentido variable e histórico del concepto de "lo literario" poniéndolo en conexión con la temporalidad de los textos. El autor remite a la historia conceptual en su análisis de Reinhart Koselleck en torno a espacios de experiencias del presente y expectativas del futuro en donde literatura, escritura e impreso se resignifican en el Buenos Aires de la primera década del siglo XIX.

En el primer capítulo, analiza a los lectores y las lecturas de periódicos, considerados a partir de la necesidad de crear un público lector por medio de la primera prensa periódica porteña representada por el *Telégrafo Mercantil*, el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, y el *Correo de Comercio*. Enfoca el desafío ilustrado de ampliar el alcance de los textos escritos y el modo en que esos periódicos reforzaron su apuesta, para legitimarse en uno de los espacios más despoblados y pobres de la Corona española. En ese contexto, Gramuglia advierte la emergencia de la realidad de lo escrito como un modo de comunicación intra-élite, en un mundo de lo escrito múltiple y permeable; y con ello otorga un primer material para los interesados en la historia de los intelectuales: analizar la pulsión de futuro desplegada en un reducido grupo letrado sobre el que el autor también se detiene. Con ello pone en evidencia cómo se vieron afectados desde 1810 por una ampliación irreversible de su horizonte de expectativas. En este punto y en los capítulos siguientes el lector encontrará material significativo para incursionar en la historia de aquellos letrados que, dotados de formación intelectual, asumirían en poco tiempo el rol de publicistas, como planteara Jorge Myers. Aquellos que conformarían una categoría de escritor público puntual: el letrado patriota que habiendo participado al servicio de la monarquía española se vio obligado a ponderar y enunciar distintas alternativas para el futuro de sus lugares de origen o patrias.[2]

En este seguimiento de las apuestas sobre el futuro, tiene en cuenta de qué forma los contenidos bélicos reemplazaron gradualmente a los propósitos modernizadores. Gramuglia pone a la luz cómo la idea liberal de progreso ya no podía ser viable en el contexto transitado. Y cómo los letrados nucleados en la prensa asumen su nueva obligación de elogiar el valor y el patriotismo. Por ejemplo, en el *Correo de Comercio* el autor reconoce un cambio fundamental: el paso de la lectura a la escritura en sus lectores. Si bien los tres periódicos presentan a los "lectores débiles" como sus destinatarios, el *Correo* los incluye, responde a su interpelación, construye, dice Gramuglia, una relación que se verifica al punto de que los mismos lectores pasan a escribir y contribuyen a una ilustración general: lectores que toman "la pluma" y la palabra.

En este libro, la época de la prensa periódica en el Río de la Plata es considerada como aquella en que también madura la idea de escritura perdurable, o que se piensa a sí misma perdurable, potenciada como tal por la imprenta. Si bien los periódicos citados no lograron ser consumo cultural de los lectores buscados, el éxito radica en el logro de "algún público". De este modo, la lectura de la prensa sería una actividad ilustrada junto con la escritura como ilustradora. Lectura y escritura cumplen sus funciones como articuladores del sentido de la época.

Quizás uno de los principales aportes del libro sea su reflexión en torno del concepto que da sentido al libro: el de opinión pública. Una noción para la que el año 1810 y la guerra cierran una etapa para comenzar otra. En el capítulo segundo, es interesante el seguimiento de las producciones poéticas de la primera década del siglo XIX. Le resulta muestra de las certezas ilustradas que anunciaban un futuro promisorio, como podían ser los poemas de Manuel José de

[2] Jorge Myers, "El letrado patriota: los hombres de letras hispanoamericanos en la encrucijada del colapso del imperio español en América", en C. Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, volumen I (J. Myers ed.), Buenos Aires, Katz, 2008, pp. 121-144.

Lavardén. El caso elegido es su poema "Al Paraná". La estética neoclásica estaba al servicio de acceder a lectores dotados de libertad de interpretación, a ser conducida por los autores. La función pedagógica de la poesía pasaría así del discurso moral a promover una didáctica de la patria. Es decir: una escritura con intenciones pedagógicas que no deje lugar para una interpretación demasiado libre del mensaje a transmitir y que combina pertenencia a la monarquía española y fidelidad al rey. Los referentes de la "tímida" actividad literaria porteña como Lavardén, José Prego de Oliver, Domingo de Azcuénaga y Vicente López y Planes son ejemplos de cómo la politización de la vida en común se reflejaba en los textos escritos, aun en los versos, que permitían enfatizar ideas desde otros códigos y significantes. Una vez más las conexiones que pueden derivarse entre historia conceptual en torno a civilización, utilidad, progreso y otros en relación con la vida de los letrados involucrados son evidentes.

En el capítulo tercero, indaga acerca del proceso paralelo de legitimación de los autores. Se trataba de un nuevo criterio de valor encarnado en el patriotismo y el heroísmo militar, y no ya por el carácter de portadores de conocimientos europeos. Analiza las diversas intervenciones en la opinión pública siguiendo a diferentes autores. Muestra cómo estos fueron representantes de un cambio tanto significativo como gradual, que dio forma a una "opinión pública" en el sentido de una verdad transparente y compartida por todos. Los publicistas constituyen una categoría exitosa, en la que se apelaba a la opinión pública para legitimar tanto la vida como la obra. La tarea principal de estos fue definir la producción de textos publicables; su autoridad provino de un supuesto mejor acceso a la verdad, de su posibilidad de enunciar la opinión pública y volverla evidente. Para mostrar esta modificación, delinea algunas "figuras de letrado" para evitar la adopción de tipos ideales. Define así a Gregorio Funes como escritor erudito, a Manuel Belgrano como símbolo de letrado moderno y a Vicente López y Planes como poeta patriótico.

Por último, el capítulo cuarto reflexiona sobre la opinión pública poniendo en relación las variaciones entre prensa virreinal, inicio de las guerras revolucionarias y reacomodamientos de los letrados a la nueva realidad. Y cómo la *Gazeta de Buenos Aires* terminó por constituirse en eje de una opinión pública oficial y autorizada. El caso concreto de *La Gazeta* como medio oficial de difusión sintetiza el ideal solapado de unanimidad de opinión entre público y gobierno que se construye en las reformulaciones de un futuro positivo, esperado a través de los letrados impulsados por la fuerza de la guerra y no ya de la razón.

Gramuglia retoma la figura del publicista; la supone parte de una discursividad colectiva que la comunidad ha construido y que excede el propio saber de los letrados. Da pautas para pensar a la opinión pública como concepto acotado a un contexto específico en el que sufre una politización progresiva.

Adriana Milano
Universidad Nacional
de Rosario

Inés Yujnovsky,
Viajeros a la sombra de Darwin. Fotografías de la Patagonia a fines del siglo XIX,
Buenos Aires, Colección Pretéritos Imperfectos, ArtexArte, 2021, 178 páginas

El itinerario de Inés Yujnovsky, según escribe al final de su interesante libro, "ha estado guiado por la suposición que en el siglo XIX se daba mayor importancia a la cultura visual de lo que se ha supuesto", una hipótesis estimulante que la autora ejemplifica con *Viajeros a la sombra de Darwin*. Un título ¿retórico?, ¿metafórico? o ¿poético? que a la luz de su tesis fundamental resulta equívoco. Pero que parece funcionar si tenemos presente que los viajeros de fines del siglo XIX, cuyas experiencias y vestigios la autora aprovecha para fundar su investigación, efectivamente, como el naturalista inglés, exploraron la pampa y la Patagonia, produciendo abundantes testimonios de la realidad natural y cultural que observaron, y que representaron, también, a través de fotografías. Además de interesarse, al menos un par de ellos, por las evidencias de la historia geológica, natural y humana que el extremo sur del continente americano ofrece y que Darwin aprovechó para explicar la evolución por el mecanismo de la selección natural.

Lo dicho nos permite advertir que en este libro no solo se encontrará una historia elaborada a partir del análisis, la explicación y la interpretación del quehacer y las obras de Estanislao Zeballos, Francisco Moreno, John Bell Hatcher, Robert Lehmann-Nitsche y Clemente Onelli. También se verá una propuesta historiográfica que, utilizando agudamente la fotografía como fuente principal, permite a la autora formular una interpretación del carácter del siglo XIX, que invita, para comprenderlo cabalmente, a ir más allá de los registros escritos. En particular cuando se trata de estudiar procesos como el de la constitución de la nación, el ejercicio de la soberanía por parte del Estado, la apropiación de territorios y la dominación y exterminio de pueblos originarios, generalmente documentados a través de vestigios escritos que se centran en describir hechos, actos y formas, más que en representar objetivos, intereses, concepciones, mentalidades, es decir, lo intangible pero también lo real.

La historia que nos ofrece Inés Yujnovsky identifica y explica las imágenes, significados y representaciones que es posible deducir del estudio de las obras que los exploradores señalados elaboraron luego de recorrer la pampa y la Patagonia, reconocer su geografía, conocer a sus habitantes y describir sus especies, vivas y extintas. La historiadora interpreta vestigios de un quehacer, atribuyéndoles sentido más allá de lo coyuntural, las circunstancias de su registro o los intereses inmediatos de quienes los produjeron. En el texto estos se analizan como expresiones de un contexto histórico, un proceso político o el desenvolvimiento económico en el que se explica la Argentina de fines del siglo XIX. Releva así significados implícitos que los exploradores no explicitaron, entre otras razones, porque estaban normalizados en quienes actuaban, escribían y fotografiaban como hombres de su tiempo; esto es, imbuidos de la mentalidad propia del que se considera superior, civilizado, poseedor, dominador y con los medios y capacidades para captar, difundir y proyectar las características y condiciones de una región y su población. También buscaban certificar su potencial económico o decretar la extinción de un pueblo a través del artilugio de fotografiarlo y mostrarlo como objeto de conocimiento, rémora de un pasado antiquísimo, verdaderos fósiles humanos que así, paradójicamente, se invisibilizaban como sujetos y actores en la contemporaneidad.

A través de cuatro capítulos, Yujnovsky ofrece la autorrepresentación de los viajeros que reconocieron la Patagonia; cómo reconfiguraron el significado del espacio pampeano; el uso que hicieron de la fotografía para dominar a los araucanos, y el significado que atribuyeron al pasado de la pampa que, decretándolo

concluido, así como considerando muertas sus culturas originarias, quedaba habilitado para formar parte de un proceso histórico nacional y civilizatorio.

Tal vez *Viajeros a la sombra de Darwin* no se trate de una obra totalmente original en su temática (¿acaso alguna lo es?), sobre todo si consideramos el precedente que significa el libro de Marta Penhos, *Ver, conocer, dominar. Imágenes de Sudamérica a fines del siglo XVIII* (2005), que Yujnovsky reconoce. Lo central de la obra es la concepción de la fotografía como fuente esencial para el estudio de la representación, de la difusión de la "conquista", apropiación y dominio del "desierto", de la pampa, de la Patagonia y de sus habitantes. No se trata solo del estudio de las imágenes como dispositivo de control o manifestación de dominio, es sobre todo la interpretación de la vista, y de uno de sus productos, la fotografía, como expresión e instrumento de una cultura que muestra a través de esta los resultados, considerados exitosos, de sus afanes políticos, económicos, de progreso y civilización. La fotografía difunde y certifica socialmente el éxito de la ciencia y la técnica y, gracias a ella, los logros del Estado en expansión y en proceso de consolidar la nacionalidad.

Entre los temas abordados en las cuatro partes del libro, el capítulo IV, nombrado "El pasado y el tiempo", resulta el más interesante y estimulante. Si bien existe una bibliografía abundante sobre la autorrepresentación de los viajeros, la reconfiguración de los espacios que de sus textos se desprende y de las formas de dominación de los araucanos –incluso a través de la fotografía–, Yujnovsky explora algo acerca de lo que sabemos mucho menos: la idea de tiempo y, por lo tanto, el lugar en la historia que los exploradores implícitamente les asignaron a los territorios y a los pueblos pampeanos y patagónicos. Así, la autora nos sorprende con posibilidades analíticas referidas a la interpretación de los escritos y fotografías de los exploradores.

Una de estas posibilidades: el impacto de la historia en la sociedad y el efecto emocional de términos como "ruina" y "reliquia" aplicados a los vestigios existentes en la pampa, los que facilitaron, según sostiene Yujnovsky, la comprensión del efecto del paso del tiempo en la Patagonia, y en los pueblos originarios. Así, se promovió o justificó su supuesta desaparición.

Otra interpretación ofrecida por la autora se refiere al significado memorable atribuido a los testimonios de la "Conquista del desierto", como una porción de la franja levantada para defenderse de los indígenas, reflejo de una épica protagonizada por los "argentinos", gracias a la cual la pampa se transformó en un territorio pleno de posibilidades que, además, quedaba integrado a la historia argentina. Se ampliaba de esta forma el territorio en el cual la historia nacional se desenvolvería.

La dilatación del espacio temporal y espacial que el dominio sobre la Patagonia significó tiene una elocuente expresión en la presentación que Francisco Moreno incluyó en los *Anales del Museo de La Plata* en 1891. En esta publicación, como agudamente interpreta Yujnovsky, "todo el inmenso pasado" desfila "en un corto espacio de tiempo y distancia", mostrando además que "la observación del tiempo en el espacio" –según se deduce de los testimonios de los exploradores– "tiene una fuerte impronta visual". Punto fundamental que permite a la autora fundar su interpretación de cómo los exploradores con sus relatos y fotografías contribuyeron a dilatar el pasado argentino, ampliaron las escalas temporales de este y transitaron intelectualmente "tras las huellas de Darwin". Estos concluyeron, como Moreno, "que los indígenas eran un asunto del pasado", y que por lo tanto ya no representaban una amenaza para los colonizadores de la Patagonia.

La negación de la contemporaneidad de los grupos indígenas es otra de las lecturas que los relatos y fotografías de los exploradores estudiados permiten sostener. El caso de Lehmann-Nistche es elocuente al respecto. Sus métodos y formas de trabajo reflejan su idea de que se trataba de pueblos en vías de extinción, así como sus fotografías en las misiones salesianas intentaban mostrar que eran culturas, las indígenas, en proceso de transformación y "perfeccionamiento". Yujnovsky concluye que "su propuesta colaboraba a profundizar su supuesto proceso de desaparición, ya que prefería ubicarlos en un museo, en una revista científica o en una postal etnográfica".

Para los expedicionarios, las tribus patagónicas estaban

destinadas a extinguirse y por ello les negaban su contemporaneidad. Por un lado, utilizando la estrategia de ampliar hacia atrás su existencia en el tiempo, a un pasado muy remoto. Por otro, transformándolos, por medio de la fotografía, en reliquias de pueblos inferiores, habitantes de unos confines primitivos, cuyo conocimiento significaba viajar hacia los orígenes de la humanidad. A través de la observación/exhibición del espacio pampeano, se proyectaba hacia el pasado a quienes lo habitaban, aprovechando también los vestigios culturales de su existencia, pero, sobre todo, las imágenes que de ellos obtuvieron gracias a sus equipos fotográficos. Así, conscientes de las imágenes mentales y visuales predominantes sobre la Patagonia y sus habitantes, los viajeros representaron a los indígenas sobrevivientes rodeados de objetos y contextos que inducían a considerarlos fuera del tiempo. Una noción que en ocasiones se traspasaba a textos escolares en los que por décadas los pueblos originarios, como los mapuches en Chile, fueron mostrados como objetos folclóricos y atemporales.

Pleno de lecturas e interpretaciones, el libro de Yujnovsky ofrece una heterogénea mixtura de temas sobre procesos fundamentales que se analizan a partir de la vista, o, más bien, de la fotografía que documenta. La fotografía es concebida en el libro como evidencia, estímulo, y representación de la realidad que da cuenta de fenómenos históricos. El análisis de la autora transforma lo material, la fotografía, en abstracto, es decir, en significado que hace compresible la historia.

La tensión entre objetividad y subjetividad es revelada y explicitada por esta historia a través del análisis de descripciones, observaciones y vistas, como las que llevaron a concluir a Zeballos, en medio de la pampa, que miramos hacia el "país del Diablo". A medida que se avanza en la lectura del libro, este diagnóstico se transforma en una "tierra de promisión". Con la condición, impuesta por los exploradores, de despojarlo de sus habitantes originarios. De esta forma el espacio permite profundizar el tiempo histórico de la Argentina hacia el pasado, y expandir la superficie del territorio nacional. Ambos elementos son claves de un futuro que se pronostica promisorio, y Yujnovsky analiza cómo las representaciones de la Patagonia cambian de una tierra estéril a un espacio pletórico de recursos. Así como se transforman las representaciones del indio salvaje en "aliado" de los blancos, y de amenaza, en colaborador útil del "blanco".

La autora interpreta también la evolución de la fotografía, que pasa de instrumento mecánico, propio del explorador en terreno para certificar la veracidad de la descripción, a tecnología de dominación. La fotografía cumple así una función que trasciende las coyunturas y los objetivos particulares y se transforma en instrumento político pues, como concluye Yujnovsky, la conquista de la pampa "fue tanto militar como visual y temporal".

Por último, pero no menos significativo, queda por evaluar si la tesis sobre la cultura visual en el siglo XIX, aplicada a la dominación de la pampa, cambiará las interpretaciones conocidas o contribuirá significativamente a explicar este proceso tantas veces abordado desde otras perspectivas y fuentes. La respuesta solo la tendremos en el futuro, con nuevas investigaciones para las cuales el libro de Yujnovsky será una referencia fundamental.

Rafael Sagredo Baeza
Pontificia Universidad Católica de Chile

Leonardo David Hirsch,
La consagración de los partidos. Política y representación en la provincia de Buenos Aires, 1870-1900,
Buenos Aires, SB, 2021, 236 páginas

La historia política de la Argentina, sobre todo aquella enmarcada en el período finisecular, es un tópico recorrido por múltiples estudios y generaciones historiográficas. Sin embargo, descubrimos en *La consagración de los partidos* de Leonardo Hirsch que tal vez haya un sendero menos transitado al pensar los orígenes de las agrupaciones partidarias. Se trata de una propuesta original y necesaria, en la que el autor recupera el poder que tuvieron las ideas políticas en la historia, reflexionando sobre el rol de las instituciones en nuestro presente.

El estudio versa sobre la formación y, especialmente, la legitimación de los partidos políticos en la provincia de Buenos Aires en el último cuarto del siglo XIX. En ese período, la provincia se convirtió en un laboratorio de experimentación tanto para las prácticas electorales como para la codificación del edificio político, dada la inusual situación en la cual una nueva Constitución fue acompañada por sucesivos proyectos de reforma. Esta serie de eventos dejaron una valiosa estela de debates acerca de la adecuación del sistema político al ideal de representación, que el autor utiliza como fuente principal de su obra. Hirsch explica que en la provincia y en la nación hubo una mutación en el lenguaje de las campañas electorales y en la organización de los partidos, que consolidaron, junto con las normas, los partidos "modernos".

Dos grandes líneas de indagación forman la estructura del libro. En la primera parte, el autor presenta la cuestión de la representación, guiada por una historia de debates parlamentarios y escritos de época fuertemente influenciados por ideas de Europa. En la segunda parte, analiza el itinerario de las agrupaciones políticas, sus nuevas funciones en el proceso electoral y sus diferentes formas de organización hasta el siglo XX. Estos dos trayectos confluyen a mediados de 1890, cuando el ideal de la representación se convierta en propiedad exclusiva de los partidos. En la conclusión, el autor propone una resignificación de la reforma electoral de 1912 que, si bien implica un salto temporal, verifica su perspectiva.

La estructura planteada conduce a pensar que el sistema representativo de la Argentina es el producto de la codeterminación entre ciertos ideales políticos (y sus expresiones normativas) y un tipo de asociación ciudadana que pretende guiar la opinión. Ambos planos de la política por momentos se obstaculizan. Sin embargo, al final del recorrido, "representación" se vuelve sinónimo de partido. Esta imagen, que quizá resulte obvia en la actualidad, para los dirigentes y la opinión de 1870 lejos estaba de constituir un ideal. Ante la impugnación originaria sobre los partidos Hirsch se pregunta: ¿Cómo es que se convirtieron en organismos indispensables del sistema político?

El título del libro nos indica alguna de las inspiraciones teóricas del autor y, ciertamente, Pierre Rosanvallon se encuentra en el centro con *La consagración del ciudadano* (1992). También el autor dialoga con perspectivas historiográficas recientes que entrecruzan política y opinión pública,[1] y algunas lejanas, como la de Miguel Ángel Cárcano (*Sáenz Peña*, 1963). A partir de su corpus, el autor prescinde de aquellas interpretaciones que entienden al orden conservador como una aceitada maquinaria electoral a disposición de partidos de notables.[2] Tampoco considera que el origen de la democracia

[1] Laura Cucchi, *Antagonismo, legitimidad y poder político en Córdoba, 1877-1880*, Bahía Blanca, Editorial de la Universidad Nacional del Sur, 2015; Ana V. Persello, "Acerca de los partidos políticos, 1890-1943", *Anuario del IEHS*, n° 15, pp. 239-266; Paula Alonso, *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años noventa*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000.
[2] Natalio Botana, *El orden conservador*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977.

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1337

moderna resida en el miedo del régimen político al conflicto social.[3] En cambio, rastrea la manera en que los protagonistas –individuales y colectivos– experimentaron e imaginaron lo político, para comprender así con qué incentivos y límites actuaron. De este modo, la actitud reformista deja de ser una vía de adaptación del poder político a una sociedad mal representada y en malestar. Por el contrario, Hirsch muestra que se trata de un modo de adecuación del sistema político a una sociedad ya organizada pero incapaz de realizar su opinión, debido a la permanencia de normas e ideales decimonónicos. En otras palabras, lo que había sido visto hacia el primer centenario como expresión política de una crisis social se vuelve la manifestación de un "déficit representativo" (p. 208).

En su libro, Hirsch advierte que las ideas políticas sobre la representación y los partidos adquieren dimensiones propias en la Argentina. En este sentido, ilumina conceptualizaciones de legisladores y publicistas nacionales, que sirven para construir una historia sobre la representación política en la Argentina.

A la consagración de los partidos se llega por un sinuoso camino que, en el primer capítulo, comienza con la Convención Constituyente de 1870 en la provincia de Buenos Aires. En esta instancia, el debate giró alrededor de la necesidad de reemplazar el sistema electoral de simple pluralidad por el más moderno de representación personal (proporcional), elaborado originalmente en Inglaterra por Thomas Hare y John Stuart Mill a mediados del siglo XIX. El objetivo de la proporcionalidad, en su versión europea, consistía en incorporar al Parlamento las voces de hombres que, por representar una minoría intelectual, eran incapaces de obtener suficientes votos. Sin ellos, no solo el interés nacional estaría mal representado, sino que el gobierno se volvería una "tiranía de la mayoría" imponiendo, mas no consensuando, las leyes. Pero esto era solo parte del problema, porque "desde el punto de vista de la representación personal, su principal rival era la *representación partidaria*" (p. 58) que dirigía las opiniones y seleccionaba las candidaturas, interviniendo de manera "artificiosa" entre el pueblo y la institución política.

De estas reflexiones, en 1873 los convencionales de Buenos Aires tradujeron, en primer lugar, que lo que debía ser representado era un pueblo con diversidad de intereses, algo que el sistema de mayoría simple no podía realizar y, en segundo lugar, que los candidatos fueran seleccionados por el "mismo pueblo", no de listas predeterminadas por agrupaciones políticas. Ciertamente, como Hirsch describe en la introducción, durante el período que va desde la caída de Rosas a la Revolución de 1880, los partidos políticos –llamados "clubes electorales"– promovían candidaturas y construían sus "máquinas" electorales. Sin embargo, se correspondían bien con aquel ideal propuesto tanto por Hare y Mill como por la nueva Constitución provincial, ya que actuaban solo durante las campañas, y carecían de reglamentos y de mecanismos de centralización para imponer las candidaturas.

Hirsch encuentra que el espíritu "antipartidario" de la Constitución provincial de 1873 fue constantemente impugnado. En 1876, la comisión que debía implementar las normas electorales reflejó una actitud distinta acerca de la función que debían tener los partidos políticos. Los legisladores se dividieron respecto de la concepción del representante: algunos sostenían que eran "individuos representativos" del conjunto de la sociedad, y otros, de una "colectividad política que se llama partido" (p. 85).

En el segundo capítulo el autor muestra cómo, ante la federalización de la capital en 1880, y la consecuente reforma de la Constitución provincial, Buenos Aires tendrá nuevas oportunidades para adecuar su sistema electoral. Esta etapa sirvió para delinear "la consagración de los partidos en la normativa electoral" (p. 89), esto es, la definitiva incorporación del partido como agente legítimo de la representación. En múltiples instancias deliberativas, como fueron la Convención Constituyente de 1882 y la reforma electoral de 1896, la opinión pública consideraba que los legisladores ya no eran libres de interpretar los designios del pueblo, sino que

[3] Waldo Ansaldi, "'Que voten antes que nos voten': la reforma electoral de 1912", *Estudios Sociales*, vol. 43, 2012, pp. 59-90.

debían atenerse a la disciplina de partido, velando por los intereses del programa por el cual habían sido elegidos. El partido cobraba así protagonismo.

En el tercer capítulo, Hirsch se enfoca en las prácticas institucionales. Reconstruye un panorama crítico sobre el sistema político vigente: con la hegemonía del PAN desde 1880, crecía en la opinión pública la necesidad de instaurar partidos permanentes. La realización de este ideal, según afirma el autor, se logró con la instauración de un sistema "republicano" de gobierno para el funcionamiento de los partidos tras la Revolución del 90 y la crisis de la "Política del Acuerdo". El PAN era percibido como un partido "sometido a la voluntad del presidente" (p. 126), mientras que en la sociedad se desarrollaba una indiferencia respecto de los deberes cívicos. Los partidos permanentes revitalizaron el cuerpo político, a través del control de los poderes instituidos, la movilización de la ciudadanía y la representación del interés de sus adeptos, no solo en elecciones. Ahora bien, la aceptación social de este rol de los partidos, afirma Hirsch, se explica por la legitimidad de las herramientas partidarias "intraconstitucionales" (p. 161): convenciones, comités, cartas orgánicas y campañas partidarias.

El cuarto capítulo analiza el valor de las campañas electorales y su incidencia en la mutación de la representación entre 1870 y 1900, en las normas y en las prácticas partidarias. En las campañas, los candidatos pasan de ser en la década del 70 individuos "representativos del pueblo" gracias a sus méritos personales, para en la década del 90 depender de los partidos para su propia legitimación.

Hirsch concluye que a mediados de 1890 los partidos son consagrados por la norma electoral y se vuelven protagonistas del sistema representativo al lograr imponerse en la agenda social con su espíritu de autogobierno y la promoción de la vida civil activa, a fuerza de campañas, convenciones y cartas orgánicas.

Joaquín Sanguinetti
Universidad Torcuato Di Tella / Universidad Provincial de Ezeiza

Martín Albornoz,
Cuando el anarquismo causaba sensación. La sociedad argentina, entre el miedo y la fascinación por los ideales libertarios,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2021, 253 páginas

El último lustro del siglo XIX y los primeros diez años del siglo XX delimitan el momento en el que los anarquistas y el anarquismo se convirtieron en el "tema de todas las conversaciones" de la sociedad porteña (pp. 29, 30 y 169), fenómeno talentosamente capturado por el historiador Martín Albornoz en *Cuando el anarquismo causaba sensación. La sociedad argentina, entre el miedo y la fascinación por los ideales libertarios*.

Las conversaciones se cruzan en un juego de espejos. Devuelven un reflejo heterogéneo del anarquismo argentino en el cambio de siglo, en forma de representaciones sociales que son interesantísimas, en realidad, para conocer la sociedad porteña coetánea, sus inquietudes y sus anhelos. El ejercicio es sólido y novedoso, porque en el enorme campo historiográfico en torno al movimiento libertario rioplatense se ha escrito mucho sobre lo que los anarquistas hicieron y dijeron y menos sobre lo que otros actores sociales dijeron de ellos. Cuando esto último ha sucedido, los parlamentarios y los literatos han monopolizado el análisis del imaginario, desempeñando, ambos, un papel central en la construcción del anarquista-delincuente, el "otro" criminal al que necesariamente había que excluir/extirpar, es decir, recluir/expulsar. Las representaciones del mundo ácrata son importantes, entonces, para comprender la sociedad en la que los y las anarquistas se intricaron. Se sofistican cuando se sitúan más actores ante el espejo.

Martín Albornoz suma al concierto de voces que se pronunciaron sobre el fenómeno anarquista a los periodistas, a los socialistas, a los criminólogos y a los policías. Dedica un capítulo a cada uno de ellos (dos capítulos en el caso de la prensa comercial), aunque, en realidad, todos aparecen por doquier, porque los diálogos son constantes, también con los propios anarquistas, en esta obra organizada en ejes temáticos "específicos, pero interconectados" (p. 24). Periodistas, militantes de las izquierdas, científicos sociales y gendarmes se miran, se vigilan, se estudian, interactúan, dialogan, miden fuerzas, rivalizan y, sobre todo, narran, porque forman parte de una cultura impresa en expansión, muy definitoria de la sociedad argentina de entresiglos, con su proliferación de publicaciones y de públicos deseosos de materiales de lectura. El imaginario colectivo resultante, que los casi veinte años en observación muestran dinámico y cambiante, resulta ser un caleidoscopio, un reflejo del fenómeno anarquista más variado y menos evidente que el conocido hasta ahora. El anarquista, cuando era desconocido en suelo argentino, fue temido, por destructivo y amenazante, pero también esperado, por encarnar la modernidad en una ciudad en plena aceleración. Cuando, entre el miedo y la fascinación, el anarquista se hizo carne en la capital, la prensa comercial, la criminología e, incluso, la policía de Buenos Aires delinearon faces menos agresivas, menos peligrosas, menos antipáticas y, por tanto, más susceptibles de ser incluidas en la sociedad del momento, a contramano del sentido común historiográfico. A los socialistas les quedaron dos recursos: denostarlos e intentar conquistarlos.

La prensa comercial, ansiosa de noticias y en plena modernización, fue decisiva en este proceso. Primeras y performativas representaciones de los anarquistas en Buenos Aires aparecieron en los matutinos *La Nación* y *La Prensa*, el vespertino *El Diario* o la revista ilustrada *Caras y Caretas*, tal y como se analiza en los capítulos uno y dos del libro. Los servicios telegráficos y las corresponsalías en el extranjero, claves de bóveda de la expansión informativa, dieron cuenta de los "espectros mundiales del anarquismo", título del primero de los

capítulos. Entre 1894 y 1901, los anarquistas de Europa y de los Estados Unidos habían perfeccionado su puntería y hecho blanco, entre otros, en el virtuosísimo presidente de la República Francesa, la moribunda emperatriz austríaca y el mismísimo rey de Italia. Reportajes fotográficos, retratos de los asesinos y dibujos poblaban las páginas y acicateaban las ventas. Acompañaban (y nutrían) la conmoción, el miedo, la expectación colectiva, pero resulta imposible obviar que algunas de estas instantáneas propiciaban representaciones volátiles, lejanas, de los magnicidios anarquistas, acontecimientos muy mediáticos que, en realidad, sucedían a miles de kilómetros. Los artículos de opinión y las crónicas diarias informaron del enorme impacto que tuvieron en la Argentina los asesinatos de Sadi Carnot, Sissi Emperatriz y Humberto I, y especialmente de los grandes fastos en honor a este último, que fueron descritos como el fruto espontáneo de la integración italiana en la sociedad y la nación argentinas. "Fue surgiendo la razonable necesidad de averiguar cómo eran los anarquistas de Buenos Aires" (p. 64), tarea a la que se prestaron "los periódicos que todo lo averiguan", título del segundo de los capítulos. Las noticias policiales buscaron huellas de los anarquistas en el aumento del crimen de la ciudad, en las amenazas, en las extorsiones, pero las pistas nunca resultaron concluyentes. Las crónicas de sucesos creyeron oír en las explosiones fortuitas de gas o de otras sustancias inflamables instaladas o transportadas en la ciudad los ecos de los atentados anarquistas. Finalmente, debieron recurrir a explicaciones más mundanas. De resultas, el interés siguió en aumento, pero la preocupación no. Los "periodistas ávidos de captar las zonas de lo ordinario bajo el signo de lo extraordinario" dejaron testimonios interesantes (p. 78). De vez en cuando, por cierto, sí que aparecieron anarquistas extraordinarios. La prensa comercial se ocupó, y mucho, de la estadía de Pietro Gori en la Argentina.

Cruces constantes en la construcción del imaginario jalonan los dos capítulos. Los criminólogos aparecen no solo porque Cesare Lombroso, desde las páginas de *La Nación*, y Pietro Gori, desde las de *Criminología Moderna*, fueron convocados para explicar, de manera disímil, los magnicidios. Tampoco, solamente, porque el propio Pietro Gori, mitad anarquista prófugo de la justicia italiana, mitad criminólogo (y abogado, sabio, conferenciante, polemista), representó, para la prensa comercial, la mejor encarnación de la figura del agitador amable, entre 1898 y 1902. También porque "la vulgata criminológica, de altísima eficacia propagandística" (p. 97) se había colado irremisiblemente en las crónicas de los periodistas, como aquellas de *El Diario* que describían caras aterradoras y desencajadas entre los habitantes de ciertos barrios porteños de mayoría inmigratoria, es decir, anarquista. Los socialistas, por su parte, aparecen para culpar a sus rivales de fortalecer, vía el atentado, la reacción y el patriotismo, así como para criticar, en la medida de lo posible, a "uno de los anarquistas cordiales y encantadores" (p. 90), Pietro Gori, para ellos encantador, pero de serpientes. La policía de la capital también dio un veredicto favorable a Pietro Gori y también hace su aparición, en el segundo capítulo, como blanco de las críticas de la prensa comercial. Les reprocharon su exceso de celo en el disciplinamiento de un movimiento social que, en sus páginas, casi siempre resultaba ser inofensivo. Trasluce, por tanto, una visión empática con la insatisfacción obrera, reclamando, a su manera, soluciones a la cuestión social. Los anarquistas, en fin, aparecen todo el tiempo, para reivindicar, primero, los atentados; para explicarlos, cuando ya se hacía difícil celebrarlos, como el resultado de la injusta organización social; para mostrar, puntualmente, el desconcierto ante ciertas aristas de la presencia de Gori en la Argentina; para recelar, en todo momento, de una prensa comercial que lucraba gracias a ellos, aunque hoy sabemos que el rédito era mutuo en términos propagandísticos. Ellos también lo sabían.

En este mar de representaciones, los socialistas se tomaron a los anarquistas muy en serio. "Como perros y gatos" denomina Martín Albornoz su tercer capítulo, situando, en el eje del análisis, la rivalidad política, vértice necesario para comprender que también los socialistas de *El Obrero* y *La Vanguardia* se esforzaron "por dominar

interpretativamente un fenómeno social y cultural que se presentaba esquivo y sorprendente" (p. 130) y que, para más inri, cosechaba en el mismo campo que ellos, el obrero. Lo hicieron por escrito, una y otra vez, tratando de clarificar que las ideas anarquistas eran vacuas, irracionales y disolventes de la cuestión social. Denunciaron sus prácticas burguesas y sus turbias relaciones con la policía. Les hicieron propaganda, en realidad, algo a lo que los anarquistas siempre respondieron favorablemente, por escrito y oralmente, siendo conocidas en la ciudad las jornadas de controversia pública. Ambos utilizaron abiertamente el insulto, cuando no el enfrentamiento. Todo ello ocupó notas, una y varias veces, en las páginas de la prensa comercial, dando cuenta de los enormes vasos comunicantes en la densa cultura impresa porteña del cambio de siglo.

El siguiente capítulo sigue los pasos de la criminología en la Argentina, a través de sus escritos (*Archivos de Psiquiatría*, *Criminología Moderna* y prensa afín como *La semana Médica* o *Anales del Departamento Nacional de Higiene*) y de las intervenciones de José Ingenieros y Francisco de Veyga, implicados también en los intentos por descifrar los sentidos del anarquismo en la sociedad local. Su respuesta no fue un calco de la criminología internacional, específicamente de Cesare Lombroso, insigne colaborador de la prensa comercial porteña, cuya obra *Los anarquistas* fue leída y editada por importantes figuras políticas y científicas de la Argentina (también por los ácratas, que le dieron la réplica). Su respuesta tampoco fue la simple y llana criminalización del anarquista delincuente. Hubo interpretaciones más sensibles, mediadas por otras experiencias (la de Ingenieros en el entorno de las izquierdas) y por otras lecturas, algunas procedentes del campo anarquista y de su densa cultura impresa (las de Francisco de Veyga, que había incorporado la obra de Augustin Hamon, entre otros). Como muestra de esta mirada novedosa, el capítulo atiende al informe pericial elaborado por el doctor de Veyga durante el juicio a Salvador Planas y Virella, el anarquista que intentó, infructuosamente (y tardíamente: 1905), ingresar a la Argentina en el grupo de países que registraron magnicidios anarquistas. El informe de de Veyga mostró empatía por la crisis emotiva que pudo empujar a Planas a atentar contra el presidente Manuel Quintana. Las representaciones del anarquista argentino podían ser, de nuevo, muy heterogéneas.

Ni blancos ni negros, los imaginarios colectivos en torno al anarquismo rioplatense dibujan una "zona gris", título del quinto y último capítulo, que alude a las hibridaciones que tuvieron lugar en los encuentros entre los anarquistas y los policías de la capital: ácratas que habían sido guardias por necesidad y guardias suscritos a las publicaciones ácratas constituyen dos buenos ejemplos. Puestos frente a frente, se estudiaron entre ellos y aprendieron los unos de los otros. Los policías ensayaron prácticas de vigilancia e infiltración y descubrieron que los anarquistas no eran seres de las catacumbas; los anarquistas advirtieron que los policías eran, cada vez, menos torpes, aunque no cejaron en su intento de presentarlos como unos auténticos ineptos a los que provocaban, engañaban y burlaban. Los policías viajaron al extranjero y aprendieron de las prácticas policiales allende las fronteras, al tiempo que concertaron políticas de colaboración internacional. Fueron ejercicios prácticos, no teóricos, realizados en el día a día de las interacciones. Parar comprenderlos, el capítulo se sumerge en ambas culturas impresas, de forma muy novedosa en la *Revista de Policía* y en las *Memorias* del Departamento de Policía de la Capital y en las de la Comisaría de Investigaciones.

En definitiva, Martín Albornoz revisa un conjunto muy amplio de fuentes de la muy rica cultura impresa bonaerense, que ordena con poderoso ritmo narrativo. Pone muchos temas en juego. Engranándolos todos, el historiador remacha una irrefutable aseveración: el anarquismo, más allá de los propios anarquistas, fue fundamental para aprehender históricamente la sociedad argentina del cambio de siglo. También demuestra que la muchas veces mentada transnacionalidad del anarquismo no se debe únicamente a la propia voluntad de los anarquistas de expandirse y crecer más allá de las fronteras nacionales. Sitúa el proceso de germinación, también, en las flores extrañas, las plantas exóticas o las savias dañinas –anteriores incluso a la

propia implantación del movimiento anarquista en Buenos Aires–, que se encontraban en el horizonte de expectativas de muchos actores sociales inmersos en los procesos de globalización económica e informativa. Pocas veces, además, un análisis transnacional como el que aquí se presenta había sido tan sugerente. En un juego de escalas que va de lo global a lo particular, Albornoz revisa con maestría la circulación internacional de saberes periodísticos, criminológicos y policiales que mediaron los sentidos y representaciones locales del anarquismo, a través de los cables y los cronistas, los expertos en explosivos, los anarquistas cosmopolitas, los agentes viajeros, puestos todos ellos ante el espejo por una frondosa cultura impresa que conectaba a la ciudad de Buenos Aires con París, Barcelona o Chicago. Un análisis transnacional de este calado invita a la comparación. ¿Cuándo fue que los anarquistas causaron sensación en el resto del mundo? En el epílogo de esta obra, se nos dice que, en torno a 1911, los anarquistas de Buenos Aires estaban dejando de ser primicia. ¿Cuáles fueron las configuraciones locales, y sus resultados, de estos procesos narrativos en otros lugares?

María Migueláñez Martínez
Universidad Carlos III

Pablo García Martínez,
Un largo puente de papel. Cultura impresa y humanismo antifascista en el exilio de Luis Seoane (1936-1959),
Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2021, 258 páginas

El libro de Pablo García Martínez –que recupera y replantea la investigación realizada para su tesis doctoral defendida en 2018 en la City University of New York– se concentra en la reconstrucción de la trayectoria de Luis Seoane (Buenos Aires, 1910 - La Coruña, 1979) durante las dos primeras décadas de su exilio argentino; entre mediados de la década del 30 y fines de la del 50.

La decisión de hacer foco sobre la figura de Luis Seoane –abogado laboralista, artista plástico, editor, escritor, organizador cultural y militante de la izquierda galleguista– ofrece una guía privilegiada, aunque no exenta de dificultades, para reconstruir las ideas, representaciones e ilusiones del sector intelectual identificado con el antifascismo en aquellos años. Guía privilegiada tanto por la diversidad de sus ocupaciones, como por una energía, al parecer inagotable, para promover y participar de múltiples emprendimientos político-culturales y, no menos importante, por ocupar una posición de enlace entre diversos mundos: el de su lugar de origen (Galicia) y su destino (Argentina), el de los diferentes grupos de exiliados gallegos y españoles (entre sí, y con los argentinos), el de los sectores de la izquierda comunista y aquellos identificados con la cultura liberal-democrática. Las dificultades derivan a su vez de esa condición ecuménica. Como sea, Pablo García Martínez las evita, al considerar, antes que su incierta representatividad, la relevancia de Seoane para iluminar el dinámico e intenso universo político-cultural del antifascismo en aquellas décadas.

Apenas llegado en 1936 a Buenos Aires vía Lisboa tras el inicio de la guerra civil española (y recordemos que en Galicia los sublevados se impusieron rápidamente y de manera sumamente violenta), Seoane se vincula al sector de la industria editorial argentina, que atravesaba un momento de expansión y consolidación en el que los exiliados, y no solo los españoles, cumplirán un rol central (tal como mostraron, entre otros, los estudios de Fabio Espósito, José Luis de Diego o Gustavo Sorá). El mundo editorial ofrecía varias ventajas a los exiliados españoles que procedían del espacio de la cultura y la política: un trabajo y un ingreso regular y la posibilidad de publicar sus escritos, pero también de llevar adelante actividades de promoción y divulgación cultural que podían cumplir tanto una función pedagógica general como una político-ideológica. En especial cuando la "defensa de la cultura" se había convertido en un lema de batalla frente a la "barbarie" de los totalitarismos europeos. Defensa, precisa García Martínez, en un doble sentido: de enfrentamiento al ataque fascista, en primer lugar, y de resguardo, en segundo lugar, de una tradición que merece y debe ser preservada: la del legado humanista (e ilustrado).

Considerando este fenómeno –y tomando de modelo los estudios recientes de la academia anglosajona que postulan un "vínculo dialéctico" entre *modernism* y cultura impresa–, Pablo García Martínez privilegia en su libro una perspectiva que se concentra en lo que podríamos llamar, siguiendo a Régis Debray, las formas y procesos materiales a través de los cuales se transmiten las ideas. García Martínez defiende, en este sentido, que el desarrollo de la cultura impresa hizo posible y modeló el antifascismo de aquellas décadas. Enfatiza, en especial, la importancia que las revistas tuvieron en ese proceso marcado por una creciente tensión política que comunicaba –bajo un cielo en apariencia común– realidades alejadas, no solo en el espacio, como la europea y la argentina.

La trayectoria de Seoane se perfila considerando su participación en diversos periódicos y revistas que alimentan sus proyectos estéticos y políticos, así como motorizan las diversas y cambiantes estrategias artístico-culturales que va diseñando para afrontar un presente que

nunca termina de ajustarse a sus expectativas o deseos –y que en ocasiones parece confundirse con la imagen de la amenaza–. El libro está dividido en tres partes (y, a su vez, cada parte en tres capítulos) que avanzan en el análisis informado y detallado de la actividad del argentino-gallego en una serie numerosa de publicaciones periódicas y emprendimientos editoriales a lo largo de esos años.

La primera parte, "Encuentros de la cultura antifascista", reconstruye la primera etapa del exilio de Seoane tras su retorno a la Argentina, aproximadamente entre 1936 y 1945. Estos años van a estar marcados por su apuesta repetida a la conformación de un antifascismo amplio –que reúne a socialistas, comunistas y liberales– y al intento de conectarlo con el antifascismo gallego y español. La política frentista promovida por el Partido Comunista desde 1935 ofrece una herramienta privilegiada, y el avance de los totalitarismos en Europa un motivo urgente. García Martínez da cuenta de las primeras colaboraciones de Seoane en el diario *Crítica* y, especialmente, en *Unidad. Por la defensa de la cultura* (publicación orgánica de la AIAPE, Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores, fundada por Aníbal Ponce en 1935) que reproduce en una de sus tapas un dibujo de Seoane titulado "Fascismo" que había sido publicado en el álbum *Trece estampas de la traición* (1937) gracias a las gestiones de su amigo Norberto Frontini. En esas intervenciones –señala García Martínez– Seoane hace uso de un lenguaje plástico forjado en los años previos en Galicia, fuertemente afectado por el expresionismo desencantado y denuncialista de George Grosz. Ese "viñetismo ácido", sin embargo, irá dejando paso tras algunos años a dibujos de un trazo nítido y simple, con figuras de referencias clásicas que van a ilustrar la notable revista *De Mar a Mar* (1942/1943), el libro *Homenaje a la Torre de Hércules*, el *Correo Literario* (1943-1945, publicación dirigida junto con sus coterráneos y amigos Arturo Cuadrado y Lorenzo Varela), o varias de las tapas que ilustraba para diversas editoriales (Emecé, Nova, etc.). La recuperación del legado de la belleza clásica, según García Martínez, se enmarca en la defensa de un humanismo amplio en el que conviven sectores político-intelectuales heterogéneos que coinciden en oponerse a la barbarie y la "irracionalidad" de los totalitarismos, y que sirve, a su vez, para imaginar un futuro distinto al presente hostil que les toca vivir.

La segunda parte, titulada "Modernidades divergentes", recupera el proyecto polémico –pero de baja tensión política y de un *nuevo* espíritu internacionalista– de arte moderno, que se despliega en las páginas de la revista *Ver y Estimar* (1948-1955). García Martínez lo aprovecha para contrastar las posiciones estéticas de dos antiguos compañeros de la militancia antifascista porteña: Jorge Romero Brest –el impulsor de la publicación– y Luis Seoane –cuya producción plástica es seguida con interés y atención por la revista–. Más allá de indicar la fragmentación de aquel espacio antes compartido, el contraste ilumina una divergencia profunda que no se limita a opciones estéticas, sino que involucra el vínculo entre arte y sociedad y, en última instancia, lecturas divergentes del presente. Romero Brest promueve un arte que dialoga con la reciente centralidad de Nueva York como centro artístico internacional, y que encuentra en el expresionismo abstracto y en la abstracción geométrica opciones plásticas que expresan la novedosa sensibilidad de un presente separado del pasado reciente. Para Seoane, en cambio, la misma noción de "posguerra" era inaceptable ya que daba por cerrada la etapa anterior. Así, no abandona la figuración (ni los motivos clásicos y populares) y, como explica García Martínez, la defensa de la práctica artística definida en contacto con el medio que la produce lo conduce a desarrollar –ya que, al igual que para los demás exiliados, el medio no está al alcance de la mano– un "realismo del recuerdo": "no pinta lo que ve, sino que se ayuda de su pintura para poder ver a través de su memoria" (p. 144). El peronismo –cuya aversión compartía con sus amigos argentinos, fuesen de la izquierda o liberales, y en el que encontraba un aire de familia con el fascismo– y, en especial, las crecientes dudas que debilitaban la creencia antes extendida sobre el pronto colapso del franquismo tras el fin de la Segunda Guerra Mundial sin duda tallaron en el rechazo decidido de Seoane a considerar que el nuevo contexto internacional suponía un corte con los años previos.

En la tercera parte, "En busca de lo nacional-popular", esta misma reyerta en torno a si el pasado reciente era parte de una historia ya superada o si seguía, en cambio, marcando el pulso del presente, será recuperada como uno de los puntos de desacuerdo entre los antiguos militantes del nacionalismo galleguista de preguerra. Los capítulos de esta parte se concentran en las diversas formas de definir la identidad gallega que promovieron, desde Vigo, la editorial Galaxia, y desde Buenos Aires, la revista *Galicia Emigrante* (su proyecto "más personal") que Seoane junto con un grupo de exiliados comenzó a publicar a mediados de la década del 50. Los intentos de colaboración –de restitución de aquella antigua unidad *galeguista*– fracasan en gran medida porque los espacios de cada grupo viven dinámicas político-intelectuales tan alejadas, que dificultan su comunicación. Si en la búsqueda de Seoane –sugiere García Martínez– se percibe el rastro de las reflexiones de Agosti sobre lo nacional-popular (que orientan la renovación del marxismo), el prolongado asilamiento no solo intelectual de Galicia promueve una aceptación de los marcos comprensivos de la posguerra en clave anticomunista. Para Seoane tal discrepancia, a su vez, pone en primer plano el problema del legado de los exiliados gallegos que considera en peligro: ¿cómo evitar su olvido y promover su transmisión entre las nuevas generaciones? García Martínez lee bajo la luz que irradia esa preocupación dos libros que Seoane publica en esos años, teñidos de un tono melancólico: la obra de teatro *La soldadera* (1957) y el poemario *As Cicatrices* (1959).

El año 1959 señala el cierre de un ciclo de más de veinte años de intenso trabajo en la cultura impresa porteña, que el libro reconstruye. Junto con el peso de los repetidos traspiés y desengaños, seguramente también favoreció ese alejamiento el creciente reconocimiento que la producción artística de Seoane había alcanzado en los años posperonistas (su incorporación a la Academia Nacional de Bellas Artes es un índice de esa consagración).

El trabajo de García Martínez considera una gran variedad de materiales –correspondencia, libros, grabados, periódicos, óleos–, pero son las revistas las fuentes privilegiadas de la investigación. El abordaje no solo se concentra en los textos que difunden, sino que privilegia la materialidad del objeto (diseño, tamaño, distribución de las publicidades, presencia de ilustraciones, precio). El objetivo es múltiple: dar cuenta del lector imaginado (¿qué sectores intenta vincular cada iniciativa? ¿la izquierda con el liberalismo, los exiliados con los que permanecieron en Galicia, las viejas generaciones con las nuevas?); atender a la sociabilidad que promueven, considerar su espacio como un laboratorio de experimentación –política, intelectual, artística–, reconstruir los debates o disputas que alimentan. Las revistas y el oficio editorial, en fin, como espacio específico para dar cuenta de la fabricación de la variedad de obras de Seoane. García Martínez avanza desde allí en informados e inteligentes análisis de esa producción, aunque en ocasiones su abordaje aparezca como una ilustración o ejemplo de hipótesis definidas previamente.

Una última anotación –entre las muchas posibles que habilita el texto– para cerrar el comentario. Es posible entrever como fondo de las preocupaciones del libro el diagnóstico que desde el discurso filosófico se ha lanzado sobre el humanismo y su fracaso. Ese diagnóstico descansa también sobre el señalamiento del vínculo esencial que une humanismo, cultura impresa, pedagogía y sociabilidad: "una telecomunicación –señala Peter Sloterdijk– fundadora de la amistad por medio de la escritura".[1] El modelo de educación que alimenta el humanismo a través del intercambio de esas largas cartas que llamamos libros, se indica, ha llegado a su fin porque el impreso ha dejado de ser el medio privilegiado para transmitir ideas y se ha convertido en un objeto de archivo. El libro de García Martínez no aborda de manera directa la cuestión, pero recupera un momento no tan lejano en el que la tecnología impresa era una herramienta esencial tanto para enfrentar el presente como para transmitir la experiencia del pasado.

Diego García
Universidad Nacional
de Córdoba

[1] Peter Sloterdijk, *Normas para el parque humano*, Siruela, Madrid, 2006, p. 19.

Diego Giller,
Espectros dependentistas. Variaciones sobre la "teoría de la dependencia" y los marxismos latinoamericanos,
Los Polvorines, Universidad Nacional General Sarmiento, 2020, 176 páginas

Al cumplirse treinta años de la escritura de *Argentina en el callejón*, el Club de Cultura Socialista organizó una mesa para volver a un libro que, según comentaba Carlos Altamirano en esa oportunidad, se estructuraba alrededor de las "temáticas del desarrollo y de la dependencia". Tulio Halperin Donghi, invitado especial del evento, respondió a ese comentario diciendo que "una de las razones por las que me negué a reeditar *Argentina en el callejón* cuando me lo ofrecieron hace unos años fue porque temía que el libro hablara todo el tiempo de dependencia. Después descubrí que no, pero Altamirano es un lector sagaz: sí, habla de dependencia. Creo que no es necesario pensar por qué no hablamos más de dependencia; no porque no crea que haya dependencia, sino porque las recetas para escapar de la dependencia resultaron todas malas y quejarse de la dependencia es más o menos como quejarse de las lluvias".[1] En ese mismo año, 1993, Derrida publicó *Espectros de Marx*, para dar acogida ya no al "fantasma" que según el *Manifiesto comunista* asolaba a Europa a mediados del siglo XIX, sino al del autor de *El Capital*, a esa altura desglosado de cualquier "ismo". A contrapelo del optimismo que rodeaba a la creación de la Unión Europea, Derrida alcanzó a decir en ese libro que "no hay futuro para Europa sin Marx". Pero el Marx que su libro invitaba a pensar era un espectro, un resto, el nombre no asimilable a la lógica de la mismidad. En clave shakespeariana, Derrida admitía que parte del trabajo de la *diferencia* en la historia era lidiar con fantasmas.

Espectros dependentistas se mueve entre estas dos escenas, que exhiben un mismo problema: el de un pasado constreñido (al punto de no poder nombrarse) que reclama ser liberado, pero cuya legibilidad es espectral. En este sentido, aunque la investigación se da como objeto la historia del marxismo latinoamericano de los años sesenta y setenta, e incluso recoge el pulso del tiempo presente, su "infraestructura" teórica y política debe mucho a problemáticas propias de los años noventa, reconfiguradas a partir de algunos cambios políticos significativos en el contexto latinoamericano de inicios del siglo XXI. Dentro de esas problemáticas, se destaca la pregunta sobre las herencias y los legados: ¿hasta qué punto somos alcanzados por esas batallas libradas alrededor de las teorías de la dependencia cuando hasta no hace mucho tiempo esas voces aparecían clausuradas bajo la tan mentada tesis del "fin de la historia"? Pero, sobre todo: ¿qué significa ser herederos de fantasmas?

El filón derridiano provee una línea de aproximación a este problema: lidiar con fantasmas supone disponerse a la conjura. La ambivalencia de esta categoría no cercena el potencial crítico del libro sino que, por el contrario, permite desplegar estrategias interpretativas que quieren ser concurrentes. Por un lado, conjurar significa mitigar un daño, neutralizar sus efectos, ahuyentar un mal; y en esta línea Giller encuentra en el procedimiento de la contextualización su arma más eficaz: si el fantasma insiste, es porque no tuvo buen entierro, de modo que se torna necesario reconstruir sus condiciones de emergencia y declive, situarlo en la historia y devolverle su derecho al pasado. Sin embargo, Giller pretende dialogar con ese pasado en tiempo presente; de allí que la conjura también pueda ser pensada, otra vez en clave derrideana, como conspiración, pero para que ello sea posible es necesario considerar las "teorías dependentistas" como memorias en espera disponibles para que nuevas fuerzas sociales reconozcan en ellas una historia que no está cerrada. Si la conjura como

[1] Tulio Halperin Donghi, "A treinta años de *Argentina en el callejón*", *Punto de Vista*, n° 46, agosto de 1993, p. 11.

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1340

contextualización remite a Quentin Skinner, la conjura como "memorias en espera" condensadas en el texto remite a Horacio González. La aparición de Eduardo Rinesi como prologuista del libro legitima la reunión de ambas bibliotecas, a la vez que sitúa la reflexión en ese campo minado de la conjunción que une política y tragedia, es decir, el problema de la derrota.

Pero además de la conjura como contextualización y la conjura como "transfiguración" Giller plantea otra forma de lidiar con fantasmas, esta vez bajo el auspicio de Renzi / Piglia: la negociación. Así, a lo largo de la investigación se hallan citas (varias de ellas de autoridad) de Aricó y Dos Santos, de Zavaleta Mercado y Cardoso, de Sarlo y Frank, de Terán y del propio González. Si esta "negociación" es posible, es porque se han desplazado las problemáticas que habían enfrentado a estos nombres: ya no se trata de pensar las "transiciones" (al socialismo en los setenta, a la democracia en los ochenta) sino más bien los legados, sea en el "invierno" del "fin de la historia" o en contextos algo más optimistas del "fin del fin de la historia" anunciado por García Linera. La idea de que puede sostenerse al mismo tiempo una ontología del texto deudora de la ensayística gonzaliana sin renunciar al acervo crítico de la tradición sociológica que aún para contradecirlo era heredera de Germani es otra novedad del texto, una marca generacional que lo singulariza.

En el trabajo de historización que devuelve al espectro su derecho al pasado, Giller realiza intervenciones críticas relevantes. En primer lugar, matiza la ruptura teórica entre los dependentistas y las tesis cepalinas, pues en rigor lo que los dependentistas cuestionaban a fondo era la concepción dualista y teleológica de las teorías de la modernización que solo contingentemente se adosaron las tesis cepalinas, no obstante lo cual también se diferenciaron de estas últimas apelando a otras causas para explicar el "subdesarrollo": si para Raúl Prebisch en la asimétrica relación en los términos del intercambio comercial entre países centrales y periféricos residía buena parte de la explicación, para los dependentistas, en sus diversas variantes, esa asimetría obedecía a causas más profundas ligadas con los modos de producción y la forja de singulares formas de plusvalía en los países dependientes.

En segundo lugar, Giller argumenta que los "dependentistas" absorbieron los debates sobre los modos de producción en América, adelantados hacia 1949 por Sergio Bagú y prolongados en los años sesenta a partir de la recepción de las *Formen.* De este modo, además de cuestionar las teorías sociológicas a las que se atribuía su afinidad con las políticas inspiradas en la "Alianza para el progreso", los dependentistas pusieron en entredicho la filosofía de la historia subyacente en el etapismo evolucionista de los partidos comunistas: si no existía un orden teleológico entre esclavismo, feudalismo y capitalismo, si incluso en América podían coexistir distintos modos de producción a los fines de asegurar la acumulación originaria en la metrópoli, entonces no era necesario esperar, como esperaban mayormente estos partidos, a que la revolución burguesa realizara sus tareas históricas para que solo después advenga el socialismo.

Ahora bien, esta impugnación al evolucionismo comunista terminó entrelazando, subraya Giller, a las teorías dependentistas con las estrategias de las organizaciones revolucionarias de la región (en cuyas estructuras hallaron a su vez protagonismo, tanto en Brasil como en Chile, varios de los más salientes intelectuales del dependentismo), razón por la cual estas fueron identificadas como su más sofisticado aval sociológico. En este punto, Giller se empeña sin embargo en recuperar la riqueza conceptual de teorías que aunque convivieron entre sí en tiempo y lugar ofrecieron modos heterogéneos de explicar la dependencia, desde su caracterización global en los escritos iniciales de Frank a la reformulación de la teoría del valor a través de la categoría de la sobreexplotación de la fuerza de trabajo en Marini, pasando por las "condiciones dependientes" desglosadas por Cardoso y Faletto para comprender la articulación concreta entre estructura y superestructura en los países de la región o el intento de Dos Santos orientado a reformular la teoría marxista del imperialismo desde la perspectiva de los países subalternos. Al devolverle el plural a estas teorías, Giller no solo encuentra una clave para

repensarlas en su complejidad, sino también para poner en cuestión uno de los motes que permitieron su mal entierro: la idea de que el dependentismo constituía una maciza visión de la región cuya preocupación por las formas de dominación económica y social les había impedido captar la dimensión política de estos fenómenos.

Este anudamiento histórico y por ende contingente entre dependentismo y guevarismo (subrayado por Ernesto López en la revista *Controversia*) sellaría no solo el "boom", sino también la crisis de las teorías dependentistas. La contundencia con que Giller subraya la reconfiguración del mapa político de la región como causante del declive de las teorías dependentistas (con acento en el golpe de Estado en Chile en 1973 y la desarticulación del ceso) parece por momentos colocar en un segundo plano las críticas que estas teorías recibieron en su ocaso, cuando la mayoría de los intelectuales ligados al dependentismo se exiliaron en México. En este contexto, Agustín Cuevas retomaría un argumento (que sin embargo ya circulaba a principios de los setenta) para señalar que el dependentismo había desplazado del centro del análisis a la lucha de clases, para privilegiar el antagonismo entre naciones centrales y periféricas, para así colocar en el centro del debate las tensiones entre las teorías de la dependencia y el marxismo. Zavaleta Mercado, en cambio, cuestionaba el modo en que estas teorías desatendieron las singulares condiciones internas que explican el carácter subalterno de los abigarrados países sudamericanos. Aunque diversas, ambas críticas parecían retener un núcleo leninista que sorprendentemente no era alcanzado por la "crisis del marxismo" que se debatía en esos años, sobre todo en México: sobrevuela en ambas tanto la idea de que las teorías de la dependencia no ofrecieron, como pretendía Dos Santos, una mejor caracterización de los países de la región que la que proporcionaba la teoría del imperialismo, como así también, y fundamentalmente, una confianza en la categoría leninista de la "formación económica-social" en cuanto concepto en mejores condiciones –que la "dependencia"– de explicar las articulaciones internas y externas de la dinámica de la lucha de clases en países periféricos. Sin embargo, la crítica al dependentismo que condensó una clave epocal se sostuvo en la necesidad de recuperar la idea democrática para las izquierdas. Giller acepta que este es un punto ciego de las teorías dependentistas, pero la argumentación global del libro descansa en una idea no planteada en estas críticas: sin buenas teorías de la dependencia no es posible tener buenas teorías de la democracia.

Esta es entonces la vía que encuentra el lector para pensar en una posible transfiguración en tiempo presente de esas memorias en espera abigarradas en el concepto de dependencia. ¿Como teoría global del capitalismo en condiciones de distinguir los momentos de concentración del capital y sus zonas de "acumulación por desposesión", pero que debe ser completada e incluso corregida por teorías que expliquen las características que internamente operan en cada país para hacer posible esta dominación? ¿Como teoría que puede extenderse a los modos de producción de sentido y de la dominación cultural, en línea con la teoría de la "colonialidad del poder" de Aníbal Quijano, un nombre también ligado con esta historia? Estas y otras preguntas son habilitadas por *Espectros dependentistas*, un libro que convoca un pasado que lucía espectral para debatirlo no solo en los ámbitos académicos, sino también militantes, porque en estos debates se cifra, probablemente, el capítulo más destacado de la historia del marxismo latinoamericano.

Matías Farías
Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de José C. Paz

Daniel Lvovich y Alberto Pérez (orgs.),
José Sazbón. Una antología comentada de su obra,
Villa María, Eduvim, 2020, 428 páginas

La obra dispersa del filósofo José Sazbón (1937-2008), uno de los intelectuales marxistas más importantes de la Argentina, ha sido recientemente rescatada, seleccionada y ordenada por núcleos temáticos en dos tomos organizados por antiguos colegas: Daniel Lvovich y Alberto Pérez. Como es sabido, su producción giró en torno a grandes ejes como la historiografía, la historia intelectual, el marxismo, el estructuralismo, la revolución francesa y la(s) memoria(s). Sus cuarenta años de carrera estuvieron dedicados a la difusión y discusión de problemas relevantes para nuestra cultura política e intelectual. Desde la década del sesenta se publicaron trabajos suyos en distintas actas de congresos, revistas y libros, editados en diversas localidades de nuestro país y en el exterior, por lo cual, la tarea emprendida por los organizadores resulta una gran proeza.

Si bien se han realizado compilaciones previas, la apuesta aquí es distinta, dado que se incluyen comentarios de colegas y discípulos del autor. En este sentido, aquí colaboran distintos investigadores con diferentes vínculos con Sazbón y su obra, produciéndose un diálogo intergeneracional, interdisciplinario e interinstitucional. El resultado es un relato polifónico, en el cual la voz principal es la de Sazbón –y la de sus propias y exhaustivas lecturas– y en menor medida la de quienes han realizado este homenaje a su labor, bajo la premisa subyacente de que todavía no ha sido reconocido como debería: como uno de los mayores intelectuales de nuestro país.

La antología inicia con "Un esbozo biográfico e intelectual de José Sazbón" a cargo de los organizadores, que retrata su labor como traductor, editor, profesor e investigador en Argentina, Francia y Venezuela, y repasa su trayectoria en la UNLP –con la que asumió un gran compromiso–, el CONICET, la UBA, la UNSAM, y la Universidad del Zulia.

Luego de la semblanza, la primera sección –distinta al resto, puesto que son escritos literarios y de crítica literaria– inicia con "Cinco instantáneas de José Sazbón", de Ricardo Piglia (1941-2017). En este texto póstumo, el escritor ofrece un relato de la amistad entre ambos, del tiempo compartido y de la lectura atenta y sagaz que el filósofo realizó de la obra de Sartre, Marx y Borges, pero también de la suya. Piglia reconoce que Sazbón fue "su lector ideal" (p. 18) y que el ensayo "La reflexión literaria" sobre *Respiración artificial* (1980) fue lo que mejor se escribió sobre su novela (p. 22). Justamente, esta sección finaliza con ese "análisis generoso, exhaustivo y brillante" (p. 21), publicado por primera vez en *Punto de Vista* en 1981 y que se convirtió en fundador de una forma de interpretar la novela. A Piglia y Sazbón los unía una larga amistad generada a partir de su interés por la literatura –especialmente por Borges– y por el marxismo. Esto se evidencia de inmediato, dado que la sección incluye "Pierre Menard, autor del Quijote", relato espléndidamente borgeano que Sazbón dedicó a su amigo y que presentó en el Primer Concurso de Cuento Argentino en 1982. El propio Borges –autor de la obra del mismo nombre– formaba parte del jurado. Parodiándolo, Sazbón compone un Menard de izquierda que lee a Gogol y Dostoievski, le escribe a Trotsky y coteja la novela *¿Qué hacer?* (1863) de Nicolás Chernishevski con el posterior tratado político homónimo de Lenin (1902). Jugando con la reproducción del título y las relaciones que pueden establecerse, se pregunta si la parodia no es la forma "más perfecta" del amor hacia un autor.

Tras el apartado literario, nos encontramos con "Los marxismos de Sazbón", la introducción a la sección más extensa del primer tomo. Luciano Alonso nos recuerda aquí que el análisis y apropiación, por parte de Sazbón, de los clásicos del

marxismo se caracterizó por evitar lecturas esquemáticas y globalizantes, y por buscar influencias y estructuras discursivas, atendiendo a los contextos de emergencia (p. 67). En esa línea, identifica tres puntos de interrogación en las lecturas que Sazbón propuso de Marx y Engels: la matriz discursiva; la tensión entre "modelo puro" y "formación impura"; y las consideraciones críticas que los propios Marx y Engels hacían de sus concepciones. La sección se compone de seis textos de Sazbón: "El fantasma, el oro, el topo: Marx y Shakespeare" (1981), en el que destaca la presencia del dramaturgo inglés en las obras de Marx y señala la guía más episódica y fragmentaria de Dante, Goethe y Sófocles (p. 98); el trabajo "Modelo puro y formación impura. La Alemania del 48 en los escritos de Marx y Engels" (1988), en el que coteja la temprana teoría social marxiana con rasgos de la Alemania en revolución de 1848-1850, en cuanto primera sociedad concreta sobre la que se reflexionó tras la elaboración del "modelo puro"; y cuatro escritos publicados en el libro *Historia y representación* (2002): "Un capítulo abierto de historia intelectual: el régimen discursivo del *Manifiesto*", en el que reconoce la doble condición del *Manifiesto del Partido Comunista* –texto clásico de la teoría social y "obra barométrica de las venturas de un movimiento político" (p. 111)– y, valiéndose de la dupla conceptual de Koselleck, señala que el *Manifiesto* pone de relieve el juego de correspondencia entre cierto "espacio de experiencia" y determinado "horizonte de expectativa" (p. 114); le siguen "Crisis del marxismo: un antecedente fundador" y "Una lectura sinóptica de las 'crisis'", en los que demuestra que los marxismos siempre estuvieron en crisis, por lo que "… cualquier historia de las 'crisis del marxismo' se identifica, sin más, con la historia del mismo marxismo, pues una y otra son coextensivas y complementarias" (p. 197); y por último "Filosofía y revolución en los escritos de Mariátegui", trabajo que muestra el interés de Sazbón por distintos aspectos del pensamiento peruano.

La tercera sección inicia con un texto de Marcelo Starcenbaum, "Crítica de la razón estructural", quien sostiene que los trabajos de Sazbón de los años sesenta y primera mitad de los setenta estuvieron dedicados a delimitar la especificidad del estructuralismo y sus efectos, a partir de tres problemas: el impacto de la razón estructuralista en los elementos fundantes del espacio sartreano; las inflexiones que la antropología estructural propiciaba en el seno del humanismo; y el estudio de los mitos. Mientras que, desde mediados de los setenta, sus preocupaciones respecto del estructuralismo giraron en torno a la profundización de la lectura de la antropología estructural y al derrotero del estructuralismo. La sección se compone de tres trabajos: "Sartre y la razón estructuralista" (1975) –en el que Sazbón desentraña los modos en los que el contrapunto entre el filósofo francés y el antropólogo Levi-Strauss, inauguraba una nueva etapa en las lecturas de Marx–; el estudio "Hacia una historia estructural. El proyecto arqueológico" (1981) –concentrado en la obra de Foucault, las particularidades de su método arqueológico, la noción de "autor" y "episteme", y su concepción de la historia–; y, por último, "Razón y método, del estructuralismo al post-estructuralismo" (2007), artículo que analiza el pasaje hacia el posestructuralismo, dando cuenta de sus aportes y sosteniendo que sus principales rasgos ya estaban presentes a mediados de los sesenta, por lo que el prefijo no debería entenderse en una acepción temporal o, al menos, el pasaje debería pensarse en términos más flexibles (p. 321).

En la introducción a la última sección del primer tomo, "Conciencia histórica y memoria: aspectos del problema de la revolución en la obra de Sazbón", Hernán Sorgentini sostiene que lo que hace diferente a la reflexión de Sazbón sobre la memoria es el enlace entre su conocimiento historiográfico, su apuesta por una política emancipadora, su formación filosófica, y la contemplación de diferentes disciplinas y tradiciones intelectuales. Se seleccionaron aquí tres textos: "Conciencia histórica y memoria electiva" (2002), en el que examina los supuestos de la obra *Los lugares de la memoria* dirigida por el historiador francés Nora, vistos en el marco de una serie de desarrollos que afloran a partir de la operación de reducción de las posibilidades del saber histórico y la conciencia histórica, y muestra que este desarrollo del campo

de la memoria es tributario de la "galaxia Furet"; el siguiente trabajo, "Memorias de la Revolución francesa" (2005), toma a dicha revolución como un acontecimiento de larga duración memorial y da cuenta de las distintas formas que asume según el tipo de memoria. Como en otros trabajos, discute con postulados de Lévi-Strauss, Furet y Nora, y utiliza la tripartición de las formas de la memoria –cultural, individual y social–, en tanto le resulta servicial para estudiar los modos de acceso a las configuraciones históricas; el último trabajo, "La devaluación formalista de la historia" (2001), da cuenta de las operaciones de devaluación de las potencialidades del saber histórico en distintas tradiciones del pensamiento contemporáneo, observando cómo los esquemas conceptuales de intelección histórica han caído en descrédito, al punto de que su contenido racional es reducido a "mito", "ficción" o "filosofía de la historia".

Por su parte, el segundo tomo inicia con una sección cuya introducción está a cargo de Roberto Pittaluga: "José Sazbón: una historiografía de la adversidad", jugando con la noción acuñada por Sazbón –"marxismo de la adversidad"– para denominar los distintos desarrollos de la teoría crítica. Se incluyen aquí tres trabajos: la reflexión publicada en *Punto de Vista* en 1987, en torno al debate ya clásico entre los historiadores marxistas británicos E. P. Thompson y Perry Anderson, en la que Sazbón va presentando los principales ejes del intercambio; el obituario publicado en *El cielo por asalto* en el verano de 1993-1994: "La muerte de E. P. Thompson" –"el mayor escritor de la izquierda inglesa" (p. 57)–; y por último "Historia y experiencia" (1996), trabajo que toma algunas de las problemáticas que habían estado presentes en el abordaje de la célebre polémica por parte de Sazbón, a partir de los conceptos "espacio de experiencia" y "horizonte de expectativa" utilizados por Koselleck en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* (1979), y a los que Sazbón apela en otros escritos.

La especialista en filosofía alemana, María Belforte, es quien introduce el siguiente apartado: "Sobre un legado: José Sazbón y la Escuela de Frankfurt". Esta sección incluye cuatro trabajos sobre el pensamiento de los intelectuales alemanes englobados en esta tradición: "El legado teórico de la Escuela de Frankfurt" (2002), "Historia y paradigmas en Marx y Benjamin" (1993), "La historia en las 'Tesis' de Benjamin: problemas de interpretación" (2001) e "Historia Intelectual y Teoría Crítica" (1997). La lectura de estos escritos, enlazados por la demostración del carácter político de las producciones frankfurtianas, da cuenta del profundo conocimiento y reflexión de Sazbón autor sobre Adorno, Benjamin –el "autor frankfurtiano más comentado y cribado" (p. 115)–, Habermas, Horkheimer, Marcuse y Neumann. Belforte, en su aporte, interpreta la lectura y recepción de Sazbón como un "legado" (pp. 93 y 97), y resalta su tarea contra los abordajes reduccionistas y los usos unilaterales de la obra frankfurtiana –en especial de las "Tesis" de Benjamin, leídas como un "breviario aforístico de filosofía de la historia" (p. 160)–.

Patricio Geli, con su "Apostillas a los escritos de José Sazbón sobre la Revolución francesa", introduce la séptima sección y propone organizar la preocupación del homenajeado en lo que respecta a ese proceso multifacético, en torno a tres áreas: el lugar que ocupa en las reflexiones marxianas; los debates historiográficos que generó el auge de la corriente revisionista en Francia, y la historia intelectual. Se seleccionaron así tres trabajos representativos de su constante reflexión e intención de ubicar a dicha Revolución en una región interpretativa amplia. El primero está considerado el más importante de los que escribió respecto de este proceso: "La Revolución francesa y los avatares de la modernidad" (1990). Le siguen "El Marx de Furet" (1991) –en el que desglosa las interpretaciones del historiador francés y el uso que hace de la obra de Marx–, y "Figuras y aspectos del feminismo ilustrado", estudio preliminar de *Cuatro mujeres en la Revolución francesa* (2007), en el que Sazbón va enmarcando las voces de Etta Palm, Olympe de Gouges, Théroigne de Méricourt y Claire Lacombe, en sus contextos de enunciación.

La octava sección inicia con la introducción de Elías Palti, "José Sazbón y el problema de la circulación y recepción de las ideas", quien nos recuerda

que gran parte de la obra de Sazbón está destinada a reflexionar en torno a cómo los textos y sistemas de pensamiento se trasladan, son apropiados y adquieren nuevos sentidos en épocas y lugares distintos. Se seleccionaron aquí tres textos representativos de este núcleo de la obra de Sazbón: "Aspectos de la recepción temprana de Nietzsche en Francia" (2001) –que analiza la circulación de la obra del filósofo alemán en Francia en los treinta años previos a la Primera Guerra Mundial–, y "Presencia de Voltaire" e "Historia intelectual e historia política: Anacharsis Cloots y el volterianismo revolucionario", publicados originalmente en el libro compilado por Sazbón *Presencia de Voltaire* (1997), producto a su vez de las "Jornadas Voltaire", realizadas en el contexto del tricentenario del nacimiento del escritor francés. El primero es la introducción a ese libro colectivo, un escrito breve en el que repasa la inscripción de Voltaire en el presente. El siguiente y último, versa sobre la recepción y reconfiguración de las ideas de Voltaire en el partido jacobino.

Uno de los últimos escritos, "La cornucopia de la calle Salguero. José Sazbón y su biblioteca", es de Emiliano Sánchez, quien da cuenta de la "exquisita" y "apabullante" (p. 440) biblioteca de Sazbón –compuesta por aproximadamente 10.000 títulos– y su archivo –compuesto por más de 120 cajas–, donados por su familia al Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas. Su biblioteca, organizada a partir de tres grandes criterios –temáticas, colecciones y editoriales–, refleja claramente dos de sus intereses: el marxismo y la historia de Francia.

La perla del segundo tomo es la transcripción de un extenso diálogo que mantuvo Sazbón con Perry Anderson en 1982, inédito hasta este momento y editado para la ocasión. Se asiste aquí a un valioso intercambio alrededor del estructuralismo, el marxismo y los problemas historiográficos, en el que retoman las obras de diversos autores y discuten conceptos y categorías como "mito", "experiencia" y "hegemonía". En el diálogo Sazbón muestra un profundo conocimiento de la obra de su interlocutor, al cual no deja de señalarle sus críticas, siempre a partir de una lectura aguda.

La antología cierra con una "Contribución a una bibliografía de José Sazbón", en la que puede apreciarse la magnitud de su obra. Esta lista fue elaborada originalmente por el historiador Horacio Tarcus, con la colaboración de la filósofa Renée Girardi, el filósofo José Fernández Vega y la esposa de Sazbón, Berta Stolior –filósofa, editora y traductora–. Para esta ocasión, la lista fue completada por los organizadores de los tomos, quienes realizaron una selección muy representativa de esa extensa producción.

Ciertamente, el pensamiento y la obra de Sazbón han sido tan vastos e interdisciplinarios que cualquier análisis de su obra puede resultar incompleto o injusto. En sus escritos, enlaza y nos ofrece sus amplios conocimientos sobre distintas ciencias sociales y humanas, y de obras escritas por autores de diversas tradiciones teóricas, filosóficas e historiográficas. A lo largo de la lectura de los tomos, se confirma su profundo conocimiento de la cultura europea contemporánea, su método de despliegue minucioso de los argumentos de los autores objeto de su revisión y su capacidad de crítica implacable con quienes no estaba de acuerdo. Sazbón fue un lector atento a los detalles, las marcas de época, los contextos de producción, las trayectorias de los distintos autores que puso en diálogo, contraponiendo posturas, buscando secuencias, préstamos y herencias. Utilizó el análisis comparativo e interdisciplinario, sobre la base de una gran rigurosidad conceptual y siempre a partir de un espíritu crítico que lo llevaba a revisar incluso su propia obra. Su exhaustividad y erudición dieron como resultado trabajos profundamente reflexivos, detallistas y complejos, que esta antología nos permite tener reunidos, sistematizados, y hacer de ellos una consulta obligada para diversos temas.

Paula Zubillaga
Universidad Nacional
de General Sarmiento /
CONICET

José Luis de Diego,
Los escritores y sus representaciones. Formación, campo literario, escritura, lector, crítica, canon, mercado editorial, libros,
Buenos Aires, Eudeba, 2021, 238 páginas

A comienzos de la década de 1980, la colección Capítulo que sacaba el Centro Editor de América Latina dio a conocer a lo largo de veinte fascículos una extensa encuesta a un conjunto amplio de escritores, que confeccionaron y llevaron adelante Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano y que se publicaría como volumen en 1982. Aunque mencionada con frecuencia en diversos trabajos críticos, sin embargo, nunca era citada largamente o no se la analizaba con sistematicidad. En *Los escritores y sus representaciones*, José Luis de Diego, profesor e investigador de la Universidad de La Plata y autor de *¿Quién de nosotros escribirá el* Facundo*?* (2001), se hace cargo explícitamente de este vacío crítico y convierte esa importante encuesta en objeto de una lectura minuciosa. Para ello, y con el fin de darle un marco temporal mayor que permita advertir cambios o inflexiones, agrega como corpus dos libros de principios de los 90 de entrevistas a escritores (*La curiosidad impertinente* de Guillermo Saavedra y *Primera persona* de Graciela Speranza, respectivamente de 1993 y 1995).

Como lo indica el subtítulo, De Diego aprovecha esos materiales como insumos para revisar ciertas categorías desde el punto de vista de la sociología de la literatura: formación, campo literario, escritura, lector, crítica, canon, mercado editorial, libros, todos ellos aunados en la noción de "representación" anunciada en el título. Atravesado fundamentalmente por Raymond Williams y Pierre Bourdieu, pero también por el abordaje de Robert Darnton y los aportes de Gisèle Sapiro, solo por nombrar los supuestos teóricos más evidentes de su propuesta, De Diego, quien es uno de los principales especialistas en historia de la edición y del libro en la Argentina, desagrega la encuesta en cada una de las preguntas que la conformaron y que ahora se constituyen a su vez en cada uno de los nueve capítulos de su libro. Para cerrar, un "Anexo", que ocupa casi un tercio del volumen, lista por año y con indicación de la editorial correspondiente la publicación de obras argentinas entre 1940 y 1990, ofreciendo de ese modo una suerte de bibliografía literaria que resulta sumamente útil para encarar nuevas investigaciones.

En el cruce de las ideas o imágenes mentales sobre los escritores con algunos datos personales y de época, De Diego detecta en cada pregunta ciertos tópicos, definidos según variables particulares. Por ejemplo, de la formulación de la segunda pregunta, que se vincula con la formación literaria, se desprenden cuatro tópicos: clima intelectual familiar; escuela, educación formal e informal; grupos y amistades literarias; autores decisivos en esa formación. Y a la vez, el análisis de estos tópicos considera no solo la representación sociológica de los escritores, sino variables como, para el caso del origen de clase, el origen familiar inmigratorio. Esa sistematización de las respuestas, por un lado, es lo que permite conectar el contenido sociológico del análisis de la encuesta con las categorías de una teoría social de la cultura: la primera pregunta, sobre la iniciación a la escritura, se vincula, entonces, con la noción de mercado, para plantear que es mayor la oferta de textos literarios que la demanda de publicación; por su parte, la tercera pregunta, sobre el trabajo con el texto, se vincula con la noción de escritura, mientras que la quinta, sobre el lector ideal, lo hace, precisamente, con la de lector en sus diversas inflexiones. Como *background* literario o teórico, la temática de cada capítulo se redimensiona al ser puesta en relación con ciertas referencias. A modo de ejemplo: el sexto capítulo, sobre el interés que despierta la crítica literaria en los escritores, arranca con la imagen diseñada por Roberto Arlt en su relato "Escritor fracasado", en el que

de entrada se pone bajo sospecha la mirada de los críticos diluyendo su especialización tras su resentimiento; de otro modo, el capítulo séptimo, sobre los escritores extranjeros más influyentes, que se vincula con la noción de canon, se trabaja a partir de las teorizaciones de Harold Bloom en ese clásico de los 90 que fue *El canon occidental*.

Toda esta sistematización se lleva a cabo, como puede inferirse, de las respuestas a los escritores encuestados para Capítulo o entrevistados por Saavedra y Speranza para sus libros. Esos escritores, de los que De Diego excluye a los críticos por cuestiones metodológicas atendibles, trazan un arco muy variado que abarca unas tres generaciones, que va de los indiscutiblemente consagrados a los de consagración no totalmente consolidada, y que además intenta captar las emergencias. De un lado, de Sábato, Mujica Lainez o Beatriz Guido a Piglia o Luis Gusmán: todos escritores que eran muy conocidos a principios de los 80 y que, aun con matices, siguen siéndolo en la actualidad. Del otro, escritores como Gudiño Kieffer, María Esther de Miguel o Martha Mercader, cuya circulación y efectos en la escena literario cultural estuvieron circunscriptos, particularmente, a los años 80 y los primeros 90. En los extremos de ese arco, están Borges y Cortázar y Horacio Armani o Jorge Riestra. De cualquier modo, no importan tanto, creo, los alcances de la consagración como los criterios de representatividad. E importan menos, creo también, los criterios usados oportunamente para elegir a los escritores censados, por tratarse de una muestra panorámica y sincrónica que servía para tantear la situación cultural general, que los criterios usados para el análisis de la encuesta, que exige considerar su representatividad en un mediano plazo y asumiendo una perspectiva diacrónica, ya que la convierte en un objeto de estudio, en fuente de datos a partir de los cuales hipotetizar. Como explica De Diego, el término "representación" reúne en castellano varios sentidos y todos ellos están involucrados en las representaciones de las que se ocupa en su libro: el sentido artístico, el político y la producción de una imagen mental. Sin embargo, la segunda acepción, según la cual "alguien representa a un grupo", implica también la noción de representatividad, que es la que se pone en juego en la instancia del análisis; es decir: ¿son representativos de un estado de situación, de una escena cultural, de unas condiciones de posibilidad, los y las escritoras de la encuesta?

En ese punto, la consideración de quiénes son los escritores que respondieron la encuesta tiene una doble relevancia. Por un lado, y tal como lo hace De Diego, es preciso atender, al considerar cada caso, ciertas variables sociológicas que son fundamentales (cuál es la posición social del escritor, el origen familiar, etc.); esos rasgos permiten ponderar las respuestas al momento de llegar a alguna hipótesis o conclusión (no sería lo mismo el acceso a la literatura de quienes han tenido biblioteca familiar que el de quienes provienen de familias de inmigrantes, o el de quienes se han educado formalmente que el de quienes han sido prevalecientemente autodidactas). Ahora bien: por otro lado, ¿acaso no importa metodológicamente quién es el o la escritor/a (¡y si es escritor o escritora!) en cuanto tal? Si en cierto nivel tiene la misma validez la respuesta de Borges a la sexta pregunta, sobre la crítica literaria, que la de otros escritores, no ocurre lo mismo al enfocar en la séptima pregunta: "en relación con qué autores argentinos o extranjeros piensa usted su propia obra". Desde el momento en que la influencia de Borges en la literatura argentina de la segunda mitad del siglo XX y las primeras décadas del XXI es ineludible, sus propias influencias, que han dejado rastro no solo en una encuesta sino en la configuración de sus relatos y ensayos, también resultan ineludibles ya que han hecho ingresar al sistema literario local un conjunto de escritores y obras que de otro modo no lo habrían hecho. Es decir: hay ciertas cuestiones para las cuales la representatividad del escritor es un rasgo irreductible a cualquier tipo de análisis.

Para un análisis actual de la constitución del campo o la escena literaria de los años 80 nos dice más el cotejo entre la estela formada por escritores que siguen siendo reconocidos o muy leídos y la estela formada por escritores cuya circulación ha disminuido o se ha detenido, que la contabilización general de ciertas respuestas. Asimismo, el

porcentaje ínfimo de escritoras que integran el censo debe ser interrogado en función de considerar si se trata de un efecto de la propia configuración del campo cultural de ese momento o un problema en el armado de la encuesta. Obviamente la sociología de la cultura examina cuantitativa y cualitativamente los datos que recolecta, la información que reúne, pero hay una zona en la que la ecuación entre lo cuantitativo y lo cualitativo corre el riesgo de terminar inclinándose por lo primero. Para ello, analizar no únicamente los resultados de la encuesta sino su propia confección puede ser también muy revelador.

En ese sentido, vale la pena invocar el extraordinario análisis que hace desde la sociología de la cultura Pierre Bourdieu en *Las reglas del arte* (1992) sobre el campo intelectual francés de mediados del siglo XIX, en el que, con ese fin y modélicamente, lo que elige es la lectura a la vez rigurosa y sensible de una novela, *La educación sentimental* de Flaubert. Aunque la descripción de Bourdieu e incluso su noción de campo intelectual ya no explique la escena cultural contemporánea, con sus expansiones disciplinares y la transformación de sus soportes, su gesto es inspirador del modo a veces transversal, indirecto, que sirve para iluminar las interpretaciones sociológicas sin que por eso haya que renunciar a enfoques más clásicos e igualmente productivos (basta pensar en *Los intelectuales en el siglo XIX* del historiador Cristophe Charle, publicado en 1996, que tiene toda una zona complementaria de la perspectiva de Bourdieu). Por lo mismo, la detallada descripción que lleva a cabo José Luis de Diego de la histórica encuesta de Capítulo es un punto de partida fundamental para seguir interrogándonos sobre las diversas situaciones de la escena cultural argentina, sus sucesivos cambios y los rasgos que nos permiten explicar las condiciones contemporáneas de la práctica literaria y las figuraciones sociales de los escritores y las escritoras.

Alejandra Laera
Universidad de Buenos Aires / CONICET

Sofía Mercader,
'Punto de vista' and the Argentine Intellectual Left,
Londres, Palgrave Macmillan, 2021, 269 páginas

Hace tiempo que necesitábamos una historia de *Punto de Vista* (*PDV*). La historia de una protagonista clave del pasado reciente de la crítica en nuestro país. Necesitamos esa historia si queremos imaginar futuros posibles para la función intelectual en tiempos que parecen prescindir de ella. La revista publicó su último número en 2008, cerrando una de las experiencias de la crítica cultural más intensas de la posdictadura argentina. Su final representaba también el ocaso de todo un ciclo de transiciones político-culturales en la región, a la vez que el cierre de una era de la crítica y de la figura del intelectual en cuanto tal. Porque 2008 se fue convirtiendo en una fecha bisagra en la que enmarques arraigados del debate público comenzaron a estallar junto con el desmoronamiento de evidencias que creíamos firmes de los pactos político-culturales de las transiciones democráticas. Lo que caracteriza a las "nuevas derechas" (que espejan en su denominación a la hegemonía cultural de las "nuevas izquierdas" que dominaron las últimas décadas del siglo XX), en emergencia desde entonces a nivel global, es menos su extremismo político que su ductilidad técnica y comunicativa para operar en circuitos que prescinden de toda pauta democrática de legitimación pública, síntoma inquietante de una mutación de las estructuras modernas de la llamada "esfera pública" y de los procesos de subjetivación política implicados en ellas. *PDV* es testimonio ejemplar de una edad de la crítica que parece agotada en tiempos de redes sociales, *fake news*, algoritmos e *influencers*. De hecho, su propio legado activo parece haberse fragmentado entre el trabajo académico y las incursiones mediáticas de figuras individuales: entre especialistas y *celebrities*, el intelectual parece en franco declive. Su modernidad es hoy nuestra antigüedad. Pero así como lo moderno construyó una antigüedad para lanzarse a su propia aventura histórica, necesitamos definir los perfiles de esta modernidad en retirada para imaginar la consistencia de nuestro caótico tiempo. Y para relanzar la promesa que la figura del intelectual asignó a las potencias de la palabra en el diseño de destinos colectivos. Heredarla requiere realizar su inventario.

El libro de Sofía Mercader está basado en su disertación doctoral en la Universidad de Warwick. No deja de ser paradojal una lectura en clave académica de un proyecto cultural que siempre criticó la reducción académica del trabajo intelectual. Sin embargo, prefiero pensar que el libro es testigo del sugerido desfasaje entre dos edades distintas de la crítica. En nuestro país, una nueva camada intelectual se ha visto impulsada por políticas de financiamiento público a la formación de alto nivel de investigadores/as, generando nuevas formas de acción e interacción intelectual que no necesariamente encuentran sus formas de intervención en los marcos tradicionales. *PDV* realizó sus propios balances de proyectos intelectuales anteriores, en los que se reconocía y con los que buscaba elaborar formas de herencia crítica, en intervenciones polémicas de fuerte carga proyectual e implicación subjetiva. Estos rasgos quedan desplazados o velados en el género tesis, en el que tiende a perderse la soberanía sobre las lógicas que rigen el proceso de transmisión, que comienzan a depender menos de los propios intelectuales que de los automatismos de las instituciones universitarias y de investigación. Probablemente ya no aceptemos el gesto soberano del intelectual moderno y el ideal de independencia que estructura su modo de participación en el juego de las fuerzas sociales. Sin embargo, aún habremos de saber darnos formas de interdependencia en las que las ventajas intensivas de la especialización puedan articularse en diseños extensivos de redes de interacción y formas de agenciamiento colectivo que se

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1343

sustraigan a la oscilación, típicamente moderna, entre individuo y burocracia, entre crítica e institución. Esta tesis/libro es síntoma de estas inquietudes: ¿qué tipo de sujeto intelectual heredará el legado de *PDV*? Pareciera que ya no otra "revista de cultura" que haga el relevo (como *Contorno* con *Martín Fierro*, como *PDV* con *Contorno*). No sabemos quién o qué lo hará. Pero ahora, gracias a este libro, disponemos de un excelente inventario de las principales aristas de esa herencia.

La introducción sitúa el proyecto de la revista entre dos derrotas políticas: la derrota de las utopías revolucionarias de los 60-70 en el golpe militar del 76, y la derrota de la promesa socialdemócrata en la larga década de los 90. De allí que el corazón del libro lo constituya el capítulo dedicado a los años 80 (la década corta que va del 83 al 87), el emplazamiento histórico más propicio para el proyecto de la revista.

En este marco, el libro despliega la historia de la revista en seis capítulos cronológicamente ordenados, sólidamente documentados y transversalmente articulados por la figura tutelar de Beatriz Sarlo. Esto último parece lógico dado el lugar estelar que ella tuvo en la revista de inicio a fin. Y, sin embargo, no es una opción sin costos, pues la multiplicidad de historias posibles o parciales que emergen oblicuamente en las páginas del libro, y que constituyen su vibración más rica, tienden a la unificación en la voz y trayectoria de su directora. Con todo, es una decisión que garantiza la sólida consistencia del relato.

Un capítulo inicial sobre los "años formativos" muestra el anclaje de la revista en la historia de la llamada "nueva izquierda" emergente en los años 60, que en nuestro país habría oscilado entre la "modernización" cultural de los 60 y la "radicalización" política en los 70. En esto la autora asume la perspectiva que de aquellos años ofrecieran los propios intelectuales de *PDV*, replicando el diagnóstico de una "canibalización" de la cultura por la política, dejando planteada la tarea de la cultura de izquierdas en la (pos) dictadura en los términos bourdieanos de la recomposición de un espacio para la autonomía del campo intelectual: *el derecho al punto de vista*.

En los dos capítulos dedicados a la revista bajo la dictadura se analizan dos estrategias o líneas de trabajo fundamentales en esos años: la de revisar el pasado, en ensayos referidos a nuestra tradición cultural, y la de diseñar un nuevo modelo de crítica, en la construcción de un dispositivo complejo de lectura que incorporaba influencias metropolitanas y latinoamericanas en un mismo proyecto de "sociología de la cultura". Todo ello en el contexto de una transición general de la "revolución" a la "democracia" como horizonte de sentido, y en el marco del diálogo con el exilio que se planteara con la revista *Controversia*.

La sutil reconstrucción de este entramado podría haberse enriquecido con una tematización más explícita de la relación interna entre la adopción de un modelo de "sociología de la cultura", de gran influencia posterior, y el correlativo abandono de la retórica revolucionaria. Tal como se ha sugerido en otros estudios (Dalmaroni, Peller, Schwarzböck, Acha, etc.), el abandono de la revolución implicaba un abandono de la teoría, del que la "sociología de la cultura" sería el primer síntoma. Ella habilitaba, a través de Bourdieu y la sociología de los campos, la reivindicación de una renovada autonomía para el "campo intelectual" a la vez que una nueva oportunidad para la idea de "modernización" como estructurante también de nuestras historias "periféricas". En este registro, es problemático que el libro haya asumido la lectura simplificadora que *PDV* hizo del llamado "postestructuralismo", pero, a pesar de ello, deja abierto el espacio para una pregunta que considero clave, y que luego retomará más explícitamente: ¿por qué la revista no deja ingresar al debate teórico el descalabro de parámetros que sin embargo tan abiertamente admite y promueve en la política?

El quinto capítulo aborda el proyecto de *PDV* en su momento de máximo esplendor, cuando el sueño de intervención política del intelectual parecía al alcance de la mano. Y lo hace a partir de tres dimensiones fundamentales: la crítica de las concepciones ideológicas anteriores desde la adopción de nuevas perspectivas políticas; la elaboración del trauma de la dictadura desde las agendas de la "memoria"; la pregunta por el nuevo rol de los intelectuales ante los desafíos de la democracia.

En lo referido al primer eje, Mercader lee de manera muy sutil algunas tensiones clave. Se trataba de interrogar, desde una perspectiva "posmarxista", como se empezaba a decir en esos años, la nueva alianza entre "socialismo y democracia". En ese marco, el libro deja ver una paradoja estructural de *PDV* y, quizá, de nuestros años ochenta en general: la oscilación entre la crisis y la obstinación de los "grandes relatos". Como ya fue dicho, la revista necesitó abandonar los discursos totalizantes que en los años 70 habrían legitimado formas de la violencia en aras de una verdad de la historia. El nuevo horizonte democrático requería abandonar toda filosofía de la historia, y, sin embargo, el grupo editor fue siempre muy refractario a la tradición intelectual que más radicalmente intentó hacerse cargo de ese fin de la historia como teleología del sentido, el mal llamado "postestructuralismo". De allí la aporía ulterior señalada más de una vez por la autora: aunque como parte de la agenda posmarxista se reivindicara la emergencia de los "nuevos sujetos sociales" que hacían estallar la centralidad del proletariado y de la "última instancia", jamás ingresaron a la revista las problemáticas de género, ni poscoloniales ni de minorías. Esto marcó los límites de una idea de intelectual fraguada en una incuestionada noción (moderna/modernista) del "sujeto" (de la crítica) que, finalmente, se terminará convirtiendo en el gran escollo de *PDV* para acceder a lo contemporáneo, ese santo grial del intelectual moderno.

¿Cómo entender esta tensión? Creo que la palabra clave aquí es, nuevamente, "modernización". Una palabra que conectaba los intereses intelectuales con los políticos al punto de convertirse en uno de los pilares del discurso de Parque Norte. Como si dijéramos: no hubo un abandono de los "grandes relatos", sino más bien una laicización de estos. La "modernización" es el *gran relato laico* que, conectando a Bourdieu con Alfonsín, aún permitía seguir operando (¿con respiración artificial?) al intelectual tradicional en condiciones posmetafísicas. Pero ¿no es el de la modernización el más metafísico de todos los relatos, el relato del capital?

Dos últimos capítulos funcionan como coda. Los 90 fueron años adversos para el proyecto de *PDV*. La revista se replegó en una crítica al posmodernismo que asimiló a la lógica cultural del neoliberalismo, aplanando la complejidad del estado de la teoría en esos años, y desembocando en la paradójica posición de, por decirlo en una fórmula, *un posmarxismo sin posmodernismo*. El abandono de la revolución dejó intocado no solo el ideal de "modernización", sino también la normatividad de "valores" modernistas para el arte y la cultura. La batalla por esos "valores", encarada sobre todo por Sarlo, parece ser el último y voluntarista testimonio de una "transición" político-cultural trunca.

En esta línea, Mercader lee el contexto de la crisis del 2001 en términos tajantes: "*the project of the transition had utterly failed*" (p. 229). En 2001 estalla un impensado de los años dorados del alfonsinismo: la relación inextricable entre *transición y neoliberalismo*. A partir de entonces, y en medio de crisis internas cada vez más agudas, la revista se replegará sobre un alto modernismo alejado de la búsqueda de articulación de la cultura con el mundo de la política real.

Hoy vivimos en el después del 2008. El golpe de Estado como trauma de origen de *PDV* ha sido desplazado por los "golpes blandos" que desplazan la gramática dualista de "autoritarismo vs. democracia" en la que se fraguaron aquellos tiempos de la crítica; la función "modernizadora" del intelectual que oficia de aduanero de las novedades metropolitanas se disuelve en la circulación indiscriminada de información en las redes; la función selectiva y mediadora de la crítica es desplazada por la movilización cotidiana de usuarios que producen sus propios contenidos y criterios; la "revista" dejó de nombrar proyectos intelectuales de perfiles autorales y pasó a referirse a publicaderos anónimos donde los rankings de indexación han remplazado la idea misma de una línea editorial. ¿Qué significará, en este contexto, *heredar PDV*? Imagino una nueva reformulación de la pregunta de Piglia: ¿quién de nosotros/as escribirá *Nuestros años ochentas*? El de Mercader no busca ser tal libro. Pero ofrece piezas clave para imaginar su montaje.

Luis Ignacio García
Universidad Nacional
de Córdoba / CONICET

Sebastián Carassai,
Lo que no sabemos de Malvinas. Las islas, su gente y nosotros antes de la guerra,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2022, 304 páginas

Malvinas evoca inmediatamente la guerra, la humillación de la derrota y el resentimiento contra las cúpulas militares que la llevaron adelante. Antes y después está la *causa nacional* afincada en una figura territorial de la nación, la ficción poderosa de un cuerpo (materno, podría arriesgar algún lector de Freud) al que algún malvado le ha arrancado un retoño. No hace falta decirlo, cuanto más se afirma esa idea de la nación como cuerpo y el fantasma de una completitud perdida, menos arraiga la representación de eso que se ha llamado el "patriotismo de la Constitución".

Carassai cambia el registro, y nos incluye, invitados a reconocer, ante todo, lo que *no sabemos* de Malvinas. Lo que no sabemos se recorta a partir de lo que sí creemos saber, de modo que resulta casi inevitable repasar esta historia desde el final, la guerra, la derrota y lo que ha quedado obturado de la experiencia anterior. En todo caso, la presunción del "no saber" ha operado productivamente como un disparador de preguntas nuevas, incómodas, que horadan certezas y alineamientos. En síntesis, lo que no sabemos se ordena en tres planos: primero, sobre la sociedad isleña; luego, acerca de la experiencia única e irrepetible de acercamiento y colaboración desde mediados de los sesenta a comienzos de los setenta; finalmente, en un plano menos explícito, lo que no queremos saber sobre una "genealogía" de la invasión que involucra a la sociedad.

Lo primero y destacable de esta investigación es que en ella Malvinas es algo distinto de un territorio o una geografía: es una comunidad social y política, con historia, cultura, instituciones y, por supuesto, derechos. Los isleños están en el centro de una trama de representaciones cruzadas y narraciones paralelas, entre los testimonios de los viajeros argentinos y las visiones de los habitantes de las islas sobre su propia sociedad. Del lado de los visitantes argentinos, no todos vieron lo mismo, pero en general el retrato que ofrecen responde a lo que desean ver, a partir de la convicción de una integración inevitable. Oscilan entre la imagen de los isleños como víctimas de la potencia colonial (y por lo tanto cercanos a la posición argentina) o, en un registro que se hace cada vez más visible en los setenta, como cómplices de la ocupación.

Desde los sesenta crecen las crónicas, visitas de periodistas, registros audiovisuales, imágenes de las Malvinas que se difunden en la televisión, pero no mejora la información sobre quienes habitan las islas. Carassai contrasta lo que describían los viajeros con una investigación de la realidad y de la autopercepción de la sociedad isleña a partir de fuentes primarias. Y desentraña una relación compleja, de encuentros y desencuentros, de acercamientos, distancias y malentendidos en el período anterior a la guerra. Concluye abordando, brevemente, los cambios en la posguerra.

En el recorrido que va de los viajeros a las fuentes malvinenses subyace una pregunta: ¿quiénes son y cómo se ven los isleños? Y emergen los enredos de la identidad alrededor de una condición "malvinera" (o de *Falkland Islanders*) no exenta de conflictos con la filiación británica que, además, cambia con el tiempo. En contra de las ilusiones nacionales, lo que no cambia y termina por fijarse como un rasgo permanente de esa identidad es el rechazo a concebirse, aun en un futuro lejano, como argentinos.

Quizá lo más importante reside en la investigación sobre la sociedad malvinense, el propósito de enfrentarnos con lo que no sabemos o no queremos saber. Carassai ofrece un cuadro de situación de esa comunidad y sus problemas (económicos, de comunicación y servicio, de autogobierno en el terreno político), que nacen de una relación complicada con una metrópolis situada a miles de kilómetros. Otorga carnadura al conflicto a partir de un reconocimiento de esos "otros" de los que no solo ignoramos casi todo, sino que sobre ese vacío de

conocimiento edificamos distintas figuras (usurpadores, sobre todo) que los borran como agentes del conflicto. Los años sesenta muestran una creciente presencia del tema Malvinas en la opinión y los medios argentinos. Paralelamente, es el tiempo de los cambios más significativos en las islas, ante todo un interés renovado por la escena política argentina y sus consecuencias en el plano de la disputa por la nacionalidad.

Es un tiempo de contrastes nítidos en las iniciativas, los discursos y las expectativas. Por un lado, es la "década del optimismo", a partir de los avances diplomáticos y el acercamiento material, que comienzan bajo el gobierno de Illia y continúan con la dictadura de Onganía. Por otro, estaban las incursiones y algunas invasiones "simbólicas" de quienes viajaban sin autorización para denunciar la ocupación y reivindicar la soberanía argentina. Los medios difunden lo que para muchos eran las primeras fotografías de las islas; y agregan sus propias ficciones sobre los isleños, presentados como una sociedad atrasada y disconforme, abandonada por la Corona, disponible para integrarse a la Argentina. En 1966 casi simultáneamente con la presencia de Malvinas en la televisión irrumpe en la escena pública la ocupación y las banderas plantadas por la Operación Cóndor, una acción de propaganda en la que no faltaban las armas. En esa operación, Puerto Stanley es rebautizado como Puerto Rivero en consonancia con la narrativa nacionalista que reinventa la figura patriótica del Gaucho Rivero. Paradojas de esos años, el fervor nacionalista que llama a una ocupación coexiste con un avance real en las relaciones. Pero lo que se profundizaba, más que el conocimiento recíproco, era el desencuentro, en la medida en que la sociedad malvinense se afirmaba tanto más en la defensa de su existencia cuanto más crecía la preocupación y la desconfianza respecto de negociaciones entre la Argentina y el Reino Unido que los excluían en las decisiones sobre su futuro.

La presencia argentina efectiva en las islas se hacía mucho más visible, sobre todo desde 1971 con el acuerdo de comunicación. Mientras crecía el turismo, el Estado argentino reemplazaba al británico y se hacía cargo de problemas de larga data en materia de comunicaciones, comercio, desarrollo agrícola, salud y educación. Se firmó un convenio educativo y muchos niños y jóvenes malvinenses completaban sus estudios en la Argentina; se aprobó la enseñanza del español como segunda lengua, lo que llevó a la contratación de maestras argentinas, etc. En la nueva situación se despertaban ilusiones. Algunos pensaban que la colaboración podía ir más allá de la buena vecindad para ganar la voluntad isleña e impulsar una actitud más favorable a la integración. Pero el acercamiento en el plano material de los servicios que el Estado argentino prestaba coexistía con el rechazo a la integración y la desconfianza en las negociaciones. El conflicto por la soberanía estaba allí como un escollo insalvable y la fractura se ahondana aún más cuando llegaban desde la Argentina las escenas de la violencia, la inestabilidad política y las voces que llamaban a una invasión, en la estela de la Operación Cóndor.

Ese tiempo de encuentros se frustró rápidamente. Mientras los funcionarios estatales continuaban con la negociación diplomática y con el acercamiento en las relaciones directas con la sociedad isleña, en la escena política y en los medios arraigaban las visiones nacionalistas que presionaban por una solución menos gradual y, sobre todo, menos pacífica. Durante el gobierno del Gral. Perón y su esposa se reiteraban las manifestaciones de reafirmación de la soberanía argentina, hasta llegar, en 1973, a la creación del 10 de junio como "Día de la Afirmación de los Derechos Argentinos sobre las Malvinas, Islas y Sector Antártico". Y no faltaron, desde la política y desde la sociedad, las propuestas de invasión asociadas al nuevo ciclo del peronismo en el poder.

El libro también recoge miradas escindidas, voces capaces de reconocer algo distinto de un territorio usurpado o una población trasplantada: la existencia de un grupo humano con intereses, inclinaciones, una cultura propia y un hogar construido a lo largo de las generaciones. Pero son las menos, relegadas frente a una opinión dominante identificada con la "causa nacional". De allí se sigue una dialéctica conocida. Los aprestos de un nacionalismo agresivo, de un lado, producen, del otro, reacciones que endurecen aquello que pretenden ablandar: el fortalecimiento de una

conciencia afincada en la defensa de la autodeterminación. Mucho más que antes, el rasgo antiargentino pasa a ser un componente dominante de esa constelación identitaria. Por supuesto, ese sentimiento no hace sino solidificarse después de la invasión y la humillación de la ocupación, una escena "traumática" incrustada en la memoria de la comunidad.

En la sociedad isleña, después del relativo aislamiento anterior, la relación con la Argentina inaugura una agenda en la que el avance en un plano social concreto cede y se reinterpreta a la luz de una preocupación por el futuro. La disputa de soberanía se traduce, en la sociedad, como una lucha que toca un fundamento de la propia identidad. A lo que se agrega la desconfianza en las intenciones del gobierno británico respecto de decisiones tomadas a sus espaldas. En el marco del conflicto se despliega un movimiento de la conciencia colectiva, la autoconstitución de una comunidad política que se afirma, como un núcleo duro de su identidad, en el rechazo de la fórmula que busca suprimir sus "deseos" para reemplazarlos por "intereses" que pueden decidirse sin su participación.

Vista en sentido retrospectivo, esta historia muestra que el rumbo hacia la confrontación estaba anunciado. A la vez, permite interrogar ciertas condiciones, en la opinión social y la conciencia colectiva, que sostuvieron ese camino y reconocer que el desenlace, la guerra, no era inevitable. El patriotismo de confrontación es una pasión recíproca que escala en ambos polos en las vísperas de la guerra. Las fracturas se ahondaban y en las islas la presencia argentina ya no era de colaboración sino de "infiltración", producía recelo y alejamiento. La prensa y las dirigencias, de un lado y del otro, contribuían decididamente a crear un clima favorable a la intransigencia.

El último capítulo trabaja sobre un corpus de letras del cancionero, desde los cuarenta, una vía de entrada a las representaciones del conflicto en la cultura popular. Se propone explorar, a partir de esas fuentes, una "comunidad emocional", un concepto que merece ser resaltado y discutido. Muestra su fecundidad para abordar zonas menos racionales de los sentidos y las identidades colectivas, pero tiene el límite de ampliar el papel de las emociones en una formación que es también una comunidad de creencias y de memoria. Por otra parte, los componentes de los imaginarios sociales no se recortan fácilmente: ciertos núcleos (Malvinas, por ejemplo) condensan y refuerzan otros, en este caso alrededor de la nación, la historia o el territorio.

En todo caso, lo importante es que esa investigación, muy original, de la imaginación nacionalista "desde abajo" (para usar un término consagrado en la historiografía) resalta la construcción imaginaria de un escenario de guerra nacional, desde mucho antes de la invasión de 1982. Malvinas opera como emblema de la patria irredenta y de la ligazón social del "Pueblo-uno". En los intensos años sesenta las canciones se radicalizaban: en contraste con el carácter blando, "feminizado", de la colaboración, resaltaba el motivo del coraje, las visiones guerreras propias de una visión varonil de la pasión patriótica, encarnado en la figura legendaria del Gaucho Rivero. No hace falta decirlo, en esa constelación de creencias, inclinada a las soluciones drásticas, no había lugar para la diplomacia.

En ese análisis, la dimensión popular comprende una zona latente de ideas, escenas y pasiones, formaciones de un inconsciente histórico que en otros estratos de la sociedad (políticos, intelectuales…) queda inhibido, aunque emerge con fuerza en momentos de crisis que trastocan los dispositivos de censura, como la guerra de 1982. El fervor bélico arrastró a casi todos, incluso a los que seguramente antes de la acción militar hubieran rechazado la propuesta de una invasión. En esa exploración de esa zona menos visible de la cultura, y de la esfera pública, lo más novedoso residiría en un modo de pensar la relación entre lo popular y lo culto, ya no como oposición o simple penetración, sino en sus efectos de revelación de lo menos reconocido en las expresiones manifiestas de la opinión.

En el "Epílogo" el autor no deja de incluirse en la serie de los "viajeros". Narrador de su propia experiencia, en una flexión inhabitual en su escritura, pasa a la primera persona, en una posición a la vez ajena y familiar, y experimenta "algo parecido a un duelo". Es el descubrimiento de una distancia, una fractura que, en el conjunto del libro, contrasta con ese otro tiempo en el que las relaciones

alimentaban la ilusión de un encuentro. La investigación no se ocupa directamente de la guerra; sin embargo, el acontecimiento está ahí, en la experiencia de ese presente fracturado. La guerra condensa en la conciencia de esa sociedad el recuerdo doloroso de la violencia sufrida pero también la celebración de su propio "Día de la Liberación". La posguerra ha sido el punto de partida de una relación mucho más estrecha con la Corona, el fortalecimiento material y el acceso pleno a la ciudadanía británica. Ese fundamento inalterado de la identidad convive con la condición de *Falkland Islander* y la consolidación de una nueva sociedad, una comunidad de memoria y de destino. Visto con una perspectiva de cuatro décadas, el resultado más perdurable de la guerra parece ser el afianzamiento de un nacionalismo isleño que es a la vez británico y local.

Hugo Vezzetti
Universidad de Buenos Aires / CONICET

Esteban Buch y Abel Gilbert (comps.),
Escuchar Malvinas. Músicas y sonidos de la guerra,
Buenos Aires, Gourmet Musical, 2022, 304 páginas

A cuarenta años del conflicto, *Escuchar Malvinas* ofrece una nueva perspectiva para interpretar la única guerra librada por la Argentina en el siglo XX. Editado por Gourmet Musical, una editorial que desde hace más de una década promueve la difusión de los estudios sociohistóricos de la música, este libro aborda un episodio de la historia argentina que, a la luz de las revisiones y balances que todo cambio de década promueve, marca novedosos rumbos para una historia que se superpone con la memoria y las marcas del trauma.

Inscripto en el llamado giro auditivo de los estudios culturales, *Escuchar Malvinas* se desmarca de la hegemonía de lo visual. Así, aspira a recuperar la dimensión emocional y corporal del acto de escuchar, toda vez que se propone entender las complejas relaciones entre la escucha, la música y la política. ¿Quiénes escuchan la guerra? ¿Cómo suena? ¿Hay una banda de sonido del conflicto armado? ¿Cómo se sintoniza? Con estas preguntas como horizonte, este libro compilado por Esteban Buch y Abel Gilbert reúne a diferentes especialistas dedicados al estudio de la música y enfrenta los particulares desafíos que surgen del abordaje de una historia cultural y política que hace foco no ya en las palabras o las imágenes, sino en las músicas y en los escurridizos sonidos que poblaron el momento de la guerra y también sus recuerdos.

Los artículos que componen el libro aspiran a desentrañar el momento Malvinas como parte de una cultura de la guerra que no se circunscribe al frente de combate o al problema militar. Por el contrario, se pretende entender cómo los civiles participaron de modo activo en el conflicto bélico y formaron parte de una experiencia totalizante que los desbordó y los sumergió en múltiples contradicciones y dilemas. Esta interpretación de Malvinas a partir del concepto de cultura de la guerra se nutre de trabajos clásicos sobre otras experiencias bélicas, especialmente las grandes guerras mundiales, que ofrecen marcos de interpretación para pensar las complejas relaciones entre la experiencia del combate y la vida cotidiana. Por su interés en los efectos que tuvo la escucha a la hora de procesar e interpretar la guerra entre sus contemporáneos, *Escuchar Malvinas* constituye un gran aporte para pensar desde la historia cultural las reacciones y actitudes sociales frente a la violencia, como también las maneras de experimentar la guerra en la zona de combate y en otros territorios, especialmente el porteño. La experiencia sonora de la guerra en otras regiones del país queda, en este sentido, fuera del análisis de la compilación.

Al mismo tiempo, este abordaje contribuye a explorar una historia de Malvinas de más largo plazo. Los himnos y las marchas militares sobre las islas y el Atlántico Sur pueden ser vistas como fuentes con densidad para delinear una historia de las Islas Malvinas más allá del momento guerrero.

Escuchar Malvinas dialoga con los estudios sobre las funciones del arte y la cultura en tiempos de dictadura y esta es una de las grandes apuestas del libro. En efecto, se hace hincapié en las estrategias de manipulación, cooptación y propaganda política impulsadas desde el Estado represivo. Esta es la perspectiva que predomina en el trabajo de Esteban Buch y Camila Juárez sobre los recitales del fondo patriótico, una exitosa colecta masiva televisada que reunió a músicos de todos los géneros con el fin de convocar a la población a donar joyas y dinero para fortalecer económicamente el conflicto armado. Desde esta lectura, la música emerge como una de las expresiones artísticas que logró suspender la crítica a la dictadura para reafirmar la legitimidad del conflicto en las Malvinas como una causa mayor.

Otros artículos, en cambio, exploran la potencia liberadora de la música y su capacidad de vehiculizar sensaciones y acciones colectivas contestatarias al régimen y al *statu quo*. Como es sabido, el

estado de movilización ciudadana que creó la guerra de Malvinas corrió paralelo a la recuperación de la calle y la acción política que se venía gestando desde hacía un tiempo como parte de un proceso más general de deslegitimación del gobierno militar. Por tanto, algunos trabajos como el de Jorge Dubatti nos muestran cómo el teatro y su música permitieron crear relatos críticos sobre la guerra. A partir de su análisis de la obra de *El señor Brecht* de Abelardo Castillo presentada en el Teatro Colón y en el ciclo Teatro Abierto, Dubatti indaga en las metonimias que esta obra trazó entre el caso argentino y el nazismo para mostrar la crueldad de la dictadura y poner en entredicho los pactos consuetudinarios del teatro.

En esta línea, el trabajo de Mercedes Liska centrado en "Puerto Pollensa", una canción compuesta por Marilina Ross y popularizada por Sandra Mihanovich durante el año de la guerra, indaga en las muy incipientes reivindicaciones de las lesbianas. La canción que transmite una solapada declaración de amor entre mujeres conecta con el momento Malvinas por su referencia a una zona portuaria y por su año de lanzamiento. Estas coincidencias accidentales ofrecen una mirada sobre lo femenino que disputa el predominio de las narraciones masculinas sobre la guerra y enfatiza la creciente presencia de las mujeres en la escena musical de los años ochenta.

En el texto de Mariano del Mazo, los vínculos de lo personal con la política asumen otras valencias. En este trabajo se indaga en la vuelta de Mercedes Sosa a la Argentina y en la exitosa saga de recitales en el Teatro Ópera que formaron parte del incipiente clima de apertura cultural que se vivía antes de la guerra. A partir de la trayectoria de vida de una artista exiliada que vuelve a la Argentina consagrada a nivel internacional como representante de la lucha contra la persecución política y las dictaduras latinoamericanas, el texto estudia las condiciones particulares que permitieron su vuelta, en el relato latinoamericanista que construye su repertorio de canciones y en los vínculos con el mundo del rock.

Otra zona que el libro transita con gran lucidez es el análisis del "sonido del enemigo". Para esto se indaga en dos cuestiones paralelas: cómo fue experimentado el conflicto por las *Falkland Islands* en Gran Bretaña y el lugar que ocupó el idioma inglés en la cultura local.

El trabajo de Norberto Cambiasso es el único que orienta su mirada hacia la geografía británica. Su propuesta apunta a comprender por qué el gobierno de Margaret Tatcher decidió llevar a su país a la contienda armada a la vez que se enfoca en entender cómo las canciones de rock y pop británico tematizaron el contexto de crisis y expresaron los sentimientos de los jóvenes frente a la guerra a la luz de las transformaciones musicales de los años ochenta.

En el capítulo "Una historia de la anglofilia musical", Abel Gilbert ofrece una lectura que permite comprender mejor el impacto que tuvo la prohibición de transmitir música en inglés durante la guerra en una cultura musical profundamente anglófila –aunque pocos fueran quienes comprendieran con exactitud los sentidos de las palabras–. A partir de su estudio sobre la relación de los argentinos con el inglés, Gilbert se enfoca en las maneras de apropiación local de la cultura de masas británica y, especialmente en la recepción de The Beatles. Evocando los recuerdos de juventud de Ricardo Piglia, las películas de Palito Ortega, o la presencia de los fabulosos cuatro en la cultura de masas y en los arreglos *beatle* que resuenan en las canciones de rock local, Gilbert rastrea cómo la música británica moldeó la educación musical de las generaciones más jóvenes.

En consonancia con otras investigaciones que se preguntan por la existencia de un estilo artístico específico entre los gobiernos autoritarios, podría pensarse que las marchas militares serían la manifestación musical que mejor encarnaría el poder militar. Con todo, el libro nos muestra que a la hora de incidir en las dinámicas del consenso no existió un perfil musical definido, sino que, por el contrario, todos los géneros contribuyeron a reforzar la legitimidad de la causa Malvinas. Al mismo tiempo, no puede pasarse por alto el hecho de que la guerra trastocó por complejo el régimen de escucha y los criterios del gusto en la cultura de masas. En este sentido, el rock local, sus músicos y su público se recortan como los protagonistas destacados de esta historia sonora de la guerra.

Los trabajos de Sergio Pujol y Julián Delgado reparan en la

capacidad del rock para condensar un clima de época. Si la guerra consolidó el incesante camino hacia la masividad y la profesionalización que ya se venía delineando desde algunos años atrás, este despegue mediático despertó, a la vez, sospechas y críticas que pusieron de manifiesto el modo en que esta cultura musical encarnó sentimientos colectivos más extendidos sobre las contradictorias reacciones frente a la guerra. En relación con esto, los autores indagan en diferentes episodios del momento masivo del rock. Delgado analiza las ambivalentes interpretaciones que se activaron a propósito del Festival de la Solidaridad, un encuentro que clamaba por la paz pero aspiraba a ayudar a los combatientes y, Pujol, por su parte, encuentra en la canción "No bombardeen Buenos Aires" de Charly García el germen de un primerísimo relato memorial sobre la guerra.

La construcción de una memoria colectiva en torno a la guerra es otro eje que recorre el libro y que encuentra en el texto de Martín Liut un tratamiento particular. A partir del análisis de las obras de tres compositores (el rockero Fito Páez, el excombatiente Darío Volonté y el propio Esteban Buch) que estaban en edad de combatir durante el conflicto, Liut se pregunta por las escasas producciones musicales creadas para recordar la guerra y por el lugar marginal que tiene este acontecimiento en la cultura local.

La cuestión de los sonidos, en sentido estricto, es el tema menos trabajado del libro y aparece desarrollado en uno de los análisis de Abel Gilbert en el que se explora la huella aural de los excombatientes con el fin de reconstruir los sonidos de la guerra a partir de un arduo trabajo de evocación. Por su intensidad, las memorias sonoras de los soldados retumban traumáticamente en sus recuerdos y superponen la presencia de himnos oficiales con las canciones compartidas en la zona de combate, los sapucais gritados por los soldados del litoral, el ruido del viento y el mar, el sonido de las explosiones, los gritos de los heridos o las batucadas con palos y latas que, entre otros sonidos, posibilitaron diferentes estrategias para exorcizar las sensaciones de miedo, honor y valentía experimentadas por quienes transitaron el fuego cruzado en la trinchera. Esta búsqueda por reconstruir los sonidos del combate posee la capacidad de recrear el contexto de la guerra para vivenciar, a la distancia, aquella experiencia desgarradora.

Vistos en conjunto, los diferentes autores y autoras del libro logran traducir con éxito el código musical y sonoro en palabras para incluirlos en su narración. Resulta promisorio pensar que este trabajo es un primer paso para inaugurar nuevas investigaciones sobre el papel de la música en la turbulenta historia latinoamericana reciente.

Ana Sánchez Trolliet
Universidad Nacional de San Martín / CONICET

Ariana Reano y Martina Garategaray,
La transición democrática como contexto intelectual. Debates políticos en la Argentina de los años ochenta,
Los Polvorines, Ediciones Universidad Nacional de General Sarmiento, 2021, 118 páginas

El libro *La transición democrática como contexto intelectual. Debates políticos en la Argentina de los años ochenta* se inscribe en un momento de fuerte interrogación por parte de la sociología, la historia, la ciencia política y las ciencias sociales en general sobre los años ochenta.

Si el campo de la historia reciente argentina estuvo marcado por la urgencia de comprender el tiempo de la dictadura militar y de la violencia política de los sesenta y setenta, en los últimos años los estudios se han revitalizado desplazando la mirada hacia un tiempo político rico en quiebres y transformaciones: los años ochenta y la transición a la democracia. En este esfuerzo, se han ido delineando diferentes perspectivas desde la historia política, social y cultural que han buscado reponer la singularidad de una década marcada por el cambio, pero también por las continuidades con el período anterior. En otras palabras, se trata de un momento de renovación de los estudios sobre nuestra historia reciente que puede brindar nuevos lentes para interpretar los puentes y fracturas que existieron entre la dictadura y la democracia.

El libro de Ariana Reano y Martina Garategaray viene a sumarse a ese esfuerzo académico de los y las investigadoras argentinas por problematizar el tiempo político de los 80. Esto no es producto de una decisión arbitraria pues reconocen en sus propios trayectos de investigación una permanente curiosidad por explicar analíticamente el vínculo entre el lenguaje político y los sentidos que se tejieron sobre esa "joven" democracia. En consecuencia, este libro es una obra de largo aliento que recupera investigaciones previas de las autoras y que propone sistematizar resultados hasta ahora fragmentarios sobre esa relación entre lenguaje y política.

Las autoras ofrecen un análisis riguroso sobre los lenguajes políticos de la transición a la democracia de los años ochenta en la Argentina, entendiéndola como un contexto de producción intelectual singular sobre los sentidos de la democracia. Para ello, recurren a las revistas *Controversia*, *Unidos* y la *Ciudad Futura* como plataformas de debate y de construcción de sentidos sobre distintos problemas de la transición, que resultarán perdurables para comprender y discutir nuestra democracia actual. El libro demuestra cómo, durante la transición, se inauguró una trama de disputas político-intelectuales sobre la democracia que mantiene vigencia y potencialidad.

Además, la transición a la democracia como objeto de estudio forma parte de una agenda de temas poco explorados hasta la fecha. Si bien, como señalan las autoras, la transición fue el centro de atención de los estudios provenientes de la ciencia política (o de la llamada "transitología"), son escasos los estudios que la han abordado teniendo en cuenta su carácter contingente y conflictual. En este sentido, el libro propone un abordaje que, en lugar de utilizar modelos o perspectivas prescriptivas sobre la democracia, se detiene a considerar cuáles fueron y cómo se desarrollaron los debates político-intelectuales en torno a su devenir.

Este libro está estructurado en dos partes. En la primera parte, las autoras se detienen a revisar los enfoques de la ciencia política y de la historiografía sobre las transiciones a la democracia, identificando sus potencialidades y límites. Discuten la mirada fundamentalista de ciertos paradigmas sobre la democracia que la definieron en términos procedimentales y que destacaron el carácter consensual de las estrategias de los actores, sin considerar los conflictos propios de esa arena política. El recorrido realizado en esta parte permite ahondar en su propuesta epistemológica:

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1290

comprender las transiciones como "un contexto abierto y cambiante, habitado por una pluralidad de voces que disputan sus sentidos y sus usos" evitando pensar en la democracia como un orden institucional y "reivindicando su carácter inherentemente contingente y conflictivo" (p. 41).

Junto con ello, las autoras presentan las virtudes del enfoque sobre los lenguajes políticos y la nueva historia intelectual, recuperando en la noción de "lenguaje político" una categoría que supera a las de idea y concepto. Esta operación teórica favorece la interrogación acerca de la transición a la democracia en la Argentina en términos de un campo de lenguajes en disputa y de una compleja articulación de acuerdos y antagonismos entre ideologías, tradiciones políticas y corrientes de pensamiento (p. 57).

En la segunda parte se profundiza en el análisis de las revistas, que se organiza a partir de la discusión política que sostuvieron en sus páginas: el populismo y el socialismo, y el pacto-proyecto político.

Sobre el debate populismo-socialismo, Reano y Garategaray recorren la revista *Controversia* considerando cómo desde su proyecto editorial se conjugó una forma particular de revisar la relación antagónica entre ambas corrientes políticas. En esta parte se consideran las revisiones conceptuales que se hicieron desde la izquierda intelectual en las páginas de la revista, qué tipo de alternativas democráticas se gestaron al calor de esos debates y cuáles fueron los dilemas a los que se enfrentaron. Para las autoras, socialistas y peronistas discutieron sobre los horizontes democráticos posibles y acerca del lugar que el liberalismo tendría en la reconfiguración de la democracia en la Argentina. Siguiendo su propuesta, se desprende que, para *Controversia*, peronismo y socialismo representaban alternativas políticas diferentes "en la articulación de demandas y tradiciones y en la concepción de lo popular" (p. 85).

El debate entre pacto y proyecto se inscribe en una coyuntura particular de los años 80 que tuvo lugar durante la convocatoria para la convergencia democrática, inaugurada por el presidente Raúl Alfonsín en el famoso discurso de Parque Norte en 1985. En ese discurso, el presidente exhortó a las fuerzas políticas y sociales del país a reunirse en torno a un pacto refundacional de la democracia que hiciera de ella un valor ético y del alfonsinismo un tercer movimiento histórico (p. 89).

Las autoras analizan las revistas *La Ciudad Futura* y *Unidos*, y sus respuestas en torno a este pacto. En este examen, identifican las críticas que socialistas y peronistas sostuvieron frente a esa propuesta, ya sea por pretender hacer de la democracia un "mecanismo de neutralización" como por convertirla en una "democracia domesticada" en la que el conflicto y la lucha política quedaba por fuera (p. 92).

Las páginas de este libro exploran cómo las discusiones sostenidas en las revistas en distintos momentos de los 80 fueron expresión de una época álgida, en donde las formas dicotómicas dieron paso a un enfoque plural y conflictivo sobre lo político. Se trata, en definitiva, de una propuesta analítica que nos invita a revisitar una época desde otra mirada y que nos ofrece herramientas para interrogar procesos similares de otras latitudes.

Soledad Lastra
Universidad Nacional de San Martín / CONICET

Ezequiel Saferstein,
¿Cómo se fabrica un best seller político? La trastienda de los éxitos editoriales y su capacidad de intervenir en la agenda pública,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2021, 220 páginas

¿Qué es un "libro político? ¿Aquel que trata sobre la política, o sobre quienes se dedican profesionalmente a ella? ¿O aquel que busca intervenir en política? ¿O aquel que porta un texto escrito por una figura de la política? ¿O aquel que se publica bajo un sello editor definido políticamente? Estos interrogantes han acompañado algunas de las reflexiones en los últimos años respecto del vínculo entre cultura y política en el hospitalario espacio de los estudios sobre el libro y la edición. En la medida en que algunas de las respuestas posibles fueron desplazando los ejes fundantes de estas preguntas, desde el interés por encontrar cualidades intrínsecas en los libros de este género editorial hacia desmontar los procedimientos materiales, culturales y comerciales que los hacen posibles, el interés por su estudio pasó rápidamente de la disputa por la etiqueta descriptiva a las sociogénesis de los sistemas clasificatorios que identifican a un libro como "político" y a los efectos concretos de sus usos. Vehículo material de ideas, artefacto que expresa un horizonte cultural pero que posee un precio de mercado, el objeto libro es resultado de una sucesión de rutinas sociales y técnicas que lo hacen posible y son las/os editoras/es quienes articulan las estaciones de su "fabricación"

En este sentido, Ezequiel Saferstein coloca en el centro de su indagación a la "ingeniería editorial" que le permitió a un conjunto de editores/as de los grandes grupos empresarios dedicados al mundo del libro en la Argentina (Penguin Random House, a través de Sudamericana, y el Grupo Planeta) producir una serie de volúmenes de gran éxito comercial y con una notable capacidad de incidencia en la agenda de discusión política entre 2003 y 2015. Reconversión editorial de su tesis doctoral en Ciencias Sociales, Saferstein se adentra en el universo social de "cómo se hace política con libros". Combinando registros propios de la sociología de la cultura, propone una inmersión en "línea de producción" de los *best sellers* políticos atendiendo a su especificidad, pero como una instancia para conocer mejor las tensiones entre cultura y política en el campo editorial argentino.

Saferstein reconstruye las prácticas y representaciones puestas en juego por los/as editoras/es pertenecientes a los grandes grupos editoriales en la Argentina para la confección de libros sobre política orientados al éxito comercial. Para ello, nos invita a seguir el recorrido completo de las etapas de fabricación del "*best seller*" político, desde el "descubrimiento" de un "nicho" o temática escasamente atendida pero potencialmente atractiva para el gran público hasta las estrategias de difusión en los medios masivos de comunicación y en redes sociales de la novedad impresa, pasando por la detección temprana de autores/as que devendrán "marcas" en el mercado al que las editoriales aspiran a dominar. Mediante la combinación de una aproximación atenta a los fenómenos morfológicamente estructurantes del mercado editorial nacional (estadísticas producidas por las entidades del sector, bases de datos propias), el trabajo con notas de la prensa periódica y, entre los aciertos significativos del trabajo, un notable esfuerzo por restituir las "interpretaciones nativas" sobre el quehacer editorial en las filiales locales de los conglomerados transnacionales del libro gracias a entrevistas en profundidad y observación directa de eventos, Saferstein ofrece un panorama sólidamente informado a la vez que de amable lectura al ecosistema del libro político, enfocándose en la tarea de los/as editores/as en cuanto agentes fundamentales para la materialización de las ideas, su circulación y recepción en el espacio público argentino. Para mostrar las complejidades del espacio social en el que se inscriben estos editores/as,

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1346

"personajes dobles" constreñidos por las exigencias de rentabilidad económica que demandan las gerencias empresarias, aunque formados en un métier que aún reconoce una larga y prestigiosa tradición donde la lógica cultural reclama en diferentes grados de autonomía.

La secuencia argumentativa de Saferstein nos lleva inicialmente a recorrer el mundo social y profesional de los editores de los grandes grupos durante los mandatos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández. El autor sostiene que durante esos doce años las temáticas predilectas para los libros de coyuntura política se centraron en ensayos de interrogación sobre "el ser nacional", los títulos revisionistas encargados de ofrecer una "memoria completa" de los años setenta y las tentativas por comprender los mediáticos casos de corrupción asociados al gobierno. Si bien la extensa tradición argentina en la que la edición ha sido un modo particular de intervenir en la discusión pública es considerada, las transformaciones profundas del mercado editorial global, y también local, dieron lugar a la consideración de nuevas aptitudes tecnológicas entre las/os profesionales del libro. Sin embargo, las habilidades características del editor y su expertise de nexo entre-mundos permanecen aun cuando lo que se "fabrican" son "*instant books*" tan poderosos para una intervención en la agenda de debate político como efímero su lugar en las librerías. Para Saferstein la notable capacidad de las/os editores para incidir en la producción de discursos sobre la política en la Argentina se vincula tanto a la centralidad histórica de estos libros de coyuntura como a la trayectoria formativa de cada editor/a, su posición dentro del campo editorial y al "sentido práctico" que ha generado en su profesión. A través del caso de Pablo Avelluto, Saferstein presenta cómo el modo en que la denegación del principio económico de la práctica editorial y el ideal supuesto de separación de las convicciones personales de cada editor/a en los sellos transnacionales opacan los atributos ponderables de todo profesional del libro. Son justamente las "huellas del editor" aquellas que permiten comprender las decisiones de las y los directores editoriales, sus éxitos y fracasos de ventas y las improntas político-ideológicas que modelan su catálogo. Así, la "invención" de los *best sellers* del revisionismo de los setenta debe interpretarse a partir de la detección de una temática marginal durante la mayor popularidad del kirchnerismo, que fue ganando lugar, anticipada como tendencia por Avelluto, y reforzada por autores/as reconocidos/as mediáticamente.

Así, quienes editan libros políticos de estas grandes empresas basan su suerte no solo en el dominio de diversas herramientas técnicas sino, por sobre todo, en el cultivo de su "olfato", cualidad intangible que, sin embargo, supone el imperativo de acumulación de prestigio entre sus pares. En la medida en que visualizan bordes de temas que potencialmente serán eje de la agenda pública, estos/as "profetas" actúan entre periodistas, escritoras/es, publicistas, académicas/os e *influencers* para "tomar el pulso a la sociedad". La combinación de intuición y sagacidad es presentada como un valor resultado de largos recorridos en el mercado editorial, un *know-how* producto de una acumulación de experiencias que le permiten a estos editores sincronizar su saber artesanal con la demanda estandarizada. Esa virtud redunda, sostiene Saferstein, en las correctas interpretaciones de las "oportunidades" del mercado para determinadas temáticas y para distintos grupos de lectoras/es. En algunos casos, la apuesta se orienta a libros de "alta rotación" en librerías, ideados para la discusión al calor de los titulares de prensa o los paneles de opinión en televisión; en otros casos, el proceso es a la inversa ya que es el/la editor/a quien "descubre" un tema, como los libros políticos editados por Sudamericana y Planeta que, desde posiciones antikirchneristas, se focalizaron en la revisión de la violencia política en los setenta o en impugnar supuestos casos de corrupción en cuanto "apuesta política desde el catálogo".

Pero las/os editoras/es no escriben libros, los "fabrican". Del mismo modo que un/a autor/a "se construye" con relación a otros que reconocen su labor, al juicio de lectoras/es e intermediarias/os y al trabajo editorial que, como en los casos de los *best sellers* políticos, pueden convertirse en marcas. Saferstein evidencia los procesos de selección de autoras/es para diferentes tipos de libros, algunos para

consumo instantáneo, otros para debates de coyunturas y otros para discusiones de fondo, de Luis Majul a Beatriz Sarlo, pasando por Marcos Aguinis. Las/os editoras/es buscan campear las exigencias de la empresa por mayores ventas reclutando a quienes mejor se adaptan a la producción de libros con "tiempos distintos". Y esa diversidad de propuestas no escapa a operaciones comerciales, materiales y técnicas para la concreción de un libro, desde las negociaciones por los contratos de las/os autoras/es, la calidad del papel y el diseño de tapa hasta la producción de paratextos y gacetillas de prensa. A su vez, resulta especialmente interesante cómo Saferstein ofrece pistas sobre el apuntalamiento público de los libros políticos, una dimensión tan antigua como la edición moderna pero que, en épocas de Twitter o Youtube, hoy parece insoslayable.

Un *best seller* político precisa, indefectiblemente, de su posicionamiento en el mercado. Saferstein ensaya un cruce de estrategias analíticas y metodológicas para dar cuenta de esta dimensión, mientras que ofrece una aproximación a la ingente labor de los departamentos de prensa y marketing por "ubicar" las novedades en los medios masivos de comunicación, coordinar entrevistas con las/os autoras/es-marca o buscar la mejor aceptación en las cadenas de librerías nacionales, Saferstein se adentra en las presentaciones de estos libros, reconstruyendo con sensibilidad etnográfica los acontecimientos donde se celebra la publicación y al/la autor/a. En esos ámbitos ritualizados por excelencia, los agentes del mundo del libro presentes escenifican las funciones que cada uno asume en ese circuito de producción, circulación y recepción de un libro político. La presentación de libros en ferias, espacio de mercado por excelencia, permite a Saferstein dar cuenta de esa dimensión performática, auscultando entre el público asistente, las discusiones, aplausos e impugnaciones de autoras/es, libros y editoriales. Allí, un libro político comienza su recorrido de *best seller*.

El libro de Saferstein invita a recorrer el espacio social de las/os editoras/es de *best sellers* políticos interrogándose por las modulaciones específicas de ese universo, por las formas de legitimación y las prácticas concretas con las que se "fabrican" estos libros. A partir de su pesquisa, vuelve sobre una tensión inherente a toda investigación sobre la cultura y su transmisión, sobre el acceso a las ideas y su materialidad, sobre las/os productoras/es de bienes simbólicos y sus receptoras/es. La hipótesis de Saferstein sobre la irreductibilidad de la lógica cultural a la comercial en el mundo de la confección de libros políticos por conglomerados editoriales internacionales y la persistencia de la autonomía de los editores contribuye a ampliar una discusión central para la historia intelectual y la sociología de la producción cultural.

Ezequiel Grisendi
Universidad Nacional
de Córdoba

Otras voces, otros ámbitos

La sección "Otras voces, otros ámbitos" está dedicada a reseñas de libros en lenguas no habladas en las Américas y en Europa Occidental, es decir, en cualquier lengua de uso corriente en África y Asia, fuera del español, el inglés, el francés, el italiano o el alemán. Tiene un doble objetivo: por un lado, familiarizar a lectores/as de América Latina con debates de historia intelectual en árabe, ruso (para Asia central), chino, japonés u otras lenguas de los mundos académicos africanos y asiáticos; por el otro, sugerir libros para la traducción al español. Con este propósito, nuestra idea es contactar a especialistas de área o investigadores/as locales y solicitarles reseñas de libros que hayan tenido un cierto peso en los medios académicos e intelectuales de cada región. Dado que esos debates tienen sus propias temporalidades, y que los libros más nuevos no son necesariamente los más representativos, se reseñarán libros aparecidos en las últimas dos décadas.

Aunque los desarrollos más recientes en historia intelectual han subrayado la importancia de extender la escala de observación para analizar acontecimientos centrales de la historia moderna y contemporánea, gran parte de esta producción científica no ha logrado estar a la altura de su promesa de desprovincialización. Es cierto que esta producción logró desligar sus objetos de estudio de antiguos reflejos eurocéntricos, y que supo deshacerse de una retórica deductiva en la reconstrucción de los contextos, pero en muchos casos ha quedado prisionera de debates marcados por barreras lingüísticas. Esta sección busca contribuir entonces a reducir esta brecha entre diferentes espacios del debate académico y a acercar la historiografía latinoamericana a los desarrollos del campo en otras regiones del planeta. No se trata de reivindicar el "sur global", dado que el "norte" forma parte de la ecuación. Se trata simplemente de diseñar un mapa más preciso de la producción científica en el siglo XXI.

La sección es organizada por Pablo A. Blitstein (École des Hautes Études en Sciences Sociales).

Qin Hui,
Zouchu dizhi: Cong wan-Qing dao Minguo de lishi huiwang 走出帝制：从晚清到民国的历史回望 [*Dejando atrás el sistema imperial: Revisando la historia de China desde los Qing tardíos hasta la República*],
Beijing, Qunyan Publishing 群言出版社, 2016, 367 páginas

El libro que aquí se reseña, *Dejando atrás el sistema imperial*, se encuentra en la intersección de la producción académica y la intervención pública. Los orígenes del libro se remontan al centenario de la Revolución Republicana de 1911 en China, cuando un diario liberal –el *Semanario Sureño* (o "Fin de semana sureño", *Nanfang Zhoumo*)– pidió a Qin Hui (1953), intelectual público e historiador jubilado de la Universidad de Tsinghua, que escribiera una columna sobre el significado de la revolución. Qin Hui produjo más material del que el *Semanario Sureño* había previsto. Y finalmente decidió publicar su obra como un libro que trataba de muchos otros temas además de la Revolución de 1911. *Dejando atrás el sistema imperial* es, en varios sentidos, un resumen de la carrera de Qin Hui, y de su visión del pasado, el presente y el futuro de China.[1]

Dejando atrás el sistema imperial debía publicarse en enero de 2016 y los ejemplares anticipados ya estaban en las estanterías de algunas librerías en otoño de 2015. Sin embargo, en diciembre de 2015, el libro fue prohibido por las autoridades chinas con la excusa de que la obra presentaba "problemas de calidad". Si bien se trató de una prohibición simbólica, la medida logró que no circulara. La prohibición estuvo quizá ligada a la promoción oficial del nuevo "Día de la Constitución" de China, que iba a celebrarse por primera vez el 4 de diciembre de 2015: Qin Hui es un liberal de izquierda y sus opiniones sobre el tipo de Constitución que necesita China están a cierta distancia de lo que cree el Partido-Estado. Sea cual fuere la razón de la censura, lo cierto es que los ensayos originales publicados en los que Qin Hui se basó para escribir el libro siguen estando disponibles en China, muchos de ellos en línea, y el libro puede conseguirse en el exterior.

Dejando atrás el sistema imperial se sitúa en un doble debate sobre la China republicana. Por un lado, Qin Hui se opone a la perspectiva del Partido-Estado de China sobre la república, en particular a la idea de que la Revolución de 1911 fue una revolución burguesa que habría sentado las bases para el socialismo y el comunismo –es decir, una necesidad histórica para la revolución de 1949 y la Republica Popular–. Por otro lado, Qin Hui discute un argumento proveniente de sectores conservadores según el cual la revolución republicana significó un error histórico para China. Estos sectores –por ejemplo, los nuevos confucianos de China– sostienen que una monarquía constitucional hubiese expresado de forma más eficaz que una república las "características nacionales" de China. Una vez que la república se impuso sobre la monarquía, su fracaso ulterior habría implicado, por un lado, una completa ruptura con la tradición china y, por otro, la adopción de ideologías occidentales como el marxismo y/o el liberalismo, caracterizadas en China por su violencia durante un siglo. Este argumento conservador es muy poco ortodoxo desde la perspectiva del Partido-Estado. Pero el control del Partido sobre los intelectuales se ha debilitado considerablemente en el curso de la "reforma y apertura" impulsada bajo la égida de Deng Xiaoping, al menos hasta que Xi Jinping llegó al poder. Esto explica el éxito relativo de este argumento entre ciertos intelectuales contemporáneos, muchos de ellos cercanos a personajes influyentes dentro del Partido-Estado (el mismo Xi Jinping insinuó en un momento de su mandato que podría estar abierto a las ideas confucianas).

[1] Para traducciones del trabajo de Qin en inglés y español, véase el sitio web <www.readingthechinadream.com>.

Qin Hui propone una perspectiva diferente a estas dos posiciones sobre la República. Contra el argumento conservador, sostiene que la Revolución de 1911 fue significativa precisamente porque marcó el fin simbólico de lo que llama el "sistema [de la dinastía] Qin", es decir, el autoritarismo tradicional de China. Explica que tanto China como Europa tuvieron en el pasado sociedades feudales, jerárquicas y desiguales, caracterizadas por vínculos personales que favorecían el orden social. Si en Europa el feudalismo dio paso –en forma esquemática– al capitalismo (que, a pesar de sus crueldades, produjo riqueza material y modernizó a la sociedad), en China el feudalismo cayó ante el "sistema Qin", ideado hace dos milenios por el Primer Emperador (221-206 a. C.).

En el libro, Qin Hui señala que el "sistema Qin" dominante en la época imperial estaba dominado por la figura del emperador, autócrata egoísta e irresponsable rodeado y protegido por funcionarios hipócritas (supuestamente confucianos pero en la práctica legalistas, es decir, partidarios de lo que llamaríamos la *realpolitik*). Según menciona Qin Hui, si bien el sistema cambió con el tiempo, su dinámica se mantuvo hasta el siglo XIX. En ese momento hubo un choque entre China y Occidente, y parte de la élite china consideró que Occidente podía proveerle modelos no solo más poderosos, sino también más legítimos en términos morales.

Desde el punto de vista de Qin Hui, la Revolución de 1911 marcó un punto de inflexión en la historia de China, al igual que había ocurrido con el establecimiento del sistema Qin en el siglo III a. C. Sin embargo, el experimento republicano surgido con la Revolución representaba en China una ruptura fundamental –aunque en gran medida simbólica– con un pasado caracterizado por el autoritarismo. En ese marco era normal que esa ruptura significara también la anarquía.

En el resto del libro, Qin Hui trata de evaluar la actuación de la República entre 1915 y 1927. Sus ideas se relacionan una vez más con los debates académicos y políticos contemporáneos sobre lo que China ha sido y lo que debería llegar a ser. Señalaremos aquí dos argumentos importantes. El primero tiene un carácter contrafáctico: según el autor, China podría haberse modernizado sin "occidentalizarse" si la gente se hubiera dado cuenta de que el problema de la tradición china no era la cultura confuciana (que había sido suprimida por los legalistas con el auge del sistema Qin, pero que nunca había desaparecido del todo), sino la política autoritaria. El segundo argumento implica un cambio de foco en el análisis de la historia china del siglo XX: en su opinión, hay más continuidades que discontinuidades entre la República de China y la República Popular, y eso supone que la revolución más importante de China en el siglo XX no fue la de 1949, sino la de 1911. En otras palabras, el autor sugiere que la promesa de la Revolución de 1911 sigue sin cumplirse.

Dejando atrás el sistema imperial de Qin Hui es una obra relevante no solo por lo que nos dice sobre la historia de China, sino también por la manera en que interviene en la escena intelectual contemporánea de China. Una traducción completa en español sería muy bienvenida.

David Ownby
Université de Montréal

Traducción para *Prismas*
de Pablo Blitstein

Sherif Younis,
Al-Zahf al-Muqaddas: Muzaharat al-Tanahhi wa-Tashakkul 'Ibadat Nasir [*La Marcha Sagrada: las manifestaciones contra la dimisión de Nasser y la formación de su culto*],
1ra edición, El Cairo, Dar Mirit, 2005
2da edición revisada y corregida, Beirut y El Cairo, Dar al-Tanwir, 2012, 196 páginas

En junio de 1967, cuando la dictadura militar egipcia de Gamal Abdel Nasser sufrió una aplastante derrota militar en la Guerra de los Seis Días contra Israel, el presidente Nasser anunció inmediatamente su dimisión. Poco después, multitudes por todo Egipto se manifestaron durante dos días rogándole que revocara esta decisión, y Nasser respondió al clamor general quedándose en el poder. En *La Marcha Sagrada*, el historiador egipcio Sherif Younis se interroga sobre las razones por las que la población egipcia salió a reclamar que Nasser se quedara en su cargo. ¿Cómo es que un régimen autoritario y despiadado con su población –a la que le exigía pasividad política y amenazaba con encarcelamiento y torturas– podía suscitar tanto fervor? Algunos historiadores del nasserismo defienden la tesis de que estas manifestaciones respondían a las emociones genuinas de los manifestantes; otros sugieren en cambio que fueron organizadas por el régimen. A partir de un enfoque novedoso en los estudios del nasserismo, Younis se diferencia de ambas interpretaciones con una hipótesis: las movilizaciones en apoyo al presidente, sin duda espontáneas, habrían estado arraigadas en la ideología misma de este régimen instaurado tras el golpe militar de 1952. Especialista en historia egipcia moderna con una cierta impronta foucaultiana, traductor del inglés al árabe de clásicos como *Metahistoria* (1973) de Hayden White, y de estudios fundamentales de la historia de Egipto como *All the Pasha's Men* (1997) de Khaled Fahmy y *Rule of Experts* (2002) de Timothy Mitchell, Younis es uno de los historiadores egipcios más importantes de las últimas décadas. Sus trabajos y traducciones suelen dejar su impronta en los debates intelectuales en Egipto y el mundo árabe en general. Dada la importancia del autor, *La Marcha Sagrada* es sin duda una de las contribuciones más importantes de las últimas décadas a los debates en árabe sobre el nasserismo.

La historiografía sobre el nasserismo suele ser apologética o, en algunos casos, hagiográfica, y justifica el régimen egipcio por su anticolonialismo, nacionalismo árabe o sus supuestas políticas socialistas. A veces incluso intenta explicar el nasserismo a partir de teorías preexistentes –como el marxismo gramsciano o la teoría de la modernización– sin explicar por qué este régimen adoptó una forma en lugar de otra y por qué duró casi dos décadas a pesar de sus repetidos fracasos. A diferencia de esta historiografía, Younis sitúa la ideología en el centro de su análisis, y por esa razón este libro analiza los usos de los conceptos que conformaban el nasserismo. A través de una lectura detallada de fuentes primarias –discursos oficiales, propaganda, artículos de prensa de intelectuales nasseristas, entre otras– Younis se diferencia de los estudios marxistas que asocian el nasserismo a una clase social y afirma que la clave del enigma del régimen reside en que no representaba a ninguna clase ni grupo en particular fuera de su propia élite. La élite nasserista estaba integrada por una pequeña camarilla de oficiales que, con Nasser a la cabeza, tomaron el poder en 1952 y terminaron con la dominación británica y la monarquía egipcia. Según explica Younis, los miembros de este grupo tenían diversas preferencias políticas (islamistas o comunistas, por ejemplo) y estaban unidos por un vago patriotismo y una atracción por el autoritarismo.

El autor señala que con la fundación de Oficiales Libres en septiembre de 1949, Nasser y su grupo renunciaron a todo vínculo con los partidos y organizaciones políticas de Egipto, e intentaron mantenerse estrictamente independientes de todas las fuerzas del campo político.

Consideraban que la existencia de divisiones políticas en el pueblo egipcio era perjudicial y favorecía a las potencias coloniales: para la élite nasserista, era ante todo necesario vaciar el espacio público de cualquier organización política que representara solo a una parte del pueblo y pusiera en peligro la nación. Asociando la división a la corrupción, el régimen se presentaba como una forma de purificación del pueblo. Younis muestra que el nasserismo concebía al pueblo como un conjunto de individuos atomizados, que debían encolumnarse detrás de Nasser como en un desfile militar. De esto se trataba lo que el discurso oficial llamó la "marcha sagrada": los oficiales debían encarnar la conciencia y la voluntad de un pueblo ideal. Según afirma Younis, se trataba de una concepción "teológica" de la política en la que coexistían dos sentidos del concepto de "pueblo egipcio": por un lado, el pueblo ideal e invisible que, como un dios, transmitía su revelación a los oficiales de forma directa e inexplicable. Por otro lado, el pueblo real y presente que, débil y corrupto, necesitaba ser guiado y constituido como pueblo ideal. La ideología oficial presentaba a Nasser como el intermediario indispensable entre estos dos momentos del pueblo: es decir, como un profeta.

Según muestra Younis, la imagen de Nasser como profeta se volvió creíble para la población principalmente por la política exterior del régimen, atribuida exclusivamente al líder. Se trataba de una política exterior cuyo objetivo era hacer realidad algunas de las ambiciones del movimiento nacionalista: acabar con la humillación de la colonización y restaurar la gloria patria. El ejemplo más importante de esta política fue el anuncio de la nacionalización del Canal de Suez en 1956 y el fracaso posterior de la invasión israelí, británica y francesa.

Younis muestra que la autoridad de Nasser reposaba sobre la idea de que solo el líder podía mantener una comunicación directa con el pueblo egipcio. Esta comunicación tenía en teoría características sobrenaturales que debían hacer superfluas las instituciones representativas suprimidas por el régimen: la pasividad política y la pérdida de libertades debían ser, para el pueblo egipcio, el precio a pagar por la dignidad nacional. Younis sostiene que esta ideología contribuía a generar un sentimiento de dependencia en la población, y que esto explicaría las manifestaciones contra la dimisión de Nasser tras la derrota contra Israel. El vínculo emocional entre los manifestantes y Nasser era el resultado del vaciamiento del campo político creado por el régimen (que provenía de su rechazo al multipartidismo), de la realización de algunos de los objetivos del movimiento nacionalista y, finalmente, de la difusión efectiva de una teología oficial basada en el culto de Nasser. De este modo, acostumbrados a la idea de que solo Nasser podía actuar y de que su papel era el de simples espectadores y admiradores, los manifestantes exigían que "el único padre que conocían" mantuviera su cargo.

Younis ha ampliado este análisis en su libro *Nida' al-sha'b: Tarikh naqdi li-l-idiologiya al-nasiriyya* [*La llamada del pueblo: Una historia critica de la ideología nasserista*] (754 páginas), publicado en 2012, en el que examina con detalle las raíces históricas de esta ideología y las instituciones y políticas que contribuyeron a su difusión y evolución desde el golpe de Estado de 1952 hasta la muerte de Nasser en 1970. Pero en *La Marcha Sagrada* hay ya una importante contribución a la comprensión del nacionalismo egipcio y de las analogías morfológicas entre nacionalismo y religión. En particular, el uso de la categoría de "profeta" para analizar la dominación simbólica ejercida por un dictador percibido como "héroe nacional", así como la idea de que el nacionalismo implica una deificación del pueblo (o de la nación), nos incita a explorar todo un conjunto de herramientas de la sociología de la religión para analizar la estructura social e ideológica del nacionalismo, tanto en contexto egipcio como más allá. Esto sería también una oportunidad para considerar otro dios, la "patria", que ha recibido menos atención de parte de Younis.

Benjamin Geer
University of Bassel

Traducción para *Prismas*
de Pablo Blitstein

Fichas

Prismas
Revista de historia intelectual
Nº 26 / 2022

La sección Fichas
se propone relevar del modo
más exhaustivo posible la
producción bibliográfica en el
campo de la historia intelectual.
Guía de novedades editoriales
del último año, se intentará abrir
crecientemente a la producción
editorial de los diversos países
latinoamericanos, por lo general
de tan difícil acceso. Así,
esta sección se suma como
complemento y, al mismo
tiempo, como base de
alimentación de la sección
Reseñas, ya que de las fichas
sale una parte de los libros a ser
reseñados en los próximos
números.

Ingrid Simson y Guillermo Zermeño Padilla (eds.), *La historiografía en tiempos globales*, Berlín, Edition Tranvía, 2020, 322 páginas

La historiografía en tiempos globales reflexiona sobre la escritura de la historia en un presente globalizado. Por globalización, los editores refieren al proceso de creciente interconexión iniciado en la segunda mitad del siglo XX, que remite a lo espacial y simultáneo más que a lo secuencial y cronológico.

Abre la obra un conjunto de tentativas teóricas y metodológicas sobre el tiempo, el espacio y las formas de representación histórica, presentado en textos de Reinhart Koselleck, François Hartog, Karl Schlögel y Hans Ulrich Gumbrecht. La segunda parte reflexiona sobre cómo la globalización y los enfoques globales han influenciado la historiografía a partir de la inflexión epistemológica de la década de 1960. Siguen dos miradas críticas que, desde la antropología, proponen escribir historias que consideren el perspectivismo amerindio y la cosmohistoria. La última sección presenta propuestas historiográficas que atienden al carácter simultáneo y descentralizado de la perspectiva global.

La historia en tiempos globales es una polifonía diacrónica de estudiosos preocupados por la reinvención de la historia, marcadamente moderna, antropocéntrica, secuencial y antiliteraria. Llama a abandonar esas condiciones de la consolidación de la disciplina, que para la comprensión de un mundo globalizado son más obstáculos que habilitadoras. En su lugar, se llama a una historia que retrate paisajes sincrónicos, interconectados y heterogéneos.

Estudiantes y especialistas encontrarán en la obra elementos para reflexionar sobre la teoría, la metodología y las técnicas de la historia global. Quien se aproxime a la obra debe dejarse seducir hacia una crítica de la historia de signo moderno; debe asumir la tardanza de la historia en reconocer el impacto del mundo globalizado en su práctica.

Gloria Maritza Gómez Revuelta
COLMEX

Diego Alejandro Zuluaga Quintero y Luis Fernando Quiroz Jiménez (eds.), *Ensayos de historia intelectual. Incursiones metodológicas*, Medellín, Ediciones FOCO, 2021, 161 páginas

El Fondo Editorial de la Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia (FOCO) acaba de publicar este libro, ganador de la convocatoria 2019-2020 en la categoría de investigación colectiva, producto académico del Grupo de Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana (GELCIL). Algunos de sus integrantes fueron invitados a responder entre otras cuestiones: "¿cómo se definió la investigación en la historia intelectual?, ¿cómo se delimitó la búsqueda de las fuentes?, ¿cómo se analizó la información?". Las respuestas muestran las particularidades de sus investigaciones y la formación de cada integrante con diferentes grados de participación en el grupo.

En siete capítulos se introduce al lector en cuestiones como: ¿qué es la historia intelectual?, ¿cómo producir un trabajo académico en este campo de estudio?, ¿cuáles son las metodologías? En esta dirección, los editores, bajo el título "Hacia la construcción del objeto de estudio", hacen una breve introducción en la que señalan que el propósito del libro son las formas que tiene la historia intelectual de abordar el objeto de estudio: pensado como el resultado de la presencia e interacción del creador con otros creadores, lectores e instituciones.

Enhorabuena aparece una propuesta que reflexiona sobre las metodologías de la historia intelectual en consonancia con una dinámica grupal. Una de las pruebas es la manera orgánica en que referencian las investigaciones de los otros en sus propios capítulos. Comparten el interés por consultar archivos de todo tipo, que les permiten acceder a cartas, diarios, periódicos, entrevistas, manuscritos, actas de nacimiento, partidas de bautismo, testimonios, publicaciones y hasta expedientes criminales como fuentes para el estudio intelectual. Pero la ausencia de un archivo físico tampoco es impedimento para el investigador. Parte de la concepción de la historia intelectual permite ampliar el espectro a fuentes de otra naturaleza, como las orales, el canto, la danza, los objetos, y de un sinnúmero de elementos que solo tienen sentido en la forma como se trate la hipótesis de investigación. Finalmente, el investigador es el que da sentido al material al que puede acceder; es él quien crea el archivo en la medida que lo consulta, descubre, copia, conserva, estudia y difunde en el marco de su trabajo.

Esnedy Aidé Zuluaga Hernández
UNAM

Axel Honneth,
Reconocimiento. Una historia de las ideas europeas,
traducción de Sandra Chaparro Martínez,
Madrid, Akal, 2019, 208 páginas

Si bien Axel Honneth siempre ha manifestado interés por los problemas metodológicos que acarrea el estudio de la filosofía social moderna y contemporánea, la provista por este libro es una de las primeras ocasiones en que efectúa una serie de reflexiones sobre la historia intelectual en sentido estricto. El objetivo perseguido estriba en reconstruir la historia moderna de la noción de reconocimiento mutuo o recíproco, cosa que lleva al autor a echar mano de la perspectiva de lo que él mismo denomina historia de las ideas. Puesto que no se encuentra formado en historiografía, la que Honneth pone en práctica, sin embargo, es una historia de las ideas laxa y poco exigente que le permite arrojar algo de luz sobre la evolución argumentativa de un concepto.

La hipótesis que guía esta reconstrucción, originalmente ofrecida en el contexto de las John Robert Seely Lectures impartidas en el Cambridge Centre for Political Thought durante mayo de 2017, es que las diferencias existentes en torno al reconocimiento se relacionan con las condiciones socioculturales e institucionales de los diversos países europeo-occidentales en donde la idea se constituyó y desplegó. La premisa conductora del análisis, vale decir, es que las peculiaridades de los contextos nacionales imprimieron tonalidades particulares y específicas a la noción durante su evolución histórica.

Es por tal motivo que Honneth se centra en países que evocarían ejemplos paradigmáticos de evolución de la sociedad burguesa. Detrás de la elección de Francia, Gran Bretaña y Alemania no hay solamente entonces motivos analíticos pragmáticos: a través del examen histórico de cómo evoluciona en cada caso la idea de reconocimiento –esto es, como *reconaissance*, *recognition* o *Anerkennung*, y atendiendo por igual a los aportes de Montaigne, La Rochefoucauld y Rousseau, Hume, Smith y Mill o Kant, Fichte y Hegel–, el autor abarca la totalidad de un horizonte de significados disímiles.

Los esfuerzos que Honneth pone en práctica en este trabajo abrevan en una expansión de las fuentes de su propia propuesta filosófica –todo un descentramiento respecto del idealismo alemán que, entre otras cosas, conlleva la recuperación crítica del *amour propre* de los moralistas franceses y la *sympathy* de la Ilustración escocesa. No se trata, sin embargo, de una mera complejización teórica, pues, además de ensayar una triple tematización del reconocimiento, el autor aboga por integrar sistemáticamente tres modelos conceptuales en definitiva distintos.

Santiago M. Roggerone
UNQ / CONICET

Bård Borch Michalsen,
Signos de civilización. Cómo la puntuación cambió la historia,
Traducción Christian Kupchik,
Buenos Aires, Ediciones Godot,
2022, páginas

Es un hecho notable que un libro de divulgación considere atractivo un tema tan específico y acotado como la puntuación. En parte, esto se debe al auge reciente de publicaciones masivas sobre la historia del libro y la lectura, a su vez motorizado por un impulso que *Signos de civilización* comparte: entender dentro del nuevo entorno digital de hoy las convenciones asentadas del mundo escrito en el que nacimos.

En ese sentido, Michalsen acierta historizando. Así, muestra la maleabilidad de un sistema de signos que, en distintas lenguas, fue creándose y modificándose para satisfacer las necesidades de lo escrito en distintos momentos históricos. La primera sección del libro recorre el extenso y sinuoso derrotero de la puntuación occidental. El *racconto* no está exento de imprecisiones ni de causalidades dudosas ni de exageraciones sobre el impacto de la puntuación en el desarrollo de la cultura escrita y el pensamiento individual en Europa. Sin embargo, no es de extrañar que lectores atraídos por un cúmulo de importantes procesos relacionados de algún modo con la puntuación y por eso mencionados en el libro salten de este libro a otros más específicos en los que podrán refinar su comprensión de estos procesos largos, importantes y complejos.

Las dos secciones restantes a veces se superponen en contenido, aunque la segunda funcione más como un somero manual de estilo y la tercera se concentre en las características específicas de ese "lenguaje oral escrito" (p. 142) que utilizamos en tiempos de pantallas. En ambas hay cosas interesantes, como cuando Michalsen menciona cómo algunos signos de puntuación adquieren en el mundo del chateo un sentido diferente al que tenían en la escritura tradicional, en gran parte porque reemplazan en este entorno nuevo eso que en persona expresan los gestos, los tonos, el lenguaje corporal.

La tercera sección presenta una lectura benévola y, en mi opinión, acertada sobre el vínculo entre los jóvenes y la escritura hoy. Sin sesgos pesimistas o censuradores, Michalsen señala que ellos conocen bien "los géneros y tienen claro qué convenciones de escritura se aplican en qué contextos" (p. 149), de modo que lo que a veces tomamos como errores o descuidos son solamente el uso consciente de un código nuevo para un canal nuevo. Nuestros jóvenes escriben hoy más que cualquier otra generación en la historia.

Una última palabra sobre el estilo y el tono. Michalsen, como no es raro en el género divulgación, elige un vínculo dicharachero con los lectores, que de a ratos puede sonar condescendiente. Intenta humoradas, se refiere aquí y allá a Manuzio como "nuestro héroe", aventura comparaciones con Messi o con Steve Jobs para acortar la distancia histórica. Hay otras opciones.

Karina Galperin
UTDT

Claudio Benzecry
The perfect Fit. Creative Work in the Global Shoe Industry,
Chicago, Chicago University Press, 2022, 264 páginas

En un diálogo imaginado por Italo Calvino, Marco Polo y Kublai Khan llegan a la conclusión de que más se conoce el punto de partida cuanto más perdido se ha estado en ciudades extrañas. Ese fragmento es el epígrafe de este último libro de Claudio Benzecry, sociólogo argentino doctorado en la Universidad de Nueva York, activo divulgador de la sociología cultural norteamericana en castellano y docente en la Universidad Northwestern. El libro es resultado de casi una década de trabajo de campo en Estados Unidos, China y Brasil, y de refinamiento en la reflexión teórica y etnográfica sobre el estatuto de los bienes culturales en el capitalismo contemporáneo.

Los zapatos son buenos para vestirse y también son *bon à penser*. Benzecry se hace eco de la máxima de la antropología estructuralista. La vida social del zapato de diseño es el hilo conductor de un cuidado análisis de la fragilidad de las redes globales de producción de mercancías de diseño. Se trata de "seguir el zapato" en todos los circuitos posibles: las oficinas de diseño en Estados Unidos, las plantas de producción en China y los *managers* formados en el sur de Brasil.

En la primera parte se describen las complejas formas y mediaciones sociotécnicas para hacer un zapato; en la segunda, se suma una aguda

reflexión sobre el estatuto del conocimiento en la fabricación de zapatos. La sociología del conocimiento técnico permite describir las cadenas de significación y negociación en torno de los intercambios que despliegan "a distancia" diferentes grupos de expertos. Sin negar las relaciones de poder y jerarquías, las relaciones centro-periferia se complejizan.

Luego el libro se concentra en los modelos y en los pies como un elemento clave de la infraestructura material de la producción. La performance sobre el "pie ideal" es un elemento central de esta red que involucra modelos femeninas, diseñadores/as y técnicos/as variados en la estandarización de una mercancía. En la última parte, la ciudad brasileña donde se producen los zapatos es analizada como un elemento constitutivo de la cadena.

Benzecry despliega una reflexión sobre la melancolía urbana como un horizonte clave del orgullo y de la especialización técnica que moviliza a los/las *managers* y técnicos/as de Brasil. Y vuelve sobre dos temas caros al capitalismo: la lógica de la mercancía y el problema de la creatividad. Advierte hasta qué punto, visto de cerca y con una sensibilidad etnográfica, los órdenes binarios se condensan de modos complejos, haciéndonos recorrer caminos impensados entre la familiaridad y la banalidad de nuestros artefactos cotidianos y las redes de objetos, saberes y personas que los producen.

Nicolás Viotti
CONICET / UNSAM

M. Carmen Villarino Pardo, Iolanda Galanes Santos y Ana Laura Alonso (eds.), *Promoción cultural y traducción. Ferias internacionales del libro e invitados de honor*, Berna, Peter Lang, 2021, 290 páginas

---

Este libro constituye un mojón más del denodado trabajo de "investigación acción", vinculado a la circulación de saberes relacionados con la promoción cultural y la traducción, del grupo CULTURAFIL (www.culturafil.org). Como aseguran sus compiladoras, se trata de comprender "el papel que desempeñan las traducciones y otros productos literarios y culturales en las FIL [Ferias Internacionales del Libro] y, de modo específico, vinculados a la participación de ciudades, culturas y países como IH [Invitados de Honor]". Ambos papeles constituyen y funcionan como mapas de una miríada de posiciones sociales en juego, que exceden en mucho una síntesis que quisiera resolverse solo con la marcación de tres esferas, y cuya relación merece ser redefinida en función de estos objetos: mercado-Estado-cultura. De este modo, los y las investigadoras que participan en este volumen proponen un abordaje múltiple y en diferentes escalas, que están a la vez explicitadas en las tres partes en las que el libro está dividido: "Modelización de las ferias internacionales del libro y los invitados de honor", "Instrumentos para investigar las ferias del libro" y "Estudios de caso". La propuesta de este libro es, en efecto, una de intervención cultural. En el volumen participan colegas de diversas disciplinas, adscripciones institucionales y diferentes nacionalidades: Giselle Sapiro, Gustavo Sorá, Áurea Fernández Rodríguez, Francisco J. Sanjiao Otero, Francisco J. Núñez Alonso, José de Souza Muniz Jr., Márlio Barcellos Pereira Da Silva, María Fernández Moya, Francielle Queiroz Da Silva, Ana Luna Alonso, Marco Thomas Bosshard, Olga Castro y Delia Guijarro Arribas.

El trabajo de investigación del cual este libro es parte asume que la producción de conocimiento está imbricada con las proposiciones de aspectos teórico-metodológicos que permitan mejorar el impacto y los alcances de las Ferias, discutiendo los asimétricos flujos de producción y recepción cultural en el que el eje en los IH es clave.

Ximena Espeche
CONICET / UNQ

Nicola Miller,
Republics of Knowledge. Nations of the Future in Latin America,
Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2020, 304 páginas

A lo largo de su minucioso libro, Miller propone un recorrido por distintos momentos y espacios que van del proceso de las independencias hispanoamericanas de las primeras décadas del siglo XIX a los festejos del centenario de las independencias. Se trata de estudios de caso indicativos o referenciales de ciertas posibilidades de conexión entre las prácticas ilustradas de conocimiento y la construcción de naciones en la Argentina, Chile y Perú. Ello no supone que estos tres países constituyan los casos representativos de todos los sucesos de conformación de naciones de América Latina (p. 12). Se presenta como una propuesta alternativa a la de *comunidades imaginadas* de Benedict Anderson de 1983 y a la de *ciudad letrada* de Ángel Rama de 1984. Asegura así que ni el concepto de nación ni el de Ilustración son estrictamente de carácter burocrático-elitista, ni recaen sobre fenómenos homogéneos en manos de un grupo que detentaba el poder de la escritura legal o el dominio de la opinión pública entendida como pura extensión de un grupo de letrados criollos. Ahora bien, las lecturas que realiza Miller de la figura del letrado según Rama no son del todo precisas; para este último, la figura del letrado excedía el ámbito de lo burocrático legal y se entremezclaba con una multiplicidad de funciones en vínculo con espacios populares.

Miller deslinda los conceptos de Ilustración del de personas ilustradas. Es decir, personas que manejaban de forma consciente y estratégica herramientas (técnicas, educativas, de imprenta o de conocimientos prácticos, etc.) y que buscaban con esas herramientas contribuir a un cambio en la sociedad en la que vivían. Otro deslinde que realiza la autora va de la mano de plantear que esos saberes manejados fueron bien concretos, y no imaginados, con resultados claros y que tuvieron repercusiones y recorridos bien distintos de los usos y prácticas ilustradas europeas (en especial de la francesa, la española y la inglesa). A la vez, estipula a la República del conocimiento como concepto distinto de la República de las letras en relación con sus alcances y practicas solidarias. El proceso de creación de las naciones en Latinoamérica requiere, según Miller, explorar la idea de que estas formaciones modernas son mejor aprehendidas como comunidades de conocimientos compartidos antes que comunidades imaginadas.

Este libro amplía las fronteras de la forma en que los estudios de historia se han aproximado a las prácticas ilustradas en diálogo con la conformación o reconfiguración de las naciones a lo largo del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX. Y, a la vez, merece ponerse en discusión y debate con otros estudios.

Mariana Rosetti
UBA / CONICET

Andrea Rodríguez Tapia,
Realistas contra insurgentes. La construcción de un consenso historiográfico en el México independiente (1810-1852),
Bilbao, Universidad del País Vasco, 2019, 143 páginas

La historiadora Andrea Rodríguez Tapia reconstruye en este libro una historia de la historiografía mexicana sobre la independencia de México: la referida a la creación de una dicotomía entre "realistas" e "insurgentes" como forma de interpretación del pasado durante la primera mitad del siglo XIX. Centrándose en el levantamiento popular del cura de Dolores Miguel Hidalgo en 1810, Rodríguez Tapia muestra que el concepto "realista" no era utilizado por los insurgentes (una denominación empleada primero con carga negativa, sinónimo de insurrecto, y rápidamente asimilada por los rebeldes como forma de autoidentificación). Por el contrario, "europeo", "gachupín" o "ultramarino" eran las palabras usadas por los insurgentes para definir a sus opositores. De aquí su hipótesis: el enfrentamiento entre criollos insurgentes y españoles realistas constituye un mito historiográfico, propio de la nacionalidad mexicana. "Realistas" se utilizaba en forma limitada y particular para referirse a los milicianos que en nombre del rey combatían contra las fuerzas rebeldes. Rodríguez Tapia explica que, sin embargo, los primeros "historiadores" mexicanos que escribieron sobre 1810 usaban el término con un sentido general para designar a cualquier persona, corporación o institución crítica de la

insurgencia, aun si estos no se identificaban como realistas. En el primer capítulo, explora cómo Hidalgo nombraba a sus opositores y, a partir del cura, rastrea, por un lado, las formas de construcción del enemigo entre 1810 y 1813 y, por el otro, de nombrar a la insurgencia por parte de sus opositores. En el segundo capítulo, aborda las interpretaciones sobre la insurgencia de Juan López Cancelada y de Servando Teresa de Mier, quienes desde Europa simplificaron el conflicto como una lucha entre "criollos" y "peninsulares". En el tercero, estudia la creación discursiva de una identidad nacional en el *Cuadro histórico de la Revolución mexicana* (1823) de Carlos María de Bustamente, quien la explicaba como una guerra de la "causa americana" contra la "causa española". En el cuarto, indaga las representaciones de los actores enfrentados producidas desde España. En el último, examina tres libros, de Lorenzo de Zavala, José María Luis Mora y Lucas Alamán, que dieron forma a la historiografía nacionalista mexicana. Si los primeros dos autores generalizaron las nociones de "causa nacional" y "mexicano", asociándolas a la insurgencia y a un "nosotros", en su *Historia de Méjico* (1849-1852), Alamán argumentaba que los "mexicanos" no existían como tales antes de la independencia y que no buscaban la independencia como destino inexorable. Así, esta obra ilumina magistralmente la complejidad conceptual que atraviesa la independencia de México.

Gabriel Entin
UNQ / CONICET

Maximiliano Fuentes Codera, Patrizia Dogliani (eds.), *La patria hispana, la raza latina. Política y cultura entre España, Italia y Argentina (1914-1945)*, Granada, Comares, 2021, 168 páginas

---

El libro compilado por Maximiliano Fuentes y Patrizia Dogliani reúne siete ensayos que investigan las transferencias culturales y políticas entre España, Italia y Argentina a través de los vínculos originados por las experiencias transnacionales de las ideas y de los conceptos. Hispanismo y latinismo guían al lector hacia una mirada enriquecedora sobre socialismo, fascismo, republicanismo y nacionalismo en los tres países. En el primer ensayo Maximiliano Fuentes y Carolina García Sanz investigan las posiciones de neutralistas hispanistas e intervencionistas latinistas en España y Argentina durante la Gran Guerra en un contexto racialista de las relaciones internacionales.

Steven Forti se pregunta si en Madrid y en Buenos Aires el movimiento *dei Consigli* italiano se adaptaría al mundo latino como traducción de los soviets rusos. Una parte de la respuesta pareciera darla el ensayo que sigue de Marco Masulli sobre el rol del anarcosindicalismo transnacional a través de los viajes y los periódicos y su confluencia en el frente antifascista.

Liberalismo y republicanismo son los ejes que usa Leandro Losada para investigar la recepción y el uso conflictual de Maquiavelo en una Argentina cuyas élites políticas se vieron trastornadas por la irrupción de la Unión Cívica Radical que ellas mismas habían permitido.

El texto de Federica Bertagna muestra las contradicciones que la política cultural del fascismo encontró en la Argentina, donde el intento de construir una influencia política a través de la *italianidad* fracasó frente al proceso nacionalizador argentino y por las contradicciones internas entre un fascismo internacional y un *fascismo en un solo país*. Patrizia Dogliani analiza, a través de la prensa, de la radio y del cine, el vano esfuerzo de la penetración cultural del fascismo en el mundo hispánico y en la península, que terminó siendo derrotado por la eficacia de la competencia alemana y estadounidense y por el renacimiento de una orgullosa autonomía cultural española basada en los valores de la hispanidad católica, nacionalista e imperial. En el último texto, Federico Finchelstein traza un cuadro de las distintas variantes del fascismo argentino, que confluyeron, se confundieron y se autonomizaron en el nacionalismo, en el catolicismo y en la hispanidad.

Matteo Dalla Bona
UTDT

Rodrigo Viqueira,
Negrismo, vanguardia y folklore. Representación de los afrodescendientes en la obra de Ildefonso Pereda Valdés (1925-1935),
Montevideo, Rebeca Linke, 2019, 172 páginas

Reelaboración de una Tesis de Maestría presentada en la Universidad de la República, esta excelente investigación de Rodrigo Viqueira aborda la obra poética y el ensayo folclorista del intelectual uruguayo Ildefonso Pereda Valdés, especialmente entre los años veinte y los treinta. Viqueira despliega una mirada muy atenta a los diversos matices del "negrismo" de Pereda Valdés, entendido como un proceso gradual de refinamiento etnográfico. Desde el punto de vista metodológico, se destaca el equilibrio con que Viqueira articula el análisis biográfico con el contenido de sus fuentes literarias y folcloristas, demostrando la productividad de un abordaje complementario entre ambas dimensiones.

Con gran agudeza analítica, Viqueira indaga en torno a preguntas claves (como por ejemplo de qué manera se da, en este autor, el pasaje de la poesía al ensayo antropológico, en paralelo a la complejización creciente de su mirada sobre la cultura afro-uruguaya).

Cabe destacar la importancia del trabajo de archivo llevado a cabo por Viqueira, al abordar la correspondencia entre Pereda Valdés y otros intelectuales latinoamericanos, a fin de demostrar –por ejemplo– cómo se forja una red transnacional especialmente con autores de Cuba y de Brasil– capaz de pensar la identidad "negra" del continente. En especial, merece destacarse el estudio de los lazos de Pereda Valdés con figuras brasileñas claves del folclorismo negro (como Mário de Andrade, Arthur Ramos, Édison Carneiro y Roger Bastide), amén de la recreación de dos viajes a Brasil realizados por Pereda Valdés a inicios de los años treinta, para experimentar de cerca la vitalidad de las culturas afrobrasileñas.

Viqueira reconstruye minuciosamente los comienzos poéticos de esta figura (en sintonía con el primitivismo negro, dominante en el arte y en la antropología de los años veinte), y su pasaje hacia un ensayismo que funda los "estudios afro-uruguayos" en los años treinta, al abordar la historia del tráfico esclavo, la participación de afrodescendientes en las guerras de independencia, y las huellas africanas vivas en la cultura uruguaya de la época. En definitiva, este libro vuelve apasionante una trayectoria pensada como un proceso gradual de profundización etnográfica e incluso de politización (dado el acercamiento de Pereda Valdés al Partido Comunista y a diversos grupos locales de activismo negro). Así, a pesar de las limitaciones ideológicas de Pereda Valdés, los diversos "negrismos" contenidos en su obra revelan una divergencia inconciliable con respecto al eurocentrismo heredado, hegemónico para pensar la identidad nacional.

Alejandra Mailhe
UNLP / CONICET

Adrián Cammarota,
Malas maestras. Educación, género y conflicto en el sistema escolar argentino,
Buenos Aires, Grupo Editor Universitario, 2021, 98 páginas

Malas maestras. Educación, género y conflicto en el sistema escolar es parte de la colección "Punto de Fuga. Historia de las mujeres y Estudios de género". Esta serie, dirigida por Nadia Ledesma Prietto, busca acercar a un público amplio investigaciones académicas relacionadas con tres áreas temáticas: trabajo y economía del cuidado, sexualidades, y cultura y política. El texto de Cammarota se centra en el caso del magisterio en las primeras décadas del siglo xx y examina en situaciones específicas la forma en que los imaginarios relacionados con la figura del maestro y la maestra delimitaron las conductas de los y las docentes; sus interacciones con la comunidad y las autoridades escolares. La inclusión de esta investigación en una colección sobre historia de las mujeres no es casual. Desde muy temprano el magisterio fue en la Argentina una profesión feminizada y sujeta a normas que se relacionaban con las ideologías de género.

Malas maestras comienza con una descripción histórica de la génesis del sistema educativo, que el autor identifica como los "orígenes de la modernidad educativa" (p. 17). A partir de allí el texto avanza en el estudio de una serie de episodios específicos en los que es posible observar –según el autor– los límites de esa pregonada modernidad. Concretamente, el autor analiza las experiencias de

maestras que fueron cuestionadas y sancionadas por la burocracia educativa y observa cómo esos procesos se relacionaban con los idearios vigentes respecto del género y la profesión. Cammarota también se detiene en algunos discursos particulares que se refirieron a este tema, como fue el informe sobre la educación en los Territorios Nacionales elaborado por la médica Elvira Rawson de Dellepiane. Para realizar esta investigación Cammarota apela a bibliografía secundaria y a investigaciones previas, pero se basa principalmente en el análisis de sumarios administrativos del Consejo Nacional de Educación, de allí que su lectura se enfoque en educadoras que enseñan en entornos rurales o semiurbanos. El uso de ese registro documental como fuente principal para elaborar la narración permite al autor rescatar –aun si mediado por el lenguaje burocrático– las propias voces de los actores del mundo del trabajo docente. Inscrito en toda una bibliografía que ya hace varios años ha comenzado a interrogarse sobre la figura de la maestra mujer y los discursos que han rodeado a esta ocupación, este breve estudio permite reconstruir algunos de los mecanismos de disciplinamiento a los que eran sometidas aquellas docentes que, en palabras del autor, "lesionaban el ideal del magisterio esbozado en los discursos educativos, políticos e incluso religiosos sostenidos por mandatos socioculturales" (p. 90).

Flavia Fiorucci
CONICET / UNQ

Carlos Astrada,
Textos de juventud. De la revolución universitaria a la vanguardia filosófica (1916-1927), introducción y compilación de Natalia Bustelo y Lucas Domínguez Rubio, Temperley, Tren en Movimiento, 2021, 450 páginas

---

En esta compilación Bustelo y Domínguez Rubio recuperan, a partir de un esmerado rastreo biblio-hemerográfico, alrededor de cincuenta intervenciones juveniles de Astrada, aparecidas entre 1916 y 1927, muchas de ellas de difícil acceso para el lector interesado. El registro es diverso: polémica intelectual, discurso público, manifiesto colectivo, artículo. Los compiladores proponen, en la extensa introducción, discutir la imagen predominante del joven Astrada, que no remarca lo suficiente (e incluso oculta) sus vínculos con la Reforma Universitaria. En efecto, en 1943 el propio Astrada traza las líneas generales de esta imagen en la compilación de artículos titulada *Temporalidad*, luego reforzada por Alfredo Llanos, amigo y discípulo del filósofo cordobés, en una biografía y un reportaje aparecidos a fines de los años 60. Según esa reconstrucción retrospectiva, las intervenciones juveniles se enmarcan en un "período literario" signado por una participación circunstancial en la Reforma y en la redacción de un conjunto de trabajos sobre figuras literarias que permitían pensar la finitud humana.

En la estela de la discusión inaugurada por Néstor Kohan y Guillermo David en diversos textos, este trabajo propone una imagen alternativa a partir de la reposición de la constelación de posiciones y debates en los que se inscriben las intervenciones de Astrada: el antipositivismo y un vitalismo libertario que saluda a la Revolución rusa y busca impregnar la sensibilidad de una Reforma en la que Astrada aparece como un guía revolucionario. Los compiladores detectan dos etapas principales en el período juvenil (sugeridos en el subtítulo del libro: "de… a…"). En la primera, que se extiende entre 1919 y 1923, Astrada forma parte de una vanguardia que anuda vitalismo filosófico con un entusiasmo libertario y bolchevique. En un segundo momento, emplazado entre 1924 y 1927, esa vanguardia pierde su entusiasmo revolucionario (y buena parte de sus miembros) y se orienta a renovar los abordajes estéticos y metafísicos en la escena local.

Subyace a la imagen resultante de esta exhaustiva reconstrucción una importante operación crítica: la ampliación de la idea de "obra" que incluye, además de los artículos de autoría individual, también los meramente proyectados, la participación en polémicas intelectuales, los manifiestos colectivos, los discursos en la esfera pública, las traducciones, las tareas de edición. De esta operación, ejecutada con pericia por los autores, surge una imagen del joven Astrada que lo inscribe política y filosóficamente en los debates de su tiempo.

Luciano Barreras
UBA

Ana Lucía Magrini (coord.), *Descentrando el populismo. Peronismo en Argentina, populismo en Colombia y lo perdurable de sus identidades políticas,* Córdoba, Editorial de la Universidad Católica de Córdoba, 2021; Bogotá, Universidad del Rosario, 2021, 330 páginas

Desde hace años el populismo ocupa un lugar importante no solo en el debate público sino en la agenda de las ciencias sociales latinoamericanas. A las miradas derogatorias planteadas desde la sociología funcionalista, la teoría de la dependencia o la ciencia política institucionalista se contraponen las de una sociología de las identidades políticas que, en la senda abierta por Ernesto Laclau, oscila entre la celebración y el análisis de la especificidad del populismo en cuanto lógica política. En esta última vía se inscribe esta compilación que, contrastando el peronismo y el gaitanismo, avanza en el análisis de los mecanismos de constitución de las identidades populistas.

Los trabajos subrayan que, frente a lo que sostiene una mirada desde arriba y centrada en la figura del líder, los populismos están cruzados por fuertes tensiones. Así lo deja ver el capítulo de Magrini, que da cuenta de los cuestionamientos que al liderazgo plantearon Cipriano Reyes y José Antonio Osorio Lizarazo. También el de Vargas, Reynares y Barros, que apela al archivo epistolar y a una mirada "a ras del suelo" para subrayar el modo en que una simpatizante se apropiaba del lenguaje peronista para interpelar y aun reclamar a Perón. La tensión entre la dimensión integrativa y la rupturista del populismo, su "regeneracionismo beligerante", es subrayada por Acosta Olaya a través del análisis del discurso de Gaitán, el que a la vez limitaba la actualización de la violencia y mantenía su amenaza.

Varios artículos se ocupan también de señalar que la identidad populista está sujeta a permanentes reinterpretaciones. Attías Basso da cuenta del uso selectivo de los símbolos del peronismo por parte de la agrupación kirchnerista La Cámpora, Rodríguez Franco y Díaz Jaramillo, reconstruyen las apropiaciones que de la figura de Gaitán hicieron, luego de su asesinato, en primer lugar Gustavo Rojas Pinilla y, luego, las agrupaciones de la "nueva izquierda" colombiana. Pero, dado que una identidad política es siempre relacional, en su definición intervienen no solo quienes adhieren a ella sino también sus adversarios. Así lo deja ver Azzolini al abordar las diferentes interpretaciones del peronismo, de la desperonización y de la reintegración comunitaria que se desprenden de las leyes de amnistía de 1955 y 1958.

En síntesis, la propuesta del libro, un necesario y no tan frecuente cruce entre la sociología de las identidades y la historiografía, proliferante al menos en el caso del peronismo, apunta a que los conceptos que acuña la primera sean menos vacíos y a que las intuiciones que brinda la segunda sean menos ciegas.

Ricardo Martínez Mazzola
CONICET / UNSAM

Martín Prieto, *Saer en la literatura argentina*, Santa Fe, Ediciones Universidad Nacional del Litoral, 2021, 172 páginas

"La importancia de una obra siempre mantiene algún tipo de relación con el volumen y la calidad de las lecturas críticas que acarrea": la afirmación de Prieto califica la obra de Saer, sin duda uno de los autores que ha gozado de la atención más selecta de la crítica argentina (p. 12). Pero, a su manera, muestra la conciencia sobre el desafío que enfrentaba su propio proyecto: ¿es posible escribir algo más, algo nuevo, sobre Saer? La respuesta es un libro necesario y brillantemente original, organizado en torno de una doble cuestión: "¿Cómo cambia una literatura nacional cuando entra un autor? ¿En qué se convierte un autor cuando entra en esa literatura?" (p. 14). Es una doble cuestión que lleva, forzosamente, del análisis de los textos de Saer y de toda la tradición literaria que los ilumina y es iluminada por ellos (Pedroni y el posmodernismo poético, Juanele, Borges y Arlt hacia atrás; Alan Pauls, Matilde Sánchez, Sergio Chejfec, Martín Gambarotta, entre otros, hacia adelante) al análisis de los contextos histórico-intelectuales más inmediatos que hacen posible a un autor y una obra ("Historia, geografía, sociedad" se llama un capítulo, en alusión a las preferencias interpretativas de Vico que Prieto hace suyas). Y en el medio, el análisis de las operaciones críticas que le dieron a la obra de Saer el lugar

que finalmente llegó a ocupar en la literatura argentina.

Para hilar todas esas dimensiones Prieto va del sistema literario a su historicidad, con una soltura y una elegancia que también le permite, combinando ensayísticamente textos, fuentes y testimonios varios, revivir una época de un modo que no siempre logran los estudios propiamente históricos. Así, en pocas páginas se resuelve una semblanza entrañable de la juventud literaria en la Rosario de la renovación universitaria de los años cincuenta, marcada por la presencia del plantel de *Contorno*, que incluyó una prolongación sustantiva en el gobierno provincial de la ciudad de Santa Fe ("Esos escritores. Esos amigos. Ese momento", se llama el capítulo, ubicado estratégicamente en el centro del libro).

Ahora bien, tengo para mí que la historia intelectual emerge en este libro de historia y crítica de la literatura como una serie de chispazos que resultan del entrechocar de sus dos cuestiones –autor / literatura nacional–, en el desafío particular –y particularmente asumido por Prieto– de la pregunta que las subtiende: cómo la literatura piensa (produce) la nación. No casualmente las raíces de buena parte de la historia intelectual que escribimos se remonta a *Contorno*, un linaje que este libro tematiza, deshace y renueva al mismo tiempo.

Adrián Gorelik
CONICET / UNQ

Obituarios

Prismas
Revista de historia intelectual
Nº 26 / 2022

Horacio González (1944-2021)

Entre la historia y el mito

El 22 de junio de 2021 falleció, en Buenos Aires, Horacio González. Nacido en la misma ciudad el 1° de febrero de 1944, se graduó en sociología en 1970 y obtuvo el título de doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de San Pablo en 1992. Profesor universitario desde 1968, enseñó en varias universidades del país y dictó numerosas conferencias en casas de estudios del extranjero. Entre varias distinciones que recibió, en 2012 le fue otorgado por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba el premio José María Aricó.

Un texto *in memoriam* sobre González, como figura intelectual del último tercio del siglo XX y de lo que va del siglo XXI, no debería omitir mojones biográficos (como su crianza en el barrio de Villa Pueyrredón de la ciudad de Buenos Aires o su exilio en Brasil durante la última dictadura militar), políticos (como su participación en las cátedras nacionales creadas a fines de los sesenta, en la revista *Envido* a comienzos de los setenta o en el colectivo de intelectuales Carta Abierta, formado en 2008), ni los relativos a su perseverante actuación en el ámbito cultural (desde la revista *El Ojo Mocho*, que fundó a comienzos de los años noventa, hasta su labor como director de la Biblioteca Nacional, entre 2005 y 2015). Si ese texto se abriera a la memoria de quienes transitaron cerca suyo una parte de su vida, no debería, en mi caso, dejar de recordar su carisma para suscitar la formación de grupos (a veces en torno a un programa de lecturas, otras sin otro fin que el de cultivar la amistad), la generosa irresponsabilidad con la que incitaba a los novatos a publicar sus primeros ensayos, la disposición a escuchar hasta al último de los participantes de una jornada, sin importar sus credenciales, o la conversación semanal hasta caídas las persianas del bar La Cigüeña, frente a la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, en la calle Marcelo T. de Alvear. En una revista como *Prismas*, dedicada a la historia intelectual, sin embargo, corresponde considerar conjuntamente su obra, presentar sus temas principales y reparar en algunas de las ideas que la recorren, aun sin la pretensión de ser exhaustivos (por ejemplo, no abordo aquí su tardía incursión en la novela ni los numerosos libros colectivos que compiló).

Horacio González escribió decenas de libros, desde breves trabajos durante su exilio para la Editora Brasiliense (tres de los cuales, dedicados a Marx, a la Comuna de París y a Camus, fueron publicados en español por la editorial Gorla, en 2006, bajo el título *Los asaltantes del cielo. Política y emancipación*) hasta monografías y voluminosos ensayos, en su mayor parte referidos a temas nacionales. Creo que no es ceder a la ilusión teleológica –riesgo presente cuando leemos textos pretéritos desde nuestro presente informado por el tiempo posterior– afirmar que en sus primeros trabajos publicados al regresar de Brasil puede identificarse una cualidad que ya no abandonaría. Menos en la *La realidad satírica. 12 hipótesis sobre Página 12* (Paradiso, 1992), mucho más en *La ética picaresca* (Altamira, 1992), resultado de su tesis doctoral, las "evocaciones enlazadas" que componen el texto dan cuenta no tanto de un ámbito de problemas como de un modo de pensar (las comillas son del prólogo que González escribió para la reedición de este último libro, en 2017, por Terramar). Uno para el que la litera-

tura, la filosofía y la ciencia social confundían sus fronteras hasta volverse imperceptibles.

Es probable que haya sido su interés en otro tipo de borramiento de límites el que lo llevó a escribir, poco después, *El filósofo cesante. Gracia y desdicha en Macedonio Fernández* (Atuel, 1995). Lo que veía de revolucionario en la obra de Macedonio era que se sostiene en una visión de los estados de la percepción que anula toda relación y ubicación y que, solapadamente, anticipa la discusión, que tanto le interesaría, sobre las bases del procedimiento científico. En esta misma clave puede leerse su *Arlt. Política y locura* (Colihue, 1996). Porque la interpretación que allí elabora de Roberto Arlt hace descansar la fuerza de su literatura en la idea de que una causa no se justifica en lo justo de sus propósitos sino en el triunfo de sus metas. La imposibilidad del juicio ético, aun ante el horror, corolario de esa interpretación, da cuenta, otra vez, de un desdibujamiento de límites, ahora entre política y locura.

En *Restos pampeanos: ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX* (Colihue, 1999) retoma algunos de los temas anteriores, suma nuevos, y explicita su apuesta intelectual, varias veces deslizada a lo largo del libro. Si la crítica americana, o "acaso toda forma cultural", escribe, se debate entre "la crítica del mito y el rescate del mito", la apuesta de González se jugará detrás de lo segundo, en una búsqueda por recuperar "la energía íntima de la historia en una predestinación laica, en una fuerza truncada que pugna por reaparecer como envío emancipador o como promesa olvidada que todo presente debe reactualizar" (p. 168). En la combinación de las nociones de *pampa*, representación literaria de la idea de la Argentina proyectada al futuro, y *restos*, lo que queda de los textos que hablaron sobre ella, cifra el anhelo de "refundar la justicia sobre la base de una memoria argentina emancipada" (p. 13). Como ese chef que hace pasar al cliente a su cocina, González confiesa haber escrito el libro de un modo "desesperante y nervioso". La asfixia cultural que un sector de la intelectualidad argentina experimentó en los años menemistas, con todo lo que implicaron en el terreno de la reformulación de las instituciones públicas (y en especial, de las universidades), explica en parte ese modo y aquel anhelo. Pero solo en parte.

González, como otros intelectuales de su generación, miraba la realidad social y política argentina desde la atalaya de la revolución truncada. La lectura que hace de los textos de Ingenieros, Ramos Mejía, Ameghino, Martínez Estrada, Lugones, Astrada, Borges, Viñas y los de las izquierdas marxistas y peronistas en *Restos pampeanos* busca identificar líneas de estilo y enlazar ideas que contribuyan a reponer en el horizonte "la revolución soñadamente justa" que "le estaba señalada" a la sociedad argentina (pp. 13-14). De ahí que su crítica a buena parte de la producción académica fuera mucho más que el resultado de un malestar con procedimientos y rutinas a los que siempre fue refractario. Lo que subyacía a esa producción era, para él, el "problema esencial" de la "ilustración argentina" (p. 209): el permanente trabajo de la historia contra el mito, el deseo de una historia sin mitologías. Tulio Halperin Donghi, historiador que inspiraba en González tanto respeto como insatisfacción, fue blanco recurrente de esta crítica, a veces reproduciendo los mismos párrafos ya publicados en escritos anteriores, como si buscara que el lector no la pasara por alto. El mismo filón crítico puede encontrarse en su tratamiento de las ideas de "invención", que aborda a propósito de Nicolás Shumway, de "comunidad imaginada", de Benedict Anderson, o del "mortal 'efecto Foucault'" (p. 423) en las ciencias sociales de la Argentina. Una nación no solo es más que lo que puede derivarse de esas tesis, piensa González, es incluso otra cosa, y si se renunciara al mito, esa búsqueda quedaría obstruida. Buena parte

de su obra puede leerse bajo este empeño de llevar adelante una especie de crítica de la razón histórica pura, desarticulada pero persistente, cuyo último fin era mostrar que el mito sobrevive cualquier intento desmitificador y que la nación, como problema, es inaprensible para la visión desacralizadora.

Creo que González no abandonó esa convicción que anima *Restos pampeanos*. Luego de un libro de inspiración filosófica como *La crisálida. Metamorfosis y dialéctica* (Colihue, 2001) –en el que reflexiona sobre dos modos antinómicos de pensar la transformación: el impulsado por fuerzas extrínsecas y siempre abrupto, la metamorfosis, y el generado a partir de un cambio interno y siempre gradual, la dialéctica–, el ciclo de conferencias que publicó bajo el título *Retórica y locura. Para una teoría de la cultura argentina* (Colihue, 2002) revisa aspectos de la trayectoria de algunas ideas en la Argentina, como la de simulación, en un difícil contrapunto con la cultura filosófica francesa. Los autores argentinos se reiteran (aquí y en otros libros): Ramos Mejía, Echeverría, Macedonio, Ingenieros. Quizás en las palabras con las que despidió a su amigo Oscar Landi, al año siguiente de publicar este libro, pueda intuirse por qué. Landi no era, escribió elogiándolo, "un olvidadizo de aquello que se lee en un tiempo y de alguna manera inexpresable regula todos los demás tiempos de nuestra vida". Complementando *Restos pampeanos*, la tesis que atraviesa estas conferencias es que habría una originalidad, incluso una autonomía, en el modo en que en la Argentina distintos exponentes del ensayo nacional abordaron sus temas, por más universales que fueran. Los enlaces que lleva a cabo (por ejemplo, entre *Vida del Chacho*, de José Hernández, y *Operación Masacre*, de Rodolfo Walsh) no están unidos por un tiempo histórico (casi noventa años separan uno de otro), sino por lo que allí llama su "peso ontológico", su posible inscripción en una retórica emancipatoria.

Dueño de un estilo inconfundible e inimitable acerca del cual él mismo ironizaba, cultivó un pensamiento que tendía a representarse la realidad bajo la especie de un drama o, menos a menudo, de un enigma, e hizo del lenguaje el terreno por excelencia de la lucha social y política. En *Filosofía de la conspiración: marxistas, peronistas y carbonarios* (Colihue, 2004) exploró la doble faz de una de esas palabras capaces de significar una cosa y su contrario. Conspiración, así, significa armonía en el plano de la intimidad y amenaza en el ámbito del Estado, el "soplar juntos" inmanente a su etimología y la desconfianza respecto de lo común que se impuso como su significado más extendido. Pero en ese desplazamiento en el que una palabra comenzaba, de repente, a significar su contrario, González sospechaba "el sino de toda palabra y de toda lengua". Si en *Retórica y locura* afirma que "hay locura en la retórica", en *Filosofía de la conspiración* propone que toda palabra se quiere unívoca pero se traiciona, esto es, que la lengua conspira contra sí misma. El tema del libro, entonces, es la conspiración en la lengua, la intuición de que lo que congrega a una comunidad no es diferente de lo que la amenaza. Ese es el núcleo trágico que el libro explora, desde el *Plan de Operaciones*, atribuido a Mariano Moreno, hasta los escritos de John William Cooke.

La lengua es también centro de la interpretación de una obra intelectual en *Paul Groussac. La lengua emigrada* (Colihue, 2007), escrito junto con Patrice Vermeren, y vuelve a serlo, de otro modo, al examinar una figura política, en *Perón. Reflejos de una vida* (Colihue, 2007). La lengua, lo dicho y escrito por Perón, es aquí reverso de lo carnal, metáfora de lo material. La intuición detrás de esta exploración es que la palabra en la historia argentina, en este caso la de Perón y los peronismos, en ocasiones transmuta en materia: ya no habla de los hechos, sino que es ella misma los hechos (por ejemplo, la sentencia

de Perón de 1974 "sin que todavía haya tronado el escarmiento"). La idea que recorre este libro es que la fuerza del peronismo, su capacidad para sobrevivir, debe mucho a su retórica. Más que una ideología, el peronismo habría sido un "operador lingüístico que tenía a su disposición la misma cantidad fija de sentencias, a ser empleadas con signos diversos sin cambiarse su forma o contenido" (p. 51). Revisita aquí objetos de análisis pasados, ahora a la luz de la nueva hipótesis. La apuesta de *Restos pampeanos* sigue en pie; lo que ahora interesa es analizar la relación de "los íconos del peronismo" con "la peculiaridad del mito" (p. 49). El peronismo de la posdictadura, de Alfonsín a Kirchner, es materia de *El peronismo fuera de las fuentes* (Universidad Nacional de General Sarmiento / Biblioteca Nacional, 2008), un texto basado en memorias y apuntes personales impregnado más que otros de su simpatía por el peronismo entonces en el gobierno.

Polemista filoso, "amigo de las amenas peloteras del espíritu", como escribió sobre sí mismo, protagonizó debates públicos, algunos de los cuales alcanzaron una repercusión singular en el mundo académico, como el que mantuvo con Horacio Tarcus en torno a la Biblioteca Nacional –su visión de ese conflicto puede leerse en su *Historia de la Biblioteca Nacional. Estado de una polémica* (Biblioteca Nacional, 2010)–. A las polémicas que juzgaba centrales para entender la nación argentina y a sus ecos en la literatura y en la historiografía argentinas dedicó el libro *Lengua del ultraje. De la generación del 37 a David Viñas* (Colihue, 2012). El duelo, el honor, la injuria y otras figuras del ultraje componen una trama hilvanada por polémicas: Echeverría y De Ángelis, Alberdi y Sarmiento, Mitre y López. Los escritos son abordados como si en determinadas circunstancias adquirieran vida propia, "al margen del mundo histórico al que pertenecen". Protagonistas de funciones honoríficas, los textos relativos a tres fusilamientos (el de Liniers y sus aliados en 1810, el de los basurales de José León Suárez en 1956 y el de Aramburu en 1970), por ejemplo, llevan a González a preguntarse por la secreta especie trágica que comunica uno con los otros. El mito, aquí, yace en el "grito interno" de los escritos que analiza.

En *Borges. Los pueblos bárbaros* (Colihue, 2019), el tema es Borges como mito nacional, aun a sabiendas de que ese modo de leer a un autor que conocía muy bien se parecía a "manejar un camión ruidoso" (p. 13) fuera de moda por una carretera en la que abundan las novedades. Revisa allí tanto la obra de Borges como la crítica social y la crítica erudita que ella motivó. Parece moverlo la intuición de que, en la obligación estética de desdeñar las mitologías, Borges construye las propias. Unos años antes, en *El acorazado Potemkin en los mares argentinos* (Colihue, 2014), a propósito de Echeverría, Lugones e Ingenieros, entre otros, había vuelto a plantear la pregunta a cuya respuesta afirmativa dedicó buena parte de su esfuerzo intelectual, referida a si existían fuerzas sociales capaces de reactualizar el mito. Esa fue su apuesta, su fe laica.

Sebastián Carassai
CONICET / Universidad Nacional
de Quilmes

Sobre la revista

Prismas. Revista de Historia Intelectual es un anuario que se publica ininterrumpidamente desde 1997, actualmente en formato papel y digital, incorporando la publicación continua de artículos aprobados.

La revista busca contribuir a la conformación de un foco de elaboración disciplinar en historia intelectual. En función de ello, difunde la producción de investigadores cuyo objeto de estudio lo constituyen ideas y lenguajes ideológicos, obras de pensamiento y producciones simbólicas, o bien que utilizan metodologías que atienden a los procedimientos analíticos de la historia intelectual, entendida en sentido amplio. Asimismo, da cuenta en sus diferentes secciones de debates teóricos sobre la disciplina o textos clásicos de esta, y de la producción más reciente.

La edición en papel de *Prismas* es de frecuencia anual; la edición *on-line* es de frecuencia semestral (cada volumen impreso se desdobla en dos números *on-line*).

Convocatoria para la publicación de artículos

Prismas convoca a investigadores para que envíen trabajos de investigación originales en idioma español dentro del campo de la historia intelectual y cultural, para su publicación en la sección "Artículos" de los próximos números.

Presentación de trabajos para la sección "Artículos"

La sección "Artículos" se compone con trabajos inéditos enviados a la revista para su publicación. La evaluación consta de los siguientes pasos: en primera instancia deben ser aprobados por el Consejo de Dirección de *Prismas* en términos de su pertinencia; en segunda instancia, son considerados de modo anónimo por pares expertos designados *ad hoc* por el Consejo de Dirección. Cada artículo es evaluado por dos pares; puede ser aprobado, aprobado con recomendaciones de cambios, o rechazado. En caso de que haya un desacuerdo radical entre las dos evaluaciones de pares, se procederá a la selección de una tercera evaluación. Cuando el proceso de evaluación ha concluido, se procede a informar a los autores el resultado.

Los artículos deben observar las siguientes instrucciones:
– No exceder los 70.000 caracteres con espacios (incluyendo resúmenes, notas al pie y bibliografía).
– Deben ir acompañados de un resumen en castellano y en inglés de no más de 200 palabras; de entre tres y cinco palabras clave; y de las referencias institucionales del autor, con la dirección postal, teléfono y dirección de correo electrónico.
– Para ver las normas de estilo y enviar manuscritos de artículos dirigirse a:
https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas/about/submissions

Presentación de trabajos para la sección "Lecturas"

La sección "Lecturas" se compone de trabajos que abordan el análisis de un conjunto de dos o más textos capaces de iluminar una problemática pertinente a la historia intelectual. No deben exceder los 35.000 caracteres con espacios. Pueden llevar notas al pie, para las que valen las mismas indicaciones realizadas en el punto anterior. La evaluación de los trabajos recibidos es realizada por el Consejo de Dirección.

Presentación de trabajos para la sección "Reseñas"

La sección "Reseñas" se compone de análisis bibliográficos de libros recientemente aparecidos, vinculados con temas de historia intelectual en una acepción amplia del término (historia cultural, de las ideas, de las mentalidades, historiografía, historia de la ciencia, sociología de la cultura, etc.). Los trabajos deben estar encabezados con los datos completos del libro analizado, en el siguiente orden: Autor, Título, Ciudad de edición, Editorial, año, cantidad de páginas. No deben exceder los 12.000 caracteres con espacios. Pueden llevar notas al pie, para las que valen las mismas indicaciones realizadas en los puntos anteriores. La evaluación de los trabajos recibidos es realizada por los editores.

Envío de manuscritos

La revista Prismas recibe propuestas en: https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas
Contacto: prismas@unq.edu.ar

Prismas se publica en versión electrónica en el portal de revistas de la UNQ:
https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas/index

La revista está incluida en el Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas y Scielo,
e indexada en Latindex catálogo 2.0, Redalyc, el Hispanic American Periodical Index (HAPI)
y el Directorio de Revistas en Acceso Abierto (DOAJ)